ESTUDIOS PÚBLICOS

Nº 71 *INVIERNO* *1998*

Peter Berger, Enrique Barros, Carlos Cousiño, Arturo Fontaine T. y Lucas Sierra
Peter Berger en el CEP

Carlos Cousiño
La jaula de hierro (acerca de Max Weber)

Eugenio Tironi
La sociedad como "lugar de vida moral" (Una aproximación a la sociología de Durkheim)

Harald Beyer
¿Desempleo juvenil o un problema de deserción escolar?

Patricio Rojas
Remuneraciones de los profesores en Chile

Vittorio Corbo
Comentario al trabajo de Patricio Rojas

Gonzalo Vial Correa
¿Cuánto cuesta educar?

Jorge Marshall Rivera
Orientaciones para la acción reguladora del Estado

Alberto Benegas-Lynch
Bienes públicos, externalidades y los free-riders*: El argumento reconsiderado*

Michael D. Bordo
El legado de la Gran Depresión para el sistema monetario internacional en el siglo XX

J. Samuel Valenzuela
La ley electoral de 1890 y la democratización del régimen político chileno

Alfonso Gómez-Lobo
Exposición breve de la ética aristotélica

Carlos Alberto Montaner
El nacionalismo y la naturaleza humana (a la memoria de Carlos Rangel)

Gonzalo Contreras
Contra la realidad

Jorge Panesi, Christian Retamal *Martín Hopenhayn:* Después del nihilismo

Tomás A. Chuaqui *Selección de escritos políticos de David Hume*

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

PETER BERGER EN EL CEP

La siguiente es la transcripción del diálogo que sostuvieron cuatro académicos chilenos —Enrique Barros, Carlos Cousiño, Arturo Fontaine T. y Lucas Sierra— con el sociólogo Peter Berger. Esta conversación se realizó en Santiago el 28 de mayo de 1997, durante la segunda visita del profesor Berger a Chile invitado por el CEP.

Se trata de un extenso diálogo sobre la vida y el trabajo de Peter Berger, quien nació en Austria pero emigró muy joven a Nueva York. Comienza con su encuentro con la sociedad norteamericana y con la situación de la sociología en una época en que Estados Unidos experimentaba la influencia inmediata de diversos intelectuales europeos. Sigue con los primeros pasos de Berger en la sociología de la religión y del conocimiento, y con la actitud fenomenológica que comenzó a guiar su trabajo de sociólogo. Luego, Berger comenta el

PETER L. BERGER. Profesor de la Universidad de Boston y director del Institute for the Study of Economic Culture de la misma universidad. El profesor Berger es uno de los sociólogos más conocidos e influyentes de la segunda mitad de este siglo. Su extensa obra comprende, entre otros, estudios sobre la sociología como disciplina (*Invitation to Sociology*, 1963; *Sociology: A Biographical Approach*, con Brigitte Berger, 1975); sobre sociología del conocimiento (*The Social Construction of Reality*, con Thommas Luckmann, 1966); sobre sociología del trabajo (*The Human Shape of Work*, 1964); sobre sociología de la religión (*A Rumor of Angels*, 1969; *The Sacred Canopy*, 1969; *The Heretical Imperative*, 1979; *A Far Glory*, 1992); sobre políticas públicas (*To Empower People*, con Richard John Neuhaus, 1977); sobre cultura económica y desarrollo (*Speaking to the Third World*, con Michael Novak, 1985; *The Capitalist Revolution*, 1987); y sobre modernización y cultura (*The Homeless Mind*, 1973; *Pyramids of Sacrifice*, 1975); *Redeeming Laughter: The Comic Dimension of Human Experience* (Nueva York: Walter de Gruyter, 1997). Varios trabajos suyos han sido publicados en *Estudios Públicos;* entre otros, "El pluralismo y la dialéctica de la incertidumbre", "Potenciar al ciudadano: El rol de las estructuras intermedias en las políticas públicas", "Cultura y desarrollo económico", "El matrimonio y la construcción de la realidad".

estado contemporáneo de algunas corrientes sociológicas y la progresiva lejanía empírica que éstas parecen experimentar. Examina críticamente su propia obra a lo largo de un tiempo marcado por el relativo auge y caída del pensamiento marxista en las ciencias sociales. Se refiere también a la influencia que la teoría económica está ejerciendo actualmente en ellas.

Con todo, las preocupaciones clásicas de Berger, como la religión y el capitalismo, recorren la entrevista. También las más recientes, asociadas al complejo fenómeno del pluralismo y al problema del sentido en las sociedades contemporáneas que se *globalizan*. Por esto, el texto que sigue no guarda estricta sistematicidad temática, pero sí fidelidad al ritmo que tuvo la conversación.

—Empecemos con algo muy general: sus influencias culturales. Usted nació en Viena: ¿qué significa Viena en su historia personal?

—En relación con mi historia intelectual —si puedo usar una expresión tan pretenciosa—, no creo que Viena tenga mucha importancia. Llegué a Estados Unidos cuando ya era un adulto joven, muy joven, de modo que en realidad aquí estamos hablando más de aspectos emocionales, de sensibilidades, sentido del humor, de ese tipo de cosas. Pero en cuanto a influencias intelectuales, no me parece que Viena sea muy importante para mí.

—Entonces hay que referirse a Nueva York. Allí usted estudió con Alfred Schütz.

—Buena parte de mis estudios de postgrado los hice en la New School for Social Research. Trabajé un poco en otras instituciones, pero mis dos títulos de postgrado son de la New School. Alfred Schütz fue mi profesor, pero no estudié con él para el doctorado, sino con un hombre mucho menos conocido, incluso desconocido del todo, que se llamaba Meyer: un gran estudioso de Weber y una persona muy sólida. Haber sido alumno de Schütz, sin embargo, fue muy importante para mí, incluso más después que egresé de la New School que mientras estuve ahí.

—¿Podría describir el ambiente intelectual de Nueva York en esa época, en el ámbito de las ciencias sociales?

—No es fácil, pero sí puedo decir una cosa: la New School era absolutamente marginal, estaba fuera de la corriente principal de las ciencias sociales en los Estados Unidos. Se fundó en 1919 para la educación de adultos, y continúa siendo así hasta hoy. Se pueden seguir cursos de cual-

quier cosa, desde filosofía budista hasta alfarería. En 1934, el rector en esa época, un hombre interesantísimo que se llama Alvin Johnson, creó lo que él denominó "la universidad europea en el exilio" y trajo un grupo de estudiosos alemanes refugiados. A medida que el nazismo se expandía, comenzó a llegar gente de otros países: Austria, España, Francia, Noruega (yo tuve un profesor noruego). De modo que cuando entré como alumno, varios años después de la guerra —en los años cincuenta—, la mayor parte de los profesores eran europeos y tenían muy poco que ver con la vida intelectual norteamericana. La New School era una especie de curioso oasis de las ciencias sociales europeas. Doy un ejemplo concreto: mi primer curso de postgrado en sociología fue con otro hombre muy interesante y poco conocido, Albert Salomon. El curso se llamaba "Balzac como sociólogo" y durante todo el semestre lo único que hicimos fue leer diversas novelas de *La comedia humana*. Salomon usó a Balzac para enseñar todos los ramos principales de la sociología, y como la intención expresa de Balzac era presentar un cuadro de la vida intelectual francesa desde arriba hacia abajo, funcionó bien: la política, la delincuencia, la prostitución, la religión, ahí estaba todo. Mientras tanto, se acababa de estrenar la pieza de Arthur Miller *La muerte de un vendedor*. Yo la vi y se lo comenté. Salomon me dijo: "Muy bien, aquí está su tarea: lea la novela de Balzac *L´illustre Gaudissart*, que trata de un vendedor, y compare el Gaudissart de Balzac con el Willy Loman de Miller". Y ésa fue mi primera experiencia en sociología: los cambios del capitalismo, el siglo XIX. En fin, para nosotros la vida intelectual de Nueva York era tan pertinente como la vida intelectual de Tombuctú. Leíamos a Balzac, Weber, Durkheim y Husserl.

—¿Qué alternativas había en los Estados Unidos para los interesados en la sociología?

—Bueno, el lugar más prestigiado en sociología era Columbia University, donde predominaban en ese momento dos profesores: Robert Merton y Paul Lazarsfeld. Se trataba de una especie de funcionalismo estructural y, en cierto sentido, ahí estaban los antecedentes de la sociología cuantitativa, de las técnicas de encuestas y cosas así. Si bien nosotros sabíamos que esto pasaba, no tuvimos nada que ver con ellos.

—Un poco aparte de las influencias intelectuales en los Estados Unidos, ¿cuál fue el efecto de la sociedad norteamericana en cuanto tal sobre su sociología o su pensamiento?

—No sé muy bien cómo responder. Está claro que trasladarse a los Estados Unidos fue una experiencia muy fuerte, pero sólo se me ocurren cosas más bien obvias. Si uno ha tenido contacto con más de una sociedad, se comienza a mirar las cosas de otra manera. En términos schützianos, *el*

mundo que se da por sentado ya no se da tan por sentado, pues uno se da cuenta de que las cosas pueden hacerse de otro modo. El motivo por el cual me puse a estudiar sociología fue en realidad una equivocación tremenda. Cuando me fui a los Estados Unidos, tenía el firme propósito de convertirme en ministro luterano. Entonces me dije: no sé nada de la sociedad; he venido con mis padres que son inmigrantes y debo aprender sobre la sociedad. Pensé que la sociología me ayudaría. Me fui a la New School y leí a Balzac, obtuve mi magister en sociología y luego, durante un año, asistí a un seminario teológico luterano en Filadelfia. Fue una época dichosa, pero pasado un año tuve dudas de convertirme en ministro luterano. Pedí permiso para ausentarme del seminario y nunca regresé. Volví a la New School y saqué el doctorado. Así fue como llegué a la sociología, por equivocación.

—Siempre ha habido una especie de círculo virtuoso en este cruzamiento entre la cultura centroeuropea y la actividad intelectual en los Estados Unidos. En Derecho, por ejemplo, ha sido muy, muy importante.

—¿Virtuoso? ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir positivo.

—Pienso que el cosmopolitismo, de cualquier tipo, es una ventaja para todo científico social, ya se trate de Europa central o los Estados Unidos, América Latina o Francia, India o China. Si uno ha de ser científico social, es importante conocer más de una sociedad, eso está muy claro.

—Profundicemos más en sus primeros pasos teóricos. ¿Cómo llegó a interesarse en la fenomenología como actitud teórica? Usted trabajó con Schütz y éste remite a Husserl. ¿Qué alternativas había? ¿Por qué le interesó?

—Por Schütz, quien enseñaba fenomenología. Tenía una cátedra doble: filosofía y sociología, pero sin ser filósofo ni sociólogo; era abogado y un hombre muy interesante. Se ganaba la vida en un negocio de importación y exportación, que le permitía vivir muy bien. Su puesto de profesor en la New School, de jornada completa, tenía asignado un sueldo anual de un dólar. Debía figurar así por algún motivo legal, puesto que obviamente no era posible vivir de ese sueldo académico. Pero me estoy apartando del tema...

Me atrajo la fenomenología y en la Facultad de Filosofía había un grupo de jóvenes muy inteligentes interesados en ella, y algunos nos hicimos amigos. El marco filosófico, al menos en la forma como lo usaba Schütz, me parecía útil para el tipo de asuntos que me interesaban. Aunque nunca me aboqué de un modo muy profundo a la fenomenología en términos filosóficos, ésta se develaba útil, como punto de partida, para dedicarme a la teoría sociológica.

—¿Por qué?

—Porque induce a examinar las raíces de los actos y de la conciencia humana. Lo que hizo Schütz fue unir la filosofía de Husserl con Max Weber y la sociología. Y, en teoría, fue una unión muy productiva. El enfoque fenomenológico weberiano —una síntesis bien lograda por Schütz— obligaba a ver la sociedad no como un simple sistema de acción, como lo harían, por ejemplo, los funcionalistas estructurales, sino como una cuestión que tiene sus raíces en la conciencia. Sugiere, en resumen, que no es posible comprender la sociedad sin examinar las estructuras de la conciencia.

—¿Qué opina usted de la forma como se ha desarrollado la fenomenología, principalmente en cuanto al problema de la intersubjetividad? Fue uno de los problemas que Husserl no logró resolver de manera enteramente satisfactoria, y que ha incentivado muchísimas perspectivas que buscan la intersubjetividad en el lenguaje y no en la conciencia transcendental.

—A decir verdad, no he seguido la filosofía fenomenológica muy de cerca. Mi amigo y colega Thommas Luckmann —a quien conocí en la New School— era también alumno de Schütz y se adentró mucho más en Husserl y en la fenomenología como sistema filosófico. Pero a mí nunca me interesó mucho en ese sentido. Me interesaba la sociedad y necesitaba algún tipo de esquema conceptual que me permitiera mirarla. Por esto no he seguido esas tendencias, aunque he oído de ellas.

—Alejándonos de la fenomenología hacia la sociedad, usted hace una distinción interesante entre una sociedad pluralista y una sociedad secularizada. ¿Cuál es la diferencia principal entre estos dos tipos de sociedades y, si puedo ampliar la pregunta, existe alguna sociedad secularizada?

—Bueno, esto es dar un salto adelante de varios años respecto a lo que estamos conversando. Cuando comencé a ocuparme de la sociología de la religión en los años sesenta, mientras era estudiante, la idea predominante, y que comencé a estudiar, era la teoría de la secularización. Se basaba en que modernidad y secularización eran las dos caras opuestas de la misma moneda. Ésta era la idea prevaleciente y yo la compartía. No creo que haya sido una locura: había motivos, tanto teóricos como empíricos, que parecían apuntar en su dirección. Aproximadamente a fines de los años setenta llegué a la conclusión de que era un error y me convenzo cada vez más de que se trata de un supuesto falso: la modernidad no conduce forzosamente a la secularización. Creo que sí al pluralismo, el que tiene un efecto sobre la religión, pero no necesariamente a la secularización. Basán-

dome en la sociología de la religión me pareció, cada vez con más fuerza, que era importante acentuar el pluralismo y no la secularización. No quiero decir con esto que no exista secularización, pero sí que está mucho menos extendida que lo que creíamos hace treinta años. Y que tiene una relación forzosa mucho menor con la modernidad. Puedo agregar que hay formas premodernas de secularización: el confucianismo, me parece, es un buen candidato, al menos para ciertos historiadores de China. Sé que hay otros que niegan la secularidad del confucianismo, pero ése es otro cuento.

Ahora bien, ¿existe una sociedad secularizada? Bueno, como ya he dicho un par de veces durante estos días en Chile, creo que la teoría de la secularización ha sido extensamente refutada. Hay, sí, dos casos en que aún podría tener valor. Uno es sociológico, el otro es geográfico.

El caso de excepción sociológico se refiere a un cierto estrato internacional de intelectuales con educación superior, especialmente en humanidades y ciencias sociales. Los hay en todo el mundo y están de hecho secularizados. Estos intelectuales se entienden entre sí y alientan recíprocamente la idea errónea de que el mundo se parece a ellos. ¿Por qué sucede esto?, es una pregunta interesante. Cualquiera fuere la respuesta, aquí hay un caso excepcional de secularización.

El otro caso, el geográfico, está representado por Europa occidental. Sé que se podría discutir, pero cuando digo Europa occidental me refiero fundamentalmente a todo lo que queda al oeste de la que fue la Cortina de Hierro. Decir algo respecto de lo que queda al este es un poco más complicado en este momento. Ahora bien, reconozco que hay personas que niegan que Europa occidental sea un espacio secular. Pero no cabe duda de que en cuanto a instituciones religiosas, Europa es muy secular: lo demuestran la pérdida de influencia de todas las iglesias, la desvinculación de la religión respecto de todos los aspectos imaginables de la vida. Creo que esto está fuera de discusión. Lo que sí se puede discutir es si dicha decadencia de la religión pasa a la conciencia, y de qué modo lo hace. Hay muchas personas, personas muy inteligentes, que sostienen que lo que hay en Europa occidental es la *desinstitucionalización* de la religión, o bien, dicho con más cuidado, una institucionalización distinta de la religión respecto de la religiosidad tradicional vinculada a las iglesias. Yo no estoy enteramente convencido de esto; para mí la cuestión sigue abierta, es una cuestión empírica. Europa occidental, no cabe duda, es muy distinta de cualquier otro lugar del mundo. Si miramos a Estados Unidos, por ejemplo, resulta muy difícil aplicar allí la teoría de la secularización. Para qué decir en otros lugares del mundo.

—¿Qué diferencia hay entre la acción del pluralismo en la sociedad y la tolerancia de las distintas confesiones cristianas a comienzos de la edad moderna, me refiero al Edicto de Nantes y a la Paz de Westfalia, que toleraba diversas confesiones en Europa?

—Hay varias diferencias. En primer lugar, el Edicto de Nantes no duró mucho tiempo. Diría que la Paz de Westfalia es quizás más interesante, así como la forma en que se resolvieron las guerras religiosas en Europa central: mediante la división territorial. El *cujus regio ejus religio* nos puede parecer bastante brutal, pero había una opción. Supongamos por ejemplo que el príncipe se convertía al protestantismo y uno era católico, existía la opción de convertirse al protestantismo o marcharse, lo cual es preferible a que a uno lo maten. Eso fue un adelanto en cuanto a tolerancia, pero hoy ya no se puede aplicar. En casi ninguna parte se pueden hacer divisiones territoriales según bandos religiosos o ideológicos. La posibilidad de la solución territorial al desafío pluralista ha desaparecido en la mayor parte del mundo.

Y hay otras diferencias. Básicamente, antes sólo había protestantes y católicos. Hoy es mucho más complejo, hay muchos más oferentes de visiones globales y eso significa que estamos frente a una situación enteramente distinta, y progresiva. Yo diría que el pluralismo no ha alcanzado aún, en la mayoría de los países —ni siquiera en los Estados Unidos, que es bastante pluralista—, lo que podría ser su punto culminante.

—En algunas partes de su obra, por ejemplo en el artículo "Modernidad, pluralismo y crisis de sentido"[1]*, usted parece proponer que el pluralismo es un fenómeno totalmente nuevo. Antes había una pluralidad de religiones, personas que vivían en* ghettos*, que estaban destinadas a pertenecer a un grupo o a otro, que vivían juntas, quizás en la misma ciudad, o formaban parte de la misma región. Vivir en un* ghetto *y estar destinado a ser judío en, digamos, algún lugar de Europa era muy distinto del pluralismo moderno, donde hay opción y cambio de una posición a otra. Pero en el trabajo que presentó hace un par de días aquí, "El pluralismo y la dialéctica de la incertidumbre"*[2]*, usted traza una analogía entre el mundo moderno y el mundo grecorromano, donde también había libertad religiosa.*

—Dudo que haya dicho que el pluralismo moderno es la única forma de pluralismo, porque desde hace tiempo vengo sosteniendo que hay

[1] "Modernidad, pluralismo y crisis de sentido", escrito con Thommas Luckmann, *Estudios Públicos*, 63 (invierno 1996). (N. del E.)

[2] La conferencia presentada en el CEP el 26 de mayo de 1997, "El pluralismo y la dialéctica de la incertidumbre", apareció en *Estudios Públicos*, 67 (invierno 1997). (N. del E.)

formas premodernas de pluralismo. El mundo grecorromano es un ejemplo. Pienso que las grandes rutas comerciales de Asia son otro. He leído un poco sobre lo que sucedía en la ruta de la seda y los centros urbanos de Asia central, que configuraron una situación increíblemente pluralista hasta la conquista musulmana. Hay otros casos de un alto grado de pluralismo: España bajo el dominio musulmán y Sicilia bajo los Hohenstaufen. Creo que sus consecuencias sociopsicológicas se parecen hasta cierto punto a lo que conocemos en el mundo moderno. La diferencia, me parece, está en que hoy el pluralismo está mucho más extendido, es más progresivo. Tomemos el mundo grecorromano que señalé en mi conferencia y veamos quiénes participaban de este pluralismo. Existían varios centros urbanos: Alejandría, Roma, Antioquía, etc. A diez millas de distancia de estas ciudades había gente que vivía en aldeas y que no sabían que pertenecían al imperio romano, ni siquiera sabían que existía el imperio romano. Y lo mismo valía, probablemente, respecto de Salamanca, del Asia central, Samarkanda y lugares semejantes. Pero hoy quedan muy pocas aldeas que no estén penetradas por fuerzas pluralizantes. Es un fenómeno mundial, está en todas partes, hay muy pocas regiones que estén protegidas contra eso. Diría que si bien algunos de los procesos básicos no son enteramente nuevos, la extensión masiva del fenómeno es nueva, así como su carácter progresivo.

—Profesor, quiero volver a la primera parte de su obra. ¿Cómo llegó a interesarse por la sociología del conocimiento? Quiero también referirme a uno de sus primeros libros, uno de los más famosos, The Social Construction of Reality *(1966)*[3]*, ¿podría usted evaluar el efecto que desde entonces ha tenido esta perspectiva del conocimiento en las ciencias sociales?*

—Son dos preguntas distintas. La primera es fácil, la segunda muy complicada. Me enteré por primera vez de la sociología del conocimiento en el curso que dictaba Schütz en la New School for Social Research, al que asistimos con Luckmann. Sin embargo, la relación que tuvo ese curso con mis intereses fue muy diferente de lo que le ocurrió a Luckmann. Desde un comienzo me interesó la sociología de la religión. De hecho ése fue uno de mis motivos para estudiar sociología. Me fascinaban las sectas. Como estudiante solía visitar toda clase de sectas en Nueva York; había muchas, como las hay hoy. Había de todo: desde el Vedanta hasta grupos

[3] *The Social Construction of Reality. A Treatise in the Sociology of Knowledge* (Penguin Press, 1966), escrito con Thommas Luckmann. En castellano *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires: Amorrortu, 1968). (N. del E.)

astrológicos, lo que usted quiera. Me pareció interesante; algunas de las enseñanzas eran pura locura y había gente que parecía totalmente convencida de que ésa era la verdad. Así que me pregunté, de una manera muy ingenua en ese momento, cómo podía creer la gente cosas tan absurdas, y la sociología del conocimiento comienza a darnos una respuesta a esto. En otras palabras, la sociología del conocimiento se ocupa de cómo la gente fabrica la credibilidad, lo que yo llamé, más adelante, "estructuras de plausibilidad". Y así fue como la sociología de la religión y la sociología del conocimiento se convirtieron en intereses estrechamente unidos. A Luckmann no le interesaban las sectas, pero éramos muy buenos amigos y formábamos parte de un grupo —algunos estudiaban filosofía— en el que hablábamos de estos temas. Y después de un par de años nos pareció que sería interesante tratar de escribir una declaración teórica al respecto. Originalmente, se suponía que íbamos a trabajar en él cuatro personas. Dos desaparecieron y quedamos Luckmann y yo. Así fue como ocurrió.

La otra pregunta es más compleja. El libro tuvo un éxito inmediato, se le analizó extensamente, se le alabó mucho, etc. Alcanzó fama de manera instantánea: se convirtió en un clásico a menor escala y está en muchas notas a pie de página. Pero lo que sucedió fue sencillo. En 1966, cuando publicamos el libro, estaba muy de acuerdo con el espíritu de los tiempos —el *zeitgeist*—, ya que desenmascaraba las pretensiones, las ficciones de la sociedad. Así fue interpretado. Pocos años después vino el terremoto cultural de fines de los sesenta, cuando en las ciencias sociales (en los Estados Unidos como en casi todas partes) el 70 por ciento de los académicos y el 90 por ciento de los estudiantes se convirtieron en marxistas, de un modo u otro. Luckmann y yo, no, y lo que él y yo escribimos después de 1970 no estuvo de acuerdo con el espíritu de los tiempos y, como es lógico, tuvo menos éxito, por decirlo de alguna manera. *The Social Construction of Reality* fue usado, y sigue siendo usado, por personas con orientaciones teóricas e intereses totalmente distintos de los nuestros. De hecho, en la sociología norteamericana hay un grupo de personas que se autodenominan "construccionistas", básicamente teóricos postmodernistas cuyos planteamientos de ninguna manera concuerdan con lo que habíamos propuesto con Luckmann. La diferencia que hay entre lo que dijimos y lo que estas personas piensan se puede expresar de un modo muy simple. Nosotros dijimos: "toda realidad social se construye por medio de interpretaciones", y ellos sostienen: "todas las interpretaciones tienen la misma validez". Y hay ahí una diferencia enorme.

—Así parecería...

—Nunca pusimos en duda la posibilidad de una ciencia social objetiva, nunca pusimos en duda la existencia de hechos sociales, cosas, todas ellas, que ahora esta misma gente pone en duda. No sólo las ponen en duda, sino que las niegan.

—¿Cómo se entienden los valores morales en esta propuesta teórica?

—De un modo que llamamos "definiciones de realidad". La distinción que hicimos fue entre definiciones "cognitivas" y "normativas" de la realidad. Las primeras son lo que la gente cree que es el mundo; las segundas, cómo creen que el mundo debe ser. Ambas son construcciones sociales, y he destacado que las definiciones normativas de la realidad dependen de definiciones cognitivas. Además, las normas —lo *normativo*— tienen sentido solamente dentro de un determinado contexto cognoscible. Por ejemplo, qué dice el tabú del incesto: "no puedes casarte, no puedes tener relaciones sexuales con parientes próximos". ¿Quién es un "pariente próximo"? Hay sociedades en las que un primo en quinto grado es un pariente próximo sujeto al tabú del incesto. Yo no sé qué cosa es un primo en quinto grado, menos aún quiénes son mis primas en quinto grado, de modo que en este caso tal norma no me significa nada. De esta manera, las definiciones cognitivas de la realidad parecen tener una cierta primacía en algún sentido. Las normas dependen de una definición de cómo es el mundo.

—¿Esta distinción entre lo cognitivo y lo normativo podría tener efectos sobre la ya vieja discusión acerca de la objetividad o subjetividad de los valores morales?

—Yo diría que esta pregunta queda fuera del alcance de las ciencias sociales. Es una pregunta filosófica. No hay manera en que yo pueda responderla, me parece, dentro del marco de la sociología o de cualquiera otra disciplina empírica. Todo lo que las ciencias sociales puedan decir se referirá a las normas para una situación particular: son objetivas en cuanto son compartidas; son subjetivas en cuanto son significativas para los individuos. Pero la cuestión filosófica acerca de si hay o no una suerte de estructura valórica objetiva en la realidad, una ley natural o lo que sea, queda fuera del alcance de una ciencia empírica, me parece.

—En algún momento usted estuvo en México. ¿Qué efecto tuvo México en su pensamiento como sociólogo?

—En 1969, después de que habían aparecido algunos de estos libros, de repente fui muy conocido. Teníamos la intención de pasar unas vacaciones en México y arrendamos una casa en Cuernavaca, un lugar hermoso. No me acuerdo bien cómo ocurrió esto; había ahí una institución

católica y me pidieron que diera algunas conferencias, y yo acepté, puesto que viajaría de todos modos. Poco antes de partir de Nueva York recibí un llamado telefónico de Iván Ilich, de quien tenía conocimiento por un libro suyo. Me dijo que se había enterado de mi viaje y que yo tenía que ir al CIDOC; "lo necesitamos", agregó. Fue una invitación que no podía rechazar, así que di un curso en su institución, el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), nombre que en realidad no significaba nada. Entonces comprendí por qué quería Ilich que yo fuera. Él había leído *The Social Construction of Reality* y comprendió —a mi juicio acertadamente— que se trataba de un marco conceptual que podía ser útil para entender lo que le interesaba respecto al desarrollo de la modernización. Esto es, de qué manera ésta afectaba los valores, creencias, la conciencia, la cultura, etc. El centro de Ilich era sumamente interesante en ese momento, un verdadero lugar de reunión de todo lo imaginable: católicos, no católicos, europeos, latinoamericanos, norteamericanos, marxistas; todos llegaban allá. También recibí el impacto de la pobreza en el tercer mundo, que yo no había visto antes. Fue impresionante. La pregunta por qué pasa esto, qué se puede hacer al respecto, despertó mi interés en el problema de la modernización y el desarrollo. En parte, si se quiere, fue un interés moral antes que político: todos los que estaban allí, todos los cientistas sociales de México eran marxistas. Esto no me convencía, y me interesé por las posibilidades no marxistas de resolver esos problemas. A un nivel más teórico, con todo, me pareció que mirar la modernización en términos de la sociología del conocimiento sería una empresa útil. Y creo que así está comprobado. Eso fue lo que hizo México. Después volvimos allá varias veces y nos quedábamos algunos meses. Tuve algunas discrepancias con Ilich sobre la manera de hacer las cosas y dejé de enseñar en su centro. Me fui al Colegio de México, en Ciudad de México, que en ese tiempo era uno de los escasos lugares en el país donde a los no marxistas se les permitía abrir la boca. (Entonces mi español era bastante bueno.)

—Hace veinticinco años yo era estudiante de ciencias sociales en Europa central, en Alemania, y creo que no me equivoco si digo que en ese tiempo estaban divididas entre el funcionalismo y la teoría crítica. Por un lado, el funcionalismo estructuralista en la línea de Niklas Luhmann; por el otro, la influencia de Frankfurt y la teoría crítica. Ya nos habló de su evaluación del funcionalismo, ¿cómo evalúa usted la teoría crítica, treinta años después de que sus fundadores tuvieran una influencia tan grande, no sólo en el debate científico sino en el debate público de los principales asuntos sociales en Europa? Si uno va a una librería en Alemania, por ejemplo, encuentra menos libros de teoría crítica que hace diez años y

mucho menos que hace veinte. Si hoy uno va a los Estados Unidos, ve más libros de teoría crítica que hace veinte años en Europa. ¿Cómo se explica esto, cuál es su evaluación de la teoría crítica ahora?

—Muy parecida a la de entonces: negativa. Las consideraciones epistemológicas y metodológicas de la teoría crítica son ataques contra la objetividad de la ciencia social que yo, como weberiano ortodoxo, rechazaría. En cuanto al análisis de la sociedad contemporánea, a fin de cuentas, ¿qué fue la teoría crítica, incluso Habermas? Era estar a la izquierda sin ser marxista dogmático. Bueno, ser un marxista no dogmático es mejor que ser dogmático, pero sus percepciones básicas, digamos, del mundo, del capitalismo, de la modernidad, están todas equivocadas en el fondo. Eso pensaba en esa época y no he cambiado de parecer. Habermas, a quien conozco, es un hombre extraordinariamente inteligente y hay trozos dispersos de su obra que son muy útiles y conviene tomarlos en serio. Eso no lo niego, pero el sistema en su conjunto es un solo error contundente.

Ahora bien, la función de este tipo de análisis en los Estados Unidos es hoy algo diferente de lo que fue en Alemania, digamos, en los años setenta, donde formó parte del renacer marxista; fue, se diría, una forma de marxismo algo más civilizada, pero yo la colocaría en la misma categoría de la teoría neo-marxista. Habermas, probablemente, no lo aceptaría, pero yo pienso que es lo correcto. Hoy el marxismo no es una empresa saludable en ningún lugar, y tampoco en los Estados Unidos, pero las mismas ideas pueden servir para dar más solidez y apoyar ideologías que no son marxistas, pero que comparten con el marxismo dos rasgos importantes: la negación de la verdad objetiva y el ataque a todo *statu quo* que moleste a las personas que pueblan estos movimientos.

Y yo diría, bueno, en un nivel más teórico, que se trata del llamado postmodernismo, y en un nivel más político, ideológico —muy importante en este entorno—, del feminismo y del multiculturalismo. Eso quizás explique la situación de las librerías que usted mencionaba y la razón de que estos movimientos sean más importantes hoy en los Estados Unidos que en Europa.

—Usted habla de una ciencia social objetiva. ¿Qué quiere decir, en términos sencillos, con eso?

—Quiero decir que hay cosas que se llaman hechos. Hay hechos sociales, en el sentido de Durkheim, y un análisis prolijo, ceñido a cánones de procedimientos científicos, puede determinar cuáles son esos hechos. No es cierto que no haya nada en el mundo social salvo nuestras interpretaciones de él; hay cosas efectivas que ocurren. Si uno dice, no sé, la distribución del ingreso en Chile es X y alguien dice: bueno, ésa es su narrativa,

déjeme ahora que le dé la mía, que es Y, esta diferencia de opinión se puede resolver; no se trata aquí de que yo le cuento mi historia y usted la suya, lo que es una especie de versión postmodernista de todo esto. Hay formas de resolver la diferencia y determinar cuál es la distribución del ingreso. Creo que, *mutatis mutandis*, lo mismo se puede decir acerca de otras proposiciones relativas al mundo social. Esto no niega lo que dijimos con Luckmann en el sentido de que cualesquiera que sean los hechos, éstos se reflejan a través de ciertas interpretaciones que son construcciones sociales. Los mismos hechos, por cierto, tienen significados distintos para diferentes personas, y esto es muy importante, pero hay algo objetivo también.

—Cuando usted se refiere a seguir ciertos procedimientos científicos, ¿cuáles serían estos procedimientos tratándose de la sociología?

—Hay diferentes técnicas, tanto cuantitativas como cualitativas, que dependerán de cuál sea el problema por investigar. Pero creo que el procedimiento básico tiene que ver con el concepto de Popper de "falseabilidad": uno basa una afirmación en la evidencia empírica y cuando parece que la evidencia empírica contradice esa afirmación, ésta se cambia. Un buen ejemplo es lo que antes dijimos de la teoría de la secularización. Ella no era un sistema filosófico, no tenía nada que ver, por ejemplo, con que uno fuera o no religioso. Yo era religioso entonces y lo sigo siendo ahora. No hubo un cambio en mi mentalidad religiosa, sí en la percepción de la evidencia: lo que creíamos secularización no era tal. Nos equivocamos y debimos reformular el planteamiento. Me parece que éste es el canon al que tiene que ceñirse toda disciplina que pretende llamarse científica. Y esto es precisamente lo que me preocupa en los postmodernistas, construccionistas, como sea que esta gente se autodenomine. Ellos niegan este canon, y tal cosa, me parece, es la muerte de la ciencia. Pues pasa lo que de hecho ha pasado: que la ciencia social se convierte en nada más que propaganda en favor de una u otra causa.

—Es muy interesante lo que dice. A veces parece que los sociólogos fueran personas a quienes se les enseñó a leer libros y no a comprender la realidad. En cierto modo, parece que la realidad o la supuesta realidad que se lee en muchos libros sociológicos no calza bien con la experiencia que uno tiene de la sociedad. Por ejemplo, se dan casos en que la experiencia corrobora que las tradiciones y el antiguo sentido común siguen vivos, mientras ciertos libros sobre esa misma sociedad muestran aspectos completamente distintos. ¿De qué manera recomendaría usted que se estudie la sociedad? ¿Hay una manera, un procedimiento que permita que los soció-

logos presten atención a la sociedad real y no se preocupen tanto de los libros que se escriben sobre la sociedad?

—Hay una respuesta breve. Louis Worth, quien fuera miembro de la escuela de sociología de Chicago y representante de la sociología urbana de los años treinta, decía una cosa maravillosa a cada nueva generación de alumnos en Chicago: "Salgan y ensúciense las manos con investigación". Podemos preguntarnos si muchos de los sociólogos que escriben estos libros a los que usted se refiere alguna vez han entrevistado a alguien, si alguna vez han estado en una situación fáctica que han procurado entender. Un teórico comenta a otro teórico. No creo que Habermas haya entrevistado jamás a alguien: siempre se encuentra en su oficina leyendo y escribiendo libros. Pienso lo mismo de Luhmann. Yo he hecho bastante teoría, pero estimo que en las ciencias sociales la teoría se basa en la evidencia empírica, y la manera de reunir evidencia empírica es salir y hablar con las personas, entrevistarlas, observarlas. Aun cuando la New School era un lugar muy orientado a la teoría, estoy muy agradecido del haberme visto obligado a hacer investigación. Cuando preparé mi tesis de magister tuve que ensuciarme las manos haciendo investigación. Y entonces me tropecé con un fenómeno que había adquirido mucha importancia: por intermedio de algunos amigos descubrí que muchos de los inmigrantes puertorriqueños que llegaban a Nueva York eran protestantes. Mi tesis versó sobre el protestantismo entre los inmigrantes puertorriqueños en Nueva York, tema sobre el cual no se había escrito virtualmente nada. Durante un año caminé por el East Harlem (Nueva York era menos peligrosa entonces que ahora), habitualmente de noche, ya que los servicios pentecostales se realizaban por lo general de noche, y aprendí español en la calle. Asistía y tomaba apuntes, entrevisté a la totalidad de pastores de las iglesias hispanoparlantes. No sabían gran cosa acerca de lo que les preguntaba. También hice entrevistas en algunas agencias protestantes de Nueva York, donde tampoco sabían mucho. Ésta es la clase de experiencia que a mí me parece insustituible. Una vez que se descubre que las ciencias sociales tratan de personas reales que hacen cosas reales, uno sale a averiguar qué es lo que están haciendo, y creo que resulta muy difícil escribir ese tipo de cosas abstractas que usted describe. No me gustaría caminar ahora de noche por East Harlem, ni por ninguna parte, querría acostarme temprano, pero si hago teoría como sociólogo, tengo que basarla en este tipo de investigación. De lo contrario lo que hago no es escribir sociología sino filosofía social, poesía o lo que fuere.

—Si pensamos que toda actividad social está socialmente formada, ¿qué ocurre con el observador de esa actividad social en cuanto a la

validez de sus observaciones? ¿Goza el científico social de alguna categoría cognitiva privilegiada, en el sentido de que sus observaciones pueden aspirar a una validez al margen de este círculo de creación y observación?

—Yo no la llamaría privilegiada. La propia ciencia social es una actividad social, formada socialmente. Se originó en Europa a comienzos del siglo XIX, no en la China hace trescientos años. Hay ciertas condiciones sociales que permiten que la ciencia social sea posible. Sabemos cuáles son. En general, el cientista social está dentro de un entorno social que le ha dado forma y que le da forma a su actividad, según el término que usted usa. Dentro de esta actividad humana hay reglas establecidas que los demás observan; el sistema de pares es útil a la comunidad de investigadores. Si uno no se ciñe a las reglas, alguien va a notarlo dentro de la comunidad, de manera que hay controles, reglas, pautas inherentes que no garantizan la objetividad, pero la convierten en una meta alcanzable. No hay una situación privilegiada: el cientista social permanece en la sociedad, sujeto a presiones sociales. El control es quizás la mejor manera de filtrar esas presiones.

—En los años setenta, los economistas comenzaron a tener en Chile gran influencia en la descripción y concepción de la sociedad. La sociología estaba en una situación muy desmedrada en ese momento, después de su idealización en los años sesenta. Mi pregunta se dirige a los límites entre economía y sociología. Los economistas tienden a verse como cientistas sociales; ¿cuáles son, en su opinión, los límites entre su actividad como sociólogo y la actividad de los economistas?

—Me interesé en la modernización y el desarrollo la primera vez que me interesé por la economía. No podía hablar con los marxistas u ocuparme de la interpretación marxista de, digamos, América Latina o del subdesarrollo sin tratar asuntos económicos. Lo que sucede en la economía tiene una importancia decisiva respecto de lo que ocurre en todos los demás sectores de la sociedad. Por este motivo, en 1985 convencí al rector de la Universidad de Boston para que me permitiera iniciar allí un pequeño centro de investigación, el Institute for Study of the Economic Culture, cuya razón de ser es analizar la estructura del cambio económico y de la cultura en cuanto a creencias, valores, estilos de vida, etc. Hacemos muchas cosas distintas, pero el programa básico del Instituto es precisamente trabajar en esa frontera que usted describe. Para mí el problema no está en la forma de investigar cómo se relaciona la economía con otras cosas, cuestión que a mi juicio no es más difícil que investigar el modo en que la religión se relaciona con otras esferas. La dificultad la ponen los economistas. No tenemos ni un solo economista en nuestro Instituto. Quisimos con-

tratar uno hace un año, pero la Facultad de Economía tenía que aprobarlo y no lo hizo. Fue algo muy feo. Se trataba de un economista de la Escuela Austríaca y casi lo lincharon —en Estados Unidos la Escuela Austríaca es una "secta perseguida", no hay otra manera de decirlo.

La economía, según se ha desarrollado en los Estados Unidos, es fundamentalmente hostil al tipo de preguntas que yo hago. Esta hostilidad no se debe a motivos ideológicos; de hecho estoy de acuerdo con la mayoría de los economistas en materia de políticas. Son gente de centroderecha, pro capitalismo. El punto es metodológico, ya que lo que hacemos no calza con sus modelos matemáticos. Para ellos esos modelos son la única manera científica de hacer las cosas, lo cual es un auténtico problema. Es más, diría que el tipo de fetichismo ideológico que hoy existe entre los economistas —al menos en los Estados Unidos, puede ser distinto aquí— es algo que debilita a la economía como disciplina.

—Pero hay conceptos económicos que más de un sociólogo los ha incorporado de manera acrítica. Por ejemplo: el concepto de elección (choice). *La economía casi siempre se refiere a escoger cosas, lo que es muy razonable, ya que se pueden escoger cosas. Pero en la sociedad uno no escoge solamente cosas, sino también personas: por ejemplo a la esposa. Esto es distinto de escoger un objeto, principalmente porque la otra persona tiene la posibilidad de no escogerlo a uno, lo que en sociología se conoce como el principio de la "doble contingencia". Asimismo, se habla de escoger el sexo, pero no se puede escoger el propio sexo, se puede cambiar de sexualidad, pero no se puede cambiar de sexo. ¿No habremos extendido de una forma no problemática —acrítica— este concepto de elección desde la economía a otros campos?*

—Estoy enteramente de acuerdo y pienso que la economía ha sido muy imperialista, al menos en los Estados Unidos. Esta disciplina está marcada por la teoría de la elección racional, que en esencia lo estudia todo en la sociedad. Comenzó con la política y la familia y se ha expandido a todas las esferas. Por ejemplo a la religión, que la ve como sujeta al comportamiento del consumidor. A mí no me parece que eso sea sensato, por lo que usted dice. Mi elección de un objeto en lugar de otro es muy distinta a mi opción política o mi opción religiosa. Considero que la opción es una categoría muy importante para la forma en que entiendo el pluralismo: como un aumento de las opciones. Pero hay muchas clases distintas de opción y aplicar conceptos de comportamiento económico a comportamientos no económicos es algo muy peligroso. A veces puede ser una metáfora útil, una especie de mecanismo heurístico, por así decirlo. Hay

cierta utilidad en hablar, por ejemplo, del mercado religioso en una sociedad pluralista. Pero también hay que considerar sus límites.

Le contaré una anécdota para ilustrar lo anterior. Muy temprano en la historia de nuestro Instituto, pensamos que debíamos tener un diálogo con algunos economistas. Queríamos a los economistas más tercos que pudiéramos encontrar. Reunimos un grupo. Había un par de neoclásicos, pero la mayoría era gente de la escuela de la "opción pública" (*Public Choice*) de Virginia, encabezados por Tullock. Tratamos de persuadirlos de que la cultura es pertinente y organizamos un encuentro. Un politólogo del MIT, interesado en el problema de la migración, expuso sobre políticas de migración en diferentes países. Su tesis, que estaba dirigida a los economistas, era que desde un punto de vista racional las políticas que se estaban aplicando pueden carecer de sentido. Porque si bien fenómenos como la libertad de movimiento de la mano de obra podrían tener sentido, también había otras consideraciones como, por ejemplo, la identidad nacional, los valores morales y cosas parecidas. No lo aceptaron y todo lo que el politólogo decía ellos lo trasladaban a sus términos económicos. Me acuerdo que apareció el concepto de conciencia. Uno de los economistas pensó un momento y dijo: "Sí, claro, la conciencia..., a eso le llamamos controles internos de precios". Nunca había visto dogmatismo igual.

—Déjeme contraargumentar a propósito de este imperialismo económico. Por ejemplo, he oído decir a algunos economistas lo siguiente: "en 1960, más o menos, Corea del Sur era a todas luces una sociedad muy pobre y subdesarrollada. Hoy sabemos que es un país muy poderoso y nosotros, los economistas, sabemos por qué se logró esta transformación". ¿Qué puede decir un sociólogo para explicar esto?

—No pongo en duda que un economista puede demostrar que las políticas económicas que se aplicaron en Corea del Sur tuvieron muy buenos resultados. Incluso, si ellos lo dicen, les creo. Pero también creo que uno tiene que preguntarse por qué esto tuvo éxito en Sud Corea y no en otras partes. Yo no he trabajado concretamente en relación con Corea, pero pienso que una ojeada a la cultura coreana, a los valores coreanos y a su sistema de familia tendría gran importancia a la hora de demostrar por qué las cosas anduvieron muy bien en Corea y no, por ejemplo, en Filipinas. De hecho, en los años 50 hubo una conferencia de las Naciones Unidas sobre Asia y la pregunta era por el país que tenía probabilidades de éxito después de Japón, que ya era un caso exitoso. Todo el mundo apuntó a Filipinas, nadie nombró siquiera a Corea.

—Ambos se parecían en muchos aspectos.

—En muchos aspectos se parecían y hoy pienso que la cultura es un elemento muy importante en la diferencia. No soy un determinista cultural, no digo que la cultura lo determine todo. Lo que digo es que se trata de un factor importante. La cultura afecta la economía, la cultura afecta la política. Pero esto no va en un solo sentido: la economía afecta la cultura, la política afecta la cultura, así que hay interacciones que no creo que se puedan predecir sobre una base apriorística; hay que dar una mirada empírica a lo que está operando en cada situación. Miremos el caso de Corea. Después de la sustitución de importaciones, instauraron políticas que creo que la mayoría de los economistas aprobarían, y han dado buen resultado. Pero también hay que preguntarse por qué el trabajador coreano aprendió tan rápidamente. Hay que ver la enorme iniciativa coreana en materia educacional, lo que sin lugar a dudas tiene sus raíces en la cultura del confucianismo. Hay que ver la fuerte estabilidad de la familia en esta sociedad, la que es importante, me parece, para que los niños aprendan y se orienten hacia el éxito económico.

—¿Cómo se podrían resumir los elementos culturales que estuvieron detrás de esta revolución capitalista en esos países asiáticos?

—No hay mucho más que agregar a lo que ya dije sobre Corea. Creo que es un ejemplo que vale para todas esas sociedades. Es muy importante en el caso de los chinos de ultramar y especialmente en Asia sudoriental: Filipinas, Indonesia, Tailandia, etc. No soy especialista en esta materia, pero les creo a quienes han trabajado en el tema. En términos de tradiciones religiosas, de estructura familiar, de un *ethos* educacional, en términos del gran valor que se atribuye a la estabilidad política, todo esto son rasgos culturales que dieron a estas sociedades una ventaja cultural comparativa sobre otras sociedades, como, por ejemplo, las sociedades malayas de Asia sudoriental.

La expresión "ventaja cultural comparativa" es una expresión relativa. Lo cual quiere decir, por un lado, que no todos los chinos tienen éxito y todos los malayos fracasan, no. La cultura china les dio una ventaja inicial, luego entraron otros factores. Por otro lado, lo que puede ser una ventaja ahora, en diez o veinte años puede ser un inconveniente. Y es posible que esto esté pasando hoy en Asia oriental, especialmente en Japón. Los japoneses lo vienen diciendo hace años. Consideremos, por ejemplo, lo que los japoneses llaman "grupismo" —que es algo muy real—, esta especie de solidaridad conformista de grupo. Aplicado a la empresa económica, creo que probablemente esto constituyó una gran ventaja económica en la primera etapa de la industrialización, en el despegue económico. Pero hoy, tal vez, sea una desventaja en el tipo de economía impulsada por el conoci-

miento, donde la iniciativa, fantasía o imaginación de cada uno puede ser mucho más importante que la solidaridad de grupo. El sistema educacional, por ejemplo, es increíblemente conformista: ni siquiera hoy estimula el pensamiento, la reflexión independiente. De tal modo que los mismos rasgos culturales que pudieron ser útiles en Asia oriental para producir los grandes milagros económicos después de la segunda guerra mundial, y, en el caso de Japón, después de la gran restauración hace cien años, podrían convertirse en desventaja cultural para los rumbos actuales. Y también puede ocurrir lo contrario. Si hay rasgos culturales en América Latina, India o donde sea, que quizás al comienzo no fueron propicios para el surgimiento temprano del desarrollo económico, podrían resultar muy ventajosos en una etapa posterior.

—Detrás de la tradición económica, supongo, hay supuestos antropológicos. Por ejemplo, que el interés propio es una motivación muy importante para actuar, y en este sentido los economistas tienen un supuesto muy simple. Usted ha trabajado con ciertas formas de pensamiento en la tradición europea, en las que, por una parte, hay perspectivas antropológicas y, por la otra, ciertas ideas sobre la evolución de las instituciones. La obra de Arnold Gehlen sobre las instituciones es un buen ejemplo de esto. ¿Hay en el presente alguna relación fuerte entre el desarrollo de la teoría sociológica y los supuestos antropológicos de la perspectiva de Gehlen?

—La teoría sociológica es hoy una zona de catástrofe. Gehlen tuvo alguna influencia, pero su historia política personal algo dudosa determinó que en Alemania muchas personas no quisieran leerlo. Pienso que su historia política no es nada grata ni de buen gusto, pero a pesar de todo escribió cosas importantes. No creo que en la actualidad mucha gente haya leído a Gehlen, ni siquiera en Alemania; en ese sentido la respuesta a su pregunta es que no tiene influencia. En cuanto a los enfoques antropológicos o biológicos de la teoría sociológica, los que tuvieron influencia, aunque no muy grande, son los denominados biólogos sociales, en los Estados Unidos. Ellos, en cierto sentido, pretendieron hacer lo contrario de Gehlen, puesto que quisieron sostener que las instituciones sociales son consecuencia de la biología. Gehlen sostenía que las instituciones humanas eran consecuencia de que la biología no determina la conducta humana. En cierto sentido, es lo contrario. Gehlen no era un determinista biológico; al contrario, él destacaba la indeterminación de nuestra estructura biológica. Esto es cuanto podría decir sobre la teoría contemporánea.

En cuanto a la importancia de Gehlen, en cierto sentido volvemos otra vez a los postmodernistas, quienes ofrecen una expresión teórica de una tendencia cultural mucho más amplia y que es anti-institucional. Hay

cierta hostilidad hacia las instituciones, cualesquiera que éstas sean, y eso data de los años sesenta y continúa en distintas formas. En la corriente opuesta, Gehlen es una de las personas que se podrían señalar. Pero no la única, ya que buena parte de la sociología clásica enseñaría lo mismo: no puede haber vida social sin instituciones. Diría que ésta es la importancia duradera de la teoría gehleniana de las instituciones.

—Algo más sobre economía. Joseph Schumpeter en su obra famosa, Capitalismo, socialismo y democracia, *hace cincuenta años o algo más, predijo que el capitalismo estaba condenado debido a que los valores culturales estaban en decadencia. Poco después, en los sesenta y setenta, Daniel Bell repitió más o menos el mismo argumento y, me parece, lo amplió señalando que la postergación de las satisfacciones, la planificación de largo plazo, estaban de algún modo en crisis. Según él, había indicios de una dificultad de planificar a largo plazo que se reflejaba en la crisis de la familia, el divorcio, etc., de modo que el capitalismo, especialmente en los Estados Unidos, y sin duda en Europa, parecía condenado desde el punto de vista cultural. Sin embargo, hoy vemos los indicadores económicos y ellos parecen decirnos que, por ejemplo, el nivel de productividad de los Estados Unidos es altísimo, mayor que en la mayoría de los países del mundo. ¿Tiene esto alguna explicación cultural? ¿Cómo reacciona usted ante esto?*

—No estoy seguro de que los aumentos de productividad en la economía de los Estados Unidos reflejen tanto un fenómeno cultural, sino más bien económico. En esto confiaría más en los economistas que en cualquier otra persona. Las empresas norteamericanas se han reestructurado luego de las fuertes sacudidas de los años setenta y ochenta. Ahora, en cuanto a que el capitalismo socava sus propios cimientos culturales, pienso que ello tiene algo de cierto, aunque tal vez de manera indirecta, ya que creo que no es tanto el capitalismo como la riqueza. Sabemos que el capitalismo genera riqueza, es el sistema económico más productivo en la historia del hombre. Las personas se enriquecen cada vez más y la riqueza tiene consecuencias en cuestiones tales como la postergación de las satisfacciones, la lealtad familiar, etc. De manera que, en forma indirecta, puede que eso sea cierto. Pero no creo que se trate del capitalismo en sí. Es la cultura de la riqueza la que inevitablemente suscita expectativas acerca de lo que debe deparar la vida y, por lo mismo, desencantos tremendos si estas expectativas no se cumplen. Ello se vincula al divorcio, al matrimonio, a la crianza de los hijos, a las expectativas ocupacionales. Y esto, me parece, es un auténtico problema.

—¿Pero no tiene usted la impresión de que la evidencia es muy contundente, en el sentido de que el capitalismo tiene mucha vitalidad en los Estados Unidos? Más vitalidad, seguramente, que cuando Schumpeter escribía, pues entonces había una tendencia intelectual en que el socialismo era sumamente fuerte. Todos los que apoyaban el capitalismo como lo hacía Schumpeter tenían que pensar que el capitalismo, de alguna manera, estaba perdido y que lo que se podía esperar era algún tipo de economía mixta. En los años ochenta esto ya no era así, desde luego, y algo de esto señala usted en The Homeless Mind *(1973)*[4]*. Lo que se ve hoy en todo el mundo es el poder tremendo del capitalismo, a pesar de todas estas dificultades a nivel de la familia o a nivel de la religión. ¿Cómo lo explica usted? ¿No es más que un proceso económico?*

—No lo sé. La pregunta es muy importante, pero no tengo una respuesta adecuada. Hay dos cosas que podría considerar pertinentes. Una tiene que ver con el hecho de que la economía capitalista moderna, de una eficiencia notable, exige una cantidad relativamente pequeña de personas realmente dedicadas a ella, lo que me parece extraordinario. En muchas empresas, los que están más arriba son los que se matan trabajando y soportan una presión tremenda, no tienen fines de semana libres, etc. Pero los demás empleados —en general, obviamente— pueden llevar una vida hedonista, muy cómoda. Una parte más bien pequeña de la población tiene que guiarse, entonces, por los valores que usted señaló antes.

La otra cosa, y supongo que están relacionadas, tiene que ver con el hecho de que en una economía capitalista postindustrial avanzada, donde el motor es el conocimiento, no hay muchos obreros no calificados, sino gente que sabe manejar computadores, por así decirlo. En un escenario como éste, esas virtudes clásicas del capitalismo podrían tener menos importancia, por lo que una persona hedonista, no muy ambiciosa, que sólo trabaja, digamos, treinta horas semanales y pasa el resto del tiempo en actividades privadas más o menos ociosas, tal vez no sea tan disfuncional como hubiera podido ser en una etapa anterior del capitalismo. No sé si ésta es la respuesta, pero son dos consideraciones tal vez pertinentes a su pregunta.

—Sólo una cosa más sobre este tema. En su libro The Capitalistic Revolution *(1986)*[5]*, usted desarrolla un capítulo muy interesante sobre los problemas de legitimación que tendría el capitalismo. Parecería que el*

---

[4] *The Homeless Mind. Modernization and Consciousness*, escrito con Brigitte Berger y Hansfried Kellner (Nueva York: Random House, 1973). (N. del E.)

[5] *The Capitalistic Revolution. Fifty Propositions about Prosperity, Equality and Liberty* (New York: Basic Books, 1986). (N. del E.)

capitalismo carece de un mito fuerte en que apoyarse. Hay maneras indirectas de legitimarse, una de ellas son los resultados. Creo que usted lo llama "facticidad", o sea, los resultados económicos en sí. Las otras que usted menciona son cosas tales como la libertad, el progreso, etc.

—El nacionalismo es importante en Asia.

—¿Podría hablar un poco de eso? Es interesante saber qué es lo que impulsa a la gente a trabajar. ¿De qué se trata ese nacionalismo, qué es el mito del progreso y qué significa para las personas?

—Creo que lo que dije en ese libro lo diría ahora, salvo que el mito socialista se ha hecho humo en muchos sentidos. Era un mito fuerte, pero produjo resultados económicos tan desastrosos que aun las personas más proclives a lo mitológico han debido corregir sus opiniones. Muchas, la mayoría. Y creo que es cierto que el capitalismo no posee un mito semejante. La idea del progreso no se vincula forzosamente con el capitalismo. Hay gente que quiere sacrificarse tal vez por un movimiento político, pero no por un negocio. Pienso, pues, que no se trata tanto de la motivación de las personas para trabajar. Eso tiene menos que ver con mitos y más con lo que uno quiere para su familia, para sí mismo. La legitimación del sistema capitalista en la sociedad tiene que ser indirecta y no directa, me parece; y creo que la idea de libertad es una de esas motivaciones. Pensemos en el derrumbe del socialismo en Europa oriental. Hay una idea muy extendida que vincula los principios de la sociedad libre a la economía de mercado. Tal vez no nos interese mucho la economía de mercado sino que la libertad; puesto que nos interesa la libertad, debemos tener una economía de mercado.

Ahora bien, no creo que el nacionalismo sea un factor en Europa oriental. Pero por cierto lo es en Asia oriental y en su desarrollo. El caso de Japón es claro. Es el camino hacia el poderío nacional, hacia una nación próspera e importante.

—Voy a pasar a un tema algo distinto. En su trabajo "Modernidad, pluralismo y crisis de sentido" (1996)[6]*, la idea de "mediación" tiene un papel protagónico. También se atribuye un papel importante a las instituciones. Conversemos al respecto.*

—Voy a empezar con una historia que puede resultar útil. En 1975, el American Enterprise Institute, de Washington —un grupo de estudio de centroderecha dedicado al tema de los negocios—, se interesó en estudiar el Estado de bienestar en los Estados Unidos y ver qué se podía hacer al respecto. Nos pidieron a mí y a mi amigo Richard Neuhaus, quien en ese

[6] Véase nota 1. (N. del E.)

tiempo era teólogo luterano y hoy es teólogo católico, que reuniéramos un grupo de gente para estudiar el tema. Creo que no fue una buena elección, porque ninguno de nosotros tenía mucha experiencia en esto. Pero al Instituto le gustó, ya que parecía que en términos políticos éramos adecuados. Reunimos un grupo y definimos cinco áreas de trabajo. Se trataba de un proyecto de dos años que abarcaba cinco áreas de política social. De allí salieron cuatro libros. Con Richard Neuhaus escribimos un documento en que se definían las proposiciones básicas del proyecto. Lo llamamos *To Empower People: The Role of Mediating Structures, in Public Policy*[7], un documento de cincuenta páginas que ha sido la publicación más exitosa que ha hecho el American Enterprise Institute: en 1996 salió una nueva edición[8]. Como ocurrió con *The Social Construction of Reality*, de inmediato fue mal interpretado. Les gustó tanto a personas de izquierda como de derecha, cuestión que a uno debería ponerlo en guardia. La derecha lo entendió como un evidente apoyo a la actividad empresarial, y sin embargo nunca hablamos de la empresa como estructura de mediación, una idea ridícula. La izquierda lo vio como una especie de movilización de bases en contra del gobierno local, cosa que tampoco decíamos. En fin, fue un fiasco completo, aun cuando siguió vendiéndose y el término "estructuras de mediación" se convirtió en una expresión feliz, en el mismo sentido en que son felices los términos maternidad y manzana.

En el vigésimo aniversario de la primera edición de *To Empower People* reunimos un grupo de personas para que se refirieran a lo que había pasado con los puntos de esta investigación desde 1975. La respuesta fue que no había pasado nada. Después nos preguntamos si estas ideas aún son pertinentes en la política social norteamericana y todos estuvimos de acuerdo en que sí lo son.

Ahora bien, la idea sociológica básica que estaba detrás de la expresión "estructuras de mediación" es, creo, muy poco original. Comienza por lo menos con Durkheim, en el sentido de que la sociedad moderna hace dos cosas: introduce una enorme posibilidad de elección en la vida privada, con lo que se empieza a generar lo que llamamos vida privada —que en realidad es un fenómeno moderno—; pero también crea instituciones gigantescas: el Estado, grandes empresas económicas, grandes burocracias, que

---

[7] *To Empower People: The Role of Mediating Structures, in Public Policy* (American Enterprise Institute, 1977). Publicado en español como "Potenciar al ciudadano: El rol de las estructuras intermedias en las políticas públicas", *Estudios Públicos*, 49 (verano 1993). (N. del E.)

[8] *To Empower People. From State to Civil Society* (American Enterprise Institute, 1996). (N. del E.)

están muy lejos de los significados personales de la gente. Por esto se producen sensaciones de aislamiento, las estructuras se perciben como muy remotas. Ello tiene especiales implicancias en relación con el Estado y con el problema de la legitimidad. El Estado tiene que legitimarse por medio de valores que poseen ciertos significados para la gente en lo personal. De modo que, a la luz de estas consideraciones, todavía pienso que el concepto de "estructuras de mediación" refleja una idea viable, y que la reforma del Estado de bienestar debería tener en cuenta a este tipo de instituciones, cosa que no se ha hecho en el modelo clásico. El artículo que ustedes publicaron, "Modernidad, pluralismo y crisis de sentido"[9], se extiende sobre esto mismo y Luckmann introdujo algunos de sus propios intereses teóricos, lo que creo fue muy útil.

En un principio nos ocupamos de lo que ahora llamaría "mediación vertical", es decir, el tipo de mediación que apunté recién: entre los individuos y esas grandes instituciones. Después, Luckmann me sugirió que organizáramos un proyecto sobre conflictos culturales en distintas sociedades, y me pareció que ahora se trataba de un tipo distinto de mediación: "horizontal". Ésta no es entre los individuos y las grandes instituciones, sino entre distintos bandos ideológicos, culturales, al interior de una sociedad pluralista moderna. Este tipo de mediación es el que me interesa más en este minuto.

—Hay una tendencia, quizás una moda entre los intelectuales de Europa occidental y norteamericanos, a hablar de una nueva forma de individualismo —por ejemplo, Richard Sennet en los Estados Unidos[10]. Hablan de una sociedad narcisista, en el sentido de que la capacidad de asociarse, de establecer relaciones entre las personas, estaría desapareciendo lentamente. Incluso en Alemania, el famoso libro sobre la sociedad del riesgo de Ulrich Beck dice que la sociedad del riesgo es tal porque estamos perdiendo los grupos que nos dieron cierta seguridad[11]. ¿Cree usted que hay una tendencia efectiva hacia un nuevo individualismo y, de ser así, qué significaría para la mediación horizontal?

—En resumen, me parece que esa gente está equivocada. Ello, por razones empíricas. Claro, hay que considerar ciertos aspectos. Es verdad, por ejemplo, que tenemos tendencias que podríamos llamar de *hiperindividualismo,* en las que los derechos y aspiraciones del individuo se conside-

---

[9] Véase nota 1. (N. del E.)

[10] Richard Sennet, *The Fall of the Public Man* (WW Norton & Co., 1992). También, al respecto, véase Christopher Lasch, *Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations* (WW Norton & Co., 1991). (N. de. E.)

[11] Ulrich Beck, *Risiko-Gesellschaft* (Suhrkamp, 1989). (N. del E.)

ran completamente desvinculados de toda institución comunitaria. El feminismo radical es un buen ejemplo de lo anterior. Cada mujer por separado es el foco de atención, y se pasa por alto el hecho de que más de la mitad de las mujeres tienen familias y se preocupan de ellas. Esto es cierto, pero pienso que la tesis general de que un individualismo de tipo radical está socavando la capacidad de formar comunidades es falsa en términos empíricos.

Voy a darle dos ilustraciones concretas tomadas de la ciencia social estadounidense. Una tiene que ver con un artículo sumamente influyente de Robert Putnam, politólogo de Harvard, que se llama "Bowling Alone". Ahora está escribiendo un libro, que aparecerá pronto, con el mismo título. Hombre inteligentísimo y también persona muy agradable, Putnam no es de ninguna manera dogmático respecto de sus ideas. Pero qué fue lo que encontró Putnam: la liga norteamericana de asociaciones de canchas de bolos lo contrató para hacer un estudio y descubrió que hoy los norteamericanos juegan bolos más que nunca. Sin embargo, los clubes de bolos tienen ahora menos socios. Por esto escribió "Bowling Alone". Él sostiene que las ligas de bolos tienen una función muy particular: la gente conversa, forman una comunidad: el diálogo democrático. Ahora todas estas personas juegan en una especie de aislamiento individual.

Lo que él pasó por alto, me parece, es que ha habido una efectiva disminución de socios en toda suerte de organizaciones, porque a las personas no les gusta ingresar a ellas, por el motivo que fuere. Pero se han formado agrupaciones informales en torno a las canchas de bolos, las que ofrecen exactamente los mismos vínculos de comunidad de índole tocquevilleana que Putnam y otros autores como el que usted nombra opinan que han desaparecido. Le daré un ejemplo personal y luego uno relacionado con una investigación. El primero: mi nuera, la mujer de mi hijo mayor, es muy contraria a las organizaciones, no quiere ingresar a nada. ¿Pero cuál ha sido su situación existencial? Ahora trabaja, sacó un master en administración de empresas, se puso a estudiar. Qué pasa con nuestra nieta. Mientras ella va al colegio, mi hijo está trabajando. Mi nuera no es la imagen de la típica esposa suburbana, y tampoco la única que está en esta situación. Lo que ocurre es que veo toda una red de familias, hombres y mujeres enredados en interacciones complicadas, en su mayoría referidas al transporte: llevar a los niños al colegio, a las clases de ballet, etc. Comienzan a hacer vida social, se visitan, hablan de política. Éste es el tipo de cosas que Putnam pasa por alto: hay una red de asociaciones no organizadas que es muy vital. La que tiene que ver con mi nuera es una institución en el pleno sentido sociológico de la palabra. Un amigo sudafricano acuñó una expre-

sión muy bonita: "instituciones de guía de teléfonos". Se encuentran en la guía de teléfonos, como, qué se yo, la "asociación norteamericana de madres preocupadas del transporte". Pero no son las únicas.

Hicimos un estudio en nueve comunidades de Estados Unidos acerca de la forma en que las iglesias locales, tanto protestantes como católicas, reaccionan a los cambios en su vecindario. Cambios de cualquier tipo: alzas o bajas económicas, en la composición étnica, estudiantes que invaden un barrio desde una universidad, etc. Fue un estudio interesante. Lo más importante que se encontró fue la inmensa vitalidad de estas instituciones. No en todas, claro, pero había una gran capacidad de adaptación. Diría que muchas de las iglesias estadounidenses son ejemplos de un efecto anti-Putnam. La gente contribuye con mucha energía, mucha solidaridad comunal. Por eso pienso que, en lo fundamental, esa proposición es falsa. Lo lamentable es que ella subyace en todo el denominado movimiento comunitario, que es en mi opinión una empresa muy necia.

—¿Por qué?

—Porque está equivocada. Una de las tesis sagradas del movimiento comunitario es precisamente ésta: los norteamericanos son individuos aislados, no hay más comunidad. Se comienza con esta premisa, luego se buscan datos que la apoyen, lo cual es un ejemplo de cómo no se hace investigación social. Pero incluso sus propios resultados contradicen el supuesto: describen personas que participan en toda clase de asociaciones. Me parece que es un error.

—Comparativamente, hay una tendencia fuerte de asociación en Estados Unidos. ¿Cuál es el motivo de esta capacidad de los norteamericanos para ingresar espontáneamente en estas asociaciones informales que usted mencionó? Si se compara con las sociedades orientales, la sociedad norteamericana es distinta. En el Oriente puede haber asociaciones tradicionales, en que uno ya pertenece a cierto grupo, pero el ingreso espontáneo a una asociación es típicamente norteamericano.

—Creo que lo que dijo De Tocqueville es cierto. Las raíces son históricas y diría que la forma de protestantismo que se desarrolló en Norteamérica fue muy decisiva. Era una forma congregacional de protestantismo, cada congregación era una asociación voluntaria, que después se extendió al gobierno. En Nueva Inglaterra la asamblea de la ciudad fue una especie de secularización de la asamblea eclesial, y esto se ha convertido en un elemento muy fuerte de la cultura norteamericana.

—¿Tuvo eso algo que ver con el sistema educacional en Estados Unidos?

—Sí, creo que sí. Porque a los niños se les enseña a formar clubes y asociaciones. Yo diría que las reglas del *Robert's Rules of Order* son casi un texto sagrado. Hay chicos de diez años que se reúnen en el club de filatélicos, presentan mociones y las apoyan, votan. Sí, creo que se ha convertido en un aspecto cultural muy firme.

—Y si se compara con lo que está pasando, por ejemplo, en Europa oriental, la situación es en todo contraria. Cuando se lee lo que está ocurriendo allá, lo que parece predominar es una incapacidad de asociarse, incluso en asociaciones de empresas. Ahí hay un factor cultural, supongo.

—Sí, pero más ahora que antes. Cuando anteriormente hablamos de cultura y de determinismo cultural, hubo algo que creo que no dijimos, y es que las culturas cambian. La cultura no es una cosa inerte, inevitable, que viene de siglo en siglo y en determinadas condiciones. Las culturas pueden cambiar con mucha rapidez. Estimo que en Europa oriental ha habido grandes cambios en cuanto a la sociedad civil y al desarrollo de instituciones de la sociedad civil.

Al respecto, el caso más dramático que conozco es el de Sudáfrica. En la época del *apartheid*, en los pueblos negros, donde sabemos que no hay ninguna tradición de asociaciones voluntarias ni de sociedad civil —la cultura africana es totalmente ajena a esto—, bajo la presión del momento surgieron un sinnúmero de asociaciones voluntarias, las que, cosa interesante, empleaban el término "cívicas" para denominarse. Por lo general, comenzaban con cosas muy simples. Como el gobierno descuidaba los pueblos, la gente formaba comités para ocuparse de los hoyos en las calles, de los problemas escolares, o de la delincuencia. Brotaron como callampas; cuando terminó el *apartheid* había miles de estos grupos. Algunos desaparecieron después, porque desapareció la necesidad, pero otros siguen siendo un factor muy vital en Sudáfrica. Y fue la cultura, la cultura negra de Sudáfrica, que no tenía ninguna tradición de este tipo, la que creó estas instituciones bajo la presión de una situación de crisis.

Ahora bien, diría que la cultura norteamericana goza de una ventaja cultural comparativa por tener esta tradición asociativa, pero no quiere decir que otras culturas no puedan desarrollarla, si se da un impulso fuerte para ello. Otro buen ejemplo, a propósito, es Taiwán. Un colega mío, sinólogo, antropólogo de nuestro Instituto, ha trabajado mucho en Taiwán. Hay un gran debate entre los sinólogos en torno a si las culturas chinas son capaces de producir instituciones civiles. El decano de la Escuela de Negocios de Hong Kong, quien trabajó con nosotros, escribió un artículo

titulado "Por qué China nunca será Japón", en el que pinta un cuadro muy pesimista: la cultura china conoce la familia y conoce el Estado, pero no conoce nada entre los dos. Mi colega lo contradice y para él la gran prueba que lo desmiente es Taiwán, que, por cierto, tiene cultura china. Allá hay un sinnúmero de asociaciones y fundaciones. La cultura cambia.

—Uno de sus libros más famosos es The Sacred Canopy *(1967)*[12]*. Usted ha seguido tratando los temas de sociología de la religión una y otra vez después de esa obra. En su reciente libro,* A Far Glory *(1992)*[13]*, usted vuelve sobre el tema. ¿Qué diría hoy sobre* The Sacred Canopy*? ¿Cómo lo vincularía a sus preocupaciones actuales en torno a la sociología de la religión?*

—Hoy no estoy demasiado contento con ese libro. Me siento incómodo, porque sigue en circulación y se vende bastante bien. Con Luckmann nos hemos hecho esta pregunta retrospectiva respecto a *The Social Construction of Reality*. Hemos concluido que no le cambiaríamos prácticamente nada. Pero con *The Sacred Canopy* no tengo la misma opinión. La parte teórica de este libro emplea ciertas categorías marxistas hegelianas que, en 1967, cuando lo escribí, se podían usar en forma inocente. Pero ahora no podría usarlas inocentemente, por el malentendido de que podría tratarse de un texto marxizante. Si volviera a escribirlo evitaría ese enfoque. Por ejemplo, hoy me parece dudosa la forma en que se usa la idea de legitimación. Segundo, y en relación con lo que hablamos antes, supone una teoría de la secularización que hoy yo rechazaría. Pero no me siento incómodo en un sentido moral: después volví a escribir sobre lo mismo y dije que me equivoqué en esto y en aquello.

—La segunda parte de la pregunta apuntaba al lugar donde hoy se encuentra usted en cuanto al papel de la religión en la sociedad. A propósito de esto, una de sus actuales afirmaciones es que la modernización no significa forzosamente secularización, por ejemplo en los Estados Unidos. En su conferencia de anteayer "El pluralismoy la dialéctica de la incertidumbre"[14]*, usted propuso, de manera muy provocativa, que lo que había que explicar no era la sociedad religiosa ni la religión en la sociedad, sino la sociedad secular. Ésta era la excepción, la cosa rara que habría que explicar. Me parece que anteayer insinuó cuál sería su hipótesis para*

---

[12] *The Sacred Canopy. Elements of a Sociological Theory of Religion* (Nueva York: Garden City, 1967). (N. del E.)

[13] *A Far Glory. The Quest for Faith in an Age of Credulity* (Nueva York: The Free Press, 1992). En castellano, *Una gloria lejana. La búsqueda de la fe en época de credulidad* (Barcelona: Herder, 1994). (N. del E.)

[14] Véase nota 2. (N. del E.)

explicar la diferencia entre los Estados Unidos y Europa. ¿Quiere decir algo sobre eso? ¿Por qué en los Estados Unidos la modernización no significa secularización y en Europa sí?

—Como en algunas de las preguntas que me han hecho, tengo que decir que no tengo una explicación general. Hay varias hipótesis que se podrían elaborar. Yo partiría del supuesto de que ningún cambio histórico importante tiene una sola causa, sino que, probablemente, hay una constelación de causas. Una de ellas tiene que ver con la explicación convencional, ya apuntada por De Tocqueville, sobre las relaciones entre Iglesia y Estado. En la mayor parte de Europa, tanto en la Europa católica como en la protestante, la Iglesia guardaba una estrecha relación con el Estado. De ahí el resentimiento contra la imposición política y la presión. Ello habría inducido a la gente a rebelarse contra la Iglesia, y por ende contra la religión. En cambio, en Estados Unidos, desde el comienzo de la época colonial, la religión y las iglesias estuvieron separadas del Estado. Y cada día más. Estoy seguro de que ése fue un factor.

Lo que me desconcierta, y soy incompetente para ocuparme del punto porque se necesita ser historiador, es el sistema educacional. Habría que mirar especialmente el siglo XIX, el siglo decisivo de la secularización en Europa. La hipótesis sería más o menos como sigue: primero, si examinamos la secularización, habría que preguntar quiénes fueron los portadores de la secularización, en el sentido weberiano. Creo que la respuesta sería la *intelligentsia* ilustrada. El siglo XVIII fue una época en la que para estar vivo, en lo intelectual, había que tener una visión secular del mundo. No necesariamente atea, pero sí secular en algún sentido. La pregunta que hay que hacer entonces es qué influencia tuvo esa *intelligentsia* ilustrada en lo que se enseñaba a los niños. Donde hay un sistema educacional central dirigido por el Estado, un sistema educacional obligatorio —el ejemplo extremo es Francia—, esas personas tenían un poder enorme: el profesor de escuela de pueblo, enviado desde el centro, por lo general era portador de ideas ilustradas y casi siempre se enfrentaba al cura del pueblo. De hecho es una situación frecuente en la literatura: el cura y el maestro frente a frente. Algo muy parecido ocurre en la literatura protestante. En Estados Unidos la situación fue algo diferente. Si bien en las últimas décadas, no a nivel federal, pero sí al nivel de los Estados, se han constituido fuertes departamentos de educación, hasta hace muy poco no había nada semejante. Desde luego no había nada parecido en el siglo XIX; las escuelas estaban bajo el control local (municipal). En Francia, los padres podían quejarse del carácter secular de la enseñanza que el maestro impartía a sus niños

en el pueblo, pero debían soportarlo. En Ohio lo habrían despedido y así lo hicieron. Puede haber aquí otro factor importante, pero es una hipótesis. A propósito, se la sugerí a David Martin[15].

—¿Y le gustó?

—Mucho. Alguien tendría que trabajar esto, pero ni él ni yo somos las personas apropiadas para hacerlo.

—Vamos a otro tema. En su conferencia de anteayer "El pluralismo y la dialéctica de la incertidumbre"[16], usted mencionó una especie de tipología muy interesante del fenómeno que se conoce como globalización. Dijo que al menos habría tres modos principales de globalización: la "cultura Davos", relacionada con los yuppies*; el "club de los académicos", vinculado a la* intelligentsia*; y el "mundo Mc", que se relaciona con los bienes de consumo masivo. Todas contienen a su modo algo de lo que usted llama "contaminación cognitiva". ¿Podría desarrollar más estas ideas?*

—La gente habla de "globalización de la cultura" como si se tratara de un fenómeno simple y unificado. Algunos lo ven en términos positivos y otros negativamente. Los primeros piensan que es algo estupendo tener una cultura mundial. Los segundos piensan que es espantoso, que vamos a tener esta especie de "cultura de aeropuerto" trivializada, que va a destruir nuestras tradiciones. Pero ya sea que uno lo vea con esperanza o con temor, se le mira como una sola fuerza masiva, y yo creo que se trata de un fenómeno mucho más complicado. Pienso que se debería estudiar empíricamente, quizás en lugares como Chile, cómo se interrelacionan estos procesos de globalización y luego cómo se enfrentan a las reacciones nacionales, o cómo entran en acomodos con ellas.

Por lo pronto, al parecer, están los tres fenómenos que usted mencionó, cuyos portadores son distintos. La "cultura Davos", como la definió Samuel Huntington, son las élites empresariales que se reúnen en Davos todos los años. Pero no son sólo ellas, hay toda una estructura de personas que aspiran a trabajar así, a integrar una especie de *yuppie* internacional. Esto es muy diferente de lo que yo llamo "cultura del club de

---

[15] David Martin es profesor de sociología en la London School of Economics y especialista en sociología de la religión. Ha trabajado intensamente en el expansivo fenómeno del protestantismo en América Latina. Al respecto, véase su libro *Tongues of Fire. The Explosion of Protestantism in Latin America* (Oxford: Basil Blackwell, 1990). También de él, "Otro tipo de revolución cultural: El protestantismo radical en América Latina", en *Estudios Públicos*, 44 (primavera 1991). (N. del E.)

[16] Véase nota 2. (N. del E.)

académicos", que no se apoya en la empresa, como la anterior, sino en redes académicas, fundaciones, ONG, etc. Y en tercer lugar, desde luego, está la cultura masiva, difundida a través de los medios de comunicación, el consumo, la propaganda, etc. También es muy diferente y se refiere a ingentes masas de personas, que no están ni en el mundo empresarial ni en el académico.

Además, probablemente hay una cuarta categoría, y no sé muy bien qué hacer con ella: la de los movimientos populares internacionales. Está el pentecostalismo, de hecho. Diría que forma parte del proceso de globalización, pero ¿cómo calza con otros movimientos, con el New Age, por ejemplo, y con las tendencias orientales que se han diseminado en los Estados Unidos? Es algo muy complejo. Se podría teorizar al respecto, pero quiero estudiarlo en terreno.

Hace un año y medio estuve en Hong Kong. Salí a caminar y entré en un templo budista. No era muy interesante, pero vi una cosa que me sorprendió. Frente a un altar en el que estaba la estatua de Buda había un hombre de pie, en calcetines, pues se había sacado los zapatos, y de terno oscuro. En la mano izquierda llevaba una varilla de incienso y rezaba.

En estos momentos estoy trabajando en la elaboración de un proyecto de investigación para nuestro Instituto, en el que nos ha ido muy bien, y ahora tenemos que encontrar los fondos para financiarlo. El tipo de investigación que tengo en mente tiene que ver con mi mejor alumna en este momento, una joven de la India muy inteligente. Es arquitecta y quiere hacer su doctorado. Viene de Bangalore, el lugar más adecuado para este estudio. Es la capital del *software* en la India, el Silicon Valley indio. Sería muy interesante entrevistar a empleados de las empresas de computación en Bangalore. Es un negocio increíblemente global. Por ejemplo, el marido de mi alumna tiene su oficina en Boston, donde trabaja para un tío que está en Bangalore. Crean *softwares* para empresas norteamericanas e indias. Me gustaría entrevistar a personas de este estilo: ¿qué relación tienen con sus colegas internacionales?, ¿cómo cambia su conducta a medida que se trasladan? Vuelan a todas partes del mundo, ¿pero qué significa todo esto para su vida familiar, su pasado, las prácticas hindúes, etc.?

—Desde una perspectiva mundial, ¿podrían los derechos humanos ser una forma de "contaminación cognitiva"?

—Sí, por supuesto. Una socióloga francesa, Danielle Herviu-Léger, usa un término muy pertinente: el "ecumenismo" de los derechos humanos...

—Hay un libro que escribió recientemente John Gray sobre Isaiah Berlin, que se ha vendido mucho[17]*. Ahí Gray sostiene que ideas como el liberalismo o el pluralismo, la tradición de los derechos humanos, o la tradición de la democracia como ideal, son productos culturales que no tienen raíces en las culturas de otros países, por lo que no habría fundamento para pretender usar estas nociones como vara universal. Según Gray, ésa es la esencia del pensamiento de Isaiah Berlin, una tesis muy profunda, superior a la de Stuart Mill y a las pretensiones universalistas desde Kant.*

Todos estamos de acuerdo en que esas ideas tienen un origen histórico preciso. Pero, ¿cómo reacciona usted ante la tesis de que no tendríamos fundamento para pretender universalizar tales ideales y que, por razones de pluralismo, deberíamos respetar a las sociedades que se cierran y no quieren hablar de derechos humanos?

—Reacciono en dos niveles: uno es filosófico y religioso, el otro es empírico. A nivel filosófico o teológico, yo rechazaría esa postura. A nivel empírico la considero una teoría débil. De hecho, hay dos regiones atingentes al respecto. Una es Asia oriental, donde la llamada "Escuela de Singapur" dice que los valores asiáticos no contemplan tales ideas, y que pensar lo contrario adolece de etnocentrismo. La otra es el mundo musulmán, donde sus valores impedirían el pluralismo. Desde un punto de vista empírico, creo que simplemente es un hecho que un elevado número de personas, en Asia y en el mundo musulmán, abrazan con entusiasmo estos valores supuestamente extraños y están dispuestas a correr diversos riesgos para promoverlos. La plaza de Tiananmen puede ser una metáfora de esto. Así que la idea de que las nociones occidentales de libertad, derechos individuales, etc., no son más que una exportación etnocéntrica que cae en tierra extraña fuera de Occidente, es falsa. Por lo menos para mucha gente. Puede, claro, haber personas que estiman que los chinos carecen de tales valores, pero muchísimas otras piensan lo contrario.

—Déjeme llevarlo al tema del pluralismo y la relativización de las certezas en las sociedades seculares. En su presentación de anteayer[18]*, usted señaló un contraste, una especie de movimiento de péndulo entre dos experiencias negativas: el fanatismo y el relativismo absoluto. Si se llega al relativismo radical, se generaría una reacción de vuelta al fanatismo…*

—Sí, el pluralismo relativiza las certezas que se dan por sentadas. El movimiento pendular entre las dos opciones extremas que usted menciona

---

[17] John Gray, *Berlin* (Londres: Fontana Press, 1995). (N. del E.)

[18] "El pluralismo y la dialéctica de la incertidumbre". Véase nota 2. (N. del E.)

obedece a procesos que podemos analizar, no son un misterio. Cuando el proceso de relativización alcanza una etapa avanzada, y el individuo desarrolla una visión muy relativista del mundo, la tolerancia se convierte casi en la única virtud. Se tolera todo, no se condena nada. Sin duda ésta es una tendencia de la sociedad occidental. A algunas personas esto les parece liberador, otras le encuentran motivos teóricos. Pero ésta es una postura incómoda para la mayoría de las personas, me parece, porque los seres humanos quieren algunas certezas cuando se trata de los asuntos fundamentales de la vida y del sentido. Entonces, en medio de este revoltijo relativista, alguien se presenta con una postura de convicción absoluta y propone: únase a nosotros, entre a nuestro grupo, a nuestro movimiento o lo que fuere, y le garantizamos la certeza absoluta. Y las personas que crecieron o han elaborado una visión muy relativista del mundo son sumamente proclives a la conversión a tales movimientos, que pueden ser religiosos, políticos, ascéticos, etc. En cuanto al proceso psicológico, el contenido casi no tiene importancia, puede ser cualquiera, basta con que la gente lo afirme con esa certeza absoluta.

Aquí hay, pues, una dialéctica entre esta suerte de pantolerancia y el fanatismo, que me parece se observa mucho en las sociedades modernas avanzadas.

—Aparentemente hay una inclinación, a nivel legal, a nivel institucional, a favor del relativismo. Las instituciones jurídicas son, en lo moral, lo más neutrales y permisivas que sea posible. En Chile se ha iniciado un debate muy interesante acerca de la función de las instituciones jurídicas. Por ejemplo, en la cuestión del divorcio, ¿debería el Estado adoptar una postura? ¿Debería el Estado afirmar una noción específica de familia por medio de la ley, por medio de la coacción, de la fuerza? Es un punto muy importante, no sólo en un nivel puramente social, sino también a nivel político.

—Creo que aquí hay un par de ideas. El Estado democrático garantiza la libertad de reunión y la libertad de expresión ante una inmensa diversidad de puntos de vista: religiosos, políticos, estéticos, morales, lo que sea. Éste es, me parece, un rasgo fundamental de la democracia. Sin embargo, hay límites: no se puede permitir una asociación que promueva, no sé, estrangular viejitas en las esquinas. En términos generales, los límites son inevitables y también deseables desde el punto de vista democrático. La idea de que el Estado puede ser neutral en lo moral es una ilusión. Hablábamos hace poco de los derechos humanos: si el Estado garantiza los derechos humanos está tomando una postura moral, no es neutral. No es neutral

el no discriminar a alguien por su raza; tan pronto como uno lo dice ya no es neutral, se ha adoptado una postura moral.

—Hay una cuestión filosófica, pero también sociológica: la censura. ¿Dónde hay que trazar el límite en cuanto a la censura de películas, de libros o de la expresión que sea?

—No tengo una postura doctrinaria en esto. No lo he pensado mucho, no me interesa mucho. Pero veamos otra cosa que sí me interesó. Ha habido una gran discusión en Alemania sobre la Iglesia de la Cientología (*Church of Scientology*), esa cosa estúpida que inició Ron Hubbard, un norteamericano que ya murió. Es una secta, una especie de lavado de cerebros, un culto terapéutico, en que las personas deben pasar por un proceso de indoctrinación mental, del que se supone salen más sanas. De paso pagan mucho dinero. Lo cierto es que estas personas son explotadas por esta organización que, en el fondo, es muy poco atractiva. Hoy, varios fiscales de los estados han declarado que es una organización anticonstitucional, y ahora, como se solía hacer con los radicales izquierdistas —en Bavaria, por ejemplo—, los profesores tienen que firmar un documento en el que declaren que no son miembros de la cientología. El grupo de la cientología en Estados Unidos ha lanzado una campaña tremenda para afirmar que esto es el renacer del nazismo. Pero hay un asunto interesante que sigue la misma línea. No hay niños aquí, se trata sólo de adultos, y los adultos han accedido a someterse a un proceso que en opinión de la mayoría de nosotros es explotador y debilitante. ¿Debe intervenir el Estado? No tengo una respuesta. Mi intuición dice que no. Si un adulto decide someterse a una visión estúpida del mundo y a un proceso de lavado de cerebro, y se indoctrina en ello, no me parece que el Estado deba impedirlo.

—Pero tomemos el caso del libro de Salman Rushdie, Los versos satánicos*. ¿Se debe censurar su libro sobre la base de que, de alguna manera, ofende al pueblo islámico? En Chile tenemos el caso de la película* La última tentación de Cristo*, de Scorcese, cuya exhibición fue prohibida por los tribunales, alegando que era una ofensa contra el pueblo católico. Aquí hay algo interesante. La película está basada en un libro de Kazantzakis, que se vende en las librerías, y nadie ha pretendido prohibir el libro, sólo la película. Me parece interesante, en lo psicológico, el hecho de que la sociedad chilena haya hecho un distingo entre la novela y la cinta, supongo que es porque los que leen libros ya pertenecen a un sector secularizado de la sociedad…*

—Mientras que los niños, en cambio, podrían verse más influenciados por una película que por un libro.

—Pero en este caso fue un tribunal el que prohibió la película para todos. Por lo tanto tiene que ver con la postura moral que el Estado debe adoptar, con los instrumentos cuyo uso resulte razonable para alcanzar ciertos propósitos morales. Parece que se querría demostrar que si se tolera esa película, nuestras convicciones en cuanto creyentes se habrían debilitado, y que si uno es un creyente firme debería tomarlo como una ofensa. Asimismo, hay quienes sostienen que si el Estado autoriza la película deberíamos, en consecuencia, permitir películas que apoyen, no sé, la persecución de los judíos; es decir, entonces habría que permitir toda clase de películas sobre toda clase de ideas, y así nos iríamos por la borda.

—No he pensado demasiado sobre esto, pero se me ocurren tres cosas. En primer lugar, mi instinto me dice que es evidente que hay límites en cuanto a la expresión pública admisible, todos estamos de acuerdo en esto: estrangular viejitas en las esquinas no es una cosa legítima que se pueda permitir. Pero creo que en un Estado democrático el sesgo debería estar a favor de la libertad. El peso de la prueba debería recaer siempre en quien quiere impedir la expresión, y no en el que desea expresarse. En segundo término, la Corte Suprema de Estados Unidos, a la que no considero usualmente una fuente de sabiduría, en una decisión sobre pornografía, hace como diez años, aludió a la noción de normas comunitarias, lo que es bastante inteligente. Es decir, exhibir una película o montar una exposición en la ciudad de Nueva York es distinto que hacer lo mismo en un pueblo del Medio Oeste norteamericano. El nivel de la ofensa tiene que ver con cada comunidad en particular y, por lo tanto, cabe distinguir. Por último, a propósito del caso Rushdie, hay que considerar las condiciones políticas concretas. Por ejemplo, el libro está prohibido en India, basándose en el hecho de que la situación hindú-musulmana es tan tensa que la menor cosa puede ocasionar desórdenes locales, los que vale la pena evitar. De modo que en este caso se yerra por el lado de la libertad de expresión, ya que la alternativa podría ser el derramamiento de sangre.

No sé si puedo concluir en un principio general. Me pone nervioso pensar en la posibilidad de un principio general.

—Respecto al primer caso, abogar por matar a viejitas en la calle, mi idea es que se vincula a una situación clásica de Stuart Mill: el peligro claro y presente de que alguien actúe. Es decir, expresarse de forma tal que signifique tener las armas ahí mismo, para entregárselas a sus seguidores. Si hay un vínculo claro entre hablar y actuar, entonces podría impedirse.

—Pero no siempre es tan claro. No sé si conocen el Caso Skokie, fue en los años setenta, me parece. Skokie es un suburbio de Chicago,

predominantemente judío, y en esos años con muchos sobrevivientes del holocausto. El partido nazi norteamericano iba a organizar un desfile, me parece que en la fecha del cumpleaños de Hitler, en Skokie. Hubo una fuerte protesta, alguna gente reclamó ante la justicia para impedirlo, ya que era una ofensa, se iba a escupir sobre las tumbas, etc., y el tribunal decidió que los nazistas tenían derecho a desfilar por donde quisieran. Y así este grupo pequeño, serían unos veinte, con banderas nazis, marchó por Skokie, con diez policías por cada uno que los rodeaban y muchedumbres de judíos que les gritaban.

No sé. La línea divisoria entre el pensamiento y la acción no está clara.

—Sigamos con el problema del uso de la fuerza, de la coacción en una sociedad pluralista. Al permitirse la coacción se limita el pluralismo, al menos como usted lo define. ¿Cuál es el papel de la coacción en una sociedad moderna?

—Me parece que habría que establecer una diferencia entre los valores y convicciones que son fundacionales para la sociedad y los que no lo son.

Ahora que lo pienso, un buen ejemplo al respecto lo constituyen dos casos que ocurrieron en Francia, ambos relacionados con la minoría musulmana que ahora suma unos cuatro millones de personas. No es una minoría pequeña, es el grupo no católico más grande de Francia. Uno fue el llamado *affaire de foulards*. El otro fue la llamada circuncisión femenina.

Veamos el primero. Las muchachas musulmanas iban al colegio con pañuelos, no velos, sino pañuelos para la cabeza. El Ministerio de Educación declaró que esto era una violación de la separación entre la Iglesia y el Estado y de la integridad republicana del colegio, que el velo era un símbolo religioso que no correspondía ser usado en la escuela. Hubo una tremenda conmoción al respecto y todavía no se resuelve. El segundo ejemplo es la práctica —no tanto musulmana como africana, pero la mayoría eran musulmanes africanos— de circuncidar, o sea, sin eufemismos, de mutilar los genitales de las niñas, supuestamente para fomentar el pudor islámico. Y algunas matronas que lo hacían fueron detenidas y se las acusó ante los tribunales por maltrato de menores.

En ambos casos se trata de coacción estatal en una situación pluralista. Ahora bien, estoy en desacuerdo con el gobierno francés en el primer caso, creo que cometieron un error. Para empezar, no me parece que la integridad de la república se vea amenazada porque unas niñitas usen pañuelos en la cabeza. Y en cuanto a la libertad religiosa, sería lamentable que cuatro millones, bueno, no todos eran ciudadanos franceses, pero que

cuatro millones de ciudadanos musulmanes estimaran que el gobierno francés es contrario a sus creencias religiosas más caras. Aquí creo que se podría llegar a un acuerdo. No me parece un asunto fundacional respecto a los valores de la sociedad francesa. La mutilación de las niñitas, en cambio, toca de cerca las nociones fundamentales de los derechos humanos, y tuvieron razón en enviar a esas personas a la cárcel.

Uno de los motivos por los que yo encuentro que el pluralismo es un desafío positivo estriba en que obliga —al hablar de Francia se me ocurre una frase francesa— a una *prise de conscience*, a una reflexión acerca de lo que nos proponemos como sociedad. Y esto es bueno, porque nos obliga a distinguir entre lo que es esencial y lo que no lo es.

—Me parece muy interesante su explicación del pluralismo, que no es contradictoria con el desarrollo de un sentido religioso dentro de la sociedad. De este modo, si el Estado tolera el pluralismo no estaría contribuyendo a la secularización.

—Así es. Es más, puede contribuir a que los movimientos religiosos y las instituciones se expresen con gran vitalidad. Y a propósito de esto, en mi conferencia de anteayer[19] me referí al mundo grecorromano. El cristianismo logró penetrar el mundo grecorromano debido al pluralismo y al hecho de que el Estado romano permitía toda clase de expresiones religiosas. Desde un punto de vista cristiano, si el pluralismo fue tan bueno para el apóstol Pablo, quizás no sea tan malo para nosotros.

—Pero cuando el cristianismo alcanzó la victoria, el pluralismo tendió a desaparecer. Se ha sostenido que fue sólo al final del imperio, en su fase de decadencia, cuando el pluralismo se extendió, pero que, a la larga, no sobrevivió.

—No soy el primero que propone, desde un punto de vista cristiano, que la clase dirigente en tiempos de Constantino no fue una bendición absoluta para el pluralismo...

—En cuanto al análisis del mundo secular, en su conferencia de anteayer usted parecería sugerir que hay una tercera vía que no es ni fanatismo, ni relativismo. Esta tercera vía podría abrir el camino a la trascendencia, a una especie de religiosidad que acepta el pluralismo y que es un pluralismo con convicciones. Ésa es una opción. La otra opción sería sólo la alternativa secular, donde uno puede permanecer y no sólo usarla de tránsito hacia el nihilismo o el fanatismo. ¿Acepta usted también esta opción como algo posible?

—No sé si la acepte.

---

[19] "El pluralismo y la dialéctica de la incertidumbre", véase nota 2. (N. del E.)

—Pero ¿piensa usted que las sociedades seculares son estables y van a seguir así, o que, al menos, permanecerán en la sociedad segmentos seculares importantes? ¿O bien piensa, como lo ha sugerido, que el mundo secular se va a desenmascarar y se abrirá a la trascendencia? Me pareció que usted proponía que la sociedad secular era una fase, una etapa, y no un estado permanente que pudiera durar mucho.

Aquí tendría que hacer una distinción weberiana ortodoxa entre la ciencia social libre de valores y mis propias creencias. Como cristiano, pienso que la visión secular del mundo terminará por fracasar y se revelará como fracaso. Como cientista social, creo que hay que mirar el mundo empírico, y si tomamos ciertas sociedades del norte de Europa —Escandinavia es tal vez el ejemplo más dramático— veremos que están secularizadas hace bastante tiempo. La secularización no es nueva allá y nadie podría sostener que Suecia no es una sociedad estable. Creo que está claro que las personas pueden ser morales sin ser religiosas, esto es obvio, y puede haber una red de convicciones morales que no se fundan en la religión y que pueden ofrecer estabilidad social. Yo no pronosticaría que forzosamente habrá un cambio en todas las sociedades. Por ejemplo, suponiendo —en aras de la discusión— que Suecia sea en realidad secular (muchos lo negarían), yo diría que no es probable que su situación cambie en el futuro inmediato.

—Se ha sostenido, especialmente en el debate chileno del último tiempo sobre cultura y moral, que la tolerancia es una actitud moralmente vacía, una actitud tibia, de "todo vale". ¿Qué piensa usted al respecto? ¿Supone la tolerancia convicciones morales?

—La tolerancia es una virtud. En una democracia la tolerancia es condición necesaria para la paz política, pero la pregunta es ¿tolerancia de qué? Hay ciertas cosas, me parece, que la sociedad no puede tolerar, que ofenden los valores fundamentales en que se basa la sociedad. Creo que estos valores deben ser relativamente pocos, mientras menos mejor, pero a ciertas personas hay que impedirles que hagan o digan ciertas cosas. En otros aspectos, pienso que la sociedad debe adaptarse al pluralismo que de hecho existe, ya sea religioso, como en el caso francés, o ideológico o moral.

—Tengo la impresión de que una de las debilidades del mundo secular en América Latina, en cuanto a los valores del mundo secular como tal, es el elemento cuasi religioso que aquí se enreda o se mezcla con mucha facilidad. Uno de sus libros que más me gusta, en cuanto a comprender a América Latina, es The Homeless Mind...

—Mindless Home sería un título mejor...

—Allí usted habla de esta curiosa mezcla de atractivos modernos en torno al marxismo en el tercer mundo, y me parece que es muy común en América Latina. Cuando el marxismo estuvo de moda fue el movimiento cuasi religioso del "club de académicos". Tenía esta combinación de mito y ciencia. Ahora me parece que ocurre algo muy análogo con el movimiento ecológico radical. ¿Cree usted que esta debilidad del ambiente secular, en cuanto a sus supuestos valores, es algo propio de América Latina o es algo común, internacional?

—Me parece que es muy internacional, pero hay distintas formas en distintos países, en distintas partes del mundo. Tomemos algo como el New Age. Por un lado es un movimiento indudablemente contramoderno, con sus nociones románticas de la sabiduría del pasado que tendríamos que recuperar. Y por otro, quiere ser científico. Luego, no es una combinación en desuso. La Ciencia cristiana[20] fue una forma temprana de lo mismo: ideas fantásticas no científicas, que se presentan como ciencia y se dan por científicas.□

[20] Religión fundada por Mary Baker Eddy en 1866. (N. del E.)

LA JAULA DE HIERRO

(ACERCA DE MAX WEBER)*

Carlos Cousiño

El diagnóstico que hace Max Weber de la sociedad europea de la primera mitad de este siglo es expuesto aquí a partir de una reseña de los procesos de racionalización que se despliegan desde el ámbito de la cultura hacia las instituciones sociales. Weber es el pensador de un mundo que ha perdido su inocencia: un mundo cientificista, desencantado, sin sentido y burocratizado hasta el extremo de poner en seria amenaza la libertad de los hombres. Su diagnóstico de la sociedad de su tiempo, una sociedad racionalizada bajo la forma de una burocracia ("la jaula de hierro"), anticipó los totalitarismos de

CARLOS COUSIÑO VALDÉS. Sociólogo, Universidad Católica de Chile. Doctor en Sociología, Universidad de Erlangen-Nurenberg. Ex director del Instituto de Sociología de la Universidad Católica. Profesor del Instituto de Sociología y de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Chile. Autor, en otras publicaciones, de *Die Verwaisung Lateinamerikas* (Fink Verlag München, 1984); *Razón y ofrenda* (Cuadernos Instituto de Sociología, 1990) y *Politización y monetarización en América Latina*, en colaboración con Eduardo Valenzuela (Cuadernos Instituto de Sociología, 1994).

*Transcripción de la conferencia pronunciada el 13 de mayo de 1997, en el marco del ciclo "Riqueza y miseria de las formas de vida en la sociedad contemporánea" organizado por el Centro de Estudios Públicos para estudiantes universitarios.

A continuación de la conferencia, se incluye una versión editada del diálogo que tuvo lugar con los estudiantes. En esta edición de *Estudios Públicos* aparece también la conferencia "La sociedad como 'lugar de vida moral'", dictada en el mismo ciclo por Eugenio Tironi.

la Alemania nazi y de la Unión Soviética. Weber, señala Carlos Cousiño, nos interpela no sólo por su rigurosidad intelectual, sino también por la severidad de su diagnóstico.

Max Weber es autor de una obra vasta y difícil, que abarca múltiples áreas de la sociología. Falleció antes de dar término a la que probablemente sea su obra más accesible y sistemática, *Economía y sociedad*, en dos tomos, concluida luego por su viuda con noble espíritu pero discutible fortuna. Sin embargo, nadie podría equivocarse si eligiera como eje de una presentación de Max Weber el párrafo inicial de su obra más famosa, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo.*

La densidad y complejidad del pensamiento de Weber se manifiestan, justamente, en la pregunta inicial de la introducción a *La ética*: "¿Qué serie de circunstancias han determinado que precisamente en Occidente nacieran ciertos fenómenos culturales que, al menos tal como solemos representárnoslos, parecen marcar una dirección evolutiva de universales alcance y validez?"[1]

Los fenómenos que se le presentan como propios de Occidente, madurados únicamente en Occidente, y que parecieran tener un alcance universal, son los de la racionalización. La sociedad occidental es para Weber una sociedad racionalizada, y la pregunta que él se plantea, por ende, es a qué se debe que el racionalismo madurara en Occidente. Y se pregunta además si ese racionalismo ha de tener alcance histórico universal.

El eje de la reflexión weberiana se articula, entonces, en torno a esta pregunta por los procesos de racionalización y a su diagnóstico de la sociedad contemporánea —es decir, contemporánea de él. Por cierto, Weber fue uno de los más grandes diagnosticadores de la sociedad europea de la primera mitad de este siglo. Pero el carácter de su diagnóstico sólo se revela una vez que se han comprendido las premisas en que se basa su análisis del proceso de racionalización.

Esas premisas tienen un esquema relativamente fácil de exponer. Weber entiende la racionalización como un proceso que se despliega desde el ámbito de la cultura hacia el ámbito de la sociedad. Y entiende que ese proceso de racionalización opera en forma principal al interior de los gran-

[1] Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, p. 5.

des sistemas hierocráticos, es decir, de los grandes sistemas de sentido que, para él, son las religiones universales.

El punto clave en su pensamiento es que las religiones se encuentran sometidas a un proceso de racionalización creciente, que se podría denominar intelectualización, y que termina expresándose en cuerpos teológicos coherentes, consistentes y sistemáticos.

Hay, por ende, una primera racionalización en los cuerpos teológicos, que se debe al hecho de que las religiones tienen que explicar por qué Dios ha creado un mundo donde hay mal, mucho mal, y poco bien: donde hay tantos que sufren y tan pocos que son felices, donde hay tantos que tienen muy poco y muy pocos que tienen mucho. Eso, que crea un problema a ser explicado, es lo que se denomina el problema de la teodicea: por qué creó Dios este mundo, que a todas luces no parece ser el mejor de los mundos posibles. Y en el intento por resolver ese dilema de la teodicea, las religiones se sistematizan, se racionalizan, se intelectualizan.

La consecuencia de esa paulatina racionalización de las religiones universales se manifiesta en dos ámbitos. Uno, en la elaboración de grandes cuerpos teológicos, grandes sistemas de interpretación del mundo, del hombre, del cosmos. Otro, en la racionalización del modo de conducir la vida de los creyentes. Es decir, a medida que se van racionalizando las religiones, también tienden a racionalizarse las conductas de vida de los creyentes. Y ése es, precisamente, el gran indicador que utiliza Weber para decidir cuál religión es más racional.

Se trata de una pregunta que difícilmente se puede abordar. Decir: "me parece más racional el catolicismo que el cuaquerismo" sería dar una respuesta un tanto arbitraria. Pero Weber logra zanjar esa tremenda dificultad por la vía de introducir un indicador básico: es más racional una religión que promueve un modo de vida racional en sus creyentes. Y por ese camino llega a establecer que hay dos grandes religiones en las cuales se ha alcanzado el máximo de racionalización: el puritanismo ascético de raíz calvinista en el mundo occidental y la doctrina del cosmos del karma o samsara en el mundo de Oriente.

Para él, ambos representan sistemas religiosos altamente racionales porque promueven en sus seguidores lo que él mismo denomina, en su famosa tipología de la acción social, un tipo de *acción racional de acuerdo a valores*. Es decir, a partir de ciertos valores dados, fundados religiosamente, el creyente opta en forma racional por la mayor eficiencia en la relación de medios para el logro de esos valores.

La racionalización tiene allí, de esta manera, dentro del gran esquema weberiano, un segundo momento. Primero se racionalizan, se intelectualizan, los cuerpos teológicos. Ello impulsa a una racionalización en la forma de conducir la vida de los creyentes. Y esto a su vez conduce a una racionalización creciente de las instituciones sociales.

En otras palabras, hay primero una racionalización intelectual y luego una racionalización existencial de la conducta y de la vida de las personas, que después rematan en una racionalización social.

Y es justamente en ese punto donde Max Weber ve aparecer las grandes instituciones racionales del mundo moderno. Instituciones motivadas e impulsadas por esa racionalización ética, por esa racionalización en el modo de conducir la vida. De ahí que la tesis más conocida de Weber sea aquella que establece una relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, es decir, una relación entre la racionalización en el modo de conducir la vida, por parte de los puritanos, y el surgimiento de una institución enteramente basada en el cálculo racional, cual es la empresa moderna y el Estado moderno. O, lo que es lo mismo, la sociedad capitalista.

Este modelo de análisis weberiano es muy esclarecedor de lo que puede haber sido el desarrollo de los procesos de racionalización que se manifiestan y explotan hacia el siglo XVII: la consolidación de un capitalismo temprano que va a ser acompañado de una revolución tecnológica un par de siglos después. Pero, desde luego, Max Weber es lo suficientemente agudo como para darse cuenta de que el racionalismo propio de la sociedad contemporánea ya se ha separado de esos rieles religiosos por los que ha corrido el proceso histórico de racionalización, y por eso es que su diagnóstico del racionalismo occidental, basado en esas premisas de análisis histórico, ayuda a comprender ese racionalismo occidental como un fenómeno que se despliega sin teodicea, es decir, entonces, como un racionalismo que se despliega en términos de antropodicea.

El racionalismo moderno corre, según Weber, por un riel distinto: ya no es el riel de los sistemas religiosos que se racionalizan y con ello impulsan conductas e instituciones racionales, sino que es el riel de una razón que se independiza de los sistemas religiosos y da lugar a una forma peculiar de racionalismo.

Se podría tomar exactamente el mismo esquema de racionalización cultural, racionalización en el modo de conducir la vida y racionalización de las instituciones sociales, para presentar lo que es, de acuerdo a Weber, el racionalismo típicamente moderno, el racionalismo occidental contemporáneo. Y si tomamos este modelo de Weber, debiéramos situar en el origen el problema de las ciencias.

Para Weber, en efecto, el punto desencadenante del racionalismo occidental es la aparición de los grandes sistemas de la ciencia contemporánea, principalmente por el hecho de que la ciencia opera un desencantamiento radical del mundo. El mundo científico es uno en el cual las preguntas por el sentido han quedado definitivamente desplazadas, en el cual no cabe formular —ni mucho menos responder— las preguntas por el sentido, y eso es exactamente lo opuesto de los grandes sistemas religiosos, que son grandes sistemas de sentido que contestan las preguntas por el sentido de la vida y de la muerte, connaturales al hombre.

En su libro *La ciencia como vocación*, Weber cita a Tolstoi y retoma su pregunta de si para el hombre contemporáneo tiene sentido la muerte. Weber dice que ella puede tener sentido en las esferas particulares, pero que el mundo, la cultura contemporánea no es capaz de plantearse, ni mucho menos de responder, tal interrogante.

Habría, pues, un primer momento de racionalización cultural propio de Occidente, que es precisamente cuando la ciencia saca del horizonte de la cultura la pregunta por el sentido, y por ende logra una racionalización completa de los sistemas de explicación del cosmos. Pero esto último ha sido a costa de la pregunta por el sentido.

Uno de los textos más hermosos de Weber es justamente *La ciencia como vocación*, donde reflexiona sobre muchos de estos problemas. Cuando inicia el planteamiento del tema hace una afirmación categórica: "Las ciencias, si algo hacen, es hacer extinguir radicalmente la fe en que pueda haber cosa así como un sentido del mundo"[2]. El mundo occidental es un mundo cabalmente racionalizado, y eso significa un mundo donde el sentido y las preguntas por el sentido han desaparecido, y la consecuencia de ese mundo es naturalmente que en lo concerniente al sentido ya no puede haber una respuesta única. La religión respondía a la pregunta del sentido ofreciendo una respuesta sistemática y unitaria. La ciencia desplaza la pregunta por el sentido y, por ende, esta pregunta puede ser ahora retomada y contestada de múltiples maneras.

Esta es la idea que formula Weber, siguiendo una frase de Mill, cuando dice que la cultura contemporánea se caracteriza por un renacer del politeísmo, y lo expresa reiteradamente: dice que para cada individuo, según la posición que adopte en definitiva, lo uno es diablo y lo otro es dios, y el propio individuo deberá decidir cuál es dios y cuál es diablo para él; y más adelante afirma: "los múltiples dioses antiguos, privados de su encanto de poderes impersonales, salen de sus tumbas, pretenden el dominio sobre

[2] Max Weber, *El político y el científico.*

nuestra vida y reanudan entre ellos su lucha perenne"[3]. La cultura racionalizada del Occidente moderno es, por ende, una cultura desencantada, cientifizada, que abandona el problema del sentido a una lucha permanente entre dioses contradictorios: una sociedad desencantada y, en ese contexto de desencantamiento, una sociedad politeísta.

Si tratamos de recomponer el macroesquema de análisis weberiano y lo aplicamos al racionalismo occidental moderno, esa misma forma de racionalización cultural habrá de tener alguna consecuencia en la manera en que los hombres racionalizan, metodizan su modo de actuar, su modo de vivir. Y precisamente, así sucede en el caso de la racionalidad religiosa: el tipo de acción al que se refería Max Weber es la acción racional pero acorde a valores, en tanto que en el racionalismo occidental Weber ve un tipo de acción racional acorde a fines. Es decir, el hombre mismo es el que ahora se arroga la capacidad de decidir cuáles son los fines de su acción. Y, además de decidir cuáles son los fines de su acción, elige y decide los medios más racionales para lograrlos.

Esto, que es algo completamente novedoso, presupone la fractura de la racionalidad operada por la ciencia. Porque, efectivamente, en el mundo de las religiones la racionalidad es siempre capaz de referirse a los fines, los fines son siempre de por sí verdaderos, racionales, y el hombre sólo elige los mejores medio para poder lograrlos. Ése es el sentido del libre arbitrio del hombre. El libre arbitrio no significa la capacidad de elegir arbitrariamente los fines, sino la capacidad de elegir, de arbitrar, los mejores medios para alcanzar esos fines propuestos y dados por la sabiduría de Dios. Las ciencias, en cambio, al desconectar la razón de las preguntas por el sentido, permiten que cualquier fin que el hombre se proponga pueda ser alcanzado por medios racionalmente manejados. Por ende, la racionalidad propia del mundo occidental moderno es la racionalidad de una acción en la cual el hombre se propone sus propios fines: ya no hay nadie que pueda decir cuál fin es más racional que el otro.

Esta paradoja está bellamente expresada en la poesía moderna, en el título de un libro que por primera vez asocia los extremos de la antítesis: *Las flores del mal*[4]. Llamar las "flores del mal" a un conjunto de poemas es asociar precisamente un signo de belleza, de pureza, a la idea del mal. Y nosotros sabemos que la razón moderna se ha asociado muchas veces al mal, lo que viene a resultar posible porque en un mundo sobre cuyo sentido

[3] Max Weber, *El político y el científico*, p. 217.
[4] Charles Baudelaire, *Las flores del mal*.

uno no puede pronunciarse científicamente, el mal puede ser planteado como un fin legítimo y la razón utilizada para optimizar ese fin, por maligno que sea.

El mismo Weber, en un pasaje sumamente duro hacia el final de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* en el curso de un capítulo que es, en realidad, una transición hacia el estudio de las religiones chinas, hace un análisis de lo que es el hombre moderno, este hombre que se ha vaciado de ascetismo religioso, que ha abandonado el mundo de la religión y que opera racionalmente en el mundo, pero con una racionalidad de acuerdo con meros fines parciales, concretos, intramundanos.

He aquí un párrafo un tanto extenso, en el que Weber cita a Baxter, uno de los más destacados predicadores puritanos norteamericanos. Dice Weber: "A juicio de Baxter, la preocupación por la riqueza no debía pesar sobre los hombros de sus santos más que como un manto sutil que en cualquier momento se puede arrojar al suelo"[5]. El fin no era la riqueza, sino precisamente el valor religioso de la salvación, cuyo símbolo era haber alcanzado riqueza". Continúo: "Pero la fatalidad hizo que el manto se trocase en férreo estuche. El ascetismo se propuso transformar el mundo y quiso realizarse en el mundo; no es extraño, pues, que las riquezas de este mundo alcanzasen un poder creciente y en último término irresistible sobre los hombres, como nunca había conocido la historia. El estuche ha quedado vacío de espíritu, quién sabe si definitivamente"[6]. Y más adelante agrega este párrafo, que es muy dramático: "Nadie sabe quién ocupará en el futuro el estuche vacío, si al término de esta extraordinaria evolución surgirán profetas nuevos y se asistirá a un pujante renacimiento de antiguas ideas e ideales, o si, por el contrario, lo envolverá toda una ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos; en este caso los últimos hombres de esta etapa de la civilización podrán aplicarse la frase 'especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón'. Estas nulidades se imaginan haber ascendido a una nueva fase de la humanidad, jamás alcanzada anteriormente"[7].

El diagnóstico de Weber sobre los efectos de la racionalización operada por la ciencia, y que tiene como consecuencia una racionalización de acuerdo a fines, lo lleva a plantear una imagen del último hombre como un ser degradado en su capacidad de goce y en su capacidad espiritual.

---

[5] Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* p. 258.
[6] Ibídem, p. 259.
[7] Ibídem, p. 260.

Por último, si se aborda la etapa final de este triple proceso de racionalización, se ve aparecer el problema de las instituciones racionales del Occidente moderno. En este contexto Weber elabora su teoría de la burocratización como una jaula de hierro. Para Weber esta racionalidad que se despliega de acuerdo a fines es una racionalidad que lleva al surgimiento de instituciones sociales extraordinariamente eficientes, extremadamente racionales, pero que constituyen una amenaza creciente para la libertad de los individuos. En este punto es conveniente asociar siempre a Max Weber con Franz Kafka —quien, de hecho, estudió con Weber en Alemania—, así como con la imagen de un mundo en el que ya no hay sentido y en el que se dan procedimientos capaces de agotar y perder a cualquiera. Idea retomada y magníficamente expuesta por Kafka, pero que expresa de manera contundente el diagnóstico que hizo Weber de su época: un mundo desencantado, sin sentido, burocratizado hasta el extremo mismo de poner en seria amenaza la libertad de los hombres.

Para Weber esta burocratización se despliega, básicamente, en las figuras de la empresa moderna y del Estado moderno.

En la figura de la empresa moderna, la burocratización atañe a la forma que asume el trabajo. Y es que Weber escribe durante una época en la cual el taylorismo ha triunfado, en la cual el fordismo ha logrado ocupar un puesto relevante como reorganización del trabajo industrial: es decir, una burocratización del mundo empresarial que es, en verdad, una racionalización llevada al extremo de determinar hasta los movimientos del cuerpo humano, el cual está, según diría Marx, adosado como una especie de apéndice de una máquina. Ése es el mundo de la burocracia, un mundo no sólo de reglamentos, sino un mundo que racionaliza hasta los propios movimientos del cuerpo del hombre.

Y por otra parte, el Estado: una máquina cada vez más poderosa. Recordemos que Weber habla en el contexto de la Gran Prusia, la pujante potencia alemana que desencadenará la primera y más monstruosa de las guerras de este siglo. Un Estado que tiene un poder total y que funda ese poder, precisamente, en una capacidad de organización burocrática nunca antes conocida.

He aquí una afirmación del segundo volumen de *Economía y sociedad*: "Una máquina inerte es espíritu coagulado, y el sólo serlo le da el poder de forzar a los individuos a servirla, de determinar el curso cotidiano de sus vidas de trabajo de modo tan dominante como es efectivamente el

caso en la fábrica"[8]. Se trata de una figura notable, la de la máquina como espíritu coagulado. Prosigue Weber: "Es espíritu coagulado, asimismo, aquella máquina viva que representa la organización burocrática con su especialización del trabajo profesional aprendido, su delimitación de las competencias, sus reglamentos y sus relaciones de obediencia jerárquicamente graduadas. En unión con la máquina muerta, la viva trabaja en forjar el molde de aquella servidumbre del futuro a la que tal vez los hombres se vean algún día obligados a someterse, impotentes como los *fellahs* del antiguo Estado egipcio, si una administración buena desde el punto de vista puramente técnico llega a representar para ellos el valor supremo y único que haya de decidir acerca de la forma de dirección de sus asuntos"[9].

Esta conjunción de fábrica, de industria y de Estado moderno constituye para Weber la máxima amenaza a la libertad humana. Pero él mantiene la esperanza secreta de que esos grandes sistemas burocráticos no se fusionen, de que al menos las burocracias pública y privada no se asocien y no originen un gigantesco aparato de dominación. Weber es capaz de ver que lo peor que le puede pasar al hombre, al ciudadano del mundo moderno, es que logren fusionarse el Estado y la empresa, que lleguen a actuar en connivencia para crear una inmensa estructura burocrática que pondría en jaque a la libertad. Dice Weber expresamente: "Una vez eliminado el capitalismo privado, la burocracia estatal dominaría ella sola; las burocracias pública y privada, que ahora trabajan una al lado de la otra y por lo menos posiblemente una contra la otra, manteniéndose pues hasta cierto punto mutuamente en jaque, se fundirían en una jerarquía única a la manera, por ejemplo, del antiguo Egipto, sólo que ahora de una manera incomparablemente más racional y por tanto menos evitable"[10].

Ése es el panorama de la jaula de hierro weberiana. La jaula de hierro es una sociedad radicalmente racionalizada bajo la forma de una burocracia, y bien sabemos hoy que esta fusión de las burocracias pública y privada se dio históricamente en los casos del nacionalsocialismo y del socialismo soviético. Los niveles de horror que estas formas introdujeron en la memoria de los hombres superan con mucho los peores pronósticos de Weber.

---

[8] Max Weber, *Economía y sociedad*, p. 1074.
[9] Ibídem, p. 1074.
[10] Max Weber, *Economía y sociedad*.

El diagnóstico de la jaula de hierro es el diagnóstico del gran totalitarismo que habría de desplegarse, tras la muerte de Max Weber, en la Alemania nazi y en la Unión Soviética.

En cierta medida, cabe estimar a Weber un pensador severo: el pensador de un mundo que ha perdido su inocencia.

Yo creo que uno de los rasgos más profundamente atractivos de su lectura está no sólo en que nos enfrenta a una rigurosidad intelectual, ininterrumpida a lo largo de toda una vasta obra, sino también en el tipo de severidad al cual nos confronta con su diagnóstico del mundo.

Me parece adecuado finalizar esta presentación de Max Weber citando un breve pasaje suyo, que es un poco una invocación al hombre contemporáneo. Corresponde a una conferencia dictada ante los alumnos de la Universidad de Munich en 1917, en la que llama a los estudiantes a enfrentar la severidad de la época, la severidad de la cultura que les toca vivir. Dice:

> A quien sea incapaz de soportar virilmente este destino de la época deberá recomendársele que opte por regresar silencioso, y no con la habitual publicidad clamorosa de los renegados, sino modesta y sencillamente, hacia las viejas iglesias que le abren sus brazos con gesto amplio y misericorde y que en verdad no le dificultan la entrada, y si bien es inevitable que con ello deba ofrendar de una manera u otra el sacrificio del intelecto, no le haremos reproches si es realmente capaz de ofrendarlo pues ese sacrificio del intelecto en aras de una entrega religiosa incondicional es, con todo, un acto éticamente superior a aquella maniobra de eludir el sencillo deber de la honradez intelectual, maniobra que consiste en la falta de valentía para llegar a una composición radical de su propio lugar y en el intento de aligerar ese deber por medio de una relativización enclenque[11].

BIBLIOGRAFÍA

Baudelaire, Charles. *Las flores del mal.*

Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo.* Fondo de Cultura Económica.

———— *El político y el científico.* Alianza Editorial.

———— *Economía y sociedad*. Tomo II. Fondo de Cultura Económica.

[11] Max Weber, *El político y el científico.*

DIÁLOGO CON LOS ESTUDIANTES

—¿Qué iglesia tiene en mente Weber cuando dice que prefiere que el hombre regrese a la iglesia antes de que opte por un relativismo enclenque?

—El problema fundamental que está en juego es asumir la severidad del destino. Y la severidad del destino es, precisamente, que la razón ya no es capaz de pronunciarse sobre lo que es bueno, sobre lo que es verdadero, sobre lo que es bello. Entonces, lo que dice Weber es que aquel que no puede enfrentar este hecho de que la razón puede conducir a los mayores horrores y a las más atroces fealdades, debe volver a una iglesia que le ofrece siempre ese patrimonio de un fundamento ontológico sobre el cual descansa la razón. Y equivocadamente, a mi entender, Weber dice que eso implica sacrificar el intelecto. Así, al hombre que no puede volver a la Iglesia, Weber lo llama a enfrentar la severidad del destino. Pero enfrentar la severidad del destino no es solazarse en un relativismo, no es decir todo vale igual. Y eso, dice Weber, es incluso más duro que acudir a una iglesia que lo va a acoger.

Pero creo que la alternativa de Weber puede ser leída desde una comprensión menos severa. Es decir, en cierta medida esta visión desencantada de Weber es una figura con la que juega. Incluso dice que es preferible que alguien regrese a una iglesia a que no asuma radicalmente el dramatismo de la época y, por consiguiente, caiga en un relativismo enclenque. No es, por ende, una invitación a plegarse a una iglesia. Sin embargo, curiosamente Weber está más dispuesto a simpatizar con aquellos que se vuelven a la Iglesia que con aquellos que enfrentan frívolamente el destino de su existencia y del mundo que les toca vivir.

—Me gustaría que precisara un poco por qué usted opina que el volver a la religión no significaría necesariamente un sacrificio del intelecto, y si quizás la religión, y en particular la Iglesia católica en Chile, podría dar respuestas de sentido.

—Yo creo que las iglesias son básicamente ofertas de sentido. En el caso de Chile, yo diría que la religión más arraigada en nuestra cultura es el catolicismo. Y no me cabe duda que el catolicismo es una gran oferta de sentido y que establece la posibilidad de comprender la cultura y el mundo moderno sin tener que operar —contrariamente a lo que dice Max Weber— un sacrificio del intelecto.

El catolicismo arranca de la premisa de que Dios es, sobre todo, sabiduría. Y que ese Dios, que es sabiduría, está en el mundo y se expresa

en el mundo, y que por ende el intelecto del hombre es capaz de comprender esa sabiduría que hay en el mundo.

El protestantismo, en cambio, tiende a entender a Dios desde un atributo completamente distinto: su omnipotencia. En la teología protestante Dios está fuera del mundo: es un Dios distante y arbitrario. Dios se reserva para un juicio final. No se puede conocer a Dios a través del mundo, y por tanto el mundo es una esfera enteramente desencantada donde rigen las reglas de la ciencia. Y, en ese sentido, ya no hay una adecuación tan perfecta del intelecto humano al mundo. Hay empirismo, positivismo científico si se quiere.

Por eso, a mi juicio, no hay sacrificio del intelecto cuando uno comprende el fundamento católico. Por el contrario, es nuestra obligación –y me incluyo ahí como miembro de la Iglesia católica– tratar de comprender racionalmente el mundo en el entendido de que hay algo de sabiduría en él.

Cuando, por el contrario, se parte de la pura omnipotencia o la total arbitrariedad, es muy difícil servirse de la razón, porque la razón no puede comprender lo arbitrario. Lo puede aceptar fideístamente, pero no lo puede comprender. Y en el caso del catolicismo, fe y razón pueden trabajar juntas para comprender algo que en el origen es sabio.

—Mi pregunta es más puntual: ¿Por qué el karma samsara no llevó a una racionalización como la que ocurrió en Occidente?

—Porque, en apretada síntesis —ya que la explicación de Max Weber es tanto más compleja de la que voy a dar—, el karma samsara es una religión de huida del mundo; es decir, lo que se aspira en la doctrina de la reencarnación es alcanzar un estado de nirvana en el cual el sujeto se encuentra completamente integrado al orden cósmico. En ese sentido, el creyente oriental es como un recipiente del orden cósmico, y por tanto lo que busca es huir del mundo, de las pequeñeces del mundo, e integrarse a la gran armonía cósmica.

En el caso del puritanismo ascético lo que hay es una religión que fuerza a trabajar, a volcarse sobre el mundo para acrecentar la gloria de Dios en el mundo y para encontrar en ese vuelco sobre el mundo algún signo de la salvación.

O sea, la respuesta iría por el lado de que el puritanismo hace del racionalismo una actitud para insertarse activamente en el mundo, mientras que en el karma samsara el racionalismo es una herramienta para escapar del mundo y plegarse a un orden cósmico.

—Cuando usted señala que Weber temía la unión del Estado y de la empresa, y que dos ejemplos de esa fusión podrían ser el nazismo y el

comunismo de este siglo, ¿no será que hoy estamos yendo a una unión parecida, pero en el sentido opuesto, en que la empresa moderna está asumiendo funciones que antes desarrollaba el Estado?

—Efectivamente. Pero creo que el punto es si se puede o no caracterizar la racionalidad del Estado y de la empresa moderna en los términos de la burocratización y racionalización weberiana. No cabe ninguna duda que la empresa contemporánea se organiza sobre principios no tayloristas y básicamente posfordistas, como se discute en la sociología y la economía. Por otra parte, es evidente que el Estado moderno ha avanzado hacia formas de democracia social que tienen en su base y en su núcleo la defensa de los derechos básicos de la libertad de la persona humana. Entonces, si bien es perfectamente predecible una cierta invasión de la esfera privada en asuntos económicos, yo diría que, en primer lugar, es una recuperación de lo que fue siempre patrimonio de la actividad privada, y por otra parte diría que el tipo de empresa y el tipo de Estado actuales no obedecen a la caracterización que hace Weber de la empresa y del Estado burocráticos.

—Los pensadores de la escuela de Francfort, por más que lo quisieron, nunca lograron deshacerse del fantasma de Weber. Marcuse, en una primera instancia, y después Habermas han reflexionado sobre las formas más sutiles de dominación, adoptando finalmente una posición divergente de la que acaba de señalar usted con respecto de la invasión de la burocracia industrial en la estatal, por llamarla de alguna manera. ¿No cree que el criterio más correcto es decir que las formas de dominación son elementalmente políticas y no económicas?

—Sin lugar a dudas, también lo son. Creo que allí hay un tema que es especialmente sensible y muy importante: la presencia de Weber en la escuela de Francfort. La escuela de Francfort escribe en la Segunda Guerra Mundial, mientras que Weber lo hace en la Primera, y la escuela de Francfort es originalmente una escuela que viene del optimismo marxista —Marx es extraordinariamente optimista cuando joven—, y lo que hace esta escuela es matizar el marxismo con las tonalidades pesimistas de la sociología de Weber. En efecto, lo que hay ahí es un marxismo reinterpretado weberianamente. Es más, me atrevería a decir que la escuela de Francfort es mucho más weberiana que marxista.

Ahora, me parece que hay un elemento muy novedoso en el problema de la dominación expuesto por la escuela de Francfort, en un contexto básicamente cultural, que establece en definitiva una alianza entre Estado, industria y cultura —donde la cultura es otra empresa más. Sin embargo, sigo pensando que la dominación es de raigambre política, ya que esa es la esfera donde se ejerce el dominio legítimo o ilegítimo. Y, en el caso en que

los dominios tengan fundamentos ilegítimos en el espacio de la política, es altamente probable que se produzcan brutales tipos de dominación en otros espacios de la vida social, precisamente porque existe una ilegitimidad radical en el espacio real de la dominación.

—¿No será que lo que Weber dice del destino, del Estado, de la sociedad y del hombre, no son sino supuestos y que estaríamos viviendo la culminación de un paradigma, y que, en realidad, deberíamos dejarnos llevar y empezar este nuevo paradigma, como lo postulan ciertas corrientes de la sociología y de la psicología transpersonal? ¿Pues, si no es así, en qué se fundamentan entonces esas corrientes que tanto auge tienen en este momento?

—No en Weber, porque él es claramente un pensador preparadigma intelectual de hoy. Pero eso no significa que Weber represente el ocaso de un paradigma, esa son dos cosas totalmente distintas. En su diagnóstico del politeísmo, Weber es de una gran contemporaneidad. Por ejemplo, el concepto de pluralismo que utiliza Peter Berger en su análisis del problema del sentido en la sociedad contemporánea actual es ricamente heredero de este concepto weberiano del politeísmo cultural. Weber es prefreudiano, si se quiere, pero esto no quiere decir que sus libros de psicología de la religión no sean de una riqueza analítica extraordinaria. En cierta medida, se puede decir que la psicología social de Weber es pre y posfreudiana al mismo tiempo —porque entre medio desapareció el psicoanálisis. O sea, en muchos sentidos la obra de Weber, claramente, no es la exposición de un paradigma agotado, pero tampoco creo que Weber sea un pensador que esté en el origen de los paradigmas actualmente en boga en la sociología o en la psicología.

—¿Cuál podría ser hoy el enemigo de la teoría de Weber, o qué desarrollo weberiano podría llegar a tener la sociedad occidental?

—La mayor parte de la sociología moderna, a mi juicio, es enemiga de la sociología weberiana. Weber es un pensador serio y no un pensador débil, y lo que domina la teoría sociológica actual es el deseo de arrancar de la severidad del destino.

Mencioné en mi exposición que para Weber lo peor es el relativismo enclenque. Creo que eso es lo que caracteriza buena parte de la teoría sociológica contemporánea. O sea, lo que tomaría y recuperaría de Max Weber es, precisamente, su seriedad intelectual.

En esos términos, no me parece que Max Weber tenga adversarios importantes, sino que, por el contrario, diría que ha estado en el origen de los pensamientos más importantes de la sociología de la segunda mitad del siglo XX como es la teoría de Parson y actualmente en la teoría de Habermas.

—La racionalización que se puede observar en el proceso de burocratización en Latinoamérica no ha logrado ser tan eficaz como en Europa, debido, al parecer, a que no ha tenido la estructura valórica de la ética protestante. ¿Cabría pensar, por tanto, que en Latinoamérica nunca se va a alcanzar un capitalismo efectivo?

—Ciertamente, el proceso de racionalización no se desplegó en América Latina y eso es algo visible. Pero creo que el modelo del capitalismo se independizó hace tiempo de sus presupuestos ascético-protestantes. Hoy día es posible constituir una sociedad de desahorro interno y capitalizarse vía ahorro externo. O sea, hay una globalización tal de la economía que si un país desahorra, y sin embargo ofrece algún atractivo para inversionistas extranjeros, puede generar un nivel de recursos, por la vía de inversiones extranjeras, que le permitiría mantener una economía con niveles sensatos o buenos de inversión.

A lo que voy con ese ejemplo, es que hoy día la operación de una economía capitalista se ha desvinculado de los supuestos puritanos y racionales que tuvo en su origen. En cierta medida, hoy el capitalismo es racionalidad en el sentido de cálculo, es decir, es un *know how* de administración que puede ser obtenido por cualquiera y que no requiere, por ende, de un proceso de metodización y racionalización de la propia vida, sino de un buen proceso de educación.

En ese sentido, nosotros tenemos claramente una organización de corte racional-administrativa que puede convivir perfectamente con una sociedad cuyas personas no se han racionalizado en la forma de conducir su vida. Y creo que esto es bastante visible en nuestra sociedad.

—A lo que me refiero es que el capitalismo en Latinoamérica crea tal vez contradicciones económicas o valóricas que no se observan en países como EE.UU., por ejemplo, donde sí existe el capitalismo y donde, quizás, si bien éste se ha independizado de la ética protestante, aún tiene ese fundamento básico. Da la impresión, entonces, que Latinoamérica no va a superar nunca esas contradicciones porque no tiene una base moral como la de EE.UU.

—Yo me atrevería a decir que en Estados Unidos el capitalismo crea un conjunto de contradicciones enormes y que en el momento que EE.UU. logre superar esas contradicciones, se va a parecer a nosotros; porque nosotros, precisamente, podemos hacer convivir el capitalismo con nuestra cultura. En Estados Unidos, en cambio, el capitalismo se desancló de la cultura puritana que le dio origen, y hoy se ve envuelto en una difícil convivencia con la cultura del consumo, del placer, de conductas irracionales, etc. Esa es la contradicción que se observa en Estados Unidos.

Como nosotros no tuvimos nunca ese sustrato puritano, siempre hemos vivido el capitalismo al interior de una cultura del derroche, del gasto, de lo no ascético, etc. Yo espero que los norteamericanos, efectivamente, logren resolver sus problemas y alcancen el nivel de madurez que hemos logrado nosotros.

—Es interesante ver las posibilidades de aplicar el pensamiento weberiano al tema de la identidad cultural latinoamericana, e intentar establecer hasta qué punto ese pensamiento nos sirve como marco de análisis. Si, desde el punto de vista de las instituciones, asumimos que hay un proceso que camina de la mano entre racionalización social y burocracia, ¿cómo podría explicarse, desde Weber, la divergencia que se da en Latinoamérica entre la burocracia —sobre todo la burocracia que a partir del siglo XVIII impulsan los borbones y que nosotros heredamos— y una baja racionalización social?

—Weber es un gran pensador de Europa, pero América es un continente que siempre le fascinó y que nunca logró comprender cabalmente.

Cuando digo América me refiero tanto a Norteamérica como a Sudamérica, aunque todas sus referencias a América son a Norteamérica. Es interesante la pregunta porque nos plantea la incapacidad de Weber para admirar y comprender América.

En Europa, la burocracia estatal ha sido el sustento básico del orden político desde la constitución del Estado moderno, después que las guerras religiosas devastaron el continente europeo. Europa restablece su orden político bajo el amparo del Leviatán —el dios mortal al que después del Dios inmortal debemos nuestra vida, decía Hobbes refiriéndose al Estado.

Max Weber es un pensador europeo y, por ende, sabe que la vida europea descansa básicamente sobre el Estado. Pero eso no sucede en Norteamérica, donde la vida civil desempeña probablemente un papel mucho más relevante que el Estado, ni sucede en Sudamérica, y ni siquiera, me atrevería a decir, en Inglaterra. Eso lo advirtió Tocqueville en su libro *La democracia en América*, donde dice que la asociatividad norteamericana era mucho más relevante que el Estado como capacidad de organización de la sociedad. Esto es, el Estado norteamericano descansaba sobre una capacidad "asociativa" de la ciudadanía. Y asociatividad es, en cierta medida, la capacidad de encontrar intereses comunes.

En el caso de nuestra cultura latinoamericana, yo diría que somos débiles en asociatividad pero muy fuertes en sociabilidad, es decir, en la capacidad de encontrarnos sin que necesariamente medien intereses.

La sociabilidad es la capacidad de encontrarse, de convivir por el solo hecho de estar con otro. En ese sentido, en América Latina el Estado

no ha organizado nunca las formas de sociabilidad, y en cierto modo nuestras sociedades están articuladas desde abajo por principios de sociabilidad que el Estado no interrumpe, pero de los cuales claramente profita. En cambio, en el caso norteamericano imperan los principios de asociatividad. Y en Europa, por otro lado, el Estado ha tenido que imponer el orden de la convivencia por razones de diferenciación religiosa y de guerras religiosas.

Por eso es que las burocracias han podido convivir en América Latina con nuestra sociabilidad, pero no han producido una sociedad racional. Por el contrario, ha sido la sociabilidad latinoamericana la que, con mayor frecuencia, ha logrado corromper la burocracia. La lógica de la sociabilidad es la lógica del compadrazgo, de los favores, de la lealtad a las personas. Y eso es, precisamente, lo que caracteriza a la forma más típica de los gobiernos latinoamericanos del siglo XX, a saber, los populismos: el peronismo, el varguismo en Brasil, el aprismo de Alan García hasta hace muy poco tiempo... Es la existencia de una burocracia estatal corrompida por los principios básicos de la sociabilidad que impera en la sociedad; es decir, la capacidad de relacionarse entre las personas, el deberse mutuamente favores y la figura básica de la sociabilidad: la figura del gasto, del dar, del derroche, de la fiesta. Éstas son algunas de las características esenciales de los gobiernos populistas latinoamericanos, que siempre han terminado con crisis de hiperinflación descomunales porque han gastado mucho más que el producto geográfico bruto del país.

En suma, diría que lo que se ha producido en América Latina es la coexistencia de burocracia con sociabilidad. Pero en lugar de que las burocracias racionalicen a la sociabilidad, ellas han sido permeadas por estos principios de la sociabilidad latinoamericana, dando lugar a esta forma tan típica de ejercicio político de la región que es el populismo.

—Usted mencionó a Kafka en su exposición, ¿qué semejanzas ve entre Weber y Kafka y cuál sería la influencia que pudo haber ejercido uno en el otro?

—Bueno, hay una semejanza importante entre Weber y el libro más conocido de Kafka, *La metamorfosis*. Es evidente que esa imagen pies arriba, atrapado por esa caparazón, es la imagen weberiana de "la jaula de hierro", de ese hombre que está absolutamente desesperado porque no puede deshacerse de una caparazón que no es de él, y con la cual se despertó.

Esa es la imagen que uno podría recuperar de Max Weber en Kafka: "la jaula de hierro", que no es nuestra. De repente, nos amanecemos con ella de tanto racionalizar. □

LA SOCIEDAD COMO "LUGAR DE VIDA MORAL"*

UNA APROXIMACIÓN A LA SOCIOLOGÍA DE DURKHEIM

Eugenio Tironi

Preocupada de dirigir el cambio social hacia metas universales como el desarrollo, la modernización y el socialismo, y pese al frecuente estallido de crisis de integración social, la sociología contemporánea ha solido ignorar el problema de la conservación del orden social. En este contexto, afirma Eugenio Tironi en la presente reseña de la sociología de Émile Durkheim, el gran mérito y actualidad de Durkheim radican, precisamente, en haber colocado la pregunta acerca del orden social en el centro del análisis sociológico y en haber prestado atención de una manera sistemática a las creencias colectivas y, en definitiva, a la moral, como base de toda comunidad.

EUGENIO TIRONI BARRIOS. Doctor en Sociología, Escuela de Altos Estudios y Ciencias Sociales, Francia. Ex director de la Secretaría de Comunicación y Cultura del gobierno de Patricio Aylwin. Actualmente es profesor del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile y presidente de Tironi & Asociados. Autor, entre otras publicaciones, de *El régimen autoritario. Para una sociología de Pinochet* (Dolmen, 1998), *Autoritarismo, modernización y marginalidad* (Sur, 1990) y *Los silencios de la revolución* (Editorial La Puerta Abierta, 1988).

*Conferencia dictada en el Centro de Estudios Públicos el 6 de mayo de 1997, en el marco del ciclo para estudiantes universitarios "Riqueza y miseria de las formas de vida en la sociedad contemporánea".

Se incluye a continuación una versión editada del diálogo que tuvo lugar con los estudiantes. También aparece en esta edición de *Estudios Públicos* la conferencia "La jaula de hierro (acerca de Max Weber)", pronunciada en el mismo ciclo por Carlos Cousiño.

Estudios Públicos, 71 (invierno 1998).

¿Cómo es posible el orden social? Para la sociología en la que se formó mi generación, ésta era una interrogante trivial. El orden colectivo no quitaba el sueño a nadie; todo lo que importaba era proyectar el cambio de las sociedades en dirección a ciertas metas universales: modernización, desarrollo, socialismo...

Sin embargo, en los años setenta, cuando en todo el mundo pareció entrar en crisis el orden económico, social y político configurado en la segunda posguerra, la incertidumbre recuperó derechos de ciudadanía y aquella vieja y desprestigiada pregunta tomó nuevamente actualidad. En los países donde la crisis fue tan profunda que parecía llevar a un proceso de disolución social —como es el caso de Chile—, la cuestión acerca de cómo fabrica la sociedad su propio orden se volvió casi obsesiva. Era inevitable, entonces, que algunos ojos todavía desconcertados se posaran sobre Durkheim. Casi un siglo atrás éste había declarado, con una voz profética, que "el objeto de la sociología en su conjunto es determinar las condiciones para la conservación de las sociedades".

Émile Durkheim nació en 1858 en Épinal, Francia. Su padre era rabino y por eso fue formado en una familia judía tradicional y ortodoxa con recursos muy modestos. Vivió muy de cerca las turbulencias de su época, en especial la derrota e invasión de Francia en la guerra francoprusiana, cuando tenía doce años, y ya adulto, el desarrollo de la Primera Guerra Mundial. Murió en 1916, a pocos meses de enterarse de la muerte de su hijo en el campo de batalla, y después de haber seguido una carrera académica francesa clásica en la que recibió los máximos reconocimientos.

La preocupación de Durkheim por la "conservación de las sociedades" está muy vinculada al clima intelectual de su época. La alarma por la ruptura de las solidaridades sociales, por la anarquía económica, por el debilitamiento de las normas y las instituciones; en definitiva, por el inquietante quiebre del orden social en manos del "odioso individualismo", era compartida por católicos y socialistas, por conservadores y liberales.

En Durkheim, sin embargo, esa inquietud de su época adquiere rasgos singulares. El individualismo es para él un rasgo característico e inevitable de la sociedad moderna, que resulta del progreso de la división del trabajo. El remedio, entonces, no está en el retorno a los valores e instituciones tradicionales (como se planteaba desde el catolicismo conservador) ni en la proclamación de modelos ideales o utópicos (como se proponía desde el liberalismo o el socialismo), sino en el fortalecimiento de normas morales e instituciones capaces de mantener vivo el sentimiento de colectividad, sin aplastar al mismo tiempo el proceso de individuación. Dedicó toda su obra, entonces, a descubrir cómo alcanzar ese objetivo de modo de

mantener unidas las sociedades —y, por el mismo motivo, a conocer los factores que llevan a su desintegración.

Algunos postulados básicos

El postulado ontológico en que se basa la sociología de Durkheim es que la sociedad no es la mera suma de sus individuos componentes, sino un "sistema" con una realidad y características independientes de aquéllos. De la prioridad lógica e histórica que él da a la sociedad se deriva —en palabras de R. Aron— "la necesidad de explicar los fenómenos individuales por el estado de la colectividad, y no el estado de la colectividad por los fenómenos individuales". De ahí que algunos autores hayan bautizado su aproximación como "holismo metodológico" o, directamente, de "socialista".

Economía y solidaridad

Durkheim acepta que la economía tiene una influencia decisiva en las sociedades modernas, por ser el origen —a la vez que la expresión primordial— de la división del trabajo. No acepta, sin embargo, la suposición de que la estabilidad social resulte de la cooperación, sea espontánea o forzada, de los intereses individuales en el campo económico.

En su obra *De la división del trabajo social,* Durkheim se rebela contra autores como Spencer, para quienes la vida social es una simple "adaptación inconsciente y espontánea a la presión inmediata de las necesidades", y la "solidaridad social", el resultado automático de un "amplio sistema de contratos particulares". Resiste la tesis de que el orden colectivo surja del "acuerdo espontáneo de intereses individuales", como si fuera una relación puramente económica, "un intercambio no regulado por ninguna acción específicamente social". Rechaza, en fin, la idea de que la "sociedad industrial" basada en el intercambio y el contrato no tenga "necesidad de ningún aparato coercitivo ni para producirla ni para mantenerla".

Contra la economía política clásica, que intenta explicarse la sociedad moderna *por el contrato,* Durkheim se explica la existencia de los contratos *por la sociedad.* Denuncia entonces al contractualismo por invertir el orden a la vez histórico y lógico de las cosas. No son los contratos la "condición primordial" de la sociedad, pues, aunque son los individuos quienes los pactan, sus condiciones son fijadas por una legislación que encarna la noción que la sociedad tiene de lo justo y de lo injusto, de lo

tolerable y lo prohibido. Esto es lo que Luhmann, en *La diferenciación de la sociedad,* denomina la "fundación no contractual del contrato".

Lo que Durkheim postula, en suma, es que las relaciones económicas no pueden dar origen al orden social, ni éste puede ser regulado simplemente por aquéllas. La vida económica, indica, se desenvuelve "más allá de toda acción moral". Ella es la esfera del conflicto, no de la solidaridad; de la anarquía, no de la reglamentación; del acuerdo pasajero, no de la regularidad; del interés, no de la moral; del individuo, no de la sociedad: de ahí que ella deba estar sometida a un poder externo, de carácter moral y político, que sólo la sociedad puede proveer.

En sus postulados básicos, explicitados en *Sociología y filosofía,* Durkheim también toma distancia de quienes sitúan el origen y la explicación de la sociedad en la acción imitativa de los individuos. En oposición, insiste en que los individuos nacen y viven en el cuadro de grupos constituidos, de sociedades; o, dicho de otro modo, que los individuos son en sí mismos el producto de la diferenciación social característica de un determinado tipo de sociedad. A su juicio, "el culto del individuo humano es obra de la sociedad. Es ella quien lo ha instituido". La propia libertad individual "no se ha vuelto una realidad sino en y por la sociedad". Y agrega: "la única cuestión que se puede plantear un hombre es, no si puede vivir fuera de una sociedad, sino en qué sociedad quiere vivir". Poner al individuo como base de la sociedad es, por lo tanto —al igual que el caso del utilitaritarismo de Spencer—, invertir el orden lógico e histórico de las cosas.

El pesimismo antropológico

Son muchos los que han observado un paralelo entre la antropología pesimista de Durkheim y la de Hobbes. En efecto, ambos autores toman al hombre como un individuo dominado por un egoísmo natural que debe ser disciplinado para no verse arrastrado a su autodestrucción.

En su clásico *Leviatán,* Hobbes postula que el estado de naturaleza u originario del género humano, lejos del mito paradisíaco, es un estado de barbarie y de guerra de todos contra todos. Siguiendo el mismo registro, en *De la división del trabajo social* Durkheim postula que "las pasiones humanas no se detienen sino ante una fuerza moral que respetan. En ausencia de toda autoridad de este tipo, es la ley del más fuerte la que reina, y latente o agudo, el estado de guerra se hace necesariamente crónico [por lo que] la meta misma de toda sociedad [...] es suprimir, o al menos moderar, la guerra entre los hombres". Y en un texto muy posterior advierte además

que “cuando se es más libre para satisfacer todos los caprichos, la vida se vuelve menos tolerable”.

Pero el paralelo entre ambos se interrumpe ahí; porque mientras Hobbes busca en el Estado el poder regulador capaz de contener las tendencias destructivas de los individuos, Durkheim vuelve la vista a la “sociabilidad” en sí misma. Como afirma Dumont en su *Ensayo sobre el individualismo*, en la teoría de Hobbes “lo social es reducido en último término a lo político”; Durkheim, en cambio, desarrolla una perspectiva estrictamente sociológica, según la cual sólo la sociedad, por medio de su capacidad de crear una “vida moral”, es capaz de “moderar la guerra entre los hombres”.

Aunque no hay evidencia de que conociera su obra, es notable también la similitud entre los postulados de Durkheim y los de Freud. Para el primero, “la sociedad no puede ser formada o mantenida sin que el individuo realice perpetuos y costosos sacrificios. Debemos [...] ejercer violencia hacia algunas de nuestras más fuertes inclinaciones”, porque de lo contrario nuestros “apetitos sensuales”, que son “necesariamente egoístas”, terminarían con la sociedad.

Aquello no es muy diferente de lo que, al final de su vida, advierte Freud respecto a que “la pulsión innata de agresividad en el hombre, la hostilidad de cada uno contra todos y de todos contra cada uno” debe ser resistida por lo que él denomina “la cultura”. De ahí entonces que “la cultura está ligada indisolublemente con una exaltación del sentimiento de culpabilidad, que quizás llegue a alcanzar un grado difícilmente soportable para el individuo”. Si se sustituye la noción de “cultura” por la noción de “sociedad”, ¿no estarían Freud y Durkheim hablando prácticamente de la misma cosa?

Anomia, cambio y desintegración

Merecido o no, lo cierto es que Durkheim tiene la paternidad sobre el concepto de anomia, clave para entender su noción del fenómeno de la desintegración social. La definición que propone, sin embargo, no es siempre clara y evoluciona notoriamente a lo largo de su obra. Por lo mismo, conviene comenzar por fijar los contornos de la anomia lo más nítidamente posible, diferenciándola de otros fenómenos semejantes.

Coerción y anomia

La tesis primitiva de Durkheim es que la solidaridad nace de la división del trabajo, por su cualidad de producir “formas de actuar defini-

das, que se repiten", que gozan de un "grado de fijeza y regularidad", lo que crea "hábitos" que a su vez se transforman en "reglas de conducta" que "manifiestan de manera sensible y definida la dependencia mutua de los organismos solidarios".

Hay casos, sin embargo, donde "la división del trabajo no produce la solidaridad", o donde simplemente deja de producirla. Uno de ellos es lo que denomina "la división del trabajo coercitiva"; esto es, "cuando la reglamentación ya no corresponde a la verdadera naturaleza de las cosas y, por consiguiente, no teniendo base en las costumbres, no se sostiene sino por la fuerza". Lo que se produce entonces es una "situación en que los deseos chocan" con "un obstáculo insoportable" o "el porvenir aparece inmisericordemente cerrado", lo que genera en los individuos un sentimiento de impotencia, de fatalismo y de frustración.

La coerción, sin embargo, como factor de desintegración, está en las antípodas de la anomia. Porque mientras aquélla tiene su origen en un *exceso* de reglamentación normativa, esta última resulta de la *falta* de tal reglamentación. En efecto, el concepto durkheimiano de anomia se identifica primordialmente con la ausencia de reglas.

Hay que admitir que Durkheim es ambivalente en su definición. Giddens tiene razón cuando señala que, con el mismo concepto de anomia, se refiere a veces a la desorganización de la sociedad global que lleva a la ausencia de normas sociales claras y coherentes para los individuos; y otras veces a la incapacidad en que se encuentra el hombre de poner coto a sus deseos.

Sin embargo, es la primera noción de anomia la central del edificio teórico durkheimiano —aunque ella es, curiosamente, la menos popular, pues la sociología norteamericana de posguerra destacó principalmente la segunda acepción. Para nuestro autor, se trataría de un fenómeno inevitable en el curso de las sociedades hacia mayores niveles de diferenciación e individuación. La anomia aparece allí donde hay una sociedad en crisis que da paso a otra sociedad todavía no establecida. Ella es, por tanto, en palabras de Chazel, "sinónimo de crisis de adaptación".

Anomia y cambio social

Muchas veces se toma el concepto de anomia como la prueba del profundo conservadurismo de Durkheim. Este juicio da por supuesto que la anomia se refiere a los problemas de integración del individuo a la sociedad por medio de la adaptación a los valores socialmente predominantes y la

sujeción a sus normas. Pero, como se indicó, el concepto central de Durkheim no se refiere a la desadaptación *del individuo* a una sociedad dada, sino a la disolución de las creencias, instituciones y prácticas que producen la solidaridad social. Su problema primordial no es la inadaptación de los individuos a un código de normas socialmente dominante, sino *la ausencia de una reglamentación social* capaz de limitar los "deseos" individuales y establecer "formas de actuar definidas, que se repiten".

Se ha criticado también el carácter anormal o patológico que parece asignar Durkheim a los fenómenos de crisis, conflicto o anomia. Para él, sin embargo, el conflicto no es en sí mismo un fenómeno "anormal" o "patológico". Al contrario, es un elemento básico de la vida social; deviene "patológico", sin embargo, cuando termina con la solidaridad y, a partir de allí, con el orden colectivo.

Para Durkheim, según lo postula en *Las formas elementales de la vida religiosa*, la evolución de las sociedades supone la presencia de períodos de "calentamiento" seguidos por períodos de "enfriamiento", pasando entre medio por momentos de crisis, desorganización y desorden. La anomia corresponde gruesamente a estos momentos de tránsito entre "la efervescencia creadora" y los períodos "de recaída". Se trata entonces de un fenómeno perfectamente "normal", pues, en sus palabras, "las sociedades [...] no pueden mantenerse sin transformarse".

En esos procesos de transformación es común que las relaciones sociales se intensifiquen al máximo y los cambios se sucedan sin descanso. Éstos son, sin embargo, períodos excepcionales que no pueden extenderse, porque —como dijera Parsons en sus *Ensayos en teoría sociológica*— la plasticidad de las sociedades no es indefinida. Cuando esas situaciones se prolongan, tiende a provocarse un desajuste crítico entre las representaciones colectivas, las instituciones y la estructura social, y esto destruye los principios de integración de la sociedad. La desintegración social sobreviene entonces, especialmente después que una sociedad ha experimentado grandes cambios de signo modernizador: *v. gr.* procesos rápidos y forzados de racionalización, corrientes aceleradas de urbanización, expansión económica prolongada, ampliación de la participación social y política, etc.

El fenómeno de la desintegración

Durkheim no desarrolló mayormente sus ideas sobre los procesos de desintegración social. Sin embargo, varios autores han trabajado el tema inspirándose más o menos explícitamente en sus conceptos, por lo que se cuenta ya con una suerte de teoría general de este fenómeno.

La desintegración social siempre acarrea la fragmentación de las bases materiales de los grupos sociales, creándose conglomerados que no se constituyen a partir de las relaciones económicas. Habría mucho que decir al respecto, pero lo que en el marco de esta exposición interesa destacar es que la desintegración implica, sobre todo, la crisis de los referentes valóricos y simbólicos de una sociedad; lo cual es particularmente agudo allí donde lo que se produce es una sustitución frustrada o incompleta de un sistema de integración por otro. El núcleo de valores, creencias, símbolos y normas comunes que integraba a la sociedad ha entrado en crisis y es objeto de un ataque iconoclasta, sin que logre estabilizarse al mismo tiempo un núcleo común alternativo.

Cuando los individuos se ven obligados a adaptarse al "nuevo orden" —con las consiguientes tensiones psicológicas que ello implica—, para encontrarse de pronto con que sus esfuerzos fueron estériles, pues ese orden estalla también en el aire, o nunca logra consolidarse, brotan sentimientos de inseguridad, miedo, ansiedad, frustración y, en el límite, de resignación. La actitud de apatía y el conformismo individualista son entonces rotos apenas por períodos breves de intensa movilización de masas, en que el individuo busca en la muchedumbre una identidad colectiva y la oportunidad de volverse visible, de salir del anonimato y de la mediocridad de la vida cotidiana, de romper su aislamiento, de experimentar un sentimiento de solidaridad y sentir que su vida tiene un sentido socialmente reconocido. En este clima, los individuos se vuelven altamente vulnerables a la seducción de un líder de masas carismático que ofrezca el restablecimiento de la comunidad perdida, y a la influencia de ideologías autoritarias. Sin ir más lejos, hay gran consenso en imputar el nacimiento del nazismo a un proceso de este tipo.

En condiciones de desintegración social no hay movimientos sociales, sino sólo las conductas defensivas y las movilizaciones de masa comentadas más arriba. Se trata fundamentalmente, como lo postula Alain Touraine, de alcanzar una adaptación individual, o bien de defender la identidad amenazada de un grupo o de elevar una protesta moral, pero no de una acción organizada y racionalmente orientada en función de hacer avanzar intereses comunes. Las movilizaciones de masas pueden alcanzar gran amplitud, pero carecerán de permanencia y de eficacia. El desagrado o la frustración que genera la disolución social tampoco llevan a reacciones de violencia colectiva, pues ésta supone siempre la existencia de grupos sociales dotados de una fuerte identidad, de organización y recursos propios, todo lo cual es imposible en las condiciones que estamos analizando.

La desintegración social no equivale, sin embargo, a la desaparición de todo agrupamiento colectivo. Antes bien, ella incentiva a los individuos a replegarse en grupos primarios o comunitarios basados en nexos de tipo afectivo, tales como la familia, la feligresía, el vecindario. Pero este enclaustramiento en asociaciones altamente inclusivas refuerza el aislamiento de los individuos y su desintegración. Una sociedad sometida a este tipo de procesos, en los hechos delega su unidad a la institución estatal, a la vez que queda inerme frente a ella. Desintegración social y autoritarismo de Estado son, entonces, dos caras de una misma medalla.

Las crisis sociales y la desintegración no son necesariamente un síntoma de "disfuncionamiento" o de "enfermedad" de una sociedad. Como lo subraya Balandier en su libro sobre el desorden, éste y el "caos" son momentos de "eclosión simultánea de nuevas y numerosas posibilidades"; "la ocasión en la cual la sociedad deviene más locuaz" y transparente, un momento en el cual se multiplica "la capacidad reflexiva del sistema social sobre sí mismo". De ahí que un "sociólogo del orden" como Durkheim destinara tantas energías a hacer comprender que las crisis, los desórdenes, no son accidentes de la historia, sino fases inevitables en el permanente proceso de producción de las sociedades.

La creación del orden

Porque comparte con Hobbes que el estado de guerra es el estado originario del género humano, y con Freud que la agresividad es una pulsión innata en el hombre, Durkheim estima que la anomia y la desintegración son peligros latentes alojados en el núcleo de toda sociedad. De ahí que la solidaridad y cohesión sociales, lejos de ser un dato primario, son el resultado de un esfuerzo continuo para no caer en una situación de desorganización. Dicho de otro modo, la sociedad es concebida por Durkheim como una lucha permanente sobre lo que Bataille llamaría el "substrato de violencia".

La búsqueda de la solidaridad

Durkheim distingue dos tipos de sociedades en función de sus modos de integración: la "de solidaridad mecánica", caracterizada por una cohesión social muy fuerte basada en una "conciencia colectiva" (normalmente religiosa) que liga al individuo estrechamente al grupo, y que cuenta con un derecho de carácter represivo; y la sociedad "de solidaridad orgáni-

ca", que se caracteriza por una conciencia colectiva débil, por la emancipación del individuo respecto al grupo y por un derecho restitutivo o cooperativo. Durkheim veía que la transición de un tipo de sociedad a la otra encerraba grandes peligros, porque podía arrastrar a situaciones de desorganización o anomia.

Como se ha dicho, Durkheim está lejos de una posición nostálgica respecto a la "comunidad" de solidaridad mecánica: por el contrario, visualiza los procesos de industrialización, de racionalización y de diferenciación como un progreso, pues conducen a la emancipación de los individuos frente al grupo. Pero esto plantea el desafío de encontrar formas de cohesión allí donde la conciencia colectiva se ha desvanecido, como efecto de la división del trabajo y de la declinación de la mentalidad y las instituciones religiosas. El problema básico que se plantea es, entonces, cómo alcanzar la integración de las sociedades de "solidaridad orgánica" sin afectar el proceso de individuación. La búsqueda de estos factores de integración es lo que lleva a Durkheim a interesarse en fenómenos como la división del trabajo, en instituciones como el Estado y los cuerpos intermedios, en la educación y, en especial, en la religión y la moral.

Si se sigue su pensamiento, se verá que el centro de atención intelectual de Durkheim se fue desplazando progresivamente desde la morfología de la división del trabajo hacia los distintos tipos de representaciones colectivas. Como señala Lukes, "el foco de atención de Durkheim cambió desde los fenómenos estructurales a los superestructurales, a medida que aumentaba el poder explicativo que otorgaba a los últimos [...]. Desde su posición inicial en *De la división del trabajo social* [1893], donde se había visto tentado a escribir que 'todo ocurre en forma mecánica', en sus últimas obras Durkheim estuvo muy cerca de sostener que el pensamiento simbólico es una condición de la sociedad, y a la vez la explica". En esta línea, Durkheim llega a afirmar incluso, en 1906, que "la vieja teoría economicista según la cual existirían valores objetivos, inherentes a las cosas e independientes de nuestras representaciones, ya no cuenta con representantes. Los valores son producto de la opinión; las cosas no tienen valor sino en relación a los estados de conciencia".

Como efecto de esa evolución intelectual, la solidaridad social será vista como un resultado de la fuerza cohesiva de las representaciones colectivas. Durkheim define las representaciones colectivas como un sistema de creencias y sentimientos de tipo religioso, moral, cognitivo y político que son creadas por la sociedad, que cambian con ella y que tienen por objeto la representación o figuración de la sociedad. Sus exploraciones en las sociologías de la religión, de la moral, del derecho y del

Estado no son más que etapas en su expedición por las representaciones colectivas.

La religión

La evolución que llevó a Durkheim desde la morfología a los aspectos simbólicos de la integración social lo condujo a un creciente interés por la religión, a propósito de la cual expuso con el máximo de sutileza su noción de representación colectiva. En *Las formas elementales de la vida religiosa,* la religión es definida como "un sistema de nociones a través de las cuales los individuos se representan la sociedad de la cual son miembros y las relaciones, oscuras pero íntimas, que mantienen con ella". La función primordial de la religión es precisamente dotar a los individuos de esa representación de la sociedad. Y "no por ser metafórica y simbólica, esta representación es infiel [...] porque es verdadero de una verdad eterna que, más allá de nosotros, existe algo que es más grande que nosotros y con lo cual nos comunicamos". Esa "cosa más grande que nosotros" es, en última instancia —y no importa cómo se la presente—, la colectividad. De ahí su afirmación de que, si bien "se debe elegir entre Dios y la sociedad [...], esa elección me es indiferente, porque no veo en la divinidad sino a la sociedad transfigurada y pensada simbólicamente".

El apego del individuo hacia la colectividad que crea la religión favorece el equilibrio social. Ella es, de este modo, una forma de "disciplina social" que se reproduce por medio del culto y el ritual. La religión encuentra su origen en ciertas situaciones sociales, aquellas de "efervescencia colectiva", donde el individuo se funde con la colectividad en la persecución de ideales comunes. Las creencias y sentimientos religiosos allí generados son reproducidos después, en los períodos de "recaída", por las prácticas del culto. Éstas, en efecto, que "tienen por función aparente estrechar los lazos que ligan al fiel con su dios, al mismo tiempo estrechan realmente los lazos que unen al individuo con la sociedad". De ahí que el culto y el ritual se puedan interpretar perfectamente "en términos laicos y sociales".

Desde un punto de vista histórico, Durkheim observa que toda sociedad conocida genera siempre un sistema de creencias que otorga a ciertos seres y actividades un carácter sagrado y que prescribe ciertas prácticas rituales, pues toda sociedad necesita construir su unidad configurando un sentimiento o ideal colectivo. "No puede haber una sociedad —advierte— que no sienta la necesidad de mantener y reforzar, a intervalos regulares, las ideas y sentimientos colectivos que constituyen su unidad y su persona-

lidad. Y esta reconstrucción moral no puede lograrse sino a través de reuniones, de asambleas, de congregaciones donde los individuos, frente a frente, reafirman en común sus comunes sentimientos".

La función de la religión es entonces una condición indispensable para mantener la vida social, por lo que ella está destinada a perdurar. Pero la religión supone una inseparabilidad entre creencias y prácticas, entre colectividad e individuo, que corresponde al tipo de cohesión social propia de las sociedades de solidaridad mecánica. De allí que, en la medida en que avanza el proceso de diferenciación que da nacimiento al individuo, la función de la religión sea sustituida por la moral, a la que Durkheim le destina toda su atención en la última etapa de su vida. Como lo señala Lukes en su estudio sobre la vida y obra de Durkheim, la moral constituiría la representación colectiva propia de las sociedades modernas, pues combina prácticas obligatorias sin creencias obligatorias y, al mismo tiempo, las creencias obligatorias no dan lugar a prácticas o conductas específicas. Con todo, no hay que perder de vista que, para Durkheim, según lo expresa en *Sociología y filosofía*, la función social de la moral es la misma que la de la religión, y que "es difícil comprender la vida moral si uno no la acerca a la vida religiosa". Durante siglos ellas estuvieron "íntimamente ligadas" y "absolutamente confundidas", por lo que hasta hoy esa "estrecha unión subsiste en la mayoría de las conciencias" y, desde luego, en la del propio Durkheim. "Sin los dioses —afirma Durkheim con tono enigmático en su ensayo sobre la vida religiosa— los hombres no podrían vivir".

La moral

El punto de partida de la reflexión de Durkheim sobre la moral es el mismo que está presente en los demás aspectos de su sociología: el peligro de la desintegración. Incluso en las sociedades fundadas en la diferenciación individual, señala, debe subsistir un equivalente de la conciencia colectiva de las sociedades de solidaridad mecánica. Si tales creencias y valores comunes llegan a reducirse en exceso, la sociedad se verá amenazada por la desintegración, pues los deseos y pasiones ilimitados de los individuos romperían todo orden y regulación social. Éste es el riesgo mayor allí donde coinciden el debilitamiento del sentimiento comunitario de base religiosa con la extensión de la actividad económica, que por sí misma no crea ninguna solidaridad. Al contrario, ella misma tiene que estar sometida a un poder superior. Esto es lo que llevó a Durkheim, en su etapa ya madura, a centrarse principalmente en comprender la esencia de la moralidad.

Durkheim concibe la moral como un "sistema de reglas de conducta" que tiene dos peculiaridades: de un lado, un carácter obligatorio y disciplinario, como todo deber, como todo sistema de normas; y del otro, un carácter deseado y deseable, que provoca entusiasmo y placer, que se identifica con el bien, como ocurre con los valores e ideales. Esta dualidad de la moral es la misma que Durkheim encuentra en lo sagrado, que es temido y prohibido y, al mismo tiempo, amado y buscado; lo que revela una vez más el estrecho vínculo entre moral y religión.

En sus primeros trabajos Durkheim destacaba de manera exclusiva el aspecto disciplinante de la moral: ella equivalía simplemente a una disciplina social destinada a fijar límites a los comportamientos individuales. Sólo con posterioridad incorporó la referencia a los ideales colectivos. De hecho, hacia finales de su vida desplazó toda su atención hacia esta segunda dimensión, vale decir, hacia la deseabilidad de las normas y las reglas, en tanto ellas expresan creencias e ideales.

La moral produce en el individuo un "apego a los grupos sociales" y un "espíritu de disciplina", pues son morales sólo aquellos actos que tienen por objetivo la sociedad o el interés colectivo. Pero, a diferencia de la religión, ella ejerce estas funciones preservando la autonomía que los individuos han alcanzado en la sociedad moderna. En *La educación moral* Durkheim subraya especialmente este rasgo. "Para actuar moralmente —destaca—, no basta, sobre todo ya no basta, respetar la disciplina, pertenecer a un grupo; se requiere que, ya sea por deferencia a la norma o por la entrega a un ideal colectivo, tengamos conciencia [...] de las razones de nuestra conducta. Porque es esta conciencia la que confiere a nuestros actos la autonomía que la conciencia pública exige desde ya a todo ser verdadera y plenamente moral".

La génesis de las normas morales puede explicarse según dos líneas diferentes. La primera es el desarrollo histórico de un conjunto de creencias, a propósito de lo cual Durkheim subraya los lazos entre moralidad y religión a todo lo largo de la historia. "Es evidente —señala en *Sociedad y filosofía*— que la vida moral no ha podido ni podrá jamás liberarse de todos los rasgos que le son comunes con la vida religiosa. [...] Debe haber entonces caracteres morales en lo religioso y religiosos en lo moral". El segundo camino es —al igual, otra vez, que en el caso de la religión— la observación de ciertos períodos "de efervescencia creadora o innovadora [...] en los cuales, bajo la influencia de circunstancias diversas, los hombres son impulsados a encuentros más íntimos; donde las reuniones, las asambleas son

más frecuentes; los contactos más asiduos; los intercambios de ideas más activos". Estos períodos no pueden durar indefinidamente, porque "la exaltación misma [...] es demasiado agotadora". Pasada, pues, la exaltación, individuo y colectividad vuelven a separarse. La moral es entonces la memoria que queda de esos períodos de encuentro, de íntima cohesión. Los ritos, las festividades, las ceremonias públicas, los monumentos, las obras de arte tienen por función revivir simbólicamente esos períodos para que la memoria no se desvanezca sino, al contrario, ella actúe como un factor permanente de cohesión social.

Así como se apoya en ritos, la moral se apoya también en instituciones, cuya función es reforzar permanente y sistemáticamente en la población el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad, y que son, básicamente, la educación, el derecho y el Estado. La educación, para nuestro autor, es ante todo el medio por el cual la sociedad renueva perpetuamente las condiciones de su propia existencia. En cuanto al derecho, éste refleja los sentimientos y creencias colectivas, esto es, la "conciencia moral" de la sociedad; dicho de otro modo, el derecho depende de las creencias morales, pues la sanción no es consecuencia del contenido de un determinado acto, "sino de su no conformidad a una regla preestablecida". El Estado, por último, en tanto institución del orden moral, se encarga de la aplicación de las normas, esto es, de sancionar y de castigar; pero, al mismo tiempo, él refleja la "vida psíquica" (difusa, obscura y espontánea) de la sociedad, a la vez que descifra, ordena, jerarquiza y transcribe las prescripciones implícitas en los sentimientos colectivos.

Para Durkheim, como se comprenderá, la moral es esencialmente relativa. "Para cada pueblo —señala en *Sociología y filosofía*—, en un momento determinado de su historia, existe una moral, y a nombre de esa moral reinante los tribunales condenan y la opinión juzga". Pero fuera de esa moral común o general, hay una multitud de otras. Ninguna conciencia individual es enteramente adecuada a la moral de su tiempo, y nadie está obligado a "inclinarse dócilmente ante la opinión moral"; por el contrario, es posible considerar, en casos fundados, "rebelarse contra ella" en tanto se mantenga por la sola "fuerza de la tradición" y no exprese las "tendencias nuevas". En suma, como lo expresa en *Religión, moral y anomia*, Durkheim estima que "así como la naturaleza física, el mundo moral está libremente abierto a la disputa entre los hombres. Nuestra concepción de la patria, nuestra concepción de la familia, están destinadas a evolucionar y evolucionan de hecho ante nuestros ojos".

La sociología de Durkheim en acto: Sus reflexiones sobre el divorcio

Un ejemplo magnífico de cómo opera la sociología (o, algunos dirán, el "sociologismo") de Durkheim —el predominio de la sociedad sobre el individuo, la visión de este último como un ser que necesita límites externos que contengan sus deseos y pasiones, y la función moral de las instituciones y el derecho— se encuentra en algunos pasajes poco conocidos donde él fija su posición frente al divorcio. Señala no cuestionar el principio del divorcio, pero se opone a que éste sea otorgado por el mero consentimiento de las partes, pues ello contradice los principios sobre los que reposan el matrimonio y la familia como instituciones y, "no por remediar males individuales" (como podría ser la infelicidad de los cónyuges) se puede permitir la creación de una verdadera "enfermedad social", como sería el divorcio.

Fiel a su pesimismo antropológico, la primera línea de argumentación va en la dirección de probar que "la reglamentación matrimonial es saludable para el individuo", pues le ofrece "un freno que puede moderar sus deseos": sin esta reglamentación, afirma, el individuo tiende a "agitarse y atormentarse vanamente en la búsqueda de alegrías imposibles o decepcionantes", llegando a desequilibrios que incluso elevan la tasa de suicidios. En cambio, en la medida en que cada uno cumpla con su función en el matrimonio, se mantengan los cónyuges unidos en la obra común y se toleren mutuamente, "la vida puede ser más soportable y más dulce". Nada de esto es posible si la ley y la autoridad pública facilitan el divorcio por consentimiento, pasando por alto que "el hombre no puede ser feliz, no puede satisfacer normalmente sus deseos, si ellos no están reglados, contenidos, moderados, disciplinados".

Una segunda línea de argumentación es que el matrimonio, en tanto fundación de la familia, tiene un fin moral que va más allá de la crianza de los hijos y que trasciende a los cónyuges. Para Durkheim, la familia ejerce "una acción moral cuya importancia es primordial " para dirigir, moderar y reconfortar a sus miembros en lo que dice relación con la vida económica, religiosa, política y judicial". De ahí, entonces, que para contraer matrimonio no basta con que las partes lo deseen: ellas deben cumplir con ciertas condiciones que son fijadas por la sociedad y certificadas por ésta a través de un magistrado. Es la sociedad "quien dispone de la cualidad de esposos y la confiere a los particulares que la solicitan". Por lo tanto, el mantenimiento del lazo conyugal no puede depender de la sola voluntad de las partes: "hay intereses sociales demasiado graves en juego como para que se

los pueda abandonar al arbitrio de los particulares". Es a la sociedad, entonces, a quien corresponde determinar la continuidad de un matrimonio, por intermedio de un juez.

El matrimonio es un contrato, pero afecta a terceros: por ello tampoco puede ser rescindido por un simple acuerdo entre las partes. Esos terceros son, de partida, las dos familias de los cónyuges, cuya "economía material y moral" ha sido afectada por el matrimonio. Y en seguida están los hijos, desde cuyo nacimiento "la pareja conyugal deja de ser ella misma su propio fin, para devenir en un medio en vistas a un fin que le es superior. [...] Cada cónyuge se transforma en un funcionario de la sociedad doméstica, encargado, como tal, de hacer su parte para su buen funcionamiento". Ninguno puede entonces "liberarse a su fantasía", por la sola razón de que "el matrimonio no les procura todas las satisfacciones que esperaban". Tienen la obligación de cumplir con su papel, y de este deber social no pueden desligarse a voluntad. De él sólo pueden ser liberados por un juez, quien debe apreciar en lo que corresponda "los sentimientos mutuos de los padres y su bienestar material y moral", pero debe tener en cuenta principalmente "los grandes intereses sociales" que están involucrados en el matrimonio.

El matrimonio, en definitiva, es una institución social que, como tal, ejerce una función moral, vale decir, una función moderadora de la "naturaleza del hombre" dominada por los deseos y una pasión sin límites que le llevan a la exasperación, al desarreglo, a la infelicidad. Frente al matrimonio —como frente a toda entidad moral— el individuo siente simultáneamente rechazo y atracción: rechazo porque se le impone como un deber, una disciplina, una reglamentación que le obliga; atracción porque el cumplimiento de ese deber permite al individuo "elevarse por encima de su naturaleza" y cumplir un fin moral.

El regreso de Durkheim. Conclusión

Lo propio de una obra clásica es que nunca deja de ser contemporánea. A juzgar por las críticas y polémicas que siguen desatando sus proposiciones, esto es lo que parece ocurrir con la obra de Durkheim.

Una crítica básica es la que se refiere a su "holismo metodológico". En su esfuerzo por diferenciarse del individualismo metodológico, Durkheim habría llevado su posición al extremo. Su drástica distinción entre lo social e individual, en efecto, inhabilita muchas veces a su sociología para

analizar un largo número de distinciones más sutiles en las relaciones individuo-sociedad.

Para Durkheim, la sociedad es el único órgano capaz de contener las tendencias autodestructivas del individuo. Ella es la fuente y el objeto de la religión, de la moral, del derecho, del Estado y, como vimos recién, del propio matrimonio. Encandilado por esta noción, presta poca atención al conflicto entre grupos y fuerzas sociales. La existencia de conflictos sociales es concebida primordialmente como un fenómeno derivado de fallas en la regulación de la sociedad; y pasa por alto que la coexistencia conflictiva de grupos sociales es característica de toda sociedad compleja.

Pero más allá de las controversias que desata, Durkheim es actual por el hecho de haberse planteado el problema de la integración social (y de su inverso, la anomia) como problema central de la sociología. Al encuentro del utilitarismo, que suponía un orden social nacido espontáneamente de los contratos entre individuos en la esfera económica, construyó su edificio conceptual a partir de la hipótesis de que la solidaridad es una costosa, inestable y reversible conquista de las sociedades, frente a la violencia y la anarquía esenciales. La sociología contemporánea ha querido muchas veces dar por superado este problema fundamental, pero él retorna porfiadamente a la actualidad con las crisis históricas que con regularidad estallan a espaldas de los sociólogos.

Pero aquello no es lo único que le hace actual. Durkheim también tiene el mérito de haber sido el primero que condujo a la sociología a poner una atención sistemática en las creencias colectivas, en la opinión, en las representaciones sociales, en definitiva, en la moral como base de toda comunidad. Para nuestro autor, la sociedad, antes que un organismo material, es precisamente "un conjunto de ideas", un "lugar de vida moral", cuya función última es "crear el ideal". Por bastante tiempo este "idealismo" de Durkheim fue contestado por quienes buscaban la cohesión social en el campo material-económico, no importa si se le llamara relaciones de producción o mercado, lo que hizo que su obra fuese desplazada al campo de la antropología o de la etnografía. Hoy en día, sin embargo, la aproximación durkheimiana gana adeptos incluso en los ámbitos más inesperados.

Hace poco leía, por ejemplo, el libro último de Fukuyama. Como se recordará, este autor saltó a la fama proclamando el "fin de la historia", a raíz del triunfo global del capitalismo sobre el socialismo. El libro reciente se llama *Confianza* (*Trust*); y su tesis es que "el bienestar de una nación, así como su capacidad para competir, se hallan condicionados por una única y penetrante característica: el nivel de confianza inherente a esa sociedad". El éxito de las instituciones políticas y de las sociedades econó-

micas (incluyendo desde luego a las empresas) depende, pues, de que cada uno de los que las forman se sienta "motivado por algo más grande y abarcador que el interés individual"; esto es, de que ellas estén "unidas por la confianza". Desde esta perspectiva, Fukuyama fustiga duramente el pensamiento neoliberal, cuya arrogancia —señala— le impide explicar no sólo la vida política sino la vida económica misma, "cuya eficiencia no ha sido lograda, en la mayor parte de los casos, por los individuos racionales y egoístas, sino, por el contrario, por grupos de individuos que, a causa de una comunidad moral preexistente, son capaces de trabajar juntos en forma eficaz".

Durkheim se debe haber dado más de alguna vuelta en su tumba al sentir cómo sus ideas tomaban cuerpo en quien ha llegado a convertirse en una suerte de profeta moderno del capitalismo.

Pero Fukuyama no ha sido el único ni, desde luego, el más penetrante. En sus reflexiones él se basa fuertemente en la noción de "capital social", desarrollada por el sociólogo norteamericano Robert D. Putnam a partir de minuciosas investigaciones empíricas realizadas en Italia. Con el término "capital social" Putnam se refiere a "la capacidad de los individuos de trabajar junto a otros, en grupos y organizaciones, para alcanzar objetivos comunes". Esta capacidad de asociación depende a su vez "del grado en que los integrantes de una comunidad comparten normas y valores, así como de su facilidad para subordinar los intereses individuales a los más amplios del grupo". El capital social, entonces, "es la expectativa que surge dentro de una comunidad de un comportamiento normal, honesto y cooperativo, basado en normas comunes, compartidas por todos los miembros de dicha comunidad"; y éste es creado y transmitido mediante mecanismos culturales como la religión, la tradición, los hábitos, y a través de instituciones como la familia.

Lo anterior lleva a Fukuyama a postular que el capital social —y su efecto: la confianza— "debe ser considerado como parte integral de los recursos naturales con que cuenta una nación", y que los economistas deben tenerlo en cuenta "al calcular la ventaja comparativa" de los países. De ahí, por ejemplo, que el propio Putnam haya desatado una fuerte polémica en Estados Unidos al señalar, en un artículo relativamente reciente, que la pérdida de competitividad de ese país tendría como origen el empobrecimiento de su vida comunitaria, ilustrada en su ya famoso *bowling alone*.

* * *

Serge Moscovici señalaba hace poco que el pensamiento racionalista modernizador que separó conocimiento de creencias, progreso de tradición, ciencia de conciencia común, enfriando los valores y los sentimientos colectivos, está actualmente bajo cuestión, y lo que se observa es una revalorización del pensamiento simbólico, el único capaz de comprender el mundo de nuestras creencias y de nuestras vivencias. Esto es, a fin de cuentas, lo que quizás explica el regreso de Durkheim al escenario oficial de la sociología.

DIÁLOGO CON LOS ESTUDIANTES

—¿Cómo vería Durkheim la unión entre dos sociedades con culturas, morales y economías distintas, como va a ocurrir ahora entre China y Hong Kong?

—Presumo que Durkheim diría que no hay mayor diferencia entre China y Hong Kong.

—Pero sus economías son tan diferentes...

—Es cierto, pero desde el punto de vista de Durkheim ésos serían aspectos totalmente accidentales, marginales. Porque en cultura, creencias, sentimientos religiosos, tradición, hay una gran unidad entre ambas sociedades. Por lo demás, la cultura china no se encuentra solamente en los territorios continentales de China, así como en Hong Kong y en Taiwán, sino que además está ampliamente diseminada en el Asia. Es una cultura tan fuerte que logra mantenerse pese a la diáspora física o geográfica.

—Chile es uno de los pocos países que no tienen ley de divorcio. ¿Cómo interpreta usted esta negativa de legislar sobre el divorcio, de aceptarlo? ¿Expresa la fuerza de la tradición o también expresa la conciencia de las personas?

—Lo que yo traté de destacar, lamentablemente a través de una fórmula quizás un poco académica, es que lo peculiar del autor que hemos analizado hoy día es que da una enorme importancia a la cuestión moral como fundamento del orden colectivo. Y esto, diría yo, se emparienta muy fuertemente con el pensamiento conservador. Pero a renglón seguido Durkheim dice que las nociones que tenemos acerca de qué es moralmente correcto, qué es justo e injusto, nuestras nociones de la familia, de la patria, del amor, la noción misma de individuo, la noción de libertad, son un producto social. No son verdades reveladas, no provienen de la naturaleza

del hombre, sino que son socialmente construidas, generadas por la sociedad a lo largo de su evolución. Lo que Durkheim se propone, entonces, es comprender cómo la sociedad construye estas creencias que parecen sagradas, inmutables e incluso divinas. Por lo tanto, para él las normas morales de una sociedad son discutibles y, desde luego, transformables. Y hay ahí, por cierto, un relativismo radical...

Ahora bien, según Durkheim, toda sociedad requiere de una moral común general que la integre. Pero, desde luego, esa moral es disputable y dentro de ella hay "submorales", digamos, que tienen el perfecto derecho a existir.

En el caso chileno que tú mencionabas, el gran problema es que hay grupos muy influyentes que señalan que las normas morales, lo moralmente aceptable o correcto, no puede ser objeto de debate público. Eso equivaldría a su relativización y, por lo tanto, se lo juzga inadmisible. El relativismo pasa a ser prácticamente un estigma... Y ése es el problema, a mi juicio, en nuestros debates sobre materias como el divorcio, la censura, la sexualidad, etc.

—Si la moral es una expresión de la sociedad, un reflejo de la costumbre, ¿en qué minuto se puede entrar a juzgar qué es bueno y malo?

—En Durkheim eso es claro: lo que es bueno o malo es una determinación social. Como él dice, es lo que da fundamento al sistema jurídico. En ese sentido, Durkheim no admite la noción de lo bueno y de lo malo fuera de esos parámetros. Incluso dice que la propia noción religiosa de lo bueno o malo es una construcción de las sociedades para sacar la moral del arbitrio de los hombres y darle más poder o más autonomía, pero que siempre hay detrás un proceso de construcción social.

Desde luego, esto puede ser perfectamente objetable. Durkheim lleva su sociologismo hasta el extremo que permitiría comprender y admitir la mutilación de las mujeres en África o las violaciones de los derechos humanos, etc.

—Acotaría que Durkheim no está pensando en ejemplos tan extraños como los que pudieran pasar en una sociedad donde no hay ningún respeto por las mujeres y los niños. Él está pensando en la tradición intelectual europea en la que le tocó vivir. En este contexto pienso que es importante un dato que Eugenio dio al comienzo: Durkheim perteneció a una familia judía muy conservadora.

Tengo entendido que un elemento central en la comunidad judía es un acuerdo permanentemente renovado que hace que la sinagoga no sólo sea un lugar de culto, sino un lugar de permanente conversación y discusión, de amante discusión sobre la cosa que se va a cuidar. Creo que ése es

un tema muy importante. La sociedad judía es extraordinariamente conservadora y al mismo tiempo permite, por ejemplo, el divorcio —el caso que tú mencionabas. La percepción que tengo es que si hay una colectividad en donde la vida de familia es privilegiada sobre todas las cosas, es justamente la comunidad judía. Y eso hace que el divorcio sea una cosa muy difícil, pero eventualmente la sociedad —en este caso por intermedio de un rabino— puede excepcional y dolorosamente hacerla aceptable.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Se podría pensar que los aspectos materiales, estructurales de una sociedad pueden avanzar con mucho mayor rapidez que las estructuras morales, que sus costumbres morales. En este sentido, ¿se podría decir que el problema de la censura, por ejemplo, es un problema de anomia?

—Durkheim insinúa precisamente que la situación de anomia se produce por un desajuste entre la vida material, las instituciones y las representaciones colectivas. Cuando uno de estos tres mundos se transforma muy rápido, ocurre un desajuste en los otros dos. Por eso él admite la rebelión contra las normas morales cuando éstas no reflejan las costumbres. Y denuncia la coerción que se produce cuando las normas e instituciones no guardan relación con las costumbres, con la vida que llevan las personas.

Dicho esto, creo que hay una distancia muy grande, en los debates que tenemos en nuestra sociedad sobre cuestiones de sexualidad, censura, divorcio, etc., entre los valores o normas morales que predominan en el discurso público y las costumbres o hábitos. Y esa distancia, efectivamente, podría desencadenar un desajuste y podría tener ciertos elementos anómicos.

Sin embargo —y por eso mencioné en la exposición cómo opera la sociología de Durkheim en el caso del matrimonio—, no postula un relajamiento de las normas. Según él, las normas son esenciales para controlar las tendencias destructivas de los individuos. Como dice, un individuo liberado a sus caprichos es infeliz; es mucho más infeliz que regulado por las normas. Por lo tanto, admite una tensión permanente entre, por un lado, norma e instituciones, y por otro, el comportamiento individual. En el fondo, entre sociedad e individuo siempre hay una tensión. En esto consiste la sociedad.

—¿Cómo se puede llegar a un orden colectivo o una moral colectiva en una sociedad en la que hay sectores con diferentes ritmos o velocidades de desarrollo? Y, por otro lado, ¿qué sucede cuando un país como Chile, que tiene un orden colectivo bastante fuerte, recibe una influencia masiva de países como Estados Unidos o de naciones europeas que tienen una moral distinta?

—Esto me obliga a bajar demasiado rápido del olimpo durkheimiano a un caso concreto como el de Chile. Voy a decir derechamente lo que pienso. Respecto a la primera pregunta, creo que en una sociedad tan heterogénea como es la chilena —una sociedad tan heterogénea, en realidad, como es la sociedad moderna en general—, donde hay grupos y subgrupos sociales, como también raciales, de género, de edad, el tema de la integración deviene crecientemente en un asunto moral. La paradoja es que mientras más heterogénea es la sociedad, más importancia tiene construir o identificar ciertos valores comunes, ciertas creencias, ciertos mitos que mantengan un mínimo de cohesión, respetando ya no solamente a los individuos en su libertad, en su libertad de conciencia incluso, como Durkheim mismo lo menciona, sino respetando la pluralidad social y cultural. Ahora ¿cómo identificar esos valores? Eso es un misterio...

A mi juicio, la sociedad chilena, como tú dices, es bastante fuerte en términos de poseer ciertos valores comunes. Lamentablemente, ese bagaje común todavía no es producto de una deliberación suficientemente intensa. Y en la medida en que aparecen y comienzan a predominar otras formas de vida, costumbres y hábitos, los valores y normas tendrán que ajustarse, lo que pasa por una deliberación amplia y libre.

Respecto al segundo punto, una de esas peculiaridades de la moralidad chilena, de la cultura chilena, es precisamente su permeabilidad a todo lo que venga del extranjero. Se trata de una sociedad increíblemente abierta, que genera poca resistencia a corrientes culturales, estilos de vida y, desde luego, productos extranjeros. Ahora, éste es un factor que está pesando de manera muy fuerte en esta suerte de convulsión de nuestra moral común. Porque, por una parte, hay una intensa penetración de productos y servicios internacionales, pero ante las corrientes culturales globales se mantiene una fuerte protección de los valores tradicionales. Hay un proteccionismo cultural que es incompatible con la apertura comercial y social a lo extranjero, y también eso explica un poco las turbulencias...

—En vista de los procesos de globalización, ¿podríamos pensar que estamos llegando a una especie de orden moral internacional o planetario?

—Hay algo de eso... Por cierto, el derecho internacional se hace cada vez más visible. Y para que exista un derecho internacional debe haber una suerte de moral internacional en la cual fundarse. Bien dice Durkheim que no hay derecho sin moral. Y no solamente hay derecho, sino también ejércitos globales —frente a Bosnia, Etiopía e Irán, por ejemplo. Y existen, desde luego, medios de comunicación globales que actúan como grandes jueces del comportamiento moral y que en cierto modo mantienen esta suerte de moral planetaria.

Ahora, mi impresión es que se tiende hacia una coexistencia entre esta suerte de moral planetaria y una moral más localista, más doméstica, donde las distintas colectividades protegen su identidad. Pienso que siempre habrá ese tipo de tensión.

—La tendencia actual a rescatar la religiosidad oriental, el taoísmo, etc., ¿no estaría reflejando la noción que tenía Durkheim del papel que desempeña en la sociedad la conciencia religiosa común? ¿No será que el modelo neoliberal estaría obviando el sentido religioso intrínseco del hombre?

—Como señalé, Durkheim es un crítico sagaz y duro de la lógica economicista, que es muy propia del pensamiento neoliberal. Sobre todo, Durkheim descarta que la sociedad sea el resultado de los contratos entre los individuos; descarta que la regulación económica sea el núcleo del orden social. Desprecia incluso la idea del mercado como mano invisible que ordene la sociedad, porque dice que esas instituciones económicas modernas existen porque se fundan en un orden moral. Ya que si no hubiese un orden moral no habría noción de lo justo y de lo injusto, no habría respeto del contrato, no habría mercado, no habría nada de todo esto que hoy tanto se deifica.

Alguien decía que el personaje característico de la sociedad posmoderna vive en una suerte de desdoblamiento entre su vida solitaria frente a un computador y su participación en algún grupo metafísico o religioso en las tardes.

—Quisiera retomar el tema de la moral planetaria. Tengo la duda de si no se corre un fuerte riesgo de anomia o desintegración en las sociedades particulares cuando estas nuevas tendencias que van renovando la moral de la sociedad llegan de golpe, como en estas invasiones culturales externas que reciben los países, como Chile, que se abren al comercio internacional tan rápidamente. ¿Serán capaces estas sociedades de procesar con la misma velocidad estas nuevas pautas y productos culturales, de crear nuevas instituciones y mantener a la gente cohesionada?

—Desde luego, comparto que estos nuevos estilos de vida y productos no son neutros, y que la recepción de golpe de nuevos estímulos ocasiona desajustes culturales tremendos. Ahora bien, nuestra sociedad en particular, la chilena, muestra a mi juicio una notable capacidad de procesamiento y de adaptación, debido quizás, precisamente, a una suerte de esquizofrenia. Logra adaptar su estilo de vida sin modificar mayormente sus valores o normas morales. La preocupación por la coherencia y la congruencia no parece ser algo que inquiete demasiado a la sociedad chilena. Ésta ha establecido, en cierto modo, un mecanismo perverso que le

permite internalizar nuevas normas con rapidez. A mí, por ejemplo, no me cabe ninguna duda de que las líneas de cebra para el paso de peatones, el cinturón de seguridad y otras normas que se han instaurado últimamente van a funcionar. Nuestra capacidad de adaptación a nuevas pautas y normas de conducta es extraordinaria.

—Pero esa adaptación, al ser más o menos esquizofrénica como dice usted, ¿no sería que ocurre sólo porque estamos recién en una primera etapa? Una vez que la gente internalice realmente estos nuevos productos, estas nuevas formas de vida, ¿podrá mantener una moral que los condena y, sin embargo, no experimentar una fuerte crisis?

—Creo que el problema tiene que ver, por último, con una suerte de elite moralista que tiene una noción, digámoslo así, suprasocial de la moral, para no calificarla de religiosa y propia de un catolicismo conservador, que domina los canales culturales y que nos hace pensar que lo que ellos declaran como lo moralmente correcto es lo que debe regirnos, cuando no nos ha estado rigiendo desde hace mucho tiempo.

Estoy de acuerdo con los que dicen que toda esta discusión, aunque no deja de ser importante, no es más que el canto del cisne. O sea, a partir de estos cambios de estilo que estamos viviendo, está emergiendo una especie de pluralidad moral que tiene que llegar a condensarse en un cambio, en una nueva moral común. La actual está muy teñida por la impronta de esa elite. Pero mi impresión es que esa elite está viviendo el canto del cisne y por eso gesticula tanto.

—A mi juicio, la anomia es un fenómeno autogenerativo, permanente, un componente del medioambiente de la vida contemporánea.

—Pienso que no es deseable ni posible, debido precisamente a la globalización, cerrarse a estos nuevos valores, estímulos, normas morales, a esta especie de sincretismo universal. Y creo que es muy importante "despenalizar" la anomia. Esto es algo que traté de subrayar en mi exposición, porque ha habido una tendencia a tomar la anomia, por parte de la sociología, y también diría que por parte del durkheimianismo oficial, como una patología, como una anormalidad, como una situación que hay que evitar o eliminar cuando emerge. A mi juicio, es necesario entender la anomia como un fenómeno relativamente natural, propio de todos los procesos de transformación. Este desajuste entre vida material, normas morales, instituciones, lejos de ser anormal, es lo corriente de la vida contemporánea. Eso es lo que he querido decir.

—Si se postula que el individuo necesita una mayor regulación externa, ¿cuál sería el ámbito de la participación individual en la sociedad? ¿Cómo se podría relacionar eso, por ejemplo, con la tendencia actual a una menor participación de la juventud en la política?

—Tengo la impresión de que la falta de participación política juvenil no obedece a un exceso de reglamentación que les reste a los jóvenes grados de libertad. Tiene que ver más bien con que esta sociedad parece carecer de problemas públicos. No está discutiendo las características de su orden colectivo, porque éste es admitido como algo natural. Es lo que también pasó, en cierto modo, con muchas generaciones precedentes.

En nuestro debate actual no se toca el tema de cómo se construye el orden, ni cuáles son las amenazas y los fantasmas que lo acechan, porque este orden parece estar sumamente establecido, consolidado. Y este clima, por cierto, es desfavorable para la participación pública o política. Lleva más bien a una gran concentración en la vida privada. Creo que esto es parte de los ciclos de las sociedades.

—Usted señalaba que la anomia debiera percibirse como un proceso natural, un proceso que incluso de alguna manera podría ser beneficioso para las sociedades, en el sentido de que se establece un mecanismo de cambio, ¿no? Mi pregunta va por el siguiente lado: las políticas sociales generalmente buscan la integración, y no la anomia, mediante la participación. Pero esos canales de participación ¿no debilitan los procesos anómicos que generan mecanismos de cambio? ¿Qué piensa usted sobre la participación como solución a los problemas anómicos que se suponen existen hoy?

—Creo que en la actualidad hay un mecanismo quizás monstruoso de participación, pero altamente eficaz: el mercado, que extiende crecientemente su dominio dentro de la sociedad chilena abarcando cada vez más sectores. Por otra parte, ésta es una sociedad que tiene, mal que mal, mecanismos de selección de ciertas capas dirigentes —por ejemplo, de las que administran el poder político— por vías electorales, democráticas, donde por lo demás hay un electorado cada vez más participativo. Esto último, no en el sentido de que son muchos los que se registran o votan, aunque son bastantes según estándares internacionales, sino que es un electorado cada vez más crítico, mucho más selectivo al votar, y a la vez mucho menos fiel, menos obediente, menos leal a las grandes doctrinas, a los grandes partidos, a las grandes agrupaciones. Se trata de un electorado que selecciona caso a caso. Entonces, efectivamente es una sociedad que participa mucho menos en partidos políticos, porque los partidos políticos se han vuelto menos eficaces como canales de participación.

Ahora bien, aun cuando los mecanismos de participación social tienen hoy características quizás muy distintas de las que se conocieron hace veinte o treinta años, sí los hay. Por ejemplo, las resistencias comunitarias a grandes proyectos —como Ralco, Gasandes, por mencionar sólo algunos

ejemplos— son fenómenos completamente nuevos que revelan ciertas formas de participación que logran producir un efecto en la vida social. Entonces, hay mecanismos de participación diversos, a los cuales les prestamos poca atención porque todavía estamos pendientes de que reemerjan formas de participación del pasado. □

¿DESEMPLEO JUVENIL O UN PROBLEMA DE DESERCIÓN ESCOLAR?*

Harald Beyer

La tasa de desempleo en Chile se ha situado en los últimos años en torno al 6%. La tasa de desempleo juvenil, por otra parte, se ha estabilizado en torno al 16%. Esto último genera preocupación en amplios sectores de la vida nacional. La evidencia internacional sugiere, sin embargo, que la tasa de desempleo de los jóvenes en Chile no es muy distinta de las que presentan otros países. Por otra parte, si se comparan los resultados actuales en materia de desempleo juvenil con los del pasado, se puede constatar que el problema no es nuevo en Chile.

La evidencia presentada en este trabajo sugiere que hay, al menos, tres elementos que influyen en el desempleo juvenil en Chile. En primer lugar, se constata que una baja educación aumenta la probabilidad de estar desempleado. Segundo, se sugiere que las regulaciones en el mercado laboral, especialmente el salario mínimo, también tienen un efecto no despreciable en el desempleo de los más jóvenes. Por último, se presenta evidencia que indicaría que hay jóvenes que

HARALD BEYER. Ingeniero Comercial, Universidad de Chile. Ph. D. en Economía, Universidad de California, Los Ángeles. Coordinador Académico del Centro de Estudios Públicos.

* Se agradecen los comentarios de Rodrigo Vergara a una versión preliminar de este trabajo.

estarían voluntariamente desempleados a la espera de una oferta laboral más adecuada a sus pretensiones.
Las recomendaciones de política apuntan, por una parte, a flexibilizar el mercado laboral, eliminando eventualmente el salario mínimo para los jóvenes. Por otra parte, si mayores niveles de escolaridad aumentan la probabilidad de estar empleado, entonces parece pertinente reducir la deserción escolar.
En el grupo de edad formado por personas entre 30 y 34 años, un 48% tiene menos de 12 años de educación. En el grupo entre 25 y 29 años, un 43% tiene menos de 12 años de educación. Esta todavía alta deserción escolar se concentra especialmente entre los jóvenes que provienen de hogares de menores ingresos. Ello hace que, en principio, no deban descartarse políticas sociales que reduzcan esta deserción. Para esto es clave determinar si la deserción obedece a una decisión voluntaria, porque no se visualizan retornos importantes de la inversión en capital humano, o si ella se explica por urgencias económicas que no se pueden financiar a través de una vía distinta que no sea el trabajo de los jóvenes estudiantes. Al respecto, se presenta evidencia preliminar en este estudio que apunta a que mientras más bajo sea el ingreso de la familia más alta es la probabilidad que un joven deje de estudiar. Si éste fuese el caso, parecería razonable estudiar la posibilidad de subsidiar la permanencia de los jóvenes de hogares de bajos ingresos en la educación media.

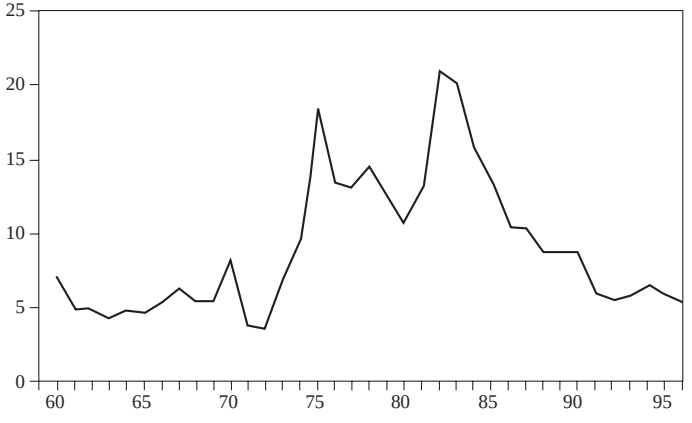
Introducción

El país ha experimentado en la última década un desempeño económico digno de destacarse. El crecimiento económico promedio anual alcanzó en este período un 8%. La inflación se ha reducido a niveles de un dígito, proyectándose que en 1998 bordeará el 5%. Las altas tasas de desempleo de los 70 y 80 han quedado atrás. Éstas, que en la primera mitad de la década pasada superaron el 20%, se empinan en la actualidad al 6%. Esta tasa no es muy distinta de la que existía en los 60. Por consiguiente, la enorme preocupación que los distintos actores económicos y políticos manifestaban por el desempleo en los años 80 en la actualidad prácticamente ha desaparecido.

Existe, sin embargo, una creciente preocupación por el desempleo juvenil. Éste, aunque ha descendido respecto de los 80, se ha mantenido en el último tiempo en niveles del orden de 15%. Propuestas para reducir este alto desempleo abundan. Este trabajo no pretende analizar el mérito de estas propuestas sino que centrar la discusión sobre el desempleo juvenil en el nivel adecuado. En las páginas que siguen se sugiere que el nivel de

desempleo juvenil en Chile no es excepcionalmente alto si se lo compara con el de otros países y con los niveles históricos. Con todo, se plantea una preocupación por el efecto del salario mínimo en el desempleo de los jóvenes y el impacto de dicho salario en la deserción escolar. Por último, se reconoce como inquietante los aún relativamente altos niveles de deserción escolar[1] en Chile y se sugieren opciones de política para atacar este problema. Una deserción temprana, como se señalará más adelante, podría elevar entre los jóvenes la probabilidad de estar desempleado y, en el largo plazo, afectar el nivel de ingresos de las personas que desertan con el consecuente impacto distributivo.

GRÁFICO Nº 1: DESEMPLEO ABIERTO EN EL GRAN SANTIAGO



Fuente: Encuesta de empleo Universidad de Chile, junio de cada año.

¿ES EL DESEMPLEO JUVENIL UN FENÓMENO EXCLUSIVO DE CHILE?

Una tasa de desempleo entre los jóvenes más alta que la tasa de desempleo general es una característica compartida por la mayoría de los países tanto desarrollados como en vías de desarrollo. El Cuadro N° 1 corrobora esta afirmación.

[1] Entendemos como deserción escolar el abandono del colegio antes de completar la enseñanza media. Por lo tanto, va más allá de la deserción que ocurre antes de completar la enseñanza obligatoria, que en Chile es educación básica completa.

CUADRO N° 1: TASAS DE DESEMPLEO EN 1994
(Zonas urbanas)

	Tasa general	Menores de 25		Tasa general	Menores de 25
Alemania	8,4	8,5	Holanda	6,8	12,7
Argentina	13,0	22,8	Honduras	4,1	7,1
Australia[a]	8,5	14,4	Hungría[a]	10,2	17,9
Austria	3,6	5,9	Islandia	5,3	12,0
Bélgica[b]	12,0	21,5	Irlanda	14,7	18,8
Bolivia	3,2	5,8	Italia	11,9	31,3
Brasil[b]	7,4	14,3	Japón	2,9	6,1
Canadá	10,3	15,5	México	4,5	9,4
Colombia	8,0	16,2	N. Zelandia	8,1	11,9
Corea[a]	2,0	6,9	Noruega	5,4	11,8
Costa Rica	4,2	9,7	Portugal	6,9	16,3
Chile	6,8	16,1	Reino Unido	9,6	15,6
España	23,8	43,2	Rep. Checa	3,9	6,8
EE.UU.	6,0	12,1	Suecia	8,0	15,4
Finlandia	18,2	27,3	Turquía	7,9	14,3
Francia[a]	11,6	25,4	Uruguay	9,7	24,7
Grecia	9,6	26,5	Venezuela	8,9	17,1

Notas: [a] 1995; [b] 1993.

Fuentes: América Latina, CEPAL (1997); otros países, OECD (1996).

Todos los países, con la excepción de Alemania, presentan tasas de desempleo juvenil muy por encima de la tasa general. Países con bajo desempleo, como Bolivia, presentan también bajos niveles de desempleo juvenil. Algunos países como Holanda o Reino Unido, aunque tienen tasas de desempleo general similares o superiores a Chile, tienden a tener un desempleo entre los jóvenes algo menor que en Chile. Otros países, como Francia, Portugal y Costa Rica, tienen relaciones entre las tasas de desempleo general y de los jóvenes similares a Chile. Por último, hay naciones donde las diferencias relativas entre tasa de desempleo general y juvenil son mayores que en Chile. Es el caso de Grecia, Italia y Uruguay. Estas tendencias algo distintas entre países tienen que ver seguramente con factores como cantidad y calidad de la educación alcanzada, regulaciones del mercado del trabajo y dinamismo de cada una de las economías consideradas.

Entre los países presentados, Alemania es el único país que no presenta un desempleo relativo mayor entre los jóvenes. Una explicación posible de este fenómeno radica en el sistema de educación dual (educación en la empresa) que opera con bastante éxito en dicho país y que asegura, con

una alta probabilidad, un empleo a los jóvenes que optan por este sistema al término de su educación "tradicional". Evidencia reciente apunta, por otra parte, a que el sector público en Alemania actuaría como un empleador de último recurso de los jóvenes evitando el desempleo de aquellos que son menos educados (Blau y Kahn, 1997). No parece descabellado concluir, entonces, que Chile no es muy distinto de otros países en términos de su desempleo juvenil.

¿Es el desempleo juvenil un hecho nuevo en Chile?

La economía chilena ha experimentado cambios profundos en las últimas décadas. Actualmente, nuestra economía es más abierta al comercio internacional de lo que era en el pasado, posee mercados más competitivos y menos regulados, incluido el mercado del trabajo, cuenta con una menor injerencia del Estado en la actividad productiva, su tasa de inversión se encuentra en niveles históricamente altos y ha adoptado un sistema previsional de capitalización individual. Chile también ha experimentado importantes ciclos económicos en los 70 y 80. Además, ha expandido la cobertura del sistema educacional. Por último, el salario mínimo, que posiblemente tiene efectos importantes en el empleo de los más jóvenes, ha fluctuado significativamente en los últimos cuarenta años, alcanzando los valores reales más altos hacia fines de los 70. En la primera mitad de los 90 el salario mínimo, en términos reales, fue un 35% más alto que en la primera mitad de los 60.

Todos estos cambios pueden haber tenido efectos sobre el desempleo relativo de los jóvenes. Si existieron tales efectos y la magnitud y dirección de los mismos, sin embargo, no es algo que haya sido estudiado. Con todo, tal como lo deja ver el Cuadro N° 2, los cambios en la tasa de desempleo de los jóvenes no son muy importantes. En una primera mirada puede llamar la atención que en 1995-96, a pesar de ser la tasa de desempleo general relativamente similar a la de 1959-60 y 1969-70, la tasa de desempleo de los jóvenes sea relativamente más alta. Antes de atribuir este aumento en la tasa de desempleo relativa de los jóvenes al conjunto de los factores mencionados anteriormente conviene plantear al menos dos consideraciones previas.

La primera se origina en el hecho de que entre ambos períodos, como veremos con mayor detalle más adelante, disminuyó fuertemente la tasa de participación laboral de los jóvenes. Para los jóvenes entre 15 y 19 años esta tasa disminuyó desde un 36% en 1959-60 a un 14% en el presen-

te. Ello tiene su contrapartida en los menores niveles de deserción escolar actuales. Esta evidencia permite argumentar que la comparación de la tasa de desempleo juvenil actual con la del pasado no es del todo válida, porque ésta podría estar reflejando un importante sesgo de selección en los datos. A la base de este sesgo estaría el hecho de que parece razonable suponer que los que desertan primero son, en la ausencia de restricciones financieras importantes, los menos capaces[2]. Si esto es así, cabe esperar que los jóvenes entre 15 y 19 años que están hoy en la fuerza de trabajo sean, en promedio, menos capaces de lo que eran los jóvenes de esa edad hacia fines de los 50.

CUADRO N° 2: TASAS DE DESEMPLEO EN EL GRAN SANTIAGO
(A base de encuestas de junio de cada año)

	General	Menores de 25 años
1959-60	7,8%	13,0%
1969-70	7,4%	13,4%
1979-80	12,3%	22,8%
1989-90	9,6%	19,9%
1995-96	6,8%	16,3%

Fuente: Elaboración propia a base de Encuestas de Empleo, Universidad de Chile.

Una segunda consideración dice relación con el hecho de que estos resultados provienen de encuestas probabilísticas que están sujetas a márgenes de error. Las diferencias que observamos en el Cuadro N° 2 entre los primeros y últimos años, al nivel de desagregación utilizado, pueden perfectamente caer dentro de los márgenes de error propios de estudios de esta naturaleza. Me atrevería a concluir, entonces, que las diferencias entre la tasa actual de desempleo de los jóvenes y la que prevalecía en los 60, si existen, son relativamente menores. Hacia fines de los 70 y durante prácticamente todos los 80 la tasa de desempleo juvenil estuvo por sobre el 20%. La tasa general de desempleo esos años, sin embargo, también se empinó por encima del promedio histórico. Por ello, la relación entre la tasa de desempleo de los jóvenes y la general se mantuvo aproximadamente constante.

[2] Para ello bastaría con suponer que los retornos esperados de la educación de las personas están de alguna manera correlacionados con su nivel de habilidades.

SOBRE LAS CAUSAS DEL DESEMPLEO JUVENIL

Breve discusión teórica

Hay varias explicaciones plausibles para el fenómeno del desempleo juvenil. Muchos de los factores posibles, de hecho, se complementan. En términos muy simples podemos reunir las diversas explicaciones en tres grupos principales. El primero recoge aquellos factores que tienen que ver con un escaso capital humano, esto es, baja escolaridad (ponderada si se quiere por calidad de la educación), nula experiencia laboral y, eventualmente, falta de madurez. Un segundo grupo recoge aspectos de la regulación de los mercados laborales, incluido el salario mínimo, que pueden encarecer relativamente la contratación de los más jóvenes. Por último, el desempleo de algunos jóvenes puede ser voluntario. La ciencia económica recogería este tipo de desempleo en los modelos de búsqueda de trabajo (*job search models*). El modelo, en su forma más simple, supone que las personas conocen la distribución de salarios para sus habilidades particulares. Las personas reciben, en forma aleatoria, ofertas de trabajo por un salario proveniente de dicha distribución. La persona puede aceptar o rechazar la oferta. Se puede demostrar, en el contexto del modelo, que la persona rechazará todas las ofertas que signifiquen un salario que esté por debajo de cierto valor crítico conocido como el salario de reserva (McCall, 1970). El modelo sugiere, entonces, que es posible estar "voluntariamente" desempleado por algún tiempo[3]. Si el valor crítico relativo de los jóvenes es más alto que el de los mayores podrían estar, en promedio, más tiempo desempleados que los adultos[4].

Si bien el mayor desempleo relativo de los jóvenes puede tener una de sus explicaciones en este modelo de búsqueda de trabajo, las diferencias entre países en las magnitudes relativas del desempleo juvenil (véase Cuadro N° 1) probablemente estén asociadas a diferencias en el nivel de capital

[3] Es interesante notar que el modelo en versiones más sofisticadas atribuiría, entre otros factores, el abandono de un trabajo a nueva información respecto de la distribución de salarios para el nivel de habilidades y conocimientos que se posee. Si los jóvenes ingresan al mercado laboral con pocos conocimientos respecto de sus capacidades como de la distribución de salarios para estas capacidades, es posible explicar la relativamente más interrumpida vida laboral que llevan los jóvenes al comienzo de ésta.

[4] Se podría argumentar que también tienen menos conocimiento de la distribución de salarios para su nivel de habilidades y que, por lo tanto, invertirán algún tiempo en conocerla o que inicialmente interrumpirán su vida laboral con mayor frecuencia. Por ejemplo, por nueva información sobre la distribución de los salarios.

humano de los distintos países[5] o bien a diferencias en la regulación del mercado laboral. Para entender bien esta afirmación, hay que agregar al cuadro el fenómeno de la globalización, entendida ésta como el incremento de las transacciones comerciales entre países. El comercio mundial ha aumentado significativamente en las últimas décadas, en gran medida como resultado de la apertura comercial iniciada en los 70 por un gran número de países en vías de desarrollo como los latinoamericanos, China e India. Estos países producen principalmente bienes intensivos en trabajo. Por ello, no es extraño que los precios relativos internacionales de estos bienes hayan caído en forma importante, especialmente durante los 70 (Leamer, 1993). La teoría económica, por medio del modelo Heckscher-Ohlin-Samuelson, sugiere que esta caída en el precio relativo de bienes intensivos en trabajo reducirá el precio del factor trabajo, esto es, el salario de los trabajadores menos capacitados. Si se ajusta este salario hacia la baja, probablemente crecerá la desigualdad de los ingresos (¿casos de Estados Unidos y Gran Bretaña?). Si la regulación de los mercados laborales impide la caída de los salarios, lo más probable es que se produzca un aumento en el desempleo de los menos capacitados (¿caso de Europa continental?), grupo que está conformado en una proporción importante por jóvenes. Esta presión hacia la baja en los salarios eventualmente se puede contrarrestar alterando el *mix* de producción. Esto pasa por moverse de la producción de bienes intensivos en trabajo poco calificado hacia otros bienes más complejos, por ejemplo intensivos en capital humano. En este proceso, si el nivel de capital humano es suficientemente alto, los salarios de los menos capacitados pueden incluso subir[6]. De ahí que las diferencias en la tasa de desempleo juvenil entre países puedan estar marcadas por diferencias en la regulación de los mercados laborales y en los niveles de capital humano. Esta discusión también puede ser relevante para entender el comportamiento en el tiempo del desempleo de los jóvenes en los distintos países.

La evidencia para Chile

Nuestro objetivo es verificar hasta qué punto las causas del desempleo juvenil en Chile se pueden ligar a factores como falta de capital humano y voluntariedad asociada a la búsqueda del puesto laboral "más

[5] Con todo, se podría argumentar que valores críticos de aceptación de trabajo respecto de distribución de salarios pueden ser relativamente más altos en países como Chile donde los jóvenes tienden a dejar sus hogares a mayores edades que los jóvenes de países industrializados.

[6] Al respecto, véase la discusión en Leamer (1995).

apropiado". El Cuadro N° 3 muestra que al aumentar la edad hay una clara tendencia a la baja en el desempleo. No cabe duda de que ello puede ligarse al mayor conocimiento del mercado laboral que los jóvenes van adquiriendo con el paso del tiempo. Esta evolución es consistente con la hipótesis de búsqueda de trabajo. El pequeño cambio de tendencia que se observa en el grupo de 19 a 20 años está con seguridad influido por el ingreso al mercado laboral de los que terminan o abandonan su enseñanza media (véase Cuadro N° 4). La evidencia sugiere además que el desempleo juvenil es especialmente relevante en el grupo de 15 a 19 años. Para los jóvenes mayores, el problema se reduce drásticamente.

CUADRO N° 3: TASA DE DESEMPLEO POR GRUPOS DE EDAD
(Porcentaje)

Grupo de edad	Tasa de desempleo
15 a 16 años	21,7%
17 a 18 años	18,8%
19 a 20 años	20,3%
21 a 22 años	13,6%
23 a 24 años	11,1%
25 a 26 años	9,3%
27 a 28 años	6,2%
15 a 19 años	21,4%
20 a 24 años	13,6%

Fuente: Elaboración propia a base de CASEN 1994.

El Cuadro N° 4, por otra parte, nos señala que el problema del desempleo juvenil también es un asunto de falta de educación. Mientras menor es el nivel educacional de las personas, más lentamente cae la tasa de desempleo de ellas. Para todos los grupos educacionales el desempleo en el primer año de ingreso a la fuerza laboral es igualmente alto[7]. Que el fenómeno del alto desempleo inicial de los jóvenes se dé en todos los niveles educacionales fortalece la hipótesis de la búsqueda de trabajo como uno de los factores que explican el desempleo juvenil. Parece evidente que

[7] Se asume que una persona con 8 años de educación ingresa con alrededor de 15 a 16 años de edad a la fuerza laboral, una con educación media completa con 19 a 20 años de edad y una con 16 o 17 años de educación ingresaría con una edad de entre 23 y 24 años al mercado del trabajo.

un nivel de escolaridad más bajo aumenta el lapso en el que el joven permanece desempleado antes de encontrar un empleo estable. De este modo, si los jóvenes chilenos fuesen más educados, los niveles de desempleo juvenil serían más reducidos. Cabe hacer notar, por otra parte, que un bajo nivel de escolaridad aumenta la probabilidad de estar desempleado en un ciclo económico contractivo y aumenta la duración promedio del desempleo.

CUADRO N° 4: TASAS DE DESEMPLEO POR GRUPOS DE EDADES Y NIVEL EDUCACIONAL

	Educación		
Edad	8 años	12 años	16 – 17 años
15 - 16	18,6%		
17 - 18	16,7%		
19 - 20	14,6%	20,0%	
21 - 22	14,4%	15,1%	
23 - 24	11,1%	11,7%	23,2%
25 - 26	6,8%	10,1%	11,0%
27 - 28		5,6%	7,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de encuesta CASEN 1994.

Para profundizar la parte empírica de nuestro análisis haremos uso de un modelo que incorpora simultáneamente distintas variables que pueden influir en el desempleo de un joven. Para ello estimamos la probabilidad de que un joven entre 15 y 24 años que se ha incorporado a la fuerza de trabajo esté desempleado en un momento del tiempo[8]. Nuestra fuente de información es la encuesta de caracterización socioeconómica (CASEN) desarrollada en noviembre y diciembre de 1994. Ésta es una encuesta de hogares de cobertura nacional. La muestra cubrió un total de 45.379 hogares y 178.507 personas. En la encuesta, los jóvenes entre 15 y 24 años que participan en la fuerza laboral suman 12.679 y representarían un universo de 1.005.261 jóvenes en esta situación en el país. La encuesta es extensa y fue diseñada para conocer las condiciones sociales de la población chilena

[8] La descripción del modelo utilizado, así como su justificación, se encuentra en el *Documento de Trabajo* N° 277, Centro de Estudios Públicos, que diera origen a este estudio.

y evaluar el gasto social del país. La información referida al desempleo de los jóvenes no es todo lo completa que desearíamos y, por lo tanto, los resultados que aquí se presentan son un primer paso en la dirección de comprender el desempleo juvenil. Nuestra estimación relaciona la probabilidad de estar desempleado con el nivel de escolaridad medido en años de educación (E), el tiempo potencial en años transcurrido desde que se abandonó el sistema educativo (T)[9], el sexo de la persona (S) medido por una variable muda de valor 1 si la persona es del sexo masculino e igual a 0 si es del sexo femenino, el lugar de residencia (C) medido por una variable muda igual a 1 si vive en una área urbana y de valor 0 si vive en una área rural. También, a través de una variable muda, se controla si el joven es un jefe de hogar (JH). La variable vale 1 si el joven lo es. En caso contrario el valor es 0. Por último, la variable dependiente vale 1 si la persona está desempleada (D). Si no lo está, la variable dependiente toma un valor igual a 0. Por ello, la estimación empírica toma la siguiente forma:

$$Pr(D=1) = F(E, T, S, C, JH)$$

Los resultados de estimar esta ecuación a través del modelo logit se presentan en el Cuadro N° 5.

CUADRO N° 5: IMPACTO DE DISTINTAS VARIABLES SOBRE LA PROBABILIDAD DE DESEMPLEO
(Jóvenes entre 15 y 24 años)

Variable	Coeficiente estimado	Estadístico de Wald
Años de educación (E)	–0,0831	3641,463
Tiempo transcurrido (T)	–0,1058	6801,523
Sexo (S)	–0,3187	3053,563
Lugar de residencia (C)	0,2927	1207,894
Jefe de hogar (JH)	–1,2159	6105,812
Constante	–0,3465	327,739
Predicciones correctas	84,52%	
Índice Razón Verosimilitud	0,37	
-2 Log Función Verosimilitud	840284,6	

Nota: Todos los coeficientes son significativos al 1%.

[9] T se define como (edad – años de educación – 6). Este último número refleja la edad promedio de ingreso al sistema educativo chileno.

Los coeficientes estimados tienen los signos esperados. Los resultados obtenidos dejan en evidencia que la probabilidad de estar desempleado cae con el nivel educacional. También se reduce con el tiempo transcurrido desde el término de la educación formal. Esto sugiere que con el paso del tiempo los jóvenes van conociendo mejor el mercado laboral y la distribución de salarios para sus capacidades. También, porque van adquiriendo alguna experiencia laboral con trabajos previos. Por consiguiente, crece la probabilidad de que acepten una determinada oferta de trabajo y obtengan un empleo. Por otra parte, los hombres tendrán una menor probabilidad de estar desempleados que las mujeres en la población entre 15 y 24 años. Este hecho, sin embargo, no debe considerarse como evidencia de discriminación hacia la mujer. Una hipótesis alternativa es que el salario de reserva relativo de la mujer sea, respecto de la distribución factible de salarios, mayor que el del hombre. Por otra parte, si las mujeres están buscando trabajos más flexibles, la regulación de los mercados laborales puede afectar la probabilidad de encontrar trabajos con estas características.

El coeficiente de la variable muda JH es negativa, lo que sugiere que la probabilidad de estar desempleado se reduce para los jóvenes que son jefes de hogar. Para éstos, probablemente, el salario de reserva sea relativamente bajo como consecuencia de la urgencia de trabajar que trae consigo el ser jefe de un hogar. Como una forma de verificar la posibilidad de que la hipótesis de desempleo voluntario asociado a la búsqueda del puesto de trabajo más atractivo juegue efectivamente un papel en el desempleo de los jóvenes, hemos realizado un análisis como el descrito más arriba con aquellos jóvenes que viven con sus padres. Hemos excluido, por consiguiente, a aquellos que son jefes de hogar. En este contexto, los casos de estudio suman 8.848, representativos de 689.042 jóvenes a nivel nacional. El modelo empírico no cambia, pero reemplazamos la variable muda JH por una variable que refleje de la mejor manera posible el salario de reserva de un joven que ha ingresado a la fuerza de trabajo y vive con sus padres. Optamos por la educación de los padres (EP) como aquella variable. Jóvenes con padres más educados probablemente tenderán a tener un salario de reserva más alto. La urgencia de trabajar es menor y las expectativas laborales pueden ser más altas que las de los jóvenes con padres con menor educación. Los resultados se presentan en el Cuadro N° 6.

Cabe hacer notar, en primer lugar, la similitud en los coeficientes estimados en ambos ejercicios. Por otra parte, el coeficiente estimado para EP es positivo, lo que sugiere que en el desempleo de los jóvenes puede

CUADRO N° 6: IMPACTO DE DISTINTAS VARIABLES SOBRE LA PROBABILIDAD DE DESEMPLEO
(Submuestra: jóvenes que no son jefe de hogar)

Variable	Coeficiente estimado	Estadístico de Wald
Años de educación (E)	–0,0922	3161,442
Tiempo transcurrido (T)	–0,0911	3877,421
Sexo (S)	–0,3669	3086,872
Lugar de residencia (C)	0,2558	723,616
Escolaridad de los padres (EP)	0,0262	859,101
Constante	–0,7254	1202,908
Predicciones correctas	81,96%	
Índice Razón Verosimilitud	0,32	
-2 Log Función Verosimilitud	634081,653	

Nota: Todos los coeficientes son significativos al 1%.

haber un aspecto voluntario, asociado a la espera de la oferta de trabajo más acorde con las expectativas de algunos jóvenes[10].

Resulta interesante notar que para los jóvenes que viven en la ciudad la probabilidad de estar desempleado es más alta que para los que viven en el campo. Este resultado no debe extrañar si se considera que, según la encuesta CASEN de 1994, en las áreas rurales el desempleo de los jóvenes entre 15 y 19 años alcanzaba a 15% y en las áreas urbanas a un 24%[11]. Para estos propósitos resulta interesante estudiar los salarios de los jóvenes en los sectores rural y urbano.

[10] Podríamos haber optado por una variable como el ingreso familiar per cápita, neto del aporte de los jóvenes que están trabajando, como un indicador de la magnitud del salario de reserva. El problema de este indicador es que puede estar correlacionado con oportunidades de empleo y calidad de la educación, entre otros aspectos, que poco tienen que ver con la idea detrás de los modelos de búsqueda de trabajo. Incluimos esta medida en reemplazo de educación de los padres y su coeficiente es negativo. Si ambos regresores son incluidos en el modelo empírico EP sigue teniendo un signo positivo y es estadísticamente significativo al 1%. El coeficiente estimado para ingreso familiar per cápita sigue siendo negativo y estadísticamente significativo. Este resultado es consistente con datos provenientes de la encuesta de desocupación de la Universidad de Chile, de junio de 1993. En ella los desocupados señalaban que la principal fuente de conocimiento sobre oportunidades de empleo eran amigos y conocidos. Pardo e Irarrázaval (1990) sugieren que el ingreso familiar es un buen indicador de "contactos y pitutos".

[11] Podría argumentarse que estas diferencias obedecen a factores estacionales. La encuesta CASEN comprende el período noviembre-diciembre que marca el inicio de la recolección de la fruta. Las encuestas nacionales de empleo sugieren, sin embargo, que estas diferencias en las tasas de desempleo son relativamente persistentes en el tiempo.

CUADRO N° 7: SALARIO POR HORA: HOMBRES ENTRE 15 Y 24 AÑOS

Escolaridad	Zona urbana	Zona rural	Diferencia (%)
8 años	$458	$282	62,4%
9 a 12 años	$533	$351	51,9%
13 y más años	$849	$641	32,4%

Fuente: Elaboración propia a partir de CASEN 1994.

Las diferencias salariales observadas entre el campo y la ciudad son bastante significativas y son mayores mientras menor es el nivel educacional del joven. Estas diferencias probablemente explican las distintas tasas de desempleo en ambas áreas. ¿Por qué se mantiene esta desigualdad de salarios? Posiblemente, las mismas diferencias en la tasa de desempleo ayudan a mantener las diferencias salariales. Hay costos de traslado que, en algunos casos, desalientan la migración hacia la ciudad, en especial entre las personas de menores salarios. También, potenciales beneficios no monetarios de vivir en el campo en lugar de la ciudad pueden desalentar la migración. Por último, cabe señalar que la migración desde el campo a la ciudad es un hecho y, por lo tanto, en el mediano y largo plazo pueden extinguirse estas diferencias. Hay en esta información un aspecto que no debe pasarse por alto. En un estudio previo[12] señalábamos que una proporción importante de los jóvenes que trabajaban en la zona rural lo hacían a un salario inferior al mínimo. El Cuadro N° 7 confirma este argumento. En este sentido, pareciera que en el campo el salario mínimo no es un problema porque en la práctica no se respeta. En la ciudad, en cambio, donde tal vez burlarlo sea más difícil, el salario mínimo puede ser restrictivo y dificulta la obtención de un puesto laboral para aquellos jóvenes sin mucho capital humano.

El efecto que el salario mínimo tiene sobre el empleo de los menos capacitados, jóvenes incluidos, es un tema polémico en Chile. En los últimos años también ha sido objeto de debate en países más desarrollados. Este debate tiene su origen en un estudio de Card y Krueger (1994) que cuestionó el consenso, relativamente extendido entre los economistas, del efecto negativo que tienen las alzas del salario mínimo en el empleo de los menos capacitados. Específicamente, este trabajo estudió el efecto de un

[12] Beyer (1997).

alza en el salario mínimo del estado de Nueva Jersey desde US$4,25 por hora a US$5,05 entre los empleados de los restaurantes de comida rápida. El estudio se basó en encuestas a administradores de restaurantes de comida rápida antes y después del alza en el salario mínimo. La conclusión fundamental fue que el empleo no se resintió. El estudio estuvo sujeto a un fuerte escrutinio. Entre otras críticas se le plantearon las siguientes: al momento de tomarse la primera encuesta el alza en el salario mínimo era conocida, por lo que los restaurantes, tal vez, ya se habían ajustado; el estudio considera el número de empleados y no las horas trabajadas, y los propios datos utilizados en el estudio muestran que hay errores de medición que no se intenta corregir[13]. El estudio de Card y Krueger hizo renacer, sin embargo, la investigación en esta área. La mayoría de estos estudios (por ejemplo, Deere *et al*., 1995; Abowd *et al*., 1997) encuentran que el salario mínimo definitivamente aumenta el desempleo de los grupos con menor educación o capacitación[14]. Para Chile, la evidencia es bastante contundente. Diversos estudios encuentran efectos negativos del salario mínimo sobre el empleo de los menos capacitados (Castañeda, 1983; Paredes y Riveros, 1989; Chacra, 1990)[15]. El Cuadro N° 8, aunque no concluyente, es sugerente respecto del impacto negativo que sobre el empleo tiene el salario mínimo. En dicho cuadro se agrupa la población en distintos grupos demográficos. Para cada uno de estos grupos se identifica la proporción de cada grupo que ganaba en 1992, en términos reales, igual o menos que el salario mínimo que regía el año 1994[16]. Por supuesto que mientras más alta es esa proporción, relativamente más vulnerable debería ser este grupo a alzas en el salario mínimo. Entre 1992 y 1994, el salario mínimo real creció en un 10,7% real. En el mismo período las remuneraciones promedio reales crecieron en alrededor del 8,5%. El Cuadro Nº 8 expresa el cambio porcentual en la relación empleo/población para cada grupo demográfico entre 1992 y 1994.

Cabe recordar que 1992 fue un año de fuerte crecimiento económico. No así 1994, que fue un año de ajuste y de bajo crecimiento económico. Esto explica el mal desempeño, en general, de la relación empleo/población para los distintos grupos demográficos considerados. Se observa en casi todos los casos que los grupos más vulnerables al salario mínimo tienen un

[13] Véase, por ejemplo, Kennan (1995) y Neumark y Wascher (1997).

[14] Recientemente, sin embargo, Card y Krueger (1998) han revisado su estudio y mantienen sus conclusiones.

[15] Para un planteamiento crítico respecto de estos estudios, véase Bravo y Vial, 1997.

[16] Cabe hacer notar que las encuestas CASEN, base de este ejercicio, reportan ingresos netos. Por ello se ha descontado un 20% (por previsión y salud) al salario mínimo legal que se fija en términos brutos.

CUADRO N° 8: CAMBIOS EN LA RELACIÓN EMPLEO/POBLACIÓN Y PROPORCIÓN CON INGRESO IGUAL O MENOR AL MÍNIMO PARA CADA GRUPO DEMOGRÁFICO

	Hombres		Mujeres	
	Proporción con ingresos < mínimo	Cambio en empleo 1992-1994	Proporción con ingresos < mínimo	Cambio en empleo 1992-1994
Edad				
15-19	23,8%	–16,7%	25,9%	–14,3%
20-24	10,7%	–6,9%	13,1%	–3,3%
25-64	5,1%	–1,1%	12,0%	4,3%
Educación				
11 y menos	9,6%	–6,1%	20,7%	–6,8%
12 y más	2,6%	2,8%	6,0%	7,5%
Zona				
Urbano	4,7%	–2,0%	11,6%	2,2%
Rural	15,1%	–2,7%	26,2%	–9,7%

Fuente: Elaboración propia a partir de encuestas CASEN.

mal desempeño en términos de la evolución empleo/población. Es así como, por ejemplo, para los hombres de 15 a 19 años la relación empleo/población cae en un 16,7% entre 1992 y 1994.

La relación entre vulnerabilidad y desempeño de la relación empleo/población se rompe, en el caso de los hombres, sólo para los que trabajan en el sector rural. Tal vez como consecuencia de que el salario mínimo realmente no se respeta en el campo. Para las mujeres se observa un comportamiento similar, aunque las magnitudes relativas son distintas de los hombres. Esto no debería extrañar, sin embargo, dadas las tendencias de participación de la mujer en la fuerza de trabajo.

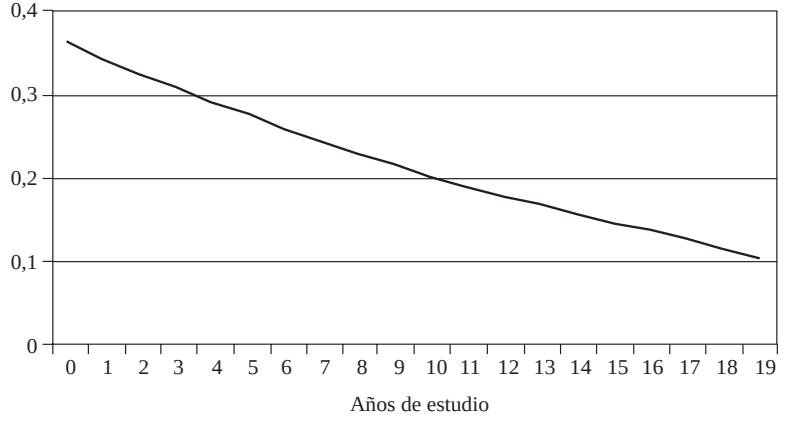
Esta evidencia sugiere que el salario mínimo tiende a aumentar el desempleo de los jóvenes. Por otra parte, aunque este aspecto no es analizado en este trabajo, la evidencia empírica sugiere que el salario mínimo genera incentivos a abandonar el colegio. La experiencia internacional es bastante coincidente en señalar que el salario mínimo promueve la deserción escolar entre los jóvenes (por ejemplo, Ehrenberg y Marcus, 1982, y Neumark y Wascher, 1995). La evidencia en Chile, aunque es escasa, apunta en la misma dirección (Paredes y Sanhueza, 1996). Estos anteceden-

tes dejan en claro que el salario mínimo tendría al menos dos efectos negativos entre los jóvenes. Tiende a aumentar el desempleo entre los que se integran a la fuerza laboral e incentiva la deserción escolar. De ahí la conveniencia de evaluar la eliminación de este salario, por lo menos para este segmento poblacional.

Estos resultados nos hacen volver de alguna manera al tema educacional. La probabilidad de estar desempleado cae ciertamente con la educación de los jóvenes. El Gráfico N° 2 resume esta afirmación. Éste se ha construido sobre la base de los resultados presentados en el Cuadro N° 5 y considerando los valores promedios de las variables incluidas en nuestro análisis. La educación es un tema eventualmente posible de atacar, en especial si los niveles de deserción escolar son relativamente altos. Cabe señalar que un estudio previo de Pardo e Irarrázaval (1990) establecen una relación negativa entre la educación del joven y la probabilidad de estar ocupado. Esto contradice lo que aquí se afirma y, en general, la evidencia internacional sobre la materia.

Por supuesto, el tema de la inversión en capital humano no es sólo un tema de cantidad de educación sino también de calidad, especialmente en los sectores de extrema pobreza (Coloma, 1994).

GRÁFICO Nº 2: PROBABILIDAD DE ESTAR DESEMPLEADO
(Jóvenes entre 15 y 24 años)



La deserción escolar

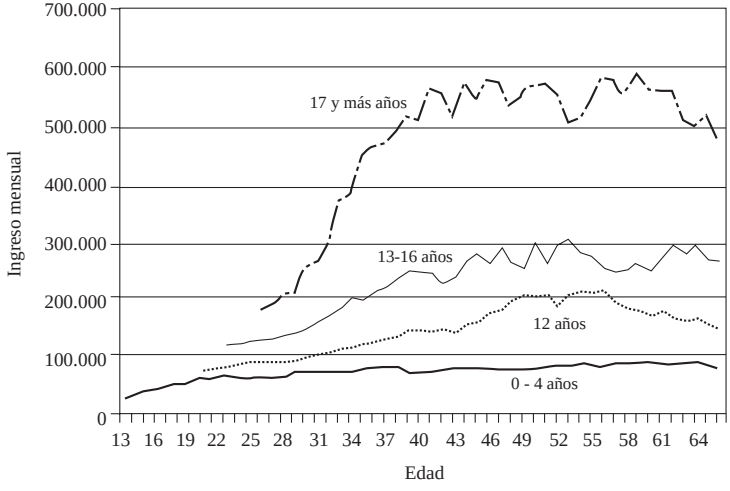
Es razonable que en los inicios de su vida laboral los jóvenes presenten tasas relativamente altas de desempleo. Esto no es lo que, en principio, debería preocupar a las autoridades. Es deseable, sin embargo, que este período de desempleo no sea muy prolongado. Mientras menor es el nivel educacional de los jóvenes, más probable es que el desempleo se mantenga en el tiempo. En este sentido el nivel educacional de la fuerza de trabajo juvenil todavía es insatisfactorio. Más del 40% de los jóvenes que forma la fuerza laboral tiene menos de 12 años de educación. Ello se desprende de observar la distribución educacional de las personas entre 25 y 29, y 30 y 34 años en el Cuadro N° 9. En los grupos de menor edad la proporción de personas con baja educación está sobrerrepresentada porque, como lo muestra este Cuadro, la tasa de participación en la fuerza de trabajo es relativamente baja, lo que sugiere que aún hay muchos jóvenes estudiando.

CUADRO N° 9: FUERZA DE TRABAJO Y ESCOLARIDAD POR GRUPOS DE EDAD

Edad	Escolaridad				Participación en fuerza de trabajo
	8 y menos	9 a 11 años	12 años	13 y más	
15 a 19	42,6%	32,2%	20,4%	4,8%	20,7%
20 a 24	21,8%	22,9%	30,0%	25,3%	69,6%
25 a 29	22,4%	19,4%	31,6%	26,6%	69,4%
30 a 34	29,1%	18,6%	28,4%	23,9%	69,6%

El Cuadro N° 9 sugiere que estamos en presencia de una tasa de deserción escolar todavía alta. Lo que las cifras nos señalan es que casi la mitad de las personas que se están integrando a la fuerza de trabajo año tras año no han completado su educación media. Este hecho no sólo tiene efectos en el desempleo de los jóvenes sino que tiene importantes consecuencias redistributivas en el largo plazo. Durante su vida laboral, al aumentar su experiencia, las personas con menor educación ven crecer sus ingresos sólo marginalmente. Las personas con un mayor nivel educacional, en cambio, ven aumentar en forma importante sus ingresos. El Gráfico N° 3, elaborado a partir de CASEN 1994, refleja lo afirmado.

GRÁFICO Nº 3: PERFILES DE INGRESO DURANTE VIDA LABORAL*
(Hombres)



* Construido sobre la base de promedios móviles trianuales. No corrige por desempleo.

Una deserción escolar temprana, por consiguiente, no sólo tiene efectos en el desempleo de una persona en la etapa inicial de su vida laboral, sino que también afecta su potencial de ingresos durante toda su vida laboral[17].

El Cuadro N° 10 apunta a otro efecto de la deserción escolar en la desigualdad de ingresos. Este efecto es la baja participación laboral de la población de menos ingresos, la que se produce específicamente por la escasa presencia de la mujer con poca educación en la fuerza de trabajo. Un escaso nivel de educación eleva la probabilidad de que una mujer permanezca en su hogar. Por estar el nivel educacional de los esposos altamente correlacionados, el impacto en la distribución de ingresos es claro: la tendencia es hacia una mayor desigualdad de los ingresos familiares.

El impacto positivo que en los ingresos de los hijos (y probablemente en su educación) tiene la educación de los padres (por ejemplo, Heckman y Hotz, 1986; Lam y Schoeni, 1993) sugiere, de nuevo, la inconveniencia, desde un punto de vista distributivo, de una temprana deserción escolar. En este caso particular, porque tiende a "heredarse" la situación educacional y, por lo tanto, de desempleo e ingresos.

[17] Esto puede no haber sido siempre así. De hecho, en las últimas décadas ha habido un incremento significativo en el premio a la educación en Chile. Véase Beyer *et al*. (1997).

CUADRO N° 10: PARTICIPACIÓN LABORAL POR GRUPOS DE EDAD

		Quintil de ingreso				
		I	II	III	IV	V
	En la fuerza de trabajo	*19,3%*	*23,0%*	*23,9%*	*21,7%*	*10,3%*
	Promedio escolaridad	8,2	8,6	9,2	10,0	10,8
15 a 19	*No trabajan*	*80,7%*	*77,0%*	*76,1%*	*78,3%*	*89,7%*
	Estudian	72,2%	79,1%	82,6%	90,6%	95,2%
	Quehaceres del hogar	12,1%	10,9%	8,2%	4,4%	1,3%
	No tiene con quién dejar niños	2,4%	1,6%	1,2%	0,9%	0,1%
	En la fuerza de trabajo	*49,5%*	*57,5%*	*68,7%*	*64,0%*	*54,1%*
	Promedio escolaridad	9,3	10,0	10,9	11,7	13,0
20 a 24	*No trabajan*	*50,5%*	*42,5%*	*31,3%*	*36,0%*	*45,9%*
	Estudian	17,2%	22,5%	40,4%	62,7%	81,3%
	Quehaceres del hogar	54,4%	51,1%	38,6%	23,8%	10,3%
	No tiene con quién dejar niños	9,8%	10,8%	5,7%	2,9%	1,8%
	En la fuerza de trabajo	*51,4%*	*63,3%*	*73,2%*	*80,6%*	*81,1%*
	Promedio escolaridad	8,8	10,0	10,7	12,0	13,9
25 a 29	*No trabajan*	*48,6%*	*36,7%*	*26,8%*	*19,4%*	*18,9%*
	Estudian	4,3%	3,8%	9,1%	18,0%	34,6%
	Quehaceres del hogar	74,5%	76,9%	68,0%	61,5%	45,9%
	No tiene con quién dejar niños	10,0%	7,6%	9,9%	6,8%	5,1%

Fuente: Elaboración propia a partir de Casen 1994.

Políticas para evitar la deserción escolar se justificarían en la medida que los retornos sociales de estas políticas superaran los costos sociales de las mismas. También si esta deserción es consecuencia de una subinversión "involuntaria" en capital humano producto de restricciones crediticias de las familias de menores ingresos. Pero la deserción escolar puede perfectamente ser la decisión más adecuada para un individuo (y para la sociedad si no hay diferencias entre beneficios netos sociales y privados)[18]. Ello puede ocurrir porque los retornos esperados de educarse son bajos o porque políticas públicas, como el salario mínimo por ejemplo, pueden hacer atractiva la deserción escolar. Es muy difícil distinguir entre una deserción escolar provocada por factores de necesidad económica y una causada por percepciones de retornos marginales bajos. Por otra parte, los ingresos

[18] En este caso parece razonable aceptar las implicancias distributivas que estas decisiones pueden acarrear.

familiares y las expectativas asociadas a la educación pueden estar muy correlacionadas. Tampoco debe olvidarse que los retornos esperados de educarse están influidos también por percepciones respecto de las capacidades intelectuales de las personas y éstas, en algún grado, determinan el nivel de ingreso de las personas[19].

Resumiendo, el desempleo juvenil está fuertemente asociado con la falta de educación. Los jóvenes aún exhiben bajos niveles de escolaridad. Aquí hay un aspecto al que se puede apuntar: reducir la deserción escolar temprana. Esta idea cobra más fuerza si se tiene en cuenta que la lucha contra el desempleo juvenil se ha realizado generalmente a través de programas de capacitación. Sin embargo, los niveles de éxito de estos programas tienden a ser en todas partes menos que satisfactorios (Banco Mundial, 1995). Una evaluación reciente de los programas gubernamentales de entrenamiento de jóvenes en Estados Unidos sostiene que éstos no han tenido éxito en incrementar el empleo y el ingreso de los beneficiarios (Friedlander *et al.*, 1997). La evaluación de los programas en aplicación en Chile es aún imperfecta. Si bien los efectos en el empleo, después de seis meses de finalizados los programas, parecen ser positivos (Ministerio del Trabajo, 1997), los resultados están lejos de ser concluyentes[20]. Antes de entrar en una discusión más profunda conviene revisar la evidencia.

En el Cuadro N° 11 se observa que en los últimos cuarenta años los jóvenes de 15 a 19 años han experimentado una pronunciada caída en la participación laboral. Ésta ha sido acompañada por un correspondiente aumento en la proporción de estos jóvenes que se encuentra estudiando. En el grupo de 20 a 24 años, si bien hay una participación laboral relativamente estable, se observa un incremento constante e importante en la proporción de estudiantes. Parecería que el problema de la deserción escolar, dentro de rangos razonables, estaría perdiendo relevancia[21]. Indudablemente que al

---

[19] Con todo, la distribución del ingreso en Chile y muchos otros países en desarrollo tiene una distribución más asimétrica de lo que sugeriría una distribución relativamente normal de las capacidades intelectuales. Ello sería posible si la inversión en capital humano estuviera correlacionada positivamente con capacidad intelectual. Mientras más alta sea dicha correlación más sesgada será la distribución de ingresos resultante. Es aquí donde la acción del Estado puede ser muy provechosa, quebrando esta correlación. A esto se agrega el hecho de que no es claro que los jóvenes capaces pero de escasos recursos en nuestro país tengan oportunidades educacionales de calidad. Véase al respecto, Informe Brunner, *op. cit.*

[20] Esto es así porque no se ha evaluado si estos efectos son permanentes. Tampoco sabemos las características de los grupos de control. En general hay una proporción relativamente alta en los distintos programas de jóvenes con educación media completa o post-media. Sin embargo, el problema del desempleo juvenil se concentra justamente en los jóvenes entre 15 y 19 años sin educación media completa. Por último, no hay información sobre el impacto en los ingresos de los beneficiarios de los programas de capacitación.

[21] Cabe hacer notar, sin embargo, que estas cifras a nivel de país son relativamente más altas (véase Cuadro N° 11).

concentrarse la deserción escolar en los jóvenes de menores ingresos esta afirmación adquiere matices que hacen imposible los juicios categóricos. Por ello no parece conveniente descartar de plano políticas que apunten a reducir la deserción escolar de la población.

CUADRO N° 11: PARTICIPACIÓN EN LA FUERZA DE TRABAJO Y PROPORCIÓN DE ESTUDIANTES POR GRUPOS DE EDAD (GRAN SANTIAGO)

Año	Grupo de edad	Participación en fuerza de trabajo	Proporción que estudia
1959-60	15-19	35,4%	48,5%
	20-24	62,7%	10,2%
1969-70	15-19	28,3%	58,9%
	20-24	63,2%	14,1%
1979-80	15-19	18,2%	68,0%
	20-24	58,3%	17,1%
1989-90	15-19	15,3%	73,2%
	20-24	59,2%	19,8%
1995-96	15-19	14,7%	71,1%
	20-24	59,8%	23,3%

Fuente: Elaboración propia a base de Encuestas de Empleo, Universidad de Chile.

Por otra parte, aunque según cifras censales la cobertura en educación media aumentó desde un 65,2% en 1982 a un 79,94% en 1992[22], las tasas de egreso total en la educación media se han mantenido relativamente constantes. Este promedio, además, oculta importantes diferencias según el tipo de establecimiento en el que se estudia. La tasa de egreso total es significativamente más baja en los colegios municipales que en los colegios privados. Los particulares subvencionados, a su vez, presentan tasas de egreso total intermedias. Es interesante notar que las tasas de egreso de estos últimos han ido en aumento mientras que la de los colegios municipales han ido cayendo[23]. En colegios municipales se educa un 50% de los

[22] Para el año 1996, la cobertura habría alcanzado un 82,3% (Ministerio de Educación, 1996).

[23] Esto puede ser el reflejo de un peor desempeño de los colegios municipales y un mejor desempeño relativo de los particulares subvencionados, o bien el resultado de traspasos de alumnos desde los primeros a los particulares subvencionados.

alumnos que cursan la educación media y seguramente provienen, en su mayoría, de hogares de menores ingresos. Estos antecedentes constituyen una prueba adicional de que la deserción escolar se concentra en los hogares de menores ingresos.

CUADRO N° 12: EGRESO TOTAL SEGÚN COHORTES DE EDUCACIÓN MEDIA
(Cohortes seleccionadas)

	Total	Municipal	Particular subvencionado	Particular pagado
1982 – 1987	67,58%	62,21%	72,90%	89,33%
1985 – 1990	67,98%	61,61%	73,63%	87,73%
1988 – 1993	65,40%	59,41%	72,69%	88,25%
1991 – 1996	67,60%	57,00%	77,26%	89,22%
Matrícula preliminar Educación Media 1997	771.628	390.422	306.135[a]	75.501

a: incluye matrícula en colegios de corporaciones de administración delegada.

Fuente: Ministerio de Educación, *Compendio de información estadística* (1996), p. 216.

Como señalábamos anteriormente, la deserción escolar puede tener sus orígenes en la percepción de que educarse no paga lo suficiente, o bien en la necesidad de satisfacer urgencias económicas familiares que no se pueden financiar a través de otros medios que no sean la incorporación del estudiante a la fuerza de trabajo. Nótese que el resultado en ambos casos es la deserción escolar, pero las implicancias de política son distintas. La primera supone aumentar los beneficios esperados del estudio. Esto pasa por avanzar hacia una educación de mayor calidad. Sin una educación de estas características es muy difícil que el alumno promedio acceda a puestos de trabajo que le reporten ingresos que validen las expectativas que dicho alumno puede haber cifrado en la educación media. Una educación de mayor calidad debería reducir también las tasas de reprobación de la educación media. En los primeros tres años éstas fluctúan entre 11 y 14%. De este modo, el tiempo promedio de egreso de un alumno de media alcanza a 5,3 años y en la educación municipal a, prácticamente, seis años[24].

[24] Datos de Ministerio de Educación (1996), p. 214.

Estas tasas de reprobación elevan en demasía los costos de educarse. Un nivel de enseñanza más satisfactorio debería reducir estas tasas de reprobación. En los colegios privados el tiempo de egreso de la enseñanza media no supera los 4,4 años. En promedio, entonces, un alumno de un colegio municipal se demora en terminar su educación media 18 meses más que un alumno de un colegio privado. Por eso es que un mejoramiento de la educación puede reducir la deserción escolar en forma importante.

En el segundo caso lo que se requiere es un apoyo económico para aquéllos con urgencias económicas. La contribución económica de los jóvenes que desertan del colegio para trabajar no deja de ser importante.

CUADRO N° 13: INGRESO EN EL 30% DE LOS HOGARES MÁS POBRES CON JÓVENES ENTRE 15 Y 19 AÑOS QUE NO SON JEFES DE HOGAR Y MENOS DE 12 AÑOS DE EDUCACIÓN
(Noviembre–diciembre 1994)

	Hogares con jóvenes trabajando		Hogares con jóvenes desempleados	Hogares con jóvenes estudiando
	Con ingreso jóvenes	Sin ingreso jóvenes		
Ingreso hogar	$120.752		$93.850	$99.542
Ingreso per cápita	$19.730	$13.266	$16.445	$17.810

Fuente: Elaboración propia a partir de encuesta CASEN de 1994.

Los hogares de los jóvenes que trabajan presentarían una merma importante en sus ingresos si éstos dejaran de trabajar. El ingreso per cápita de estos hogares se reduciría de un promedio de $19.730 a un promedio de $13.266, quedando por debajo del ingreso per cápita de los hogares con jóvenes entre 15 y 19 años que se encuentran estudiando. No cabe duda que estos últimos hogares hacen un esfuerzo significativo al mantener a sus hijos en el colegio.

Para indagar en forma más exhaustiva la decisión de estudiar de los jóvenes, a partir de la encuesta CASEN 1994, suponemos que la decisión de estudiar depende de una serie de factores entre los que se encuentran la edad (E), medido en años; el sexo (S) de la persona, medida a través de una variable muda que toma el valor 1 para el sexo femenino y un valor 0 para el sexo masculino; la escolaridad de los padres (EP), medida en años; una

variable muda que tiene un valor 1 si el joven vive con un solo padre (U); una variable muda que toma el valor 1 si el joven vive en la ciudad (C) y 0 en caso contrario; una variable muda que toma el valor 1 si la persona está casada (A) y 0 en los demás casos; y el ingreso per cápita del hogar (I), neto de eventuales aportes de los hijos. La muestra en este caso alcanza a 24.658 jóvenes entre 15 y 24 años. El modelo empírico estimado es el que aparece en la siguiente ecuación.

$$Pr(Estudiar) = F(E, S, EP, U, C, A, I)$$

Los resultados de estimar este modelo a través del método Logit aparecen en el Cuadro N° 14. Los coeficientes estimados tienden a tener los signos esperados. A mayor edad menor es la probabilidad de que una persona entre 15 y 24 años esté estudiando. Si es mujer aumenta la probabilidad que se encuentre estudiando. Mientras mayor sea la educación de los padres, mayor también es la probabilidad de que un joven entre 15 y 24 años se encuentre estudiando. Si el joven vive en un hogar con sólo uno de los padres, la probabilidad de que esté estudiando cae. Es más probable que un joven esté estudiando si vive en la ciudad que si vive en el campo. Si la persona se ha casado, es menos probable que esté estudiando que si no lo ha hecho. Por último, cabe mencionar que la probabilidad de estar estudiando crece con el ingreso per cápita del hogar.

CUADRO N° 14: FACTORES QUE AFECTAN LA PROBABILIDAD DE ESTUDIO DE LOS JÓVENES ENTRE 15 Y 24 AÑOS

Variable	Coeficiente	Estadístico Wald
E	–0,5399	448.551,6
S	0,0871	516,8
EP	0,1803	112.794,3
U	–0,0469	93,4
C	0,5857	10.815,5
A	–1,7703	11693,2
I	0,0036	18222,4
Constante	7,7987	294245,9
Predicciones correctas	80,61%	
Índice Razón Verosimilitud	0,43	
-2 Log Función Verosimilitud	1.703.192,9	

Nota: Los coeficientes estimados son significativos al 1%.

La evidencia preliminar nos sugiere que los jóvenes de familias con ingresos bajos, que no cuentan con algún apoyo económico, tendrán menores oportunidades de seguir estudiando que los jóvenes de familias de mayores ingresos. Sostenemos que esta evidencia es preliminar porque el ingreso per cápita puede estar correlacionado, por ejemplo, con la calidad de la educación que recibe el joven. En muchos casos los jóvenes de menores ingresos reciben una deficiente calidad educativa, lo que contribuye a una baja valoración del proceso educativo. Con todo, la tasa interna de retorno privada (TIR) de la enseñanza media (pasar de 8° básico a 4° medio), calculada a partir de los perfiles de ingreso del Gráfico N° 3, alcanza a un 9,6%[25]. Si la reforma educacional actualmente en marcha da buenos resultados, esta tasa podría crecer. En este contexto, parece razonable estudiar a fondo la conveniencia de subsidiar la permanencia en el colegio a los jóvenes de escasos recursos.

El apoyo económico que estamos sugiriendo podría ser, en estricto rigor, un préstamo de emergencia reembolsable en el momento en que el beneficiario se incorpora a una vida laboral activa. Sin embargo, préstamos de esta naturaleza presentan una serie de problemas prácticos que no hacen recomendable implementarlos. Desde ya la escasa posibilidad de recuperarlos. Sería, entonces, más conveniente apoyar con premios en dinero la permanencia en el colegio de los alumnos que provienen de los hogares de menores ingresos. Esta solución, por ende, no es barata y el costo obviamente depende del monto del premio. Una medida de esta naturaleza tiene, por una parte, la virtud de incentivar la permanencia de los jóvenes de menos recursos en el colegio y, por otra, transmite una señal indispensable para reformar la educación en Chile: que la educación es importante para la sociedad chilena. Tiene otra característica importante que escasamente se observa en otros programas sociales o tributarios: produce efectos redistributivos de corto plazo que se refuerzan en el largo plazo.

Concretamente se podría pensar en un subsidio mensual destinado a las familias de los estudiantes de educación media que provienen del 30% de los hogares de menores ingresos. Este subsidio se establecería como una proporción de la subvención educacional y crecería con el nivel educacional alcanzado. Por ejemplo, para el estudiante de 1° medio el subsidio sería de 0,7 vez la subvención. Para el de 2° medio de 0,9 vez la subvención. El subsidio para los estudiantes de 3° y 4° medio sería de 1,1 y 1,3 vez la

[25] Para este cálculo se supone que el único costo de educarse esos cuatro años es el costo de oportunidad, asociado a lo que se deja de ganar por asistir a la enseñanza media. Los cálculos tampoco se corrigen por las distintas probabilidades de desempleo asociado a uno y otro nivel de educación.

subvención, respectivamente. Estas subvenciones se pagarían mensualmente los 12 meses del año. El Cuadro N° 15 entrega un cálculo aproximado de los costos de una medida de esta naturaleza, los que dependen del número de niños beneficiados y del tipo de educación media cursada. Esto último porque la educación científico-humanista recibe una subvención distinta de la técnico-profesional. A su vez, los distintos tipos de educación técnica reciben una subvención diferente[26]. Para los propósitos de este ejercicio, se ha calculado el subsidio por estudiante como un promedio de la subvención, ponderado por la matrícula de cada tipo de educación media[27]. En 1997, el valor promedio mensual de la subvención educacional en la enseñanza media alcanza así a $12.512. Los beneficiarios potenciales se estiman a partir de la encuesta CASEN de 1994. Para ello se toman los niños de entre 15 y 18 años que viven en hogares que pertenecen a los primeros 3 deciles de ingreso. Se asume que los de 15 estarían cursando 1° medio. Los de 16, 17 y 18 años estarían cursando 2°, 3° y 4° medio, respectivamente. Sin duda alguna, este camino nos lleva a una aproximación muy gruesa del costo máximo que una política de estas características puede significar. Sin embargo, no debería estar muy alejada de la realidad.

CUADRO N° 15: COSTOS APROXIMADOS DE UN SUBSIDIO PARA LOS ESTUDIANTES DE ENSEÑANZA MEDIA PROVENIENTES DE HOGARES PERTENECIENTES AL 30% DE MENORES INGRESOS

Nivel educacional	Número de jóvenes	Monto subsidio	Gasto por nivel (miles de $)
1° medio	96.561	8.758	10.148.175
2° medio	92.673	11.261	12.523.088
3° medio	87.255	13.763	14.410.687
4° medio	87.411	16.266	17.061.928
		Total	54.145.878

[26] Durante 1997 la subvención de educación media científico-humanista alcanzó a $11.835. La técnico-profesional industrial a $14.069. La comercial y técnica a $12.361, y la agrícola y marítima a $18.731.

[27] Cabe hacer notar que los jóvenes de hogares con menores ingresos optan en una proporción mayor que el promedio por educación técnica. Por ello, el subsidio promedio puede estar subestimado.

El gasto total de este programa podría alcanzar una cifra del orden de los $54.000 millones, esto es US$126 millones. No cabe duda que es un programa caro. Con todo, es del orden de 0,9% del gasto corriente del año 1997 y representa una cifra inferior al 25% de lo que se espera crezcan los ingresos corrientes del Fisco durante 1998. Por otra parte, debe considerarse que durante 1997 se gastarán cerca de los $50.000 millones en capacitación (incluye el Programa de Empresas), parte de los cuales se pueden redirigir hacia el programa de control de la deserción escolar. Se podría revisar especialmente el Programa de Empresas que usa la mayor parte de los recursos fiscales en esta área y cuyo contenido social no es claro[28]. De prosperar un programa de esta naturaleza tampoco se justificaría la asignación familiar o subsidio único familiar para los jóvenes que estén cursando su educación media. Estos son ejemplos parciales de reasignaciones en el gasto público que podrían ayudar a financiar este programa[29].

Por otro lado, un programa de esta naturaleza tiene la desventaja de que no discrimina entre aquellas familias que, de todas maneras, harían el esfuerzo por mantener a sus hijos en el colegio y aquellas en situación de riesgo. También se podría plantear que el beneficio está restringido a un número muy pequeño de hogares. Esta característica, sin embargo, la poseen todos los programas diseñados para atender a los hogares de menores ingresos. Eventualmente, como una forma de reducir los costos iniciales de este programa, el subsidio podría ser sólo para los que cursan 3° y 4° medio. Entregar el subsidio en los últimos dos años tal vez sería suficiente para reducir la deserción escolar porque las familias y los estudiantes considerarían en su decisión el dinero que dejarían de percibir con seguridad en los últimos años de la enseñanza media, más aún cuando la probabilidad de encontrar empleo es baja y los ingresos que se pueden recibir también son bajos.

El subsidio se podría entregar a la familia a través de los propios colegios a los que asisten sus hijos. El pago del beneficio quedaría sujeto a las mismas condiciones de pago de las subvenciones educacionales: esto es, la asistencia del niño al colegio[30]. Si este subsidio provoca los efectos deseados aumentaría consiguientemente la asistencia a los colegios. Por ello, una medida de esta naturaleza le significaría al Ministerio de Educación el pago de un mayor número de subvenciones y, por consiguiente, un

[28] Con todo, tal como señalábamos antes, es imprescindible evaluar adecuadamente las inversiones que se están realizando en los programas de capacitación de jóvenes.

[29] Con esto se quiere señalar que es perfectamente factible financiar este programa sin elevar los impuestos y menos poner en riesgo el gasto social.

[30] Se podría agregar, si se quiere, el requisito de un resultado académico mínimo.

mayor desembolso de recursos. Las subvenciones adicionales a pagar en educación media podrían alcanzar una magnitud cercana a las 120.000. Esto significaría, de acuerdo con la subvención promedio pagada en educación media durante 1997, un gasto adicional para el Ministerio de Educación del orden de los $18.000 millones.

Otra medida posible sería aumentar la educación obligatoria de los 8 años actuales a, digamos, 10 años. La efectividad de esta medida es, sin embargo, dudosa. Por ejemplo, en el grupo de edad de los 20 a 24 años, un 14,5% de los hombres que componen la fuerza de trabajo de este grupo tienen menos de ocho años de educación. Entre las mujeres este porcentaje no supera el 8%[31]. Entre los hombres económicamente activos de 25 a 29 años, un 15,4% no ha completado su educación básica. Puesto que ello ha ocurrido a pesar de que la educación básica es obligatoria en nuestro país, esta medida, en la práctica, pareciera ser poco efectiva.

CONCLUSIONES

La evidencia internacional sugiere que el relativamente alto desempleo juvenil observado en Chile es un fenómeno común en los más diversos países. Tampoco pareciera que la tasa de desempleo entre los jóvenes haya aumentado respecto de la tasa promedio en el último tiempo. Por otra parte, la evidencia indica que el desempleo en los comienzos de la vida laboral es independiente del nivel educacional de los jóvenes. Sin embargo, mientras mayor es el nivel educacional alcanzado más rápido cae el desempleo del grupo en cuestión. En este sentido, más que el desempleo juvenil *per se*, lo que debería preocupar es la deserción escolar. Una deserción escolar temprana lleva a un período de desempleo inicial más prolongado y a un perfil de ingresos relativamente plano durante la vida laboral de las personas.

La deserción escolar, aunque ha caído significativamente en las últimas décadas, todavía es alta entre los jóvenes que provienen de hogares de menores ingresos. Al concentrarse la deserción escolar entre los más pobres no parece conveniente descartar *a priori* el diseño de políticas que traten de evitar dicha deserción. Con todo, en primer lugar parece razonable eliminar aquellas políticas que incentiven la deserción escolar. La evidencia disponible a nivel internacional y, aunque escasa, para Chile sugiere la conveniencia de eliminar el salario mínimo para los jóvenes. Además, los antecedentes que se presentan en este trabajo dejan de manifiesto que el

[31] Este porcentaje no es el reflejo de un menor abandono sino de una menor participación laboral de la mujer con menor educación formal.

salario mínimo reduce el empleo entre los más jóvenes, acentuando, entonces, el problema del desempleo juvenil.

En el campo de las políticas propiamente tales no cabe duda que mejorar la calidad de la educación básica y media puede contribuir a reducir la deserción escolar. Como la decisión de educarse está fuertemente influida por los resultados esperados de este proceso, una mejor educación que asegure mejores posibilidades de empleo futuro debiera desincentivar la deserción escolar. Eventualmente podría pensarse en un bono de beneficio familiar para los niños que asisten a educación media y que pertenecen al 30% de los hogares de menores ingresos de nuestro país. Esta alternativa es cara y, por lo tanto, cabría analizar con detención la conveniencia de implementarla. Con todo, es posible financiarla sin acudir a nuevos impuestos sino, más bien, a través de la reasignación de fondos públicos. Tiene como principal ventaja que está condicionada a que los jóvenes más pobres asistan regularmente a clases. Esta mayor educación reduce la probabilidad de algún tipo de dependencia futura del Estado. Más aún, puesto que la probabilidad de que la mujer trabaje es mayor mientras más alto es su nivel educacional, una política de este tipo tiene el potencial de mejorar la distribución familiar del ingreso. Finalmente, una medida de esta naturaleza tendrá mayores posibilidades de éxito si va acompañada de un mejoramiento de la calidad de la educación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abowd, J.; Kramarz F.; Lemieux, T.; y Margolis, D. (1997). "Minimum Wage and Youth Employment in France and the United States". Working Paper 6111, National Bureau of Economic Research, julio.

Banco Mundial (1995). *Workers in an Integrating World*. World Development Report. Oxford: Oxford University Press.

Bravo, D.; y Vial, J. (1997). "Fijación del salario mínimo: Elementos para una discusión". *Colección Estudios Cieplan,* 45 (junio), pp. 117-151.

Beyer, H. (1997). "Distribución del ingreso: Antecedentes para la discusión". *Estudios Públicos,* 65 (verano), pp. 5-58.

——— Rojas, P. y Vergara, R. (1997). "Trade Liberalization and Wage Inequality in Chile". Trabajo presentado en el 10th Annual Inter-American Seminar on Economics, NBER/CEP. Santiago, noviembre.

Blau, F.; y Kahn, L. (1997). "Gender and Youth Employment Outcomes: The US and West Germany, 1984-91". Working Paper 6078, National Bureau of Economic Research, junio.

Card, D.; y Krueger, A. (1994). "Minimum Wages and Employment: A Case Study of the Fast-Food Industry in New Jersey and Pennsylvania". *American Economic Review*, Vol. 84, N° 4 (septiembre), pp. 772-793.

——— y Krueger, A. (1998). "A Reanalysis of the Effect of the New Jersey Minimum Wage Increase on the Fast-Food Industry with Representative Payroll Data". Working Paper 6386, National Bureau of Economic Research, enero.

Castañeda, T. (1983). "Salarios mínimos y empleo en el Gran Santiago: 1978 y 1981". *Cuadernos de Economía*, 61 (diciembre).

CEPAL (1997). *Panorama Social de América Latina 1996.*

Coloma, F. (1994). "Empleo y relaciones laborales". En F. Larraín (ed.), *Chile hacia el 2000*. Santiago: Centro de Estudios Públicos.

Chacra, V. (1990). "Efectos del salario mínimo". *Cuadernos de Economía*, Vol. 27, Nº 80 (abril), pp. 83-101.

Deere, D.; Murphy, K.; y Welch, F. (1995). "Employment and the 1990-1991 Minimum-Wage Hike". *The American Economic Review*, Papers and Proceedings, Vol. 85, N° 2 (mayo), pp. 232-237.

Friedlander, D.; Greenberg, D.; y Robins, P. (1997). "Evaluating Government Training Programs for the Economically Disadvantaged". *Journal of Economic Literature*, Vol. XXXV, N° 4 (diciembre), pp. 1809-55.

Ehrenberg, R.; y Marcus, A. (1982). "Minimum Wages and Teenagers' Enrollment-Employment Outcomes". *Journal of Human Resources*, Vol. 17, N° 1 (invierno), pp. 39-58.

Greene, W. (1993). *Econometric Analysis*. Nueva York: Macmillan, 2da edición.

Heckman, J.; y Hotz, J. (1986). "An Investigation of the Labor Market Earnings of Panamanian Males: Evaluating the Sources of Inequality in Earnings". *Journal of Human Resources*, 23 (otoño), pp. 507-542.

Kennan, J. (1995). "The Ellusive Effects of Minimum Wages". *Journal of Economic Literature*, Vol. XXXIII, N° 4 (diciembre), 1949-65.

Lam, D.; y Schoeni, R. (1993). "Effects of Family Background on Earnings and Returns to Schooling: Evidence from Brazil". *Journal of Political Economy*, Vol. 101, Nº 41, pp. 710-740.

Leamer, E. (1993). "Wage Effects of a US-Mexican Free Trade Agreemnet". En P. Garber (ed.), *The Mexico – U.S. Free Trade Agreement.* Cambridge, Mass.: The MIT Press, pp. 57-125.

——— (1995). "In Search of Stolper-Samuelson Effects on US Wages". UCLA *mimeo*, octubre.

McCall, J. (1970). "Economics of Information and Job Search". *Quarterly Journal of Economics*, Vol. 84, N° 1, pp. 113-126.

Ministerio de Educación (1996). *Compendio de información estadística*.

Ministerio del Trabajo (1997). *Creciendo juntos: Programa de capacitación laboral de jóvenes.*

Neumark, D.; y Wascher, W. (1995). "Minimum Wage Effects on Employment and School Enrollment". *Journal of Business and Economic Statistics*, abril.

——— y Wascher, W. (1997). "The New Jersey - Pennsylvania Minimum Wages Experiment: A Reevaluation Using Payroll Records". *Mimeo*, Michigan State University, marzo.

OECD (1996). *Labor Force Statistics: 1975-1995.* París.

Pardo, L.; e Irarrázaval, I. (1990). "Factores determinantes en los niveles de educación formal de los jóvenes". *Estudios de Economía*, Vol. 17, Nº 2, pp. 343-388.

Paredes, R.; y Riveros, L. (1989). "Sesgo de selección y el efecto de los salarios mínimos". *Cuadernos de Economía*, Vol. 26, Nº 79 (diciembre 1989), pp. 367-383.

——— y Sanhueza, R. (1996). "Minimum Wages and School Drop-outs". Universidad de Chile, *mimeo*.

REMUNERACIONES DE LOS PROFESORES EN CHILE*

Patricio Rojas

En general, tanto en Chile como en otros países se argumenta que las remuneraciones de los profesores son relativamente bajas, que el límite superior a las que ellas están afectas es igualmente bajo, y que además éstas son pagadas sin considerar criterios de desempeño, eficiencia o de la asignatura impartida. De esta forma, los bajos salarios tenderían a desalentar a los buenos estudiantes a ingresar a carreras universitarias de pedagogía, mientras que el bajo límite superior al que pueden llegar las remuneraciones tenderían a desalentar a algunos a entrar a la profesión y a otros a permanecer en ella. En este contexto, el presente trabajo revisa el régimen de remuneraciones del profesorado en Chile durante los últimos 25 años. Las principales conclusiones que emanan del estudio son las siguientes. En primer lugar, a partir de 1974 y hasta 1990 las remuneraciones del magisterio exhibieron un significativo y continuo deterioro respecto de los niveles observados durante la década de los sesenta y los primeros años de los setenta. En segundo lugar, el incremento real de 100% que han exhibido las remuneraciones de los docentes

PATRICIO ROJAS RAMOS. Ph. D. en Economía, MIT. Investigador del Centro de Estudios Públicos y profesor del Instituto de Economía de la Universidad Católica de Chile.

* Agradezco los valiosos comentarios del Dr. Ernesto Schiefelbein, así como también la eficiente colaboración de investigación de Sergio Quintana. Cualquier error u omisión es de mi exclusiva responsabilidad. Una versión anterior de este trabajo fue publicada en la serie *Documentos de Trabajo* Nº 278, Centro de Estudios Públicos.

durante los noventa ha permitido que los profesores recuperen los niveles observados a principios de los sesenta. Esta situación contrasta con lo sucedido con las remuneraciones promedio de la economía, las cuales en términos reales se han más que duplicado respecto de las observadas en 1960. En tercer lugar, la evidencia indicaría que el *costo de oportunidad* de estudiar y posteriormente ejercer la carrera docente ha tendido a incrementarse en el tiempo y en relación a otras profesiones.

I. INTRODUCCIÓN

Uno de los argumentos que ha venido tomando mayor fuerza en la ciencia económica es el importante aporte que tendría la educación en el proceso de crecimiento económico. En particular, se sostiene que incrementar los niveles de calidad de la educación constituye una de las tareas prioritarias para una economía que desea pasar a una etapa superior de desarrollo. En este contexto, se han planteado diversas hipótesis que permitirían elevar la calidad de la educación, tales como, mejorar el acceso y la calidad de los textos escolares, aumentar la capacitación de los profesores, e incrementar la infraestructura educacional. Adicionalmente, se ha sostenido que el mejoramiento relativo de las rentas de los profesores también podría constituir un canal importante para aumentar la calidad de la educación impartida[1]. En efecto, un supuesto que ha estado presente en la sociedad es que la calidad de los colegios estaría directamente relacionada con la calidad del profesorado de dichos colegios. Por tal motivo, se postula que elevar las remuneraciones de los profesores permitiría, por una parte, reclutar a buenos estudiantes para que ingresen a la carrera de pedagogía y, por otra, retener a los mejores profesores, lo cual, en definitiva, debería traducirse en un incremento de la calidad de los colegios y de la educación impartida en ellos.

En general, tanto en Chile como en otros países se argumenta que las remuneraciones de los profesores son relativamente bajas, que el límite superior a las que ellas están afectas es igualmente bajo y que, además, son pagadas sin considerar criterios de desempeño, eficiencia o de la asignatura impartida. En este contexto, los bajos salarios tenderían a desalentar a los buenos estudiantes a ingresar a carreras universitarias de pedagogía, mientras que el bajo límite superior al que pueden llegar las remuneraciones tenderían a desalentar a algunos a entrar a la profesión y a otros a permanecer en ella. A su vez, las bajas remuneraciones y sus acotadas perspectivas

[1] Véase Becker y Baumol (1996), capítulos 7 y 8 para una discusión respecto de estas hipótesis.

llevarían a algunos profesores a ocupar otras posiciones en los establecimientos educacionales (cargos administrativos), o, en su defecto, a abandonar la carrera docente traspasándose a otras ocupaciones en el sector público o privado. Por otra parte, las remuneraciones, al no estar relacionadas con el grado de desempeño docente, tenderían a desalentar altas productividades y la permanencia en la profesión, mientras que el no tomar en cuenta la especialización docente en la determinación de las remuneraciones es probable que conduzca a una carencia en ciertas áreas, por ejemplo, matemáticas, física, química e idiomas.

Adicionalmente, se ha señalado que otro hecho importante que ha contribuido a que el interés en la profesión de educador se vea disminuido respecto de otras profesiones, es la mayor aceptación que hoy tiene la mujer en el mercado laboral. Esta situación ha llevado a que las mujeres tiendan cada vez más a moverse desde el área educativa hacia otros campos laborales, especialmente a aquellos relacionados al área de negocios[2]. Así, las mayores oportunidades que se han abierto a las mujeres en campos como derecho, medicina, economía y administración, necesariamente deberían llevar a que las mejores candidatas tiendan a elegir ocupaciones mucho mejor remuneradas que las ofrecidas dentro de la carrera docente de enseñanza básica y media.

Ciertamente, la magnitud de estos argumentos en la economía chilena, así como también la necesidad de revertir esta probable tendencia de declinación en la calidad del profesorado, debiera sugerir una revisión substancial tanto del régimen de remuneraciones del profesorado como de la estructura de incentivos para la carrera docente respecto de otras profesiones. En este contexto, el presente trabajo revisa el régimen de remuneraciones del profesorado en Chile durante los últimos 25 años, con el objetivo de entregar antecedentes y obtener ciertas conclusiones y recomendaciones de política que ayuden a la discusión pública. Las principales conclusiones y proposiciones de política que emanan del estudio son las siguientes.

En primer lugar, la revisión y análisis del régimen de remuneraciones del profesorado en Chile confirma que, en el período 1960-1997, éste se ha basado en un esquema salarial uniforme, según el cual, en términos generales, el sueldo de un profesor depende de sus credenciales educacionales, los años de experiencia, más otras asignaciones y bonos. En general, los regímenes de remuneraciones no han considerado parámetros que recompensen la habilidad y el talento docente. En este esquema salarial, la

[2] Este sería un problema global. Véase E. Anderson (1998).

evidencia indicaría que durante los sesenta y los primeros años de los setenta la tendencia seguida por las remuneraciones de los docentes no fue muy distinta de la exhibida por el promedio de la economía. Sin embargo, a partir de 1974 y hasta 1990 las remuneraciones reales del magisterio sufrieron un significativo y continuo deterioro, situación que no se habría reflejado en igual magnitud para el promedio de las remuneraciones de la economía. Esta situación habría ubicado las remuneraciones del profesorado en 1990 a niveles no sólo inferiores de los exhibidos durante los primeros años de los setenta y ochenta, sino que un 38% por debajo de los observados durante 1960.

En segundo lugar, la política de remuneraciones del magisterio implementada a partir de 1990 ha conducido a que las remuneraciones promedio de los docentes se hayan incrementado en forma sostenida, permitiendo que en un período de siete años los salarios reales se hayan doblado respecto de los observados en 1990. En 1997, un docente con 20 años en el servicio, con un nivel de capacitación promedio, recibiría una remuneración bruta total en torno a los $440.000 para una jornada de 44 horas semanales. Sin embargo, a pesar del fuerte incremento que han tenido las remuneraciones reales del magisterio durante los noventa, la actual remuneración promedio se ubicaría sólo un 23% por encima de la observada en 1960 para igual jornada. Esta situación contrasta con lo sucedido con las remuneraciones promedio de la economía, las cuales en términos reales se habrían más que duplicado respecto de las observadas en 1960.

En tercer lugar, la evidencia indicaría que los mayores niveles de remuneraciones del profesorado se alcanzaron durante los primeros años de los setenta. Sin embargo, estos máximos históricos se habrían logrado en un entorno macroeconómico no sostenible, y por ende no resultan necesariamente representativos ni comparables con los actuales niveles de remuneraciones. Posiblemente, un máximo histórico más representativo sea aquel que se habría alcanzado hacia fines de los sesenta, en torno a los $570.000 para un docente con 20 años en el servicio en una jornada de 44 horas semanales. Es decir, alrededor de un 30% superior al existente actualmente.

En cuarto lugar, los antecedentes señalarían que han tendido a disminuir las brechas salariales entre los profesores que inician y terminan la carrera, así como también aquella existente entre los profesores de enseñanza media y básica, lo cual denota que el espacio para aspirar a mayores salarios en esta actividad, por estas vías, se fue reduciendo sistemáticamente durante el período analizado. A su vez, la remuneración actual de un docente con 20 años de servicio representaría entre un 25% y un 30% de la

recibida por otras profesiones, tales como abogados e ingenieros, mientras que oficios o especialidades técnicas son factibles de recibir un retorno monetario igual o mayor que el de un docente.

En general, la evidencia permite concluir que los costos de oportunidad de estudiar y, posteriormente, de ejercer la carrera docente han tendido ha incrementarse en el tiempo y con relación a otras profesiones. Hechos como el mayor retorno monetario que se observaría en otras profesiones respecto de la de profesor, las mayores posibilidades que ahora hay para ingresar a otras carreras mejor remuneradas, hacen que el costo alternativo de estudiar carreras de docencia se haya elevado significativamente respecto de otras profesiones. En tanto, las menores perspectivas que tienen los docentes de aumentar en forma significativa sus remuneraciones durante su carrera laboral, sumado a las mejores perspectivas de rentas en los demás sectores económicos, hacen poco probable que, en promedio, los buenos educadores tiendan a permanecer en el servicio.

De acuerdo con estos resultados, las principales proposiciones de política que pueden derivarse del estudio son las siguientes. En primer lugar, es importante tener presente que aun cuando las actuales remuneraciones de los docentes son relativamente bajas respecto de sus máximos históricos y las recibidas por otras profesiones, la solución de fondo del problema no depende exclusivamente de realizar incrementos masivos en las remuneraciones de los profesores. En particular, la solución a los problemas de la calidad de los docentes no consistiría solamente en igualar las remuneraciones a sus niveles máximos históricos, por cuanto el actual escenario en que se desenvuelven los docentes es muy diferente al que existía en décadas pasadas. En efecto, han cambiado los incentivos y los costos de estudiar y, posteriormente, de permanecer en la profesión docente.

En este contexto, por consiguiente, la solución no pasaría sólo por plantear un determinado incremento de las remuneraciones sino que, fundamentalmente, por el establecimiento de incentivos directos que premien la gestión de los profesores. Es decir, es necesario modificar el actual régimen de remuneraciones del sector, de manera que las mejoras salariales se efectúen cada vez más sobre la base de la habilidad y el desempeño de los profesores. Mejoras salariales asociadas al desempeño debieran constituir el principal camino en el mediano plazo para mejorar la situación relativa de los docentes respecto de otras ocupaciones y, además, representarían un camino cierto para aumentar la calidad del profesorado y, por consiguiente, para mejorar la calidad de la educación en el mediano plazo.

En segundo lugar, se debe reconocer que la implementación de una política de remuneraciones que priorice el desempeño de los docentes requerirá de mayores fondos. Sin embargo, es importante que éstos vayan

dirigidos directamente a los establecimientos, fundamentalmente a través de una mayor subvención por alumno, para que sean los mismos establecimientos quienes determinen como destinarán estos fondos en base a parámetros de eficiencia y desempeño[3]. En este contexto, la implementación de una política de remuneraciones que priorice el desempeño docente requerirá dar mayores atribuciones a la dirección de los establecimientos en la toma de decisiones, así como también permitir mayor flexibilidad en materia de contrataciones y despidos de docentes y directivos, de acuerdo con criterios de desempeño y necesidades educacionales. En particular, habrá que aumentar la autonomía e independencia de la dirección para que ésta, sobre la base de criterios y parámetros definidos, pueda otorgar incrementos de remuneraciones a los mejores docentes.

Para efectos de entregar el marco en que se obtienen estas conclusiones y recomendaciones de política, el estudio se organiza de la siguiente forma. La sección dos presenta una revisión de los principales sistemas utilizados para determinar las remuneraciones de los docentes. La sección tres, en tanto, detalla los regímenes laborales en que han estado insertos los profesores chilenos durante los últimos 25 años. La sección cuatro presenta cómo se han determinado las remuneraciones docentes y los niveles de éstas para el período 1960-1997. La sección cinco analiza la situación salarial de los docentes respecto de la de otras profesiones u oficios en la economía nacional, como también respecto de las remuneraciones recibidas por profesores en los países desarrollados. Finalmente, la sección seis presenta las conclusiones y recomendaciones de política.

II. DETERMINACIÓN DE LOS SALARIOS EN EDUCACIÓN

El régimen de remuneraciones de profesores que predomina en un número importante de países se basa en una escala salarial uniforme, la cual establece que el sueldo de un profesor depende de sus credenciales educacionales y los años de experiencia, y no de la calidad del profesor, ni de la asignatura enseñada, ni de las condiciones de trabajo en la escuela, ni de las condiciones de vida en la zona geográfica donde se encuentra la escuela. En general, suele haber escalas salariales distintas para los profesores de enseñanza básica y media, y para estos últimos se contemplan compensaciones más altas. Adicionalmente, estas escalas consideran ciertos suplementos por trabajos adicionales al docente, como son los cargos de director de establecimiento y jefe curricular.

[3] Al respecto, véase el comentario de Gonzalo Vial Correa en esta edición de *Estudios Públicos.*

Las escalas salariales uniformes fueron adoptadas en muchos países para hacer de la enseñanza una profesión y para eliminar los favoritismos y desigualdades que solían influir en el sueldo de los profesores. Sin embargo, las escalas uniformes de determinación de salarios han sido objeto de fuertes críticas por cuanto generan, al menos, dos problemas que van en desmedro de la calidad de los educadores. En primer lugar, la motivación de los profesores puede verse afectada negativamente con una escala de remuneraciones uniforme, ya que ellos no son premiados financieramente por rendimiento superior, ni castigados financieramente por rendimiento inadecuado. En segundo lugar, la escala salarial uniforme iría en desmedro tanto de formar como de conseguir profesores calificados en asignaturas consideradas de mayor dificultad académica. En general, esta situación ha derivado en una carencia de profesores en ciertas áreas, tales como matemáticas, ciencias e idiomas, lo que sumado a las mejores opciones y perspectivas salariales en sectores como comercio e industria, incentivan el éxodo de estos docentes a labores administrativas o técnicas en estos sectores.

Si a estos problemas del régimen de escala salarial uniforme le sumamos el hecho que los salarios son en promedio bajos y con un escaso nivel de dispersión, situación esta última que tiende a desalentar el ingreso y la permanencia de estudiantes habilidosos en las carreras de pedagogía, entonces no resulta difícil postular la hipótesis que ciertos problemas en la calidad de la educación escolar podrían estar asociados a este tipo particular de estructura de remuneraciones que rige en el sector docente. En este contexto, la literatura ha propuesto numerosas soluciones para estos problemas. Entre éstas se incluyen: i) incrementos generales de las remuneraciones de los profesores; ii) pago por mérito, o sea una parte importante del sueldo del profesor se basaría en su rendimiento; iii) remunerar de acuerdo a una clasificación del cuerpo docente, ya sea mediante el establecimiento de distintos grados de profesor, o de pagos diferenciados dependiendo de la asignatura enseñada; iv) utilizar métodos de salarios de eficiencia, es decir, motivar la entrada y la permanencia de los profesores en el sector mediante el pago de salarios que se ubiquen por arriba de los salarios que equilibrarían el mercado; y v) mejorar las condiciones no pecuniarias del trabajo, tales como disminuir el trabajo administrativo y asegurar la permanencia del trabajo. Aun cuando el objetivo de este trabajo no es presentar una discusión detallada de estas soluciones, a continuación se entregan los principales argumentos en pro y en contra que la literatura ha planteado respecto de algunas de éstas.

En primer lugar, la idea de realizar incrementos masivos en las remuneraciones de los profesores puede resultar atractiva para solucionar rápidamente los problemas mencionados anteriormente. Sin embargo, el *principal problema* que tienen los incrementos masivos de remuneraciones es que ellos benefician no sólo a los buenos profesores sino que también a los malos educadores. Esto último, sin considerar las dificultades presupuestarias que tendrían los gobiernos para implementar esta solución. En efecto, dado el monto importante de recursos involucrados en una solución de este tipo, resulta difícil pensar que sea factible aumentar de tal manera las remuneraciones promedio de los profesores como para que la profesión pueda competir con éxito con otras ocupaciones tales como contadores, químicos, abogados e ingenieros, y atraer así a los mejores estudiantes a la carrera docente e incentivar la permanencia en la profesión.

En segundo lugar, la solución planteada de pago por mérito o de remunerar de acuerdo al desempeño consiste comúnmente en que las bonificaciones salariales se basen en las evaluaciones, hechas por supervisores, de los rendimientos individuales de cada profesor. Su objetivo es que el premio por mérito aliente a los profesores a trabajar en forma más productiva y eficiente. Sin embargo, también es posible que se manifiesten otras respuestas entre los profesores, las cuales irían en contra del objetivo de mejorar la calidad de la educación de los alumnos. Estas últimas incluyen el intento de ganar el premio ejerciendo presión por conseguir a los mejores alumnos, una menor cooperación entre los profesores, la difusión de rumores sobre las deficiencias de otros profesores y, en general, la generación de un clima laboral que atenta contra el mejoramiento de la educación. Si bien este régimen se ha planteado en diferentes países como una probable solución al problema de determinación de las remuneraciones docentes, la evidencia señala que éste, o no ha sido aplicado, o ha sido abandonado posteriormente. La principal razón invocada para abandonar este régimen ha sido la ausencia de un esquema o de criterios comúnmente aceptados por todos para seleccionar a los profesores más eficientes, lo cual haría que el régimen se preste para favoritismos y arbitrariedades de diversa índole[4].

Otra de las críticas al régimen de remunerar de acuerdo al desempeño es que éste olvida la interacción y cooperación entre profesores. Este

[4] Un análisis de los sistemas de incentivos utilizados para mejorar la calidad de la educación y la docencia, así como también una revisión de la experiencia internacional en esta área, se encuentra en Mizala y Romaguera (1996 y 1997).

régimen, se señala, podría alentar un comportamiento oportunista del profesor, quien buscará un beneficio individual a expensas de sus pares. Esta falta de cooperación entre profesores podría llegar a afectar seriamente la calidad de la educación impartida, por cuanto la educación es un proceso interdependiente, donde se requiere que los profesores de los diferentes niveles hagan su trabajo lo mejor posible para así lograr que el fruto final de este proceso sea un estudiante bien educado.

Finalmente, el régimen de remunerar de acuerdo a una clasificación del cuerpo docente, ya sea mediante el establecimiento de distintos grados de profesor o de pagos diferenciados dependiendo de la asignatura enseñada, se ha constituido en una alternativa muy popular en años recientes para solucionar los problemas asociados al régimen de escala salarial uniforme. La principal contribución de este régimen es reconocer que los profesores, al igual que cualquier otro grupo de trabajadores, no son homogéneos y, por ende, puede haber diferencias entre sus remuneraciones por razones distintas a los años de experiencia. La estructura básica de este sistema es similar a la utilizada en la educación universitaria. Un profesor comienza su carrera a un nivel base y posteriormente puede ir avanzando en la escala de cargos (por ejemplo, a posiciones como profesor instructor, profesor asistente y, finalmente, profesor titular) en respuesta a actividades específicas que aumentan su capacidad profesional y a la evaluación de su desempeño. En general, se postula que los incrementos salariales que acompañan a cada promoción deben ser relativamente sustanciales. No obstante lo anterior, el principal problema con este sistema de carrera docente es que la mayoría de los regímenes propuestos en esta área contienen elementos de los ya mencionados bajo el pago por desempeño, puesto que los criterios de promoción dentro de la carrera docente son con frecuencia determinados en términos muy similares a aquellos utilizados para asignar bonos u otros premios financieros asociados al mérito.

En general es posible postular que si bien el régimen de escala salarial uniforme elimina los aspectos de arbitrariedad y de juicio personal que podrían estar presentes bajo el régimen de pago por mérito, éste crea una situación intolerable en la cual el talento y la habilidad no se ven recompensados, traduciéndose finalmente en la pérdida de los profesores más capaces y efectivos para la tarea de elevar la calidad de la educación. En este contexto, la revisión de la literatura permitiría concluir que los beneficios de remunerar en base al desempeño docente deberían ser muy superiores a los posibles costos que se podrían generar por la falta de indicadores específicos respecto de cómo evaluar ese desempeño.

III. RÉGIMEN DE EMPLEO DE LOS PROFESORES EN CHILE

Es conocido el alto grado de conflicto que han exhibido las negociaciones laborales entre el profesorado y el gobierno durante los últimos años. Esto último ha ocurrido a pesar de que en la presente década ha habido cambios importantes en el régimen laboral de los docentes y un significativo aumento de sus remuneraciones a partir de 1991. En general, ambos efectos no han logrado dejar satisfechos a los profesores. En particular, se sostiene que esta insatisfacción de los docentes respondería, en parte importante, al continuo deterioro que experimentaron sus remuneraciones entre 1974 y 1990. En este contexto, en las próximas secciones se presenta la evolución de las condiciones de empleo y de remuneraciones de los docentes en Chile durante los últimos 25 años, con el objeto de entregar antecedentes para la discusión y permitirnos entregar ciertas recomendaciones de política en esta área.

a) Situación laboral previa a 1973

Antes de 1973, la gran mayoría de los profesores de enseñanza básica y media eran funcionarios estatales. En tal condición, estaban sujetos al Estatuto Administrativo, el cual normaba las relaciones jurídicas entre el Estado y los funcionarios públicos. Sólo una minoría de profesores de enseñanza primaria y media, los pertenecientes a los colegios particulares, estaban afectos a las regulaciones del Código del Trabajo, o sea, estaban afectos a las normas comunes de todos los trabajadores del sector privado. En este contexto, el empleo magisterial se caracterizaba por exhibir escasas posibilidades de ascenso y por la ausencia de normas sobre premios por mérito o desempeño.

No obstante lo anterior, el régimen salarial del profesorado era particular, por cuanto, además de regirse por las normas generales del Estatuto Administrativo de los funcionarios públicos, éste estaba reforzado por las normas especiales para el magisterio. En efecto, la remuneración, además de incluir las asignaciones de antigüedad (trienios) que prescribía el régimen salarial público, contemplaba asignaciones de zona y una compensación por trabajo desarrollado en zonas aisladas o lejanas. Además, los profesores habían obtenido salarios autónomos del régimen general, con asignaciones independientes de una evaluación de resultados y protegidos por sistemas tradicionales de reajuste por inflación pasada.

Además, el Estatuto Administrativo contemplaba explícitamente un incentivo para el perfeccionamiento docente, permitiendo que los profesores que salían becados a estudiar al extranjero siguieran gozando de un sueldo y los correspondientes aumentos trienales. Asimismo, el Estatuto estipulaba que la Superintendencia de Educación, en conjunto con las Direcciones de Educación, era la encargada de promover medidas regulares y permanentes de perfeccionamiento, en términos de cursos o actividades extraordinarias. Sin embargo, el no contar con un conjunto más específico de normas y requisitos para postular a dicho perfeccionamiento y de un sistema adecuado de financiamiento llevó a que este sistema no se desarrollara lo suficiente y de acuerdo a los objetivos buscados para el perfeccionamiento de los docentes.

En el caso de los docentes que trabajaban en la educación privada, éstos estaban sujetos a las normas comunes de todos los empleados del sector privado y a algunas disposiciones especiales acerca de sus remuneraciones. En particular, al compararlos con los profesores del sector público, los pertenecientes al sector privado gozaban de menos derechos especiales respecto a estabilidad en el empleo. Además, en el rubro remuneraciones había una reglamentación acerca del sueldo mínimo y reajustes por antigüedad, aunque el contrato era estipulado de común acuerdo entre empleadores y profesores. En efecto, los profesores de colegios gratuitos subvencionados por el Estado debían percibir como mínimo el 75% del monto base de remuneraciones del correspondiente profesor fiscal y los docentes con título universitario que trabajaban en colegios pagados, un sueldo no inferior a su correspondiente estatal[5].

b) Situación laboral en el período 1974-1990

Con algunas reformas, el Estatuto Administrativo se mantuvo vigente hasta 1981 para los profesores del sector estatal. En particular, en enero de 1974 se incorporó al profesorado a la Escala Única de Remuneraciones (EUR) del sector público, en un esfuerzo por homogeneizar el tratamiento otorgado a las distintas categorías de empleados públicos. Sin embargo, esta incorporación de los profesores a la EUR no contempló varias de las asignaciones que disfrutaban otros profesionales en el sector público, situación que habría obedecido, por una parte, al hecho que una proporción

[5] Sin perjuicio que los docentes de colegios pagados pudieran ganar más que su correspondiente estatal.

significativa de los docentes no eran profesionales universitarios y, por otra, al esfuerzo fiscal que se emprendió durante esos años con la finalidad de estabilizar la economía y reducir la inflación.

En 1976, y debido a las fuertes críticas y reclamos que originó la situación relativamente desmejorada de los docentes producto de su incorporación a la EUR, se dictó un nuevo decreto que encasillaba a los docentes en niveles más altos de dicha escala. Sin embargo, al mismo tiempo se disminuyó el porcentaje de asignación por antigüedad.

En 1978 se dictó el Decreto Ley Nº 2.327 que contemplaba la Carrera Docente. Éste respondía a una antigua demanda de las organizaciones del profesorado y vino a reemplazar al Estatuto Administrativo como norma reguladora del empleo del personal docente, constituyéndose de esta forma en el nuevo ordenamiento legal básico para las relaciones de empleo y remuneraciones. En lo fundamental, este decreto ley reproducía las normas generales contempladas en el Estatuto Administrativo, e incorporaba cambios importantes en la jerarquización en los colegios, de modo de mejorar la gestión. Así, se hizo una clara diferenciación entre directivos y docentes, tanto en términos de funciones como de remuneraciones[6].

En este nuevo decreto ley, la ubicación de los profesores en la EUR permaneció desmejorada respecto a otros profesionales del sector público, ya que se continuó diferenciando la asignación profesional que se le otorgaba a los docentes respecto de la recibida por otros profesionales de la administración pública. Por otra parte, la asignación por antigüedad varió de trienal a bienal, con un tope de nueve años en el caso de la enseñanza media y de 12 años en el caso de la enseñanza básica.

En general, el Decreto Ley Nº 2.327 del año 1978 habría carecido de las medidas e incentivos correctos para generar realmente una verdadera carrera docente. En efecto, el decreto ley no proveía medidas para premiar por desempeño, ni explicitaba un régimen satisfactorio de promociones que incluyera el desempeño en tareas de gestión superior. Asimismo, y aunque la normativa pretendía estimular la mayor experiencia y profesionalización, la suspensión de la asignación por antigüedad a partir de los 9 y 12 años para la enseñanza media y básica, respectivamente, fue interpretada en la dirección contraria, por cuanto ésta no fue acompañada por fórmulas alternativas o paralelas para estimular la adquisición y mantención de capacida-

[6] A pesar de que el mejoramiento de la gestión educativa requería el establecimiento de una jerarquía funcionaria, ésta fue resistida por el gremio. De acuerdo a Cerda *et al.* (1993), esta diferenciación de funciones y de remuneraciones desconocía y desvalorizaba la condición tradicional del docente en términos de no contemplar de manera central la tarea que el profesor realizaba.

des. Esto último se amplificó con la existencia de un muy limitado sistema de progreso por escalafón o carrera propiamente tal, siendo la principal perspectiva la de ascenso a cargos del escalafón de Docentes Superiores[7].

En 1979 se da a conocer la "Directiva presidencial sobre educación", documento que incorporó las nuevas orientaciones modernizadoras del sistema que venían desarrollándose desde 1977. En lo fundamental, el documento destacó los siguientes principios: i) la reorganización de la educación superior; ii) la universalización de la educación básica; iii) la selectividad en la educación media y superior; y iv) la transferencia al sector privado del crecimiento del sistema educacional.

A partir de estos principios institucionales empieza a dictarse toda una nueva normativa a través de decretos leyes, los cuales preparan el marco para la futura descentralización de la educación[8]. Es así como se comienza a aplicar a los educadores el Decreto Ley Nº 2.345, de octubre de 1978, que faculta al Ministerio del Interior para remover funcionarios públicos por necesidades de racionalización; y el Decreto Ley Nº 3.357 de mayo de 1980 que modifica la Ley de Carrera Docente, facultando al Ministerio de Educación para rebajar la jornada de trabajo y trasladar profesores. Por otra parte, las medidas también contemplaron una ampliación y mejoramiento del régimen de subvenciones para las escuelas gratuitas y semigratuitas.

El gran impulso a la descentralización se da a través del traspaso de las escuelas básicas y liceos estatales a las municipalidades y, con ello, un cambio de empleador de una importante proporción de docentes. Se estableció que el personal traspasado se regiría por las disposiciones del Código del Trabajo. En cuanto al régimen previsional y al sistema de sueldos y salarios, se estableció que los docentes también se regirán por las normas aplicables al sector privado, aunque éstos fueran funcionarios dependientes del Ministerio del Interior.

En lo principal, este traspaso a las municipalidades significó la pérdida de la inamovilidad que tenían los docentes, como también del sistema

[7] Las transformaciones en la estructura del sistema educativo y la introducción de sistema de control de gestión se establecieron mediante la dictación de un reglamento orgánico para todos los establecimientos educacionales de más de 800 alumnos. En éste se definió al director como jefe superior del establecimiento, los docentes directivos fueron reemplazados por el término docente superior, mientras los docentes, propiamente tales, constituyeron el tercer nivel de la estructura jerárquica. Estos últimos eran los encargados de la ejecución de los procesos de enseñanza; sin embargo, tenían escasa participación en la gestión del mismo.

[8] Ésta consistió en el traspaso de la administración de los establecimientos públicos del nivel preescolar, primario y secundario a los municipios. Así, éstos se responsabilizaron de la contratación y despido de personal, fijación de salarios, compra de insumos, etc. El gobierno central se reservó el diseño de la normativa general, las tareas de supervisión administrativa y técnica, y la provisión de financiamiento básico para el sector.

de ascensos y de calificaciones que existía desde 1978. Adicionalmente, los docentes municipalizados perdieron la asignación de título; la seguridad del pago de sus remuneraciones durante los períodos vacacionales; la estructura de escalafones con sus correspondientes grados en la EUR, y la norma horaria de 30 horas cronológicas semanales. Cada municipalidad debía decidir en cuanto a su realidad financiera, las condiciones en que dejaría a su cuerpo docente. Sin embargo, desde sus inicios surgieron problemas entre las municipalidades y el gremio de profesores. En particular, el traspaso a las municipalidades ocasionó que se rompiera una tradición, que estipulaba que los profesores eran remunerados en forma similar independientemente de su lugar de desempeño, situación que generó una gran cantidad de conflictos. Adicionalmente, otra crítica del gremio fue que, junto con perder las prerrogativas de los empleados públicos, los docentes traspasados a las municipalidades no ganaron aquellas propias del sector privado, en particular la opción de negociar en forma colectiva sus condiciones de trabajo y de remuneraciones[9].

En el nuevo marco legal, los profesores de escuelas particulares también perdieron diversas conquistas como la Ley Nº 1.058, que establecía un sueldo mínimo, un sistema de reajustes anuales y aumentos por antigüedad para los profesores de establecimientos pagados. También perdieron lo prescrito en el artículo 73 del Estatuto de la Carrera Docente, que estipulaba que "las remuneraciones de profesores de las escuelas particulares pagadas o subvencionadas no podrán ser inferiores al 75% del sueldo base del último grado del escalafón fiscal".

Dado los problemas que se suscitaron con el traspaso de escuelas y liceos estatales a las municipalidades, y en un intento por mejorar la calidad de la educación y de ciertos tópicos en la relación laboral entre empleador y docentes, en agosto de 1983 se emitió, conjuntamente entre el Ministerio del Interior y el Ministerio de Educación, la Circular Nº 1.284 que impartía instrucciones a los alcaldes del país para la administración del servicio educacional en las comunas. La circular especificaba que el contrato de trabajo para los docentes de aula sería de una jornada semanal de 30 horas cronológicas, sin perjuicio que se puedan hacer contratos por horas parciales de trabajo y ampliar la jornada a 44 horas cronológicas. Además, la circular normó las vacaciones de los docentes, especificando el

[9] Esto por cuanto el Decreto Ley Nº 2.758 de 1979 plantea que en las empresas públicas o privadas que sean financiadas en más del 50% de sus gastos por el Estado, sus trabajadores no pueden negociar colectivamente ni declararse en huelga. Esto se aplica a los docentes municipalizados ya que sus sueldos son financiados con la subvención estatal.

derecho al goce íntegro de sus remuneraciones durante los períodos de suspensión y de interrupción de sus actividades.

En 1987 se promulgó la Ley Nº 18.602. Ésta, si bien mantenía la adscripción de los docentes a la legislación laboral común, tenía el valor de reconocer y abordar ciertas especificidades y problemas propios de la función docente que ésta no resolvía. El nuevo cuerpo legal mantuvo un *status* jurídico de derecho privado para los profesores del sector municipal; sin embargo, el personal docente quedaba regido por diferentes normativas de acuerdo al *status* del empleador correspondiente. Además, la nueva ley incluyó ciertas disposiciones dirigidas a incrementar el grado de estabilidad laboral de los docentes del sector municipal[10]. Otro aspecto de la ley interesante de destacar es la obligatoriedad de que cada municipalidad tenga un sistema de escalafón, ingresos y promoción donde se reconozcan méritos académicos, antigüedad y desempeño funcionario, como también que los cargos sean provistos por concurso público. Si bien esta ley significó avances importantes respecto de la situación de los docentes durante la primera mitad de los ochenta, particularmente porque les otorgó un mayor grado de estabilidad en el empleo a los profesores del sector municipal, la demanda por una legislación más protectora y que reconociese con más fuerza la especificidad del trabajo docente continuó durante los últimos años de la década de los ochenta.

c) Estatuto Docente, situación post 1990

En 1991 se promulgó la Ley N° 19.070, conocida como el Estatuto Docente. Esta ley rige para los profesionales de la educación que prestan servicios en establecimientos de educación básica y media, de administración municipal o particular, como asimismo en los de educación prebásica subvencionados. En lo fundamental, el nuevo Estatuto Docente establece los requisitos, deberes y derechos de carácter profesional, comunes a todos los profesionales de la educación, regulando, además, la carrera de los profesionales del sector municipal y el contrato de los que se desempeñan en el sector particular. Respecto de los derechos de los profesionales de la educación, se destacan: el derecho a perfeccionamiento profesional; el de-

[10] En particular, en caso que los docentes fueran despedidos por el Artículo 155-F del Código del Trabajo, que dice relación con necesidades de la empresa, además del desahucio estipulado para cualquier trabajador, se le deberá pagar una indemnización adicional equivalente al total de remuneraciones que hubiese recibido hasta el término del año laboral. De esta forma, se protege al docente en términos económicos ya que a mediados de año es más difícil encontrar trabajo.

recho a participar con carácter consultivo en ciertas materias; el derecho a estabilidad en el cargo, tratándose de profesionales que tengan la calidad de titulares; y el derecho a una remuneración básica mínima nacional. Adicionalmente, con esta ley se reinstauró la asignación por experiencia que se había eliminado en la década anterior y se creó la asignación por desempeño difícil.

En concreto, el Estatuto Docente crea una "carrera" para los profesores del sector municipal, la cual establece la titularidad en el cargo del docente. La contratación de nuevos docentes así como el ascenso de los ya contratados deberá sujetarse a concursos en los cuales participarán los Consejos de Profesores, también creados en el entorno del Estatuto Docente. El Estatuto introduce también el concepto de plantas o dotaciones docentes, las cuales serán determinadas por las respectivas municipalidades de acuerdo con las Direcciones Provinciales del Ministerio de Educación.

En definitiva, el Estatuto introduce una serie de rigideces en materia laboral y salarial, las cuales restringen fuertemente la autonomía de gestión por parte de los municipios para ajustar las plantas docentes, modificar salarios y utilizar incentivos monetarios. En particular, Larrañaga (1995) sostiene que las actuales disposiciones del Estatuto Docente fueron demasiado lejos, por cuanto otorgaron a los profesores garantías laborales que han tendido a dificultar la fluidez en la asignación de recursos del sector. Así, por ejemplo, la fijación de plantas docentes ha derivado en excesos de profesores en algunas escuelas, los cuales no pueden ser reasignados a otros establecimientos de la comuna que presenten déficit de profesores. Además, el Estatuto Docente recentraliza aspectos importantes del sistema educacional, puesto que las decisiones sobre contrato y remuneraciones vuelven a ser determinadas por un esquema central, restando autonomía a la gestión local.

De acuerdo a Marcel (1993), otro aspecto negativo del Estatuto Docente es que focaliza la presión gremial sobre el gobierno central. En particular, la experiencia indicaría que el gremio de profesores ha preferido presionar directamente al gobierno central antes que dispersar sus esfuerzos a través de negociaciones a nivel comunal. En este contexto, la concesión de demandas a nivel central (como es el caso del Estatuto Docente) reforzaría el incentivo del gremio para centrar sus demandas en puntos focales como el nivel de la remuneración básica, la inamovilidad laboral, etc.

El Estatuto Docente también ha sido criticado porque atentaría contra uno de los principios básicos que más consenso reúne entre los expertos respecto al mejoramiento de la educación, a saber, que la calidad de la educación depende en buena medida del liderazgo académico efectivo que puedan ejercer los docentes directivos dentro de cada establecimiento. De

acuerdo al Estatuto, las facultades resolutivas en materias técnico-pedagógicas serán de responsabilidad del Consejo de Profesores de cada colegio y no de los docentes directivos. Esto último, sostiene Libertad y Desarrollo[11], constituye una situación que asesta un golpe definitivo a la posibilidad que este estamento —o el sostenedor del establecimiento— pueda ejercer un liderazgo académico efectivo.

IV. RÉGIMEN DE REMUNERACIONES DEL PROFESORADO

a) Período 1970-1990

Como se mencionó, hasta 1973 la gran mayoría de los profesores de enseñanza básica y media eran funcionarios estatales. En tal condición, estaban sujetos al Estatuto Administrativo de los funcionarios públicos. Sin embargo, el régimen salarial del profesorado estaba reforzado por las normas especiales para el magisterio, lo cual hacía que los niveles de sus remuneraciones se ubicaran un tanto por encima del régimen general público. Así, la remuneración docente, además de incluir las asignaciones de antigüedad (trienios) que prescribía el régimen salarial público, contemplaba asignaciones de zona y una compensación por trabajo desarrollado en zonas aisladas o lejanas. Además, las remuneraciones del magisterio gozaban de sistemas de reajustabilidad, sobre la base de la inflación pasada.

Hasta 1972 la asignación por antigüedad fue de un 20% sobre el sueldo base al cumplir los primeros 3 años de servicio, estímulo que se repetía sucesivamente, en diversos porcentajes, cada tres años hasta alcanzarse un equivalente al doble de la remuneración al enterar el funcionario los 27 años de servicio. Adicionalmente, los profesores gozaban de un 25% de sobresueldo por la posesión de título de profesor[12]. Posteriormente, a finales de 1972 la asignación por antigüedad se cambió por un equivalente a 40% del sueldo base por el primer trienio, para terminar con un 140% del sueldo base al enterar los 27 años de servicio.

El programa de estabilización de mediados de los setenta demandó un importante esfuerzo fiscal, lo que llevó a que la situación de privilegio que gozaban los profesores, respecto de los demás funcionarios públicos, se

[11] Véase Larraín (1997).

[12] Es importante destacar que para ser nombrado con propiedad en el cargo docente se necesitaba el título de profesor, pero por el hecho que no había suficientes profesores titulados, especialmente en las regiones rurales o en las ciudades más alejadas de la capital, se aceptaban en calidad de interinos, a egresados de institutos de formación de maestros, profesores titulados de otras especialidades e incluso personas con licencia secundaria.

revirtiera. En efecto, en enero de 1974 se incorporó al profesorado a la Escala Única de Remuneraciones (EUR) del sector público; sin embargo, éstos fueron incorporados a los grados más bajos de la EUR, quedando asimilados a niveles salariales equivalentes a administrativos básicos. Con todo, los ingresos reales de los docentes experimentaron una disminución importante en relación con los niveles exhibidos durante los primeros años de la década. Con el objeto de mejorar esta situación, en 1976 se dictó el Decreto Ley N° 1.285 que encasillaba a los docentes en niveles más altos de dicha escala y por lo tanto mejoraba sus sueldos, pero, simultáneamente, se disminuyó el porcentaje de aumento por trienios[13], lo que en la práctica anuló el mejoramiento anterior, especialmente para los profesores de mayor antigüedad.

En 1978 se dictó la Ley Nº 2.327 que estableció la carrera docente a través de un conjunto de escalafones adscritos a la EUR, los cuales se diferenciaron dependiendo de si el personal era docente directivo o docente de aula, para cada una de las ramas de la enseñanza (básica, media y diferencial). Se agregaron, además, escalafones para los no titulados. Los escalafones consistían en grados de la EUR dentro de los cuales los docentes podían progresar. En particular, para la enseñanza básica, prebásica y diferencial, el escalafón docente-directivo se ubicó entre los grados 14 al 9, mientras que los docentes de aula quedaron entre los grados 20 al 15. En el caso de la enseñanza media, los docentes directivos se movieron entre los grados 12 y 8 y los docentes de aula entre los grados 18 y 13. Ciertamente, los rangos establecidos con estos escalafones resultaron demasiados estrechos y contrarios al objetivo de establecer una verdadera carrera docente que contuviera estímulos salariales y de jerarquía apropiados.

En este contexto, a partir de 1978 las remuneraciones quedaron compuestas por el sueldo del grado respectivo más una asignación bienal por antigüedad[14] y una asignación por título equivalente al 100% de la de otros profesionales para jornadas de 44 horas y de 50% para jornadas de 30 horas. Para jornadas de menos de 30 horas, no se consideró ninguna asignación de título. En cuanto al horario semanal de trabajo, éste se fijó en 44 horas cronológicas para los docentes directivos y 30 horas cronológicas para los docentes de aula, a diferencia de las 30 horas pedagógicas que

[13] Se reducen los aumentos por trienios a un máximo de 100% del sueldo base; el máximo anterior era 140%.

[14] El Decreto Ley N° 2.327 de 1978 estableció que la asignación por antigüedad varió de trienal a bienal, con un tope de nueve años en el caso de la enseñanza media y de 12 años en el caso de la enseñanza básica.

debían cumplir los docentes básicos antes de 1978 y las 36 horas cronológicas del docente medio, incluidas las horas de cátedra. Este aumento de la jornada de trabajo, en definitiva, también implicó una reducción real en las remuneraciones de los docentes.

En resumen, la ley que reguló la carrera docente hasta finales de los setenta condujo a una reestructuración de los salarios relativos del profesorado, favoreciendo a los docentes directivos en relación con los de aula y favoreciendo también a los profesores recién ingresados al servicio respecto a aquellos más antiguos.

A partir de 1981, con el traspaso de las escuelas básicas y liceos estatales a las municipalidades, el profesor pasa a ser un trabajador privado que se regiría por las disposiciones del Código del Trabajo y del D.L. N° 2.200. Para hacer efectivo el traspaso, se derogó el régimen especial que cobijaba a los profesores y se ofreció la alternativa de trabajar como funcionario público o como empleado privado. En particular, esto último se indujo a través del pago de una indemnización por término de la condición de funcionario público. Acto seguido, el municipio contrataba al docente como empleado particular, sujeto a las condiciones laborales del sector privado. Ello implicaba que el salario sería fijado de acuerdo a condiciones de mercado y que el profesor quedaba sujeto a la posibilidad de despido por motivo de disminución de la matrícula u otra causa contemplada en la legislación.

En lo referente a las remuneraciones, este traspaso a las municipalidades significó la pérdida del sistema de ascensos y de calificaciones que existía desde 1978. Adicionalmente, los docentes municipalizados perdieron la asignación de título, la seguridad del pago de sus remuneraciones durante los períodos vacacionales, y la estructura de escalafones con sus correspondientes grados en la EUR. En definitiva, cada municipalidad debía decidir en cuanto a su realidad financiera las condiciones en que dejaría a su cuerpo docente. El traspaso de los docentes estatales a las municipalidades se inició en 1981 y finalizó en 1987. En este último año se completó el traspaso de todos los docentes del sistema estatal al municipal.

Al mismo tiempo que se terminaron los derechos especiales para el profesorado estatal, se dictó la Ley N° 18.018 que terminó con las regulaciones de salarios mínimos para los docentes del sistema privado. Además, la normativa también terminó con el sistema de reajustes anuales y de aumentos por antigüedad que gozaban los profesores de establecimientos pagados.

Los efectos de las distintas normativas sobre las remuneraciones de los docentes durante el período 1970-1990 quedan de manifiesto en la información presentada en los cuadros 1, 2 y 3. Los primeros dos cuadros permiten visualizar la caída de ingresos que experimentó el magisterio durante los setenta, mientras la información del Cuadro Nº 3 muestra el nivel que exhibían las remuneraciones docentes a finales de la década de los ochenta.

En particular, el Cuadro Nº 1 indica que durante los setenta no sólo se produjo una caída importante de las remuneraciones docentes sino que ésta afectó en mayor medida al premio por antigüedad[15]. En efecto, los salarios reales tanto para quienes ingresaban al sistema como para quienes habían alcanzado el tope de su carrera docente cayeron un 72% entre 1971 y 1974. Posteriormente, a finales de los setenta, los salarios reales de los docentes con cero antigüedad mostraron una recuperación que llevó a que éstos se ubicaran un 28% por encima del nivel de 1974. Sin embargo, en el caso de los docentes más antiguos, la recuperación durante la segunda mitad de los setenta sólo alcanzó a un 1,7% respecto del nivel de 1974, con lo cual los salarios reales para quienes habían alcanzado el tope de su carrera fueron en 1979 un 71% inferior a los de ocho años antes.

De acuerdo a la información del Cuadro Nº 1, las remuneraciones de los profesores más altas del período se habrían alcanzado durante los años 1971 y 1972[16]. En particular, la remuneración de un docente de enseñanza media que iniciaba su carrera e impartía una jornada semanal de 30 horas, alcanzó a $310.759 (en pesos de julio de 1997) en 1971, mientras que para el docente que finalizaba su carrera con treinta años de servicio su remuneración alcanzaba a $745.821 en dicho año. En los años siguientes, las remuneraciones reales tanto de los docentes de enseñanza primaria como secundaria cayeron sostenidamente hasta alcanzar su nivel más bajo en el año 1974, para posteriormente iniciar una leve recuperación que llevó a que éstas finalizaran la década en $113.720 para los docentes con cero antigüedad y $216.395 para los docentes con 15 bienios.

[15] Recuérdese que en 1976 se redujo el aumento por trienios a un máximo de 100% del sueldo base, el máximo anterior era 140%. Además, en 1978 la asignación por antigüedad varió de trienal a bienal y se redujo el tope de años.

[16] Es importante tener presente que los niveles observados en el período 1971-1973 pueden ser no del todo representativos, producto del entorno y de cómo fueron alcanzados.

CUADRO Nº 1: REMUNERACIONES DEL PROFESOR DE ENSEÑANZA MEDIA EQUIVALENTE A UNA JORNADA DE 30 HORAS SEMANALES(*)
(En pesos de julio de 1997)

	Remuneración inicial 0 años de servicio		Remuneración final 30 años de servicio		Índice real de remuneraciones(***)
Período	Nivel en $	Índice	Nivel en $	Índice	
1971	310.759	100,0	745.821	100,0	100,0
1972	264.934	85,3	635.826	85,3	73,1
1973	177.375	57,1	425.703	57,1	38,4
1974	88.689	28,5	212.850	28,5	48,0
1975	98.502	31,7	236.405	31,7	46,7
1976	113.292	36,5	205.436	27,5	58,9
1977	109.198	35,1	218.413	29,3	59,6
1978	109.556	35,3	222.149	29,8	63,5
1979	113.720	36,6	216.395	29,0	68,7
1981(**)	160.688	51,7	308.774	41,4	81,3

(*) Se utilizó el Índice de Precios corregido de Cortázar-Marshall.

(**) Entre 1981 y 1990 no se cuenta con información centralizada, por cuanto cada municipalidad pagó las remuneraciones de sus docentes de acuerdo a su disponibilidad presupuestaria.

(***) Estimación propia de empalmes del índice de sueldos y salarios e índices de remuneraciones del INE.

Fuente: (1) Cerda, Núñez y Silva, 1993. (2) Instituto Nacional de Estadísticas. (3) Estimaciones propias.

CUADRO Nº 2: REMUNERACIONES DEL PROFESORADO EQUIVALENTE A UNA JORNADA DE 30 HORAS SEMANALES
(En pesos de julio de 1997)

	Profesor primario				Profesor secundario				Índice real de remuneraciones(**)
	0 años de servicio		30 años de serv.		0 años de servicio		30 años de serv.		
	Nivel en $ (*)	Índice	Nivel en $ (*)	Índice	Nivel en $ (*)	Índice	Nivel en $ (*)	Índice	
1960	92.993	100,0	243.712	100,0	139.254	100,0	361.154	100,0	100,0
1961	106.536	114,6	246.690	101,2	154.203	110,7	362.605	100,4	104,3
1972	222.166	238,9	533.185	218,8	264.934	190,3	635.826	176,1	156,8
1981	129.726	139,5	257.230	105,6	160.688	115,4	308.774	85,5	174,6

(*) Se utilizó el Índice de Precios corregido de Cortázar-Marshall.

(**) Ver (***) del Cuadro Nº 1.

Fuente: Cerda, Núñez y Silva, 1993. Anexo del Personal de la Ley de Presupuesto de la Administración Pública, 1960 y 1961. Instituto Nacional de Estadística.

CUADRO Nº 3: REMUNERACIONES BRUTAS DEL PROFESORADO EN EL AÑO 1990 EQUIVALENTE A UNA JORNADA DE 30 HORAS SEMANALES
(En pesos de julio de 1997)

Tipo de profesor	Corporación municipal	DAEM Tipo de institución	Particular subvencionado	Promedio
Enseñanza básica	161.099	155.736	117.066	145.997
Enseñanza media	171.824	159.263	131.461	150.725
Directivos	315.952	279.465	277.254	287.394

Fuente: Cerda, Núñez y Silva, 1993.

Si bien el comportamiento de las remuneraciones del profesorado correspondió a la tendencia general que exhibieron las remuneraciones promedio durante los setenta, tanto la caída inicial como la posterior recuperación tendieron a ser más negativas para el magisterio que para el promedio de las remuneraciones totales de la economía. De acuerdo al índice de remuneraciones reales promedio de la economía chilena, éstas cayeron en 1974 un 52% respecto de 1971 (las de los profesores lo hicieron en 72%) mientras la recuperación posterior de las remuneraciones totales alcanzó en 1979 cerca del 43% respecto de las obtenidas en 1974. En tanto, la recuperación de las remuneraciones de los profesores alcanzó en promedio a un 15% en igual período (Cuadro Nº 1).

Aun cuando la caída experimentada por las remuneraciones reales del profesorado fue un fenómeno generalizado de las remuneraciones durante la primera mitad de los setenta, es importante mencionar que la magnitud de la caída está fuertemente influenciada por el nivel que alcanzaron las remuneraciones de los docentes durante los primeros años del gobierno del Presidente Allende. En particular, éstas habrían alcanzado en los años 1971 y 1972 incrementos muy por encima de los observados por el promedio de las remuneraciones de la economía en dichos años. En efecto, entre 1960 y 1972 la remuneración real de un profesor primario más que se duplicó y la de un profesor secundario lo hizo en torno a un 80%. En tanto, las remuneraciones reales del promedio de la economía sólo lo hicieron en algo más del 50% en igual período (Cuadro Nº 2).

El aumento de las remuneraciones del profesorado por encima del promedio de la economía en dichos años se explicaría, en lo fundamental, por ciertos aspectos administrativos que beneficiaron a los docentes por encima de los reajustes generales de sueldos. En particular, los profesores

primarios aumentaron sus ingresos al recibir un nombramiento por seis horas adicionales para todos ellos. Este incremento de las remuneraciones de los docentes formó parte de la política fiscal expansiva y de redistribución de ingresos seguida en esos años por el gobierno de la Unidad Popular. En efecto, el gasto público en educación se incrementó desde alrededor de 4,3% del PIB en el período 1969-1970 a 5,5% del PIB en 1971 y 5,9% del PIB en 1972 para posteriormente volver a niveles del 4,5% del PIB en 1974.

De acuerdo a la información presentada en los cuadros 1 y 2, entre los años 1979 y 1981 (año en que se inició el traspaso de las escuelas y liceos estatales a las municipalidades) las remuneraciones de los docentes se incrementaron en forma importante; sin embargo, este aumento no fue suficiente para equiparar el perfil de remuneraciones del profesorado con el exhibido por el promedio de los sectores económicos. En efecto, las remuneraciones reales de los docentes secundarios aumentaron en alrededor de 42% entre 1979 y 1981 mientras las remuneraciones promedio de la economía lo hicieron en 18,3% en igual período. No obstante lo anterior, las remuneraciones del profesorado en 1981 exhibieron un nivel levemente superior a los niveles de los primeros años de los sesenta, mientras las remuneraciones reales promedio de la economía en 1981 representaron un 174,6% de las observadas en 1960. En particular, la remuneración real de un profesor primario en 1981, con 30 años de servicio, alcanzó a $257.230, un aumento de sólo un 5,6% respecto del nivel exhibido en 1960, mientras la remuneración de un profesor secundario, con igual número de años de servicio, fue de $308.774 en 1981, nivel un 15% inferior a la remuneración obtenida por un profesor que estaba terminando su carrera en 1960.

Si bien no existe información centralizada respecto de las remuneraciones promedio recibidas por el profesorado durante la década de los ochenta (por cuanto cada municipalidad pagó las remuneraciones de sus docentes de acuerdo con su disponibilidad presupuestaria), la evidencia encontrada por la encuesta nacional sobre personal y remuneraciones docentes efectuada en marzo de 1990 demuestra que éstas experimentaron una caída real respecto de las pagadas a fines de la década de los setenta. En efecto, la información presentada en los cuadros 2 y 3, para los años 1981 y 1990, indica que el sueldo promedio del profesor de enseñanza básica en 1990, para una jornada de 30 horas semanales, alcanzó a $145.998[17], sólo un 12% superior a la remuneración de un profesor básico con cero años de servicio en 1981. En tanto, para el profesor de enseñanza

[17] Se estima que la antigüedad promedio de los docentes en Chile es torno a 10-11 bienios.

media el sueldo promedio de 1990 se ubicó en $150.725, o sea un 6% por debajo del sueldo del docente con cero años de servicio en 1981.

De acuerdo a la información del Cuadro Nº 2, se estima que la remuneración promedio de un docente de enseñanza media con 10 bienios, para una jornada de 30 horas semanales, habría alcanzado a alrededor de $281.204 en 1981. Es decir, un 46% por encima de la remuneración promedio de un docente de secundaria en 1990 para igual jornada.

Considerando que la gran mayoría de los docentes no habría sufrido una disminución en su remuneración al momento del traspaso a las municipalidades, es posible postular que la caída real de las remuneraciones durante los ochenta se explicaría, fundamentalmente, por la disminución que experimentó el monto de los recursos fiscales destinados al sector de educación municipal. En efecto, la etapa inicial del proceso de municipalización se caracterizó por un atractivo valor de la subvención escolar para financiar la operación de los establecimientos, llevando a que los recursos destinados al sector de educación municipal en 1981 se incrementaran un 53% respecto de 1980. Posteriormente, en el período 1982-1985, y como consecuencia del proceso de ajuste macroeconómico a la crisis de la deuda externa, el gasto de los programas públicos fue reducido en forma importante y con esto los recursos destinados a la educación municipalizada. En particular, la política aplicada en el sector educacional fue rezagar el valor de la subvención respecto de la evolución del índice de precios al consumidor. De esta manera, entre 1981 y 1985 la subvención expresada en términos reales cayó un 26% en educación básica y un 30% en el caso de la enseñanza media (Cuadro Nº 4).

No obstante la recuperación de la economía y de las finanzas públicas durante los últimos años de los ochenta, el valor de la subvención escolar se mantuvo en niveles deteriorados durante este período. En este contexto, los recursos fiscales destinados a la educación municipal fueron reduciéndose sostenidamente durante la década pasada, llevando a que la subvención escolar cayera en promedio cerca de un 30% real entre 1981 y 1990 y los recursos totales lo hicieran en cerca del 42% en igual período.

Si consideramos que el pago de remuneraciones a docentes constituye probablemente la partida más importante dentro del presupuesto de los establecimientos educacionales, entonces no debiera resultar difícil postular que esta caída del 30% del monto de subvenciones podría estar explicando en gran medida la disminución real del 38% que experimentaron las remuneraciones promedio de los docentes en el período 1981-1990[18].

[18] Ver Cuadro Nº 8 para remuneraciones promedio de docentes con 10 bienios.

CUADRO Nº 4: RECURSOS FINANCIEROS DE LA EDUCACIÓN MUNICIPALIZADA
Índices

Año	Total (*)	Recursos por alumno	Subvención Ed. básica	Subvención Ed. media
1980	100,0	100,0	n.d.	n.d.
1981	153,0	150,4	100,0	100,0
1982	136,3	151,1	97,0	91,8
1983	106,3	121,2	80,0	75,8
1984	101,4	120,8	79,8	75,6
1985	103,7	136,5	73,8	69,9
1986	100,7	127,3	79,1	74,9
1987	92,7	123,5	74,5	70,5
1988	105,2	142,2	72,5	66,4
1989	92,2	127,7	77,5	71,0
1990	89,2	125,7	73,2	67,0

(*) Se refiere al total de recursos públicos destinados al sector, incluyendo la subvención, los aportes municipales, el gasto de inversión, los programas asistenciales, los programas MECE y P-900, y diversos beneficios para los profesores (indemnizaciones, Estatuto Docente y otros).

Fuente: O. Larrañaga (1995). En base a estadísticas del Ministerio de Educación.

Adicionalmente a los niveles de remuneraciones, una característica que resulta significativa de la información presentada es la reducción que se tiende a producir en la brecha entre los sueldos al principio y al final de la carrera. En el Cuadro Nº 1 se observa que entre 1971 y 1975 el sueldo de un docente de enseñanza media con 30 años de servicio era 2,4 veces superior al sueldo de quién tenía cero años de servicio, en tanto que en 1979 esta situación se redujo a 1,9 veces, razón que se habría mantenido en 1981. Esta reducción en la brecha de las remuneraciones por antigüedad también ocurrió de igual manera para los profesores de enseñanza básica. Por ejemplo, en 1972 los profesores de nivel básico con 30 años de servicio recibían una remuneración que era 140% superior a la de un profesor básico con cero años de servicio, en tanto en 1981 la renta de un profesor básico al finalizar su carrera respecto al que la iniciaba fue un 98% superior. Considerando que las remuneraciones de los profesores se habrían mantenido estancadas hasta 1990, es posible que la brecha entre los salarios por razones de antigüedad en el servicio haya permanecido relativamente constante respecto de la brecha de 1981.

Finalmente, otra característica importante de destacar en este período es la disminución en las diferencias de remuneraciones entre los profesores de enseñanza básica y media para una misma antigüedad. En efecto,

en 1972, un profesor de educación básica con 0 y 30 años de servicio ganaba el equivalente al 84% del sueldo de un profesor de educación media, en 1981 este porcentaje alcanzó al 80,7% para cero años de servicio y 83,3% para 30 años de servicio, en tanto que en 1990 el sueldo promedio de un profesor de enseñanza básica representó cerca del 97% del de enseñanza media[19].

No obstante lo anterior, la información del Cuadro Nº 3 indicaría que la heterogeneidad salarial a finales de los ochenta se debería no tanto a los años de experiencia en el servicio, sino que al tipo de establecimiento en el cual trabaja el docente. Así por ejemplo, la remuneración media de los profesores de educación básica para una jornada semanal de 30 horas alcanzaba a $117.066 en los colegios particulares, a $155.736 en los DAEM[20] y $161.099 en las corporaciones municipales. Este mismo patrón se observaba para los profesores de enseñanza media. Si bien los sueldos más altos se encuentran en las corporaciones municipales, ellas abarcan una cantidad de profesores relativamente pequeña, pues la mayoría de ellos está bajo la administración municipal a través de los DAEM.

En conclusión, la información presentada indicaría que durante el período 1970-1990 las remuneraciones reales de los docentes habrían disminuido a tasas superiores a las experimentadas por las remuneraciones promedio de la economía, situación que habría ubicado las remuneraciones del profesorado en 1990 a niveles no sólo por debajo de los exhibidos durante los primeros años de los setenta y ochenta sino que inferiores a los observados durante 1960. Esta situación contrasta con el incremento real de las remuneraciones totales de la economía, las cuales en 1990, si bien eran un 21% inferior a las observadas en 1971, eran un 68% superior a las de 1960. Por otra parte, las disminuciones en las brechas salariales entre los profesores que inician y terminan la carrera, así como también aquella entre los profesores de enseñanza media y básica, denotan que el espacio para aspirar a mayores salarios en esta actividad por estas vías se fue reduciendo sistemáticamente durante el período analizado.

b) Remuneraciones desde 1990

La Ley Nº 19.070 promulgada en 1991 estableció un sistema de remuneraciones para el personal docente del sector municipal sobre la base

[19] En 1960 la remuneración de un profesor primario representaba alrededor del 67% de la renta de un profesor secundario.

[20] Los DAEM son establecimientos educacionales cuya administración ha sido traspasada a las municipalidades.

de la determinación de una remuneración básica mínima nacional (RBMN) por hora de clase para cada nivel del sistema educativo. Además de ser un piso para los profesores del país, aplicable también al sector particular, ésta sirve de medida para fijar el monto de diversas asignaciones dirigidas a estimular la experiencia, el perfeccionamiento, el desempeño en lugares de más difícil cumplimiento de la función magisterial y el ejercicio de determinados cargos directivos en los establecimientos. Además, la ley contempla que las municipalidades podrán establecer incrementos en las asignaciones anteriores y otorgar asignaciones especiales de incentivo profesional. Estas últimas se otorgarán por razones fundadas en el mérito.

Con relación a la jornada de trabajo, el Estatuto estableció que ésta no podrá exceder de 44 horas cronológicas para un mismo empleador[21].

En el articulado permanente del Estatuto Docente se fijaron los porcentajes de cada asignación con relación a la RBMN, en tanto que las disposiciones transitorias señalaron el calendario de cómo dichos porcentajes se irían logrando durante el período 1991 a 1995. En particular, se estableció que la asignación de experiencia que se otorgaría en 1991 alcanzaría al 50% del monto correspondiente por cada bienio acreditado; durante 1992 alcanzaría al 80% del total correspondiente, y a partir de 1993 se aplicará íntegramente lo dispuesto en la ley. La asignación de perfeccionamiento, en tanto, se otorgaría a partir de los años 1993 y 1994 por un máximo de 20% imputable a la remuneración básica mínima nacional. A partir de 1995, el monto máximo de la asignación sería de 40% de dicha remuneración.

De acuerdo a la normativa, la remuneración de los docentes se determinará sobre la base del valor mínimo de la hora cronológica que fija la ley para cada nivel de enseñanza por el número de horas para las cuales el docente haya sido contratado (RBMN), más las siguientes asignaciones y bonos:

i) *Asignación de experiencia*: se concede en atención a los años de servicio y se aplica sobre la RBMN y consiste en un porcentaje de ésta, que la incrementa un 6,76% por los primeros dos años de servicio docente y 6,66% por cada dos años adicionales, con un tope y monto máximo de 100% de la RBMN para aquellos docentes que totalicen 30 años de servicio.

[21] Como se mencionó en la sección anterior, la Ley Nº 18.602 de 1986 también establecía que la jornada semanal de trabajo no podría exceder de 44 horas para un mismo empleador.

ii) *Asignación de perfeccionamiento*: ésta tiene por objeto incentivar la superación técnico-profesional del docente y consiste en un porcentaje de hasta un 40% de la RBMN. Ésta se concede a quienes hayan aprobado programas, cursos o actividades de perfeccionamiento de postítulo o de posgrado académico.

iii) *Asignación de desempeño difícil*: ésta se otorga a aquellos docentes que cumplan funciones en establecimientos que sean calificados como de desempeño difícil por razones de ubicación geográfica, marginalidad, extrema pobreza. Esta asignación podrá alcanzar hasta un 30% de la RBMN.

iv) *Asignación de responsabilidad directiva y técnica pedagógica*: ésta se otorga a los docentes que sirvan funciones superiores, y alcanza hasta un monto máximo equivalente al 20% (responsabilidad directiva) y 10% (responsabilidad técnica-pedagógica) de la RBMN.

v) *Unidad de Mejoramiento Profesional (UMP)*: ésta consiste en un bono de monto fijo mensual, imponible, que se otorga a todos aquellos docentes que tengan una jornada semanal igual o superior a 30 horas cronológicas, para uno o más empleadores. Ésta se empezó a pagar a partir del mes de diciembre de 1993. A julio de 1997, la UMP alcanzaba a $17.520 mensuales.

vi) *Monto mensual fijo complementario*: éste complementa a la UMP recibida mensualmente por todos aquellos docentes que tienen más de 12 años de servicio y una jornada laboral de 30 o más horas semanales[22].

vii) *Remuneración mínima*: la ley determinó que la remuneración total de los docentes que tuvieran un contrato de 30 horas semanales cronológicas no podría ser inferior a un cierto monto. Éste se estableció en $130.000 a partir del 1 de enero de 1995, en $156.000 a partir del 1 de enero de 1996. Actualmente, la remuneración mínima mensual de los docentes que poseen un contrato de 30 horas semanales alcanza a $184.000[23].

---

[22] Al mes de diciembre de 1993, el monto mensual fijo complementario alcanzó a $441 para aquellos docentes con 12 y 13 años de servicio; monto que se incrementa hasta $6.015 para docentes con 30 o más años de servicio. La ley estipuló, además, que todos aquellos docentes que se desempeñen en un horario inferior a las 30 horas semanales, recibirán una cantidad proporcional de los montos establecidos en la UMP y el monto mensual fijo complementario, a razón de un treintavo de los montos determinados por cada hora de contrato.

[23] En caso que la designación o contrato sea diferente a las 30 horas cronológicas semanales, lo dispuesto respecto a la remuneración mínima se aplica en proporción a las horas establecidas en el respectivo contrato o designación.

viii) *Planilla complementaria*: aquellos docentes que tengan una remuneración por debajo del mínimo establecido anteriormente, recibirán la diferencia como planilla complementaria para alcanzar dicho mínimo.

ix) *Bonificación proporcional*: se otorga en proporción a las horas de designación o contrato de cada docente, y su monto es determinado por cada sostenedor. Su monto es subordinado al cumplimiento de la planilla complementaria.

x) *Subvención adicional*: corresponde a un monto en pesos por alumno para cada nivel y modalidad de enseñanza. En 1996, ésta alcanzó a $761 para la educación general básica entre 1° y 6° años, mientras en la educación media científico-humanista alcanzó a $947.

xi) *Subvención por desempeño de excelencia*: corresponde a un monto mensual en pesos por alumno (en 1996 fue de $645) que se otorga, a lo más, al 25% de los establecimientos regionales que hayan sido calificados como de excelente desempeño. El monto recibido por los establecimientos debe repartirse íntegramente entre los profesionales de la educación de los colegios elegidos. Esta asignación especial empezó a ser otorgada a partir del mes de octubre de 1996.

Con base en la descripción anterior, el Cuadro Nº 5 muestra la *remuneración mínima* de los profesores de enseñanza básica y media para una jornada de 30 horas semanales al mes de julio de 1997. Ésta considera la RBMN más la asignación por experiencia, la UMP y el monto mensual fijo complementario cuando corresponda. Para obtener la *remuneración total* recibida por los docentes se debe sumar a esta remuneración mínima, cuando corresponda, las asignaciones de perfeccionamiento, responsabilidad docente directiva y/o técnico-pedagógica, desempeño difícil y zona, la planilla complementaria y la bonificación proporcional. En particular, el Cuadro Nº 5 indica que la *remuneración mínima* mensual que recibe actualmente un docente que se encuentra en la mitad de su vida profesional alcanzaría alrededor de los $225.000 en la enseñanza básica y $235.000 en la enseñanza media. Ciertamente, incrementos de renta por sobre estos valores dependerán tanto de aumentos en el número de horas trabajadas como de las restantes asignaciones y bonos cuando corresponda.

Considerando que la jornada semanal promedio de los trabajadores chilenos es de 48 horas, el Cuadro Nº 6 presenta las *remuneraciones mínimas* para una jornada docente de 44 horas semanales, que es el máximo de horas, según la ley, por la cual puede ser contratado un docente. Ciertamen-

CUADRO Nº 5: REMUNERACIONES DEL SECTOR MUNICIPAL A JULIO DE 1997
(En pesos de julio de 1997)

	Docentes enseñanza básica 44 horas				Docentes enseñanza media 44 horas			
Número de bienios	RBMN $4.259	Asignación experiencia	UMP y monto mens. fijo compl.	Total	RBMN $4.483	Asignación experiencia	UMP y monto mens. fijo compl.	Total
0	127.770	0	17.520	145.290	134.490	0	17.520	152.010
1	127.770	8.637	17.520	153.927	134.490	9.092	17.520	161.102
2	127.770	17.070	17.520	162.360	134.490	17.968	17.520	169.978
3	127.770	25.503	17.520	170.793	134.490	26.844	17.520	178.854
4	127.770	33.936	17.520	179.226	134.490	35.721	17.520	187.731
5	127.770	42.369	17.520	187.659	134.490	44.597	17.520	196.607
6	127.770	50.801	17.520	196.091	134.490	53.473	18.134	206.097
7	127.770	59.234	17.520	204.524	134.490	62.350	18.996	215.835
8	127.770	67.667	17.520	212.957	134.490	71.226	19.857	225.573
9	127.770	76.100	17.520	221.390	134.490	80.102	20.721	235.313
10	127.770	84.533	17.520	229.823	134.490	88.979	21.582	245.051
11	127.770	92.965	17.520	238.255	134.490	97.855	22.444	254.789
12	127.770	101.398	17.520	246.688	134.490	106.731	23.307	264.528
13	127.770	109.831	17.520	255.121	134.490	115.608	24.155	274.253
14	127.770	118.264	17.520	263.554	134.490	124.484	25.032	284.006
15	127.770	126.697	17.520	271.987	134.490	133.360	25.894	293.744

Fuente: Ministerio de Educación.

CUADRO Nº 6: REMUNERACIONES DEL SECTOR MUNICIPAL A JULIO DE 1997
(En pesos de julio de 1997)

	Docentes enseñanza básica 44 horas				Docentes enseñanza media 44 horas			
Número de bienios	RBMN $4.259	Asignación experiencia	UMP y monto mens. fijo compl.	Total	RBMN $4.483	Asignación experiencia	UMP y monto mens. fijo compl.	Total
0	187.396	0	17.520	204.916	197.252	0	17.520	214.772
1	187.396	12.668	17.520	217.584	197.252	13.334	17.520	228.106
2	187.396	25.036	17.520	229.952	197.252	26.353	17.520	241.125
3	187.396	37.404	17.520	242.320	197.252	39.371	17.520	254.143
4	187.396	49.772	17.520	254.688	197.252	52.390	17.520	267.162
5	187.396	62.141	17.520	267.057	197.252	65.409	17.520	280.181
6	187.396	74.509	17.520	279.425	197.252	78.427	18.134	293.813
7	187.396	86.877	17.520	291.793	197.252	91.446	18.996	307.694
8	187.396	99.245	17.520	304.161	197.252	104.465	19.857	321.574
9	187.396	111.613	17.520	316.529	197.252	117.483	20.721	335.456
10	187.396	123.981	17.520	328.897	197.252	130.502	21.582	349.336
11	187.396	136.349	17.520	341.265	197.252	143.521	22.444	363.217
12	187.396	148.717	17.520	353.633	197.252	156.539	23.307	377.098
13	187.396	161.086	17.520	366.002	197.252	169.558	24.155	390.965
14	187.396	173.454	17.520	378.370	197.252	182.576	25.032	404.860
15	187.396	185.822	17.520	390.738	197.252	195.595	25.894	418.741

Fuente: Ministerio de Educación.

te, la remuneración mensual equivalente a una jornada de 44 horas semanales es un indicador mejor y probablemente más realista de la remuneración promedio que recibirían los docentes que aquella que es calculada en base de una jornada de 30 horas semanales[24]. En este caso, la *remuneración mínima* mensual que recibe actualmente un docente que se encuentra en la mitad de su vida profesional se elevaría a alrededor de los $320.000 en la enseñanza básica y a $335.000 en la enseñanza media.

Dado que una parte importante del sueldo de los docentes la constituyen las asignaciones y bonos, el Cuadro Nº 7 presenta las *remuneraciones totales* mensuales promedio de los docentes municipalizados para jornadas de 30 y 44 horas semanales para el período 1990-1997. En éstas se ha considerado la RBMN, la asignación por años de servicio para una experiencia media docente que se estima en 10 bienios, porcentajes promedios de asignaciones de responsabilidad, perfeccionamiento, desempeño en condiciones difíciles, UMP, bonificación proporcional, imponibilidad total, desempeño de excelencia. En el ejercicio no se incluye la asignación de zona.

La información del Cuadro Nº 7 indica que durante el período 1990-1997 las remuneraciones promedio de los docentes se han incrementado sostenidamente a una tasa real promedio anual del 10,4%, permitiendo que en un período de siete años los salarios reales de los docentes se hayan doblado respecto de los exhibidos en 1990. Este incremento real se ubica muy encima del exhibido por el promedio de los sueldos de la economía chilena. En efecto, de acuerdo al índice de remuneraciones calculado por el INE, las remuneraciones reales promedio de la economía se han incrementado en alrededor de 35% en el período 1990-1997, mientras que las de los docentes lo han hecho en 99,4% en igual período. De esta forma, en la actualidad, un docente con 20 años en el servicio, con un nivel de capacitación promedio, recibiría una remuneración total en torno a los $300.000 para una jornada de 30 horas semanales, monto que podría aumentar a alrededor de $440.000 al incrementar su jornada a 44 horas semanales.

Finalmente, sobre la base de la información utilizada en esta sección, el Cuadro Nº 8 presenta la evolución de las remuneraciones reales promedio del profesorado y de la economía chilena para el período 1960-1997. Las principales conclusiones que se obtienen de esta información son las siguientes.

Primero, la remuneración real promedio de un docente en 1997 se ubicaría un 23% por encima de la observada en 1960, alrededor de un 35%

[24] Además, utilizar una remuneración promedio sobre la base de una jornada de 44 horas semanales permite comparar las remuneraciones de los docentes con otras profesiones que desarrollan una jornada laboral de 45-48 horas semanales.

CUADRO Nº 7: REMUNERACIÓN PROMEDIO MENSUAL DE DOCENTES
SECTOR MUNICIPAL
(En pesos de julio de 1997)

Año	Jornada 30 horas	Jornada 44 horas	Índice real Rem. Profes.	Variación porcentual
1990	150.500	220.733	100,0	
1991	160.057	234.751	106,4	6,4%
1992	184.243	270.223	122,4	15,1%
1993	203.921	299.085	135,5	10,7%
1994	232.368	340.806	154,4	13,9%
1995	256.269	375.862	170,3	10,3%
1996	277.718	407.319	184,5	8,4%
1997	299.990	439.986	199,3	8,0%

Nota: Remuneración promedio correspondiente a un docente con 10 bienios. Entre marzo de 1990 y hasta febrero de 1991 corresponde a la remuneración mensual según la encuesta realizada en marzo de 1990, incrementada por los reajustes legales del período. A partir de marzo de 1991, considera la remuneración básica mínima nacional, más asignaciones (experiencia, responsabilidad, perfeccionamiento, desempeño en condiciones difíciles), UMP, bonificación proporcional, imponibilidad total, desempeño de excelencia y remuneración adicional. No incluye zona.

Fuente: Ministerio de Educación.

CUADRO Nº 8: REMUNERACIÓN PROMEDIO MENSUAL DE DOCENTES
EQUIVALENTE A UNA JORNADA DE 44 HORAS SEMANALES (*)
(En pesos de julio de 1997)

	Ed. Básica	Educ. Media	Promedio total docentes	Índice real total docentes	Índice real Remun. totales (**)
1960	316.527	468.421	356.627	100,0	100,0
1961	320.395	470.303	359.971	100,9	104,3
1971	802.627	957.136	843.418	236,5	214,7
1972	667.979	796.567	701.926	196,8	156,8
1973	447.216	533.306	469.944	131,8	85,2
1974	223.612	266.658	234.976	65,9	103,1
1975	248.353	296.163	260.975	73,2	100,2
1981	332.963	412.433	353.943	99,2	174,6
1990	214.129	221.063	220.733	61,9	168,0
1997	425.723	453.932	439.985	123,4	227,3

(*) Remuneración promedio correspondiente a un docente con 10 bienios.

Todas las cifras fueron deflactadas por el índice de precios corregido de Cortázar-Marshall.

Las remuneraciones de los años 1960, 1961, 1971-1975, 1981 y 1990 se construyeron con la información base de los Cuadros 1 y 2,

La remuneración del año 1997 se construyó con la información base de los Cuadros 6 y 7.

(**) Corresponde al índice de remuneraciones de la economía chilena. Basado en el índice de sueldos y salarios y los posteriores índices de remuneraciones publicados por el Instituto Nacional de Estadísticas. El empalme del índice de sueldos y salarios y el primer índice de remuneraciones corresponde al efectuado por el INE. El empalme entre ambos índices de remuneraciones fue estimación propia.

menor a la exhibida en el período 1971-1973 y cerca de un 24% por encima de la observada en 1981 para una misma jornada. Es decir, el incremento real de 100% que han exhibido las remuneraciones de los docentes durante los noventa habría permitido que los profesores recuperen y sobrepasen en un 24% los niveles observados a principios de los sesenta. Esta situación contrasta con lo sucedido con las remuneraciones promedio de la economía, las cuales en términos reales se han más que duplicado respecto de las observadas en 1960.

Segundo, la información indicaría que a partir de mediados de los setenta las remuneraciones de los docentes han evolucionado a una velocidad distinta de la exhibida por el promedio de las remuneraciones de la economía. En efecto, durante los sesenta y los primeros años de los setenta la tendencia seguida por las remuneraciones de los docentes no fue muy distinta de la manifestada por el promedio de la economía. Así, el importante aumento en las remuneraciones reales de profesores en el año 1971 no habría sido un fenómeno aislado, ya que también habría ocurrido para el promedio de las remuneraciones de la economía. A su vez, la posterior disminución real de los sueldos de los años 1972 y 1973 habría afectado en forma importante a toda la economía.

Sin embargo, a partir de 1974 se produce una desviación entre la evolución de los sueldos de los docentes y la del promedio de la economía. En efecto, mientras las remuneraciones reales del promedio de la economía aumentaron un 21% en 1974 respecto de 1973, las del profesorado cayeron un 50% en igual período. Entre 1975 y 1981 la recuperación de las remuneraciones abarcó a toda la economía, aun cuando las de los profesores crecieron cerca de 20 puntos porcentuales por debajo de las del promedio de la economía (50,5% respecto de 69,4%). En tanto, en la década de los ochenta se habría producido nuevamente una divergencia importante, que habría llevado a que las remuneraciones reales de los docentes cayeran un 38% en el período 1981-1990 mientras las del promedio de la economía sólo lo hicieron en 3,8%.

Tercero, en la actualidad, la remuneración mínima inicial de un docente que se inicia en el servicio se ubica por encima de la que recibía a principios de los sesenta y ochenta, aun cuando por debajo de la de los años 1971 y 1972. En efecto, el Cuadro Nº 2 señala que la remuneración de un docente de enseñanza media con cero años de servicio, por una jornada de 30 horas semanales, alcanzó a $139.254 (en pesos de julio de 1997) en 1960 y $264.934 en 1972, mientras que esta misma jornada en 1997 recibe una remuneración mínima de $184.000.

En este contexto, un docente que se inicia en la carrera con ningún tipo de asignación recibiría el sueldo mínimo garantizado de $184.000 por

30 horas semanales, sueldo que se incrementaría, dependiendo del nivel educativo, entre los $280.000 y $294.000 al finalizar su carrera, producto exclusivamente de los años de servicio. Es decir, su sueldo en un plazo de 30 años de servicio sería algo más de 1,5 veces superior al sueldo inicial. En caso que la jornada fuera de 44 horas semanales, esta relación aumentaría alrededor de 2 veces.

V. CONSIDERACIONES RESPECTO DE LOS ACTUALES NIVELES DE REMUNERACIONES

De acuerdo a la información presentada en la sección anterior, las actuales remuneraciones promedio de los docentes en Chile corresponderían a las más altas observadas desde 1974 a la fecha. En lo fundamental, esta situación se explicaría por el incremento real del 100% que han experimentado éstas en el período 1990-1997, lo cual ciertamente debería posesionar al profesorado como el sector más privilegiado en política salarial durante los últimos siete años. No obstante lo anterior, las actuales remuneraciones sólo representarían niveles cercanos a los observados durante los primeros años de los sesenta, ubicándose aún muy por debajo de los exhibidos entre 1971y 1972, período en el cual las remuneraciones promedio del magisterio habrían alcanzado el nivel más alto de su historia.

En este contexto, uno de los argumentos utilizados frecuentemente para fundamentar las demandas salariales del gremio de profesores ha sido la hipótesis de que las remuneraciones de los profesores aún permanecen bajo sus niveles históricos. Aun cuando los niveles observados en el período 1971-1973 pueden ser no del todo representativos, producto del entorno y las características de cómo estos fueron alcanzados, es posible postular que esta hipótesis sí tendría cierta validez respecto del período anterior a 1970. En efecto, la remuneración promedio de un docente con 10 bienios y una jornada semanal de 44 horas, alcanzaba en 1960 alrededor de $356.000 (en pesos de julio de 1997), remuneración que de acuerdo al índice de remuneraciones del sector público[25] debería haberse visto incrementada en términos reales a cerca de $570.000 en 1969, como consecuencia de los reajustes reales otorgados al sector público durante el período 1960-1969. En tanto, en 1997 un docente con 10 bienios obtiene alrededor de $440.000 por una jornada similar de 44 horas semanales. Es decir, las actuales remuneraciones promedio de los docentes se ubicarían un 30% por debajo de las existentes a fines de los sesenta.

[25] Calculado por el Instituto Nacional de Estadísticas.

En definitiva, si consideramos, por una parte, que las actuales remuneraciones de los profesores alcanzarían para equiparar los niveles reales que éstas exhibían en los sesenta y, por otra parte, que las remuneraciones del resto de las profesiones habrían evolucionado de tal forma que el promedio de las remuneraciones reales de la economía representarían más del doble de las exhibidas durante los primeros años de los sesenta, entonces no debería resultar difícil explicar porqué las presiones salariales del profesorado han continuado con una fuerza importante durante los últimos años, a pesar del significativo reajuste real que exhibieron estas remuneraciones durante los noventa. De igual forma, es posible que estas razones permitan explicar ciertos fenómenos que se observan actualmente en la economía chilena, tales como el continuo éxodo de docentes a otras ocupaciones, la menor titulación universitaria de docentes en comparación con otras profesiones y porqué los mejores estudiantes no elijan estudiar pedagogía.

Ciertamente, la solución de estas situaciones no pasa solamente por igualar o aumentar las remuneraciones de los docentes a sus niveles históricos. En particular, el actual escenario en que se desenvuelve el docente es muy diferente al que existía en los años sesenta, al haber cambiado los incentivos y los costos de estudiar y, posteriormente, trabajar como docente. En efecto, en los años sesenta el docente ingresaba a las escuelas normales después de finalizar sexta preparatoria, y estudiaba seis años para obtener el título de profesor normalista[26]. Es decir, a una edad promedio de 18-19 años se estaba listo para ingresar al mercado laboral para desempeñarse como profesor de enseñanza básica[27]. Además, las posibilidades de continuar una carrera universitaria una vez terminados los años de humanidades, eran menores que hoy en día. En ese contexto, era factible que buenos alumnos eligieran la carrera docente.

En la actualidad, el costo de estudiar pedagogía ha aumentado respecto de otras profesiones si se considera el mayor retorno que reciben estas últimas. En efecto, a los 18 años se está terminando la enseñanza media y la decisión de un buen alumno es ingresar a estudiar igual número de años en una carrera universitaria como derecho, sicología, o ingeniería comercial, donde las posibilidades de retorno pecuniario en la cima de su carrera (que no necesariamente es al final de su vida laboral) pueden ser de tres a cuatro veces su salario inicial, o ingresar a estudiar cinco años de

[26] Existía también la alternativa de finalizar sexto de humanidades y postular a la Escuela Normal para cursar los dos últimos años regulares del programa de docentes normalistas, con lo cual se obtenía el título de profesor.

[27] En caso de buscar una especialización, el profesor normalista debía ingresar a la universidad, al igual que cualquier estudiante que deseara ser profesor de enseñanza media.

pedagogía con un retorno pecuniario que no sólo empezaría en un nivel menor respecto al de otras carreras sino que su *peak* se alcanzaría casi al final de su vida laboral y sólo llegaría a poco más de dos veces su remuneración inicial.

En este contexto, los bajos salarios tenderían a desalentar a los buenos estudiantes a ingresar a carreras universitarias de pedagogía, mientras que el bajo límite superior al que pueden llegar las remuneraciones tendería a desalentar a algunos a entrar a la profesión y a otros a permanecer en ella. En particular, el menor interés en estudiar carreras de educación queda de manifiesto al observar la menor titulación de docentes que se ha observado en los últimos años respecto de otras carreras. En efecto, en el Cuadro Nº 9 se muestra el número de personas que reciben un título o grado académico en la Universidad Católica de Chile. En éste se observa que, aun cuando el número de alumnos que ingresan a la carrera de pedagogía se ha mantenido relativamente constante durante los últimos seis años, los titulados de dichas carreras han disminuido sostenidamente respecto de otras carreras. Así, en 1992 los titulados en carreras de la educación de pre y posgrado representaban el 26% del total de personas tituladas en dicha universidad, mientras en 1996 este porcentaje se había reducido al 15%. Al considerar a los titulados en carreras de educación de pregrado, este porcentaje pasa de 18,3% en 1992 a 10,7% en 1996.

La preferencia de los alumnos por áreas de docencia de menor complejidad queda de manifiesto en el Cuadro Nº 10. En efecto, áreas como ciencias y matemáticas muestran no sólo un bajo número de docentes titulados sino que, además, éstos han ido disminuyendo en forma sostenida en relación con otras especialidades. Es así como en 1991 representaban el 10,9% del total de docentes titulados en la Facultad de Educación de la Universidad Católica, mientras que en el 1996 sólo representan el 2,2%[28]. Como se mencionó anteriormente, las razones de este comportamiento se podrían encontrar, por una parte, en el ingreso a la carrera de pedagogía de alumnos que han obtenido menores puntajes en la PAA y que, por ende, evitan las especialidades de mayor complejidad y, por otra parte, en el esquema actual de remuneraciones que no toma en cuenta la especialización docente en la determinación de las rentas del profesorado.

De acuerdo a las estadísticas del Consejo de Rectores de Universidades Chilenas, el menor interés en estudiar pedagogía y el descenso en la

[28] Esta situación no es distinta de la observada en otras universidades del país. Por ejemplo, en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación el número de docentes titulados en matemática ha descendido desde 32 titulados en 1981, a 24 en 1985, a 10 en 1990 y a 8 en 1994.

CUADRO Nº 9: DISTRIBUCIÓN DE LOS TÍTULOS O GRADOS ACADÉMICOS OTORGADOS POR LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Área de carreras	1992		1993		1994		1995		1996	
	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%
Ciencias sociales	296	18,5	330	19,7	449	24,1	455	22,6	541	25,7
Educación	413	25,8	346	20,7	334	17,9	376	18,7	316	15,0
Educación pregrado	293	18,3	247	14,8	252	13,5	253	12,6	226	10,7
Tecnología	238	14,9	304	18,2	322	17,3	357	17,8	370	17,6
Humanidades	129	8,1	156	9,3	226	12,1	214	10,6	200	9,5
Salud	190	11,9	189	11,3	181	9,7	206	10,2	201	9,6
Arte y arquitectura	120	7,5	113	6,8	122	6,5	132	6,6	131	6,2
Ciencias naturales y matemáticas	64	4,0	62	3,7	86	4,6	119	5,9	148	7,0
Derecho	95	5,9	111	6,6	78	4,2	77	3,8	95	4,5
Agropecuaria	53	3,3	62	3,7	68	3,6	75	3,7	101	4,8
Total titulados	1.598	100,0	1.673	100,0	1.866	100,0	2.011	100,0	2.103	100,0
Ingresos (Primer semestre)										
Facultad de Educación	183	5,5	192	5,4	182	4,8	188	5,0	224	5,5
Total Universidad	3.355	100,0	3.537	100,0	3.765	100,0	3.796	100,0	4.074	100,0

Fuente: Pontificia Universidad Católica de Chile.

CUADRO Nº 10: DISTRIBUCIÓN DE LOS TÍTULOS O GRADOS ACADÉMICOS OTORGADOS POR LA FACULTAD DE EDUCACIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

	1991		1992		1993		1994		1995		1996	
	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%
Educadora de párvulos	116	29,6	76	25,9	69	27,9	72	28,6	83	32,8	78	34,5
Licenciado en educación	11	2,8	16	5,5	10	4,0	5	2,0	0	0,0	1	0,4
Profesor de alemán	3	0,8	6	2,0	2	0,8	0	0,0	1	0,4	0	0,0
Profesor de artes plásticas	9	2,3	11	3,8	7	2,8	6	2,4	3	1,2	7	3,1
Profesor de castellano	33	8,4	20	6,8	24	9,7	28	11,1	28	11,1	14	6,2
Profesor de Cs. naturales y biología	6	1,5	3	1,0	7	2,8	2	0,8	3	1,2	3	1,3
Profesor de Cs. naturales y química	0	0,0	1	0,3	0	0,0	0	0,0	0	0,0	0	0,0
Profesor de Ed. general básica	84	21,4	65	22,2	63	25,5	70	27,8	78	30,8	62	27,4
Profesor de filosofía	8	2,0	7	2,4	3	1,2	5	2,0	3	1,2	1	0,4
Profesor de francés	11	2,8	7	2,4	5	2,0	1	0,4	1	0,4	6	2,7
Profesor de historia, geografía y E. Civic.	35	8,9	22	7,5	9	3,6	11	4,4	13	5,1	24	10,6
Profesor de inglés	16	4,1	19	6,5	18	7,3	17	6,7	21	8,3	21	9,3
Profesor de matemáticas	31	7,9	15	5,1	8	3,2	15	6,0	7	2,8	2	0,9
Profesor de matemáticas y física	6	1,5	2	0,7	2	0,8	0	0,0	1	0,4	0	0,0
Profesor de religión y moral	23	5,9	23	7,8	20	8,1	20	7,9	11	4,3	7	3,1
Total Facultad de Educación	392	100,0	293	100,0	247	100,0	252	100,0	253	100,0	226	100,0
Total Prof. de ciencias y matemáticas	43	11,0	21	7,2	17	6,9	17	6,7	11	4,3	5	2,2
Total Prof. de idiomas extranjeros	30	7,7	32	10,9	25	10,1	18	7,1	23	9,1	27	11,9

Fuente: Pontificia Universidad Católica de Chile.

titulación de docentes constituiría una situación generalizada de todas las universidades e institutos superiores del país, la cual se ha visto intensificada durante los últimos 15 años. En efecto, el número de estudiantes matriculados en carreras de pedagogía ha descendido desde alrededor de 35.000 en 1981 a 19.655 estudiantes en 1994, mientras la titulación de docentes lo ha hecho desde 6.020 a 1.968 titulados en igual período[29].

A su vez, las bajas remuneraciones y sus acotadas perspectivas tenderían a alentar a algunos profesores a ocupar otras posiciones en los establecimientos educacionales (cargos administrativos) o, en su defecto, a abandonar la carrera docente para ejercer otras ocupaciones en el sector público o privado. Adicionalmente, la existencia de ocupaciones de menor calificación técnica pero con niveles de rentas iguales o superiores a la de docente tiende a incrementar el costo ya sea para quienes están decidiendo estudiar pedagogía como para aquellos que permanecen en la carrera. En particular, la preparación universitaria, el nivel cultural, sumado a características como un mayor desplante y buena organización como consecuencia de su labor docente, hacen que el profesor se constituya en un trabajador muy bien preparado, al menos, para labores administrativas intermedias. En este contexto, no resulta difícil entender el número importante de docentes que ejercen otras ocupaciones, tales como ayudante de contabilidad, encargado de capacitación, relacionador público, supervisor de ventas, vendedor técnico, encargado de deportes y recreación, visitador médico, etc.

A fin de comparar las remuneraciones de los docentes con otras profesiones y ocupaciones, así como las diferentes perspectivas del máximo sueldo obtenible en dichas ocupaciones, el Gráfico Nº 1 presenta un índice real de remuneraciones brutas promedio pagadas en el mes de enero de 1994 a distintos cargos en las principales empresas del sector productivo y financiero del país[30]. En particular, se observa que cargos como ayudante de contabilidad, que son factibles de ser desempeñados por profesores de matemáticas, reciben una remuneración promedio un 70% superior a la de un profesor con 20 años de servicio en una jornada de 44 horas semanales (en pesos de julio de 1997). A su vez, el cargo de encargado de deportes y recreación, usualmente ejercido por profesores de educación física, recibiría una mayor remuneración promedio cercana al 75%. De igual forma, profesoras de inglés que deciden realizar estudios de secretariado (que en promedio duran un año ya que el idioma se conoce) pueden acceder a cargos de secretaria ejecutiva bilingüe, cuya remuneración promedio en

[29] Véase A. Ormeño (1996).

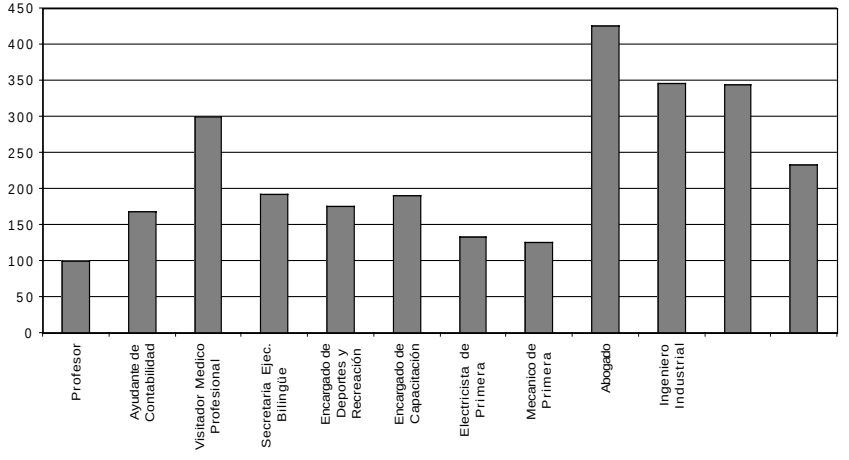
[30] Las remuneraciones promedio y mínimas de diferentes cargos fueron obtenidas de la encuesta realizada por Langton Clarke.

gerencias de área es cercana al doble de la de un profesor. Ciertamente, estas remuneraciones presentadas en el Gráfico Nº 1 para cargos que pueden ser ocupados por profesores, se ubican muy por encima de los $340.800 que recibía un profesor en 1994 (en pesos de julio de 1997) con 20 años de servicio, otras asignaciones y bonos, en una jornada de 44 horas semanales[31] (Cuadro Nº 7). En este contexto, no resulta extraño el éxodo continuo de docentes que se ha observado durante los últimos años hacia los sectores productivos y financiero del país.

Por otra parte, el bajo interés de los mejores alumnos a ingresar a las carreras de pedagogía queda de manifiesto al observar los mayores retornos promedio que tendrían otras profesiones que igualmente requieren estudiar cinco años de universidad. En efecto, el Gráfico Nº 1 indica que la remune-

GRÁFICO Nº 1: ÍNDICE REAL DE REMUNERACIONES BRUTAS PROMEDIO PARA ENERO DE 1994

Base: Remuneración de un profesor con 10 bienios en una jornada de 44 horas, año 1994=100



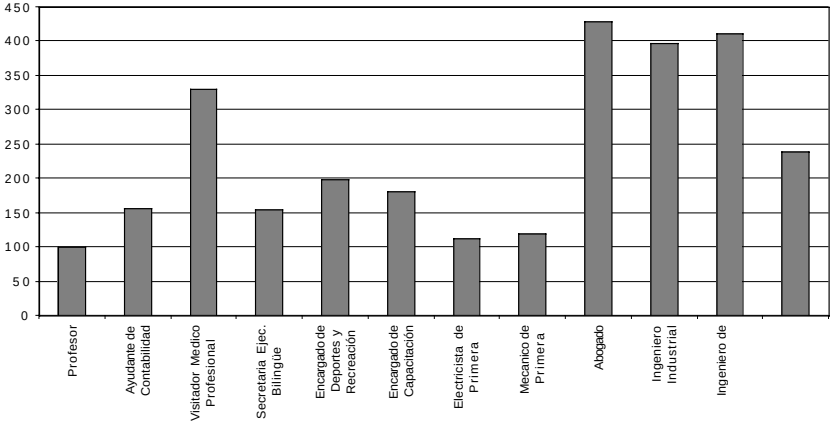
[31] La discrepancia entre las remuneraciones promedio de esas ocupaciones y la docencia, probablemente ha tendido a disminuir hacia el año 1997, por cuanto las remuneraciones de los docentes se han incrementado un 47% real entre 1994 y 1997, mientras las remuneraciones (medidas por el índice de remuneraciones del INE) se han incrementado en alrededor de un 14% real en igual período. No obstante este importante aumento de los sueldos del profesorado, la remuneración bruta promedio de un docente se ubica en 1997 en $440.000, nivel aún muy por debajo de los sueldos promedios de esas otras ocupaciones.

ración promedio de un abogado en enero de 1994 representaría más de cuatro veces la de un profesor, mientras que cargos como ingeniero de estudios recibirían una remuneración promedio de 3,5 veces la de un profesor. A su vez, la remuneración mínima observada en estas profesiones sería cerca de cuatro veces la renta mínima establecida para un profesor con cero años de servicio en una jornada de 44 horas semanales (Gráfico Nº 2).

Adicionalmente, otro elemento que refleja el alto costo de estudiar pedagogía en relación con su retorno, y que probablemente también afecta la motivación de seguir esta carrera, es el hecho que oficios o especialidades técnicas que requieren un número menor de años de estudio recibirían un retorno pecuniario igual o mayor que el de un docente. Esto último sería el caso particular de mecánicos y electricistas. En particular, la remuneración promedio mensual de mercado para un mecánico de primera, en enero de 1994, se habría ubicado un 26% por encima de la observada para un profesor en 1994 (Gráfico Nº 1).

Una consideración final sobre el nivel de remuneraciones de los docentes se refiere a cómo se comparan éstas con la de sus pares de otros países. El Cuadro Nº 11 presenta las remuneraciones brutas de profesores por nivel de educación de países desarrollados para el año 1992[31]. Éstas se

GRÁFICO Nº 2: ÍNDICE REAL DE REMUNERACIONES BRUTAS MÍNIMAS PARA ENERO DE 1994
Base: Remuneración mínima de un profesor con 10 bienios en una jornada de 44 horas, año 1997=100



[32] Sólo se consideran las remuneraciones monetarias brutas, no se incluyen otros beneficios.

presentan en dólares de Estados Unidos de igual poder adquisitivo (PPP)[33] de 1992. En particular, el cuadro indica que las máximas rentas de docentes se observarían en países como Japón, Alemania, Austria, Reino Unido y Estados Unidos, con remuneraciones anuales que fluctúan, para el caso de docentes de enseñanza secundaria, entre los US$36.000 y los US$43.000. Por su parte, las mayores rentas anuales de inicio de la carrera docente se observan en Alemania (US$27.444), Estados Unidos (US$ 21.787) y España (US$22.964).

Si consideramos que la remuneración bruta de un docente en Chile con 20 años de servicio en una jornada de 44 horas semanales alcanzó a alrededor de 1.050 dólares en 1997, la cual en términos de PPP representaría alrededor de 1.850 dólares[34], entonces se tiene que en términos anuales un docente chileno ganaría alrededor de 22.500 dólares de igual poder adquisitivo. Con base en esta información, la remuneración anual para un docente que termina su carrera con 30 años de servicio sería alrededor de 27.200 dólares de igual poder adquisitivo, mientras que para quien la inicia (en la educación media en una jornada de 44 horas semanales) sería en torno a los 10.500 dólares.

Si bien la información de los países desarrollados que se presenta en el Cuadro Nº 11 corresponde al año 1992, es posible suponer que ésta no debería haberse visto modificada en demasía hacia el año 1997. En este contexto, al comparar esas remuneraciones con las de los docentes en Chile se observa que la mayor diferencia se encontraría en el nivel que alcanzan las remuneraciones mínimas o de inicio de la carrera docente en Chile respecto de aquellas exhibidas en países desarrollados[35]. En particular, éstas no representarían más del 60% de las observadas en gran parte de estos países desarrollados. Por otro lado, la renta promedio anual, en dólares de igual poder adquisitivo, de un docente con 10 bienios en Chile, se ubicaría sustancialmente por debajo de la observada en países como Alemania,

---

[33] Las remuneraciones en dólares se convierten en función de la paridad de poder de compra (PPP). La PPP se define como el número de unidades de la moneda de un país que se necesita para comprar en el mercado nacional la misma cantidad de bienes y servicios que se podría comprar con un dólar en Estados Unidos.

[34] De acuerdo a la PPP utilizada por el Banco Mundial en su cálculo del PIB per cápita.

[35] Aun cuando la evidencia presentada en el Cuadro Nº 11 no es suficiente ni concluyente respecto a la situación de los docentes en estos países desarrollados, la magnitud absoluta de dichas remuneraciones pareciera indicar que es muy posible que la situación de desventaja que exhiben las remuneraciones de los docentes en Chile respecto de otras profesiones también sea un fenómeno que estaría presente en gran parte de estos países desarrollados.

CUADRO Nº 11: REMUNERACIONES DE PROFESORES POR NIVEL DE EDUCACIÓN EN 1992
(En dólares de Estados Unidos de igual poder adquisitivo PPP del año 1992)

	Profesor primario		Profesor secundario		PIB per cápita US$ PPP, 1995
	Mínimo	Máximo	Mínimo	Máximo	
Alemania	23.627	32.464	27.444	36.119	20.070
Italia	18.161	27.852	19.708	30.927	19.870
Japón	17.700	43.300	17.700	43.300	22.110
Reino Unido	16.551	34.081	16.551	39.259	19.260
Estados Unidos	21.240	35.394	21.787	37.146	26.980
Austria	17.309	38.962	18.415	42.448	21.250
Bélgica	17.531	28.582	17.955	31.308	21.660
Finlandia	17.481	22.046	20.033	25.677	17.760
Irlanda	17.748	32.624	17.748	32.624	15.680
Holanda	16.819	30.969	16.855	33.454	19.950
Nueva Zelandia	14.289	20.882	15.108	21.950	16.360
Noruega	17.436	21.336	17.436	21.336	21.940
Portugal	13.784	36.078	13.784	36.078	12.670
España	22.964	30.632	22.964	30.632	14.520
Chile (*)			10.500	27.200	9.520

(*) Las cifras de remuneraciones corresponden al año 1997. El nivel máximo corresponde a la de un docente con 15 bienios con una jornada semanal de 44 horas. Este nivel se obtiene a partir de la cifra expresada en pesos en el Cuadro Nº 7 para el año 1997 y convertida en dólares de igual poder adquisitivo usando la PPP calculada por el Banco Mundial.

Fuente: OECD, Center for Educational Research and Innovation, International Indicators Project, 1995.

Japón, Estados Unidos y Reino Unido, aun cuando por encima de la máxima observada en Nueva Zelandia y Noruega[36].

Si bien las remuneraciones presentadas en el Cuadro Nº 11 se encuentran en una moneda común y de igual poder adquisitivo, las comparaciones entre ellas son sólo en términos absolutos, y por ende independientes de la riqueza del país y de los recursos que pueden ser destinados al pago de la docencia en cada uno de estos países. Un indicador alternativo que permite comparar las remuneraciones de los profesores entre países que cuentan con diferencias importantes de ingreso se obtiene de la razón

[36] Dado el desarrollo de estos dos últimos países, con PIB per cápita que doblan al de Chile, esta situación podría estar siendo explicada más por el cálculo de la PPP que realiza el Banco Mundial que por los niveles absolutos de remuneraciones.

remuneración de profesores a ingreso per cápita. Este indicador representa lo que cada país gasta en sus docentes en relación con las posibilidades que tiene el país de pagar por estos servicios de docencia. Por ejemplo, un país pobre que paga menores remuneraciones absolutas a sus docentes que otros países más ricos, es posible que pueda estar destinando una mayor proporción de sus recursos disponibles al pago de sus docentes de lo que lo hacen las naciones más ricas. En este contexto, el Cuadro Nº 12 indica que la remuneración pagada en Chile a un docente que se inicia en la profesión, con una jornada de 44 horas semanales, representa 1,1 veces el ingreso per cápita del país, mientras que para aquellos que cuentan con 30 años de servicio su remuneración alcanzaría a 2,9 veces el ingreso per cápita.

De esta forma, al considerar lo que un país gasta en un docente respecto de las posibilidades que tiene para pagar por estos servicios se tiene que la posición de los docentes chilenos sería superior a la observada

CUADRO Nº 12: RAZÓN REMUNERACIONES DE PROFESORES A PIB PER CÁPITA
(Por nivel de educación en 1992)

	Profesor primario		Profesor secundario	
	Mínimo	Máximo	Mínimo	Máximo
Alemania	1,16	1,59	1,34	1,77
Italia	1,04	1,59	1,13	1,77
Japón	0,93	2,28	0,93	2,28
Reino Unido	1,01	2,09	1,01	2,40
Estados Unidos	0,91	1,52	0,94	1,60
Austria	0,96	2,15	1,02	2,35
Bélgica	0,96	1,57	0,99	1,72
Finlandia	1,20	1,52	1,39	1,77
Irlanda	1,43	2,63	1,43	2,63
Holanda	0,99	1,82	0,99	1,97
Nueva Zelandia	0,99	1,45	1,05	1,52
Noruega	0,98	1,20	0,98	1,20
Portugal	1,41	3,69	1,41	3,69
España	1,79	2,38	1,79	2,38
Chile (*)			1,10	2,86

(*) Las cifras de remuneraciones corresponden al año 1997. El nivel máximo corresponde a la de un docente con 15 bienios en una jornada semanal de 44 horas. Este nivel se obtiene a partir de la cifra expresada en pesos en el Cuadro Nº 7.

Fuente: OECD, Center for Educational Research and Innovation, International Indicators Project, 1995.

en la gran mayoría de los países desarrollados. En efecto, la evidencia del Cuadro Nº 12 indicaría que países como Japón, Estados Unidos y Reino Unido pagan a sus docentes una proporción de sus ingresos per cápita que es menor a la observada en Chile.

Considerando que la remuneración de un docente con cero años de experiencia se encuentra muy por debajo de las remuneraciones con que se iniciarían otros profesionales, así como también de los estándares internacionales absolutos, el Cuadro Nº 13 presenta el ejercicio de reajustar las remuneraciones de los docentes de enseñanza media a niveles comparables a las de países desarrollados en moneda de igual poder adquisitivo. En particular, se considera un reajuste masivo con mayores incrementos para aquellos docentes que poseen menos años de servicio, monto que se iría reduciendo a medida que aumenta el número de años de servicio. El ejercicio considera solamente la remuneración básica para una jornada de 44 horas semanales, la asignación de experiencia y la UMP. Ésta es reajustada desde un 40% para aquellos profesores que inician su carrera, hasta un 10% para quienes poseen 30 y más años de servicio. El ejercicio indica que la remuneración que recibiría un docente con cero años de servicio (sin considerar otras asignaciones) se elevaría de $214.772 a $300.681. En caso que se consideraran otras asignaciones, la remuneración de un docente con 10 bienios aumentaría desde $439.986 a alrededor de $510.000. Considerando que en el país el número de docentes en establecimientos municipales y particulares subvencionados es alrededor de 123.755 (cifra al mes de abril de 1995), se tiene que el costo mensual de este reajuste masivo alcanzaría a los $8.900 millones de pesos de 1997, cifra que en términos anuales representa el 0,32% del PIB (alrededor de US$255 millones en moneda de 1997). Ciertamente la magnitud del costo de esta medida es importante, sobre todo si consideramos que un punto adicional de IVA produce un aumento de la recaudación cercana a los US$350 millones.

En términos de moneda de igual poder adquisitivo, el reajuste para los docentes con cero años de servicio les permitiría aumentar sus remuneraciones a cerca de 15.200 dólares anuales. Este nivel es comparable a los salarios mínimos que reciben los docentes en Nueva Zelandia, Reino Unido, Holanda e incluso por encima de los recibidos por docentes que inician su carrera en Portugal. En tanto, la remuneración para un docente con 10 bienios más otras asignaciones alcanzaría en moneda de igual poder adquisitivo a cerca de 25.980 dólares de 1997, nivel que se ubicaría aún por debajo del observado en la gran mayoría de los países desarrollados (Cuadro Nº 11).

CUADRO Nº 13 REAJUSTE DE LAS REMUNERACIONES DEL SECTOR MUNICIPAL A JULIO DE 1997
(En pesos de julio de 1997)

	Docentes enseñanza media 44 horas remuneraciones actuales sin reajuste				Reajuste	Docentes enseñanza media 44 horas nueva remuneración y costo del reajuste			
Número de bienios	RBMN $4.483	Asignación experiencia	UMP y monto M. fijo Compl.	Total		Remuneración Total reajustada	Monto mensual del reajuste ($ 1997)	Número de docentes	Costo mensual del reaj. por bienios (Mill$ 1997)
0	197.252	0	17.520	214.772	40%	300.681	85.909	10.889	935,5
1	197.252	13.334	17.520	228.106	38%	314.787	86.680	5.861	508,0
2	197.252	26.353	17.520	241.125	36%	327.930	86.805	6.303	547,1
3	197.252	39.371	17.520	254.143	34%	340.552	86.409	6.424	555,1
4	197.252	52.390	17.520	267.162	32%	352.654	85.492	6.436	550,2
5	197.252	65.409	17.520	280.181	30%	364.235	84.054	6.451	542,2
6	197.252	78.427	18.134	293.813	28%	376.081	82.268	6.990	575,1
7	197.252	91.446	18.996	307.694	26%	387.694	80.000	8.058	644,6
8	197.252	104.465	19.857	321.574	24%	398.752	77.178	8.078	623,4
9	197.252	117.483	20.721	335.456	22%	409.256	73.800	7.622	562,5
10	197.252	130.502	21.582	349.336	20%	419.203	69.867	9.002	628,9
11	197.252	143.521	22.444	363.217	18%	428.596	65.379	9.346	611,0
12	197.252	156.539	23.307	377.098	16%	437.434	60.336	7.480	451,3
13	197.252	169.558	24.155	390.965	14%	445.700	54.735	4.392	240,4
14	197.252	182.576	25.032	404.860	12%	453.444	48.583	5.682	276,1
15	197.252	195.595	25.894	418.741	10%	460.615	41.874	14.741	617,3
Total								123.755	8.868,8

Fuente: Ministerio de Educación y estimaciones propias.

VI. CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

El objetivo de este estudio ha sido revisar el régimen de remuneraciones y de empleo del profesorado en Chile durante los últimos 27 años, de modo de entregar antecedentes que ayuden a definir el estado de la discusión en esta área. Los principales resultados son los siguientes:

Primero, el régimen de empleo y de remuneraciones de los docentes ha sido modificado en numerosas oportunidades durante los últimos 27 años. Hasta finales de los ochenta, este proceso se caracterizó por hechos que llevaron a la disminución o pérdida de ciertos beneficios que habían gozado los docentes hasta el año 1973. A partir de 1991, la política de empleo y de remuneraciones ha tendido a restablecer ciertos aspectos y privilegios que tuvo el magisterio durante los sesenta y los primeros años de los setenta.

Segundo, el régimen de remuneraciones del profesorado en Chile, durante el período de análisis, se ha basado en un esquema salarial uniforme, según el cual, en términos generales, el sueldo de un profesor depende de sus credenciales educacionales, los años de experiencia, más otras asignaciones y bonos. Adicionalmente, el régimen considera ciertos suplementos por trabajos adicionales al docente, como son los cargos de director de establecimiento y jefe curricular. En ningún momento, durante el período analizado, los regímenes de remuneraciones han considerado parámetros donde la habilidad y el talento docente se vean recompensados[37]. En particular, los salarios no han dependido de la calidad del rendimiento del profesor, ni de la asignatura enseñada.

Tercero, a partir de 1974 y hasta 1990 las remuneraciones del magisterio exhibieron un significativo y continuo deterioro respecto de los niveles observados durante la década de los sesenta y los primeros años de los setenta. En particular, los salarios reales de los docentes con cero antigüedad alcanzados en 1981 cayeron un 24% respecto de los salarios promedio observados en el período 1971-1974, mientras que aquellos que terminaban su carrera docente con 30 años de servicio vieron disminuidos sus salarios en 39% en igual período. Por su parte, el hecho de que los salarios promedios de los docentes en 1990 se ubicaran a niveles más o menos similares a los exhibidos por los docentes que recién ingresaban al servicio en 1981, implicaría que las remuneraciones promedio habrían continuado deteriorándose durante la década de los ochenta.

[37] Sólo a partir del mes de octubre de 1996 es posible encontrar ciertos parámetros de desempeño en la determinación de las remuneraciones docentes. Éste es el caso de la Subvención por Desempeño de Excelencia, el cual premia al 25% de los establecimientos más exitosos.

Cuarto, la información indicaría que a partir de mediados de los setenta las remuneraciones de los docentes han evolucionado a una velocidad distinta de la exhibida por el promedio de las remuneraciones de la economía. En efecto, durante los sesenta y los primeros años de los setenta la tendencia seguida por las remuneraciones de los docentes no fue muy distinta de la exhibida por el promedio de la economía. Sin embargo, a partir de 1974 se produce una desviación entre la evolución de los sueldos de los docentes y la del promedio de la economía. En particular, las remuneraciones reales del promedio de la economía aumentaron un 21% en 1974 respecto de 1973, mientras las del profesorado cayeron un 50% en igual período. En tanto, en la década de los ochenta se habría producido nuevamente una divergencia importante, que habría llevado a que las remuneraciones de los docentes cayeran un 38% en el período 1981-1990 mientras las del promedio de la economía sólo lo hicieron en 3,8%.

Esta situación habría ubicado las remuneraciones del profesorado en 1990 a niveles no sólo inferiores a los exhibidos durante los primeros años de los setenta y ochenta sino que por debajo de los observados durante 1960. Esta situación contrasta con el incremento real de las remuneraciones totales de la economía, las cuales en 1990, si bien un 21% inferior a las observadas en 1971, eran un 68% superior a las de 1960.

Quinto, la actual política de remuneraciones del magisterio ha conducido a que las remuneraciones promedio de los docentes se hayan incrementado sostenidamente desde 1990 a una tasa real promedio anual del 10,4%, permitiendo que en un período de siete años los salarios reales se hayan doblado respecto de los exhibidos en 1990. En 1997, un docente con 20 años en el servicio, con un nivel de capacitación promedio, recibiría una remuneración bruta total en torno a los $440.000 para una jornada de 44 horas semanales.

Sexto, la remuneración real promedio de un docente en 1997 se ubicaría un 23% por encima de la observada en 1960 para una misma jornada. Es decir, el incremento real de 100% que han exhibido las remuneraciones de los docentes durante los noventa ha permitido que los profesores recuperen y sobrepasen los niveles observados a principios de los sesenta. A pesar de la recuperación significativa de las remuneraciones docentes, esto contrasta con lo sucedido con las remuneraciones promedio de la economía, las cuales en términos reales se han más que duplicado respecto de las observadas en 1960.

Séptimo, las disminuciones en las brechas salariales entre los profesores que inician y terminan la carrera, así como también aquella entre los profesores de enseñanza media y básica, denotan que el espacio para aspi-

rar a mayores salarios en esta actividad, por estas vías, se fue reduciendo sistemáticamente durante el período analizado.

Octavo, la solución a los problemas de la calidad de los docentes no pasaría solamente por igualar o aumentar las remuneraciones a sus niveles históricos. El actual escenario en que se desenvuelven los docentes es muy diferente al que existía en décadas pasadas, al haber cambiado los incentivos y los costos de estudiar y, posteriormente, de permanecer trabajando como docente. Hechos como el mayor retorno monetario que se observa en otras profesiones respecto de la de profesor, las mayores posibilidades que hay hoy en día tanto de financiamiento como de vacantes para ingresar a estas carreras mejor remuneradas, y el hecho de que estas últimas requieran de igual número de años de estudio que las pedagogías, hacen que el costo alternativo de estudiar carreras de docencia se haya incrementado significativamente respecto de otras profesiones. En tanto, las menores perspectivas que tienen los docentes de aumentar en forma significativa sus remuneraciones durante su carrera laboral, que iría desde alrededor de $200.000 para un profesor con cero antigüedad hasta $440.000 luego de 20 años de servicio, sumado a las mejores perspectivas de rentas en los demás sectores económicos, hacen poco probable quer, en promedio, los buenos educadores tiendan a permanece en el servicio.

Noveno, la remuneración promedio de un docente con 20 años de servicio representa entre un 25% y un 30% de las recibidas por otras profesiones, tales como abogados e ingenieros, que igualmente requieren de cinco años de estudios universitarios. Adicionalmente, la evidencia muestra que oficios o especialidades técnicas que requieren un número menor de años de estudio recibirían un retorno pecuniario igual o mayor que el de un docente.

Décimo, la remuneración bruta anual de un profesor en Chile con 30 años de servicio en una jornada de 44 horas semanales alcanzaría a alrededor de 27.200 dólares de igual poder adquisitivo, mientras que la renta anual de un profesor que está comenzando recién su carrera docente (en la educación media en una jornada de 44 horas semanales) se sitúa en torno a los 10.500 dólares. Al comparar estas rentas con las que reciben anualmente los docentes de países desarrollados en dólares de igual poder adquisitivo, se encuentra que la mayor diferencia se daría en el nivel que alcanzan las remuneraciones mínimas o de inicio de la carrera docente en Chile respecto de aquellas recibidas en países desarrollados. En particular, éstas no representarían más del 60% de las observadas en gran parte de estos países desarrollados. Por otra parte, la renta promedio anual, en dólares de igual poder adquisitivo, de un docente en Chile con 10 bienios, se ubicaría

sustancialmente por debajo de la observada en países como Alemania, Japón y Reino Unido.

No obstante lo anterior, al considerar lo que un país gasta en un docente respecto de su posibilidad de pagar por estos servicios, se tiene que la posición de los docentes chilenos sería superior a la observada en la gran mayoría de los países desarrollados. En efecto, la evidencia indicaría que países como Japón, Estados Unidos y Reino Unido pagan a sus docentes una proporción de sus ingresos per cápita que es menor a la observada en Chile.

Finalmente, es importante mencionar que la magnitud absoluta de las remuneraciones pagadas a docentes de países desarrollados pareciera indicar que es muy posible que la situación de desventaja que exhiben las remuneraciones de los docentes en Chile respecto de otras profesiones también es un fenómeno que estaría presente en gran parte de estos países desarrollados.

En consideración de estos resultados y conclusiones respecto de la situación salarial de los docentes en Chile, es posible postular ciertos cursos de acción o recomendaciones de política dirigidos tanto a complementar y mejorar el actual régimen de remuneraciones del magisterio como a modificar favorablemente la escala de incentivos y costos de estudiar pedagogías respecto de otras carreras profesionales. En el corto plazo, es posible esperar que estas políticas deberían tender a mejorar las perspectivas económicas de los actuales docentes y a reducir el continuo éxodo de docentes a otras ocupaciones; sin embargo, en el mediano plazo deberían producir un aumento en la titulación universitaria de docentes en relación con otras profesiones, e incentivar a buenos estudiantes a elegir la carrera docente. En este contexto, las recomendaciones de política pueden ser agrupadas en las siguientes:

Primero, es importante entender que la solución de fondo del problema no pasa exclusivamente por realizar incrementos masivos en las remuneraciones de los profesores. Si bien esta idea puede ser atractiva para solucionar rápidamente los problemas salariales del magisterio, los montos involucrados son de tal envergadura que resulta difícil pensar que sea factible incrementar las remuneraciones promedio de los profesores en una cantidad tal como para que la profesión pueda competir con éxito con otras ocupaciones. En particular, la solución de los problemas de la calidad de los docentes no pasaría solamente por igualar las remuneraciones a sus niveles máximos históricos, por cuanto el actual escenario en que se desenvuelven los docentes es muy diferente al que existía en décadas pasadas, situación que habría hecho cambiar los incentivos y los costos de estudiar y, posteriormente, de permanecer trabajando como docente. En este contex-

to, es necesario que el régimen de remuneraciones establecido bajo el Estatuto Docente se modifique para que contemple con mayor fuerza mejoras salariales basadas cada vez más en la habilidad y el desempeño de los docentes. Sólo un esquema de remuneraciones que pondere en mayor medida la calidad del trabajo docente permitirá que los profesores trabajen en forma más productiva y eficiente.

En consideración de los bajos niveles de remuneraciones que exhiben los profesores, fundamentalmente durante los primeros años de la carrera docente, la solución de la actual situación salarial debería contemplar una combinación de un determinado incremento general de remuneraciones más el establecimiento de incentivos directos que premien la gestión de los docentes. Lograr que las mejoras salariales del magisterio se realicen cada vez más sobre la base de la habilidad y el desempeño debiera constituir el principal camino en el mediano plazo para mejorar la situación relativa de los docentes respecto de otras ocupaciones y, además, constituiría un camino cierto para elevar la calidad de la docencia y, con una probabilidad importante, para elevar la calidad de la educación en el mediano plazo.

Segundo, en conjunto con establecer una política de remuneraciones que priorice el desempeño docente, es fundamental que las autoridades y el gremio de profesores definan un esquema o criterios comúnmente aceptados por todos para seleccionar a los establecimientos o profesores más eficientes. Dada la dificultad para que un ente centralizado defina quienes son los profesores más eficientes en cada comuna, una alternativa posible, y que actualmente se aplica[38], es la de elegir a los establecimientos más eficientes del sistema educacional y otorgarles un premio monetario. Esta elección de los establecimientos debe considerar aspectos conocidos y aceptados por todos y que vayan dirigidos a equiparar las condiciones de cada establecimiento en la postulación de dicho premio. En particular, se deben considerar las condiciones socioeconómicas de los alumnos, la zona en la que se encuentra el establecimiento, los grados académicos del cuerpo docente, infraestructura. La postulación del establecimiento y no de profesores individuales debiera incentivar la interacción y cooperación entre profesores, evitando lo más posible aquel comportamiento perverso donde el docente busca el beneficio individual a expensas de sus pares. Una vez definido los establecimientos, y sobre la base de criterios conocidos y compartidos al interior de cada establecimiento, el cuerpo directivo de cada plantel definirá las asignaciones por desempeño de cada profesor.

Ciertamente, la implementación de una política de remuneraciones que priorice el desempeño de los docentes requerirá de mayores fondos.

[38] Se refiere a la subvención por desempeño de excelencia.

Sin embargo, es importante que éstos vayan dirigidos directamente a los establecimientos, fundamentalmente a través de una mayor subvención por alumno, para que los mismos establecimientos determinen cómo destinarán estos fondos en base a parámetros de eficiencia y desempeño.

Una iniciativa que apunta en igual dirección es asignar un porcentaje adicional del presupuesto a cada establecimiento (por ejemplo un 5% de la planilla) para ser usado en el pago de remuneraciones. Éste operaría a través del pago de un bono de excelencia a ser repartido entre los docentes y de acuerdo a parámetros de eficiencia y desempeño determinados por la dirección del establecimiento.

Tercero, el hecho que la remuneración de un docente con cero años de experiencia se encuentra muy por debajo de las remuneraciones con que se iniciarían otros profesionales, así como también de los estándares internacionales, hace recomendable que los reajustes salariales masivos, si se introducen, consideren mayores incrementos para aquellos docentes que poseen menos años de servicio, monto que debería ir disminuyendo en forma importante a medida que aumenta el número de años de servicio. Esto último, tanto para disminuir el sesgo que tienen los incrementos masivos de remuneraciones que benefician a buenos y malos docentes como por la magnitud significativa de recursos involucrados en este tipo de medidas. Un ejercicio de reajustar las remuneraciones de los docentes de enseñanza media desde un 40% para aquellos profesores que inician su carrera hasta un 10% para aquellos con 30 y más años de servicio tiene un costo anual cercano a los US$255 millones en moneda de 1997. Ciertamente la magnitud del costo de esta medida es importante, sobre todo si consideramos que un punto adicional de IVA produce un aumento de la recaudación cercana a los US$350 millones.

Cuarto, es recomendable la creación de una carrera docente y que se remunere de acuerdo a ella, ya sea mediante el establecimiento de distintos grados de profesor o de pagos diferenciados dependiendo de la asignatura enseñada. En particular, el pago diferenciado por asignatura es una política que deberá ser adoptada más temprano que tarde si es que pretendemos mejorar la calidad de la educación en ciertas áreas como matemáticas, ciencias, física y química.

En este contexto, es importante que las partes involucradas comprendan que los profesores, al igual que cualquier otro grupo de trabajadores, no son iguales y, por ende, sus remuneraciones pueden variar entre ellos por razones distintas a las de los años de experiencia. Un esquema de este tipo existe en la educación universitaria. Un profesor comienza su carrera a un nivel base y posteriormente puede ir avanzando en la escala de

cargos docentes en respuesta a actividades específicas que aumentan su capacidad profesional y a la evaluación de su desempeño. Al igual que el premio por desempeño, es importante que las reglas de promoción sean conocidas por todos los docentes y sean acompañadas de un proceso de promoción transparente que evite consideraciones arbitrarias y juicios personales, de tal forma de reducir, lo más posible, potenciales elementos de discordia entre profesores.

Quinto, es recomendable que la asignación de perfeccionamiento sea revisada y asociada a parámetros más concordantes con un régimen de remuneración por desempeño y calidad. En particular, es necesario que se tienda a favorecer la capacitación conducente a grados académicos tales como magister y doctorados. La obtención de títulos de posgrados tenderá a facilitar la creación de una carrera sobre la base de cargos docentes. Además, la asociación de la remuneración base con cargos docentes más que con años de servicio, evitará atentar contra la capacitación de los docentes más jóvenes.

Sexto, la implementación eficiente de varias de las recomendaciones anteriores requiere dar mayores atribuciones a los directores de establecimientos para la toma de decisiones, como también permitir mayor flexibilidad en materia de contrataciones y despidos de docentes y directivos. En particular, es preciso aumentar la autonomía e independencia de los directores para que sobre la base de criterios y parámetros definidos puedan otorgar los bonos de excelencia a los mejores docentes. De igual forma, se requiere que la administración de los establecimientos cuente con la flexibilidad necesaria para contratar y despedir docentes de acuerdo con criterios de desempeño y necesidades educacionales. En complemento de esto último, es importante revisar la inamovilidad, durante el período de nombramiento de cinco años, de que goza actualmente el cargo de director de establecimiento.

Finalmente, es necesario que se avance en disminuir los costos de estudiar pedagogía en comparación con otras carreras, de modo de permitir un ajuste en las expectativas de los retornos monetarios de la docencia respecto de otras profesiones y, con esto, ayudar a aumentar el interés de buenos alumnos por ingresar a la carrera docente. En particular, resulta recomendable evaluar la posibilidad de reducir el número de años de estudio de la carrera de profesor de educación general básica, posiblemente a través de una alternativa como un bachiller en educación, que luego de dos o tres años otorgue el título de profesor. Por otra parte, en caso que se opte por seguir una especialidad para desempeñarse como profesor de enseñanza media, una posibilidad sería ingresar directamente a una carrera de

alrededor de cuatro años conducente al título de profesor en esa especialidad, o alternativamente, seguir dos años adicionales a la obtención del bachiller en educación. Con el fin de incentivar el egreso de docentes en áreas escasas, sería recomendable considerar la posibilidad de otorgar a los alumnos que opten por dichas especialidades ya sea un subsidio directo de rebaja de matrícula u otras vías de financiamiento universitario.

Referencias bibliográficas

Allard, R. (1994). "La descentralización educacional en el período de transición: Marco jurídico, institucional y financiero del sistema descentralizado de la educación en Chile". *Series de Estudios Municipales*.

Anderson, E. (1998). "La tradición de los colegios británicos: Una conversación con Eric Anderson". *Estudios Públicos*, 70 (otoño 1998).

Becker, W. E.; y W. J. Baumol (1996). *Assessing Educational Practices. The Contribution of Economics.* MIT Press.

Burtless, G. (1996). *Does Money Matter? The Effect of School Resources on Student Achievement and Adult Success*. The Brokings Institutions.

Cerda, A. M.; Núñez, I.; y De la L. Silva, M. (1993). "El sistema escolar y la profesión docente". PIIE.

González, C. A. (1997). *Estatuto Docente, Ley Nº 19.070.* Ediciones Publiley.

Larraín, L. (1997). "Chile: 1990-1994. Políticas públicas durante el Gobierno de Aylwin". Instituto Libertad y Desarrollo.

Larrañaga, O. (1995). "Descentralización de la educación en Chile: Una evaluación económica". *Estudios Públicos* Nº 60, primavera.

Marcel, M. (1993). "Descentralización y desarrollo: La experiencia chilena". Mimeo, BID.

Mizala, A.; y Romaguera, P. (1996). "Sistema de evaluación del desempeño de establecimientos educacionales subvencionados". Centro de Economía Aplicada, Departamento de Ingeniería Industrial de la Universidad de Chile.

——— (1997). "Evaluación de la implementación y resultados del SNED 1996-97". Centro de Economía Aplicada, Departamento de Ingeniería Industrial de la Universidad de Chile.

OECD. (1995). International Indicators Project, Center for Educational Research and Innovation.

Ormeño, A. (1996). "Evolución de la formación de profesores en Chile. Análisis por región, dependencia y nivel del sistema educacional". *Documento de Trabajo* Nº 41, Corporación de Promoción Universitaria, noviembre.

Sáez, R. (1982). "Evolución de la indexación en Chile". *Notas Técnicas* Nº 49, CIEPLAN, marzo. □

COMENTARIO AL TRABAJO DE PATRICIO ROJAS*

Vittorio Corbo

Mejorar la calidad de la educación es una tarea prioritaria para que Chile siga creciendo al 7% y pueda continuar así disminuyendo la pobreza. Pero el logro de ese objetivo, sostiene Vittorio Corbo en estas páginas, no depende en lo esencial de una mayor asignación de recursos fiscales a la enseñanza básica y media, sino de una modificación de la forma en que se organiza el sistema en su conjunto, incluido el régimen de pago, de manera que puedan establecerse los incentivos adecuados. Las remuneraciones de los profesores, se señala, deben estar vinculadas con los resultados obtenidos y contemplar un sistema de incentivos tanto para el buen desempeño individual de los profesores como del establecimiento. Una vez establecido este nuevo sistema de incentivos, entonces tendría sentido asignar más recursos a la educación.

VITTORIO CORBO. Ph. D. en Economía, MIT. Profesor de la Universidad Católica de Santiago. Consultor de organismos internacionales.

* Transcripción del comentario al trabajo de Patricio Rojas, "Remuneraciones de los profesores en Chile", presentado en seminario que se realizó el 28 de abril de 1998 en el Centro de Estudios Públicos.

También se incluye en esta edición el trabajo de Patricio Rojas y el comentario de Gonzalo Vial Correa.

Estudios Públicos, 71 (invierno 1998).

Muchas gracias por la oportunidad de participar en este seminario sobre remuneraciones de los profesores en Chile. Éste es un tema que se puede tomar desde distintos puntos de vista, y yo lo abordaré como un economista preocupado del desarrollo a largo plazo del país. Quisiera comenzar con un comentario general sobre el contexto en que se sitúa el problema de la educación en Chile, señalar después hacia dónde, a mi entender, apunta la solución, para luego referirme a algunos aspectos específicos del trabajo de Patricio Rojas, "Remuneraciones de los profesores en Chile"[1].

Desde luego, existe el problema general de hacia dónde dirigir los recursos para lograr un mejor crecimiento con equidad. El país tiene necesidades múltiples y los recursos son escasos. A su vez, doy por sentado que la educación cumple un rol central en lo que se refiere a mejorar las oportunidades de los grupos más pobres de la población y lograr una sociedad con más equidad. Y me preocupa la calidad de la educación, especialmente la que les damos a los niños que están en el sistema de escuelas subvencionadas y en el sistema de educación municipal.

En la actualidad, hay una gran discusión en Chile sobre cómo mejorar la situación de los grupos más pobres y sobre cómo mejorar la distribución del ingreso. Una forma de hacerlo es redistribuir el activo físico, tal como se llevó a efecto en el pasado, por ejemplo, con la reforma agraria. El problema es que por esa vía, por un lado, se destruye un elemento básico de la economía de mercado, que son los derechos de propiedad. Por otro lado, si a los sectores de escasos recursos no se les dan posibilidades de generar ingresos a través de la educación y la capacitación, éstos se transforman en pobres con activos físicos, pero no cambian su posición relativa y no mejoran mucho su posición en la sociedad. Ésa ha sido la experiencia chilena y de otros países.

A mi juicio, la educación puede jugar un rol central en mejorar la posición relativa de los grupos más pobres de la población para que puedan satisfacer sus necesidades básicas. Pero también tiene otro objetivo. Hasta hace sólo una década pensábamos que no había otra razón, pero los economistas hemos aprendido en los últimos años que la educación no solamente contribuye a la equidad y a mejorar la distribución del ingreso, sino que también es una muy buena estrategia de crecimiento, como lo señalan los estudios comparativos y los modelos analíticos de los que disponemos hoy.

[1] Patricio Rojas, "Remuneraciones de los profesores en Chile", publicado en esta misma edición.

Un país con una población mejor educada crece mucho más rápido que un país con una población menos educada. Entre otros beneficios, la educación se traduce en eficiencia en el uso de los recursos, facilidad para adaptar tecnologías, etc. Los países asiáticos, en efecto, nos enseñan que es posible lograr niveles de educación que permiten adaptar tecnologías en forma muy rápida. Y no obstante las serias dificultades por las que hoy atraviesan muchos de estos países, no hay que olvidar que en una generación lograron dejar atrás la miseria y transformarse por completo. Es probable que su producto ahora caiga entre 4 y 5%, pero después van a volver a crecer y van a estar mucho mejor que a comienzos de los años 60. Entonces, no hay duda de que la educación es importante para mejorar la equidad y la distribución del ingreso, y también para el crecimiento.

Si queremos en Chile seguir creciendo al 7% para reducir la pobreza y alcanzar un nivel de vida más alto para la población en su conjunto, hay que ver dónde están las oportunidades para hacerlo. Durante la segunda mitad de los años 80 tuvimos la posibilidad de crecer y disminuir al mismo tiempo la tasa de desempleo, al ocupar trabajadores que habían quedado sin trabajo a comienzos de la década (recuérdese que la tasa de desempleo llegó a casi 30% en 1982). Hoy día tenemos una tasa de desempleo de 5%, y eso ha contribuido al crecimiento y también a la inversión. Pero en los próximos años el principal objetivo no está en seguir empleando gente, porque ya estamos en pleno empleo y la gente también requiere cambiarse de un lugar de trabajo a otro. Un desempleo de 5% está muy cerca, entonces, de lo óptimo para el país. Por otro lado, tenemos una tasa de inversión física cercana al 28%, y en términos de compra de bienes de capital, como participación del producto, estamos sobre el 30%, y quizás subamos 2 ó 3 puntos más.

Ahora bien, creo que las mayores oportunidades para continuar creciendo en los años venideros están relacionadas, precisamente, con el mejoramiento de la calidad de la educación, en especial la educación de los más pobres. Sin duda, ésta es un área con una tasa de retorno muy grande. Pero también es importante el mejoramiento de la salud, la justicia, la seguridad interior y la calidad del gobierno central. Para seguir creciendo y mejorar el nivel de vida de todos los chilenos, todos estos sectores tendrían que ser prioritarios en los próximos años. Entonces, en ese contexto —y dado que el gobierno actual, sin duda, lo ha entendido muy bien y se ha planteado como un objetivo central mejorar la educación—, me pregunto cómo podemos lograrlo.

Proponerse mejorar la calidad del pan no es algo difícil, porque se sabe más o menos cuál es el producto final al que se quiere llegar y hay tecnología para hacerlo. Pero mejorar la educación es algo más complica-

do. Al Estado ya le es difícil producir acero o producir camisas. Mucho más difícil es "producir" educación, y éste es un problema que se discute no sólo en Chile sino que en casi todos los países. Por lo tanto, nos preguntamos hasta qué punto el deterioro que han sufrido las remuneraciones de los profesores (en términos relativos con respecto al conjunto de la sociedad), de acuerdo con lo que señalan las estadísticas, sea en verdad el problema central de la calidad de la educación hoy día. Yo diría que aunque las cifras son dramáticas, el problema es mucho más complejo. O sea, es algo que no se resuelve mejorando las remuneraciones de los profesores.

Pienso que el problema central de la educación se relaciona con lo que los economistas denominamos "principal". En el caso de la educación, el "principal" son los padres o las asociaciones de apoderados, así como aquellos que están interesados en tener un buen nivel de educación para los grupos más pobres de la población. Ellos deben tratar de crear reglas para que se organice la "producción" de educación en forma eficiente; son ellos quienes tienen una motivación importante para preocuparse de la educación, aunque muchas veces puedan desligarse y descansar en los directivos de los colegios. Y así como en los clubes de fútbol los jugadores son los agentes que van a colaborar para lograr el objetivo que tenga el club, en la educación los agentes son los profesores, cuya misión no es sólo ganar los partidos sino también contribuir a la sociedad como un todo y al objetivo final de formar valores. Entonces, el problema es establecer incentivos para que los jugadores jueguen bien (para que los profesores enseñen bien), para que haya jugadores bien motivados (profesores bien motivados).

Primero, necesitamos fijarnos un objetivo claro. Dada la experiencia internacional, lo que primero se requiere es mejorar la cobertura de la educación prebásica, primaria y secundaria, y segundo mejorar la calidad de toda la educación pública. Una vez resueltos los problemas de cobertura, necesitamos indicadores de resultados, de la calidad de lo que se está produciendo. Porque si no logramos mejorar la capacidad de los estudiantes que se educan en colegios públicos y municipalizados, que son los grupos más pobres de la población, lo que hacemos es crearles un enorme handicap. Así como en el fútbol la calidad se refleja en los partidos ganados, en la educación la calidad se mide por el rendimiento de los estudiantes. Por consiguiente, necesitamos algunos indicadores para que los principales o los gerentes de los clubes o los gerentes de los colegios sean capaces de supervisar a los agentes, puedan establecer criterios de contratación, de remuneraciones y adquirir los bienes que contribuyan en la mejor forma posible al objetivo del principal de dar una buena educación de los niños.

Si estamos de acuerdo en lo anterior, en el caso chileno no hay duda que el estatuto docente crea grandes rigideces para el nombramiento de profesores y deteriora el poder relativo del principal, porque en materias técnico-pedagógicas queda en manos del consejo de profesores en lugar del que está organizando el club: los jugadores deciden las cosas y no el que dirige el club.

Segundo, se requiere con urgencia mejorar el sistema de pagos. Esto no significa aumentar sólo las remuneraciones —es decir, el nivel—, sino que preocuparse del sistema de pago como un *todo*. El sistema de pagos debe tener un importante componente variable basado en el rendimiento. Una parte de este pago debe estar relacionado con el rendimiento individual y otra con el rendimiento de la escuela.

Los salarios que no están asociados al rendimiento desincentivan un buen desempeño. ¿Para qué trabajar si me pagan igual? ¿Para qué preocuparme tanto si me van a pagar lo mismo, independientemente del resultado que tenga con mis alumnos? Estos esquemas fallan a todo nivel. Lo ha entendido muy bien el Partido Comunista de China, que ha cambiado el sistema de remuneraciones a uno en que se paga en base al rendimiento. En el pasado el régimen de remuneraciones chino era muy parecido al que establece el estatuto docente en Chile, basado en años de servicios, trienios, etc. Por otro lado, no considerar los campos de especialización de los profesores también es algo que dificulta la contratación y retención de buenos profesores en disciplinas como ciencias, por ejemplo.

Debemos reconocer, eso sí, que el sistema actual se caracteriza por salarios bajos y, además, por techos bajos —esto lo documenta muy bien el trabajo de Patricio Rojas. En efecto, la gente ve un perfil de ingreso en el tiempo que es claramente superado por otras profesiones, lo que se agudiza aún más cuando la economía se desregula. No hay duda que los salarios en la ex Unión Soviética quedaron en una situación mucho más dramática cuando se desreguló la economía. Al comienzo eran todos muy parejos y chatos, había muy pocas diferencias entre las profesiones. Pero al desregularse la economía la gente trata de darles el mejor uso a sus recursos y aparecen los problemas.

Los bajos salarios de los profesores en Chile —que presentó muy bien Patricio— no sólo desmotivan a los profesores hoy, sino que también desincentivan a los estudiantes con buenas habilidades y altos rendimientos a estudiar pedagogía. Los jóvenes que están ingresando a las carreras de pedagogía han obtenido, en general, bajos puntajes en la Prueba de Aptitud Académica. Y no es sorprendente que en países con sistemas de remuneraciones similares al chileno encontremos una situación parecida. Entonces, claramente, los mejores estudiantes se están yendo a otras áreas.

Bajos topes de salarios, entonces, desincentivan a muchos a ingresar a la profesión docente en primer lugar, y a otros a permanecer en ella. Se generan incentivos para que profesores con un mayor costo de oportunidad se muevan a carreras directivas dentro de los colegios para mejorar sus remuneraciones, o simplemente abandonen la educación. Un profesor de matemáticas, por ejemplo, bien puede irse a trabajar a un banco por una remuneración más alta o en busca de mayores perspectivas a futuro. En otras palabras, los techos muy bajos hacen que la mejor gente que podría estudiar y ejercer la profesión docente no lo haga. Y con esto discriminamos en contra de los más pobres, porque los más pobres son los que no van a tener acceso a mejores profesores.

Por último, la ampliación del campo laboral de las mujeres ha afectado a la educación, como bien lo dice el trabajo de Patricio. Las mujeres hoy día tienen oportunidades en profesiones liberales que no tenían hace 20 años, y eso es parte del desarrollo. La ventaja con que contábamos en el pasado de tener mujeres enseñando, porque carecían de otras alternativas, se perdió. Es preciso buscar incentivos para atraerlas o retenerlas en este sector.

Como economista, en consecuencia, creo que la solución está en asociar las remuneraciones de los profesores a su efectiva contribución y, a la vez, que haya un incentivo de "club" (así como en el Colo Colo hay un premio para todos si el equipo sale campeón). Hay que idear una combinación de incentivos: algunos individuales y otros del club.

Los sistemas de remuneraciones son mucho más complejos que los meros salarios promedios. Entonces, hay que avanzar mucho en esta área y hacerse preguntas como, por ejemplo, ¿queremos pagarles mejor a los profesores o tener menos estudiantes por sala? Si queremos que haya menos estudiantes por sala, habrá que tener más profesores. Esto hay que pensarlo como un problema general de asignación de recursos al interior de la producción de educación, en lugar de considerarlo solamente en función de la remuneración.

Pero quisiera terminar mi intervención con algunos comentarios específicos al trabajo de Patricio Rojas. En primer lugar, me llama la atención la preocupación que expresa Patricio por la idea de vincular la remuneración de los profesores al desempeño. Tal como lo he señalado, no comparto sus reservas al respecto.

El segundo comentario se refiere a la comparación de salarios promedios a lo largo de más de 20 años con el promedio de la economía. A mi juicio, esa comparación no tiene mucho sentido porque el país, en promedio, ha invertido mucho en capital humano, pero no lo suficiente en los

grupos más pobres de la población, lo cual ha creado las diferencias que tenemos hoy. El chileno promedio de hoy es mucho más educado, por consiguiente, que hace 20 años. Ha aumentado substancialmente el capital humano en el sector privado y tenemos que controlar por ese factor. Por desgracia, no ha habido esa inversión en el campo de la enseñanza prebásica, básica y media, y por ello tenemos esta escala tan comprimida que ha hecho que mucha gente que habría querido ingresar al campo docente se ha ido a otros sectores. Entonces, estamos comparando peras y manzanas, porque hay una heterogeneidad tremenda debido al enorme aumento de la inversión en capital humano que ha hecho el resto de la economía.

Y tampoco me gusta comparar con el año 1971 —lo dice muy bien Patricio—, porque todos los estudios muestran que es como comparar con el Perú de Alan García del año 1987. Perú creció mucho entre 1985 y 1987, pero después tuvo una caída libre. En Chile, entre 1970 y 1971, los salarios reales subieron alrededor del 25%, pero la productividad no subió del mismo modo y se generaron los grandes problemas que padecimos durante 1972 y 1973.

Me encantaría que los profesores ganaran más, pero entonces otros van a ganar menos. Hay una sola torta para repartir. En 1971 todos recibieron salarios más altos, pero al final el sistema tuvo un problema serio de equilibrio macroeconómico.

Para finalizar, quisiera agregar que sería interesante comparar las remuneraciones de los establecimientos subvencionados y municipales con las de los colegios privados. Creo que allí se podría encontrar una comprobación de cómo estamos discriminando contra los grupos más pobres de la población. Tengo la impresión de que tal vez hemos creado un sistema mucho más diferenciado que el que teníamos hace 20 años, debido a que el sector privado educacional se habría ido adaptando a la realidad, pero no así el sector público. También sería interesante saber cuánto gana un profesor en el sector privado y cuánto gana en el sector público, con los mismos años de experiencia. Tal vez encontremos que el sector privado ha sido capaz de atraer muchos profesores que abandonaron el sector público por las bajas remuneraciones. Quizás muchas de las estrellas del sector público se hayan ido y las que se han quedado sea gente que está muy motivada por otras razones no económicas. En fin, creo que la solución del sector educacional no está en asignarle más recursos del sector público, sino que consiste, en parte, en un problema de incentivo a la organización para producir mejor educación, que es el objetivo final tanto en salud como en justicia y en todos los otros sectores. □

¿CUÁNTO CUESTA EDUCAR?*

Gonzalo Vial Correa

En estas páginas se sostiene que mientras no se incremente a 3 ó 3,5 UF la subvención a los establecimientos educacionales, que hoy atienden al 91,6% de la población escolar chilena, es quimérico pretender que nuestros jóvenes puedan recibir una educación aceptable. La subvención de 1 UF al mes por niño atendido, se señala, simplemente no alcanza, y ésta es una realidad que no puede soslayarse. En segundo lugar, se plantea que la alternativa más idónea para asegurar un uso eficiente del dinero destinado a educación consiste en asignar los recursos en forma *directa* a los propios establecimientos, a través de una sola "cañería": la subvención. Tercero, en lo que se refiere a los incentivos, se sugiere establecer montos adicionales al mínimo para los colegios que obtengan mejores resultados, medidos con parámetros objetivos.

GONZALO VIAL CORREA. Abogado, historiador y ex Ministro de Educación. Columnista del diario *La Segunda* y autor de numerosos libros y publicaciones sobre historia de Chile. Presidente de la Fundación Educacional Barnechea.

* Transcripción del comentario presentado en el seminario "Remuneraciones de los profesores en Chile", que se efectuó el 28 de abril de 1998 en el Centro de Estudios Públicos.

Se incluye en esta edición el trabajo expuesto por Patricio Rojas y una versión transcrita del comentario del profesor Vittorio Corbo.

Se me ha invitado a comentar un tema que es económico, el trabajo de Patricio Rojas, "Remuneraciones de los profesores en Chile"[1], y yo no entiendo de economía. Sin embargo, además de las actividades que Arturo Fontaine T. ha mencionado con mucha generosidad al presentarme, me gustaría agregar que soy presidente de una institución educacional, la Fundación Educacional Barnechea, que se dedica precisamente a la educación gratuita y trata de alcanzar en ella un nivel de excelencia.

Y es desde ese punto de vista, entonces, que quisiera mirar el trabajo de Patricio Rojas, partiendo por el Cuadro Nº 8. Éste nos dice que si las remuneraciones reales de los profesores eran 100 el año 1960, el año 1990 habían bajado a 47, es decir, a menos de la mitad; y con el gran esfuerzo que han hecho el país y los dos gobiernos que ha habido desde entonces, han llegado a 94,9. En otras palabras, casi han alcanzado en 1997 el nivel que tenían en 1960[2].

El profesor Corbo ha hecho algunas precisiones al respecto[3], pero a mí me impresiona que el índice real de las remuneraciones *totales*, que era 100 en 1960, hoy sea 227,3. Es decir, que se haya más que duplicado para el conjunto del país, mientras que el sueldo de los profesores no haya aumentado nada desde 1960 hasta 1997, incluso si consideramos el esfuerzo enorme de los últimos 7 años. Éste es el tema que me preocupa, porque cerca del 85% del gasto en educación corresponde a remuneración de los profesores.

El otro dato que se debe tener en cuenta es que la gente que recibe educación pagada en Chile, como es el caso de casi todos los aquí presentes y de todos nuestros hijos y nietos, es sólo el 8,4% de la población, pues el 91,6% restante recibe educación gratuita. Y de ese 91,6%, alrededor de un tercio asiste a escuelas subvencionadas y cerca de dos tercios a escuelas municipales.

Entonces, si tenemos esta remuneración magisterial tan deprimida en términos absolutos (y aún más deprimida cuando se la compara con el conjunto de la sociedad), y si el 91,6% de los chilenos recibe educación gratuita y por consiguiente educación financiada principalmente por el Estado, es claro que el Estado o, en términos más amplios, la sociedad, no está gastando lo necesario para entregar una educación gratuita del nivel mínimo. Y esto, a mi juicio, tiene solamente dos salidas. Una es que eduquemos menos gente, lo que equivale a dejar a un porcentaje en la ignoran-

[1] Patricio Rojas, "Remuneraciones de los profesores en Chile", incluido en esta edición de *Estudios Públicos*.

[2] Patricio Rojas, *Documento de Trabajo* Nº 278 (marzo 1998), Centro de Estudios Públicos, p. 27.

[3] Véase en esta misma edición el comentario de Vitorio Corbo.

cia, y concentrar nuestros recursos en dar mejor educación el resto. Ésta, por cierto, es una alternativa políticamente imposible y éticamente inaceptable. Por consiguiente, la única solución es aportar mayores recursos entre todos (el Estado, extrayéndolos de los impuestos; los padres, a través de instituciones como el financiamiento compartido y otras mejoras que se puedan discurrir; y la empresa en general, a través de algún sistema de donaciones imputables a impuestos o imputables como gastos). En suma, como sea, es preciso asignar más dinero a la educación gratuita.

¿Cuánto más hay que destinarle?

Les puedo decir la cantidad, aunque no soy economista, porque tengo que reunirla todos los meses. La Fundación Educacional Barnechea tiene dos colegios en Lo Barnechea, enteramente gratuitos. Educa a 800 niños, no tiene grandes infraestructuras, paga a sus profesores mejor que la educación del Estado, pero no mucho mejor, y gasta *3,5 UF* por niño al mes. Y con eso se educa bien. ¿Pero qué recibe del Estado? Recibe la subvención, que es poco más de 1 UF por niño atendido al mes. Por lo tanto, adicionalmente, tenemos que reunir 2,5 UF por niño al mes para llegar a las 3,5 UF.

Al revisar los resultados del SIMCE[4] me encontré con una sorpresa en la comuna de La Cisterna. Los porcentajes de respuestas correctas obtenidos en el SIMCE por los colegios de esa comuna son en general 50%, 60%; unos pocos logran el 70% e incluso hay alguno que se acerca al 80%. De pronto, sin embargo, aparece la Princess Anne School con 87%, 86%, 82% y 85%, en Castellano, Matemáticas, Historia y Ciencias Naturales, respectivamente, o sea con el nivel de un colegio caro de barrio alto. Da la casualidad que conozco la Princess Anne School, que no pertenece a ningún súbdito británico sino a unas antiguas y notables educadoras chilenas. La Princess Anne School es un colegio pagado y las dueñas viven de él. Y en La Cisterna, por supuesto, no pueden cobrar lo que cobra cualquier colegio particular caro del barrio alto. ¿Cuánto cobran ellas? Cobran 3,5 UF por niño al mes y con eso sus alumnos obtienen 87%, 86%, 82 %y 85% en el SIMCE, y además las dueñas ganan dinero. La Fundación Educacional Barnechea no gana dinero (probablemente somos menos eficientes que la Princess Anne School), pero les aseguro que mientras no pasemos de 1 UF por niño al mes a 3 y 3,5 UF no tenemos posibilidad de educar bien a la gente que estamos educando gratuitamente. ¿Cómo obtener esos recursos adicionales? Esta respuesta deben darla los economistas y los gobernantes.

[4] SIMCE: Sistema Nacional de Medición de la Educación. Prueba que se aplica en Chile al 4º y 8º año en todos los establecimientos de enseñanza básica del país.

Ahora, lo que sí puedo aportar son algunos consejos acerca de cómo asignar los recursos. En primer lugar está lo que he llamado la ley Zapallar o, con cierta inmodestia, la ley Vial. Ésta se basa en la observación empírica de un fenómeno ocurrido en el balneario de Zapallar. Durante largos años no había agua en ese balneario y los zapallarinos, gente muy distinguida y muy rica, no podían bañarse ni menos regar sus jardines. Circulaban así por Zapallar una serie de camiones particulares vendiendo el agua a precios gigantescos, y los zapallarinos, por supuesto, compraban esa agua para suplir la poca o ninguna que les llegaba por las cañerías. Hasta que cambió el funcionario público a cargo del servicio de agua potable. Llegó, no voy a decir por casualidad, un funcionario honesto que descubrió que eran sus propios subordinados y para su propio provecho, los que vendían el agua en los camiones. Éste puso fin a la venta de agua particular y echó la misma agua de los camiones por las cañerías. Hoy los zapallarinos se bañan no una vez, si no dos veces al día, y sus jardines han florecido.

¿Y cuál es la cañería en educación? La subvención: todo el dinero adicional debe ir por la cañería, directo al establecimiento, en forma de más pesos al mes por niño atendido. En otras palabras, debe ir por la subvención que se le paga al colegio municipal o al sostenedor de una escuela gratuita, como la Fundación Educacional Barnechea.

¿Está ocurriendo eso? Parece que no. En cuanto a la subvención educacional básica, Patricio Rojas señala en su trabajo que el año 1981 era 100 y en 1990 era 73. Para la enseñanza media, la subvención educacional era 100 el año 1981 y 67 el año 1990[5]. Había bajado la subvención, eso todos lo sabemos, en términos reales, ya lo ha explicado Patricio Rojas. Los recursos por alumno, en cambio, que eran 100 en 1980, y que después subieron fuertemente para bajar una vez más, fueron 125 en 1990.

¿Qué significa, entonces? Que parte del agua no está yendo por la cañería; parte del agua se está vendiendo, no lo digo en mal sentido, pero se está vendiendo a los niños en forma de programas aparentemente muy interesantes. Se les ofrecen a las escuelas todo tipo de cosas, como subscribirse a la revista *Don Balón*, a costa del Ministerio, y a la revista *Caras*, y programas para toda clase de radiocasetes, televisores, filmadoras, etc... O sea, parte del agua no está corriendo por las cañerías.

Si queremos que la población de menores recursos —que es el 91,6% de los educandos en Chile— reciba educación, entonces hay que aumentar los recursos para educarla gratis. Porque si bien ellos podrían colaborar con algo, es poco, y la única forma de poder educarlos es hacerlo

[5] Patricio Rojas, "Remuneraciones de los profesores en Chile", *op. cit.*, Cuadro Nº 4, p. 145.

prácticamente gratis. Es decir, hay que aumentar la subvención. Hay que disminuir al mínimo lo que *no* es subvención y hay que enviar *toda* el agua por la cañería.

Después viene el problema, que muy bien han indicado los otros expositores, de cómo asegurar la eficiencia del empleo de ese dinero. Porque se puede mandar el agua por la cañería, pero si ella está rota, al final se va a perder el agua. Y esto, a mi juicio, sólo tiene una solución: el establecimiento. Éste debe determinar cómo distribuye sus recursos a través de su dirección, que no es lo mismo que hablar del director. La dirección es el director con el consejo de profesores, y ésta es la que debe recibir los recursos, pues es la que sabe dónde le aprieta el zapato, lo que le falta (lo sabe mejor que el Centro de Estudios Públicos, lo sabe mucho mejor que el Ministerio de Educación).

¿Cómo garantizar un incentivo para que se usen bien los recursos? Simplemente, que haya una subvención adicional para los establecimientos que tengan mejores resultados medidos con parámetros objetivos. Es decir, que haya una subvención mínima para resultados mínimos, y que de allí en adelante vaya aumentando la subvención según los resultados. La dirección del establecimiento sabrá —el director, el consejo de profesores y el cuerpo de profesores— cómo obtiene esos mejores resultados. Porque eso no se puede establecer en forma general. Educar es un arte. Ese arte no se hace aquí, no se hace en el Ministerio; se hace trabajando con los niños y eso lo realiza el establecimiento. El director y el profesor que están en contacto con Pedrito, Juanito y Dieguito, son los que saben en qué están bien y en qué están mal Pedrito, Juanito y Dieguito. Saben cómo hacerlos progresar y sabían que tienen un incentivo si efectivamente progresan, que tienen un incentivo a través del establecimiento.

Es imposible medir el grado de eficiencia de los incentivos dirigidos directamente a los profesores como los aumentos de sueldos. A mi juicio, esos mecanismos generales, aplicados desde arriba, no sirven. El dinero tiene que repartirlo el establecimiento, los estímulos tienen que ser para el establecimiento. Ahí verá la dirección cómo distribuir esos estímulos entre los profesores, pero es el establecimiento el que tiene que educar.

De acuerdo con mi experiencia, éste es el camino real, que tiene dos partes. Primero, convencernos de que se necesitan mayores recursos. Si es necesario, privaticemos hasta la pata de la mesa, hasta el escritorio del Presidente de la República... También pidámosles una contribución razonable a los padres, porque aunque sean padres pobres, están dispuestos a dar. Demos facilidades a las empresas para que entreguen dineros contra impuestos o como gastos de la empresa —problema mucho más complejo, de

asignación de recursos... Pero seamos honestos: o asignamos más recursos o educamos a menos jóvenes. No continuemos con la estafa de hoy de educar mal a tres niños con la plata que bastaría para educar bien a uno.

En segundo lugar, una vez conseguidos esos recursos, viene el problema de la eficiencia. Éste, para mí, se resuelve con la ley Zapallar: toda la plata por la cañería, toda la plata por la subvención. No más programas sino los indispensables. No más funcionarios sino los que realmente sean necesarios, que son muy pocos. Y todo el dinero a la subvención y al establecimiento. Una subvención que estimule los progresos objetivos del establecimiento y libertad de inversión para el establecimiento, representado por su dirección.

Creo que ése es el camino —reitero por última vez—, que parte de la convicción que tengamos de que no se está gastando suficientemente en educación, que se está gastando por lo menos tres veces menos de lo que debiéramos en educación y que esto no tiene salidas mágicas. No basta con entregarles a los establecimientos 1 UF al mes por niño, porque no alcanza.

Para concluir, comentaba con Arturo Fontaine T. hace unos días que es curioso que los economistas chilenos, que han discurrido cosas tan interesantes y tan ingeniosas para otros campos de actividad—por ejemplo, las AFP para la previsión, o las Isapres para la salud—, no hayan discurrido un sistema en el cual los recursos públicos puedan ser aprovechados en la educación por los privados, que son los establecimientos, de modo que se incentive su buen uso y el progreso.□

ORIENTACIONES PARA LA ACCIÓN REGULADORA DEL ESTADO*

Jorge Marshall Rivera

En estas páginas se plantea que la teoría económica permite afirmar que el Estado puede hacer algunas cosas mejor que el mercado, e incluso permite sostener que no es posible el funcionamiento de una economía de mercado moderna en ausencia del Estado. Pero ello no resuelve el dilema respecto al Estado: ¿cómo podemos hacer para que el Estado actúe cuando debe y cómo debe, y se contenga cuando no deba actuar? Por muy acucioso que sea un determinado diseño organizacional de las instituciones del Estado —señala el autor—, si no se asume el desafío de generar un sistema de incentivos apropiados, el remedio regulatorio podrá ser incluso más dañino que la enfermedad. Un sistema institucional moderno se apoya en la transparencia de la acción pública.

JORGE MARSHALL RIVERA. Ph. D., en Economía, Harvard University. Vicepresidente del Banco Central de Chile.

*Exposición en la conferencia "Modernización de la Institucionalidad Reguladora del Estado", realizada en el Centro de Convenciones Diego Portales, Santiago, el 23 y 24 de abril de 1998.

En esta exposición analizaré lo que, a mi juicio, son las orientaciones que deben guiar la acción reguladora del Estado en una economía de mercado con un gobierno democrático. En la primera parte de la exposición realizaré algunos comentarios sobre los dilemas que enfrenta la regulación en las sociedades modernas. Luego, en la segunda parte, me referiré a los criterios que deben orientar la acción reguladora.

I. LOS DILEMAS DE LA REGULACIÓN

Las sociedades modernas usan tanto al mercado como al Estado para organizar sus actividades económicas. Cada uno de estos dos mecanismos tiene ventajas en determinadas situaciones y ninguno puede ser considerado como superior al otro en todos los casos. Por esta razón, el principio general que debe aplicar un buen gobierno es utilizar los arreglos institucionales que sean más eficientes en cada situación y evitar los mecanismos que organizan con deficiencia las actividades económicas.

El desempeño económico que alcanza una sociedad depende de las conductas y decisiones de cada uno de sus miembros, las que, a su vez, dependen del sistema de incentivos que ofrecen los arreglos institucionales. Si los sistemas de incentivos funcionan bien, estaremos en presencia de un círculo virtuoso: hay reglas del juego que favorecen la eficiencia, y las organizaciones exitosas, eficientes e innovativas refuerzan dichas reglas.

Sin embargo, en la práctica los sistemas de incentivos son imperfectos. Existen reglas del juego malas, instituciones improductivas, que normalmente tienden a perpetuarse creando círculos viciosos de ineficiencia y desperdicio. Las fallas más frecuentes en la organización económica se producen cuando hay externalidades o asimetrías de información, las que se producen tanto en el mercado como en el Estado.

El desafío para una regulación eficiente consiste en adoptar reglas del juego inteligentes, relevantes y socialmente productivas. Para desarrollar esta labor se debe tener plena conciencia de las limitaciones del mercado y del Estado.

1.1. El mercado y sus limitaciones

En la sociedad actual el mercado es el organismo básico e ineludible para organizar la economía. El mercado tiene propiedades que lo convier-

ten en un instrumento muy difícil de superar como sistema de incentivos: hace pública información que es muy relevante para las decisiones de todos los miembros de la sociedad, lo que facilita enormemente los procesos de coordinación, y provee un mecanismo eficiente y descentralizado de incentivos, que premia a los más eficientes y castiga a los ineficientes. Por estas razones el mercado es frecuentemente superior a otras formas para ordenar la actividad económica de la sociedad.

El mercado alcanzó una presencia casi sin contrapeso en la organización de las actividades económicas hacia fines del siglo XIX. Durante esa época los economistas tenían la confianza en que la entrada de nuevos competidores a los mercados erosionaría cualquier poder de los monopolios. La confianza en la mano invisible hacía pensar que el mercado era el mecanismo a través del cual se lograría una asignación de recursos óptima.

La validez conceptual de este enfoque está resumida en una proposición básica de la economía del bienestar: una economía de mercado producirá una asignación de recursos eficiente cuando existen mercados completos, información completa en los mercados y ausencia de externalidades. Si se cumplen estas condiciones, las acciones independientes de los individuos conducen al máximo bienestar colectivo.

Gradualmente, la confianza del liberalismo clásico en el mercado comenzó a desvanecerse. Hacia mediados del siglo XX la idea de fracaso o insuficiencia de los mercados se consolidó en la teoría económica, especialmente a través del tratamiento de los conceptos de bienes públicos, externalidades y rendimientos crecientes. Se quebró la relación entre eficiencia y mercado como un absoluto teórico. Surgió entonces la pregunta: ¿cómo organizar las actividades económicas cuando el mercado fracasa? Por años la respuesta ha sido invariable: el Estado corrige las imperfecciones de los mercados.

En los años más recientes la idea de deficiencia en el funcionamiento del mercado se consolida a través del desarrollo de la teoría económica de la información. Por ejemplo, en la actualidad la explicación de las causas de la inestabilidad de los mercados financieros se puede formular a través de los conceptos de asimetrías de información y problemas de selección adversa y riesgo moral. En todas estas situaciones se producen distorsiones en los incentivos que determinan la conducta de los individuos, lo que se traduce en ineficiencias para la sociedad. A su vez, en los últimos años se ha extendido la noción de fracaso del mercado para resolver las aspiraciones de equidad de las sociedades modernas.

En síntesis, el mercado es una forma de organizar la vida económica de la sociedad que presenta enormes ventajas, pero que, al mismo tiempo,

tiene serias imperfecciones. Estas imperfecciones no son aisladas, ni se pueden corregir con facilidad. De allí que no es posible considerar que el mercado sea el único mecanismo para ordenar la actividad económica en una sociedad.

1.2. El Estado y sus limitaciones

En todas las sociedades modernas el Estado ha alcanzado un rol importante como mecanismo para organizar diversas esferas de la vida económica. Existen ciertas situaciones en las cuales el Estado constituye un instrumento que tiene ventajas para conseguir determinados objetivos de bien común.

La principal ventaja relativa del Estado está en la capacidad para producir reglas e imponer su cumplimiento a los miembros de la sociedad. El Estado no tiene ventajas particulares en la producción y distribución de bienes y servicios. Las mejores capacidades del Estado se expresan en aquellas situaciones en que los individuos tienen incentivos para actuar en forma divergente del bien común. En estas situaciones, el Estado puede proveer reglas del juego que facilitan la coordinación y obligan a todos los individuos a someterse a ellas.

El Estado enfrenta los problemas de coordinación de la actividad económica de manera opuesta al mercado: mientras la competencia impide la colusión, el Estado opera por la vía de inducir a la cooperación. Ambos tipos de comportamiento: competencia y cooperación son deseables en diferentes circunstancias. Por esta razón, el mercado y el Estado desempeñan un papel complementario en la organización de la vida económica de la sociedad.

En el transcurso del siglo XX se ha producido una importante expansión en el rol del Estado. En los años 50 y 60 la principal recomendación para la política económica era: utilizar el mercado cada vez que sea posible y el Estado cada vez que sea necesario. En este postulado se deja que los mercados hagan aquello para lo cual son eficientes y que el Estado provea los bienes públicos, corrija las externalidades y regule los monopolios cuando hay rendimientos crecientes de escala.

El Estado tiene, sin embargo, varias debilidades fundamentales como mecanismo de organización de la vida económica de las sociedades. Primero, el Estado no tiene acceso a la información privada sobre las preferencias de los consumidores y los costos de los productores. Segundo, los ciudadanos no conocen la información que tienen los individuos que

operan dentro del Estado. De allí surge la desconfianza de la población en el funcionamiento de las instituciones del Estado. Tercero, las decisiones colectivas en materias económicas a través de la votación tienen serios límites. Cuarto, cuando la intervención del Estado suprime al mercado se producen transferencias de renta. Ello genera un incentivo a las conductas que buscan influir sobre las decisiones que adopta el Estado con objetivos enteramente privados. Estas debilidades del Estado son prácticamente ineludibles. Están en su misma naturaleza y en el carácter de los procesos democráticos, aunque existe naturalmente un espacio de perfeccionamiento de la acción del Estado a través de la profundización de la democracia.

De alguna manera la expansión del Estado subestimó sus debilidades como mecanismo para organizar la vida económica de la sociedad. Así, hacia fines de los años 70 la fuerza de la principal recomendación para la política económica comienza a presentar una doble y peligrosa debilidad lógica y práctica. Se partía de la premisa que los mercados fracasaban para concluir que el Estado debía actuar. Pero esa lógica no es rigurosa: el postulado posee una premisa no demostrada: que el Estado puede alcanzar el conocimiento, la sabiduría y la recta intención para lograr siempre el bien común de la sociedad. Sabemos que la conducción del Estado está a cargo de individuos en los que conviven intereses de diversa naturaleza, incluyendo la búsqueda del bien común, y los resultados de su acción concreta son lógicamente inciertos. Es decir, se comienza a tomar conciencia que la acción del Estado puede también hacer daño a la economía y sociedad.

Desde una perspectiva práctica, el Estado interventor generó un exceso de regulaciones y políticas superpuestas, muchas de ellas contradictorias o caducas, lo que condujo a un deterioro de la capacidad para invertir y una baja peligrosa en la productividad de la sociedad. Este conjunto de regulaciones respondía a menudo a lógicas particulares, revestidas de interés público. Así, el sistema de precios relativos dejó de impulsar el crecimiento económico.

Aquí yace el tema central que enfrentamos en la actualidad: la teoría económica nos permite afirmar que el Estado podría hacer algunas cosas mejor que el mercado, pero no entrega certezas para confiar que éste no excederá los límites de una intervención óptima, ni que será eficiente en su acción.

En síntesis, es cierto que el Estado no es omnisciente, sabio y bueno, pero también es cierto que los mercados no siempre generan un resultado eficiente, y de alguna manera esta realidad explica el renacer de la literatura sobre el Estado. Nos acercamos así al centro del debate actual. No

es posible el funcionamiento de una economía de mercado moderna en ausencia del Estado, pero el dilema respecto al Estado no está resuelto: ¿cómo podemos hacer para que el Estado actúe cuando debe y cómo debe, y se contenga cuando no deba actuar?

II. ORIENTACIONES PARA LA ACCIÓN REGULADORA

Para avanzar en los principios que deben ordenar una reforma a la institucionalidad reguladora del Estado, es preciso señalar claramente que el problema de la sociedad moderna no es el diseño organizacional de dicha acción, sino el perfeccionamiento de los sistemas de incentivos que orientan las decisiones, tanto en el sector privado como en el sector público. Los verdaderos problemas del Estado no dependen tanto de su diseño organizacional, aunque éste sea perfectible. La institucionalidad reguladora necesita poner el acento en la corrección de las distorsiones que existen en los sistemas de incentivos.

Las fallas del mercado constituyen una condición necesaria pero no suficiente para la regulación, porque cuando la regulación no enfrenta incentivos adecuados, tampoco se garantiza que el desempeño global de la sociedad mejore. Así, las fallas del Estado regulador se originan, precisamente, en las dificultades que tiene la sociedad para generar un sistema de incentivos que oriente la acción del Estado.

La pretensión de mejorar la eficiencia de la acción reguladora del Estado sólo a través de rediseños organizacionales tiene tres debilidades fundamentales. Primero, los costos de la transición en las reformas institucionales resultan normalmente muy superiores a los anticipados. Segundo, los rediseños organizacionales se mezclan con los intereses particulares, con lo cual sus propósitos se desperfilan. Tercero, aun si un buen rediseño organizacional fuese viable en términos de su establecimiento, la carencia de un sistema de incentivos apropiados impediría la eficiencia del mecanismo diseñado. Bajo estas circunstancias es posible que la solución sea más costosa que el problema original que se busca superar.

La pregunta clave, entonces, es cómo crear un sistema de incentivos que permita disminuir la probabilidad de interferencia de intereses ajenos al bien común, tanto en la conducta de los agentes privados como en la acción reguladora del Estado. Enfrentar este desafío es una condición necesaria para que la superación de las fallas del mercado sea posible a través de la regulación.

En este marco, las tres orientaciones para perfeccionar los sistemas de incentivos en la sociedad moderna son: aprovechar más los estímulos de la competencia, reconocer que la autorregulación tiene una capacidad subestimada en el pasado y dar mayor transparencia a la acción del Estado. La aplicación de estas tres orientaciones permitirá mejorar el desempeño económico de la sociedad.

2.1. Los estímulos de la competencia

La primera fuente para contar con un buen sistema de incentivos en la organización económica de la sociedad proviene de los estímulos de la competencia. Los mercados que logran un ambiente de mayor competencia requieren menos de la corrección de las fallas del mercado. Los incentivos provenientes de una estructura de mercado más competitiva son más sanos y de menor costo que los que emanan de la acción reguladora del Estado.

Existen varias vías a través de las cuales se pueden aprovechar todos los estímulos de la competencia. Entre ellas están:

- favorecer una estructura de mercado donde participen más actores, aun cuando se trate de un sector en el que convivan áreas reguladas con otras no reguladas.
- generar competencia en determinados segmentos o actividades vinculadas a la prestación del servicio principal.
- concentrar la acción del Estado en fijar reglas del juego que promuevan la competencia.
- incentivar la relación directa entre los agentes afectados por una falla de mercado, como puede ser una externalidad negativa.

Todas estas situaciones han venido ocurriendo en la economía chilena, con buenos resultados en el desempeño de los mercados donde ocurren y de la economía en su conjunto. Se trata de una orientación para la acción reguladora que dista mucho de estar agotada. Potenciar la competencia será siempre la opción privilegiada para enfrentar las fallas del mercado. Sin embargo, cuando las condiciones de mercado imposibiliten una real competencia o cuando haya externalidades, se deberá recurrir a otras fuentes para crear un sistema de incentivos adecuado.

2.2. El potencial de la autorregulación

Una segunda fuente para perfeccionar los sistemas de incentivos en la sociedad moderna se encuentra en la propia empresa. Algo que podría haber sido paradójico hace algunas décadas, hoy se estima una de las reservas que tiene la sociedad para mejorar su eficiencia. Por esta razón observamos un movimiento en distintas áreas para incrementar la responsabilidad social de las empresas. Tradicionalmente se consideró que la conducta de las empresas obedece en su totalidad al interés privado, contrariamente a lo que sucedía con el Estado. Pero las debilidades que en la actualidad se reconocen en el Estado están conduciendo a una visión más balanceada. Así, uno de los desafíos para nuestra agenda es reconciliar a la empresa con el bien común. Si las empresas no se preparan para actuar con más decisión en esta verdadera transformación, cederán más espacios a la regulación.

La ciencia de la administración reconoce en la actualidad que las empresas que cultivan un núcleo central de valores permanentes tienen una ventaja en su desempeño de largo plazo. Por otra parte, en la administración de riesgos financieros se otorga cada vez más espacio a la autorregulación por parte de los propios bancos. Uno de los principales efectos de la reforma al sistema de regulación financiera en Nueva Zelandia ha sido provocado por la mayor responsabilidad de los directores en toda la información que entrega el banco. A su vez, lo anterior está vinculado a la creciente atención que los empresarios están otorgando a los valores éticos que se derivan de su función en la sociedad, los que se ponen cada vez más en el centro del quehacer empresarial.

Desde el punto de vista económico existe al menos un argumento que ayuda a comprender esta tendencia: en la medida que las empresas reconocen los beneficios que provienen del buen funcionamiento de la economía y la sociedad en su conjunto estarán más dispuestas a alinear su acción empresarial en una dirección coherente con el bien común.

Respecto de las orientaciones más específicas de esta tendencia están:

- incentivar la construcción de una relación clara entre empresa y cliente, lo que genera información relevante para que la empresa tome decisiones más informadas.
- reforzar la capacidad y la responsabilidad de los directorios de las empresas, especialmente en la relación de la empresa con la autoridad sectorial, es otro mecanismo que incentiva la autorregulación.

- información pública y comparación entre empresas de un determinado sector que están localizadas en áreas geográficas o en países diferentes es un estímulo indirecto para el mejoramiento de la eficiencia del mercado. Por ejemplo, la comparación internacional de determinados precios ayuda a dimensionar los problemas que la regulación debe resolver en una economía.

En síntesis, la autorregulación representa un camino nuevo que permite superar fallas en los sistemas de incentivos, reduciendo la necesidad de recurrir a regulaciones externas a la firma.

2.3. El perfeccionamiento de la acción del Estado

La tercera fuente para crear un sistema de incentivos que mejore el funcionamiento económico de la sociedad moderna es la acción reguladora del Estado. El debate actual no es si el Estado debe o no participar en los procesos de autogobierno de la sociedad. El tema central consiste en definir cuáles son los resguardos que debemos tomar para estar confiados en que la acción del Estado estará efectivamente orientada hacia el bien común. Por esta razón, debe subrayarse que el debate sobre la institucionalidad reguladora no debe estar enfocado al diseño organizacional de la acción del Estado, sino al diseño de los sistemas de incentivos para que dicha acción esté libre de intereses particulares.

Es interesante reconocer que una de las razones por las que se genera una falla en el sistema de incentivos del Estado es que su acción o los resultados de ella no son directamente observables por los agentes de la sociedad. El camino para mejorar el sistema de incentivos que enfrenta el Estado es aumentar la información y transparencia sobre su acción.

Cuando la información se canaliza a través de los mecanismos institucionales adecuados, la sociedad cuenta con una excelente base para evaluar la acción del Estado y la probabilidad que intereses ajenos al bien común intervengan en las decisiones es mucho menor. En este sentido, una mayor transparencia de la acción reguladora necesita de una fiscalización más técnica sobre el organismo regulador y de una capacidad de estudio y análisis en instituciones intermedias.

Cualquier agencia reguladora gubernamental estaría mucho mejor equipada para hacer frente a los intereses particulares que existen en toda democracia si las decisiones que adopta y sus resultados son debidamente informados. Por ello, la transparencia de información es un mecanis-

mo para perfeccionar el sistema de incentivos en una sociedad democrática. Cuando esto se logra, el Estado se transforma en una instancia privilegiada para enfrentar las fallas del mercado. La transparencia genera los incentivos correctos para alcanzar la eficiencia y la búsqueda del bien común.

Las acciones regulatorias del Estado deben ser formuladas de tal manera que se haga más fácil su evaluación y control, tanto por parte de otras instituciones del Estado, como de la opinión pública. Dichas acciones deben ser informadas a la sociedad, incluyendo objetivos, costos, resultados esperados y plazos. Se debe promover un debate técnico sobre las materias más delicadas.

Mejorar la información es el mejor incentivo para otro de los aspectos fundamentales de los procesos regulatorios: la calidad técnica en la formulación y aplicación de las reglas que orienten la conducta de los agentes privados. Mucho se ha insistido en los requisitos administrativos y técnicos para una buena acción de regulación. Hoy debemos poner el acento en la información y transparencia como la base para que la función reguladora sea más eficiente.

Cabe hacer la pregunta si este enfoque tiene consecuencias en el diseño organizacional de la acción reguladora. Si bien se trata de un análisis incipiente, se pueden adelantar algunos criterios. Primero, las instituciones reguladoras deben tener canales de comunicación con el resto de las instituciones del Estado. Los sistemas de incentivos se benefician de los vínculos entre instituciones. Segundo, los sistemas de incentivos funcionan mejor cuando las agencias reguladoras están especializadas sectorialmente. Esto permite que las instituciones encargadas de la fiscalización y la opinión pública tengan más elementos para evaluar la gestión de las instituciones reguladoras. Tercero, se debe generar un proceso de aprendizaje y coordinación entre las instituciones reguladoras que están especializadas sectorialmente.

III. CONCLUSIONES

En síntesis, por muy acucioso que sea un determinado diseño organizacional de las instituciones del Estado encargadas de la regulación, si no se asume el desafío de generar un sistema de incentivos apropiados, el remedio regulatorio podrá ser incluso más dañino que la enfermedad. La eficiencia del Estado regulador, más allá del diseño organizacional, depende substancialmente del grado de profundización democrática de la socie-

dad. Es decir, en la medida que la sociedad, como conjunto, esté informada de modo transparente, será posible alcanzar un mercado que opera con eficiencia social.

El objetivo es mejorar la eficiencia de la economía en su conjunto. Para cumplir este propósito las reformas administrativas y organizacionales del Estado son necesarias pero no suficientes. Éstas pueden lograr incrementos en la eficiencia de la gestión de los organismos del Estado, pero no aseguran el control democrático de los propósitos y la racionalidad global de los fines del Estado en su conjunto. Un sistema institucional moderno es aquel que actúa en concordancia con los principios de la democracia, el perfeccionamiento de los mercados, el impulso del crecimiento y los principios perdurables en nuestras tradiciones cívicas. □

BIENES PÚBLICOS, EXTERNALIDADES Y LOS *FREE-RIDERS:* EL ARGUMENTO RECONSIDERADO*

Alberto Benegas-Lynch (h)

En este trabajo el autor realiza un análisis de lo que se ha dado en denominar "bienes públicos" desde una óptica distinta de la que originalmente dio lugar a este concepto. En este sentido, en base a una bibliografía actualizada, llega a la conclusión que la argumentación clásica no ofrece una fundamentación suficiente para la intervención gubernamental en el mercado y, asimismo, en base a los aportes de la teoría subjetiva del valor iniciados con Carl Menger en 1870, replantea la idea de las externalidades.

ALBERTO BENEGAS LYNCH (h). Director del instituto de posgrado ESEADE. Profesor de Análisis Económico en la Universidad de Buenos Aires. Presidente de la Sección Ciencias Económicas de la Academia Nacional de Ciencias de la Argentina. Ex Director del Departamento de Doctorado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Plata. Autor de numerosas publicaciones, su último libro se titula *Socialismo de mercado: Ensayo sobre un paradigma posmoderno* (1997).

*Trabajo originalmente presentado en el seminario que se llevó a cabo el 28 de noviembre de 1997 en la Academia Nacional de Ciencias de la Argentina.

The argument on 'public goods' is timely. For too long liberal scholars have accepted the conventional view.

Arthur Seldon, 1997

En otras oportunidades me he referido a este tema[1], pero debido a que la bibliografía que muestra una perspectiva alejada del *mainstream* es tan poco conocida —incluso entre los economistas profesionales— se justifica una nueva presentación aunque más no sea de modo telegráfico debido al tiempo de que dispongo para dirigirme a esta calificada audiencia del seminario que hoy tiene lugar en la Academia Nacional de Ciencias.

La idea de bienes públicos está implícita en la literatura económica desde Knut Wicksell en adelante, pero contemporáneamente fue Paul Samuelson quien sistematizó la idea de bienes de consumo colectivo o bienes públicos[2] y las consecuentes externalidades (concepto este originalmente expuesto por Alfred Marshall y Arthur Cecil Pigou).

Se dice que un bien público es aquel que produce efectos sobre quienes no han participado en la transacción. Es decir, aquellos que producen efectos para terceros o externalidades que no son susceptibles de internalizarse[3]. En otros términos, aquellos bienes que se producen para todos o no se producen puesto que no se puede excluir a otros. Por ejemplo, un bien público sería un perfume agradable que usa una persona y que otros disfrutan, mientras que un bien privado sería el uso del teléfono que sólo beneficia al usuario. Asimismo, los bienes públicos tienen la característica de la no-rivalidad[4], lo cual significa que el bien no disminuye por el hecho de que lo consuma un número mayor de personas. En nuestro ejemplo, no se consume el perfume por el hecho de que un número mayor de personas aproveche el aroma. En consecuencia, los principios de no-exclusión y no-rivalidad caracterizan al bien público, lo cual, a su turno, significa que tienen lugar externalidades, es decir, como queda dicho, que gente se beneficia del bien sin haber contribuido a su financiación (*free-riders*) o también, en otros casos, gente que se perjudica (externalidades negativas o costos externos), situación esta última en la que los *free-riders* son los emisores de externalidades.

---

[1] Alberto Benegas Lynch (h) *Hacia el autogobierno: una crítica al poder político* (1993), p. 318 y ss., *El juicio crítico como progreso* (1996), p. 377 y ss., y "Toward a Theory of Autogovernment" (1997), p. 124 y ss.

[2] Paul Samuelson,"The Pure Theory of Public Expenditure" (1954).

[3] Más adelante nos referiremos al significado de que estos efectos sean o no deseados.

[4] Expresión originada en M. Peston, *Bienes públicos y sector privado* (1975 [1959]).

Es importante distinguir una externalidad negativa de una lesión al derecho. Si una persona planta y cosecha determinado bien que requiere sombra, la cual es proporcionada por un vecino como una externalidad positiva, el día que ese vecino decide talar parte de su bosque y, por tanto, le retira la sombra al referido productor, esto último significará una externalidad negativa pero no una lesión al derecho puesto que el agricultor de marras no tiene un derecho adquirido sobre la sombra que originalmente le proporcionaba su vecino. Si, en cambio, el agricultor fuese asaltado por su vecino, estaríamos frente a una lesión al derecho (lo mismo ocurriría con los decibeles o emisiones excesivas[5] de monóxido de carbono, para citar los ejemplos clásicos).

En cualquier caso, en este contexto, se mantiene que los bienes públicos deben ser provistos por el gobierno, ya que, de ese modo, se continúa diciendo, los beneficiarios de externalidades positivas financiarían el producto en cuestión vía los impuestos. Y, por tanto, no habría *free-riders* y, por ende, desaparecería esa "falla del mercado" (la producción de externalidades no internalizables). En este mismo hilo argumental se sostiene que si el gobierno no provee ese bien, el mercado no lo produciría o, si lo hiciera, sería a niveles sub-óptimos, puesto que los productores particulares tenderán a sacar partida de la externalidad especulando con la posibilidad de constituirse en un *free-rider* (es decir, a la espera de que otro sea quien lo produzca y, por tanto, cargue con los gastos correspondientes). Del mismo modo, se ha sostenido que en caso de una externalidad negativa el gobierno debe compensar la acción del responsable (*free-rider*).

En otros términos, el bien público constituye el argumento central del intervencionismo estatal, ya que, en esta línea argumental, el gobierno produciría la cantidad óptima del bien en cuestión que sería financiado por todos a través de impuestos, con lo cual se internalizaría la externalidad y no habría *free-riders* ni costos ni beneficios externos sin internalizar. Tal vez el resumen más claro de esta posición esté expresada por Marcun Olson, quien sostiene que: "Un estado es, ante todo, una organización que provee de bienes públicos a sus miembros, los ciudadanos"[6].

---

[5] Decimos "excesivas" puesto que derivan de una convención: la completa eliminación de decibeles o de polución requeriría abstenerse de hablar y de respirar (exhalar implica polución); para una documentada discusión sobre este tema y la consiguiente asignación de derechos de propiedad en el contexto de las valoraciones subjetivas, véanse los trabajos de J. F. Chant, D. G. McFetridge, D. A. Smith, T. E. Borcherding, J. Baden, R. L. Stroup, M. N. Rothbard, T. Anderson, J. S. Shaw, W. Block y E. G. Dolan (1989).

[6] Marcun, Olson, *The Logic of Collective Action* (1965), p. 15.

Una primera mirada a la producción de bienes y servicios obliga a concluir que muchos de los provistos por los gobiernos tienen las características de bienes privados (en nuestro ejemplo anterior, el servicio telefónico, también el correo, la aeronavegación, etc.), así como también muchos de los que producen externalidades no internalizables son provistos por el sector privado (nuestro ejemplo del perfume, los edificios elegantes, etc.). En verdad la mayor parte de los bienes y servicios producen *free-riders*, desde educación[7] hasta el diseño de las corbatas. David Friedman considera que sus libros han hecho mucho por la sociedad abierta, incluso para aquellos que no los han adquirido (*free-riders*), de lo cual no se desprende que el gobierno debe intervenir la industria editorial[8]. El mismo autor muestra que en el caso de la protección privada, las agencias que quieren diferenciar a sus clientes colocan letreros en las casas de quienes pagan el servicio[9]. Robert Nozick explica que las externalidades positivas derivadas de, por ejemplo, el lenguaje y las instituciones no autoriza a que se nos obligue a pagar sumas de dinero por ello[10]. Walter Block ridiculiza la pretensión de que el gobierno intervenga cuando hay externalidades, y ofrece el ejemplo de los beneficios externos que generan las sonrisas atractivas, de lo cual no se desprende que se deba cobrar impuestos a los observadores[11] y, para el caso, tampoco se justificaría que el gobierno subsidie a las personas que les resulta desagradable como se visten otros o el modo en que cultivan un jardín expuesto a la mirada de terceros.

Murray N. Rothbard señala la contradicción que se suscita en torno al tema del *free-rider*: "Vamos ahora al problema de los beneficios externos —la justificación que exponen los economistas para la intervención gubernamental. Muchos escritores conceden que el mercado libre puede dejarse funcionar en aquellos casos en donde los individuos se benefician a sí mismos por sus acciones. Pero con frecuencia los actos humanos pueden beneficiar, aun inadvertidamente, a terceros. Uno pensaría que éste es un motivo de regocijo, sin embargo los críticos sostienen que esto produce males en abundancia"[12]. A continuación el mismo autor señala las posiciones contradictorias por parte de quienes sostienen que el gobierno debería intervenir: por un lado, se sostiene que el mercado produce egoístas y, por

[7] Véase Alberto Benegas Lynch (h) "Education in an Open Society" (1997).

[8] David Friedman, *The Machinery of Freedom* (1973), p. 201. Véase también, del mismo autor, "Comment: Problems in the Provision of Public Goods" (1987).

[9] David Friedman, "Private Creation and Enforcement of Law: A Historical Case" (1979).

[10] Robert Nozick, *Anarchy, State and Utopia* (1974), p. 95.

[11] Walter Block,"Public Goods and Externalities: The Case of Roads" (1983).

[12] Murray N. Rothbard, *Man, Economy and State* (1970), vol. 2, p. 886.

ende, el Estado debería mitigar el efecto correspondiente; por otro, se sostiene que el gobierno debe actuar allí donde hay beneficios para terceros. Es que en realidad somos *free-riders* en muchos sentidos. Nuestras propias remuneraciones se deben a la acumulación de capital que realizan otros[13]. Más aún, hay situaciones en las cuales se desea expresamente que no se internalice la externalidad, como puede ser el caso de una mujer atractiva, lo cual, de más está decir, tampoco justifica la intromisión gubernamental.

Por otra parte, si se desea la internalización de la externalidad, ésta se llevará a cabo según sea el progreso tecnológico[14] y en un contexto evolutivo tal cual ha ocurrido en los casos de la codificación de la televisión satelital y los censores en las ballenas. Respecto de la argumentación de que los llamados bienes públicos deberían ser producidos por los gobiernos, como hemos mencionado, se sostiene que si éstos se fabricaran en el mercado ellos serían, en el mejor de los casos, sub-producidos. Pero debe tenerse en cuenta que para aludir a la "sub-producción" es preciso hacer referencia a un parámetro y a un punto de comparación. En este sentido, es de gran importancia recordar la precisión que realiza James M. Buchanan respecto del concepto de eficiencia: "Si no hay criterio objetivo para el uso de los recursos que puedan asignarse para la producción como un medio de verificar indirectamente la eficiencia del proceso, entonces, mientras el intercambio sea abierto y mientras se excluya la fuerza y el fraude, el acuerdo logrado, por definición, será calificado como eficiente"[15].

Es que el proceso de mercado es la manifestación de millones de arreglos contractuales libres y voluntarios. Lo que desean las personas es lo que ponen de manifiesto a través de los pesos relativos que revelan en sus compras y abstenciones de comprar, por esto es que lo que desean hacer las personas con sus propiedades[16] es, por definición, óptimo, y lo subóptimo aparece en la medida en que las decisiones se apartan de esos requerimientos. Entonces, si existe coerción, la cantidad producida será necesariamente distinta de lo que hubiera elegido la gente si no se hubiera entrometido el gobierno.

La producción de determinados bienes y servicios podrá tener en cuenta, por un lado, el fastidio eventual que produce la existencia de *free-*

---

[13] Alberto Benegas Lynch (h) *Fundamentos de análisis económico* (1994 [1972]), p. 142 y ss.

[14] Véase A. B. Atkinson y J. E. Stiglitz *Lectures on Public Economics* (1980), y Tyler Cowen "Public Goods and Externalities" (1993), pp. 74-77.

[15] James M. Buchanan,"Rights, Efficiency and Exchange: The Irrelevance of Transaction Costs" (1985 [1983]), p. 95. El análisis de Buchanan de la eficiencia "[...] se eleva o sube un escalón más y se ubica en el plano de las instituciones o las normas", *loc. cit.*

[16] Para el fundamento de la propiedad, véase, por ejemplo, Israel M. Kirzner, *Discovery, Capitalism and Distributive Justice* (1989), Cap. 5 y 6.

riders y, por otro, el beneficio que reporta el bien o el servicio en cuestión y decidir en consecuencia. David Schmidtz explica que para realizar la producción de determinado bien puede llevarse a cabo un contrato en el que se garantiza que cada cuota-parte servirá para ese propósito siempre y cuando se llegue a la suma total requerida para el proyecto: "El propósito del contrato es garantizar a cada parte contratante que su contribución no será desperdiciada en un proyecto de bienes públicos que no cuenta con los recursos suficientes para llevarse a cabo [...], para lograr esa garantía, el contrato puede incorporar una cláusula que prevea que se devolverán los fondos: el contrato se hará cumplir sólo si el resto del grupo acuerda financiarlo con los montos suficientes para hacer el proyecto posible"[17].

Es interesante hacer notar que cuando aludíamos al principio de la no-exclusión decíamos que, según Samuelson, una de las características del bien público es que se produce para *todos* o no se produce para ninguno: en esto, como dijimos, consiste el principio de no-exclusión. Pero, como nos muestra Kenneth D. Goldin[18], debemos analizar cuidadosamente qué significa en este contexto la palabra "todos" ya que "[...] muy pocos bienes públicos están disponibles para todos los miembros del planeta. Más bien, los bienes públicos están disponibles para todos dentro de un grupo específico [...]". Si cualquier bien que nos pudiéramos imaginar es demandado por grupos que exceden las facilidades disponibles, baja la calidad o hay congestión o se debe ampliar la oferta. La conclusión de Goldin, entonces, es que el principio de no-exclusión siempre tiene límites. Es, en este sentido, relativo y afecta también al principio de no-rivalidad puesto que después de cierto punto no es correcto afirmar que el bien no se consume, ya que no estará disponible para demandantes adicionales.

En última instancia, no parece haber un criterio para determinar en casos específicos qué bienes son públicos y cuáles son privados puesto que, por una parte, muchos de los considerados bienes públicos pueden ser "males" para ciertas personas dada la valorización subjetiva (lo que es un buen perfume para unos puede ser malo para otros e indiferente para quienes no tienen olfato) y, por otra, Hans-Hermann Hoppe dice que "[a]quellos bienes que aparecen privados como el interior de mi departamento o el color de mis calzoncillos pueden convertirse en bienes públicos cuando algún otro se interese por esos bienes. Y los que aparentemente son

[17] David Schmidtz, *The Limits of Governments: An Essay on the Public Good Argument* (1991), p. 66. Véase también del mismo autor, "Contracts and Public Goods" (1987) y "Public Goods and Political Authority" (1988).

[18] Kenneth D. Goldin, "Equal Access vs. Selective Access: A Critique of Public Goods Theory" (1977).

bienes públicos como el exterior de mi casa o el color de mi overol pueden convertirse en bienes privados si otra gente no se interesa en ellos. Más aún, cada uno de esos bienes puede cambiar sus características una y otra vez: puede convertirse de bien público a privado a un mal público o privado y viceversa dependiendo exclusivamente de los cambios de preferencias. Si esto es así, no puede haber una decisión basada en la clasificación de bienes privados y públicos. De hecho, para proceder de esa manera habría que preguntarle a cada individuo respecto de cada bien [...]"[19]. En última instancia, en base a este razonamiento es que Anthony de Jasay sostiene que "el dilema de los bienes públicos es falso"[20].

Este tema de la imposibilidad de señalar cuáles son bienes públicos y privados nos lleva a otra discusión. En esta materia, la tradición circunscribe la externalidad como problema (o "falla de mercado") allí donde *no es deseada*. Es decir, el problema se suscitaría en los casos en que el emisor de una externalidad positiva no desee que ésta se produzca o debido a que el receptor no desea recibir la externalidad negativa. En este contexto, *prima facie*, aparecerían inapropiados ejemplos como el del perfume a que nos referimos más arriba, ya que podría conjeturarse que la externalidad positiva sería deseada por el emisor quien no quiere internalizarla; sin embargo, si se acepta la subjetividad del valor, por los motivos antes señalados no podría generalizarse esta última conclusión respecto de bienes específicos. Por otra parte, el que la externalidad sea o no sea deseada *no modifica la conclusión* de que, dado el estado tecnológico del momento, resulta un despilfarro de recursos la exclusión de terceros, mala asignación que precisamente produce el gobierno al intervenir generando "la falla" que se pretendía eliminar. En otros términos, la mencionada no-internalización no constituye un defecto del mercado sino que, dadas las circunstancias imperantes, significa su optimización. Por tanto, la posición de externalidades no-internalizadas es superior en cuanto a la eficiencia respecto de la internalización forzosa de aquellas externalidades no deseadas.

En la práctica, tomando en cuenta una perspectiva valorativa subjetivista, si se aceptara la intervención gubernamental para evitar externalidades y dado que finalmente son innumerables los bienes y servicios que las producen, podría resultar más consistente la posición socialista, en este

---

[19] Hans-Hermann Hoppe, "Fallacy of the Public Goods Theory and the Production of Security" (1993). Véase también para otros enfoques Jean Hampton, "Free Rider Problems in the Production of Collective Goods" (1987); John Head, "Public Goods and Public Policy" (1962), y Mark Isaac, James M. Walker y Susan Thomas, "Divergent Evidence on Free Riding: An Experimental Examination of Some Possible Explanations" (1984).

[20] Anthony de Jasay, *Social Contract, Free Ride: A Study of the Public Goods Problem* (1989), p. 8.

sentido Oskar Lange dice que es cierto que las externalidades "[...] pueden ser removidas a través de una legislación adecuada, impuestos y subsidios [...] pero una economía socialista lo puede hacer con mucha mayor solvencia"[21].

El caso del "dilema del prisionero" se suele asimilar con el de bienes públicos ya que, en ese ejemplo, se dice que nadie cooperará porque todos especularán con ser *free-riders.* El dilema del prisionero en los términos clásicos en que fue presentado a mediados de la década del cincuenta (debido a los trabajos de Merrill Flood y Melvin Dresher) se plantea entre dos personas que se encuentran presas acusadas de un delito. Cada una es alojada en una celda separada y los prisioneros están incomunicados entre sí. El fiscal los visita y a los dos les dice lo mismo: si uno no acusa a su cómplice y éste tampoco lo acusa a aquél, ambos quedarán libres; si se acusan mutuamente recaerá sobre ellos sólo la mitad de la pena total que les corresponde; si uno acusa al otro y éste no lo acusa al primero, saldrá en libertad quien no es acusado y al otro se le aplicará la pena total correspondiente. Esto es: uno acusa al otro en la esperanza de que el otro no lo acuse y así saldrá en libertad, pero el otro procede de la misma manera y por eso ambos quedarán presos. El dilema se presenta entre personas incomunicadas y en el caso de una decisión única. Como han demostrado Robert Axelrod[22] y Robert Sugden[23] la cooperación social tiene lugar entre gente en un proceso de comunicación abierta y en un contexto de decisiones repetitivas. En este sentido, Kevin McFarlane explica que "[el] dilema aparece cuando consideramos lo que cada jugador debiera hacer cuando no sabe qué hará el otro jugador [...]. El problema básico, dado este dilema, es cómo surge la cooperación en un mundo en el que cada uno sigue su interés personal. La respuesta es que *tendrá lugar* la cooperación *si* los jugadores esperan que los encuentros se repitan en el futuro. En otras palabras, si analizamos la situación del Dilema del Prisionero *iterable* aparece un cuadro completamente distinto [respecto del planteamiento clásico del problema]"[24]. Jan Narvenson señala que "[e]s curioso que la racionalidad con-

[21] Oskar Lange, "The Economist's Case for Socialism" (1972). Para la posición contraria, véase Eric Mack, "The Ethics of Taxation: Rights versus Public Goods" (1986). Ludwig von Mises, en 1920, demostró la imposibilidad del cálculo económico en el sistema socialista, "Die Wirtschaftsrechlung im Sozialistischen Gemeinwesen", *Archiv für Sozialwissenchaften*, vol. 47.

[22] Robert Axelrod, *The Evolution of Cooperation* (1984).

[23] Robert Sugden, *The Economics of Rights, Co-operation & Welfare* (1986) y "Reciprocity: The Supply of Public Goods Through Voluntary Contributions" (1984).

[24] Kevin McFarlane, "The Rational Self-Interest of Reciprocity" (1994). También véase Dion Douglas y Robert Axelrod, "The Further Evolution of Cooperation" (1988). Es de interés apuntar que *incluso allí donde no se espera repetitividad* puede haber cooperación, por ejemplo, el turista que pone dinero en la canasta del músico ambulante.

siste en 'maximizar', esto es, hacer lo mejor que se pueda para uno mismo y, sin embargo [en el supuesto del dilema del prisionero] personas racionales no pueden cooperar *a pesar de que eso sería mejor para los dos* [...]. ¿En qué sentido estamos 'maximizando' si aceptamos anticipadamente una estrategia que sabemos producirá resultados peores que la otra? [...] La visión común [del dilema del prisionero] parece estar empecinada en mantener la tesis de que la mejor estrategia consiste en aceptar aquella que se sabe que es peor respecto de una alternativa conocida. Una paradoja en verdad"[25].

Ronald Coase[26] ha explicado que si no hubiera costos de transacción no se producirían externalidades puesto que, por definición, resultaría sin cargo la internalización de las mismas. George Stigler ha bautizado este proceso, en el contexto de la asignación de derechos de propiedad, como el "Teorema Coase". Entre otros, James Buchanan, Walter Block y Robert Cooter han criticado algunas de las aplicaciones del ensayo de Coase[27], pero de cualquier manera la idea de costos de transacción ha constituido un instrumento analítico fértil para la discusión de las externalidades, los bienes públicos y la referida asignación de derechos de propiedad desde diversos ángulos y, sobre todo, ha servido para definir la naturaleza de la empresa (si no hubiera costos de transacción no existiría tal cosa como una empresa puesto que la negociación y la obtención de información relevante estaría dada sin costo alguno)[28].

De todos modos, el recurrir al concepto de costo de transacción (que incluye todos los obstáculos de los intercambios en el mercado que interfieren en la transacción como, por ejemplo, el esfuerzo de realizar contratos, los costos de información, etc.) no debe conducir a la idea de que, dada la situación en el mundo real, el objetivo debería consistir en eliminarlos. En el proceso de mercado el consumidor evalúa, por un lado, los costos de transacción, y, por otro, la satisfacción que le produce el bien apetecido. Por ejemplo, sabemos que se reducirían los costos de transacción si hubiera una sola fábrica de automotores en el mundo (además de reducir más aún

---

[25] Jan Narverson, *The Libertarian Idea* (1988), pp. 140 y 142.

[26] Ronald Coase, "The Problem of Social Cost" (1988 [1960]), p. 95 y ss. Además véase Harold Demsetz, "Toward a Theory of Property Rights" (1967). Coase también ha señalado errores en la investigación empírica respecto de bienes que se ha sostenido que no pueden ser ofrecidos en el mercado, "The Lighthouse in Economics" (1974), pp. 187 y ss.

[27] James M. Buchanan, "Rights, Efficiency and Exchange: The Irrelevance of Transaction Costs" (1985 [1983]); Walter Block, "Ethics, Efficiency, Coasian Property Rights and Physique Income: A Reply to Demsetz" (1995); y Robert Cooter, "The Cost of Coase" (1982).

[28] Ronald Coase, "The Nature of the Firm" (1937), p. 33 y ss. También para una aplicación de los bienes públicos, las externalidades y el dilema del prisionero a la empresa, véase Gary J. Miller (1992).

su costo por las economías de escala), de lo cual para nada se desprende que los consumidores estarían más satisfechos con una marca en lugar de muchas. En este sentido, sería un buen ejemplo el caso de Cuba: costos de transacción bajos porque hay para todos por igual camisas floreadas del mismo talle y helados de mango sin distinción de gustos y preferencias por parte de la gente.

Por otra parte, constituye un error el introducir *ex post* los costos de transacción como un elemento que perturba la eficiencia. Es decir, según Buchanan, si la eficiencia fuera definida como la asignación de recursos que se logró *después* de que se obtuvo la información que no se conocía en el momento de la transacción, claro que la situación anterior resulta "ineficiente" respecto de la situación del momento, "[p]ero en la transacción inicial existía una información diferente. Dadas las limitaciones existentes en el momento en que tuvo lugar la transacción, la asignación era eficiente [...]. Consideremos un ejemplo sencillo. Hay dos aldeas totalmente aisladas y sin comunicación entre ellas: Adam y Smith. En una se intercambian dos venados por un castor. En la otra, dos castores se intercambian por un venado. En esa situación de aislamiento la asignación de recursos resulta eficiente siempre y cuando exista librecambio dentro de cada aldea [...]. Es erróneo sugerir que esa situación de aislamiento obstaculiza la asignación eficiente de recursos porque hay barreras constituidas por los costos de transacción"[29]. Sin duda, continúa Buchanan, que si ese estado de aislamiento se debe a una imposición artificial de políticas gubernamentales —lo cual obstaculiza que los empresarios saquen partida del arbitraje—, en ese caso, desde luego, la posición es ineficiente. En cambio, si la situación se debe simplemente al desconocimiento, el mercado sacará el mejor provecho posible de la situación imperante. Cuando la información resulta disponible no tiene sentido, *ex post*, decir que la situación anterior era ineficiente.

Si circunscribimos nuestra atención al tema del conocimiento tendríamos que decir que todas las situaciones son ineficientes puesto que la omnisciencia es un imposible (y, por otra parte, si hubiera conocimiento perfecto no habría tal cosa como empresarios, arbitraje ni competencia[30]). Incluso S. J. Grossman y J. E. Stiglitz selañan que hay mucha información [la mayor parte agregamos nosotros] sin descubrir debido a que el costo de averiguarla se estima que supera la utilidad de su empleo[31]. En reali-

[29] James Buchanan, "Rights, Efficiency and Exchange: The Irrelevance of Transaction Costs" (1985 [1983]), pp. 93-94.

[30] Véase Friedrich A. Hayek, "Competition as a Discovery Procedure" (1978 [1968]), p. 179 y ss.

[31] S. J. Grossman y J. E. Stiglitz, "Information and Competitive Price Systems" (1976).

dad, como bien señala Frank M. Machovec: "Walras formuló un modelo conveniente para permitir que los economistas eludan las restricciones básicas que impone la vida: la difusión del conocimiento. A través de estas construcciones es posible concentrarse en un conjunto de supuestos irreales [...]. Esto constituyó una revolución en cuanto a que un nuevo cuadro del antimercado permitió que se generara una plétora de recomendaciones políticas incompatibles con la visión de Adam Smith del orden espontáneo [...]"[32].

En resumen, el argumento de los bienes públicos y los conceptos que están vinculados a este eje central no constituyen razones ni necesarias ni suficientes para la intervención del gobierno[33]. David Friedman muestra que el propio proceso político de elección (el voto) "[...] constituye una producción privada de un bien público. Cuando se consume tiempo y energía decidiendo qué candidato servirá mejor el interés general y, en consecuencia, votando, la mayor parte del beneficio va a otras personas. Se está produciendo un bien público: un voto para el mejor candidato"[34], de lo cual no parece desprenderse que el gobierno deba intervenir directamente en los votos que él mismo recibe, tal como sucede en la parodia de elección montada por regímenes totalitarios.

En la sociedad abierta, de lo que se trata es que se pueda sacar la mejor partida posible dada la naturaleza humana. Por eso es tan dañina la ingeniería social y el diseño de sistemas a contramano del orden natural que permite que, en un contexto de marcos institucionales que protejan los derechos de todos, cada uno, al seguir su interés personal, pone de manifiesto un proceso de sumas positivas que permiten asignar los siempre escasos recursos en dirección a las preferencias de los consumidores, al tiempo que, al aprovechar el capital existente, se elevan los salarios e ingresos en términos reales.

No se trata de sobreimprimir una realidad preconcebida a la realidad existente sino de estudiarla y descubrirla en un proceso evolutivo que no tiene término. Desde luego que el ajustarse a la realidad no quiere decir suscribir acontecimientos tal cual se suceden. Muy por el contrario, significa el estudio de los nexos causales subyacentes a la realidad permitiendo los mecanismos de coordinación de los órdenes espontáneos. Éste es el mensaje medular de Adam Smith en lo que fue apenas el primer paso en un

---

[32] Frank M. Machovec, *Perfect Competition and the Transformation of Economics* (1995), p. 302.

[33] Véase Randall Holcombe, "A Theory of the Theory of Public Goods" (1997) y Arthur Seldon, "Commentary on Benegas Lynch", p. 153 y sig.

[34] David Friedmann, *Hidden Order: The Economics of Everyday Life* (1996), p. 264.

largo camino de sucesivas contribuciones por parte de otros pensadores: "El productor o comerciante [...] solamente busca su propio beneficio, y en esto como en muchos otros casos está dirigido por una mano invisible que promueve un fin que no era parte de su intención atender"[35], muy alejado del "Hombre del sistema [que], al contrario, aparece como muy astuto en su propia arrogancia y frecuentemente está tan enamorado de la supuesta belleza de su plan de gobierno que no puede sufrir el más mínimo desvío [..., quien también] se imagina que puede manejar los diferentes miembros de la sociedad del mismo modo que la mano puede manejar las diferentes piezas en un tablero de ajedrez y considera que las piezas del tablero no obedecen otro principio aparte de lo que la mano le imprime, pero es que en relación al gran tablero de ajedrez de la sociedad humana cada pieza obedece a un principio de acción propio, completamente diferente de lo que el legislador pueda elegir para ellas"[36].

Resumen

1. Muchos de los bienes clasificados como públicos son producidos por el sector privado y muchos de los clasificados como bienes privados son producidos por el gobierno.

2. Gran parte de los bienes y servicios producen externalidades positivas o externalidades negativas (las que deben distinguirse de las lesiones al derecho), en ambos casos con los consiguientes *free-riders.* Por tanto, según esta clasificación, prácticamente todos los bienes serían públicos.

3. Los principios de no-exclusión y no-rivalidad quedan sin efecto después de cierta cantidad demandada.

4. Las valorizaciones subjetivas y cambiantes no permiten aplicar a casos concretos las categorías de bienes públicos y privados, lo cual incluye la imposibilidad de determinar *a priori* cuándo una externalidad es o no deseada.

5. La producción óptima es la que ponen de manifiesto las partes contratantes en los procesos de mercado. La producción sub-óptima tiene lugar cuando los gobiernos alteran los mecanismos de mercado.

6. En consecuencia, si fuera correcto que los gobiernos debieran internalizar las externalidades, la solución consistiría en la propuesta socia-

[35] Adam Smith, *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1937 [1776]), p. 14.

[36] Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments* (1969 [1759]), pp. 380-381.

lista, con lo cual no habría precios y, consecuentemente, no habría forma de conocer los resultados de las asignaciones de factores productivos.

7. No hay fundamento económico, jurídico ni moral para imponer coactivamente contribuciones o subsidios a terceros a los efectos de evitar externalidades. Quienes desean la provisión de un bien buscarán la financiación correspondiente y sopesarán el beneficio que les reporta dicho bien frente al eventual disgusto debido a que otros se benefician. Para la ejecución del proyecto se podrán establecer arreglos contractuales que aseguren los referidos aportes.

8. En un proceso evolutivo la tecnología permitirá internalizar las externalidades que se consideren convenientes.

9. Se suele criticar al régimen liberal por estimular criterios egoístas y, simultáneamente, se lo ataca debido a que terceros se benefician sin pagar por esos beneficios.

10. a) Los costos de transacción explican la razón de ser de la empresa, al tiempo que sirven de instrumento analítico para discutir externalidades y asignación de derechos de propiedad.

b) Dadas las circunstancias imperantes, la eliminación de costos de transacción no es un objetivo puesto que se debe evaluar frente a la satisfacción del bien recibido.

c) Carece de sentido el introducir *ex post* la información de la que no se disponía al momento de la transacción. Si en aquel momento los contratos se realizaban libre y voluntariamente, la situación era, por definición, eficiente.

d) El conocimiento limitado es una condición ineludible que está presente en toda transacción, de lo cual no se sigue que estas últimas sean ineficientes. El conocimiento perfecto eliminaría la posibilidad de arbitraje y, por tanto, el empresario y la competencia.

11. En otros trabajos [37] aludo a las implicaciones de esta argumentación en la filosofía política[38], pero en esta ocasión me parece importante circunscribir la atención al argumento en sí excluyendo aquellas derivaciones que distraerían del eje central a que nos venimos refiriendo.

---

[37] Véase nota 1, supra.

[38] Por otra parte, estudios sobre árbitros privados, agencias privadas de protección y la consecuente producción e implementación de normas se encuentran en la mayoría de los trabajos que se apartan de la visión convencional de los llamados bienes públicos citados en este breve ensayo; para un análisis de la *ultima ratio* (Corte Suprema de Justicia), véanse especialmente Bruno Leoni, *Freedom and the Law* (1991[1961]) pp. 24 y 180 y ss.; Randy Barnett, "Pursuing Justice in a Free Society: Power vs. Liberty" (1985), y Bruce L. Benson, *The Enterprise of Law* (1990).

Conclusión

Las externalidades positivas y negativas se internalizarán o no en el proceso de mercado según sean los gustos y las preferencias del momento y, en su caso, según los costos involucrados, pero en modo alguno pueden considerarse "fallas de mercado". Sin embargo, el intervencionismo gubernamental constituye una falla (o una *tragedia* para utilizar la expresión de Garret Hardin[39]) al recurrir a la fuerza para internalizar aquello que, tomados todos los elementos disponibles en cuenta, se considera no internalizable al tiempo que se distorsionan los precios relativos con lo que, según el grado de intervención, se obstaculiza o imposibilita la asignación eficiente de recursos.

Hay un largo debate referente al rol gubernamental, el que se encuentra registrado en una copiosa bibliografía. Se trata de una discusión que promete extenderse en el tiempo, pero, en todo caso, los bienes públicos, las externalidades y los *free-riders* no explican ni dan sustento a la intervención del monopolio de la fuerza.

Bibliografía

Atkinson, A. B.; y Stiglitz, J. E. *Lectures on Public Economics.* Londres: McGraw Hill, 1980.

Axelrod, Robert. *The Evolution of Cooperation.* Nueva York: Basic Books, 1984.

Barnett, Randy. "Pursuing Justice in a Free Society: Power vs. Liberty". *Criminal Justice Ethics*, verano-otoño 1985.

Benegas Lynch (h), Alberto. *Hacia el autogobierno: Una crítica al poder político.* Buenos Aires: Emecé Editores, 1993.

———— *Fundamentos de análisis económico.* Buenos Aires: Abeledo-Perrot, undécima edición, 1994 (1972).

———— *El juicio crítico como progreso.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1996.

———— "Toward a Theory of Autogovernment". En R. Radnitzky (ed.), *Values and the Social Order: Voluntary vs. Coercive Orders.* Aldershot, Inglaterra: Avebury Pub., Series in Economics & Philosophy, 1997.

———— "Education in an Open Society". En Kurt Leube, Angelo M. Petroni y James Sadowsky (eds.), *An Austrian in France - An Autrichien en France. Festschrift in honour of Jacques Garello - Essais rédigés en l'honneur de Jacques Garello.* Torino: La Rosa Editore, 1997.

Benson, Bruce L. *The Enterprise of Law.* San Francisco, CA: Pacific Research Institute, 1990.

Block, Walter. "Public Goods and Externalities: The Case of Roads". *The Journal of Libertarian Studies*, vol. VII, N° 1 (primavera de 1983).

[39] Garret Hardin, "The Tragedy of the Commons" (1968).

——— "Ethics, Efficiency, Coasian Property Rights and Physique Income: A Reply to Demsetz". *The Review Austrian Economics*, vol. VIII, 2 (1995).

Buchanan, James. "Rights, Efficiency and Exchange: The Irrelevance of Transaction Costs". *Liberty, Markets and State.* Nueva York: New York University Press, 1985 (1983).

Chant, J. F.; McFetridge, D. G.; Smith, D. A.; Borcherding, T. E.; Baden, J.; Stroup, R. L.; Rothbard, M. N.; Anderson, T.; Shaw, J. S.; Block, W.; y Dolan. E. G. En *Economics and the Environment: A Reconciliation.* Vancouver: The Fraser Institute, 1989.

Coase, Ronald. "The Problem of Social Cost". *The Firm, the Market and the Law.* University of Chicago Press, 1988 (1960). [Versión en castellano en *Estudios Públicos*, 45 (verano 1995)]

——— "The Lighthouse in Economics". *The Firm, the Market and the Law.* University of Chicago Press, 1988 (1974).

——— "The Nature of the Firm". *The Firm, the Market and the Law*. University of Chicago Press, 1988 (1937).

Cooter, Robert. "The Cost of Coase". *Journal of Legal Studies*, XI, enero de 1982.

Cowen, Tyler. "Public Goods and Externalities". *The Fortune Encyclopedia of Economics.* Nueva York: Warner Books, 1993.

De Jasay, Anthony. *Social Contract, Free Ride: A Study of the Public Goods Problem.* Oxford: Clarendon Press, 1989.

Demsetz, Harold. "Toward a Theory of Property Rights". *American Economic Review*, 57 (1967).

Douglas, Dion; y Axelrod, Robert. "The Further Evolution of Cooperation". *Science*, 242 (diciembre de 1988).

Friedman, David. *The Machinery of Freedom* . Nueva York: Harper & Row, 1973.

——— "Private Creation and Enforcement of Law: A Historical Case". *The Journal of Legal Studies*, 8 (marzo de 1979).

——— "Comment: Problems in the Provision of Public Goods". *Harvard Journal of Law and Public Policy*, 10 (1987).

——— *Hidden Order: The Economics of Everyday Life*. Nueva York: Harper Business, 1996.

Goldin, Kenneth. "Equal Access vs. Selective Access: A Critique of Public Goods Theory". *Public Choice*, 29 (primavera de 1977).

Grossman, S. J.; y Stiglitz, J. E. "Information and Competitive Price Systems". *American Economic Review*, 8 (mayo de 1976).

Hampton, Jean. "Free Rider Problems in the Production of Collective Goods". *Economics and Philosophy*, 3 (1987).

Hardin, Garret. "The Tragedy of the Commons". *Science*, 162 (1968).

Hayek, Friedrich A. "Competition as a Discovery Procedure". *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas.* The University of Chicago Press, 1978 (1968). [Versión en castellano en *Estudios Públicos*, 50 (otoño 1993)]

Head, John. "Public Goods and Public Policy". *Public Finance*, 1962.

Holcombe, Randall. "A Theory of the Theory of Public Goods". *The Review of Austrian Economics*, Vol. 10, 1 (enero de 1997).

Hoppe, Hans-Hermann. "Fallacy of the Public Goods Theory and the Production of Security". *The Economics and Ethics of Private Property.* Boston: Kruger Academic Publishers, 1993.

Isaac, Mark; Walker, James M.; y Thomas, Susan. "Divergent Evidence on Free Riding: An Experimental Examination of Some Possible Explanations". *Public Choice*, 1984.

Kirzner, Israel M. *Discovery, Capitalism and Distributive Justice*. Londres: Basil Blackwell, 1989.

Lange, Oskar. "The Economist's Case for Socialism". En R. Crandall, y R. Echaus (compiladores), *Contemporary Issues in Economics*. Boston: Little, Brown & Co., 1972.

Leoni, Bruno. *Freedom and the Law*. Indianapolis: Liberty Press, tercera edición, 1991 (1961).

Machovec, Frank M. *Perfect Competition and the Transformation of Economics*. Londres: Routledge, 1995.

Mack, Eric. "The Ethics of Taxation: Rights versus Public Goods". En Dwight Lee (ed.), *Taxation and the Deficit Economy*. San Francisco, California: Pacific Research Institute, 1986.

McFarlane, Kevin. "The Rational Self-Interest of Reciprocity". *Sociological Notes*, N° 20 (1994).

Miller, Gary J. *Managerial Dilemmas*. Cambridge University Press, 1992.

Narverson, Jan. *The Libertarian Idea*. Philadelphia: Temple University Press, 1988.

Nozick, Robert. *Anarchy, State and Utopia*. Nueva York: Basic Books, 1974.

Olson, Marcun. *The Logic of Collective Action*. Harvard University Press, 1965.

Peston, M. *Bienes públicos y sector privado*. Barcelona: Vicens Vives, 1975 (1959).

Rothbard, Murray N. *Man, Economy and State - A Treatise on Economics Principles*. Los Angeles: Nash Pub, 1970. Vol. 2.

Samuelson, Paul. "The Pure Theory of Public Expenditure". *Review of Economics and Statistics*, 36 (noviembre de 1954).

Schmidtz, David. "Contracts and Public Goods". *Harvard Journal of Law and Public Policy*, 10 (1987).

———— "Public Goods and Political Authority". *Philosophical Papers*, 17 (1988).

———— *The Limits of Governments: An Essay on the Public Good Argument*. Oxford: Westview Press, 1991.

Seldon, Arthur. "Commentary on Benegas Lynch". En R. Radnitzky (ed.), *Values and the Social. Order: Voluntary vs. Coercive Orders*. Aldershot; Inglaterra: Averbury Pub., Series in Economics & Philisophy, 1997.

Smith, Adam. *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Londres: Modern Library, 1937 (1776).

———— *The Theory of Moral Sentiments*. Indianapolis: Liberty Classics, 1969 (1759).

Sugden, Robert. *The Economics of Rights, Co-operation & Welfare*. Londres: Basil Blackwell, 1986.

———— "Reciprocity: The Supply of Public Goods Through Voluntary Contributions". *Economic Journal*, 94 (1984).

Von Mises, Ludwig. "Die Wirtschaftsrechlung im Sozialistischen Gemeinwesen". *Archiv für Sozialwissenchaften*, Vol. 47. □

EL LEGADO DE LA GRAN DEPRESIÓN PARA EL SISTEMA MONETARIO INTERNACIONAL EN EL SIGLO XX*

Michael D. Bordo

En este artículo Michael D. Bordo se pregunta por los efectos de la Gran Depresión en el sistema monetario internacional. Para responder, hace un análisis contrafactual, esto es, partiendo del supuesto que la Gran Depresión no se hubiera producido proyecta cuál hubiera sido la más probable evolución del sistema monetario internacional. Concluye que el patrón oro existente se habría mantenido hasta la Segunda Guerra Mundial. Durante ese período se habría suspendido y se habría vuelto a él al finalizar el conflicto. En este esquema no se habrían impuesto restricciones a la movilidad de capital como efectivamente se hizo. No obstante, este patrón oro con paridades fijas hubiera colapsado incluso antes del colapso de las paridades fijas de Bretton Woods y, por lo mismo, el actual sistema de paridades flexibles se habría producido mucho antes de 1971.

MICHAEL D. BORDO. Ph. D. en la Universidad de Chicago. Profesor de Economía y Director del Centro de Historia Monetaria y Financiera de la Rutgers University (New Yersey). Ha sido profesor visitante en las universidades de California (Los Ángeles), Carnegie Mellon y Princeton. Es investigador asociado del National Bureau of Economic Research. Es autor o coautor de 10 libros, entre ellos, con Anna J. Schwartz, *A Retrospective on the Classical Gold Standard 1821-1931* (University of Chicago Press, 1984); con Barry Eichengreen, *A Restrospective on the Bretton Woods International Monetary System* (University of Chicago Press, 1993).

*Este trabajo se basa en Bordo y Eichengreen (1997). La presente versión fue expuesta el 10 de abril de 1997 en seminario realizado en el CEP, y ha sido traducida al castellano por *Estudios Públicos.*

1. Introducción

A fin de comprender el legado de la Gran Depresión para el desarrollo del sistema monetario internacional es preciso que nos formulemos la siguiente pregunta contrafactual: ¿Cómo habría sido el mundo si no hubiera ocurrido la Gran Depresión? En este trabajo especulamos en torno a la evolución que habría experimentado el sistema monetario internacional durante los dos últimos tercios del siglo 20 en ausencia de la Gran Depresión, pero en presencia de los más importantes trastornos políticos y económicos posteriores a la Depresión: la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría[1].

Se argumenta que sin la Gran Depresión el patrón de divisas oro se habría mantenido hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Se habría suspendido a lo largo del conflicto y durante un período de reconstrucción de posguerra para luego ser repuesto en la primera mitad de los años cincuenta. La Conferencia de Bretton Woods no se habría celebrado, como tampoco se habría establecido un sistema Bretton Woods de tipos de cambio fijos pero ajustables ni se habrían impuesto restricciones a la convertibilidad de la cuenta de capitales. En lugar de ello, se habría restablecido después de la Segunda Guerra Mundial un patrón de divisas oro con tipos de cambio fijos e ilimitada movilidad del capital a nivel internacional.

Sin embargo, es probable que este patrón oro hubiera colapsado incluso antes que en el caso real de Bretton Woods. La consiguiente transición hacia los tipos de cambio flotantes tal vez se habría producido mucho antes de 1971.

En los siguientes párrafos se ahonda en las hipótesis contrafactuales y se analizan sus repercusiones en el funcionamiento del sistema monetario internacional. Luego se presenta y simula el modelo de un hipotético patrón oro entre 1928 y 1971, y se examinan las implicancias que habría tenido para el crecimiento económico y la asignación de recursos el hecho de permitir que después de la Segunda Guerra Mundial existiera una movilidad de capital al estilo de la de los años veinte.

2. Hipótesis contrafactuales

Asumiendo que la Depresión fue el resultado de la adopción de políticas monetarias contradictorias que se propagaron a nivel internacional por medio de la aplicación del patrón de divisas en oro, la hipótesis contra-

[1] Alternativamente podríamos sostener que estos trastornos políticos no habrían ocurrido si no hubieran estado precedidos por la Depresión. En este trabajo ignoramos esta hipótesis contrafactual más complicada.

factual sería que el desastre de los años treinta fue evitado al mantener políticas de moneda estable. Hay dos variantes de esta hipótesis, ambas con las mismas implicancias para nuestro análisis contrafactual. En una de ellas, la Depresión se vio precipitada por sucesos monetarios ocurridos en los Estados Unidos. Las políticas monetarias restrictivas aceleraron la contracción de la actividad económica de 1929, y la aplicación de políticas monetarias poco adecuadas profundizó y prolongó la crisis[2]. Otros países, en vista de que sus condiciones monetarias y crediticias estaban interrelacionadas a través de los tipos de cambio fijos del patrón de divisas oro, importaron la crisis y también cayeron en la depresión[3]. La correspondiente hipótesis contrafactual es que la Reserva Federal mantuvo una política monetaria estable hasta fines de la década de 1930, evitando así el pánico bancario ocurrido entre 1930 y 1933, y que en consecuencia el resto del mundo no importó un *shock* deflacionario desde los Estados Unidos[4].

En la otra variante de la hipótesis ningún país era lo suficientemente grande y ningún conjunto de políticas nacionales era lo suficientemente poderoso para precipitar la crisis global. Por el contrario, la Gran Depresión se generó cuando varios de los principales países adoptaron al mismo tiempo políticas inadecuadamente restrictivas. La restricción monetaria en los Estados Unidos, que reflejó el deseo del directorio de la Reserva Federal de moderar la euforia económica de Wall Street, coincidió con la implantación en Francia de políticas monetarias restrictivas debido a que las autoridades de ese país se negaron a acomodar el aumento en la demanda monetaria derivado de la estabilización de la inflación, y convirtieron en oro las reservas de divisas de la nación[5]. Así, las políticas originadas en

---

[2] Field (1984) y Hamilton (1987) demuestran que las rigurosas condiciones monetarias cumplieron un importante papel en el inicio de la Depresión en los Estados Unidos, mientras que Friedman y Schwartz (1963) entregan un detallado panorama del papel de la política monetaria en el aumento de la gravedad de la crisis.

[3] Este aspecto ha sido fundamentado por Choudhri y Kochin (1980).

[4] En la medida en que las quiebras bancarias hubieran ocurrido de todos modos, suponemos que la Reserva Federal actuó como prestamista en última instancia para impedir que ellas se propagaran. Para simulaciones del impacto de una política monetaria estadounidense estable en la producción y en el nivel de precios durante el período de entreguerras, véase Bordo, Choudhri y Schwartz (1995), y McCallum (1990). En este escenario se presume que la Reserva Federal tenía la percepción y las herramientas políticas para procurar mantener la estabilidad económica. Meltzer (1995), siguiendo los postulados de Wheelock (1990), sostiene que los funcionarios de la Reserva Federal estaban apegados a la errada doctrina de Burgess-Rieffler-Story y habrían sido incapaces de seguir el camino correcto. Para contrarrestar esta objeción nosotros citamos dos hechos: el vínculo entre una moneda estable y la economía real era conocido en esa época, como lo advierte Laidler (1994), y en ocasiones anteriores otros bancos centrales habían actuado como prestamistas en última instancia.

[5] Esta es la "explicación internacional" para la Gran Depresión. Véanse Temin (1989), Eichengreen (1992) y Bernanke (1995).

estos dos países, que en conjunto poseían más de la mitad de las reservas internacionales de oro, obligaron a aplicar restricciones monetarias en otras naciones y sumieron al mundo en la depresión. Por consiguiente, la Depresión pudo evitarse con un manejo más eficaz y coordinado de la situación monetaria internacional. Cada uno de los países afectados podría haber reducido sus tasas de descuento e iniciado operaciones expansivas de mercado abierto, sin desestabilizar sus tipos de cambio o el patrón de divisas oro.

De un modo u otro, la Depresión podría haberse evitado, afirmación que es el punto de partida de nuestro análisis contrafactual. Al no existir la Depresión el patrón de divisas oro habría perdurado más allá de la década de los treinta[6]. No habrían ocurrido las devaluaciones de la libra esterlina en 1931, del dólar en 1933, y del franco en 1936[7].

El sistema habría sido suspendido durante la Segunda Guerra Mundial, a imitación de la experiencia de la Primera Guerra. Suponemos que se hubiera financiado con inflación la misma fracción de gastos de tiempos de guerra que efectivamente se financió de esta forma, de modo que la tasa inflacionaria en los Estados Unidos, en Gran Bretaña y otros países líderes habría sido aproximadamente la misma que la observada en la realidad.

Tras el fin de la guerra, Estados Unidos habría adoptado medidas para restituir el patrón oro a la paridad de preguerra (el precio del oro de preguerra de US$ 20,67), ya que esta estrategia había producido resultados relativamente satisfactorios tras la Primera Guerra Mundial. Lo habrían imitado los principales países del continente europeo, pues su experiencia con el patrón oro de entreguerras, al cual habían retornado (a paridades devaluadas) tras la inflación de principios de la década del veinte, en térmi-

[6] Esto supone que ni la disminución en los precios de los productos básicos durante la segunda mitad de la década de los veinte, ni las transferencias por parte de los alemanes a título de reparación hubieran desestabilizado los tipos de cambio de los principales participantes en el sistema. Más adelante presentamos un análisis que sustenta este supuesto.

[7] En este caso se parte del supuesto de que con la aplicación del patrón de divisas en oro otros problemas no hubieran precipitado su prematuro colapso. Entre esos problemas se incluían potencialmente la tendencia de los países a esterilizar los flujos de reservas (a violar las así llamadas "reglas del juego" del patrón oro), el problema de liquidez (causado por un suministro insuficientemente elástico de reservas de oro y divisas), el problema de confianza (ocasionado por la liquidación al por mayor de divisas por parte de los bancos centrales), y la ausencia de cooperación internacional en apoyo de monedas en crisis (Eichengreen, 1990, Bordo, 1993). Se sostiene que ninguno de estos problemas habría provocado un colapso del patrón de divisas oro durante los años treinta, y demostramos que, al no existir la Gran Depresión, tal supuesto parece razonable.

nos generales habría sido satisfactoria para ellos al no ocurrir la Depresión[8].

La distribución de las existencias monetarias de oro habría sido similar a como fue en realidad; los Estados Unidos se hubieran llevado la parte del león. Aunque no se habría producido el aumento en las existencias norteamericanas de oro causado por la devaluación del dólar entre 1933 y 1934, de todas maneras se habría observado una afluencia de oro a los EE UU como resultado de la incertidumbre política que reinaba en Europa[9]. E incluso si los aliados europeos hubieran retenido mayores cantidades de oro en 1939, habrían utilizado un mayor porcentaje de estas reservas para comprarles pertrechos de guerra a los estadounidenses tras el inicio de las hostilidades. La implicancia es que la escasez de dólares que afligió a la Europa de posguerra no habría variado mucho de no ocurrir la Gran Depresión[10]. El Plan Marshall y otros tipos de ayuda de posguerra habrían sido necesarios pese a todo.

Suponiendo que la situación de preguerra se hubiera restablecido durante la primera mitad de la década de 1950 con el precio del oro a US$ 20,67 en los EE UU y con otras divisas realineadas como antes lo estaban respecto del dólar, los demás países se habrían visto en la obligación de deflacionar con el objeto de adquirir las reservas necesarias para recuperar la convertibilidad. En vista del recuerdo de lo ocurrido después de la Primera Guerra Mundial hay motivos para pensar que se hubiera opuesto resistencia a una deflación muy radical como la ocurrida entre 1920 y 1921[11].

La única manera de resucitar el sistema en ese entonces habría sido que los Estados Unidos proporcionaran suficiente liquidez para permitir

[8] De los principales países sólo Gran Bretaña podría haber disentido. Aunque la devaluación de 1931 de la libra esterlina no hubiera ocurrido en nuestra hipótesis contrafactual, sí se hubiera observado el alto nivel de desempleo de los años veinte. Suponemos que el índice de desempleo se habría mantenido en una cifra aproximadamente similar en los años treinta. Tal situación, combinada con la pérdida de reservas y las obligaciones con los Estados Unidos y la Mancomunidad Británica que se contrajeron durante la Segunda Guerra Mundial, hubiera motivado que Gran Bretaña se opusiera a volver a adoptar por segunda vez el patrón de divisas oro a la paridad de preguerra. En cambio esta nación hubiera devaluado la libra hasta que alcanzara aproximadamente su nivel de 1949.

[9] Romer (1993) atribuye la mayor parte de los flujos de oro y capital desde Europa hacia Estados Unidos durante la segunda mitad de la década de los treinta a una fuga de capitales que obedecía a razones políticas.

[10] Para un muestrario de estudios sobre la escasez de dólares, véanse Balogh (1946), Williams (1952) y MacDougall (1957).

[11] Eichengreen (1992, Capítulo 3) analiza los efectos macroeconómicos de la deflación ocurrida entre 1920 y 1921. Eichengreen y Bayoumi (1996) examinan la bibliografía sobre la materia, y dan a entender que tras la Segunda Guerra Mundial disminuyó la flexibilidad de precios y salarios.

que los países europeos restablecieran la convertibilidad al nivel algo más elevado al que habían llegado los precios.

En tal caso y en el supuesto de que en todo el mundo la oferta monetaria real y contrafactual fuera la misma, los Estados Unidos habrían tenido que transferir US$ 26.000 millones a sus socios comerciales, casi el doble de lo que aportó a través del Plan Marshall, para permitir que se restableciera el patrón de divisas en oro a principios de los años cincuenta. Lo anterior tal vez parezca poco realista si se considera que el Congreso norteamericano se habría opuesto a un Plan Marshall de mayor alcance. Pero si de hecho añadimos a las transferencias monetarias del Plan Marshall el préstamo anglo-estadounidense de 1945 y la contribución norteamericana al FMI (puesto que esta última institución no hubiera existido al no ocurrir Gran Depresión), obtendremos un total equivalente al monto de liquidez necesario para reanudar el patrón de divisas oro a nivel mundial a comienzos de los años cincuenta. Dados los imperativos de la Guerra Fría, que se habrían mantenido en nuestra hipótesis contrafactual, una transferencia de esta magnitud no resulta improbable.

3. Implicancias de la hipótesis contrafactual

Suponiendo que todas las principales naciones hubieran reanudado la convertibilidad de la cuenta de capitales y de la cuenta corriente a comienzos de la década de los cincuenta, y que hubieran mantenido las otras disposiciones importantes relativas al patrón de divisas en oro, el sistema monetario internacional tras la Segunda Guerra Mundial hubiera sido distinto en cuatro aspectos fundamentales al que en realidad prevaleció.

a) Las instituciones Bretton Woods

De nuestra hipótesis contrafactual se desprende que no se habría convocado a la Conferencia de Bretton Woods. La mayoría de los problemas que inquietaron a los arquitectos del sistema Bretton Woods jamás se habrían presentado si no hubiera ocurrido la Depresión. Entre ellos se incluyen el bilateralismo, los controles de cambio, devaluaciones competitivas, especulación desestabilizadora, flujo de capital especulativo y la propagación de la deflación a escala internacional. Las presiones en favor de una reforma del sistema no habrían sido intensas.

No hubiera existido un Fondo Monetario Internacional que proporcionara supervisión y asistencia condicionada y que complementara otras

fuentes de reservas internacionales. Las principales potencias —los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania— hubieran decidido directamente entre sí la adopción de medidas sobre cooperación y coordinación de políticas, como sucedió en los años veinte. A los gobiernos les habría resultado difícil recurrir a cambios en la paridad en caso de problemas con la balanza de pagos, según se autoriza en el convenio constitutivo del FMI en la eventualidad de un desequilibrio fundamental[12]. Y tampoco hubieran existido controles sobre los flujos de capital en todo el sistema, de modo que a los países les habría sido más difícil aplicar políticas monetarias y fiscales independientes.

b) La oferta y demanda de reservas

Debido a que tras la Segunda Guerra Mundial los bancos centrales habrían estado limitados por los estatutos de convertibilidad nacionales, los que les exigirían respaldar su pasivo monetario con oro y divisas, dicho metal se habría transformado en un elemento más importante de las reservas internacionales que bajo el sistema Bretton Woods. La demanda mundial de oro monetario hubiera sido mayor de lo que fue en realidad.

Sin embargo, la oferta también hubiera sido distinta. La producción de oro hubiera sido menor que el volumen alcanzado realmente entre 1929 y 1933, porque con menos deflación el precio relativo del oro habría sido menor, y la oferta del nuevo flujo habría sido más reducida[13]. En el mejor de los casos la producción habría aumentado lentamente durante los años treinta, como había ocurrido en la década anterior, lo cual obedecía a adelantos en la tecnología minera. Habría caído en el curso de la Segunda Guerra Mundial, a semejanza de lo acontecido en las últimas etapas de la Primera Guerra, lo cual sería el reflejo de la inflación inducida por el papel moneda y de los esfuerzos de los gobiernos por limitar las fluctuaciones en el tipo de cambio[14]. Estas modificaciones habrían disminuido las existen-

[12] En contraste, esta práctica no era habitual mientras rigió el patrón de divisas oro aplicado en los años veinte. Eichengreen (1995) explica por qué cuando regía el patrón oro reconstruido de los años veinte había resultado cada vez más difícil invocar esta disposición similar a una "cláusula de excepción", que también había sido invocada (en la forma de suspensiones temporales de la convertibilidad seguidas de una reanudación de la misma a la tasa anterior) mientras regía el patrón oro de la época anterior a la Primera Guerra Mundial (véanse Bordo y Kydland, 1995).

[13] La producción también habría sido inferior después de 1933 porque los Estados Unidos no hubiera alzado el precio nominal del oro de US$ 20,67 a US$ 35 la onza.

[14] Lo normal era esperar que la inflación de moneda fiduciaria provocara un alza en el precio nominal del oro y los precios de otros productos en forma proporcional, sin repercutir en el precio real del oro. Sin embargo, durante la Primera Guerra Mundial los gobiernos

cias mundiales de oro monetario en el período de posguerra a un nivel inferior al que se alcanzó en realidad.

Como consecuencia de lo anterior, habría habido una demanda de divisas aun mayor para complementar al oro como una forma de reserva internacional. La mayor parte de esa demanda adicional habrían sido satisfecha con dólares, de modo que las reservas en dólares mantenidas como saldos oficiales sobre el exterior habría crecido aun más rápido que en el caso real[15]. Ello habría impulsado al mundo a adoptar un patrón dólar en el que los Estados Unidos como país central mantendrían el oro como reserva y el resto del mundo mantendría dólares. No obstante, por motivos de orden político una serie de países se habrían negado a abandonar sus reservas de oro y a adoptar un patrón dólar. Lo más probable es que hubieran precipitado su colapso incluso antes que en la realidad[16].

c) Capacidad de ajuste e intervención

El patrón de divisas oro restituido habría estado libre de restricciones a los movimientos de capital, como había ocurrido antes de la Primera

---

europeos procuraron vincular sus monedas al oro y al dólar a tasas sólo ligeramente depreciadas; evitaron que el precio del oro aumentara a un ritmo similar al del precio de otros productos, debilitando así el incentivo para destinar recursos a su producción. Y los Estados Unidos mantuvieron el nivel de US$ 20,67 durante la guerra (con la excepción del embargo de oro impuesto entre 1917 y 1919). Se supone aquí que en el curso de la Segunda Guerra Mundial se hubiera podido aplicar políticas semejantes en líneas generales, en especial porque los Estados Unidos nunca abandonó el precio fijo de US$ 35 la onza y con el Acuerdo Tripartito de 1936 se intentó estabilizar el franco y la libra. Asimismo, al disminuir la deflación las existencias de oro no monetario habrían aumentado en relación con las de oro monetario durante los años treinta, y aun más durante el fenómeno inflacionario observado en la Segunda Guerra Mundial.

[15] En el supuesto de que los países hubieran sido capaces de adquirir esos saldos a la tasa deseada. Como ya se explicó, para que ello ocurriera habría sido necesario que la transferencia de fondos del Plan Marshall a los países europeos superara los US$ 13 millones otorgados.

[16] Si el precio del oro hubiera aumentado tras la Segunda Guerra Mundial, como lo sugirió en los años sesenta Jacques Rueff, entre otros, entonces la presión habría sido menor y el colapso final se habría producido más tarde. Pero creemos que existen razones justificadas para explicar por qué los sistemas para reajustar el precio interno del oro dentro de un sistema similar al patrón de divisas oro eran problemáticos. Un punto de vista alternativo (propugnado por Meltzer en 1991, y McKinnon en 1969, entre otros) sostiene que si los Estados Unidos hubieran continuado aplicando políticas de moneda estable, el resto del mundo hubiera estado dispuesto a seguir usando dólares en lugar de oro como reservas internacionales. El patrón de divisas oro hubiera evolucionado hasta convertirse en el tipo de patrón dólar preconizado por McKinnon y otros durante la era de Bretton Woods. Con todo, más adelante sostenemos que si se tienen en cuenta factores históricos basados en la experiencia anterior de los países con la aplicación del patrón oro tal desenlace resultaba improbable.

Guerra Mundial y en los años veinte[17]. Por ende, los países habrían afrontado limitaciones aun más estrictas a la balanza de pagos que bajo el sistema Bretton Woods. La intervención esterilizada habría sido el único instrumento disponible para proteger a las economías de las políticas necesarias para mantener el balance externo. Las mismas evidencias que sugieren que la intervención esterilizada sólo ha ofrecido a los gobiernos un margen de maniobra limitado en el ambiente de alta movilidad del capital de las últimas décadas, sugieren también que lo propio habría ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial en nuestra hipótesis contrafactual[18].

Bajo el sistema Bretton Woods los países podían modificar las paridades como respuesta frente a un desequilibrio fundamental. En la hipótesis contrafactual eso ya no ocurre. La única vía de ajuste para los países deficitarios (fuera de romper el vínculo con el oro) habría sido la deflación y, en caso de salarios y precios rígidos, la depresión. Lo anterior habría generado presiones para desligarse del oro y favorecer una mayor flexibilidad en el tipo de cambio.

d) La eficiencia de la asignación de recursos

Al no existir los controles sobre el capital del sistema Bretton Woods, los mercados de capital mundiales se hubieran reintegrado más rápidamente. La asignación de recursos habría sido más equitativa, acelerando el crecimiento y la convergencia en países que comenzaron el período de posguerra con ingresos reales inferiores a los de Estados Unidos.

4. El patrón de divisas en oro, 1925-1960

Se desarrolló un modelo del patrón de divisas oro suponiendo que, en lugar de colapsar durante la Gran Depresión, continuó funcionando hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y fue restablecido una vez concluidas las hostilidades.

---

[17] Además, como ya se observó, el FMI no hubiera estado presente para proporcionar por anticipado liquidez a países cuya balanza de pagos atravesara por dificultades.

[18] Del mismo modo, evidencia para el período de entreguerras basadas en coeficientes de compensación* (Kwiecinska-Kalita, 1995) sugieren que la mayoría de los países (fuera de los Estados Unidos) tenían un campo de acción muy limitado para aplicar políticas monetarias independientes. La evidencia para el período de Bretton Woods, cuando los controles de capital eran generalizados, contrastan con las anteriores: Kouri y Porter (1974) y Obstfeld (1982), entre otros, demuestran que la intervención esterilizada cumplió un papel en los principales países europeos. En contraste, a juicio de Pasula (1994, 1996), la compensación (coeficiente de compensación) a la política monetaria durante el período de Bretton Woods fue completa.

Se amplió un modelo genérico del patrón oro para incorporar algunas características especiales de los acuerdos monetarios de entreguerras. Como calibración se utilizaron datos para un conjunto de 21 países, que da cuenta del 75% de las existencias de oro monetario en el mundo y de un grado de participación comparable en la actividad económica en 1928.

a) El modelo

Bordo y Ellson desarrollaron un modelo de simulación del patrón oro mundial (1985) basándose en el modelo teórico aparecido en Barro (1979). El modelo contiene un mercado monetario y un mercado del oro. El primero de ellos determina el nivel de precios mundial, según sean las reservas mundiales de oro monetario determinadas en el segundo. El mercado del oro considera el precio del oro fijado por las autoridades y, dependiendo del nivel de precios del mercado monetario, determina el precio real del oro y las existencias mundiales de oro monetario.

La ecuación (1) indica la oferta monetaria:

$$M^s = \lambda P_G G_M \qquad (1)$$

donde M^s es la oferta monetaria mundial en dólares, λ es el multiplicador de dinero-oro (la razón monedas más depósitos/ existencias de oro monetario), P_G es el precio nominal fijo de una onza de oro, y G_M es las existencias mundiales de oro monetario (en onzas).

Las ecuaciones (2a) y (2b) corresponden a dos variantes de la velocidad ingreso de circulación. En (2a) se supone que la velocidad es una función logarítmica de la tasa de interés nominal.

$$V = \bar{V} i^{\alpha} \qquad (2a)$$

En (2b), siguiendo a Bordo y Jonung (1987), considera la velocidad de la tendencia como una función de los factores institucionales que evolucionan a un tasa m:

$$V = \bar{V} e^{\mu t} \qquad (2b)$$

El interés nominal es:

$$i = r + \pi \qquad (3)$$

donde r es la tasa de interés real y π es la tasa de cambio esperada del nivel de precios. Siguiendo a Mundell (1970) la tasa de interés real depende negativamente de la inflación prevista:

$$r = \bar{r} - a\pi \tag{4}$$

Suponemos que los pronósticos son perfectos, de modo que la inflación real y la prevista son iguales.

$$\pi = (P_t - P_{t-1})/P_{t-1} \tag{5}$$

Para que exista equilibrio en el mercado monetario se requiere:

$$P = \lambda V P_G G_M / y \tag{6}$$

Dados λ, P_G, un pronóstico perfecto y un nivel de producción, y, el nivel de precios se determina por las existencias de oro monetario.

En las ecuaciones (7) a (9) se determina el equilibrio del mercado del oro y, junto con la (1) a (6), la oferta monetaria y el nivel de precios. La producción de oro se caracteriza por costos gradualmente mayores; la oferta de nuevo oro es:

$$g = \bar{g} P_g^{\beta} e^{\gamma t} \tag{7}$$

donde g es la producción de oro, P_g es el precio real del oro (P_G/P) y γ es la tasa exógena de progreso tecnológico en la industria minera[19]. La demanda de flujo para el oro no monetario es:

$$\dot{G}_N = (\epsilon + \delta)(G^*_N - G_N) \tag{8}$$

donde $\dot{G}_N$ es el cambio neto en las existencias de oro no monetario, G^*_N indica las existencias proyectadas de oro no monetario, y G_N, las existencias reales. G^*_N se define como:

$$G^*_N = \bar{G}_N P_g^{-\theta} y^{\eta} i^{-\phi}$$

[19] Ya que Barro no explica las causas del progreso tecnológico, sino que analiza las implicancias de su incorporación, suponemos que el progreso tecnológico es un factor exógeno. De hecho existen evidencias que sugieren que los principales cambios tecnológicos en la industria del oro fueron a la vez inducidos y exógenos (Rockoff [1984]).

$\in$ es un factor de ajuste parcial, δ la tasa de depreciación o flujo normal de reemplazo.

Puesto que las autoridades monetarias mantienen un precio fijo del oro, el cambio en las existencias de oro monetario es:

$$\dot{G}_M = g\text{-}\dot{G}_N \qquad (9)$$

donde $\dot{G}_M$ es el cambio neto en las existencias de oro monetario.

Utilizando logaritmos y resolviendo las ecuaciones (1) a (9) simultáneamente, las de stady state en términos de tasas de crecimiento son:

$$\dot{P} = \dot{G}_M = \dot{G}_N = 0$$

Lo anterior implica $g = g^*_N$. Esto es, en equilibrio, la producción de oro iguala a la tasa de depreciación multiplicada por las existencias deseadas de oro no monetario.

b) Incorporación del patrón de divisas en oro

Una diferencia clave entre el patrón oro y el patrón de divisas oro es λ, el multiplicador del oro-moneda. Tras la Primera Guerra Mundial la mayoría de las naciones adoptaron una forma de patrón de divisas oro en que los bonos y letras de cambio extranjeros complementaron las existencias de oro monetario. Para captar esta propiedad del patrón de divisas oro descomponemos l entre la razón dinero en un sentido amplio a dinero de alto poder (High-Powered money) (M/H), la razón dinero de alto poder a oro y reservas internacionales (DH/R), y la razón reservas internacionales a oro (R/G)[20]. M/H depende del desarrollo del sistema bancario, mientras que H/R está determinado por las políticas de esterilización y por las leyes que especifican el respaldo en oro para los pasivos; en los Estados Unidos, por ejemplo, antes de 1945 las exigencias de cobertura de la Reserva Federal eran de 40% contra pagarés y 35% contra depósitos, lo cual implicaba un valor mínimo de 2,63 para H/R. R/G refleja la sustitución de divisas con oro. Para los países que fueron el centro de la aplicación del patrón oro de entreguerras, es decir los Estados Unidos y el Reino Unido, R/O=1. Lo mismo es válido para los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.

[20] Véase Bernanke (1995).

El Gráfico 1A muestra la evolución de las tres razones desde 1925 para nuestro conjunto de 21 países[21]. M/H es estable antes del comienzo de la Depresión, cuando declina por efecto de la crisis bancaria mundial. H/R comienza a caer al establecerse el patrón de divisas en oro en 1925, lo cual es un reflejo de las políticas de esterilización aplicadas en Estados Unidos y Francia. R/G* experimenta un alza hasta el inicio de la Depresión, lo cual indica que los países participantes sustituyeron las divisas con oro. Luego declina a medida que los participantes, temiendo ataques especulativos en contra de las monedas de reserva, convirtieron sus divisas en oro.

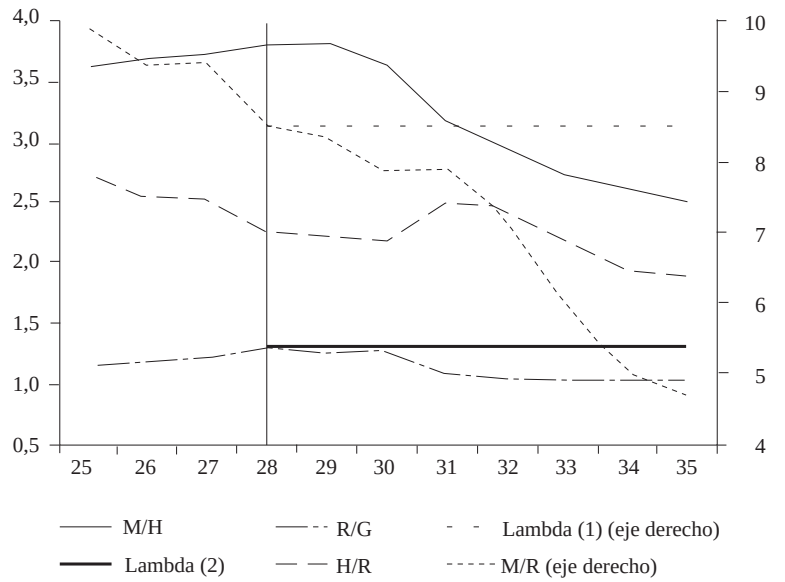
λ puede dividirse en dos componentes:

$$\lambda(1) = \frac{M}{R} = \frac{M}{H}\frac{H}{R}$$

y

$$\lambda(2) = \frac{R}{G}$$

GRÁFICO 1A: RAZONES PARA EL MUNDO 1925-1935



[21] Después de 1935 no se dispone de información completa para los 21 países.

c) La distribución del oro

El nivel de la oferta mundial de oro monetario y su distribución entre países deficitarios o superavitarios fueron los temas que predominaron en las discusiones sobre el patrón de divisas oro del período de entreguerras y hasta Bretton Woods. La primera inquietud se aborda sin dificultad utilizando nuestro modelo, mientras que para el segundo problema es preciso que especifiquemos una relación adicional.

Se supone que la demanda de reservas por parte del (de los) país(es) central(es) y del resto del mundo depende de los niveles de actividad económica, del costo de oportunidad que supone la mantención de reservas, y de factores tales como su apertura (véase Eichengreen, 1990). El (los) país(es) central(es) sólo posee(n) reservas de oro mientras que el resto del mundo cuenta con existencias de oro y divisas. La composición entre ambos en este último caso está determinada por el rendimiento de los activos a corto plazo sobre el exterior y por las exigencias legales de cobertura en oro. Se supone que la participación del país central en las reservas totales (y a las existencias mundiales de oro monetario) es comparable a la evolución de la participación en el producto mundial.

d) Simulación del modelo

En el Cuadro Nº 1 se indican los parámetros utilizados en la simulación[22]. En el Cuadro Nº 2 aparecen los valores iniciales y las definiciones de los datos. Se construyeron cifras agregadas a nivel mundial para las variables endógenas (oferta monetaria, base monetaria, reservas internacionales, reservas de oro, nivel de precios, ingresos reales) sobre la base de los datos correspondientes a los 21 países considerados en Bordo y Schwartz (1996)[23]. Estos 21 países dan cuenta de cerca del 75% de las existencias mundiales de oro monetario antes de la Segunda Guerra Mundial, y del 85% después del conflicto, así como de la gran mayoría de la actividad económica mundial[24].

---

[22] Las elasticidades en las ecuaciones del mercado del oro se derivan de cálculos de regresión en que se usan datos para el período 1880-1928. En los análisis de sensibilidad que se presentan más abajo también utilizamos elasticidades estimadas en la U.S. Gold Commission (1982) sobre la base de datos posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

[23] Los países son Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Japón, Italia, Canadá, Holanda, Bélgica, Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia, Portugal, España, Suiza, Grecia, Australia, Argentina, Brasil y Chile.

[24] Para el período de posguerra excluimos de la muestra a los tres países latinoamericanos porque aplicaron políticas monetarias y cambiarias inestables atípicas en la experiencia de Bretton Woods, y ya no cumplían un papel de importancia en el sistema monetario internacional.

CUADRO Nº 1: PARÁMETROS DEL MODELO DE SIMULACIÓN

A. 1928-1938

$\overline{V} = 2,26$
$a = 0,25$
$\overline{g} = 3,31$
$\alpha = 0,5$
$\beta = 0,6$
$\overline{G}_N = 0,08$
$\Theta = 0,3$
$\eta = 0,7$

$K = (\eta_y^R - \eta_y^G)\,\dot{y} = 0,133*0,0394$

$\lambda(1) = (M/R)_{1928} = 8,5$
$\lambda(2) = (R/G)_{1928}e^{kt}$; $(R/G)_{1928} = 1,3$
$\Phi = 0,03$
$\overline{r} = 0,045$
$\mu = -0,026$
$\gamma = 0,018$
$\varepsilon = 0,5$
$\delta = 0,01$

B. 1950-1971

$\overline{V} = 1,65$
$a = 0,25$
$\overline{g} = 5,04$
$\alpha = 0,5$
$\beta = 0,6$
$\overline{G}_N = 0,04$
$\Theta = 0,3$
$\eta = 0,7\lambda(1) = (M/R)_{1950} = 10,7$
$\lambda(2) = (R/G)_{1950}e^{kt}$; $(R/G)_{1950} = 1,2$
$\Phi = 0,03$
$\overline{r} = 0,0145$
$\mu = 0,00285$
$\gamma = 0,018$
$\varepsilon = 0,5$
$\delta = 0,01$

Elasticidades del Informe de la Comisión del Oro

$\beta = 0,6$
$\gamma = 0,03$
$\Theta = 1,2$
$\eta = 1,0$
$\Phi = 0,1$

CUADRO Nº 2: VALORES INICIALES Y DEFINICIONES DE LAS VARIABLES

A. 1928-1938

P_G = 20; precio del oro, dólares por onza.

P = 1; índice de precios mundial: suma ponderada de los índices de deflación del PNB en 21 países 1928 = 1, ponderaciones = aporte del PNB de cada país al PNB total en dólares corrientes.

y = 191; producción mundial, miles de millones de dólares. Suma del PNB de 21 países en dólares corrientes, se supone que crece aproximadamente en un 3,9%, la tasa de crecimiento entre 1921 y 1928.

M^S = 85; oferta monetaria, Miles de millones de dólares. Definición de M2 (circulante más total de depósitos, suma de 21 países en dólares corrientes).

H = 23; dinero de alto poder (circulante más reservas): suma de 21 países en dólares corrientes.

R = 10; Reservas internacionales (reservas en oro del banco central más reservas en divisas): suma de 21 países en dólares corrientes.

G_R = 7,7; reservas de oro del banco central: suma de 21 países en dólares corrientes.

G_M = 535; existencias mundiales de oro monetario, en millones de onzas.

G_N = 489; existencias de oro no monetario a nivel mundial, en millones de onzas.

g = 20; producción mundial de oro durante el primer período, en millones de onzas.

V = 2,26; velocidad de circulación mundial en 1928.

i = 0,045; tasa de interés nominal en Estados Unidos en 1928 (tasa de papeles comerciales a corto plazo)

(continúa)

(Continuación Cuadro Nº 2)

B. 1950-1971 (1953-1971)

P_G = 20 (20); precio fijo del oro, en dólares por onza.

P = 1,51 (1,61); índice de precios a nivel mundial: suma ponderada de los índices de deflación del PNB en 18 países 1928 = 1.

Ponderaciones = aporte del PNB de cada país al PNB total en dólares corrientes.

y = 276 (351); producción mundial, en miles de millones de dólares. Suma del PNB real de 18 países en dólares corrientes, se supone que crece a un ritmo de aproximadamente 4,3%, la tasa de crecimiento observada entre 1950 y 1971.

M^S = 254 (317); oferta monetaria en miles de millones de dólares. Definición de M2 (circulante más total de depósitos, suma de 18 países en dólares corrientes).

H = 64 (81); dinero de alto poder (circulante más reservas): suma de 18 países en dólares corrientes.

R = 24 (25); reservas internacionales (reservas en oro del banco central avaluadas en US$ 20 la onza más reservas en divisas menos la posición de reservas en el FMI menos la cuota del FMI) suma de 18 países en dólares corrientes.

G_R = 19 (20); reservas en oro del banco central más cuota del FMI: suma de 21 países en dólares corrientes.

G_M = 917 (928); existencias mundiales de oro monetario, en millones de onzas.

G_N = 566 (605); existencias mundiales de oro no monetario, en millones de onzas.

g = 24 (24); producción mundial de oro durante el primer período, en millones de onzas.

V = 1,65 (1,87); velocidad de circulación mundial en 1950.

i = 0,0145 (0,0252); tasa de interés nominal en Estados Unidos en 1950 (tasa para efectos comerciales a corto plazo).

Se obtuvo λ(1) y λ(2) suponiendo que la participación de los 21 países en las existencias mundiales de oro y en las reservas internacionales se mantuvo constante en los dos años de referencia (1928 y 1950) para los cuales se dispone de datos a nivel mundial[25]. Lo anterior nos permite vincular los datos para nuestros 21 países con los totales mundiales para el mercado del oro que aparecen en el informe de la United States Gold Commission (1982)[26].

Se simuló el modelo durante el período 1929-1938 bajo el supuesto de que las disposiciones aplicadas en la segunda mitad de la década de los veinte no se vieron interrumpidas por la Depresión. Se supone que el sistema se suspendió entonces con el estallido de la Segunda Guerra Mundial (tal como ocurrió al iniciarse la Primera Guerra Mundial).

En el período que va de 1939 a 1949 se supone que en el mundo se ha adoptado un patrón monetario fiduciario —es decir que los bancos centrales cerraron sus ventanas compra/venta de oro. Nuestro primer análisis contrafactual restablece el patrón de divisas en oro en 1950 con un precio del oro de US$ 20,67 en los EE UU, y otras divisas realineadas —como realmente ocurrió— con respecto al dólar[27].

Modelo A

Esta es la variante más sencilla del modelo, la cual fija la velocidad en su nivel de 1928 y permite que la producción y la productividad total de los factores mantengan sus tasas de crecimiento observadas entre 1921 y 1928. λ(1), la razón oferta monetaria mundial/reservas internacionales, se fija en su nivel de 1928 (véase Gráfico Nº 1A), en el supuesto de que ni Estados Unidos ni Francia aplicaron las políticas monetarias restrictivas

[25] Siempre que nos referimos a 21 países, debe entenderse que aludimos a 18 (excluidos los tres latinoamericanos) tras la Segunda Guerra Mundial. También ajustamos la serie de las existencias mundiales de oro monetario tomada de Liga de las Naciones (1931), la cual finaliza en 1931, a la serie de las reservas mundiales de oro de los bancos centrales tomada del informe de la U.S. Gold Commission, que abarca desde 1913 hasta 1980. Las dos series se tornaron prácticamente idénticas después de que el gobierno norteamericano nacionalizó las existencias privadas de oro en 1934.

[26] Utilizamos las tasas de interés en los Estados Unidos como representativas de la situación mundial, y supusimos que el crecimiento total de la productividad por factores (γ) era representativo del progreso tecnológico en la producción mundial de oro.

[27] Escogimos 1950 para tener en cuenta la reconstrucción y el restablecimiento de las relaciones financieras de preguerra, y porque, según piensa la mayoría de los expertos, la importante devaluación de la libra esterlina y de 23 otras monedas en 1949 restableció las paridades del período anterior a la Segunda Guerra Mundial. En una simulación presentada en Bordo y Eichengreen (1997) también hicimos una prueba considerando 1953 como período inicial.

que las llevaron a acumular una creciente proporción de las reservas mundiales de oro y que sumieron a la economía mundial en la Depresión.

Suponemos que la razón reservas/oro evolucionó como una función de la diferencia la elasticidad-ingreso de la demanda para reservas internacionales totales y la demanda de reservas de oro (igual a 0,133) multiplicada por la tasa de tendencia de crecimiento de los ingresos reales a nivel mundial, es decir

$$\lambda(2)=(\frac{R}{G})_{1928}e^{kt} \text{ donde } k=(\eta^{R}_{y} - \eta^{G}_{y})\dot{y} \text{ (véase Gráfico 1A)}^{28}.$$

Sobre la base de los valores iniciales para el conjunto de 21 países simulamos el modelo para obtener la oferta monetaria, el nivel de precios, la producción de oro, las existencias totales de oro a nivel mundial, las existencias mundiales de oro no monetario, las existencias mundiales de oro monetario y las tasas de interés que aparecen en los Gráficos N$^{os.}$ 2A a 2F.

Para el período 1939-1949 el proceso de oferta monetaria se determina no por la oferta de oro sino por las exigencias financieras en tiempos de guerra. Nosotros consideramos los precios como un factor exógeno y suponemos que evolucionaron según la tendencia real de la inflación estadounidense[29]. La producción mundial de oro depende del precio real del oro, que se guía por fluctuaciones en el nivel de precios en los EE UU y por la productividad en la industria minera.

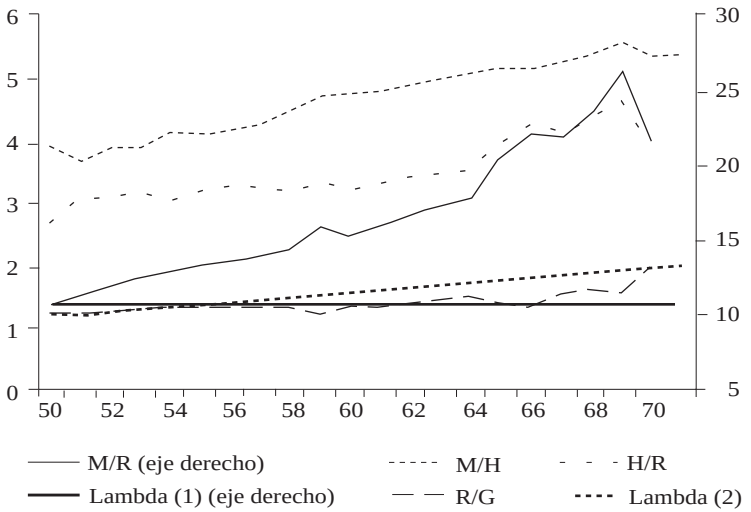
Para el período de posguerra fijamos la velocidad y $\lambda(1)$ en sus niveles de 1950 (Gráfico Nº 1B) y permitimos que la producción mundial y la productividad total de los factores enlos EE UU crezcan con sus tasas de 1950 a 1971. $\lambda(2)$, que depende de la diferencia entre la elasticidad-ingreso de la demanda de reservas y de oro en el período de entreguerras, resulta ser demasiado bajo para proporcionar una solución de equilibrio al modelo,

---

[28] Estas elasticidades se estimaron a partir de regresiones de corte transversal que usan datos de 24 países en 1929 presentadas en Eichengreen (1990). En la muestra se incluyen la mayoría de los 21 países considerados en nuestro conjunto global. Al usar las estimaciones para 1929 estamos eliminando de nuestro escenario contrafactual los efectos de la transición desde el oro hacia las divisas realizada por el Banco de Francia durante la Depresión.

[29] No se cuenta con datos adecuados para nuestro conjunto de 21 países en lo que respecta al período de la guerra. Se agregó la producción simulada de oro a las existencias mundiales simuladas de oro en 1938, y se ajustó la cifra para considerar la depreciación, con lo cual se obtuvieron nuevas existencias hipotéticas. Se supone que las existencias mundiales de oro monetario aumentaron desde su nivel hipotético de 1938 siguiendo la tendencia real desde 1939 hasta 1950. Sobre la base de las existencias de oro monetario se derivaron las existencias de oro no monetario.

GRÁFICO 1B: RAZONES PARA EL MUNDO 1950-1971



Nota: Las reservas internacionales y las reservas de oro se han ajustado para excluir al FMI, como se describe en el texto.

GRÁFICO 2A: PRODUCCIÓN MUNDIAL DE ORO, MODELO A

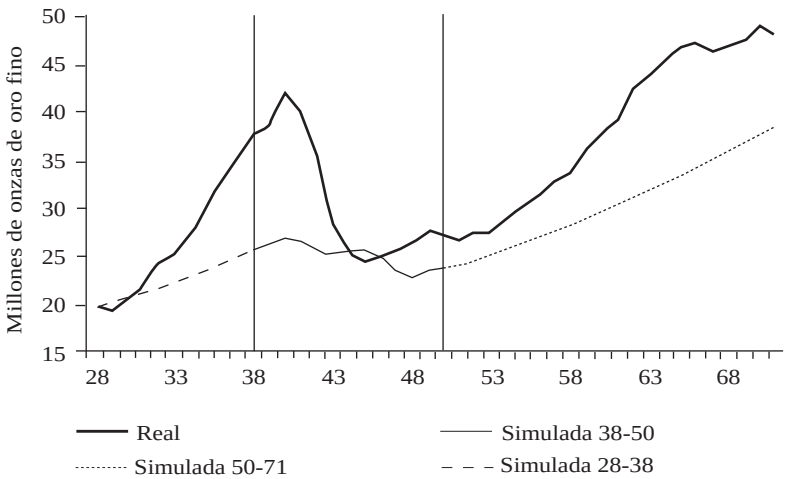


GRÁFICO 2B: EXISTENCIAS DE ORO NO MONETARIO

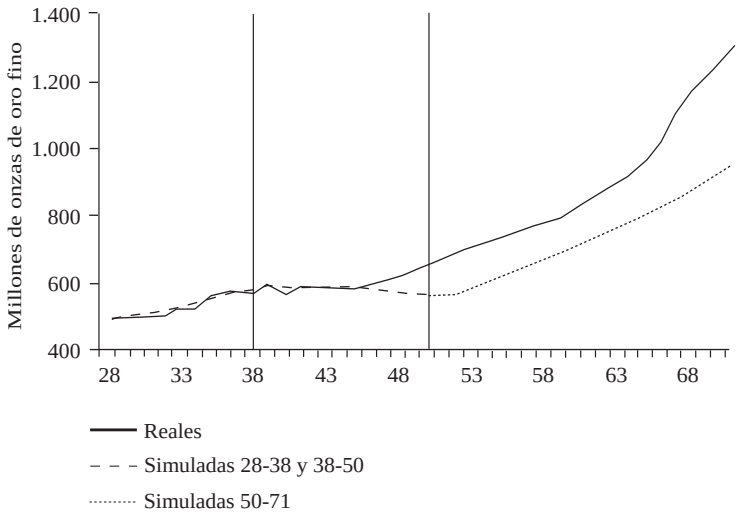


GRÁFICO 2C: EXISTENCIAS DE ORO MONETARIO

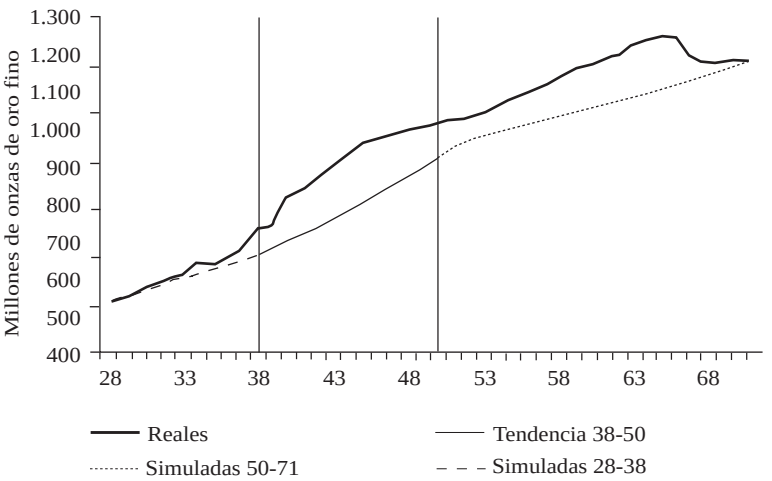


GRÁFICO 2D: OFERTA MONETARIA REAL Y SIMULADA

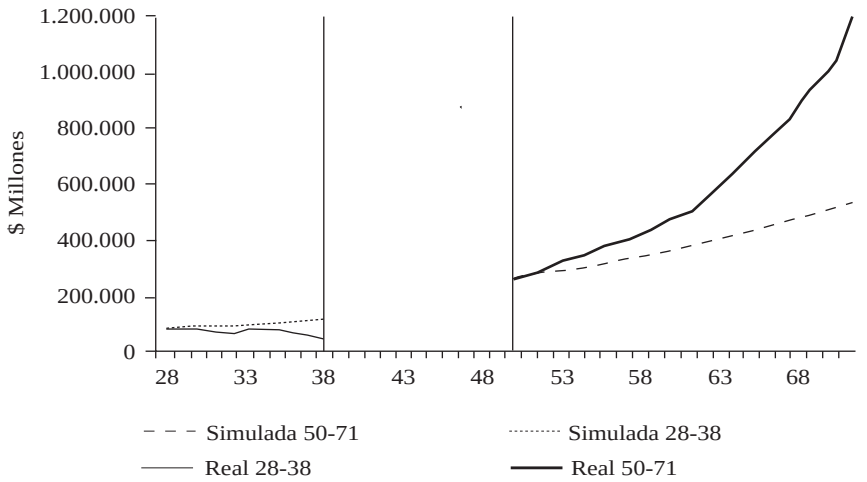


GRÁFICO 2E: PRECIOS REALES Y SIMULADOS

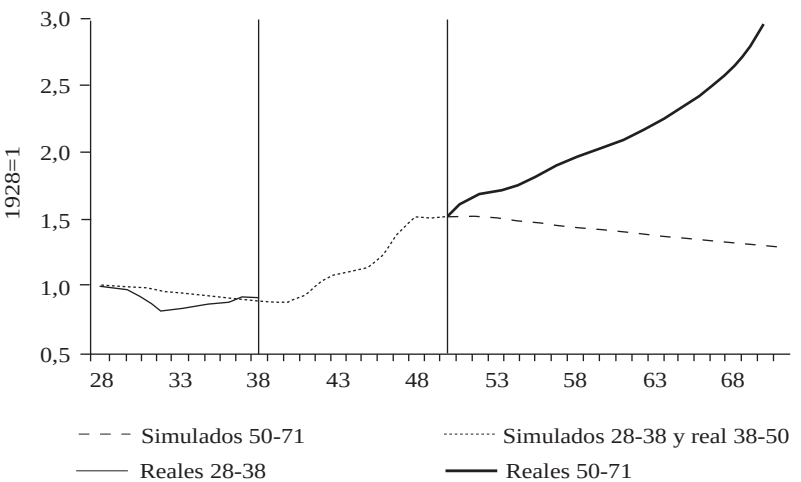
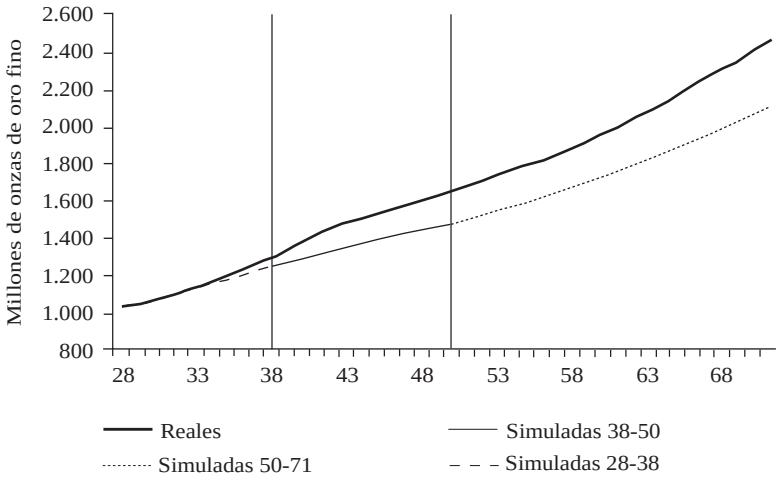


GRÁFICO 2F: EXISTENCIAS TOTALES DE ORO A NIVEL MUNDIAL



dado que en la posguerra las tasas de crecimiento fueron más altas. Se experimentó con distintos valores para la diferencia en estas elasticidades antes de establecernos en 0,55 como el caso de referencia[30] (véase Gráfico Nº 1B).

Se empiezan las simulaciones en 1950 utilizando las existencias mundiales hipotéticas de oro monetario, pero empleando cifras reales en cuanto a reservas internacionales, oferta monetaria, precios y producción. Se parte del supuesto de que el patrón de divisas en oro fue restituido sin una deflación radical de posguerra como la observada en los años veinte.

Si se consideran existencias hipotéticas de oro monetario equivalentes a US$ 21.000 millones y reservas reales de US$ 61.000 millones, las reservas de divisas tendrían que haber excedido en US$ 13.000 millones el valor real de US$ 27.000 millones de 1950. Los Estados Unidos se habrían

[30] La diferencia entre la elasticidad con respecto al ingreso de las reservas y del oro sobre la base de sencillas regresiones simples de OLS durante el período 1950-1971 fue de 0,47.

visto en la necesidad de duplicar su transferencia de US$ 13.000 millones del Plan Marshall para restablecer el patrón de divisas oro[31].

e) Resultados de la simulación

En nuestra simulación la producción de oro aumenta menos de lo que realmente creció en la década de los treinta (Gráfico Nº 2A). Ello se debe a que el modelo genera un menor grado de deflación al no existir la Depresión, y a que al no ocurrir la devaluación del dólar en 1933 los Estados Unidos no hubiesen elevado el precio nominal del oro. Las existencias de oro no monetario crecen más rápido, lo cual refleja el hecho de que este metal es más barato en relación con otros productos cuando no hay deflación (véase Gráfico Nº 2B); en tal caso, las existencias mundiales de oro monetario aumentan más lentamente (Gráfico Nº 2C). M2 aumenta en vez de caer, como ocurrió durante la Depresión (Gráfico Nº 2D), y el nivel de precios (Gráfico Nº 2E) desciende a una tasa anual de 1,3%.

La producción de oro durante la Segunda Guerra Mundial es inferior a los niveles reales porque el precio del oro es menor al no devaluarse el dólar, lo cual se traduce en una reducción de las existencias mundiales de oro (Gráfico Nº 2F). Las existencias de oro monetario siguen su tendencia real, pero comenzando desde el nivel menor simulado para 1938. Las existencias de oro no monetario, obtenidas como un residuo de las existencias totales, también se encuentran por debajo de su nivel histórico.

El nivel de precios evoluciona de modo muy distinto bajo nuestro patrón hipotético que bajo Bretton Woods. La deflación simulada alcanza a cerca del 1% anual, en comparación con una tasa de inflación anual real de 2,9%[32]. Aun cuando las existencias de oro monetario crecen rápidamente en las simulaciones de posguerra y la oferta monetaria se expande a un

[31] Como señalamos anteriormente, es posible imaginar que los US$ 8.800 millones en oro que los países miembros transfirieron al FMI podrían haberse utilizado para otros fines, reduciendo el aumento en la ayuda del Plan Marshall a poco más de US$ 4.000 millones. El préstamo anglo-estadounidense concedido en 1945 en que los Estados Unidos aportaron US$ 3.750 millones y Canadá US$ 1.500 millones, al igual que los préstamos norteamericanos a Francia y Alemania, en conjunto podrían haber compensado la diferencia. Resulta interesante observar que la suma de la transferencia en el marco del Plan Marshall y la transferencia hipotética que se precisa para volver a aplicar el patrón de divisas oro en nuestro escenario corresponde exactamente a los US$ 26.000 millones que Keynes recomendaba como suma necesaria para poner en marcha la Unión Internacional de Compensación. Más adelante procedemos a realizar algunos análisis de sensibilidad, modificando esta suposición para determinar qué influencia tienen los distintos grados de deflación de posguerra.

[32] La tendencia de la deflación a reducir las existencias de oro no monetario habría sido compensada por el aumento de los ingresos reales. Mientras que la deflación habría estimulado la producción de oro, el efecto neto hubiera sido de todos modos un aumento de las existencias de oro monetario a tasas inferiores a la real.

ritmo anual de 3,3%, este crecimiento no es lo suficientemente rápido para contrarrestar el efecto que produce en el nivel de precios la tasa de crecimiento de la producción de 4,3% anual[33].

En el Modelo B se simulan los efectos derivados de la práctica de deflacionar antes de restablecer el patrón oro después de la Segunda Guerra Mundial, es decir, repetir los esquemas aplicados por el Reino Unido y otros países tras la Primera Guerra Mundial (véanse Gráficos Nos. 3A, 3B). Se parte con el Modelo A, pero se supone que al finalizar la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos deflacionaron enérgicamente su economía para restablecer el nivel de precios en la cifra alcanzada en 1938, y otros países hicieron lo propio. En lugar de permitir que la liquidez internacional aumentara en US$ 13.000 millones en 1950, suponemos que las autoridades monetarias mantuvieron las reservas internacionales en sus niveles reales en relación con las reservas de oro en 1950, y que la oferta monetaria permaneció en la misma proporción con respecto a las reservas, situación que efectivamente ocurrió. Lo anterior implica una oferta monetaria 45% inferior a la real[34].

f) Viabilidad del patrón de divisas en oro y el "Dilema de Triffin"

A continuación se abordan dos preguntas claves acerca del funcionamiento del hipotético patrón de divisas oro. La pregunta si acaso habrían existido reservas de oro suficientes en los años treinta y cómo se habría planteado el "Dilema de Triffin" después de la Segunda Guerra Mundial.

En el *Primer Informe Provisional de la Delegación del Oro de la Liga de las Naciones* (1930) se prestaba considerable atención a la inquietud sobre si habría suficientes existencias de oro que permitieran que el sistema funcionara por otra década. Los expertos de la Liga advirtieron que podría sobrevenir una escasez de oro, pero que esa situación podría paliarse al aplicar políticas que incentivaran a los gobiernos y a los bancos centrales a moderarse en el uso de ese metal precioso.

---

[33] En Bordo y Eichengreen (1997) sometemos a análisis de sensibilidad de nuestro modelo a diversos supuestos sobre el comportamiento de la velocidad de circulación, a escenarios alternativos de reanudación del patrón de divisas oro, y a elasticidades alternativas del mercado del oro.

[34] Aun cuando la oferta monetaria y los niveles de precios comienzan por debajo de los del Modelo A (figuras 3A, 3B), el menor nivel de precios estimula la producción de oro y aumenta las existencias de oro no monetario. El efecto neto hubiera sido un aumento en las existencias de oro monetario. Lo anterior hubiera originado una trayectoria para el nivel de precios que no diferiría de la del Modelo A.

GRÁFICO 3A: OFERTA MONETARIA REAL Y SIMULADA, MODELO B

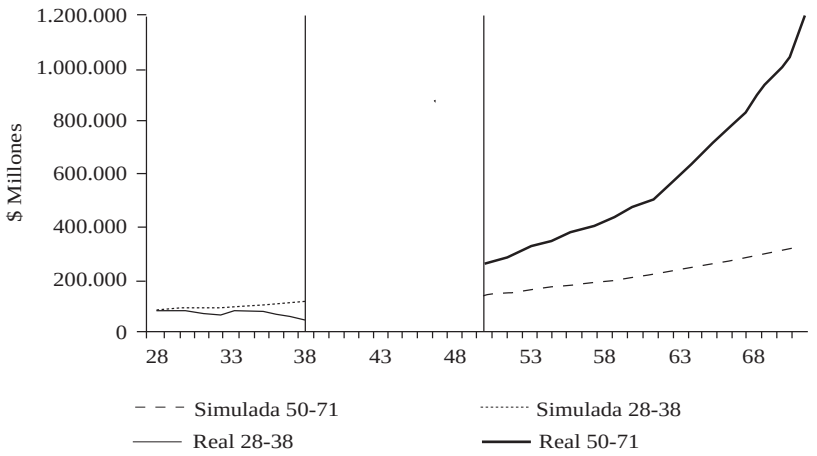
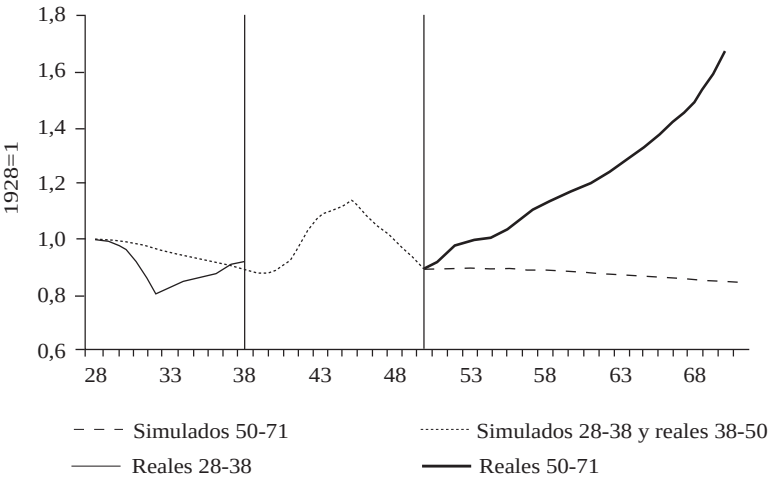
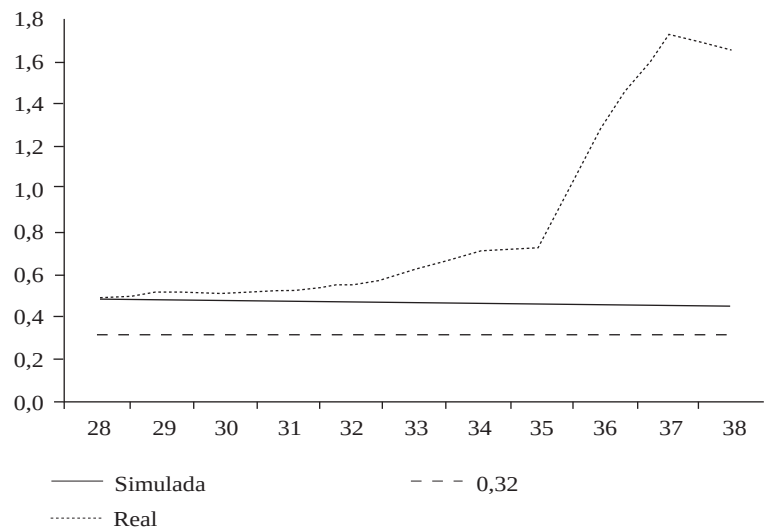


GRÁFICO 3B: PRECIOS REALES Y SIMULADOS, MODELO B



Aquí se aborda esta inquietud comparando las razones reservas de oro/liquidez monetaria obtenidas a partir de simulaciones basadas en estimaciones de la Liga en cuanto a la razón mínima legal exigida por los estatutos sobre el patrón oro[35]. En el Gráfico Nº 4 se grafica la razón reservas contrafactual para el Modelo A, junto con la razón real y la razón mínima legal de 31,7%. Si bien la razón real aumentó en los años treinta (un reflejo del colapso de los niveles de precios y del alza en el precio real del oro), la razón simulada baja levemente, pero nunca se aproxima al mínimo legal antes de la Segunda Guerra Mundial. Estas simulaciones sugieren que un déficit de oro no habría constituido un obstáculo insalvable para la mantención del sistema.

GRÁFICO 4: G/H REAL Y SIMULADA PARA EL MUNDO 1928-38*



* Para el período 1936-1938 sólo se dispone de datos para un número limitado de países.

[35] Liga de las Naciones (1930), Anexo XIII, Tabla V: 96. Para calcular la razón hipotética multiplicamos la razón simulada de existencias mundiales de oro monetario a oferta monetaria mundial por la razón oferta monetaria mundial a base monetaria correspondiente a 1928. Este cálculo se basa en el supuesto de que si no se hubiera producido la Gran Depresión y su pánico bancario el multiplicador de la oferta monetaria ($^{M}/_{H}$) no habría disminuido como lo hizo en la realidad.

Incluso si se hubiera superado este problema del período de entreguerras, Triffin (1947) advirtió que las reservas de oro no serían suficientes para financiar el crecimiento de la producción y el comercio mundiales en el período de posguerra. La sustitución de las divisas, principalmente dólares, con oro podría postergar el problema, pero como las disponibilidades de dólares extranjeros aumentaron con respecto a las existencias de oro monetario en los Estados Unidos, llegaría el momento en que los Estados Unidos serían incapaces de satisfacer las demandas de conversión. Las reservas oficiales de dólares norteamericanos de hecho sobrepasaron las existencias de oro monetario norteamericano en 1965 (Bordo 1993, Gráfico Nº 1.10), lo cual llevó al gobierno estadounidense y al Sistema de Reserva Federal a adoptar políticas de conservación del oro y a fomentar la implantación de los derechos especiales de giro (efectivamente, una forma de papel oro)[36].

Podemos usar nuestras simulaciones para verificar si el problema de Triffin también se habría presentado en el patrón hipotético de divisas en oro de la posguerra. En el Gráfico Nº 5, basado en el modelo A, se observan las disponibilidades oficiales de dólares y oro monetario en los Estados Unidos y en el resto del mundo[37]. Comenzando con la razón real oro norteamericano/reservas totales para 1950, permitimos que dicha razón se mueva luego junto con la razón producción estadounidense/producción mundial[38].

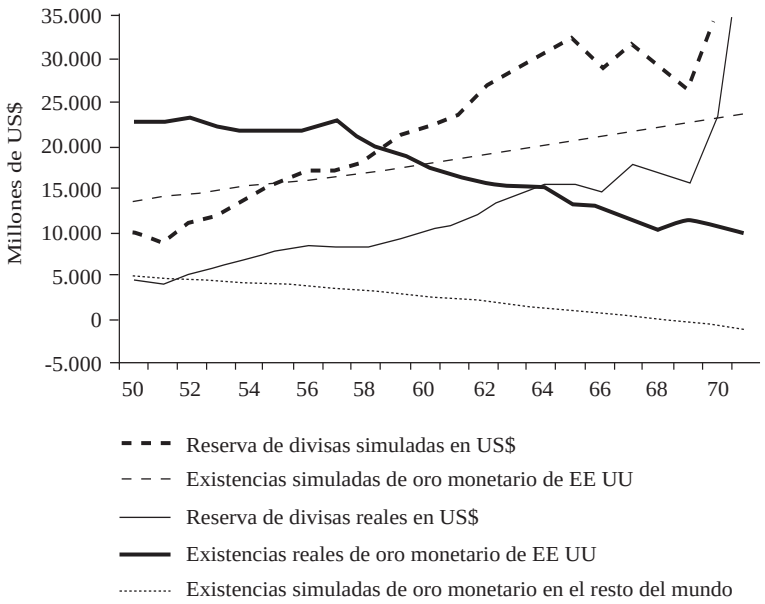
En el Gráfico Nº 5 se demuestra que en lugar de disminuir, las existencias de oro monetario estadounidense habrían aumentado durante el periodo, mientras que las existencias de oro monetario en el resto del mundo se habrían reducido hasta llegar a cero en 1970. Este resultado obedece al hecho de que la demanda de reservas aumenta más rápido que la demanda de oro (que l(2) = 0,55), y a que la demanda de reservas por parte

[36] Las disponibilidades totales de dólares del exterior (tanto privados como oficiales) sobrepasaron el nivel de las existencias de oro monetario en Estados Unidos en 1960.

[37] Se dedujeron las disponibilidades oficiales de dólares al restar las existencias mundiales simuladas de oro monetario a las reservas internacionales simuladas, lo cual arrojó las disponibilidades de divisas. Luego se utilizó la razón real dólares a total de divisas para respaldar los dólares que poseía el resto del mundo en forma de divisas. En este cálculo se supone que la libra esterlina habría decaído como activo de reserva cuando rigió el patrón de divisas oro de posguerra, en la misma medida en que se deterioró efectivamente en el período de Bretton Woods.

[38] Para deducir las existencias de oro monetario estadounidense en 1950 se supuso que entre 1929 y 1949 las existencias de oro monetario en Estados Unidos contribuyeron en la misma medida que en la realidad a las existencias hipotéticas mundiales de oro monetario. Con esto se presume que los factores políticos que motivaron la fuga de capitales y los flujos de oro en los años treinta y cuarenta fueron los factores clave que determinaron el aumento de la participación estadounidense.

GRÁFICO 5: "DILEMA DE TRIFFIN", MODELO A



de los Estados Unidos (el país de las monedas de reserva) podría satisfacerse sólo con oro. Los saldos en dólares del resto del mundo habrían excedido las existencias de oro monetario estadounidense en 1955, lo cual indicaría la posibilidad de una crisis dentro de un plazo relativamente corto[39].

Se podrían concebir cuatro escenarios probables una vez que el mundo entrara en la "zona de crisis" (expresión empleada por Kenen en 1960) cuando las disponibilidades externas de dólares excedieran las existencias de oro monetario estadounidense. Primero, el patrón de divisas en oro podría haberse disociado hasta convertirse en un patrón de oro puro, a medida que los países renuentes a adoptar un patrón de divisas en oro puro aplicaran políticas deflacionarias para restablecer sus reservas de oro originales. A nuestro juicio este escenario no es convincente. Así como la dis-

[39] Hipótesis alternativas utilizadas en Bordo y Eichengreen (1997) sugieren que la crisis habría ocurrido entre 1955 y 1959. Si la reanudación hubiera ocurrido en 1953 el mundo habría entrado de inmediato en una etapa de crisis.

minución de la proporción de divisas en las reservas mundiales de 37% a 11% entre 1928 y 1931 agravó el problema de deflación y depresión durante la época de entreguerras, y en último término llevó a los países a abandonar el sistema, resulta improbable que hubieran demostrado mayor capacidad de resistencia frente a una crisis deflacionaria en los años cincuenta.

Otra alternativa sería que, frente a un proceso de derrumbamiento del patrón de divisas en oro, los principales países podrían haber negociado algo similar al Acuerdo Bretton Woods. Para ello habría sido preciso crear una institución como el FMI para proporcionar un activo de reserva como sustituto de los dólares. Parece discutible sostener que lo anterior también habría fomentado el empleo de controles de capital y del vínculo ajustable. Lo más probable es que todo habría dependido de si al aplicarse nuestro hipotético patrón de divisas en oro se inducía un ajuste asimétrico y flujos de capital desestabilizadores, como ocurrió en los años treinta, o un ajuste suave y movimientos de capital estabilizadores como los observados en el período previo a 1914. Esto a su vez habría dependido de la credibilidad del compromiso con la convertibilidad del oro. Pero nos resistimos a creer que un organismo como el FMI se hubiera creado de no ocurrir los sucesos de la década de los treinta, y existiendo la percepción de los acontecimientos del decenio anterior —la percepción de que los tipos de cambio flotantes se tradujeron en flujos de capital desestabilizadores y acarrearon las consecuencias deflacionarias del regreso de Gran Bretaña al oro a la paridad original—, ya que en el escenario mundial para nuestro patrón hipotético de divisas en oro no habrían ocurrido los problemas percibidos asociados a un patrón de divisas en oro.

Por último, el sistema podría haberse transformado en un patrón dólar puro. Algunos autores (por ejemplo, McKinnon, 1969; Meltzer, 1991) postulan que si los Estados Unidos hubieran aplicado políticas monetarias durante el período de Bretton Woods —si hubieran ajustado las políticas a la mantención de la estabilidad de precios— el patrón oro-dólar habría evolucionado hasta convertirse en patrón de dólar puro que podría haber durado indefinidamente. No se hubiera producido una "crisis de Triffin" porque todos los países a excepción de los Estados Unidos hubieran estado dispuestos a conservar cantidades ilimitadas de dólares.

Un examen de la composición de las reservas de oro de los países en el período de Bretton Woods sugiere que la mayoría de las naciones más avanzadas, salvo notables excepciones como Alemania, Italia y Japón, prefirieron unánimemente la alternativa de mantener existencias de oro durante los años cincuenta y sesenta (véanse Kenen, 1963; International Financial Statistics, 1972). En la medida en que el hecho de preferir el oro por

sobre los activos expresados en dólares que devengan interés reflejara los recuerdos de pérdidas de capital a causa de las devaluaciones de los años treinta (y no evocara simplemente las políticas monetarias aplicadas por los EE UU en la década de 1960), podríamos sostener que, en nuestro escenario de mantención y restablecimiento del patrón de divisas en oro, dicha preferencia habría sido menos generalizada; al no producirse las conmociones inflacionarias derivadas de la Guerra de Vietnam y el tránsito hacia una política monetaria expansionista, el sistema podría haber prevalecido por un período bastante más largo que el sugerido con anterioridad[40]. El argumento en contra, el cual nos parece contundente, es que el hecho de que algunos países —a saber Francia— prefirieran mantener reservas de oro más que de divisas fue anterior a la Gran Depresión. Ya en mayo de 1927, más de dos años antes de que se iniciara la crisis, Francia había empezado a convertir su oro en divisas (Clarke, 1967). El Banque de France dependió en gran medida de la entrada y salida de reservas para el ajuste de la balanza de pagos incluso antes de la Primera Guerra Mundial (Bloomfield, 1959), y los altos niveles de inflación experimentados por el país durante la primera mitad de la década de los veinte fortaleció el compromiso de los funcionarios oficiales franceses con la aplicación de un patrón de oro puro. Resulta poco probable que al no ocurrir la Depresión, los responsables de formular la política económica francesa hubiesen estado más dispuestos a mantener reservas de divisas[41]. Así pues, a medida que comenzara a crecer el pasivo de divisas norteamericano países como Francia, con una marcada preferencia por el oro respecto de las divisas, lo habrían enviado a la Reserva Federal para su conversión (como en realidad lo hicieron a mediados de los años sesenta). Ello habría creado un problema de iniciativa común: otros países podrían haber estado dispuestos a mantener pasivos monetarios norteamericanos siempre que los bancos centrales y los gobiernos de países como Francia hicieran lo mismo, pero una vez que esta nación manifestara el deseo de convertir sus divisas en oro todos los gobiernos afectados tendrían un incentivo para deshacerse de los dólares antes de que se agotaran las reservas estadounidenses de oro. Si bien sigue siendo difícil determinar con exactitud la secuencia cronológica de la crisis, el desenlace es el mismo.

[40] De hecho, en un mundo sin la Gran Depresión y la aversión a la deflación que desató, los Estados Unidos, como país central del patrón de divisas oro, pudo haber aplicado el tipo de política monetaria que adoptó Gran Bretaña cuando era el país central del patrón oro clásico, la cual consistía en mantener la convertibilidad a cualquier precio.

[41] Se puede argumentar que la profundidad de la Depresión en Francia, la cual en sí fue percibida como el resultado del compromiso de mantener el patrón oro (Moure, 1991, pp. 274-277), actuó como un factor que atenuó la preferencia del país por mantener existencias de oro, la cual por ende habría sido incluso más marcada si no se hubiera producido la crisis.

Es posible que tras el colapso del patrón de divisas oro el mundo se habría trasladado hacia la flotación controlada con movilidad del capital que tenemos hoy en día. En vez de intentar crear un banco central mundial y un nuevo sistema monetario internacional, o de tolerar un patrón dólar, las principales naciones habrían preferido cortar el vínculo con el oro y aplicar políticas financieras independientes. En vista de los problemas asociados a las tres alternativas antes señaladas, creemos que esta última habría sido la más factible.

5. Implicancias para el crecimiento y la asignación de recursos después de la Segunda Guerra Mundial

Tras sostener que el patrón oro de entreguerras se habría mantenido hasta el final de la década de 1930 y restituido después de la Segunda Guerra Mundial, ahora se consideran las implicancias de este acuerdo para el crecimiento y la asignación de recursos. Tal vez la implicancia más importante del sistema monetario internacional de posguerra para la asignación de recursos se originó en el predominio de los controles de capital, que fueron generalizados durante la posguerra, pero que no habrían existido en nuestra hipótesis contrafactual.

Nosotros suponemos que los controles sobre las transacciones de capital y de cuenta corriente habrían desaparecido luego de un período de transición relativamente limitado ya que eran incompatibles con el funcionamiento del patrón oro. La libertad para convertir las divisas y las monedas divisionarias, como quiera que se hayan obtenido, en oro a la tasa reglamentaria, y para importar y exportar ese oro, era la piedra angular del sistema de patrón oro[42].

[42] Para asegurarse, los bancos centrales y los gobiernos utilizaron una diversidad de medidas que semejaban controles de capital. Ellos recurrieron a herramientas relacionadas con el oro —desembolsando las monedas melladas o desgastadas, o aceptando las importaciones de oro sólo en ciudades situadas tierra adentro y no en oficinas del banco central ubicadas cerca de un puerto— como una manera de desalentar el ingreso y la salida de reservas y remedar algunos de los efectos de los controles. Incluso Gran Bretaña, un partidario sumamente fiel del patrón oro, había restringido los empréstitos en el exterior durante la segunda mitad de la década de los veinte. A comienzos de la década de los treinta, Estados Unidos, en virtud de lo dispuesto en la Ley Johnson, había prohibido los préstamos a países que no habían cumplido con el pago de sus deudas pendientes. Ahora bien, pese a estas excepciones la esencia del patrón oro siguió siendo la libre movilidad del capital internacional. La mayoría de las restricciones al flujo de capital impuestas en los años treinta se adoptaron como respuesta al colapso del sistema monetario y financiero internacional, un suceso que suponemos lejano en nuestra hipótesis contrafactual.

La pregunta que se plantea entonces es cómo hubiera evolucionado el mundo de la posguerra de no existir los controles. Aun cuando de nuestro análisis contrafactual se deduce inequívocamente que en la primera etapa del período de posguerra —digamos hasta los años cincuenta— no se hubieran aplicado controles sobre el capital, no queda tan clara la manera de describir el posterior régimen contrafactual. Si el patrón de divisas en oro reconstruido colapsara por ejemplo en 1960, y los países aceptaran una mayor flexibilidad en el tipo de cambio, ¿habría traído esta última aparejada la imposición de controles, como en los años treinta, o el mantenimiento de mercados de capital abiertos? Por razones expuestas en la Sección 4, suponemos que ocurre lo último y por tanto contrastamos el impacto de régimen real en las restricciones a las cuentas corrientes y de capital con una hipótesis contrafactual de mercados de capital abiertos.

La hipótesis obvia es que la ausencia de restricciones a los flujos de capital internacionales habría contribuido a una asignación más eficiente de los recursos y, en último término, a un crecimiento económico más rápido. El capital habría afluido desde países donde era abundante hacia aquellos donde era escaso. Lo anterior habría significado un claro estímulo a la inversión y el crecimiento los países receptores, pero una asignación más eficiente de fondos también podría haber producido un efecto favorable en los países acreedores, en la medida en que obtuvieran un mayor rendimiento de sus inversiones y gozaran de las ventajosas repercusiones de un mayor crecimiento a nivel mundial. La represión financiera, que distorsionó la asignación intersectorial de recursos e hizo bajar las tasas de ahorro interno en los países en que se impuso, habría sido impracticable de haber existido mercados financieros internacionales abiertos. Entre los argumentos en contra pueden mencionarse los siguientes: (1) que los controles de capital nunca fueron del todo eficaces y que, por ende, no deberíamos esperar percibir un impacto en gran escala sobre los resultados económicos; y (2) que las políticas industriales focalizadas, aplicadas por ejemplo en Asia, ayudaron a resolver problemas de coordinación y a internalizar externalidades que de otro modo hubieran detenido el proceso de crecimiento, y que estas intervenciones no habrían sido posibles de no imponerse controles. El efecto de los controles de capital sobre el crecimiento y la asignación de recursos constituye en último término una cuestión empírica.

En nuestro trabajo empírico seguimos el enfoque adoptado en estudios anteriores por Alesina, Grilli y Milesi-Ferretti (1994) y por Grilli y Milesi-Ferretti (1995). En cada estudio se emplea un panel de países multiestatal para verificar si una variable dummy que representa la presencia o ausencia de controles de capital construida sobre la base de Informe Anual

sobre Medidas Relativas al Tipo de Cambio y Restricciones Cambiarias del FMI, resulta significativa en regresiones en que la acumulación de deuda pública, la tasa inflacionaria, la tasa de interés real y la tasa de crecimiento del PIB son las variables dependientes. Como variables independientes se utilizan el PIB real per cápita, la razón consumo estatal/PIB, una variable dummy respecto de si un país era o no democrático, rotación en la presidencia del banco central, y un índice de independencia del banco central.

En Bordo y Eichengreen (1997) los datos para 61 países utilizados por Grilli y Milesi-Ferretti (1995) se extienden hacia atrás, desde mediados de los años cincuenta hasta 1959, haciéndose una distinción entre países desarrollados y menos desarrollados. Al igual que en los estudios anteriores se realizan pruebas para determinar la influencia de los controles de capital en la inflación, las tasas de interés real, la inversión, el ahorro, la tasa de crecimiento de las exportaciones y la tasa global de crecimiento económico. A diferencia de los estudios anteriores se distingue entre restricciones a la cuenta de capital, prácticas de monedas múltiples y restricciones a la cuenta corriente. A diferencia de los estudios anteriores se toma en cuenta el problema del sesgo de selectividad —que los países con y sin controles no corresponden a la misma población subyacente. Para obtener estimaciones no sesgadas se usan regresiones condicionales a los puntajes de propensión, siguiendo un procedimiento econométrico creado por Rosenbaum y Rubin (1984). Se utiliza una regresión logit para clasificar los países de la muestra en cuartiles con una probabilidad similar de imposición de controles. Como determinantes del logit se incluyen medidas de estabilidad política y otras variables económicas. Por último, como una síntesis de esta incidencia de los controles se utilizan componentes principales.

Nuestros resultados, presentados en Bordo y Eichengreen (1997), son coherentes. Sugieren que los controles tuvieron un efecto significativo en los flujos financieros internacionales y estuvieron asociados a una mayor inflación y a tasas de interés reales *a posteriori* más bajas. Las tasas de interés más bajas se asociaban a un mayor grado de inversión interna, pero desalentaban el ahorro. Con todo, las inversiones adicionales no se tradujeron en un crecimiento económico más rápido, debido tal vez al mayor costo de los bienes de capital importados, fenómeno asociado a restricciones a la cuenta corriente, y a una menor eficiencia marginal de la inversión. (Véase Cuadro Nº 3 para las regresiones de crecimiento.) Existen algunas evidencias que indican que las restricciones a la cuenta corriente y las prácticas de monedas múltiples tendieron a deprimir el crecimiento en países en desarrollo, aunque el efecto resulta estadística y económicamente marginal.

CUADRO Nº 3: EFECTO DE LOS CONTROLES DEL CAPITAL EN EL CRECIMIENTO ECONÓMICO: ESTIMACIONES REALIZADAS EMPLEANDO EL MÉTODO DE MÍNIMOS CUADRADOS ORDINARIOS Y ESTIMACIONES CON HETEROGENEIDAD CORREGIDA
(con errores estándar entre paréntesis)

Tasa de crecimiento del PIB per cápita real, en países industrializados

Estadísticas para regresiones de la muestra total:
Error estándar de regresión: 0,028
R al cuadrado: 0,078
Número de obs.: 581

	Muestra completa	t-stat	Regresiones de la submuestra para el quintil 1	2	3	4	5	Promedio de las regresiones de las submuestras	t-stat
Restricciones a la cuenta de capital	0,007 (0,003)	2,273	0,006 (0,009)	0,013 (0,006)	0,019 (0,008)	0,034 (0,022)	0,001 (0,015)	0,014 (0,006)	2,441
Restricciones a la cuenta corriente	–0,009 (0,003)	–2,576	- -	–0,001 (0,009)	0,008 (0,007)	–0,018 (0,009)	–0,008 (0,011)	–0,005 (0,005)	–1,068
Prácticas de moneda múltiple	0,004 (0,004)	1,226	- -	0,010 (0,009)	–0,001 (0,007)	–0,002 (0,014)	0,008 (0,012)	0,004 (0,005)	0,737
Componentes principales	0,003 (0,003)	0,870	0,006 (0,009)	0,014 (0,006)	0,019 (0,007)	–0,007 (0,017)	–0,008 (0,013)	0,005 (0,005)	0,941

(continúa)

(Continuación Cuadro Nº 3)

Tasa de crecimiento del PIB per cápita real, en países industrializados

Estadísticas para regresiones de la muestra total:

Error estándar de regresión:	0,052
R al cuadrado:	0,045
Número de obs.:	1324

	Muestra completa	t-stat	Regresiones de la submuestra para el quintil 1	2	3	4	5	Promedio de las regresiones de las submuestras	t-stat
Restricciones a la cuenta de capital	0,007 (0,004)	1,721	0,005 (0,006)	0,013 (0,006)	0,015 (0,012)	0,004 (0,010)	–0,021 (0,017)	0,003 (0,005)	0,648
Restricciones a la cuenta corriente	–0,011 (0,004)	–2,698	–0,019 (0,010)	–0,012 (0,006)	–0,006 (0,010)	–0,007 (0,009)	–0,012 (0,015)	–0,011 (0,005)	–2,379
Prácticas de moneda múltiple	–0,009 (0,004)	–2,598	–0,032 (0,009)	0,000 (0,006)	–0,028 (0,009)	–0,004 (0,008)	0,017 (0,010)	–0,010 (0,004)	–2,499
Componentes principales	–0,005 (0,003)	–1,776	–0,009 (0,005)	0,002 (0,004)	–0,006 (0,008)	–0,004 (0,007)	–0,013 0,009	–0,006 (0,003)	–1,955

Los resultados anteriores sugieren que la mayor movilidad del capital internacional asociada al patrón de divisas oro en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial no hubiera repercutido demasiado en la tasa de crecimiento económico. En la literatura sobre esta materia se destacan dos interpretaciones con respecto a los vínculos entre movilidad del capital y crecimiento. Según una de ellas, el proceso de crecimiento de la posguerra (especialmente en países en desarrollo) tuvo que haberse iniciado a raíz de intervenciones estatales para incrementar las tasas de ahorro e inversión y resolver problemas de coordinación. De acuerdo con la otra, esas intervenciones disminuyeron la eficiencia con que se desplegaron el ahorro y la inversión. Nuestros resultados sugieren que los dos efectos se compensaron mutuamente en los países industrializados, mientras que el segundo de ellos pudo a la larga haber reducido la tasa de crecimiento económico en el mundo en desarrollo.

6. Implicancias para la creación de instituciones y la cooperación internacional

Una última implicancia de la Depresión para el desarrollo del sistema monetario internacional se refiere a las instituciones de cooperación monetaria internacional, específicamente el FMI. En el diseño de las instituciones Bretton Woods influyó poderosamente la experiencia de los años treinta: Keynes, White y sus colegas procuraron dar con una estructura que permitiera evitar cualquier reiteración de la inestabilidad monetaria internacional observada en esa década. Fuera de estipular la aplicación de controles del capital y ajustes de la paridad en caso de un desequilibrio fundamental, ellas establecían que el FMI debería supervisar el funcionamiento del nuevo sistema monetario internacional.

Si el patrón oro de entreguerras se hubiera mantenido sin sobresaltos hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, no hubiera existido un incentivo comparable para crear en lo sucesivo instituciones similares a Bretton Woods. El patrón de divisas oro de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial habría funcionado sin un organismo como el FMI que proporcionara liquidez excepcional, estableciera la condicionalidad de las políticas y fomentara la cooperación internacional.

La pregunta que se plantea es qué tan distinta habría sido la situación de no haber existido el FMI. En un nivel la respuesta es “no muy diferente”. El patrón de divisas oro de entreguerras se aplicó sin el respaldo de una institución comparable, y las predicciones en nuestro análisis con-

trafactual se basan en el supuesto de que este sistema funcionó con fluidez durante los años veinte y treinta sin la supervisión de una institución monetaria internacional.

En otro nivel, la presencia del FMI hubiera facilitado la solución de problemas de acción colectiva asociados al dilema de Triffin, de manera que el colapso podría haberse postergado, como ocurrió en la década de los sesenta.

El FMI también hubiera sido capaz de otorgar respaldo de balanza de pagos a monedas en problemas después de la Segunda Guerra Mundial, el cual habría sido mayor de lo que pudiera haberse negociado bilateralmente. Ello habría ocurrido especialmente en los países en desarrollo. Por añadidura, al no existir el compromiso del Fondo en los países en desarrollo las reformas de políticas se hubieran puesto en práctica más lentamente tras la Segunda Guerra Mundial. Por último, la ausencia del Fondo habría frustrado los esfuerzos tendientes a coordinar las políticas en la época posterior a dicho conflicto.

Si tras la Segunda Guerra Mundial no se hubiera creado un organismo como el FMI, tal vez otra institución ya existente habría intervenido para llenar el vacío. El candidato obvio es el Bank for International Settlements, creado en 1930 para supervisar la transferencia de las indemnizaciones de guerra por parte de Alemania. El BIS nunca desempeñó un papel protagónico en la administración del orden económico internacional durante la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esta función fue usurpada en parte por el FMI, pero en parte también la legitimidad del BIS se vio afectada por su incapacidad de organizar una respuesta concertada frente a las crisis financieras de principios de los años treinta, las cuales no hubieran ocurrido en nuestra hipótesis contrafactual. Aun así, el hecho de que el BIS hubiera participado en la disputa en torno a las compensaciones de guerra y hubiera sido acusado de apoyar a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial motivó que muchos países se negaran a encomendarle una misión más importante (y en el caso de los holandeses, propugnaran activamente su abolición). En vista de lo anterior resulta improbable que el BIS hubiera llenado el vacío dejado por la ausencia del FMI.

7. Conclusión

¿Cómo hubiera evolucionado el sistema monetario internacional de no haber ocurrido la Gran Depresión? Nuestra conclusión es que la Depresión interrumpió, pero no alteró, permanentemente, la aplicación de las

disposiciones monetarias internacionales. Como consecuencia de la inestabilidad monetaria internacional de los años treinta —la insatisfactoria experiencia con la inestabilidad de la producción, flujos de capital especulativo, variabilidad del tipo de cambio y políticas de empobrecer al vecino—, la Depresión impulsó la estructuración de un régimen monetario y financiero pos-Segunda Guerra Mundial caracterizado por tipos de cambio fijos, pero ajustables, mercados financieros internos altamente regulados, y controles generalizados sobre los flujos de capital internacionales. Si no hubiera ocurrido la Depresión, no se hubiera producido este intervalo de tipos de cambio fijos, pero ajustables y restricciones a la movilidad del capital; la percepción de que el patrón oro de entreguerras se había mantenido razonablemente uniforme en el curso de los años veinte y treinta habría alentado su restablecimiento tras la Segunda Guerra Mundial. El sistema monetario internacional de posguerra se habría caracterizado por cambios muy infrecuentes en la paridad y por una alta movilidad del capital. El mundo habría experimentado una deflación moderada en la década de los treinta y después de la Segunda Guerra Mundial, a diferencia de lo ocurrido en la realidad con los altibajos de aguda inflación y deflación en los años treinta, y un fenómeno inflacionario a largo plazo en los años cincuenta y sesenta.

Pero los mismos factores que hicieron sucumbir el sistema de Bretton Woods —el hecho de que el suministro continuo de oro no llegara a nivelarse con el activo crecimiento de la economía mundial y por tanto no pudiera satisfacer la demanda de reservas internacionales de parte de los gobiernos, lo cual desembocó en un excedente de pasivos externos oficiales estadounidenses y motivó inquietudes en torno a la convertibilidad del dólar en oro— también hubieran echado por tierra este hipotético patrón de divisas oro de posguerra, y quizás incluso en una fecha anterior. Al no existir la Gran Depresión hubiera habido menos incentivos para crear una entidad como el FMI, y el grado de institucionalización de la cooperación monetaria internacional hubiera sido muy reducido. En estas circunstancias los problemas de acción colectiva que había que solucionar de manera satisfactoria para transitar con éxito desde el patrón de divisas oro hacia un patrón dólar hubieran sido insuperables. El escenario más probable para los sucesos posteriores hubiera sido una transición hacia una flotación más libre. De modo que nuestra inferencia es que la Depresión hizo más lento pero no alteró permanentemente el desarrollo del sistema monetario internacional; sólo demoró la transición hacia el tipo de sistema que rige hoy en día.

No resulta fácil determinar en qué medida esta diferencia en la cronología contribuyó al desarrollo de la economía mundial. Los vínculos

entre disposiciones financieras y crecimiento económico se encuentran entre las variables más difíciles de analizar para los economistas; no sorprende que nuestros hallazgos sobre la materia sean menos que claros. Nuestra conjetura más aceptable es que una movilidad más libre del capital en el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial habría tenido un efecto muy reducido en el crecimiento económico de los países industriales avanzados, en los cuales la razón capital/mano de obra y la productividad no varió demasiado, pero habría permitido una asignación de recursos más eficiente en el mundo en desarrollo, acelerando al menos levemente su proceso de crecimiento económico y desarrollo.

Aun cuando la Gran Depresión fue un momento crítico en muchos aspectos, en lo que respecta al desarrollo a largo plazo del sistema monetario internacional su efecto habría sido mucho menos profundo de lo que comúnmente se supone.

APÉNDICE

1. Fuentes de los datos

En la primera parte de este apéndice se explica cómo y a partir de qué fuentes se construyeron los valores iniciales entregados en la Tabla 2 y utilizados en las simulaciones.

• Valores para la simulación de 1928-1938:

— Precios: Calculados como un promedio ponderado según el PIB para los siguientes países: Argentina, Australia, Brasil, Chile, Holanda, Portugal, España, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Francia, Noruega, Suecia, Suiza, Alemania, Grecia, Italia, Japón, Reino Unido y Estados Unidos. Las ponderaciones del PIB, los índices de precios, y los tipos de cambio versus dólares estadounidenses fueron tomadas de la base de datos de Bordo-Schwartz; véase Bordo y Schwartz (1996).
— PIB-Nóminas: Las mismas fuentes de los precios.
— Oferta monetaria, M2: La misma fuente de los precios.
— Base monetaria: Billetes y monedas en circulación más depósitos en el banco central.

— Fuente: Liga de las Naciones.
— Nombre y fuente de las series: Liga de las Naciones*: Monthly Bulletin of Statistics* (1932 a 1939) y Mitchell, B.R.: *Historical Statistics 1750-1988, Europe (1992), Africa, Asia, and Oceania (1995), The Americas (1993).*
— Reservas internacionales: Liga de las Naciones: "Gold and Foreign Reserves", *Statistical Yearbook* (1926, 1931 a 1932, 1940 a 1941).
— Reservas de oro de bancos centrales: las mismas fuentes de las reservas internacionales.
— Producción de oro: producción mundial de oro. Fuente: *U.S. Gold Commission Report*, 1982.

Existencias mundiales de oro monetario: la misma fuente de la producción de oro.

Existencias mundiales de oro no monetario: la misma fuente de la producción de oro.

Tasa de interés: tasa de interés a corto plazo en los Estados Unidos (3 meses). Fuente: Base de datos de Bordo-Schwartz, véase Bordo y Schwartz (1996).

• Tasas de crecimiento supuestas en el período de simulación:

— PIB real: 3,9% Fuente: Bordo y Schwartz (1996).
— Velocidad: -2,6% ibídem.
— Productividad: 1,8% Fuente: Kendrick (1961) Cuadros A-XXII, A-XXV.

Suposiciones: 1938-1950.

• Tasas de crecimiento supuestas en el período de simulación:

— Existencias de oro monetario: 2,7% Fuente: *U.S. Gold Commission Report*, (1982).
— Productividad: 2,0% Fuente: Kendrick (1961) Tabla 3-3.

• Valores para la simulación de 1950-1971:

— Precios: Calculados como promedio ponderado según el PIB para los siguientes países: Australia, Bélgica, Holanda, Portugal, España, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Suiza, Francia, Noruega, Suecia, Alemania, Grecia, Italia, Japón, Reino Unido y Estados Unidos. Las ponderaciones del PIB, los índices de precios y los tipos de cambio

versus dólares estadounidenses se obtuvieron en la base de datos de Bordo-Schwartz; véase Bordo y Schwartz (1996).

— PIB nominal: la misma fuente de los precios.
— Oferta monetaria, M2: la misma fuente de los precios.
— Reservas internacionales: Fuente: suplemento del *International Financial Statistics* (1972).
— Reservas de oro del banco central: suplemento del *International Financial Statistics* (1972).
— Dinero de alto poder: suplemento del *International Financial Statistics* (1972)
— Cuota del FMI: suplemento del *International Financial Statistics* (1972).
— DEG (sólo 1970-1971): suplemento del *International Financial Statistics* (1972).
— Producción de oro: producción mundial de oro. Fuente: *U.S. Gold Commission Report* (1982).
— Existencias de oro monetario: la misma fuente de la producción de oro.
— Existencias de oro no monetario: la misma fuente de la producción de oro. Tasa de interés: tasa de interés a corto plazo en los Estados Unidos (a 3 meses).

• Tasas de interés supuestas en el período de simulación:

— PIB real: 4,4%. Fuente: Bordo y Schwartz (1996).
— Velocidad: 0,3% ibídem.
— Productividad: 2,2%. Fuente: Kendrick (1973) Cuadro 3-3.

2. Fuentes de datos para las regresiones en el control de capital

Los datos sobre las restricciones a la cuenta corriente y a la cuenta de capital, las prácticas de moneda múltiple y las medidas relativas a los tipos de cambio provienen de elaboraciones basadas en análisis detallados basados en el *Informe anual sobre medidas relativas al tipo de cambio y restricciones cambiarias*, del FMI varias ediciones. Las restricciones a la cuenta de capital se definen como “restricciones de pago en transacciones de capital”. Las restricciones a las cuentas corrientes se definen como “restricciones de pago para transacciones corrientes”. Las prácticas de moneda múltiple se definen como “tipo(s) de cambio separado(s) para to-

das o algunas de las transacciones de capital y/o todos o algunos del comercio invisible".

Los datos relativos a la tasa de inflación, a las tasas de interés nominal sobre la deuda pública, la razón déficit en cuenta corriente/ PIB, las exportaciones anuales calculadas en dólares estadounidenses, y la razón déficit presupuestario del Gobierno/PIB se obtuvieron en *Estadísticas financieras internacionales*, del FMI, varias ediciones; y de fuentes nacionales. La tasa de inflación es la tasa anual de variación en el Índice de Precios al Consumidor. La tasa de interés real *ex post* sobre la deuda pública corresponde a la tasa nominal menos la inflación real.

Los datos sobre la tasa de crecimiento del PIB real per cápita, la razón consumo público/PIB, la razón inversión/PIB, y la razón suma de importaciones y exportaciones/PIB se obtuvieron de Summers y Heston (1991); y en PWT 5.5 actualización.

El índice de independencia legal del banco central y el promedio anual de rotación de presidentes del banco central aparecen en Cukierman y otros (1992). Los valores superiores del índice de independencia del banco central corresponden a más independencia.

Las variables dummy que indican que en el poder se encuentra un gobierno de coalición, un gobierno de mayoría, un gobierno de centro-izquierda, y un gobierno no democrático provienen de estudios sobre bancos centrales, varias ediciones.

Los datos sobre la cantidad de cambios de gobierno entre 1950 y 1982 aparecen en Taylor y Jodice (1983).

BIBLIOGRAFÍA

Alesina, Alberto; Grilli, Vittorio; y Milesi-Ferretti, Gian Maria. "The Political Economy of Capital Controls". En Leonardo Leiderman y Assaf Razin (ed.). *Capital Mobility: The Impact on Consumption Investment and Growth.* Cambridge: Cambridge University Press, 1994: pp. 289-321.

Balogh, Thomas. "The United States and the World Economy". En *Bulletin of the Oxford Institute of Statistics*, 8 (1946) pp. 309-323.

Barro, Robert. "Money and the Price Level Under the Gold Standard". *Economic Journal*, 89 (marzo 1979), pp. 13-33.

Bayoumi, Tamin; y Eichengreen, Barry. "The Gold Standard and the Evolution of the International Monetary System". En Tamim Bayoumi, Barry Eichengreen y Mark Taylor (ed.), *Modern Perspectives on the Classical Gold Standard.* Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Bernanke, Benjamin. "The Macroeconomics of the Great Depression; A Comparative Approach". *Journal of Money Credit and Banking*, 27, 1 (1995), pp. 1-28.

Bloomfield, Arthur I. *Monetary Policy Under the International Gold Standard*. Nueva York: Federal Reserve Bank of New York, 1959.

Bordo, Michael D. "The Gold Standard: The Traditional Approach". En Michael D. Bordo y Schwartz, Anna J. (ed.), *A Retrospective on the Classical Gold Standard 1821-1931*. Chicago: University of Chicago Press, 1984, pp. 23-120.

————; Choudhri, Ehsan; y Schwartz, Anna J. "Could Stable Money Have Averted the Great Depression". *Economy Inquiry*, 33 (3) (julio 1995), pp. 484-505.

————; y Eichengreen, Barry. "Implications of the Great Depression for the International Monetary System". NBER Working Paper No. 5883. Enero 1997.

————; y Ellson, Richard. "A Model of the Classical Gold Standard with Depletion". *Journal of Monetary Economic*s, 16 (1985), pp. 109-120.

————; y Jonung, Lars. *The Long-Run Behavior of the Velocity of Circulation: The International Evidence.* Cambridge University Press, 1987.

————; "The Long-Run Behaviour of Velocity: The Institutional Approach". *Journal of Policy Modelling* 12 (2) (1990), pp. 165-797.

————; y Kydland, Finn. "The Gold Standard as a Rule: An Essay in Explorations". *Explorations in Economic History*, 32 (4) (octubre 1995), pp. 423-464.

————; y Schwartz, Anna J. "Operation of the Specie Standard: Evidence for Core and Peripheral Countries 1880-1990". En Barry Eichengreen y Jorge Macedo (ed.), *Historical Perspectives on the Gold Standard; Portugal and the World*. Routledge, 1996, pp. 11-83.

Choudhri, Ehsan; y Levis, Kochin. "The Exchange Rate and the International Transmission of Business Cycle Disturbances: Some Evidence from the Great Depression". *Journal of Money Credit and Banking* 12 (1980), pp. 65-74.

Clarke, S.V.O. *Central Bank Cooperation 1924-31*. Nueva York: Federal Reserve Bank of New York, 1967.

Cukierman, Alex y otros. "Measuring the Independence of Central Banks and Its Effect on Policy Outcomes". *World Bank Economic Review*, 6 (septiembre 1992), pp. 353-398.

Eichengreen, Barry. "The Gold Exchange Standard and the Great Depression". En *Elusive Stability: Essays in the History of International Finance 1919-1939*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990: 239-270. Nueva York: Oxford University Press, 1992.

————. *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression 1919-1939.* Nueva York: Oxford University Press, 1992.

————. "Central Bank Cooperation and Exchange Rate Commitments: The Classical and Interwar Gold Standards Compared". *Financial History Review*, Vol. 2. Pt. 2 (octubre 1995), pp. 99-117.

Field, Alexander J. "A New Interpretation of the Onset of the Great Depression". *Journal of Economic History*, 44 (1984), pp. 489-498.

Friedman, Milton; y Schwartz, Anna J. *A Monetary History of the United States 1867-1960.* Princeton: Princeton University Press, 1963.

Fondo Monetario Internacional (FMI). *Annual Report on Exchange Arrangements and Exchange Restrictions*. Varias ediciones.

————. *International Financial Statistics (1972).* Suplemento.

Grilli, Vittorio; y Milesi-Ferretti, Gian Maria. "Economic Effects and Structural Determinants of Capital Controls". *IMF Staff Papers*, 42 (1995), pp. 517-551.

Hamilton, James. "Monetary Factors in the Great Depression". *Journal of Monetary Economics*, 13 (1987), pp. 145-69.

Kendrick, John W. *Productivity Trends in the United States*. Princeton University Press, 1961.

————. *Postwar Productivity Trends in the United States 1948-1969*. Nueva York: Columbia University Press, 1973.

Kenen, Peter. "International Liquidity and the Balance of Payments of a Reserve Currency Country". *Quarterly Journal of Economics*, 94 (noviembre 1960), pp. 572-586.

Kenen, Peter. "Reserve Asset Preferences of Central Banks and Stability of the Gold-Exchange Standard". Princeton, *Princeton Studies in International Finance* Nº 10, 1963.

Kouri, Pentti J. K.; y Porter, Michael G. "International Capital Flows and Portfolio Equilibrium". *Journal of Political Economy* 82 (1974), pp. 443-67.

Kwiecinska-Kalita, Halina. "Monetary Independence Under a Fixed Exchange Rate: The Interwar Experience 1925:5 - 1931:4". Tesis doctoral no publicada. University of Toronto, 1996.

Laidler, David. *The Golden Age of The Quantity Theory*. Princeton: Princeton University Press, 1994.

Liga de las Naciones. *First Interim Report of the Gold Delegation*. Ginebra: 1930.

————. *Report of the Gold Delegation.* Ginebra, 1931.

————. *Bulletin of Monthly Statistics*. Ginebra. Varias ediciones.

————. *Statistical Yearbook.* Ginebra. Varias ediciones.

McCallum, Bennett. "Could a Monetary Base Rule Have Prevented the Great Depression?" *Journal of Monetary Economics*, 26, Nº 1 (1990), pp. 3-26.

MacDougall, Sir Donald. *The World Dollar Problem*. Nueva York: St. Martin's Press, 1957.

McKinnon, Ronald. *Money in International Exchange: The Convertible Currency System*. Nueva York: Oxford, 1979.

Meltzer, Allan. "Why Did Monetary Policy Fail in the Thirties?" *Mimeo*. Carnegie Mellon University, 1995.

————. "U.S. Policy in the Bretton Woods Era". *Federal Reserve Bank of St. Louis Review*, 73 (mayo/junio, 1991), pp. 54-83.

Mouré, Kenneth. *Managing the Franc Poincaré: Economic Understanding and Political Constraint in French Monetary Policy 1928-1936.* Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

Mundell, Robert. *Monetary Theory*. Goodyear Publishers, 1970.

Obstfeld, Maurice. "Can We Sterilize? Theory and Evidence". *American Economic Review*, 72 (1982), pp. 45-50.

Nurkse, Ragnar. *International Currency Experience*, Ginebra: Liga de las Naciones, 1944.

Pasula, Kit. "Sterilization, Ricardian Equivalence and Structural and Reduced Form Estimation of the Offset Coefficient". *Journal of Macroeconomics* 16, 4 (1994), pp. 663-699.

————. "Monetary Independence Under Bretton Woods: Perspectives from a Stochastic Maximizing Model". *Canadian Journal of Economics*, 1996 (por aparecer).

Rockoff, Hugh. "Some Evidence on the Real Price of Gold Its Costs of Production and Commodity Prices". En Michael D. Bordo y Schwartz, Anna J. (ed.), *A Retrospective on the Classical Gold Standard 1821-1931*. Chicago: University of Chicago Press (1984), pp. 613-650.

Romer, Christina. "What Ended the Great Depression?" *Journal of Economic History*, 52 (1993), pp. 757-784.

Rosenbaum, Paul; y Rubin, Donald. "Reducing Bias in Observational Studies Using Subclassification of the Propensity Score". *Journal of the American Statistical Association*, 79 (septiembre 1984), pp. 16-524.

Summers, Robert; y Heston, Alan. "The Penn World Table (mark 5): An Expanded Set of International Comparisons 1950-1988". *Quarterly Journal of Economics*, 106 (mayo 1991), pp. 327-368.

Taylor, Charles Lewis; y Jodice, David A. *World Handbook of Political and Social Indicators*, tercera edición. New Haven: Yale University Press, 1983.

Temin, Peter. *Lessons from the Great Depression*. Cambridge Mass.: MIT Press, 1989.

Triffin, Robert. "National Central Banking and the International Economy". *Postwar Economic Studies*, 7 (1947), pp. 46-81.

United States Gold Commission Report. Washington D.C.: GPO, 1982.

Wheelock, David. *The Strategy and Consistency of Federal Reserve Monetary Policies 1924-1931*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Williams, John H. *Economic Stability in the Modern World*. Londres: Athlone Press, 1952. □

LA LEY ELECTORAL DE 1890 Y LA DEMOCRATIZACIÓN DEL RÉGIMEN POLÍTICO CHILENO*

J. Samuel Valenzuela

Cuando las democracias surgen a partir de reformas graduales de un marco legal predemocrático, no es siempre fácil determinar el momento preciso en el cual comienzan. Sin embargo, el estudio de la democratización requiere identificar la o las reformas fundamentales que generan el cambio cualitativo que significa una transición política desde un régimen autoritario. Éste es un problema que se presenta frecuentemente en el análisis de las democratizaciones graduales de

J. SAMUEL VALENZUELA. Ph. D. Universidad de Columbia. Profesor del Departamento de Sociología en la Universidad de Notre Dame. Ha sido profesor en las universidades de Harvard y Yale, Senior Associate Fellow en St. Antony's College, de la Universidad de Oxford, y profesor visitante en el Instituto de Estudios Políticos de París. Autor de numerosas publicaciones, entre ellas, *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: IDES, 1986). Su libro (con Érika Maza) *Religion, Class and Gender: Constructing Electoral Institutions and Party Politics in Chile* será publicado próximamente por Notre Dame University Press. De sus últimos trabajos publicados en *Estudios Públicos* cabe mencionar "Hacia la formación de instituciones democráticas: Prácticas electorales en Chile durante el S. XIX", "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile" y "De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile" (Timothy R. Scully, CSC, coautor), en los números 66, 58 y 51, respectivamente.

*Agradezco a la John Simon Guggenheim Foundation por su apoyo financiero durante la preparación de este artículo, y a Érika Maza Valenzuela por su ayuda y sugerencias. Mi reconocimiento también a Alan Angell por auspiciar mi acogida en St. Antony's College, Oxford University, en cuyo cálido marco de estímulo intelectual escribí este artículo.

los regímenes autoritarios decimonónicos que tenían marcos constitucionales con muchos elementos que se identifican con las democracias.

Este artículo sostiene que la ley electoral de agosto de 1890 permitió que comenzara a funcionar una democracia en Chile (aunque de sufragio incompleto). La Constitución de 1833 contenía ya los lineamientos básicos de una democracia, pero el régimen era en el fondo autoritario porque triunfaban en las elecciones quienes gozaban de apoyo oficial. De modo que es a partir de las elecciones parlamentarias de 1894 que comienza a operar una competencia real entre partidos creados libremente por los votos de la ciudadanía, competencia convertida desde entonces en el único medio para llegar al poder gubernamental y legislativo. Los cambios establecidos en la ley de 1890 fueron diseñados para acabar con la intervención oficial, e incluyeron la institución de la cámara secreta para hacer efectivo el secreto del voto.

Muchos observadores y analistas han indicado que las elecciones chilenas posteriores a 1890 tenían numerosas irregularidades, con lo cual el régimen de la época no podría ser calificado de democrático. El artículo se detiene en estas argumentaciones y sostiene que las deficiencias no eran ni tan graves ni tan generalizadas como se ha supuesto.

¿Desde cuándo contó Chile con los elementos mínimos fundamentales para tener un régimen democrático de gobierno? Si se define la democracia como un sistema en el cual existen las libertades de expresión y de asociación con fines políticos, un marco constitucional que crea poderes legislativos y judiciales relativamente independientes del Ejecutivo, y la renovación de quienes constituyen los gobiernos y las legislaturas a través de elecciones periódicas con un sufragio amplio y secreto —teniendo dichas autoridades todas las atribuciones necesarias para gobernar y legislar—, no cabe duda que muchos de estos elementos estaban instituidos en Chile desde el último cuarto del siglo XIX. El ideario republicano de la independencia produjo, después de algunos ensayos fallidos durante la década de 1820, la Constitución de 1833, la cual contenía el esbozo básico de un régimen democrático. Las libertades cívicas y políticas se afianzaron después de sufrir algunos reveses durante la década de 1850, y hacia fines del siglo, junto con la libertad de culto que comenzó a expandirse en 1865, eran ya incuestionables. Las autoridades de gobierno y los legisladores, renovados sin falta a través de elecciones (exceptuada la presidencial de 1891) en las que podían sufragar los hombres que supieran leer y escribir

desde 1874, tenían efectivamente los resortes del poder en sus manos, ya que no debían responder de sus acciones ante un monarca, jefes militares que amenazasen con golpes de Estado o asonadas, o altos funcionarios de un Estado impermeable a su acción. Había un poder judicial relativamente independiente, y los ciudadanos podían recurrir a él para hacer valer sus derechos, para lo cual podían ceñirse a una abundante legislación civil, comercial y penal. Sin embargo, lo que no permite decir que Chile tenía un régimen democrático antes de la última década del siglo decimonónico son las prácticas electorales, ya que no consagraban la libertad electoral necesaria.

Numerosos autores objetarían, además, el hecho de que el electorado chileno de la época era demasiado pequeño —los inscritos nunca fueron más que un 7% de la población total— para que pudiera haber una democracia[1]. Sin embargo, la teoría democrática no ofrece una indicación clara respecto de cuán extenso debe ser el sufragio antes que pueda hablarse de la presencia de un régimen democrático. Schumpeter, quien elaboró la primera definición centrada en los atributos mínimos de la democracia[2], ni siquiera se planteó el problema. Siguiendo su indicación, la República Sudafricana bajo el apartheid podría ser un caso de democracia. La posición extrema contraria, es decir, que sólo hay democracia si todos los mayores de dieciocho años votan, significaría que sólo podría hablarse de la existencia de democracias en un período reciente[3]. Sin embargo, no es evidente que la o las últimas extensiones del sufragio hayan ocasionado en muchos casos un cambio tan fundamental en el sistema político como para que pueda decirse que inauguraron por primera vez, como resultado, regímenes democráticos. Los actores políticos y el público informado deben percibir claramente que se ha producido una alteración sustancial en la forma en que funciona el régimen para que pueda decirse que una reforma electoral (o de cualquier otro tipo) ocasiona el tránsito a la democracia.

En un trabajo anterior, argumenté que podía haber un régimen democrático con un sufragio menos que universal siempre y cuando la población electoral fuera lo suficientemente heterogénea como para que pudieran presentarse a la competencia electoral, con cierto éxito, partidos políticos que representen los puntos de vista de cada segmento de opinión en que se divide la población de un país[4]. Aunque fue sólo en 1970 que una reforma

[1] Ésta es, por ejemplo, la posición asumida en Dietrich Rueschemeyer, Evelyne Huber Stephens y John Stephens (1992).

[2] Joseph Schumpeter (1962), p. 269.

[3] Es la posición de Göran Therborn (1977). Así, no hubo democracia en Suiza, por ejemplo, hasta 1971, dado que antes no podían votar las mujeres.

[4] J. Samuel Valenzuela (1985), Cap. 1.

constitucional les dio el sufragio a los analfabetos en Chile, ya a mediados del siglo XIX el electorado era suficientemente heterogéneo como para que pudieran surgir partidos obreros —que son los últimos en aparecer como consecuencia de la ampliación de la participación política que acompaña las democratizaciones decimonónicas. Aunque el sufragio era supuestamente censitario en Chile dada la Constitución de 1833, los niveles de ingreso requeridos eran tan bajos que no impedían la inscripción electoral de los sectores populares[5]. De hecho, los artesanos constituían un quinto del electorado antes de que los requisitos censitarios se eliminasen en 1874[6]. En 1887 nació el primer partido obrero importante, el Partido Demócrata, estrechamente vinculado a muchas de las asociaciones mutuales y sindicatos emergentes de la época. En consecuencia, el tamaño del electorado no era un impedimento para la constitución de un sistema de partidos abierto a todos los segmentos políticamente significativos de la sociedad chilena. Sin embargo, como persistían exclusiones del electorado, sobre todo de las mujeres (quienes de haber votado habrían cambiado el equilibrio de fuerzas políticas produciendo la elección de quién sabe cuántos candidatos que fueron derrotados, incluidos varios presidenciales), con un electorado como el chileno sólo puede hablarse de la creación de una *democracia de sufragio incompleto*[7]. Una democracia sin este calificativo sólo puede surgir con el sufragio femenino.

Si bien una democracia de sufragio incompleto era posible en el Chile decimonónico dada la heterogeneidad del electorado, las prácticas electorales desvirtuaban el resultado de las elecciones de tal manera que el régimen era, en el fondo, autoritario. Los gobiernos confeccionaban listas oficiales de candidatos, las que hacían triunfar en las urnas en una mayoría de las circunscripciones. Ello era posible, en parte, porque la forma en que se realizaban las elecciones, o lo que podemos llamar la coreografía de la votación, no garantizaba plenamente el acceso de los electores a las urnas, ni el secreto de su voto a pesar de que se votaba depositando un papel doblado en una urna.

Este artículo sostiene que la ley electoral del 21 de agosto de 1890 tuvo la trascendental importancia de contribuir a reformular las prácticas electorales de la época, de tal manera que puede decirse que a partir de entonces el régimen político chileno pasó a cumplir con las exigencias

[5] Para un análisis detallado del sistema electoral chileno y de las formas de participación política en el siglo XIX, véase J. Samuel Valenzuela (1997), pp. 215-257.

[6] Valenzuela (1985), p. 118.

[7] Desarrollo este concepto en mi *Democratización vía reforma* (1985), p. 29 y siguientes.

mínimas de una democracia de sufragio incompleto. El sistema electoral que fue creado sobre la base de la ley de 1890 permitió que la competencia entre los partidos por los votos de la ciudadanía (masculina y alfabeta) se convirtiese en el único mecanismo importante para llegar al poder, con lo cual se democratizó el último aspecto fundamental que faltaba para que el régimen chileno cumpliese con dichos requisitos mínimos. Con anterioridad el mecanismo más importante para llegar al poder no era, en el fondo, el juicio de la ciudadanía expresado en las urnas, sino el apoyo del Presidente de la República o del Ministro del Interior para ser incluido en las listas oficiales de candidatos.

Si hubo un cambio de tal importancia en el sistema electoral que permitió inaugurar un régimen democrático, esto debió —siguiendo el criterio indicado arriba— ser percibido por los observadores de la época. No cuesta encontrar testimonios que lo prueben. Antes de 1890 los actores políticos tenían plena conciencia que las prácticas electorales estaban reñidas con la democracia. El Presidente liberal Domingo Santa María (1881-1886) las justificaba diciendo que la "ciudadanía tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos. [...] Entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante, y yo no me suicidaré por una quimera. [...] Se me ha llamado interventor. Lo soy. Pertenezco a la vieja escuela y si participo de la intervención es porque quiero un parlamento eficiente, disciplinado, que colabore con los afanes de bien público del gobierno. Veo bien y me impondré para gobernar con lo mejor y apoyaré cuanta ley liberal se presente para preparar el terreno de una futura democracia. Oiga bien: futura democracia"[8]. El cambio posterior a 1890 puede constatarse en el siguiente comentario hecho en 1904 por el entonces ex parlamentario Julio Zegers, también del Partido Liberal: "la verdadera causa de la diferencia entre los antiguos y los nuevos gobiernos está en que la intervención oficial, inspirada en elevados propósitos políticos, favorecía la elección de ciudadanos honestos, dignos y patriotas, y en que la elección libre de nuestros días, maleada por el mercado de votos, es inescrupulosa en sus designaciones"[9]. Las observaciones de Zegers tuvieron la intención de descalificar a quienes fueron elegidos a partir de 1894, pero dan cuenta de la transformación que ocurrió en el sistema electoral. La acidez de su observación se debió probablemente al hecho que Zegers fue una de las víctimas del cambio; después de 1894 no figuró más en el Congreso, lo

[8] Citado por Mario Góngora (1981), p. 22.
[9] Citado por Mario Góngora (1981), p. 31.

cual seguramente habría logrado sin problemas de haber continuado el sistema de las listas oficiales.

La ley electoral de 1890 fue despachada al producirse una coalición de casi todos los partidos del momento en contra del Presidente José Manuel Balmaceda. Esta coalición temía que el Presidente iba a seleccionar a su sucesor, tal como había sucedido sin falla antes, imponiéndolo mediante los resortes de la intervención electoral, y que las candidaturas oficiales también recompondrían las mayorías en la Cámara Baja y en las municipalidades. Por lo tanto, los legisladores aprovecharon la inusitada gran mayoría que tenían tanto en el Senado como en la Cámara para tratar de cambiar el sistema electoral con el fin de impedir que Balmaceda pudiese elegir a quienes seleccionase. Los debates parlamentarios dejan en claro que los legisladores del momento no tenían ni siquiera un presagio de que el conflicto que los oponía al Presidente desembocaría en la Guerra Civil de 1891, en la cual las fuerzas de éste serían derrotadas. Así, la reforma de la ley electoral fue vista en su momento como el único medio para impedir que Balmaceda impusiese sus opciones, y por ello la ley fue ideada para asegurar que cada candidatura tuviera un máximo de garantías de ecuanimidad en los procedimientos electorales. La nueva ley recreó también la coreografía de la votación dándole a cada elector la posibilidad de acceder a la mesa receptora sin impedimentos y estableciendo procedimientos para resguardar el secreto de su voto.

Los historiadores han indicado que el término de la intervención presidencial en las elecciones fue una consecuencia de la derrota presidencial en la guerra civil[10]. No cabe duda que ello influyó, especialmente porque la coalición de partidos que triunfó se consolidó en torno al rechazo de la intervención oficial. Sin embargo, esta interpretación es inadecuada si además no se toma en cuenta el impacto, en el cual los historiadores no se han detenido, que tuvo la normativa electoral de 1890. Los compromisos asumidos en un momento extraordinario por coaliciones entre partidos disímiles son pasajeros, en cambio lo consagrado en la legislación no puede ignorarse en las décadas posteriores. Dada la ley de 1890, hubiera sido difícil repetir las prácticas de intervención gubernamental en las elecciones sin caer en exacciones burdas que la oposición se habría encargado de denunciar en tonos subidos en la prensa, el parlamento y las cortes. En todo caso, ello no sucedió. La nueva legislación fue un éxito, ya que se instituyó rápidamente durante la década de 1890 la prescindencia electoral del Ministerio del Interior. Así, al presentar Manuel Recabarren el programa de su

[10] Véase, por ejemplo, Alberto Edwards Vives (1949), p. 100.

coalición de gobierno radical-liberal ante el congreso el día después de haber asumido como Ministro del Interior en 1895, dijo que "no promoverá el Ministerio cuestiones doctrinales [...]. Menos aún tomará parte directa ni indirecta en asuntos electorales. El Gabinete, en esta materia, no reconoce amigos ni adversarios; se considerará fuera de las agrupaciones políticas y sus intereses, con el patriótico fin de afirmar y consolidar la libertad y verdad del sufragio y la espontánea manifestación de la voluntad nacional"[11]. Estas palabras fueron importantes ya que en esos momentos se preparaba la campaña presidencial de 1896, la primera en realizarse bajo la legislación electoral de 1890.

Ya en 1894 se había efectuado la primera elección parlamentaria bajo la nueva legislación electoral. En ésta tampoco hubo intervención oficial, y los resultados fueron dramáticamente diferentes a los de las décadas anteriores. Los conservadores, quienes nunca habían tenido una representación en el Congreso conforme a sus fuerzas electorales, obtuvieron la primera mayoría relativa eligiendo a 30 diputados y 11 senadores. Y la gran sorpresa de ese año fue la fuerza electoral que mostraron tener los partidarios del legado político del malogrado Presidente Balmaceda, agrupados en un nuevo partido, el Liberal Democrático. Lograron la segunda mayoría relativa eligiendo a 26 diputados y 6 senadores[12].

No se pueden discutir los cambios introducidos por la ley electoral de 1890 sin reseñar brevemente cuáles eran las características previas del sistema electoral. Pero antes, como existe cierta confusión en la literatura respecto de cuándo se hizo extensivo formalmente el voto a distintos sectores de la población, conviene aclarar este punto. La Constitución de 1822 les dio el voto a todos los hombres chilenos mayores de veinticinco años, pero lo limitó a quienes supieran leer y escribir a partir de 1833. La Constitución de 1823 estableció un principio censitario además de la exigencia de saber leer y escribir. La Constitución de 1833 retuvo el sufragio censitario, pero pospuso la obligación de saber leer y escribir hasta 1840. Cumplido ese plazo, una ley de 1842 permitió que todos los que ya hubiesen estado inscritos continuasen votando sin que se les exigiese ser alfabetos. La Constitución de 1833 también permitió que votasen los hombres casados a partir de los 21 años, dejando el mínimo de 25 para los solteros. El voto se extendió a los hombres que supiesen leer y escribir sin consideraciones de profesión, ingreso o propiedad en 1874, conservándose los mismos límites de edad. Los solteros entre 21 y 25 años de edad accedieron al voto a través

[11] Citado en Fernando Pinto Lagarrigue (1991), p. 92.

[12] Pinto Lagarrigue (1991), p. 89, da el desglose de la representación parlamentaria obtenida por conservadores y liberal democráticos en 1894.

de una enmienda constitucional en 1888, enmienda que llevó a la necesidad de poner en la tabla legislativa, por iniciativa presidencial, una revisión de la ley electoral cuyo producto fue la ley de 1890 que se analiza aquí. El primer texto legal en permitir el voto femenino (y de hombres extranjeros) data de 1931, aunque nunca se aplicó; éste confería el derecho a participar en las elecciones municipales a las mujeres alfabetas mayores de 25 años que fueran propietarias y/o profesionales. El sufragio se extendió por ley en 1934 a todas las mujeres alfabetas y a los residentes legales extranjeros (hombres y mujeres con más de cinco años de permanencia en Chile) para las elecciones municipales. La ley del sufragio femenino en igualdad de condiciones que los hombres fue promulgada en enero de 1949. Los ciegos recién adquirieron los elementos necesarios para votar en 1969. Los analfabetos y toda la población entre los 18 y 21 años obtuvieron el voto por una reforma constitucional de enero de 1970, aunque la ley que reglamentó los mecanismos para que el voto analfabeto se hiciera efectivo data de 1972. Finalmente, los extranjeros con más de cinco años de residencia legal adquirieron el derecho a votar en todas las elecciones en 1987. Como se ve, ésta es una historia de reformas parciales de ampliación del sufragio, aunque al final el derecho al voto en Chile termina siendo más extenso que en la mayoría de los países dado el voto concedido a los extranjeros.

El sistema electoral previo a 1890

Si bien existía el sufragio censitario antes de 1874, no es cierto que solamente los hombres pudientes votasen. La ley de 1834 que especificó el requisito censitario de la Constitución estableció niveles de ingreso bajos, y éstos no variaron posteriormente. La intención de los gobiernos de la época fue permitir el voto de los Guardias Nacionales, quienes eran en su mayoría artesanos, pequeños propietarios u hombres de condición modesta.

El sistema electoral chileno siempre exigió una "calificación" o inscripción previa en el registro electoral de quienes votasen. No había obligación de votar ni de inscribirse. La inscripción debía hacerse en el plazo de diez días a comienzos del mes de noviembre anterior a cada año electoral (salvo en el período entre 1861 y 1869, en que el registro se hizo "permanente"). Como las elecciones parlamentarias y municipales se hacían cada tres años y las presidenciales cada cinco, los años de elecciones se sucedían rápidamente, siendo el plazo mayor entre ellos de tres años. Cada elector que se inscribía recibía una boleta de calificación que llevaba su nombre y su número de registro en el libro de inscripción. Las juntas de calificación

que extendían las boletas, y cuyos vocales las firmaban para establecer su autenticidad, eran nombradas por la autoridad municipal hasta 1874, después de lo cual se compusieron de personas cuyos nombres se tomaban al azar de la lista de los cuarenta mayores contribuyentes de las localidades respectivas.

Las listas oficiales de candidatos triunfaban en la mayoría de las elecciones porque el gobierno podía, entre otros recursos, controlar el voto de los empleados públicos y de los Guardias Nacionales. Si bien el voto fue secreto en Chile desde las primeras leyes electorales[13], dicho secreto estaba mal protegido. Se votaba con papeletas dobladas a fin de no revelar su contenido, las que se depositaban en urnas selladas, pero los agentes electorales de las candidaturas podían distinguir generalmente si los electores cumplían con votar como se les había indicado. Los votos debían estar en papel blanco, pero sus variaciones, los dobleces, o las marcas ilegales que a veces se les agregaban permitían usualmente discernir por quién o quiénes votaba cada elector.

Aunque era casi imposible triunfar oponiéndose a las listas oficiales, ello sucedía regularmente en algunos lugares en las elecciones parlamentarias y municipales. Desde 1841 hubo además candidatos presidenciales alternativos al oficial, aunque ninguno estuvo ni cerca de triunfar y varios se retiraron antes de la votación.

Los partidos políticos que caracterizarían el primer sistema de partidos en Chile, es decir, el Conservador, el Liberal, el Nacional y el Radical, comenzaron a organizarse para movilizar a sus electores y grupos de apoyo en las localidades de norte a sur del país prácticamente desde sus comienzos, a pesar de la falta de ecuanimidad del sistema electoral. Con ello comenzaron a enraizarse las identidades políticas, incluso entre quienes no votaban. Dada la importancia del voto de las Guardias Nacionales y del gran número de artesanos enrolados en ellas, las oposiciones trataron de captar las simpatías de este sector de la población, con lo cual la politización electoral de los grupos de trabajadores urbanos tiene raíces tempranas en el país.

Las elecciones se realizaban al aire libre, en plazas o calles anchas, hasta 1874, después de lo cual se instalaron las mesas receptoras en edificios públicos e incluso en casas particulares. Los electores debían acercarse a la mesa con sus votos ya escritos o marcados. Ello no era siempre fácil dada la aglomeración de gente frente a las mesas, aglomeración que era muchas veces intencional, ya que formaba parte del arsenal de tácticas

[13] Véase Juan B. Hernández E. (1921).

desleales para impedir el voto de uno u otro bando. Después de presentar su boleta de calificación para ser cotejada con el registro, el elector era autorizado para entregarle su voto doblado al presidente de la mesa. Éste lo depositaba en la urna a la vista de todos, luego de asegurarse que hubiera una sola papeleta. Naturalmente, este paso facilitaba la inspección de la parte exterior del voto por parte de los agentes de las candidaturas, incluso tal vez con la complicidad del propio presidente de la mesa.

Sin embargo, el control sobre el voto de los electores cautivos no era tan seguro que el gobierno y los opositores no recurriesen, ya en la década de 1850, a la compra de votos en aquellos lugares, generalmente en las ciudades más grandes, donde se presentaron candidaturas alternativas. Como los jefes de las oficinas públicas, de talleres y otros, pero en especial los comandantes de las Guardias Nacionales, coleccionaban normalmente las boletas de calificación de sus subordinados (muchas de las cuales pasaban a manos de intendentes e incluso ministros del Interior), era posible suplantar a electores con otras personas, a algunas de las cuales se les pagaba. Facilitaba esta práctica el hecho de que las boletas no llevaban la firma de sus titulares. Era incluso posible hacer votar a los mismos electores falsos en varias mesas en distintos lugares recurriendo a las calificaciones acumuladas de antemano. Algunos electores calificados se reservaban sus boletas para luego poder venderlas.

Las campañas electorales incluían ya desde los años 1840 la publicación de boletines de propaganda y de proclama. A su vez, aparecían diarios para apoyar las candidaturas, especialmente las presidenciales, y la prensa más establecida se abanderizaba. Algunas de las publicaciones efímeras eran dirigidas explícitamente al artesanado. También surgían clubes políticos, en los que a la vez participaban artesanos, para sustentar las candidaturas. La organización de las campañas debía estar en pie con la antelación necesaria para poder inscribir a los partidarios y conseguir el arsenal necesario de boletas de calificación.

Las votaciones se realizaban durante dos días seguidos, de seis horas cada uno. Los votos se contaban al finalizar el primer día, produciendo un resultado parcial. En las elecciones legislativas y las de electores de Presidente, las urnas, nuevamente selladas con los votos después de ser contados, debían llevarse a las capitales de departamento o de provincia desde los centros urbanos menores, lo cual producía a veces largas y ceremoniosas cabalgatas de quienes las acompañaban y vigilaban. Las elecciones no concernían solamente a quienes votaban; la participación popular en ellas era mucho mayor, e incluía a mujeres y a niños.

Se empleó el sistema de lista completa hasta 1874, después de lo cual se adoptó el voto acumulativo para las elecciones de diputados, y el de lista incompleta (quedando un tercio de la representación para la lista con la segunda mayoría) para las elecciones municipales. Las elecciones de electores de Presidente siguieron realizándose con el sistema de lista completa.

En suma, hacia fines del siglo diecinueve Chile contaba ya con una larga trayectoria electoral. La legitimidad del gobierno y cierta institucionalidad estatal se ligó a formulaciones democráticas, a pesar de que no hubo en los hechos elecciones democráticas. El desfase entre los presupuestos democráticos y las prácticas constituyó uno de los puntales básicos al cual recurrían todos los opositores en sus cuestionamientos del poder gubernamental tanto a nivel nacional como local.

Las innovaciones de la ley electoral de 1890

Los cambios introducidos por la legislación electoral de agosto de 1890 se refieren a la forma en que votaban los ciudadanos, al modo de hacer el recuento de los votos y al sistema para determinar quienes ganaban la elección[14].

Hubo otros cambios menores. La ley eliminó las boletas de calificación que se habían prestado para las suplantaciones sistemáticas de electores. La ley también especificó que el nuevo registro de los electores que se hiciese bajo sus términos duraría no sólo tres años, sino hasta que una nueva ley los declarase caducos (Art. 10). Ello ocurrió en 1912, año en el cual el número de inscritos incluía a muchos fallecidos. Como los electores ya habían perdido la costumbre de reinscribirse antes de cada año electoral, y muchos tal vez ni se enteraron que se les exigía volver a apuntarse en los registros, el número de inscritos y de electores decayó posteriormente. Cabe agregar que se mantuvo el uso de los mayores contribuyentes como fuente para designar a las personas que debían constituir las diversas juntas electorales, debiendo recaer los nombramientos en quienes más pagaban.

La nueva coreografía de la votación

Los legisladores hicieron un gran esfuerzo por asegurar el secreto del voto, así como un mayor orden en la forma de votar. Para ello la ley se

[14] El texto de la ley puede consultarse en Ricardo Anguita (1912), Tomo III, pp. 120-138. Todas las citas en este artículo conservan la ortografía original.

acompañó de un diseño de dónde debían esperar los sufragantes antes de pasar a votar, cómo debía ubicarse la mesa receptora de sufragios, y —gran innovación— cómo debían construirse y emplazarse unos llamados "pupitres aislados" en los cuales los electores debían —nueva gran innovación— poner sus papeletas de voto en un sobre timbrado por las autoridades antes de depositarlo en la urna. El proyecto de ley preparado por el gobierno de Balmaceda no incluía estos cambios, dejando en pie la coreografía anterior. Las innovaciones en esta materia fueron fraguadas en el Congreso. Formaron parte del intento, como dijo el senador conservador Manuel José Irarrázabal, uno de los principales impulsores de la reforma, de producir "una lei electoral, que dé garantías de verdadera seriedad i libertad de sufragio"[15].

Los electores inscritos en una misma sección del registro, cuyo número máximo debía ser 150, debían acudir al local que les correspondiese, según el anuncio dado con diez días de antelación a la votación. Debían esperar fuera de la sala donde se instalaban la mesa receptora y los pupitres aislados. Sólo podían permanecer en esta última los miembros de la junta receptora de la sección y los vocales nombrados por las candidaturas, quienes podían observar el proceso de la votación. El presidente de la junta receptora debía llamar por su nombre, en orden alfabético, a cada elector en la lista para que pasase a sufragar. Este procedimiento fue estatuido para evitar que los electores de un partido llegasen todos juntos a votar, demorándose en hacerlo y produciendo una aglomeración frente a la mesa para impedir que votasen los electores de otras candidaturas. El presidente de la junta debía reanudar, siempre por orden alfabético, el llamado a quienes no se hubieran presentado a votar después de finalizar la lista de los 150 inscritos. La mesa debía cerrar después de siete horas de apertura.

Al ser llamado, el elector debía entrar en la sala de la mesa receptora, e identificarse firmando en un cuaderno junto al número correspondiente a su inscripción. Después de cotejar esta firma con la que aparecía en el registro de la sección, el presidente debía darle un sobre de color blanco timbrado por la alcaldía, o después de la ley de elecciones de 1914, por el conservador de bienes raíces[16]. Cada junta receptora debía tener sobres blancos, iguales unos de otros, todos timbrados, en un número equivalente al doble de los inscritos[17]. El elector debía forzosamente retirarse al pupitre aislado, el que debía ofrecerle total privacidad al punto que las ventanas

[15] *Boletín de Sesiones del Senado*, sesión extraordinaria del 28 de octubre de 1889, p. 78.

[16] Art. 48, i. 4. Anguita (1912), Tomo V, pp. 57-87.

[17] Una reforma electoral aprobada en 1896, equiparó el número de sobres con el número de inscritos. Art. 48, i. 4. Anguita (1912), Tomo III, pp. 356-363.

cercanas, si las hubiera, debían ser cubiertas. Éste no debía permanecer allí más que un minuto (nuevamente, se trataba de impedir que los electores demorasen el flujo de la elección). El pupitre aislado debía tener boletas de todas las candidaturas, en papel blanco del mismo tamaño, aunque el elector podía traer el voto de su preferencia consigo. Puesto el voto en el sobre, el elector debía cerrarlo. Volviendo a la mesa receptora, el propio elector debía introducir el sobre con su voto en la urna, con lo cual se suprimió la intervención del presidente de la mesa en este aspecto de la votación. Acto seguido, al retirarse el elector, el secretario de la junta receptora debía inscribir el nombre del elector que hubiese votado en otro cuaderno, o "libro especial" según la expresión en la ley (Art. 54).

Esta coreografía de la votación se usó en Chile hasta que la ley electoral de 1958 impusiera la llamada cédula única, impresa por el Estado, con los nombres de todos los candidatos y una colilla numerada que debía desprenderse antes de depositar el voto doblado y engomado en la urna[18]. El cambio en 1958 se hizo para uniformar las operaciones que debía hacer cada elector en lo que pasó a llamarse "cámara secreta", ya que cada uno se veía forzado a marcar su preferencia con una sola rayita junto al nombre del candidato, y a doblar y sellar el voto siguiendo las indicaciones en el mismo —con lo cual se eliminaron los sobres. El sistema implantado en 1890, en cambio, imponía tareas y por lo tanto tiempos distintos a los electores en el pupitre aislado, según si llegasen o no con el voto previamente marcado. La ley exigía que cada elector quedase en el pupitre hasta un máximo de un minuto, pero no le prohibía entrar y salir más rápidamente. No cabe duda que el sistema de la cédula única resguarda en forma más segura el secreto del voto. Sin embargo, el sistema anterior puede considerarse una modalidad estricta de voto secreto. Decir, como lo hacen entre otros Rueschemeyer *et al.*, que en Chile no se respetó el voto secreto hasta 1958, con lo cual sólo hubo una democracia a medias por esta razón, es una exageración errónea[19].

La forma de hacer y comunicar el recuento de los votos

Una vez terminada la votación, la ley de 1890 especificaba que las juntas receptoras debían abrir la urna y contar los votos "en presencia de los apoderados de los candidatos i con su intervención" (Art. 61, i. 1). Cada

[18] Véase *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 26 de junio de 1958, Nº 24.079, Ley Nº 12.891, pp. 1.162-1.176.

[19] Véase Rueschemeyer *et al.* (1992), p. 305. La noción de que el sufragio se hizo secreto en Chile sólo con la ley de 1958 abunda en la literatura. Véase, por ejemplo, Jean Carrière (1981), p. 193.

voto debía ser leído en voz alta "por el presidente i el secretario i por los demás vocales que quieran hacerlo" (Art. 61, i. 3), y debían contarse en favor de las "personas que aparezcan claramente designadas, aunque se noten supresiones o agregaciones en los nombres si siempre se conoce la voluntad del elector" (Art. 61, i. 3). Los votos contenían los nombres de los candidatos de las listas, pero un elector podía suprimir a algunos, escribir el nombre de otros y votar varias veces por el mismo candidato (repitiendo su nombre), dado el voto acumulativo. Si hubiese más de un voto en algún sobre, sólo se contaba uno de ellos en caso que fuesen iguales; de lo contrario, todas las papeletas contenidas en ese sobre se anulaban. Y si hubiese más nombres escritos en el voto que puestos por llenar, los escrutadores debían contar como válidos los primeros que aparecían, desestimando "los últimos que hubiera en exceso" (Art. 61, i. 4). Hecho el recuento, la junta receptora debía preparar tres copias de un acta con los resultados, indicando con números y letras todos los votos que obtuviera cada candidato. Las actas debían dejar constancia, sin excepciones, de "cualquier incidente o reclamación concerniente a la vocación o escrutinio", y debían ser firmadas "por todos los vocales presentes i por los apoderados de los candidatos que lo pidan" (Art. 62). Una de las actas debía ir al alcalde en el plazo de 24 horas, una quedaba en las hojas del libro de registro electoral, y la otra quedaba en manos del presidente de la junta receptora de sufragios.

Hechas las actas, el presidente de la junta receptora debía poner todos los votos en un sobre, cerrarlo y lacrarlo, firmándolo "por el lado del cierro todos los vocales i los apoderados de los candidatos que lo pidan" (Art. 63, i. 1). Este sobre debía enviarlo por correo certificado en un plazo de 24 horas al presidente del Senado, quedando "en la secretaría del Senado a disposición de la autoridad encargada de calificar la elección respectiva, i deberán ser destruidos cuando se hubiere terminado la respectiva calificación" (Art. 63, i. 3).

Al cuarto día después de la elección debían juntarse personalmente todos los presidentes de las juntas receptoras seccionales de votos, "en sesión pública a las doce del día, en la sala municipal [...] para hacer el escrutinio jeneral de la elección del departamento" (Art. 65, i. 1). Para ello debían llevar el acta electoral de la sección que tenían en su poder. Elegidos un presidente y tres secretarios de la sesión bajo la presidencia inicial del presidente de la junta receptora de "la primera subdelegación rural" del departamento (Art. 65, i. 1), se procedía a hacer el recuento departamental en base a la lectura de las actas de cada sección. Leídas en voz alta, cada secretario debía tomar nota "separadamente" de los votos recibidos por cada candidato. Estas sesiones escrutadoras solamente podían funcionar

con la mayoría absoluta de los presidentes de las juntas receptoras seccionales. Si faltase algún presidente con su respectiva acta, debía recurrirse a la copia depositada en la alcaldía, o a aquella que estaba en manos del tesorero municipal, quien era el que archivaba el libro de registro de los ciudadanos electores al día siguiente de su uso en la elección. Si no se encontraban estas copias de las actas que faltasen, se hacía el escrutinio de todas maneras, pero se dejaba constancia en el acta que se levantaba al finalizar la sesión que faltaban los votos de tantos ciudadanos como había inscritos en las secciones que se omitían, "para que la autoridad encargada de calificar la elección decida si su falta ha podido o no influir en el resultado" (Art. 65, i. 7).

El acta de la sesión escrutadora debía hacerse en triplicado, dejando constancia en ella de los resultados de todas las actas seccionales, de los totales de votos, "i todos los reparos de que hubiere sido objeto el procedimiento observado al hacerse el escrutinio jeneral i cualquier otro incidente que ocurra i que pueda influir en la validez o nulidad de la eleccion, sin que en ningun caso pueda la junta deliberar ni resolver sobre cuestion alguna, limitándose esclusivamente a dar testimonio del contenido testual de las actas parciales i a hacer la suma de votos que, segun ellas, hayan obtenido los diferentes candidatos" (Art. 66, i. 6). Una copia de estas actas debía quedar en el "libro corriente de las actas municipales o en el rejistro del notario más antiguo del departamento, si no se pudiere obtener aquél" (Art. 66, i. 7). Las otras dos copias quedaban en manos del presidente y del primer secretario de la junta escrutadora. Cada copia debía ser firmada por "todos los miembros presentes de la junta".

Acto seguido, el presidente de la junta escrutadora debía hacer copias de las actas para enviarlas, con su firma y la de los secretarios, "a cada uno de los ciudadanos que hayan sido proclamados diputados, electores de Presidente o municipales", y al Gobernador, quien a su vez debía "comunicar el resultado de la elección al Presidente de la República" (Art. 66, i. 9).

Para el escrutinio de las elecciones de senadores, que obligaban a hacer recuentos de votos a nivel provincial, o de las diputaciones que comprendían más de un departamento, debían crearse juntas escrutadoras generales con los presidentes de las juntas departamentales. El procedimiento que debían seguir repetía con variaciones mínimas el usado por las propias juntas departamentales.

En las elecciones presidenciales, los candidatos debían presentar listas de electores en cada departamento. Se elegían tres electores por cada diputado que tuviera el departamento. Su elección se hacía, siguiendo el procedimiento ya descrito, el 25 de junio del año electoral. El 25 de julio

siguiente debían juntarse los electores en la sala municipal de la ciudad cabecera de la provincia respectiva. Luego de constituirse como colegio electoral, los miembros del mismo debían votar escribiendo el nombre del candidato de su preferencia —es decir, por el cual se hubieran comprometido a votar presentándose como sus electores en la votación general— en papeletas que se depositaban en una urna. Finalizada la votación, se abría la urna y el presidente del colegio debía leer en voz alta el nombre en cada voto mientras dos secretarios tomaban nota separadamente. Luego de hacer las actas correspondientes, los resultados se remitían por correo certificado al Senado.

La forma de determinar los candidatos ganadores

La mayoría legislativa formada en 1890 por la heterogénea oposición a Balmaceda decidió adoptar el voto acumulativo para todas las elecciones. El Partido Conservador llevaba casi dos décadas presionando en favor de este sistema; fue por su insistencia que éste se comenzó a emplear para las elecciones de diputados con la ley electoral de 1874.

El voto acumulativo le daba a cada elector tantos votos como había puestos por llenar, pudiendo éste distribuirlos como quisiera, incluso dándoselos todos a un solo candidato; ganaban la elección quienes obtuvieran las mayorías individuales más altas. Al hacer el recuento de los votos, cada vez que el nombre de un candidato era leído en voz alta por el presidente de la junta escrutadora, fuese o no fuese tomado de una misma papeleta, los secretarios debían asignarle un voto a ese nombre. Así, algunos candidatos podían tener una votación abultada si sus partidarios concentraban en ellos sus preferencias al repetir sus nombres en la papeleta del voto. Con ello el mecanismo favorecía la representación de minorías bien organizadas. Cada lista partidaria debía calcular cuidadosamente en cada circunscripción cuántos candidatos le convenía presentar —o en quienes debía concentrar la votación— dados los votos que presumiblemente tenía. Una concentración excesiva de votos en uno o dos nombres podía significar que la lista perdía la posibilidad de elegir a otro representante; y viceversa, una dispersión excesiva de los votos entre los candidatos podía tener la fatal consecuencia de que ninguno de ellos lograra una votación individual suficientemente alta para ser elegido, aunque la lista misma pudiera tener incluso una mayoría relativa de los votos. Estas situaciones se ejemplifican hipotéticamente en el Cuadro Nº 1, en el cual se supone que una comuna con cinco mil ochocientos electores elige a cinco representantes para el concejo mu-

nicipal. El cuadro supone que seis partidos presentan candidatos, ya que éste era el número de partidos chilenos importantes de la época (circa 1915).

Como puede verse, en este caso hipotético el Partido Conservador, a pesar de tener más del doble del número de votos que cualquier otra lista, no elige a ninguno de sus candidatos. Ha hecho un error de cálculo, confiando demasiado en su capacidad de llenar los cinco puestos. El partido con la mejor estrategia es el Liberal Democrático, ya que con sólo 4.100 votos logra elegir a los dos candidatos que presenta, más que cualquier otro partido; fue, empero, una estrategia riesgosa porque bien hubiera podido perder los dos candidatos si los conservadores hubieran concentrado su votación en cuatro de los cinco nombres que presentaron. El Partido Demócrata elige a un representante; también fue acertada su estrategia, ya que si hubiera tratado de concentrar sus votos en sólo dos candidatos, no habría elegido a ninguno. El Partido Liberal, en cambio, tenía los votos necesarios para elegir a dos candidatos si no los hubiera dispersado tanto; elige sólo a uno. Con un solo candidato, el Partido Nacional tenía posibilidades de elegirlo, pero dada la dispersión de sus votos todos se pierden. El Partido Radical elige a un candidato, quien obtiene la primera mayoría relativa a pesar de que la lista solamente consigue un penúltimo lugar en el número total de votos.

CUADRO Nº 1: ELECCIÓN HIPOTÉTICA DE CINCO CONCEJEROS MUNICIPALES CON VOTO ACUMULATIVO

Candidatos	Partidos					
	Conserv.	Demócrata	Liberal	Lib. Dem.	Nacional	Radical
A	2.020	*2.400*	*2.500*	*2.075*	300	*3.000*
B	2.010	400	500	*2.025*	600	240
C	1.980	600	950		1.100	760
D	1.990		550		800	
E	2.000		200			
Totales:	10.000	3.400	4.700	4.100	2.800	4.000

Abreviaciones: Conserv.= Conservador; Lib. Dem.= Liberal Democrático.

Notas: Número de electores: 5.800; total de votos: 29.000. Las cifras en cursivas indican las primeras cinco mayorías, es decir, los candidatos electos.

Por lo tanto, dadas las variaciones que se podían producir en los resultados con pequeñas diferencias en el número y distribución de los votos, el voto acumulativo exigía que los partidos hiciesen los cálculos más exactos posibles de cuántos votos disponían en cada lugar, y cuántos candidatos debían presentar (o en quienes concentrar los votos). Este cálculo dependía, obviamente, de cuántas listas se presentaban y cuántos candidatos iban en cada una (o cuáles eran en realidad los candidatos en quienes las listas adversarias concentrarían la votación, ya que algunos candidatos podían ser presentados solamente con el afán de inducir cálculos erróneos en otros comandos de campaña). Estos cálculos podían variar, naturalmente, dados los pactos electorales que comúnmente hacían los partidos, intercambiándose apoyos mutuos de un lugar a otro.

Las elecciones después de la reforma de 1890

La tesis sostenida aquí —que la reforma electoral de 1890 sentó las bases para la creación de un proceso electoral que cumplía los requisitos mínimos para instaurar un régimen democrático en Chile— puede parecer aventurada dado el hecho que observadores contemporáneos y analistas posteriores han coincidido en encontrar toda clase de defectos en las elecciones de las décadas siguientes. Una de las dificultades de estos juicios es que se formulan muchas veces desde la óptica de una concepción ideal de la participación electoral en una democracia. Según ella, las elecciones son el medio a través del cual los ciudadanos —personas informadas, conscientes del bien público y/o de sus propios intereses— expresan sus opciones político-programáticas ante los problemas del momento. Sin embargo, en la práctica las motivaciones individuales para votar pueden variar mucho de una persona a otra, desde quien lo hace para tratar de proteger sus intereses hasta quien lo ve como una forma de expresar una identidad colectiva o cumplir con lo sugerido o exigido por sus pares, familiares, superiores (patrones, notables, sacerdotes, dirigentes sindicales, etc.), o la ley, sin importarle demasiado el resultado. Otra dificultad común de estos juicios críticos es que asumen que la gran mayoría de la población debiera tener interés por la cosa pública y por lo tanto en votar, con lo cual la abstención no se ve como el ejercicio de una libertad individual —la de no ir a las urnas— sino como una deficiencia de la democracia. Es más, muchos analistas presuponen que ciertas categorías de la población debieran votar por ciertos partidos —en especial, los estratos populares, incluidos los cam-

pesinos, por la izquierda. Si dicho voto no se materializa, ello se toma como evidencia de que los procesos electorales no son normales, es decir, que el voto no ha sido producto de las preferencias de los electores sino que de algún tipo de imposición o presión sobre ellos, cuando no del fraude. Entre otros problemas, esta visión privilegia demasiado la noción que las divisiones políticas de toda sociedad son las de clase. Hay otras dimensiones divisorias, entre las cuales se deben contar, en Chile, las producidas por el conflicto entre católicos pro clericales y diversas variantes anticlericales.

Las supuestas deficiencias de los procesos electorales de comienzos de siglo se siguieron comentando en los mismos términos hasta las reformas electorales de 1958 y de 1962, que impusieron la cédula única y la obligación de votar respectivamente. Al repetirse una y otra vez, dichas deficiencias pasaron con el tiempo a la categoría de verdades que se admiten sin discusión, constituyendo incluso una especie de folclor político al tratarse del voto campesino, con lo cual la democracia chilena (de sufragio incompleto) parece sólo muy cuestionablemente democrática. Aunque hay evidencias para cada deficiencia, hay que sopesarlas haciendo un razonamiento cuidadoso de sus implicaciones y teniendo en cuenta los resultados globales de las elecciones. El problema que se le presenta al analista de la historia electoral es que la traza documental de las elecciones siempre contiene material sobre las irregularidades que se suscitan, porque son ellas las que inducen a los actores a hacer reclamaciones y comentarios. El desafío es saber distinguir lo que son problemas mayores, que desvirtúan a tal punto el mecanismo electoral que no se puede decir que el régimen político sea democrático, de los que son menores y no tienen por lo tanto ese efecto. Curiosamente, en algunos casos la crítica de los procesos electorales puede prestarse para conclusiones exactamente inversas a la que ofrecen quienes las formulan. Ya vimos un ejemplo de esto al citar la opinión aparentemente descalificadora de Julio Zegers. En lo que sigue presento una visión alternativa respecto de los principales defectos que los observadores y analistas han visto en las elecciones del período.

El problema del tamaño del electorado

La ley electoral de 1890 no introdujo modificaciones que llevasen a expandir el tamaño del electorado. El número de personas que votó en las décadas siguientes continuó siendo bajo, ya que representó solamente en promedio un 5,5% de la población total (o algo más de un quinto de los

hombres adultos) entre 1894 y 1924[20]. Lo exiguo de este número se debió en gran medida al hecho de que no pudiesen votar las mujeres y los analfabetos (además de los enrolados en el Ejército y la Marina, los policías urbanos y rurales, los empleados domésticos y los menores de edad). Pero el electorado efectivo de la época era aún más pequeño de lo que debió haber sido dadas estas exclusiones. Por ejemplo, siendo que los electores potenciales (es decir, los hombres adultos y alfabetos) eran alrededor de 470.000 a comienzos de la década de 1920, solamente alrededor de un 77% de éstos se inscribió en los registros, y tan sólo algo más de la mitad de éstos, unos 182.000, votó en las elecciones[21]. ¿Por qué tal falta de interés de parte del electorado con derecho al voto?

La respuesta no es fácil. Una dificultad seria que seguramente contribuía a disminuir el número de quienes se inscribían era que los registros electorales continuaron abriéndose, al igual que antes de 1890, durante un corto período de diez días en el año anterior a alguna elección, y sólo entre las 10:00 y 14:00 horas. Este plazo era tan breve que muchos de los electores potenciales que no estuvieran en alguna red de contactos políticos o no tuvieran mayor interés por la política ni siquiera se daban cuenta que los registros estaban abiertos, o no podían llegar por diversas razones a apuntarse en ellos.

Sin embargo, entre quienes no votaban había una proporción mayor de personas que se hallaban inscritas en los registros electorales que de personas que no lo estaban. Es posible que este abstencionismo se explique en parte por los tonos álgidos del debate político chileno, cuya clase política asumía posiciones bastante dispares, y al alto grado de competitividad que rodeaba los procesos electorales. Si a esto se agrega el hecho de que desde el siglo anterior solían ocurrir forcejeos y a veces incidentes de violencia durante las votaciones, ello hacía que el grueso público viera las elecciones como algo en que participaban solamente quienes se encontraban fuertemente abanderizados. El voto acumulativo, al premiar las campa-

[20] He calculado las cifras aproximativas del total de votos válidos emitidos entre 1894 y 1924 a partir de la información dada en Germán Urzúa Valenzuela (1992), pp. 351-356, respecto a los votos emitidos en favor del Partido Liberal y los porcentajes de la votación que éstos representan. El porcentaje dado en esta fuente al Partido Liberal en 1921 (y a los demás partidos ese año) está errado, por lo cual tomé la cifra de votos emitidos en 1921 de Atilio Borón (1971), p. 432. Las estimaciones de la población para cada año electoral vienen de la Dirección de Estadística y Censos (1964), pp. 5-8. Para estimar el porcentaje de hombres adultos he supuesto que las mujeres y los menores de 21 años constituyen mitades de la población total, suposición que se confirma de cerca con los datos censales del período.

[21] Las cifras han sido redondeadas, tomando las elecciones de 1918, 1920 y 1921 como base. El alfabetismo en 1920 alcanzaba al 50% de la población total, aunque era un tanto menor entre los adultos, ya que el porcentaje incluye a los menores de 7 años. Véase Dirección General de Estadística (1933), p. 87. He tomado las cifras de votos emitidos de Borón (1971) p. 432.

ñas que mejor encuadraban a sus electores, no hacía más que confirmar esta impresión de las elecciones como un lugar de enfrentamiento entre grupos partidarios. En consecuencia, es plausible que quienes no tenían mayor interés por la política prefiriesen abstenerse. Avala esta interpretación el hecho de que la elección más reñida de la época, que estuvo acompañada durante la campaña por altos niveles de movilización popular —la presidencial de 1920— fue una de las menos concurridas por los electores. Votaron 160.917 hombres, o un 45,07% de los inscritos[22].

La ley electoral de 1890 no alteró la composición social del electorado que ya era heterogénea. Es inusual que un electorado pequeño incluya un componente importante de electores de los estratos bajos, pero ésta era una característica del electorado chileno desde sus comienzos. Después que terminara la intervención electoral de los gobiernos, el requisito de saber leer y escribir no llevó a la formación de un electorado compuesto solamente de personas acomodadas, lo cual puede comprobarse en muchos testimonios contemporáneos. Así, un estudiante de derecho se quejó en 1900 en su Memoria de Prueba de que había muchos que votaban sin tener el derecho de hacerlo porque apenas sabían firmar, y no podían en consecuencia leer los diarios[23]. Agregó en son de crítica que antes de las inscripciones se abrían unas muy "*sui generis* escuelas para adultos [...] en los grandes establecimientos industriales o en los grandes predios rurales i que constituyen verdaderas fábricas de improvisación de electores"[24]. En otras palabras, después de 1890 los electores modestos siguieron llegando a las urnas sabiendo tan sólo firmar, aunque fuera en parte debido a empresarios que generaron lo que venía a ser instrucción informal para adultos. Los líderes del movimiento obrero hicieron, por su lado, lo mismo, y es en parte por eso que nunca exigieron que se eliminase el requisito de saber leer y escribir. No era en su concepto necesario. Según Luis Emilio Recabarren, quien fundó el Partido Comunista y fue una de las figuras centrales en la creación del movimiento obrero, alrededor de un 60% del electorado en 1920 estaba compuesto de miembros de la Federación Obrera de Chile o de hombres en quienes ésta tenía alguna influencia[25]. La izquierda chilena alcanzó la votación que tendría típicamente durante todo el resto del siglo XX —alrededor de un cuarto— en la elección presidencial de 1925, elección en la cual votaron solamente unos 260.278 hombres[26].

---

[22] Borón (1971), p. 47.

[23] Juan Bautista González R. (1900), p. 17.

[24] Juan Bautista González R. (1900), p. 31.

[25] El comentario aparece en una carta fechada el 14 de mayo de 1920. Véase Ximena Cruzat y Eduardo Deves, compiladores (1987), p. 128.

[26] La izquierda se volcó hacia José Santos Salas, quien obtuvo el 28,47% del total de votos. Las cifras aparecen en Germán Urzúa Valenzuela (1992), p. 430.

El cohecho

Los observadores contemporáneos de las elecciones del período entre 1890 y 1925 indican invariablemente que hubo un aumento en la compra de votos o cohecho. El memorialista ya citado seguramente se hizo eco de los comentarios de la época al escribir que "ayer era la intervención oficial, resorte odiosísimo que por sí solo bastaba a burlar la voluntad del pueblo, el temible azote que asolaba el campo de la política chilena; hoi es la corrupcion electoral, con sus calamidades consiguientes, la causa principal del profundo malestar político que nos aqueja"[27]. Al decir "corrupción electoral" el autor se refería principalmente al cohecho, pero también agregó males tales como "la venalidad, el caudillaje, los transfujios, el indiferentismo por la cosa pública, etc., etc."[28]. Señaló que había "electores que se venden a uno i a otro, i a cuantos encuentran dispuestos a comprarles su voto, sin que al fin de cuantos [sic, ¿cuentas?] se sepa con seguridad por qué partido han votado"[29]. Estas observaciones se prestan nuevamente para conclusiones que el autor no contempló: primero, si los electores mismos tenían la culpa de los vicios que ocurrían ya que se prestaban para vender sus votos, ello quiere decir que nadie los obligaba a hacerlo. Y segundo, si no se sabía si los electores cumplían o no con votar por la candidatura o lista que había comprado su voto, ello muestra que el procedimiento electoral daba garantías eficaces de ser secreto.

El cohecho siguió siendo uno de los principales vicios electorales chilenos en la óptica de analistas posteriores. Sin embargo, a diferencia de la percepción contemporánea del memorialista, el cohecho pasó a ser visto como una imposición sobre el elector, quien era "controlado" en su acto electoral[30]. Los actores centrales en este vicio electoral pasaron a ser los agentes de las campañas quienes manipulaban un voto cautivo de hombres pobres, los que —por implicación— hubieran votado de otro modo si no fuera por las circunstancias apremiantes en que se encontraban. Se supone que los agentes electorales vigilaban desde lejos a los cohechados para que cumpliesen con votar según se les había instruido. Como no podían ver al elector en la cámara secreta, se fijaban en cuánto tiempo pasaba en la misma, si la posición o algún movimiento de los pies (que a veces podían verse por debajo de la cortina, que era más corta) correspondían a los de quien estaba escribiendo algo y no sólo llenando un sobre con un voto ya marcado, etc. Este tipo de descripciones se repitieron durante toda la pri-

---

[27] González (1900), p. 20.
[28] González (1900), p. 19.
[29] González (1900), p. 21.
[30] René Millar Carvacho (1981), p. 167.

mera mitad del siglo veinte en Chile, con la suposición implícita que eran tan comunes que los resultados electorales estaban viciados.

El hecho que los comentarios contemporáneos indiquen que la compra de votos se incrementó después de 1890 constituye un indicador del gran cambio que ocurrió en ese momento en las prácticas electorales: de una situación de intervención oficial se pasó a una competencia electoral casi desenfrenada entre partidos. Lo que se creó (o generalizó por todo el país, porque ya existía en algunas ciudades) fue un mercado electoral, si bien en un sentido demasiado literal de la expresión, para las diferentes candidaturas.

¿Se alteran las preferencias electorales con la compra de votos? Si bien muchos comentarios condenatorios del cohecho dan a entender que sí, el hecho que un elector reciba dinero por su voto no implica necesariamente que no esté votando, de todas formas, por el o los candidatos que prefiere. Si alguien de pocos recursos va a votar por *x*, y descubre o ya sabe que la campaña del mismo ofrece dinero por el voto, es obvio que esa persona va a hacer todo lo posible por cobrar el dinero además de votar. No había obligación de votar, y el hacerlo podía involucrar gastos que el elector pobre debía medir. Y si algún elector prefería realmente votar por otro candidato, no hay por qué suponer que el hecho de cobrar el dinero de *x*, hubiera cambiado necesariamente su intención de voto. Naturalmente, esto significa que el voto era efectivamente secreto. Esto lo afirma sin advertirlo el autor de la memoria citado arriba, de modo que los nuevos procedimientos establecidos por la ley de 1890, que garantizaban el secreto del sufragio, parecen haberse puesto en práctica. Si bien las campañas que basaban su estrategia principalmente en la compra de votos trataban de controlar de alguna manera el voto de quienes cohechaban —y sus agentes se atribuían el crédito por cualquier victoria electoral—, no es plausible afirmar que estas prácticas fueran tan generalizadas y seguras en cuanto a dicho "control" que alterasen siempre en forma sustancial los resultados de todas las elecciones.

Hay además tres razones que desmienten el hecho que el cohecho pudiese tergiversar significativamente el resultado de las elecciones entre los años 1890 y 1925. La primera es que a pesar de que en cada elección era *vox populi* cuánto pagaban por los votos las candidaturas tales o cuales (salvo las del Partido Demócrata que no tenía los fondos necesarios), no cuesta mucho encontrar comentarios contemporáneos que indican que quienes más pagaban no siempre ganaban[31]. El dinero no aseguraba el resultado.

[31] Véase Ramón Subercaseaux (1936), 2a ed., Tomo II, p. 203, como muestra de uno de estos comentarios.

La segunda razón es que el cohecho se desarrolla realmente sólo cuando los sufragantes tienen opciones —cuando el mercado electoral es libre y competitivo—, lo cual significa que los mismos van a tener generalmente preferencias. (El vendedor de votos totalmente cínico que busca hacer su venta al mejor postor es un personaje muy minoritario.) Si todas las campañas recurren a la compra de votos, lo normal es que la mayoría de los cohechados voten en fin de cuentas por la lista o el candidato que prefieren, aunque a veces reciban un poco menos dinero, o un bien tangible de menos valor del que hubieran podido obtener de otras candidaturas. (Puede suponerse también muy minoritario el elector astuto que cobra de quien pague más y vota por otro.) Los únicos candidatos desventajados en este contexto de pagos generalizados serían los de partidos pobres, como el Partido Demócrata de la época. Pero la debilidad electoral de este partido ¿se explica porque no tenía fondos para recurrir al cohecho? Esto es muy dudoso; es mucho más probable que ello fuera consecuencia del hecho que había cuatro partidos importantes formados con anterioridad al Demócrata, que ya tenían cierta presencia en los medios populares.

Y la tercera razón por la cual no puede sostenerse que el cohecho haya desvirtuado de manera significativa los resultados electorales es que éstos tienen una consistencia que se mantiene de una elección a otra. Entre 1894 y 1925, el Partido Conservador obtuvo un promedio de 22%, resultado que tuvo muy poca variación. El Partido Radical obtuvo un promedio de 18%, subiendo de niveles más bajos en la década de 1890, y manteniendo un promedio constante de algo más de 20% posteriormente. El Partido Demócrata logró un promedio nacional de 8%, el que también se mantuvo de manera bastante consistente de una elección a otra. Todos los grupos liberales, incluidos los liberal democráticos, captaron un promedio de 36% de la votación entre 1890 y 1925, aunque su suerte individual es algo más cambiante que la de conservadores, radicales o democráticos de un año electoral a otro, principalmente porque a veces hubo tres grupos liberales (agregándose los doctrinarios). El único partido que tuvo resultados muy variables antes de desaparecer después de 1912 fue el Partido Nacional. Éste era muy afín a los liberales, y por ello sus votos engrosaron las filas de los otros partidos liberales, ya que las votaciones de los conservadores, radicales y democráticos permanecieron tan constantes. Este traspaso indica una consistencia programática del electorado que desmiente lo que es dable esperar de tener una influencia decisiva el cohecho[32]. Si la compra de votos trastrocase las preferencias, ¿por qué, por un lado, no fluctúan más

[32] Los niveles de apoyo por los distintos partidos de la época de una elección a otra pueden consultarse en Urzúa Valenzuela (1992), pp. 342-347.

los resultados electorales?; y por otro, al variar, ¿por qué lo hacen dentro de una tendencia similar o emparentada? ¿Puede deberse esa consistencia de los resultados a lo largo de treinta años a que los partidos destinan las mismas proporciones de dinero al cohecho de una elección a otra, asegurando trasvasijos de fondos entre partidos emparentados según lo requieran los avatares de la política? Ello no es plausible.

Es más, el aumento del cohecho (o de la percepción del cohecho) en las décadas posteriores a 1890 podría estar relacionado con la institución del voto acumulativo en todas las elecciones. Ya expliqué que los líderes partidarios debían estimar del modo más exacto posible el número de electores que recibirían las candidaturas en cada comuna, y luego debían asegurarse que sus electores votasen concentrando sus votos del modo que convenía. En consecuencia, los electores debían seguir a pie juntillas las instrucciones de los jefes de las campañas para que sus candidatos triunfasen, y lo más fácil era que llevasen a la mesa electoral un voto previamente marcado. Las "gratificaciones" en dinero o bienes a los sufragantes, según la expresión de quienes lo hacían, o el "cohecho" según sus detractores, debieran juzgarse en este contexto. Les daban a los agentes de las candidaturas una oportunidad de contacto personal con los electores que les permitía asegurarse, a su vez, que cada uno votase del modo necesario para producir el mejor resultado posible.

En 1924 una ley electoral declaró la nulidad de la elección de cualquier candidato que hubiera empleado el cohecho, y estableció límites de gastos para las campañas electorales de diverso tipo[33]. Y en 1925 el voto acumulativo se sustituyó por un sistema D'Hondt, el cual no exigía cálculos tan complejos de parte de los estrategos electorales. La compra de votos en forma abierta disminuyó posteriormente.

El "control" sobre el voto campesino

El supuesto dominio absoluto de los propietarios rurales sobre el voto de sus dependientes constituye otra de las razones principales por las cuales muchos analistas descalifican las elecciones chilenas[34]. Como las zonas rurales, característicamente las del valle central y las de la provincia de Llanquihue, tendieron a favorecer sobre todo al Partido Conservador, se supone que los campesinos estaban obligados por sus patrones a votar por

[33] Véase *Diario Oficial*, Nº 13.812, 26 de febrero de 1924.

[34] El observador que más fuertemente enfatizó el dominio absoluto de los propietarios rurales sobre sus dependientes fue George McCutchen McBride (1971), primera edición publicada en 1936. Su análisis es poco confiable. Brian Loveman (1976) repite la misma noción. Millar Carvacho (1981) también presenta el voto campesino como uno cautivo.

los candidatos de ese partido, ya que de otro modo hubieran votado por candidatos de centro si no de izquierda.

Los legisladores de 1890 instituyeron la nueva coreografía electoral del voto secreto tratando explícitamente de impedir que todos los agentes electorales, tanto los del gobierno como los de empleadores de diverso tipo, pudiesen controlar el voto de sus subordinados. Entre estos últimos, como dijo el diputado liberal Acario Cotapos, se encuentran "los hacendados que disponen de gran número de personas que tienen a su servicio". El diputado agregó que lo mismo ocurre con los dependientes de "establecimientos y empresas", a quienes "se los obliga a emitir sus sufragios [...] de manera que favorezcan las afecciones o simpatías de sus patrones". Y concluyó aseverando enfáticamente que "queremos que esto concluya de una vez i que los ciudadanos, cualquiera que sea su color político, puedan en toda ocasión manifestar libremente sus aspiraciones i elegir sin presión alguna a sus representantes"[35].

El comentario contemporáneo de Cotapos en cuanto al control del voto de los dependientes se refiere tanto a los propietarios rurales como a otros empleadores. En cambio los observadores posteriores han identificado este problema tan sólo en conexión con el voto del campo. Los sectores urbanos populares eran cohechados, pero a los campesinos se los obligaba, supuestamente, a votar de cierta forma. Esta percepción se debe al hecho que entre los trabajadores urbanos y los mineros el voto conservador era mucho más reducido, siendo mayor el de centro e izquierda. ¿Significaría esto que otras categorías ocupacionales pudieron sustraerse a la influencia de sus patrones con la nueva ley electoral, pero no los campesinos? ¿Por qué no?

Sin embargo, no hay por qué suponer forzosamente que la población rural, especialmente la del valle central y de Llanquihue, no favoreció por largos años al Partido Conservador por preferencia más que por imposición. Las zonas mencionadas son las más fuertemente católicas del país, la primera por ser la del Chile colonial y la segunda por ser una zona de inmigración alemana católica. Siendo ambos, campesinos y propietarios, fervientemente católicos, no era extraño que apoyasen —como el resto de la población igualmente católica de la época a lo largo del país, tanto en las grandes ciudades como en otras partes— al Partido Conservador. Éste no era un partido agrario, sino uno de defensa de la visión y posiciones de la Iglesia. Visto de esta óptica, el voto campesino de las zonas mencionadas

[35] *Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 26ª sesión ordinaria del 11 de junio de 1890, pp. 401-402.

—que son especialmente las del valle central que dan origen a estas apreciaciones— sería un voto totalmente normal, congruente con el voto conservador del resto de Chile.

No cabe duda que muchos grandes propietarios tomaban parte activa en las campañas electorales. Típicamente reunían a la masa campesina en sus haciendas, y entre las carreras de caballos, los asados al palo, la chicha y el vino, presentaban a los candidatos quienes aprovechaban la ocasión para hacer algún discurso y tomar un contacto personal con la gente. En más de algún caso los campesinos se habrán sentido presionados a votar por el candidato preferido por sus patrones. Sin embargo, no se puede sostener que todos los votos campesinos fueran el producto de la imposición. ¿Acaso los campesinos no tenían opiniones, pudiendo ser partidarios de los mismos candidatos favorecidos por los grandes propietarios? Y quienes prefiriesen a otros candidatos, ¿no podían ocultarlo aprovechando el secreto del voto?

No hay que olvidar además que la población rural estaba fuertemente estratificada, y que aquella que votaba bien puede haber sido la que más se beneficiaba de la manera peculiar que asumían las relaciones de trabajo en el campo chileno. El hecho que había que saber firmar, por lo menos, para ser elector, y ser residente (aunque sólo fuese por un mínimo de veinte días) en la subdelegación en la cual se hacía la inscripción, sin duda contribuía a conformar un cuerpo electoral rural que se componía de una población relativamente más instruida y más estable. Nada indica *a priori* que dicha población no fuera también la más deferente hacia los grandes propietarios.

Tampoco hay que olvidar que no le era fácil al campesino llegar hasta las urnas en las ciudades y pueblos. Por lo tanto, normalmente los propietarios más politizados organizaban el transporte, sin costo alguno, a los campesinos que iban a votar. No hay que tener mucha imaginación para inferir que alguna selectividad habría en la decisión respecto a quienes se beneficiaría con este viaje gratis, que se convertía en un día de paseo y fiesta a las zonas urbanas. Con ello estaba de más "controlar" el voto de los campesinos que participasen.

Además, entre 1890 y 1930 hubo un gran éxodo de las zonas rurales hacia las urbanas y mineras. La sociedad chilena era predominantemente rural en 1890, pero ya en 1930 había una mayoría en las zonas urbanas. Lo más probable es que hubo cierta autoselectividad política y religiosa en la población rural que se trasladó. La población campesina que más se conformaba a las opiniones y posiciones políticas de los grandes propietarios, incluida la población más fuertemente católica de las zonas donde predomi-

naba el Partido Conservador, seguramente tendió a quedarse en el campo en mayores proporciones. Ello ayuda a explicar, además, el hecho que las zonas mineras del norte fuesen a su vez tanto más proclives a los partidos anticlericales[36].

Las irregularidades electorales de todo orden

Si bien la huella documental de una variada gama de irregularidades electorales de la época es abundante, no hay que olvidar que la intensa competencia entre partidos a lo largo del país inducía a los jefes de las campañas a exigir revisiones de los resultados. Era fácil hacerlo, ya que la ley permitía dejar estampadas, sin que nadie pudiese oponerse, toda suerte de reclamaciones en las actas de los escrutinios. A esta traza documental de vicios electorales hay que agregar los acalorados debates en el Congreso al tener que resolver si aceptaban o no los poderes de quienes aparecían como presuntos elegidos. No obstante, el hecho que esta documentación se encuentre de buenas a primeras en Chile no significa que las elecciones de la época hayan sido menos correctas que las de otros países. Más bien al contrario: las irregularidades y los fraudes electorales en el Chile de comienzos de siglo fueron tan plenamente denunciados, investigados y discutidos que es posible tener una medición relativamente exacta de sus dimensiones, cosa que no se podría asegurar respecto de otros países.

Aunque este material es fácilmente aprovechable por el historiador, sólo Millar lo ha usado cuidadosa y sistemáticamente en su estudio de la elección presidencial de 1920. La elección de ese año arrojó 179 votos para Arturo Alessandri y 175 para Ramón Barros Borgoño en el colegio electoral. Hubo muchas reclamaciones por irregularidades electorales, lo cual era dable esperar por la estrechez del resultado y lo acalorado que fue la campaña. En consecuencia, el Congreso designó un tribunal de honor compuesto de figuras imparciales designadas por ambas candidaturas que examinó detalladamente cada una de las reclamaciones. Después de este ejercicio, en que el tribunal estaba autorizado para eliminar a los electores del colegio electoral que a su juicio estuvieran inhabilitados para ejercer su voto dadas las irregularidades cometidas en su elección, el resultado varió sólo ligeramente: produjo 177 votos para Alessandri y 176 para Barros Borgoño[37].

Millar agrupa las reclamaciones en las categorías siguientes: suplantación de electores o de electores fallecidos; falsificación de escrutinios y

[36] Para un análisis de las zonas de mayor y menor fuerza de distintos partidos, véase la obra clásica de Ricardo Cruz Coke (1952).

[37] Millar (1981), pp. 162, 174, contiene los resultados en el colegio electoral y después de las revisiones.

de actas; negación por parte de ciertas juntas escrutadoras de contar los votos de mesas adversas a la mayoría en las juntas; obstrucción deliberada del funcionamiento de algunas secciones o mesas al no presentarse los vocales de un bando a sabiendas que el resultado les sería adverso; y presión con violencia de electores adversos (acusándolos de ser cohechados), impidiéndoles votar.

La lista parece contundente, pero conviene ponerla en perspectiva: según se desprende del estudio de Millar, ¡estas irregularides se produjeron solamente en 23 de las 325 comunas del país! Además, en las comunas afectadas los problemas se suscitaron solamente en algunas mesas, y la falsificación de las actas ocurrió nada más que ¡en ocho de ellas! Las reclamaciones dieron lugar a las correcciones mínimas ya indicadas. En otras palabras, esta contenciosa elección no fue, en el fondo, tan irregular.

Conclusiones

La ley electoral de 1890 permitió el tránsito hacia una democracia, si bien de sufragio incompleto, desde un régimen básicamente autoritario. Anteriormente, el poder pasaba a manos de quienes eran favorecidos por la intervención que ejercían los gobiernos sobre el proceso electoral, en tanto que después de 1890 las elecciones se convirtieron en el único medio a través del cual podían aspirar los líderes políticos a constituir los gobiernos, las cámaras legislativas y los poderes municipales. Las reformas electorales posteriores ampliaron el sufragio, cambiaron las modalidades de la administración del proceso electoral y alteraron el formato del voto, pero no tuvieron el efecto de iniciar este aspecto fundamental y definitorio de la democracia, el único que faltaba para que el régimen político chileno de fines del siglo XIX cumpliese los requisitos mínimos de esta forma de gobierno.

La ley de 1890 fue diseñada por una mayoría parlamentaria que buscaba impedir la intervención oficial. Es por ello que, entre otros cambios, reforzó el secreto del voto estableciendo cámaras aisladas a las cuales los electores debían retirarse, y sobres estampados oficialmente en los cuales debían ponerse las papeletas de voto. Esta coreografía del voto antecedió en unas dos décadas a la misma que se instaló en Francia en 1913, país precursor del sufragio universal masculino[38].

[38] Véase Alain Garigou (1992) para un análisis de las deficiencias importantes en la manera en que se votaba en Francia.

Las democratizaciones que ocurren a través de reformas —a pesar de alterar el modo en que funcionan las instituciones políticas fundamentales— conservan muchos aspectos del sistema anterior que modifican. Es por ello que las democracias que surgen de esta manera, y son más antiguas, es decir, decimonónicas, pueden parecer menos "democráticas" décadas después en algunos aspectos que aquellas, más nuevas, que se instalan en pleno siglo XX. Estas últimas se ciñen naturalmente a los diseños institucionales más avanzados al crear sus constituciones y/o legislación fundamental. Así, Polonia, Austria y Checoslovaquia fueron los primeros países católicos, en 1919, en extender el sufragio a las mujeres, pero sus democratizaciones fueron todas impulsadas por la creación o recreación de sus Estados nacionales después de la Gran Guerra. Asimismo, hoy en día ningún tránsito a la democracia se haría sin establecer un sufragio plenamente universal. Las inercias institucionales de las democracias más viejas pueden, por lo tanto, llevar a conservar por un tiempo a veces considerable limitaciones o características que posteriormente pueden parecer antidemocráticas o simplemente absurdas.

La ley electoral de 1890, con todo lo avanzada que fue para la época, no escapó a esta generalización. No sólo mantuvo las prohibiciones del voto de las mujeres y de los analfabetos, sino también el rol que ya tenían en la legislación anterior los mayores contribuyentes a las tesorerías municipales en la constitución de las juntas inscriptoras, receptoras y escrutadoras. Esta característica puede parecer incompatible con una democracia, al abrir aparentemente la posibilidad de que las clases altas ejerzan una influencia desmedida sobre el proceso electoral. Pero no hay que olvidar que para los legisladores de 1890, al igual que para quienes idearon en 1869 esta forma de organizar la administración de las elecciones, lo más importante era hacerlo con personas que fueran independientes del gobierno, con lo cual querían evitar el recurrir a funcionarios públicos. Tenían que encontrar, por lo tanto, otra fuente de la cual designar personas que supieran redactar actas en forma clara y sumar correctamente. Las listas de contribuyentes a las tesorerías municipales, incluso las de alumbrado y patentes, tenían la ventaja de proporcionar nombres a lo largo del país de personas que muy probablemente reunían estos requisitos.

El uso de estas listas para constituir la administración electoral no parece haber creado distorsiones significativas en el voto posterior a 1890[39]. Las elecciones eran competitivas, la posibilidad de introducir reclamaciones en las actas era fácil, y las multas y condenas a quienes no se

[39] Rueschemeyer *et al.* (1992), p. 306, dicen lo contrario en observaciones que tienen otros tantos errores historiográficos.

atuviesen a la ley eran onerosas. La noción de que la administración del proceso electoral respondía a una exigencia técnica y no política viene de los años posteriores a 1890. Conducir el proceso electoral era una carga cívica impuesta a unos seis mil ciudadanos, no una oportunidad, salvo excepciones, para alterar los resultados. El hecho que los registros estuviesen abiertos por un plazo tan breve también respondía al uso de los mayores contribuyentes para cumplir esta función. No se les podía exigir a personas no remuneradas por el Estado que mantuviesen el registro abierto por un período largo, por no decir todo el año.

Es sólo a partir de 1925, al crearse un registro electoral que funcionó en forma permanente, que funcionarios públicos y notarios sustituyeron a los mayores contribuyentes en las tareas concernientes a la inscripción electoral, y que personas tomadas al azar de nombres propuestos por dichos funcionarios pasaron a ocuparse de la recepción de sufragios y del primer escrutinio[40]. Sin embargo, la propia ley de 1925 insistió en que dichas personas debían ser de preferencia propietarias, profesionales, o quienes pagasen el impuesto a la renta[41]. La democratización a través de reformas no genera saltos bruscos.

Referencias bibliográficas

Anguita, Ricardo. *Leyes promulgadas en Chile. Desde 1810 hasta el 1º de junio de 1912.* Santiago: Imprenta, Litografía, i Encuadernación, Barcelona, 1912, Tomo III.

Boletín de Sesiones del Senado. Sesión extraordinaria del 28 de octubre de 1889.

Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados, 26ª sesión ordinaria del 11 de junio de 1890.

Borón, Atilio. "La evolución del régimen electoral y sus efectos en la representación de los intereses populares: El caso de Chile". *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, Vol. 2, Nº 3 (diciembre de 1971).

Carrière, Jean. *Landowners and Politics in Chile. A Study of the "Sociedad Nacional de Agricultura"*. Amsterdam: CEDLA, 1981.

Cruz Coke, Ricardo. *Geografía Electoral de Chile*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1952.

Cruzat, Ximena; y Deves, Eduardo (compiladores). *Recabarren, escritos de prensa. Vol. 4, 1919-1929.* Santiago: Terranova Editores, 1987.

Decreto-Ley Nº 343. *Diario Oficial*, Nº 14.129, 17 de marzo de 1925.

Diario Oficial, Nº 13.812, 26 de febrero de 1924.

Dirección de Estadística y Censos. *Población total por provincias: Chile (1885-1960)*, Santiago.

[40] Véanse el Decreto-Ley Nº 343, en *Diario Oficial*, Nº 14.129, 17 de marzo de 1925, y la Ley de Elecciones publicada en *Diario Oficial*, Nº 14.279, 23 de septiembre de 1925.

[41] Véase el artículo 34 de la Ley 14.279 de 1925.

Dirección General de Estadística. *Sinopsis geográfica-estadística de la República de Chile: 1933*. Santiago: Sociedad, Imprenta y Litografía Universo, 1933.

Edwards Vives, Alberto. "Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos". En Alberto Edwards Vives y Eduardo Frei Montalva, *Historia de los partidos políticos chilenos.* Santiago: Editorial del Pacífico, 1949.

Garigou, Alain. *Le vote et la vertu: comment les Français sont devenus électeurs.* Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1992.

Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981.

González R., Juan Bautista. "Revisión de la lei electoral; o sea observaciones sobre algunos artículos de la Lei de Elecciones de 20 de agosto de 1890 con la reforma de 18 de febrero de 1896". Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Leyes i Ciencias Políticas de la Universidad de Chile. Santiago: Imprenta i Encuadernación Aurora, 1900.

Hernández E., Juan B. "Las primeras leyes electorales chilenas". *Revista de Historia y Geografía*, año XI, Tomo XXXVIII, segundo trimestre de 1921.

Ley de Elecciones. *Diario Oficial*, Nº 14.279, 23 de septiembre de 1925.

Ley Nº 12.891. *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 26 de junio de 1958, Nº 24.079.

Loveman, Brian. *Struggle in the Countryside. Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973.* Bloomington y Londres: Indiana University Press, 1976

McCutchen McBride, George. *Chile: Land and Society*. Nueva York: Octagon Books, 1971, primera edición publicada en 1936.

Millar Carvacho, René. *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario*. Santiago: Editorial Universitaria, 1981.

Pinto Lagarrigue, Fernando. *Balmaceda y los gobiernos seudo-parlamentarios.* Santiago: Andrés Bello, 1991.

Rueschemeyer, Dietrich; Huber, Evelyne; Stephens; y Stephens, John. *Capitalist Development and Democracy*. Cambridge: Polity Press, 1992.

Schumpeter, Joseph. *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper Torchbooks, 1962.

Subercaseaux, Ramón. *Memorias de ochenta años. Recuerdos personales, críticas, reminiscencias históricas, viajes, anécdotas.* Santiago: Editorial Nascimento, 1936, 2a ed., Tomo II.

Therborn, Göran. "The Rule of Capital and the Rise of Democracy". *New Left Review*, Nº 103 (mayo-junio 1977).

Urzúa Valenzuela, Germán. *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1992).* Santiago: Editorial Jurídica, 1992.

Valenzuela, J. Samuel. *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile.* Buenos Aires, IDES, 1985.

———— "Hacia la formación de instituciones democráticas: prácticas electorales en Chile durante el siglo XIX". *Estudios Públicos,* Nº 66 (otoño 1997). □

EXPOSICIÓN BREVE DE LA ÉTICA ARISTOTÉLICA

Alfonso Gómez-Lobo

La ética de Aristóteles (384-322 a.C.) es en cierto sentido un admirable logro de una época pasada. A diferencia de Platón, cuyo ímpetu filosófico lo lleva a proponer una radical reforma de la vida política de su tiempo, Aristóteles tiene una gran confianza en que, si bien hay cosas que merecen cambiarse, la forma de vida de las ciudades griegas que él conoce obedece a ideales que en el fondo son correctos. Por eso, al leer sus escritos de ética se despliega ante nuestra vista lo que podríamos llamar la moralidad ideal de la clase acomodada de la Atenas del siglo IV a.C. Lo curioso es que pensadores posteriores que no han compartido esa moralidad, en especial ciertos pensadores cristianos del medievo, han hecho de la ética aristotélica algo así como una estructura formal que sostiene sus propias convicciones. En la actualidad, la ética aristotélica es objeto de apasionado interés por parte de pensadores que se ocupan de la ética desde perspectivas muy diversas. El propósito de esta exposición es facili-

ALFONSO GÓMEZ-LOBO. Ph. D., Universidad de Munich. Profesor de Filosofía de la Universidad de Georgetown. Autor de *La ética de Sócrates* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989) y otras muchas publicaciones suyas sobre filosofía griega. "Textos escogidos de la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles", "Exposición breve de la metafísica de Aristóteles" y "Las olimpíadas en el mundo antiguo" son algunos de sus trabajos publicados últimamente en *Estudios Públicos.*

Estudios Públicos, 71 (invierno 1998).

tar la discusión actual y para eso el pensamiento de Aristóteles ha sido reconstruido aquí a partir de los conceptos que articulan los más influyentes sistemas contemporáneos de ética.

En este artículo[1] mi intención es ofrecer una exposición de algunos rasgos fundamentales de la filosofía moral de Aristóteles, pero quisiera hacerlo de manera tal que un filósofo actual pueda ver en Aristóteles un aliado (o un enemigo mortal) y no un mero objeto de curiosidad para anticuarios. De allí que haya concentrado la atención en aquellos conceptos que se debaten en la filosofía contemporánea, dedicándoles poco o nada de espacio, por ejemplo, a ciertas virtudes que hemos dejado de valorar en una cultura posterior a la irrupción del cristianismo.

En la ética contemporánea se ha enfatizado el papel central que juegan los conceptos de lo bueno (en el sentido no moral de esta expresión) y de lo moralmente recto. La manera como los distintos sistemas de ética conciben la relación entre lo bueno y lo correcto ha servido a su vez para clasificar a éstos en dos grandes categorías: éticas teleológicas y éticas deontológicas. En efecto, una ética es teleológica (de acuerdo con esta terminología) si define lo bueno en forma independiente de lo recto y luego define lo recto como lo que maximiza lo bueno. A este tipo de éticas se las suele llamar también "consecuencialistas" en el entendido de que para ellas lo moralmente decisivo no son ciertas propiedades de los actos mismos sino únicamente sus consecuencias.

Si se quiere que la clasificación sea exhaustiva, la posición deontológica tendrá que consistir en la negación de la teleológica. Según esto, una ética es deontológica si no define lo bueno independientemente de lo recto o si no define lo recto como lo que maximiza lo bueno[2].

Un ejemplo de ética teleológica es el utilitarismo de J. S. Mill (lo bueno es el placer y lo recto es lo que produce más placer) y de ética deontológica la filosofía moral de Kant (la buena voluntad no es independiente de la voluntad recta y lo recto no lo determina la maximización del bien no moral).

---

[1] Me he permitido utilizar aquí en parte mi capítulo sobre Aristóteles en Cavalier, Gouinlock y Sterba (1989), pp. 32-59. Las traducciones del griego son mías. He utilizado la edición crítica de Bywater (1957) y he consultado la traducción de Gómez Robledo (1983). Conviene leer este artículo estudiando paralelamente la selección de textos publicados en *Estudios Públicos*, 56 (1994), pp. 273-326.

[2] Cf. Rawls (1971), pp. 24 y 30.

¿Dentro de cuál de estas dos categorías cae la ética de Aristóteles? En definitiva veremos que el esquema de clasificación resulta insuficiente para entender la estructura de la filosofía moral aristotélica, pero para poder hacernos la pregunta tenemos que aclarar qué entiende Aristóteles por cada uno de los conceptos claves. Estos conceptos, a su vez, forman parte de un contexto que durante largo tiempo fue ignorado o rechazado (probablemente a consecuencia de la influencia de Hume) y que sólo recientemente ha sido reintroducido en el debate sobre filosofía moral. Me refiero a la idea de conocimiento práctico.

El conocimiento práctico

Cuando distingue formas de saber, Aristóteles suele sostener que existen tres clases fundamentales de conocimiento: el conocimiento productivo, el práctico y el teórico[3].

La mente humana en ciertas ocasiones puede dedicarse a contemplar (*theorein*) las cosas sin ninguna posibilidad o intención de modificarlas o de afectarlas. Entre tales objetos de contemplación están los cuerpos naturales, vale decir, aquellas cosas que se mueven o desarrollan debido a ciertos principios inmanentes a ellas. El principio de movimiento que reside dentro de uno de esos objetos es lo que Aristóteles llama su *fysis* o naturaleza en sentido estricto. Una piedra cae porque su naturaleza la mueve hacia el centro del universo y la bellota, con los años, se transforma en una magnífica encina también en virtud de su propia naturaleza que la impulsa en esa dirección y no en otra.

La física aristotélica, es decir, la ciencia que estudia los objetos que poseen una naturaleza (y que por ende incluye lo que nosotros llamaríamos la botánica, la zoología y otras ciencias afines), es por lo tanto una ciencia teórica o contemplativa[4].

Pero la mente humana, además de contemplar, puede originar cambios y modificaciones en las cosas. Si su intención es crear un objeto tangible, como un par de sandalias o una silla, entonces la razón procede productivamente, dando los pasos prescritos racionalmente por alguna *tejne* o destreza artesanal. Un buen zapatero y un buen carpintero poseen sendas destrezas de ese tipo. Su actividad es llamada genéricamente *poiesis* o producción.

---

[3] *Metafísica* 1025 b 25, Tópicos 145 a 15-16, *Ética Nicomaquea* (*E.N.*) 1139 a 26-28.

[4] *Metafísica* 1025 b 18-21 y *Física* 192 b 8 - 194 b 15.

Producir no es la única manera de modificar las cosas. Nuestros productos se subordinan a lo que queramos hacer con ellos. Producimos zapatos y muebles a fin de poder hacer otras cosas, como caminar para visitar a un amigo y sentarnos a conversar. Y éstas pueden ser metas que deseamos por sí mismas.

Hay, por lo tanto, un tercer uso de la razón que opera cuando intentamos alcanzar ciertas metas que no podemos "producir", pero que deseamos por sí mismas y que afectan a nuestra vida en su totalidad[5]. Dentro de la terminología aristotélica este uso de la razón se llama "ciencia práctica" o conocimiento conductor de la *praxis*, de la acción. Puesto que la meta de la filosofía moral no es contemplar el cambio o movimiento de cosas que escapan a nuestro control (como el que las piedras caigan y las bellotas germinen), ni tampoco determinar cómo fabricar objetos materiales, sino más bien orientar hacia metas últimas los actos que nosotros mismos originamos, la filosofía moral o ética es una instancia de conocimiento práctico y no teórico ni productivo.

Contrariamente a Platón[6], Aristóteles distingue rigurosamente entre saber teórico y saber práctico (en lo sucesivo dejo de lado el saber productivo), y por lo tanto también entre las respectivas facultades o capacidades. El conocimiento teórico es el resultado de la activación de *tò epistemonikón*, la parte científica del alma racional. Análogamente, el conocimiento práctico corresponde a la operación de *tò logistikón*, la parte calculativa del alma racional[7]. Estas facultades fueron llamadas por la tradición posterior "razón teórica" y "razón práctica", respectivamente.

Cuando Aristóteles establece lo que tienen de común estas dos facultades, sostiene explícitamente que "la verdad es la obra [*érgon*] de ambas partes racionales"[8]. Lo que esto quiere decir es que alcanzar la verdad es la meta de la actividad característica de ambos modos de la razón. Esto nos ayuda a evitar el error de pensar que sólo existe un modo único de la verdad y un tipo de instrumentalización de esa verdad al servicio, por ejemplo, de las pasiones.

¿Qué quiere decir que haya dos tipos de verdad? ¿Cómo distinguir una verdad práctica de una verdad teórica? El criterio que anteriormente nos permitió distinguir formas de conocimiento resulta útil en este momen-

---

[5] *E. N.* 1139 b 1-4.

[6] La tesis platónica de los reyes-filósofos supone que el conocimiento teórico y el práctico/político pueden y deben residir en la misma persona. Véase Gómez-Lobo, "Escritos políticos de Platón" (1993), pp. 337-343.

[7] *E. N.* 1139 a 5-17.

[8] *E. N.* 1139 b 12. Cf. 1139 a 29.

to. Lo que distingue una forma de conocimiento de otra es, en definitiva, la intención de la persona que se propone conocer. Si se propone contemplar, sin modificar las cosas, tenemos una forma de conocimiento; si la intención es modificar lo real, tenemos una forma distinta. Pero esto no parece ser suficiente por sí sólo para distinguir formas de *verdad*. Tiene que haber algo en la verdad misma que la haga adecuada para la contemplación o la acción, respectivamente.

La verdad es algo que buscamos primariamente como una propiedad de una oración o proposición declarativa (*apofantikòs lógos*)[9]. Por eso resulta adecuado preguntarse por las proposiciones o *logoi* que son portadores de las distintas formas de verdad. La caracterización aristotélica de dichos *logoi* es la siguiente:

1) una proposición declarativa es teórica si y sólo si su verdad es buscada en razón de sí misma (vale decir, sin ninguna intención ulterior); y
2) una proposición declarativa es práctica si y sólo si su verdad es buscada en razón de otra cosa (vale decir, de la acción)[10].

¿Cómo afecta a la acción la verdad de una proposición práctica? ¿Cómo entra este ingrediente cognoscitivo a formar parte de la motivación para actuar?

Según Aristóteles, el pensamiento práctico aprehende un objeto *posible* de deseo, algo que vale la pena desear, y que luego la facultad del deseo o capacidad apetitiva transforma en un objeto *actual* de deseo. Dos personas, por ejemplo, pueden pensar que vale la pena tener un equipo estereofónico, pero sólo una de las dos de hecho desea llegar a poseer un tal equipo pues la otra tiene otros planes o prioridades. Una misma cosa es objeto posible para ambas personas y actual sólo para una de ellas. La proposición práctica, entonces, afecta a la acción al afirmar que algo es deseable o digno de ser deseado, es decir, bueno. Las proposiciones prácticas tienen predicados valorativos y entre ellos "bueno" es el predicado fundamental.

Hay cosas que son realmente buenas y cosas que sólo parecen ser buenas sin serlo[11]. Si la proposición práctica es *verdadera*, es decir, si afirma que es bueno algo que efectivamente lo es, entonces lo que nos mueve a la acción es el bien real; si es *falsa*, lo que nos induce a actuar es el bien aparente.

---

[9] *Sobre la Interpretación* 17 a 2-4.
[10] *E. N*. 1139 a 32-36.
[11] *Sobre el alma* 433 a 28-29; *E.N*. 1113 a 15 - b 2.

Aristóteles y la metaética

De la caracterización del conocimiento práctico recién expuesta se siguen algunos rasgos de la ética aristotélica que nos permiten ver qué posiciones tomaría Aristóteles frente a las discusiones actuales de metaética.

La expresión "metaética" fue introducida por analogía con la expresión "metalenguaje", vale decir, el lenguaje que se emplea para hablar de otro lenguaje. Si tomamos, por ejemplo, el caso de una gramática griega escrita en alemán, diremos que el griego es el lenguaje objeto y que el alemán es el metalenguaje.

Análogamente, podemos decir que hay afirmaciones de ética como, por ejemplo, "mentir es inmoral", pero también podemos hacer afirmaciones *sobre la ética misma*, por ejemplo, "la ética es puramente subjetiva o relativa". Una afirmación de este tipo sería característica de la metaética.

Volvamos a Aristóteles. De su concepción de la verdad práctica se siguen las siguientes posiciones en metaética. Anoto tres de ellas.

1) La afirmación de que las proposiciones prácticas pueden ser verdaderas o falsas implica una actitud de rechazo de lo que en la primera mitad de este siglo se llamó ética emotivista[12]. Ésta era un caso particular de lo que hoy en general se designa como éticas no cognitivistas, es decir, posiciones que sostienen que no hay conocimiento moral sino sólo expresión de emociones o simplemente tomas de decisión[13].
2) La tesis de que la ética supone verdades objetivas no implica, sin embargo, que la ética sea una disciplina teórica. Si lo fuese, sus enunciados serían o bien proposiciones descriptivas de la acción humana o proposiciones evaluativas intencionales ("X piensa que F es algo bueno", "Y estima que G es moralmente obligatorio", etc.). Llegaríamos a saber lo que la gente hace o lo que cree que debe hacerse, pero esto, por sí solo, es insuficiente para conducir la acción. El papel de guiar y justificar la acción sólo puede ser asumido por proposiciones evaluativas extensionales ("F es bueno", "G es moralmente obligatorio", etc.).

---

[12] Ésta fue fundamentalmente la posición que se vio forzado a endosar el positivismo lógico debido a su tesis de que las proposiciones genuinas sólo pueden ser las proposiciones *a priori* de la lógica y las matemáticas o las generalizaciones empíricas. Como los juicios de valor no caen dentro de ninguna de estas dos categorías, para no contradecirse se vieron forzados a sostener que dichos juicios no expresan proposiciones genuinas que puedan ser verdaderas o falsas. Sólo expresan nuestras emociones. Cf. Ayer (1952), pp. 31-32 y pp. 102-113.

[13] Cf. Hare (1975), pp. 66-72.

3) La distinción entre el bien real y el bien aparente, es decir, la tesis de que las proposiciones evaluativas extensionales pueden ser verdaderas o falsas, implica a su vez que puede haber deseos correctos y deseos incorrectos[14]. Un deseo es correcto si la proposición práctica que afirma que su objeto es bueno es verdadera, y un deseo es incorrecto si la proposición correspondiente es falsa. Esto sugiere que en Aristóteles hay una fuerte tendencia antinaturalista (suponiendo el sentido que le dio G. E. Moore[15] al término "ética naturalista": una ética que declara que el bien es algo empírico y efectivamente deseado por los seres humanos). Dadas las premisas aristotélicas, se sigue que no todo lo deseado es bueno y, por lo tanto, que no todo deseo debe ser satisfecho. Se sigue también que la felicidad no puede consistir en la satisfacción de todos nuestros deseos.

El método de la ética aristotélica

El método de la ética aristotélica, dado todo lo anteriormente expuesto, no puede consistir en una observación empírica de lo que la gente de hecho desea o piensa que es bueno. Lo que cabe esperar es más bien una presentación y defensa de un catálogo de bienes reales. Esta empresa, hay que admitirlo, no tendrá la pretendida pureza de un procedimiento *a priori*, ni de un procedimiento puramente empírico. Habrá análisis del núcleo conceptual de ciertas nociones y habrá también generalizaciones a partir no tanto de la observación sensible cuanto de la experiencia vital en el seno de una comunidad política. En este sentido es más razonable decir que no existe el método de la ética aristotélica, sino diferentes modos de proceder frente a diferentes problemas.

Teniendo todo esto en cuenta, observemos ahora más de cerca la *Ética Nicomaquea (EN)*.

El bien o lo bueno

Los primeros capítulos del Libro I de la *E. N*. formulan la pregunta fundamental de la ética y el capítulo 7 ofrece un esbozo de la respuesta que Aristóteles defiende.

---

[14] *Sobre el alma* 433 a 26-27; *E. N.* 1139 a 24.
[15] Cf. Moore (1976), pp. 37-44.

Puesto que dicha respuesta incluye como un elemento clave la noción de virtud o excelencia (*areté*), Aristóteles procede a analizarla luego de distinguir dos grandes clases de excelencia. Esta distinción provee un principio para la organización del resto de la obra. En los Libros II a V se discuten las virtudes morales (o éticas) mientras que en VI y VII el tema son las virtudes intelectuales (o dianoéticas). Los Libros VIII y IX están dedicados a una excelencia que en cierto modo unifica ambos tipos de virtud, vale decir, la virtud de la amistad. Finalmente, en el Libro X se intenta dar una respuesta definitiva y concluyente a la pregunta inicial antes de iniciar la transición a la segunda parte de la filosofía práctica, contenida en la obra llamada la *Política*.

La formulación de la pregunta central recorre las siguientes etapas. Primero se nos invita a considerar el hecho de que existe una multiplicidad de bienes o fines (en efecto, toda actividad propiamente humana tiene su propio fin[16]) y de que existe una subordinación de tales fines. Hay metas que perseguimos en razón de otras metas[17]. Esto último vale no sólo para la producción, donde el fin es un artefacto cuyo uso se subordina a un fin ulterior, sino también para el caso en que el fin de la acción es la acción misma[18]. Esta última idea es difícil de entender porque parece surgir una incoherencia al decir que algo fue hecho en razón de sí mismo y a la vez en razón de otra cosa. ¿Cómo puede una acción que es un fin en sí misma poseer a la vez un fin extrínseco? La dificultad es insoluble si consideramos únicamente acciones que se ordenan a otras acciones como medios a fines (un medio, por definición, no es deseable por sí mismo), pero deja de serlo al considerar acciones que se ordenan a otras como parte de ellas. Comprar un pasaje a Atenas es un medio para viajar por Grecia, contemplar el santuario de Delfos es, en cambio, parte del viaje[19]. Éste es un punto cuya importancia se verá más adelante.

De la idea de que en la acción humana hay subordinación de fines, Aristóteles pasa a una afirmación más problemática:

> Si hay un fin de nuestros actos querido por sí mismo, y los demás por él, y si no elegimos todo en razón de otra cosa (pues de ese modo iríamos al infinito, y así nuestro deseo sería vacío y vano), está claro que ese fin sería el bien y lo óptimo[20].

---

[16] *E. N.* 1094 a 1-9.

[17] *E. N.* 1094 a 9-16.

[18] *E. N.* 1094 a 16-18.

[19] Mi interpretación de las dos formas de subordinación le debe mucho a Ackrill (1980), pp. 15-33.

[20] *E. N.* 1094 a 18-22.

Aparentemente, Aristóteles propone hipotéticamente la existencia de un fin último y luego procede a confirmarla. Se ha objetado[21] que el paso de "toda acción tiene un fin" a "existe un fin único para toda acción" implica una falacia similar al paso de "todo número es inferior a otro número" a "existe un número superior a todo número". Es por cierto falaz el suponer que si un individuo apunta a los fines A, B y C, tiene que haber un fin último D, distinto de aquellos, al cual éste apunta en definitiva, pero no lo es el sostener que si un individuo tiene como fines en sí mismos las metas A, B y C, tiene también un fin último D constituido por el conjunto del cual esas metas son miembros: {A, B, C} = D. Lo que me propongo mostrar es que el texto de Aristóteles es compatible con esta última solución.

Aparte de lo anterior, la confirmación de la hipótesis en el texto apela a la premisa de que si no hubiese un fin último nuestros deseos serían vanos. La idea expresada de este modo es que la serie de números naturales, por ejemplo, puede ser infinita pero que el deseo necesita tener un blanco, un objeto. Si todos nuestros deseos fuesen instrumentales no habría deseos. Si deseo A en razón de B y B no existe, entonces no hay razón alguna para desear A (salvo que A sea ya el fin último de mi deseo).

En todo caso, Aristóteles cuenta con la existencia de una meta última para la acción humana y la llama "el bien" (*tagathón*) o "lo óptimo" (*tò áriston*) para los seres humanos.

¿En qué consiste eso que es lo mejor para nosotros? En el Libro I se dan dos pasos para llegar a una respuesta: (1) se propone una clarificación conceptual de la pregunta misma, y luego (2) Aristóteles esboza su propia respuesta.

Con respecto al punto (1), Aristóteles sostiene que hay acuerdo generalizado en llamar a lo óptimo *eudaimonía,* "felicidad" y que es posible especificar dos rasgos indisolublemente ligados a este término: la felicidad tiene que ser algo completo (o final, *téleion,* de *télos,* fin) y algo autosuficiente[22]. El término "felicidad" en castellano suele evocar un estado emocional transitorio ("me siento feliz en este momento") y en este sentido resulta ser una traducción inadecuada de la palabra griega. Ésta apunta no a lo que uno siente sino más bien al estado en que uno se encuentra durante un período prolongado de tiempo. Por eso es usada con frecuencia para describir ciudades. Ser *eudaimon* equivale a prosperar, a que a uno le vaya bien, a medrar, a alcanzar la mejor condición de que el ser humano es capaz.

---

[21] Kenny (1975), pp. 43-52.
[22] *E. N.* 1095 a 17-20; 1079 b 22-24; 1097 a 25 - b 21.

A mi juicio, al decir que al bien humano se lo llama *eudaimonía* Aristóteles está enunciando una verdad analítica o verdad basada en el significado de los términos. También es analítica la aserción de que la felicidad tiene que ser completa y autosuficiente.

La manera de discernir completitud consiste en establecer si se dice de algo que se lo elige sólo en razón de sí mismo o en razón de sí y también de un fin ulterior. En el primer caso se trata de algo completo, en el segundo caso no. Utilizando el ejemplo dado anteriormente, habrá que decir que el fin incluyente { A, B, C } es completo según la definición dada, en cambio que A no lo es. Admiramos el templo de Apolo porque es algo que valoramos en sí mismo, pero también porque queremos tener un buen viaje por Grecia. Este último es un fin incluyente y completo.

En cuanto a la autosuficiencia de la felicidad, Aristóteles dice lo siguiente:

> Afirmamos que lo autosuficiente es lo que por su cuenta torna deseable la vida y no carece de nada. Tal pensamos que es la felicidad. Además, es la más deseable de todas las cosas sin estar incluida en la enumeración de los bienes. Si lo estuviese, está claro que sería más deseable con la adición del menor de los bienes, pues lo añadido produce un excedente de bienes y entre los bienes el mayor es siempre más deseable[23].

Este pasaje sugiere que la felicidad debemos pensarla análogamente a una ciudad capaz de proveerse a sí misma todo lo que necesita. Una unidad política es autosuficiente o autárquica si no necesita comercio exterior, si produce cuanto consume y por lo tanto puede vivir aislada. Asimismo, la felicidad debe ser concebida como algo a lo cual no se le puede agregar nada externo. No es por lo tanto un bien entre otros. Si lo fuese sería más deseable en conjunción con otro bien. Si A fuese la felicidad, el conjunto {A, B} sería más deseable que la felicidad por sí sola. Si la felicidad es por definición lo más deseable, entonces todos los bienes fundamentales tienen que caer dentro de sus fronteras.

De este modo se confirma la tesis de que una respuesta correcta a la pregunta "¿Qué es la felicidad?" debe mencionar una noción incluyente, debe especificar una colección de bienes y no un bien singular.

¿Cómo especificar dichos bienes, vale decir, cómo pasar del análisis formal de la noción de felicidad a la determinación de su contenido? Para ello, Aristóteles adopta una estrategia que consiste en determinar primero

---

[23] *E. N*. 1097 b 6-20.

la función (*érgon*, obra) del ser humano. Diversos errores suelen surgir en la interpretación de esta estrategia. Por una parte, si se toma demasiado literalmente el término "función", se objetará que los instrumentos tienen una función definida (p. ej., la función del martillo es martillar) pero que los seres humanos no están hechos para algo determinado. A esto habrá que responder que la palabra *érgon* sugiere algo más amplio que puede traducirse como "actividad característica", "modo típico de obrar", sin que esto deba ser un accionar puramente instrumental.

También se ha pensado que al preguntar por el *érgon* del ser humano lo que estaría haciendo Aristóteles sería poner como punto de partida de su ética la naturaleza del hombre. A quienes aceptan esta interpretación y aprueban la tesis filosófica subyacente hay que indicarles que, curiosamente, el texto no incluye referencia alguna al término "naturaleza", sobre todo en su sentido específicamente aristotélico (= principio inmanente del movimiento de un ente). Quienes aceptan la interpretación pero rechazan la tesis involucrada pueden decir que Aristóteles es culpable de una forma de naturalismo, vale decir, de inferir evaluaciones a partir de descripciones. La constatación de lo característico del hombre, según esta objeción, nos dice algo que es, sin garantizar inferencia alguna acerca de lo que debe ser.

A mi juicio, todas estas dificultades pueden disolverse mediante un análisis correcto del argumento que aparece formulado en el texto. Sus premisas y su conclusión son las siguientes:

> (1) Para todo x que posee una actividad característica (o *érgon*) *e*, si *x* ejercita *e* bien, entonces *x* es un buen x.
> (2) El ser humano tiene la actividad característica R.
> Por lo tanto,
> (3) si un ser humano ejercita R bien, será un buen ser humano[24].

La conclusión (3) equivale a la definición explícita que aparece en el texto y que habría que traducir literalmente como "actividad del alma según [su] virtud". Aristóteles agrega en seguida, independientemente del argumento, "y todo esto, además, en una vida completa". Si alguien ha vivido una vida que no ha quedado trunca a temprana edad y que no ha tenido períodos en que la actividad humana no ha sido ejercida bien, entonces diremos que ésa fue una vida buena, es decir, feliz.

Al reflexionar sobre el argumento mismo, lo primero que observamos es que Aristóteles acepta sin discusión el supuesto de que para todo ser

---

[24] *E. N.* 1097 b 24 - 1098 a 20. He discutido más detalladamente el alcance de este argumento en Gómez-Lobo (1991), pp. 1-15.

humano es bueno ser un buen ser humano. El florecer o medrar es, por ende, aquel estado que es óptimo para mí y en el cual yo soy un ser humano óptimo, de la máxima calidad. Lo decisivo no es lo que yo sienta sino si mi vida satisface ciertos parámetros objetivos de calidad.

También hay que tener en cuenta que "hacer algo *bien*", "ejercitar *bien* una actividad" es equivalente a "hacer algo, ejercitar una actividad *según su virtud*". Las frases adverbiales sirven obviamente para evaluar y elogiar aquello a lo cual se aplican. Si retenemos esta idea y observamos además la aparición del predicado "buen" en la premisa (1), resulta claro que Aristóteles parte de un principio de evaluación y elogio que sus interlocutores (y quizás nosotros también) aceptarían como obviamente verdadero al tener en cuenta que es una generalización a partir de nuestro modo habitual de evaluar. Si alguien toca bien el violín, no dudamos en decir que es un buen violinista.

Las dificultades más serias surgen en torno a la premisa (2). Al comienzo Aristóteles argumenta en favor de esta premisa aduciendo doctrinas psicológicas que aparecen en su tratado *Sobre el alma.* El nivel básico de la vida, vale decir, la vida de nutrición, reproducción y crecimiento es descartada porque no constituye algo específico del ser humano, algo que caracterice al ser humano y a nadie más. Tener buena salud no equivale a ser un buen ser humano sino a ser un buen ser viviente. Por la misma razón se excluye también la vida perceptiva. Muchos vivientes poseen además la capacidad de percibir.

Lo típico de los seres humanos es el actuar "conforme a la razón o no sin ella". Por "razón" debemos entender ante todo la capacidad para verbalizar o justificar mediante el lenguaje lo que afirmamos o hacemos.

Al actuar, tenemos dos posibilidades. Podemos hacer algo cuya justificación será aceptable para la comunidad al momento de dar razón de lo hecho y podemos también hacer algo que resultará inaceptable. Cuando hacemos algo injustificable, no estamos haciendo algo totalmente irracional. Lo racional en ciertas circunstancias es enfrentar un peligro, ser valientes. Es lo que la comunidad espera de nosotros. Pero un acto de cobardía tiene su propia racionalidad, puede ser explicado a partir de la intención de preservar la propia integridad física o incluso la vida, aunque eso sea insuficiente para justificarlo. En todo caso, el dar razón de lo que uno hace, justificándolo, o explicando lo injustificable, es privativo del ser humano.

Al consignar dos posibilidades opuestas lo que ha hecho Aristóteles es identificar de manera neutral el *érgon* humano. Es como decir que el *érgon* del violinista es tocar el violín bien o mal. La descripción genérica de un tipo de actividad no implica evaluación de las instancias particulares

de su ejercicio. No hay aquí por lo tanto una inferencia de norma o valor a partir de una descripción neutral.

La evaluación procede a partir de estándares lógicamente independientes de la especificación del *érgon*. El juicio de que ciertos usos de la razón son buenos (el uso, p. ej., que promueve actos de valentía) no está fundado sobre una consideración teórica. Las virtudes son principios prácticos irreductibles. Esto explica por qué Aristóteles dedica la mayor parte de su obra de ética al paciente estudio de las virtudes o formas de ser un excelente ser humano.

Al mencionar por vez primera la posibilidad de que las virtudes constituyan una pluralidad, Aristóteles anota que "si hay varias excelencias, [el bien humano es actividad] conforme a la mejor y *teleiotaten*"[25]. Esta última palabra se suele traducir como "la más perfecta", lo cual genera una dificultad largamente debatida entre los especialistas: la felicidad aristotélica parece consistir ahora en actuar conforme a una sola virtud. Esto implicaría una concepción excluyente que estaría en contradicción con la interpretación incluyente defendida hasta ahora.

El problema se agudiza al considerar el pasaje del Libro X en el cual Aristóteles retoma la definición del Libro I:

> Si la felicidad es actividad conforme a la virtud, es razonable que sea [actividad] conforme a la más alta; y ésta será la de lo mejor. Que esto sea el intelecto [*nous*] u otra cosa que se piense que por naturaleza nos rige y guía y tiene noticia de las cosas nobles y divinas [...] la actividad conforme a su peculiar virtud será la felicidad completa [*téleia*]. Que [esta actividad] es contemplativa, ya lo hemos dicho[26].

Este pasaje llama claramente "felicidad completa" a la actividad de una sola capacidad humana, el intelecto, una facultad que el Libro I no consideraba un fin completo[27].

¿Hay una seria incoherencia en el corazón mismo de la ética aristotélica? ¿Se trata de una contradicción que lleva a considerar de dos maneras radicalmente distintas la relación entre el bien y lo recto? Si la felicidad perfecta incluye el ejercicio de las virtudes morales, lo recto sería parte del bien, pero si el bien se identifica exclusivamente con la actividad contemplativa, entonces lo recto quedaría excluido del bien y tendría que ser concebido como conducente al bien.

---

[25] *E. N*. 1098 a 16-18.
[26] *E. N*. 1177 a 12-18.
[27] *E. N*. 1097 b 2.

Esta última posibilidad tiene la desagradable consecuencia de que a veces el hacer algo inmoral puede ser el modo más eficiente para generar condiciones que permitan teorizar. Si es así, el sistema justificaría actos moralmente incorrectos ejecutados en prosecución del más alto bien[28].

¿Es correcto atribuirle este tipo de inmoralismo a Aristóteles? Me parece que no. En primer lugar, no cabe duda de que Aristóteles piensa sin vacilaciones que ciertas acciones son inmorales independientemente de sus consecuencias:

> Jamás es posible, entonces, actuar rectamente con respecto a ellos [*sc*. el adulterio, el robo, el asesinato]. Siempre se yerra [*hamartánein*, se hace lo moralmente incorrecto][29].

En segundo lugar, la tesis de que Aristóteles favorecería el ejercicio de la contemplación en desmedro de todo otro tipo de acción no toma en cuenta una idea que está difundida por todo su pensamiento: la existencia de una jerarquía natural de niveles de vida ordenados de modo que la activación de los niveles más altos descansa sobre la activación de los más bajos. Así como la vida de los sentidos presupone en todo momento el funcionamiento de la vida de nutrición, así también el ejercicio pleno de la contemplación presupone que los requerimientos de la vida moral hayan sido satisfechos. Desde esta perspectiva, decir que la contemplación es la felicidad completa equivale a decir que esta actividad no es sino la coronación de un edificio que posee partes inferiores pero que sin ella quedaría incompleto.

Las pruebas textuales para la solución que he sugerido parecen ser escasas, pero esto se debe, a mi juicio, al hecho de que para Aristóteles era obvio que "nadie llamaría dichoso a quien no tiene una pizca de valentía, templanza o justicia"[30]. Por otra parte, la concepción de la felicidad como contemplación sin moralidad se derrumba frente al argumento de la autosuficiencia. La contemplación junto con el ejercicio de las virtudes morales produce una vida más deseable que una vida de pura contemplación.

También existe el problema de la posibilidad misma de una vida exclusivamente contemplativa:

> Una vida tal [la vida contemplativa] sería superior a la condición humana pues un hombre no vivirá así en cuanto hombre, sino en

---

[28] Cf. Kenny (1978), p. 214 Nº 1 y Adkins (1970), pp. 345-346.
[29] *E. N.* 1107 a 14-15.
[30] *Política* 1323 a 27-28.

> cuanto existe en él algo divino. En cuanto se diferencia esto del compuesto [humano], en tanto se diferencia su actividad de la del resto de la virtud. Si el intelecto es divino comparado con el ser humano, esta vida será divina comparada con la vida humana[31].

Más adelante el texto agrega:

> Para actuar se necesitan muchas cosas, y más cuanto más grandes y nobles sean las acciones. Pero el contemplador no requiere nada de esto, al menos para el ejercicio de su actividad. En realidad, por decirlo así, son obstáculos ciertamente para la contemplación. Pero en cuanto es un ser humano que convive con numerosas personas, elige practicar actos conformes a la virtud [moral][32].

Estos pasajes distinguen entre lo que el hombre hace en cuanto hay algo divino en él y lo que hace en cuanto es hombre, es decir, en cuanto hay en él una pluralidad de facultades además del intelecto. Esta distinción corresponde, en la acción, a la diferencia entre contemplar y actuar en forma moralmente recta. El que sea posible trazar la distinción conceptualmente no significa que un ser humano pueda de hecho desligarse completamente de la comunidad humana. En efecto, hay un fondo de sabiduría aristotélica en el lema *primum vivere, deinde philosophari*. Hay que esforzarse por filosofar pero antes de hacerlo hay que satisfacer los requerimientos más elementales que la vida nos impone.

Estos requerimientos previos son menos valiosos que los más altos, pero sus exigencias son más perentorias. Aristóteles no es partidario de la idea de que la bondad humana se pueda alcanzar mediante actividades puramente intelectuales, pero sí ve méritos en una vida "de acuerdo con el otro tipo de virtud", esto es, con la virtud moral y, por implicación, como veremos, con la prudencia. Esta vida ocuparía un segundo lugar en una ordenación jerárquica de las mejores formas de vida[33]. Sería una vida sin la coronación que provee la contemplación, pero sería al menos una vida buena porque implica actualización de la capacidad para asegurarse los bienes externos y goce de un subconjunto de los bienes humanos intrínsecos, los bienes morales.

La atribución por implicación de la tesis inmoralista a Aristóteles se debe en parte a la tendencia (post-utilitarista) a requerir maximización en la relación entre lo recto y lo bueno. Es verdad que Aristóteles nos exhorta a

---

[31] *E. N*. 1177 b 26-31.
[32] *E. N*. 1178 b 1-6.
[33] *E. N*. 1178 a 9-22.

"inmortalizarnos [*athanatizein*, actuar como inmortales]", es decir, a practicar la actividad que nos emparienta con los dioses, y esto tiene un dejo de maximización. Pero a la vez agrega: "en la medida de lo posible"[34]. En efecto, la práctica de la contemplación está restringida por un sinnúmero de factores, entre ellos por la vida en la comunidad. A veces la elección entre contemplar o hacer otra cosa será neutral y en ese caso deberíamos (en sentido prudencial, es decir, nos conviene) optar por contemplar. Pero en otras circunstancias la elección no será neutral. Los requerimientos más fundamentales de la moralidad señalarán que debemos renunciar a la contemplación, porque de lo contrario estaríamos renunciando a bienes más básicos, a aquellos que nos hacen *agathoi*, hombres buenos.

La ética aristotélica no requiere maximización ni en función del agente ni en función del mayor número de personas. Es ante todo una ética prudencial, pues sostiene que lo que debe hacerse está determinado por lo que en las circunstancias concretas aparece como el bien digno de perseguirse.

Resumiendo podemos decir que para Aristóteles lo últimamente bueno para el ser humano consiste en dos niveles posibles de prosperidad o felicidad. Los dioses (o el dios) prosperan en cuanto practican *su* actividad característica, la contemplación. Si un ser humano corona una vida de excelente actuación con respecto a sí mismo, su familia, sus amigos y su ciudad añadiendo a esa actuación la práctica de la contemplación, habrá alcanzado el nivel más alto de florecimiento o prosperidad humana. La obra característica del hombre, el uso de la razón, se habrá cumplido y bien. Pero si la vida política resulta ser demasiado absorbente o si carece de talento para los estudios teóricos, o si las circunstancias exteriores (la falta de recursos y, por ende, de ocio) le impiden dedicarse a ellos, ese mismo hombre puede ser un hombre bueno y prosperar alcanzando un segundo nivel de felicidad. Puede activar bien sus capacidades, aunque una de ellas, la más alta, no haya sido activada. Por el contrario un hombre que traicione a su familia, amigos o ciudad (fallando, por ejemplo, en la práctica de la virtud moral de la justicia), aunque lo haga en prosecución de mayor contemplación, no habrá activado *bien* lo típico del ser humano. Por lo tanto, no puede ser feliz.

Ambas formas de felicidad consisten en actuar, en el sentido amplio de este término. Uno no florece simplemente por haber tenido la suerte de poseer riqueza, buena salud o apostura física. Uno tiene que hacer algo y hacerlo según la razón (*katà lógon*).

---

[34] *E. N.* 1177 b 33.

Actuar según la razón equivale a proceder de acuerdo con ciertos parámetros que la ciudad aprueba y que filósofos como Aristóteles ayudan a clarificar. Como vimos, hay dos conjuntos de tales estándares: las virtudes morales y las intelectuales. Estas últimas, a su vez, son de dos clases: las que tienen que ver con el uso de la razón para alcanzar la verdad en función de la acción (de éstas la más importante es la *frónesis*, prudencia, sabiduría práctica) y las que tienen que ver con el uso de la razón para alcanzar la verdad en función de la verdad misma (de éstas la más importante es la *sofía*, sabiduría teórica)[35]. Los actos conforme a todas estas virtudes son los bienes humanos básicos. Sería óptimo obtenerlos todos, pero la experiencia nos muestra que esto no es ni posible ni conveniente. Tenemos que optar y optar prudentemente, es decir, evitando que al apuntar a un bien más alto (pero más prescindible) nos privemos de un bien cuya ausencia nos deje en calidad de hombres malos. Lo moralmente recto es un bien de este tipo.

Lo moralmente recto

La rectitud de un acto según Aristóteles depende de su conformidad con una virtud moral. Si al enfrentar un peligro una persona se conduce conforme a los dictados de la valentía, su acto será moralmente correcto. Pero no basta con seguir lo que esencialmente es una norma pública. Se requiere también un cierto estado mental en la persona misma:

> Además, no hay semejanza entre las artes [*téjnai*, saber de los artesanos] y las virtudes en este punto. Los productos de las artes tienen su bondad dentro de sí mismos de modo que basta con que tengan cierta disposición. Pero si los actos conforme a las virtudes tienen ellos mismos cierta disposición, no se sigue que hayan sido ejecutados justa o templadamente. El agente, al actuar, tiene que tener también cierta disposición. En primer lugar tiene que actuar con conocimiento; segundo, tiene que elegir los actos y elegirlos por sí mismos, y, tercero, tiene que actuar de manera firme e inconmovible[36].

Un acto con plenitud de rectitud moral requiere entonces que el agente sepa exactamente lo que está haciendo (si actúo con aplomo ante un peligro pero ignoro que estoy enfrentado a una situación peligrosa, no

[35] *E. N*. 1143 b 14-17.
[36] *E. N*. 1105 a 27-33.

habrá valentía), que opte él mismo por el acto (a diferencia de la persona forzada a hacer algo) y por último que reaccione siempre del mismo modo. Si normalmente escapo cuando hay situaciones peligrosas, pero en una ocasión me detengo y enfrento el peligro, esto es insuficiente para que sea valiente. Aristóteles enfatiza este último requisito al sostener que el género próximo de la virtud es el ser un hábito o estado disposicional, vale decir, una disposición a reaccionar de manera igual o muy semejante frente a episodios de "apetito, ira, miedo, confianza, envidia, gozo, amor, odio, nostalgia, envidia, piedad"[37]. Todas estas emociones son pasiones, cosas que nos suceden, querámoslo o no.

El núcleo de la acción virtuosa es, sin embargo, la elección y la elección de un acto por sí mismo, valorando el acto mismo y no lo que se derive de él. Valiente es quien enfrenta un peligro razonable porque considera que hacerlo es valioso en sí mismo. Si lo hace exclusivamente por la recompensa que espera obtener, su acto no será plenamente virtuoso. Este último requisito reafirma la tesis de que lo recto es concebido por Aristóteles como un bien en sí y no como algo instrumentalmente conducente a otra cosa. Esto no excluye por cierto que al optar por lo recto optemos a la vez por algo de lo cual lo recto forma parte, *viz.*, la felicidad.

¿Qué es el objeto de una elección virtuosa? La respuesta a esta pregunta es una de las doctrinas aristotélicas más conocidas: el punto medio o intermedio (*meson*) entre dos extremos cuya elección sería viciosa. La noción de medio es sin duda cuantitativa. Su aplicación cobra sentido porque el común de las gentes acepta la idea de que en nuestras pasiones y acciones se da exceso y defecto. Sabemos lo que significa estar excesivamente atemorizado o excesivamente confiado. Si un hoplita o soldado de infantería pesada se adelanta a la línea de su falange, sus compañeros dirán que es un osado o un temerario. Si deliberadamente se queda atrás cuando las filas avanzan dirán que es un cobarde. Uno tuvo demasiada confianza, el otro demasiado poca.

Estos juicios cuantitativos no son reductibles, por cierto, a un cálculo estrictamente aritmético. Existe en primer lugar el problema de que las circunstancias cambian. Es imposible determinar matemáticamente el momento debido, el entorno adecuado, las personas precisas, la meta apropiada, el modo cómo conviene actuar, etc.[38]. También las condiciones subjetivas varían ampliamente de modo que al determinar el punto medio para una elección uno no tiene que dejar de tomar en cuenta la propia constitu-

[37] *E. N.* 1105 b 21-23
[38] Cf. *E. N.* 1106 b 21-22.

ción. Una cantidad de comida insuficiente para Milo, un gigantesco boxeador de Crotona, puede ser excesiva para un atleta pequeño y delgado que se inicia recién en los deportes[39]. El entrenador tendrá que encontrar un punto medio distinto para cada uno de ellos al prescribir su dieta.

Aristóteles quiere que entendamos al agente moral como un individuo que lleva en sí mismo tanto al atleta como al entrenador. La templanza o moderación (*sofrosyne*) requiere que considere mi constitución física al momento de deliberar acerca de si debo o no tomar otra copa del embriagador vino de Paros y requiere también que yo mismo determine el punto medio sin delegar esta tarea en otra persona. Esta determinación será eminentemente prudencial. Este último rasgo de la acción moralmente excelente está claramente incorporado a la definición oficial de virtud moral en el Libro II:

> La excelencia [*areté*, virtud moral] es por lo tanto un estado [*hexis*, hábito, modo de ser] electivo que está en un punto medio, el relativo a nosotros, determinado por la razón [*lógos*] y tal como lo determinaría el hombre prudente[40].

Actuar en forma moralmente excelente consiste en elegir habitualmente un término medio, procediendo con prudencia, es decir, determinando ese punto no a partir de los propios gustos, pasiones o inclinaciones sino mediante el *lógos*, es decir, la capacidad para dar, mediante el lenguaje, una justificación pública. Cuando Aristóteles hace más adelante una referencia a la definición, agrega que se trata del "*lógos* recto" o recta razón[41], en el entendido de que un *lógos* es recto cuando el enunciado que lo expresa es verdadero[42]. Esta precisión es comprensible pues un *lógos* es falso cuando la identificación del término medio es errónea dadas las circunstancias, constitución del agente, etc. Si pienso que no es excesivo para mí beber cuatro vasos de vino pese a que no he comido y a que debo conducir mi automóvil, estoy equivocado y mi acción distará mucho de ser templada.

El *lógos* recto o verdadero no es una facultad (como parece sugerir "recta razón", la traducción tradicional derivada del latín), sino una oración singular que identifica la intensidad de una emoción o una acción particular como la meta o el bien que el agente debería tratar de alcanzar. "Un vaso de vino (y sólo uno) es lo deseable para mí en estas circunstancias" sería un

---

[39] *E. N*. 1106 b 3-4.
[40] *E. N*. 1106 b 36 - 1107 a 2
[41] *E. N*. 1138 b 20, 25 y 29
[42] *E. N.* 1139 a 24.

ejemplo de razón verdadera. La deliberación surge en seguida como un razonamiento acerca de cómo alcanzar dicha meta (no sentarme cerca del bar, no comer algo que me exacerbe la sed, etc.).

Un *lógos* recto como el descrito es objetivo en el sentido de que si bien es relativo a las circunstancias y a las condiciones del sujeto, puede ser verdadero o falso. Es verdad (o falso) que para un agente *a* en el conjunto de circunstancias *c* la acción *f* es el término medio. Una proposición de esta forma funciona como *arjé* o principio de un acto concreto.

La recta razón, sin embargo, no es una proposición puramente *a priori* ni estrictamente observacional. Aristóteles probablemente tiene razón al advertirnos que su captación está condicionada subjetivamente por el temple moral del agente. Quien está acostumbrado a elegir habitualmente bajo los dictados del placer, fácilmente cometerá ciertos tipos de error intelectual. Aristóteles explica:

> Lo placentero y lo doloroso, en efecto, no corrompen ni deforman todos los juicios, por ejemplo, el de que el triángulo tiene o no tiene ángulos iguales a dos rectos, sino sólo los referentes a los actos [*tò praktón*, lo actuable]. En efecto, los principios de los actos son aquello en función de lo cual se actúa y al que está corrompido por el placer o el dolor no se le manifiesta inmediatamente el principio, ni [capta] que debe elegirlo y hacerlo todo en función de él y por él. El vicio es corruptor del principio[43].

La doctrina de este pasaje es que la captación intelectual de los bienes morales se puede ver seriamente obstaculizada por malos hábitos morales. Al intemperante no se le "aparece"[44] el término medio, no ve cuál sería, para él, la cantidad correcta de vino a beber esta tarde. Cree que una cantidad mayor "está bien". Aristóteles expresa también esta idea en una forma algo pintoresca que ha causado innecesarias confusiones:

> La virtud hace recto el blanco [meta, fin], la prudencia lo que conduce a él[45].

La excelencia moral torna recta la meta en cuanto le permite al agente evitar los errores de aprehensión a que lo conducirían los vicios. Esto no implica atribuirles a las virtudes morales una capacidad cognoscitiva. La aprehensión del fin (tanto de la vida como de un acto particular) es tarea de la razón práctica.

---

[43] *E. N.* 1140 b 13-20
[44] *E. N.* 1144 a 34 - b 1.
[45] *E. N.* 1144 a 7-9.

A partir de estas consideraciones, Aristóteles extrae la generalización de que "es imposible ser prudente [*fronimos*, prácticamente sabio] sin ser bueno"[46]. Dado que la prudencia se extiende también a la captación y evaluación de los bienes en general sin quedar restringida a los bienes morales, resulta que la rectitud moral no sólo es un bien en sí mismo sino que también una condición necesaria para la adecuada prosecución de cualquier bien y, por ende, de la felicidad. El imposible ser feliz si no se es moralmente recto.

Conclusiones

Si tratamos ahora de clasificar la ética aristotélica dentro de la dicotomía teleológica/deontológica, tendremos que conceder de inmediato que su estructura básica no nos permite clasificarla como una ética deontológica. Lo definitorio de la posición deontológica es la pretensión de definir lo recto en forma independiente de lo bueno. La intuición que genera esta tesis es que uno debe cumplir con su deber, sean cuales fueren las consecuencias que se sigan de ese cumplimiento. Hay algo admirable, por ejemplo, en el caso del juez que trata de hacer justicia sin variar su dictamen por el hecho de que éste pueda traerle consecuencias nocivas a él o a otras personas, pero cuando esta posición se lleva a un extremo, vale decir, cuando se invocan criterios de justicia sin referencia a bienes no morales, cuando lo justo se infiere a partir de un procedimiento puramente formal, uno termina por quedarse sin criterios de justicia que puedan aplicarse razonablemente al mundo real.

En este sentido, la ética aristotélica no es deontológica porque los criterios morales que las virtudes proveen están estrechamente ligados a los bienes no morales. La justa distribución proporcional tiene en cuenta los bienes a distribuir y la virtud moral de la liberalidad se ejerce siempre considerando los bienes, el capital, de la persona que tiene la obligación moral de ser liberal.

La ética aristotélica no es deontológica por un segundo motivo. Es cierto que, como vimos, debemos tomar la decisión moralmente virtuosa en razón de sí misma, como un fin en sí, y no por una recompensa posterior. Pero esa decisión debe tomarse así porque una virtud moral es, a la vez, un bien en el sentido no moral del término. Debo cumplir con mi deber no porque me tenga que someter a un imperativo categórico cuyo impacto

[46] *E. N.* 1144 a 36 - b 1. Cf. 1113 a 29 - b 2.

sobre mí no tomo en cuenta, sino que debo actuar en forma excelente o virtuosa *porque me conviene.* Mi consideración primera es la consideración prudencial.

Esta última afirmación ha llevado a veces a pensar que la ética aristotélica es una especie de utilitarismo egoísta: lo recto sería lo que promueve mi propio bien. En cierto sentido esto es verdad, siempre y cuando lo entendamos de determinada manera. Promoción no significa lo mismo que maximización. Si tengo oportunidad de actuar con valentía, debo hacerlo porque es bueno para mí, pero esto no implica maximización. Aristóteles sugiere que sería de locos declarar guerras para que haya batallas y matanzas (y poder así ejercitar la valentía)[47].

La valentía me beneficia, pero también beneficia a los soldados que me rodean y en definitiva a mi *polis*, pues su libertad depende del coraje de sus ciudadanos. Esto es aun más claro en el caso de la justicia. La justicia me beneficia a mí y también beneficia a todos los que tienen trato conmigo. Al cautelar este bien propio, respeto y promuevo a la vez los bienes de los demás. Dado su énfasis en las virtudes morales (que son todas sociales), resulta que la ética aristotélica es un caso, paradójicamente, de egoísmo altruista.

¿Se trata entonces de un utilitarismo universalista que emplea como criterio moral la promoción del "mayor bien del mayor número de personas" (Mill)? Por cierto que no. Aristóteles probablemente habría pensado que ese criterio es ininteligible. Yo no puedo hacer nada (o muy poco) por promover los bienes básicos de los demás. Estos bienes son los actos conforme a la virtud y solamente las personas mismas pueden, al actuar ellas mismas, apropiárselos. Además, son las virtudes las que en combinación con la percepción de las circunstancias particulares proveen criterios morales. No necesito que una idea tan difusa como la del mayor bien del mayor número de personas me diga lo que debo hacer en este momento para actuar con valentía.

Por último, se sigue también que la ética aristotélica no es teleológica porque el bien humano no resulta ser independiente de lo recto. Las acciones moralmente rectas son un subconjunto de los bienes que constituyen los dos niveles de la felicidad. En el nivel segundo priman las excelencias morales (y la prudencia) pero hay también bienes externos y, por cierto, amistad. Lo bueno y lo recto no se identifican del todo. Menos aún se identifican en la vida más perfecta en la cual, además de los bienes de la

---

[47] *E. N.* 1177 b 412.

vida segunda, se encuentra también el ejercicio de lo más divino en nosotros conforme a su virtud específica.

Es imposible ser feliz si no se es moralmente recto no sólo porque de lo contrario corremos el riesgo de no discernir bien lo que nos hará felices, sino porque en eso consiste, en gran parte, el bien humano o la felicidad.

BIBLIOGRAFÍA

Ackrill, J. L. (1980). "Aristotle on Eudaimonia". En A. O. Rorty, *Essays on Aristotle Ethics*. University of California Press. Berkeley.

Adkins, A. W. H. (1970). *Merit and Responsibility*. Oxford: Oxford University Press.

Araujo, M.; y Marías, J. (1981). *Aristóteles, Ética a Nicómaco*. Madrid: Estudios Políticos.

Ayer, A. J. (1952). *Language, Truth and Logic*. Dover, Nueva York (hay traducción castellana).

Bywater, I. (1970). *Aristotelis Ethica Nicomachea* (1ª ed.) 1894. Oxford: Oxford University Press.

Cavalier, R. J.; Gouinlock J.; Sterba, J. P. (1989*). Ethics in the History of Western Philosophy*. Nueva York: St. Martin's Press.

Flashar, H. (1983). *Aeltere Akademie-Aristoteles-Peripatos*, Vol. 3 de la primera parte de F. Ueberweg, *Grundriss der Geschichte der Philosophie.* Stuttgart: Schwabe Verlag. Una obra fundamental para el especialista.

Gómez-Lobo, A. (1991). "La fundamentación de la ética aristotélica". *Diánoia* (México), 37.

——— "Textos escogidos de la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles". *Estudios Públicos*, 56 (primavera 1994).

——— "Escritos políticos de Platón". *Estudios Públicos*, 51 (invierno 1993).

Gómez Robledo, A. (1983). *Ética Nicomaquea.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Guariglia, O. (1992). *Ética y política según Aristóteles*, Vol. I. *Acción y argumentación*, Vol. II. *El bien, las virtudes y la polis.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Hare, R. M. (1975). *The Language of Morals*. Oxford: Oxford University Press. (Hay traducción castellana).

Kenny, A. (1975). "Happiness". En J. Feinberg (ed.), *Moral Concepts*. Oxford: Oxford University Press.

——— (1978). *The Aristotelian Ethics.* Oxford: Oxford University Press.

Kraut, R. (1989). *Aristotle on the Human Good*. Princeton: Princeton University Press.

Loening, R. (1967). *Die Zurechnungslehre des Aristoteles* (1ª ed. Jena, 1903). Hildesheim: Olms Verlag.

Moore, G. E. (1976). *Principia Ethica*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pallí Bonet, J. (1985). *Aristóteles, Ética Nicomaquea, Ética Eudemia*. Madrid: Gredos. Contiene valiosa información bibliográfica acerca de los comentarios y estudios de ética aristotélica.

Rawls, J. (1971). *A Theory of Justice.* Cambridge: Harvard University Press (hay traducción castellana). □

EL NACIONALISMO Y LA NATURALEZA HUMANA
(A LA MEMORIA DE CARLOS RANGEL)*

Carlos Alberto Montaner

En estas páginas se propone examinar el fenómeno del nacionalismo desde un ángulo "biologista". La nación (grupo fuertemente cohesionado por señas de identidad común) aparece aquí como una estrategia inconsciente de la especie para lograr prevalecer. Mientras el individuo necesite de otros para dotarse de una identidad propia —se señala—, esa identidad siempre requerirá de grupos distintos para establecer el contraste; y mientras se mantenga vigente la fuerza vital que anima a nuestra especie y la impulsa a continuar reproduciéndose, existirá una urgencia ciega hacia la constitución de grupos diversos y competidores, es decir, potencialmente hostiles. La conclusión de este análisis —sostiene el autor— tiene dos caras. La primera es reconocer que la nación, esa indoblegable voluntad de tribu, forma parte de la más íntima naturaleza humana. La segunda es que ese impulso instintivo, para que no sea letal, debe quedar sujeto al imperio de las leyes, de los controles democráticos y de la moral.

CARLOS ALBERTO MONTANER. Distinguido ensayista, escritor y periodista cubano, residente en Madrid. Ampliamente conocido como uno de los líderes políticos del exilio cubano.

* Conferencia pronunciada el 24 de octubre durante las II Jornadas Liberales: "Nacionalismo y Cultura. Homenaje a Carlos Rangel", en Benidorm, Alicante, 24-28 de octubre, 1994.

Estudios Públicos, 71 (invierno 1998).

"Qué linda es mi bandera, si alguno la mancilla
le parto el corazón. Viva México".
(Corrido frecuentemente cantado por Pedro Vargas)

Acerquémonos al exergo con que comienzan estos papeles: "Qué linda es mi bandera/ si alguno la mancilla, le parto el corazón./ Viva México". Se trata del estribillo de un famoso corrido mexicano, pero en sus cuatro líneas resume el fenómeno que nos ha traído hasta Benidorm. Ahí está todo: el símbolo sublimado (la bandera), la violencia potencial (le parto el corazón), y la identificación de la entidad venerada: México, la patria, la nación adorada por los que estamos dispuestos a sufrir o a infligir los mayores sacrificios y penitencias.

La elección de esta estrofa, por supuesto, en modo alguno quiere decir que vamos a dedicar las reflexiones que siguen a indagar sobre el proverbial nacionalismo mexicano. Esto a lo que hoy llamamos *nacionalismo* probablemente forma parte de la historia universal del bicho humano, desde mucho antes de que existieran las llamadas naciones, y tal vez no sea otra cosa que una manifestación externa del gregarismo que caracteriza a nuestra especie.

Esa emocionada y emocionante escena de *Casablanca* en la que los franceses, estremecidos por la pasión patriótica, ahogan con *La Marsellesa* los cantos de los alemanes, con otras voces y con otros ritmos pudiera filmarse en Bosnia y en Serbia, en la franja de Gaza o en Tel Aviv, en la India rota por el conflicto entre musulmanes e hindúes, en la Irlanda dividida entre protestantes y católicos, y hasta es posible imaginarla con la música de fondo del tan-tan de los tambores africanos en un *Rick's café* zaireño en el que coincidan los refugiados hutus y tutsis.

De manera que hay que comenzar por descartar las actitudes despreciativas con relación al nacionalismo. Ningún grupo humano está exento de su influencia. Les ocurre a todos. Nos ha ocurrido a todos. Todos tenemos alguna experiencia personal que apunta en esa dirección. ¿No hemos sentido alguna vez, al escuchar el himno de la patria, una especie de nudo en la garganta y un raro temblorcillo en el labio superior? ¿No hemos asumido como propio el triunfo ajeno de un equipo deportivo de nuestra nación? ¿No hemos saltado de alegría ante el gol propio? ¿No hemos percibido un extraño orgullo por los triunfos del país y un no menos extraño pesar por sus fracasos? Estamos, pues, ante una emoción universal que trasciende las razas y culturas, los límites geográficos y la historia.

Una sonda indagatoria

Dicho esto, me parece conveniente explicar el propósito de este ensayo: no me propongo atacar o defender la ocurrencia del nacionalismo. Pienso que el nacionalismo —junto a indudables beneficios— ha sido la coartada histórica de un sinfín de canalladas y atropellos, pero no es al análisis ético o político a lo que van dedicadas las páginas que siguen, sino a tratar de entender por qué y cómo acaece este fenómeno.

El punto de partida, la sonda indagatoria —es bueno advertirlo desde ahora— es una visión *neodarwiniana* de la persona. Es decir, doy por sentado que el hombre es un animal más sobre el planeta, sujeto, como todos, al proceso de la evolución natural y al rigor de las fuerzas biológicas que, en gran medida, determinan su conducta.

Me doy cuenta, obviamente, que este enfoque ya fue objeto de un importantísimo debate a lo largo del siglo XIX, pero de la misma manera que el liberalismo o la ortodoxia económica de la Escuela de Viena han resurgido de sus aparentes cenizas —tras un siglo de haber sido, supuestamente, superados—, el análisis *biologista* es hoy el que prevalece en casi todos los campos de investigación sobre la naturaleza humana[1].

Éste, naturalmente, es un espinoso terreno, porque resulta muy fácil —aunque sea erróneo— justificar desde la biología posturas racistas o sexistas, pero tal vez la peor de las actitudes asumibles por intelectuales que se respeten, y que respeten a sus colegas, sea la de callar por miedo a las etiquetas denigrantes o por no violar las pacatas reglas de lo que hoy se califica como "políticamente correcto".

Al fin y al cabo, mucho más importante que situarse en el risueño bando de quienes dicen lo que todos quieren oír, es colocarse bajo la autoridad de la verdad, y no moverse ni un milímetro de esa incómoda posición hasta que otras ideas u otras informaciones modifiquen nuestros puntos de vista.

¿Por qué el *biologismo* se fue debilitando a lo largo del siglo XX como instrumento de análisis de la naturaleza humana? Probablemente, por la influencia *culturalista* de algunos eminentes pensadores, como el etnógrafo alemán Franz Boas, huido a Estados Unidos a consecuencias del antisemitismo, pero también —qué duda cabe— por una curiosa y nefasta combinación de pinzas entre el ejemplo reprobable del fascismo y la huella ideológica del marxismo.

---

[1] Véase Carl N. Degler, *In Search on Human Nature: The Decline and Revival of Darwinism in American Social Thought* (1991).

Tras los resultados del nazismo y del sangriento mito de la superioridad biológica de la "raza aria", a la *intelligentsia* y —en general— al mundo académico acabó por repugnarles cualquier vía de investigación sobre la naturaleza humana que apoyara su búsqueda o sus hallazgos en los fundamentos biológicos de la especie.

Por otra parte: los mitos del socialismo también contribuyeron a oscurecer esta visión de las personas. De acuerdo con los postulados marxistas, la conducta sólo se explicaba por la historia de los pueblos, por el derecho que los regía, y por el modo de vincularse a los medios de producción. Todo, en suma, era cultura. El hombre se determinaba por la superestructura que secretamente lo gobernaba, y tuvo, pues, que disolverse en el pasado la pesadilla del fascismo, y tuvo, además, que desacreditarse totalmente el pobre ideario socialista, para que, de nuevo, los pensadores e investigadores, sin demasiado miedo al escarnio, pudieran regresar al camino del *biologismo.*

Vida y evolución

Como es fácil de advertir, además del término *neodarwinismo* he apelado al de *biologismo.* ¿Por qué? Porque Darwin nos remite, fundamentalmente, a la idea de la existencia de la vida como un lento pero continuo proceso de evolución, mientras que el *biologismo* abarca, quizás, la fisiología detallada de ese proceso. Darwin —y antes que él Wallace e, incluso, su propio abuelo, Erasmus Darwin—, establecieron lo que ocurría (la evolución), y propusieron una brillante conjetura para desentrañarla (la selección natural), pero esa explicación del origen de las especies, hoy aceptada por prácticamente toda la comunidad científica, dejaba sin atar numerosos cabos sueltos que son, precisamente, los que hoy, y desde hace medio siglo, comienzan a anudarse en diferentes direcciones.

Para Darwin —al fin y al cabo un zoólogo naturalista por encima de cualquier otra definición—, la vida era un proceso evolutivo surgido del azar, sin plan preconcebido, pero si se le pregunta a un biólogo de nuestro tiempo en qué consiste este curioso fenómeno de oxidación, de combustión de energía, que les ocurre a ciertos compuestos orgánicos en el planeta Tierra (fenómeno que provoca, entre otras consecuencias, que ustedes y yo estemos reunidos en este salón), lo más probable es que ofrezca una definición ligeramente diferente. La vida, en efecto, para este biólogo moderno, es un proceso evolutivo, pero evolucionar y diversificarse constantemente no es precisamente el objetivo de los organismos vivos. Los organismos

vivos todo lo que intentan, frenética y desesperadamente, es prevalecer, reproducirse, trasmitir sus propios caracteres, duplicarse sin más, aunque en el caso de los homínidos, para suerte de nuestra especie, esa urgencia se desplaza en el camino de la cerebración reciente. Sólo que en los complejos avatares de ese intento de multiplicación se producen curiosas y aleatorias bifurcaciones que unas veces (y siempre provisionalmente) acaban por derivar en hipopótamos, en estafilococos dorados, en claveles, o en monos desnudos que devienen corredores de bolsa en Nueva York o guerreros animistas en la selva africana, por sólo citar dos oficios acaso no tan diferentes entre sí como pudiera parecer a simple vista.

¿Por qué esa oculta fuerza, ese impulso vital que mueve a cierta materia a desdoblarse, a reproducirse incesantemente? Por supuesto, no lo sabemos, pero sí sabemos que sin *eso* no habría vida. Ésa es, precisamente, la frontera entre la materia orgánica y la inorgánica. ¿Cómo se cruza esa frontera? Tampoco lo sabemos, pero podemos barruntar que cada vez que cierta materia inorgánica es sometida a determinadas condiciones naturales, es probable que se desencadene el fenómeno de la aparición de la vida, y que con él surja la extraña, polimórfica y mutante aventura de los seres vivos.

Sicobiología

¿Qué tiene que ver esta especulación científica con el análisis del nacionalismo que hoy nos convoca? Bastante. Admito que voy dando un rodeo un tanto tortuoso, pero había que comenzar por identificar la atalaya desde la que nos asomamos. Si partimos de un criterio *biologista* y no estrictamente político, probablemente las conclusiones a las que llegaremos serán diferentes. No creo que contrarias, pero sí diferentes.

No es ociosa, pues, para este texto, la observación, tantas veces hecha, y aquí repetida, de que el elemento clave de todo lo que vive es esa ciega urgencia de reproducirse y prevalecer que presentan todas las criaturas. Si vamos a contemplar al organismo humano desde esta perspectiva, más vale que tomemos en cuenta este punto de vista. Y eso, exactamente, es lo que se desprende de las corrientes del pensamiento académico que hoy parecen dominar el campo de las ciencias sociales. Me refiero a la *sicobiología y* a la *sociobiología,* disciplinas muy cercanas en sus enfoques y totalmente complementarias. La *sicobiología* intenta explicar la conducta de los individuos como resultado de procesos físicos y fisiológicos que ocurren fundamentalmente (aunque no únicamente) en el cerebro; mientras

que la *sociobiología* se propone encontrar la clave de los comportamientos colectivos en pautas secretamente dictadas por el organismo con el fin de que el grupo continúe acuñando su tenaz fenotipo generación tras generación.

El punto de partida de la *sicobiología* podría remitirnos a Hipócrates y su teoría de los humores, o a Descartes y su aguda reflexión sobre el papel del yo y su localización en el cerebro, pero con mucha mayor precisión podemos situar el comienzo de esta disciplina en 1948, en Melbourne, Australia, cuando el médico John Cade tuvo la intuición de administrarle sal de litio a un sicótico maníaco-depresivo, hasta entonces incurable, comprobando, a las pocas semanas de haber comenzado el tratamiento, que desaparecían los estados de ansiedad, la locuacidad insoportable, o las voces y delirios que torturaban desde hacía décadas a un enfermo que, hasta ese momento, había sido tratado por medio del sicoanálisis sin ningún resultado apreciable[2].

No era el trauma inconsciente lo que lo martirizaba, ni era el Complejo de Edipo lo que lo angustiaba, ni necesitaba sacudirse sus fantasmas por medio de la catarsis: el pobre sicótico era víctima, como tantos millones de personas, de una carencia química, de un desbalance hormonal, o de un oscuro trastorno fisiológico. Ése era el origen y el fin de su problema. Una vez restablecidas las funciones normales de su cerebro, la conducta del enfermo dejó de ser muy distinta a la de la mayor parte de las personas.

A partir de ese momento, la *sicobiología* comenzó a despejar y a marginar, progresivamente, los dos modelos de análisis con los que, hasta entonces, se pretendía entender la conducta humana. El sicoanálisis por un lado, y el *behaviorismo* o conductismo, por el otro, le fueron abriendo paso al estudio de la fisiología del cerebro y de los otros órganos que con él decidían u orientaban el comportamiento normal o anormal de las personas.

Naturalmente, esta vía de análisis de inmediato hallaba respuestas a numerosas interrogantes sobre la patología de la conducta, pero también dejaba abierta tres preguntas claves sobre la *normalidad:* ¿qué era ser normal?, más allá de una coincidencia estadística, ¿por qué a nuestro organismo le convenía esa normalidad, y qué hacía para obtenerla?

Una de las respuestas se deducía de la adecuación entre la maduración de la personalidad y el desarrollo del cerebro. En efecto, la evolución del cerebro humano parece programada para provocar cierto tipo de conducta que contribuye a la prolongación de la especie: entre los dieciocho y

[2] Véase Richard M. Restak, *The Brain: The Last Frontier* (1979).

los veinticuatro meses los niños y niñas dan muestras de haber adquirido conciencia de su propia individualidad. En personas normales ese rasgo, ese ego diferenciado, permanecerá vigente hasta la muerte (o hasta el surgimiento de un grado avanzado de demencia senil), condicionando la mayor parte de nuestros actos, y —en cierta forma— esclavizándonos.

Tras la aparición del yo, desde esa temprana edad, y de manera creciente, casi todos nuestros esfuerzos y desvelos estarán encaminados a satisfacer los requerimientos constantes de nuestra implacable autopercepción. De ahí nuestra necesidad de ser queridos, respetados y admirados. De ahí, también, nuestra perentoria necesidad de emular y competir, impulso que el sociólogo Thornstein Veblen consideraba casi tan poderoso como el instinto de conservación.

¿Por qué hemos venido a Benidorm a intercambiar puntos de vista? Sin duda porque nos gusta reflexionar sobre estos temas; seguramente por el placer de ver a viejos y queridos amigos; pero también, y en gran medida, por la necesidad que tiene la mayor parte de las personas normales de alimentar con reconocimiento sus insaciables egos. ¿Y por qué la naturaleza ha colocado en las personas *normales* esa demanda constante de energía y esfuerzo? Probablemente, porque las actividades que estas necesidades provocan en nosotros generan una actividad que conviene para la supervivencia de la especie. Esa secreta fuerza que nos impulsa a levantarnos, asearnos, y salir a proclamar la lozanía y el vigor de nuestro yo, es el resultado de una orden inconsciente dada por nuestro cerebro.

¿Cómo sabemos eso? ¿Cómo podemos estar seguros de que la normalidad incluye la urgencia de defender y proclamar nuestro yo de manera permanente? Quizás viéndolo desde el ángulo opuesto: asomándonos a eso a lo que comúnmente llamamos depresión. ¿Qué es la depresión? Es la ausencia de vitalidad sicológica y, a veces, física. Es la autopercepción negativa, la sensación de fracaso; la falta de energía para levantarnos a luchar por la proyección positiva de nuestra imagen exterior. Es lo que, en mal castellano, tomando el significado del inglés, pudiéramos llamar *falta de agresividad.* Carencia que destruye nuestras vidas y que, de propagarse, terminaría con cualquier sociedad organizada.

¿Cómo modula el cerebro nuestro comportamiento? Aparentemente, con sensaciones placenteras o dolorosas. Ante el éxito, la lisonja o la admiración general, sentimos algo agradable aunque vago. Ante el fracaso, el ridículo o el desprecio, sentimos aproximadamente lo contrario: malestar, incomodidad, vergüenza. De ahí que las personas normales estén a la permanente búsqueda del tipo de conducta que acarrea premios físicos y rehúyan las que provocan las reacciones opuestas.

Los instrumentos de los que se vale el cerebro para premiar y castigar a las personas son los neurotrasmisores[3]. Estas sustancias químicas —y se conocen más de 40— son verdaderos *mensajeros* que se mueven entre las neuronas en respuesta a descargas eléctricas de diferente intensidad que afectan el sistema nervioso. Los neurotrasmisores provocan la excitación o la inhibición de las neuronas, variando la proporción de ciertas sustancias en el organismo y provocando con esta variación un alejamiento en la dirección del placer o del dolor en la persona. De ahí que el antropólogo español José Antonio Jáuregui haya podido escribir lo siguiente, que cito *in extenso:* "El cerebro es una máquina biológica adictiva. Está programada para adquirir adicciones: adicción a las drogas, sellos, [...] libros, etc. ¿Por qué sufrimos cuando pierde nuestro equipo? Si cualquier sociedad territorial rival —sea Italia, sea Francia, sea Estados Unidos— humilla a España —en el terreno que fuere— su cerebro le castigará activando su zona emocional con una dosificación precisa y proporcional de los grados de adicción de su cerebro. El cerebro castiga sin piedad —es una máquina sin entraña— a su marioneta consciente y sintiente cuando ésta no cumple con la adicción adquirida: tantos grados de castigo emocional por no ingerir heroína o por asistir al espectáculo de que un equipo sufra una humillación"[4].

Sociobiología

Bien: si la *sicobiología* nos dice *cómo* nos castiga el cerebro cuando nuestro grupo sufre una derrota, la *sociobiología* intenta explicarnos *por qué* sucede una cosa tan extraña: aparentemente, la supervivencia del grupo depende del grado de cohesión que mantenga, y esto exige una cierta solidaridad física y emocional.

No es verdad la vieja afirmación de que sólo me puede doler mi propia muela. También me duele, en alguna medida, la muela del otro miembro del grupo al que pertenezco, entre otras razones, porque se trata de un fenómeno de altruismo recíproco. "Yo le doy mi solidaridad y espero que él también me la dé a mí", sentimiento sin el cual seguramente el peligro de extinción del grupo se multiplica exponencialmente.

Ahora bien: ¿cómo se forma parte de un grupo? ¿Cómo se conjuga la existencia de un ego que lucha por plantar su individualidad y un grupo

[3] Véase Mark R. Rosenzweig y Arnold I. Leiman, *Psicología fisiológica* (1992).
[4] Véase José Antonio Jáuregui, "El opio del mundo" (1994).

que exige su disolución en la unidad tribal? No creo que las ciencias sociales tengan una clara respuesta para esta pregunta, pero parece evidente que esa contradicción, esa tensión, forma parte de la naturaleza humana. En todo caso, ¿qué oscuro componente grupal o tribal contribuye de una manera decisiva a crear la identidad del individuo? Identidad que está hecha de sí misma y de la identidad de los otros. ¿Qué tiene de sí mismo, de original, el individuo? Nada más y nada menos que su carga genética personal y desesperadamente transferible. ¿Qué tiene de los demás? Lo tiene todo. El resto viene de los demás.

Reproduzcamos en voz alta lo que escribió el ya citado antropólogo Jáuregui: "no nacemos suecos, ni italianos, ni españoles, ni alemanes. Pero nuestro cerebro, sin que nos enteremos con nuestro piloto consciente (*ma non troppo*), se programa a la chita callando con símbolos alemanes o españoles [...] Los fans o fanáticos van a los campos de fútbol a saborear el gustirrín étnico que inevitablemente su cerebro les entrega en bandeja de plata por una victoria conseguida[5].

En otras palabras, la construcción del yo individual incluye una porción tremendamente importante del *ellos,* sin la cual sería imposible delimitar nuestro propio perfil personal, y esa identidad —por supuesto— está construida con un sinfín de elementos comunes: un fenotipo, un modo de comunicación verbal, ciertos gestos, ropa, mitos y creencias, normas de comportamiento, y un saludable, aunque muy peligroso, sentimiento de superioridad físico o moral con relación a los otros grupos, que parece estar presente en todas las comunidades humanas. Las otras tribus siempre son las salvajes y las bárbaras. La nuestra siempre es la mejor.

Pero ni siquiera ese sentimiento de hostilidad hacia el extraño —rasgo que inevitablemente caracteriza al nacionalismo— debe ser considerado como una perversión de la naturaleza humana. Ya en 1919, más de medio siglo antes de que Edward Wilson publicara *Sociobiología: una nueva síntesis* (1975), el sociólogo alemán Georg Simmel daba a conocer un libro, hoy considerado como clásico, titulado *Conflictos,* en el que estableció que "cierta cantidad de discordia, de divergencia interna y controversia externa, está orgánicamente vinculada a los elementos que mantienen al grupo unido [...] el *role* positivo e integrador del antagonismo se muestra en estructuras que se distinguen por la aguda pureza, cuidadosamente preservada, de sus divisiones sociales y graduaciones. El sistema de casta de los hindúes no sólo descansa en las jerarquías, sino también en la mutua

[5] José Antonio Jáuregui, "El opio del mundo" (1994).

repulsión de las castas. Las hostilidades no sólo evitan el surgimiento de lazos, sino evitan que los grupos desaparezcan"[6].

Según Simmel, la función del conflicto, y aun de la lucha violenta, es la de juntar grupos y personas no relacionados para dotarlos de un propósito común y de una coincidencia de intereses. Estas asociaciones y coaliciones impiden la atomización de los grupos y disminuyen los riesgos de extinción. Sin un enemigo exterior, real o imaginario, la cohesión interna de la tribu seguramente disminuiría de forma notable.

No hay duda de que la hipótesis defendida por Simmel no sólo posee un alto grado de verosimilitud, sino también de que se ajusta perfectamente a los planteamientos que varias décadas más tarde hicieron el etnólogo alemán Konrad Lorenz y el imaginativo dramaturgo, convertido en sociólogo, Robert Ardrey. En *Sobre la agresión,* en los sesenta, Lorenz expuso las peligrosas características de la agresividad humana —una agresividad que carecía de mecanismos de inhibición dentro de la propia especie—, mientras Ardrey explicaba la necesidad de controlar cierto territorio que los seres humanos compartían con otros primates de gran tamaño.

El hombre, pues, condicionado por su ser biológico, impulsado por la naturaleza al conflicto, a la conquista y a la agresión contra sus semejantes —porque de esa conducta tal vez deriva su única posibilidad de prevalecer como especie— repite una y otra vez el tipo de comportamiento que hoy asociamos con los peores aspectos del nacionalismo.

Nacionalismo y cultura

De manera que barajamos una hipótesis biologista que casi puede expresarse con la cadencia de un silogismo: los seres humanos, integrados y surgidos en la naturaleza, como el resto de las criaturas vivas, y sujetos, como todas, a las incesantes leyes de la evolución, exhiben un tipo de comportamiento que se orienta a la preservación de la especie; ese comportamiento es guiado por medio de castigos y recompensas que de forma automática propina el cerebro mediante la actividad de los neurotrasmisores; *ergo* es dentro de este esquema donde se inscribe el nacionalismo y donde debemos analizarlo.

---

[6] Véase Lewis Cosev, *The Function of Social Conflict* (1956), p. 33. El libro está dedicado a explicar las teorías de G. Simmel sobre el conflicto.

Es decir: la existencia de grupos fuertemente cohesionados por unas señas de identidad comunes no parecen ser más que una estrategia inconsciente de la especie para poder prevalecer. La nación es el nombre moderno de la tribu, del clan, del pequeño grupo que se desplazaba junto y unido por los bosques para tratar de alimentarse. La nación, si se quiere, es la versión humana y refinada del rebaño, de la piara, de la manada.

¿Es esto determinismo biológico? Sólo hasta cierto punto. Sabemos que el bicho humano sólo puede sostenerse como parte de una comunidad. Su período de aprendizaje infantil es muy largo. Necesita de una familia que lo alimente, lo adiestre, y —sobre todo— le enseñe a comunicarse verbalmente. Esa familia necesita agruparse con otras familias para sobrevivir. Esto nos condena al *gregarismo,* y ese instinto, en las sociedades complejas, acaba por generar una especie de macrotribu a la que solemos llamar "nación".

¿Cuál es el riesgo de este modelo de análisis? Naturalmente, que de él se pueden derivar excusas para justificar comportamientos xenófobos o agresivos. Si el conflicto, la hostilidad y el enfrentamiento son estrategias secretas de la especie para prevalecer ¿cómo oponernos a ellas sin contradecir las leyes de la naturaleza?

Obviamente, no somos las primeras personas que se enfrentan a este dilema. Thomas Hobbes, que puede, tangencialmente, considerarse como padre del liberalismo moderno, dedicó su *Leviatán* a analizar, desde el temor y la prevención, esas destructivas fuerzas ciegas que conducen al hombre al exterminio de sus semejantes, y llegó a la conclusión de que sólo un soberano omnímodo, voluntariamente acatado por todos, podía mantener la paz y la concordia; y su no tan contradictorio compatriota, John Locke, inspirado en el mismo punto de partida, acabó por proponer la fórmula democrática como antídoto contra los peligros inherentes a la naturaleza humana, negándoles a los déspotas los atributos de la soberanía popular, pero sin abandonar su sospecha de que a los hombres había que atarlos corto con la cadena de las leyes para evitar el caos y la disolución.

¿Qué respuesta da hoy la *sociobiología* a esas viejas inquisiciones? Tal vez aporte una novedosa interpretación: la idea de que el constitucionalismo y el Estado de Derecho, más que una gloriosa fabricación del intelecto, sean la expresión moderna de la vital urgencia de la especie por sobrevivir en un medio en el que ciertas actitudes humanas, muy importantes en el pasado para sostener la existencia de los hombres, hoy resultan contraproducentes. Y si esta propuesta es cierta, la obra de pensadores como los mencionados Hobbes y Locke, como Milton y Harrington, sería más bien la de intérpretes de un fenómeno que ya estaba ocurriendo, que la de

inductores de ese fenómeno. Al cabo, las aglomeraciones urbanas, las guerras de religión, el comienzo posrenacentista de la idea del progreso como objetivo de las sociedades, y el surgimiento de la burguesía como resultado del incremento del comercio, tenían forzosamente que cambiar la naturaleza del Estado para que la vida pudiera prolongar su aventura. De manera que las personas, por el procedimiento de tanteo y error, versión cultural de los procesos de selección natural, fueron arribando a una forma distinta de organizar la cosa pública: la forma que desde el siglo XVII comienzan a proponer los pensadores protoliberales.

Es decir: si naturales resultan las fuerzas oscuras que impulsan a las personas a realizar actos destructivos, o a juntarse en naciones, naturales son también las fuerzas que operan en la dirección contraria. Contradicción que no debe extrañarnos, porque ya sabemos que la misma persona insensible y brutal capaz de degollar de un tajo a un prisionero esposado, estaría dispuesta, muchas veces, a arrojarse sobre una granada enemiga para salvar a sus compañeros, o a penetrar en un edificio en llamas para proteger a un niño de morir abrasado. Y ambas actitudes, lejos de constituir un enigma irracional, acaso no sean otra cosa que la expresión de una naturaleza que necesita ambos comportamientos para no ser borrada de la faz de la tierra.

¿A dónde nos conduce esta reflexión con respecto al nacionalismo? A una conclusión que tiene, como el dios Jano, dos caras. La primera es que el nacionalismo, esa indoblegable voluntad de la tribu de andar junta y de hacer junta su destino, no debe ser reprimida ni evitada, porque forma parte de la más íntima y delicada naturaleza humana. Y la segunda es que esa tendencia instintiva, para que no sea letal, tiene que sujetarse al imperio de las leyes, los controles democráticos y a la autoridad de la moral.

Por último, creo que analizar el fenómeno del nacionalismo desde un ángulo biológico —sociobiológico, sicobiológico— lejos de procurarles una excusa a sus defensores, coloca el tema bajo un ángulo que acaso contribuya a quitarle dramatismo y peligrosidad. No es lo mismo pensar en la nación como una entidad sagrada por la que hay que matar o morir, por la que hay que partirle el corazón a quien mancille la bandera, como dice el corrido mexicano, que pensar en la nación como la expresión moderna de un viejo instinto gregario concebido por nuestro organismo como una estrategia para la supervivencia de la especie. Lo segundo, me parece, sitúa a la persona en un plano analítico en el cual disminuyen los riesgos de convertir a nuestra tribu en un grupo peligroso frente a otras tribus distintas. Esa sensación de pequeñez e indefensión a que se llega cuando uno asume, humildemente, el rol de "mono desnudo" que decía el etólogo Desmond Morris, es un buen antídoto contra las supercherías de la supremacía racial

y contra los estados de patriotismo hipertrofiado. Si nosotros consiguiéramos inculcarles a las personas que el nacionalismo o el amor a la patria, más que actitudes sublimes son respuestas biológicas implantadas en nuestro comportamiento tras decenas de miles de años de difícil convivencia, quién sabe si lograríamos, paradójicamente, unas actitudes más frías y racionales, y —también— más comprensivas y tolerantes hacia las manifestaciones externas de este fenómeno.

Naturalmente, esta concepción es muy poco hospitalaria con una visión del planeta en la que se hayan borrado las patrias y las naciones, y la humanidad —toda— navegue bajo la misma bandera. Mientras el individuo necesite de otros para dotarse de una identidad propia, esa identidad siempre requerirá de grupos distintos para establecer el contraste. Y mientras la fuerza vital que anima a nuestra especie y la impulsa a continuar reproduciéndose se mantenga vigente, existirá una urgencia ciega hacia la constitución de grupos diversos e inevitablemente competidores, es decir, potencialmente hostiles.

Es nuestra mayor labor, sin embargo, como señalaron Hobbes y Locke, impedir que ese oscuro mecanismo interior degenere en violencia. Precisamente a eso se han dedicado las más notables cabezas liberales en los últimos 300 años. Tal vez estas II Jornadas aporten su contribución. Ojalá que así sea.

Referencias bibliográficas

Cosev, Lewis. *The Function of Social Conflict.* Nueva York: The Free Press, 1956.

Degler, Carl N. *In Search on Human Nature: The Decline and Revival of Darwinism in American Social Thought*. Oxford University Press, 1991.

Jáuregui, José Antonio. “El opio del mundo”. *El Mundo*, Madrid, 18 de julio de 1994.

Restak, Richard M. *The Brain: The Last Frontier*. Nueva York: Warner Books, 1979.

Rosenzweig, Mark R.; y Leiman, Arnold I. *Psicología fisiológica*. Madrid: Mc Graw-Hill, Interamericana, 1992. La edición original fue publicada en inglés por la misma editorial. □

CONTRA LA REALIDAD

Gonzalo Contreras

Ante el imperio de lo objetivo, lo racional, lo funcional, Gonzalo Contreras sostiene que la ficción —encarnada en una verdadera obra de arte— devela la realidad de una forma más compleja, más matizada y, finalmente, más competente que disciplinas específicamente abocadas a ello. Se postula así la vigencia de la creación, de la ficción, para desentrañar los fenómenos más inefables del alma humana. Y de la novela en particular, en tanto género, como un método imprescindible de indagación del alma y una expresión de la tribu de la cual la sociedad no puede desentenderse.

La realidad, al menos en literatura, me pareció siempre un punto de partida, nunca un punto de llegada. Aún hoy puedo ver cómo al interior del texto se modulan los hechos de la vida con una rebelde libertad. Desde mis primeros esbozos de escritura, me encontraba con inesperados relatos donde el resultado parecía no haber requerido de mi intervención. Me angustiaba el hecho de que mi participación no estuviera de un modo más presente. El duro aprendizaje literario me fue convenciendo que no se trataba de un defecto, pero tampoco podía determinar dónde estaba la vir-

Gonzalo Contreras. Escritor y ensayista. Autor de la novela *La ciudad anterior* (Premio de novela de "El Mercurio", 1991), su obra más reciente es *El nadador* (1995). Colaborador literario en diversas publicaciones nacionales.

Estudios Públicos, 71 (invierno 1998).

tud. Había descubierto, sin saberlo, que había una forma, no de huir de la realidad, sino de agregarle otra, extraña, indeterminada. Aún en los escritos más precoces sentía el goce del arte combinatorio, de unir o desunir aquello que en la realidad parecía soldado por una pasta espuria, hecha de equivocados afectos, de disimulados fracasos, de insignificantes ambiciones. En fin, me gustaban las personas y las cosas en su individualidad, pero, al parecer, no siempre en sus relaciones. El espejo estaba trizado y no era fácil reconocerse en todas sus partes. Sin una fractura de esa naturaleza, ¿qué sentido tendría escribir? Hoy día lo puedo decir. Asumía, no sin cierto dolor, que mis relaciones con el orden de las cosas eran más complejas de lo que éstas hubieran deseado de mí. Creía que buscaba comprensión cuando lo que de verdad buscaba era comprender. Experimentaba la realidad en su despiadada formación, sus caóticas acumulaciones, cuando yo veía por aquí y por allá zonas, personas, objetos, recuerdos, con los que quería quedarme, guardarlos, atesorarlos. La ficción fue antes que todo un refugio contra algo que aún no puedo determinar. Tal vez fuera ante la profunda extrañeza del mundo, la que no quería en ningún caso eludir. Pese a todo, la realidad me parecía banal, y cuando se experimenta que, tal como está organizada, ofrece todas las oportunidades para vivirla de una forma banal, no queda otro camino que declinar el ofrecimiento. No quiero hablar de la búsqueda de un destino superior ni nada semejante, creo que ya está resuelta esa coordenada propia de la modernidad, sino de una posibilidad de encontrar una forma de integridad que no pasara por la virtud adquirida. De alguna manera, se podía establecer una ética personal a partir del más alto riesgo, el de la creación, que nos sitúa en las afueras de un arduo y laborioso conocimiento que se consuma con el asedio a las imágenes que elabora nuestro enloquecido inconsciente.

En otras palabras, descubrí que se podía desvirtuar la realidad, o ponerla en duda en su descorazonante materialidad. En mi caso esta operación se volvía una postura imprescindible, si, como me ocurría, el conflicto no pasaba por la transacción.

No sé qué zonas de mi afectividad se vieron recompensadas con mis primeras ficciones. Algunas, seguramente; de otro modo no hubiera continuado. Nunca se me escapó lo arcaico, lo fútil —para el resto del mundo, por supuesto—, lo arbitrario, del hecho que yo, ¿por qué yo?, escribiera ficciones. No está probado que el que escribe es el que tiene más talento, lo que sí es seguro, es que es él quien necesita hacerlo.

A esa necesidad se sumó luego la posibilidad. De la carencia se podía pasar a la potencia. La ventana encontrada y entornada se volvía panorama una vez asomado a ella. Era el comienzo de la verdadera dificul-

tad. Porque aquel nuevo mundo disponible, por maravilloso que fuese, era el reino de la más inquietante incertidumbre. Bien, renunciamos a la realidad, que poseía cierta cómoda inmovilidad, una domesticada y familiar organización, y entrábamos a otro donde nos encontrábamos aún más desposeídos. Una vez que habíamos resuelto no renunciar a esta entrañable exploración, había que crear un orden. Por momentos daban ganas de volver la vista atrás e intentar un arreglo posible con esa realidad con la que las cosas no se habían revelado fáciles. Pero en fin, esta desconocida era pura virtualidad y poseía un indefinible atractivo. Nos las arreglaríamos con ella pese a su amenazante volubilidad.

Dar forma a lo informe, a lo huidizo, a lo inefable, se vuelve una obsesión cuando se ha experimentado con esa materia que tiene la virtud de escapar a sus contornos. Construcción, destrucción, se vuelven dos opuestos visibles y dan inicio a una creciente tensión. La ausencia de la primera lleva irremediablemente a la segunda. La creación, este acto libre, de signo esencialmente positivo, ya no lo es tanto, si en su ausencia asoma su terrible reverso; si no escribo, me destruyo. Así las cosas, ya no hay ingenuidad posible en ese acto que paradójicamente es la única redención, si bien sabemos que no hay redención posible sin ingenuidad. Sin embargo, la obsesión formal no siempre se encuentra con el espíritu, la chatarra *literaria* intenta imponer sus reglas y la imaginación no siempre termina de sentirse a gusto. En ese acto de dar forma hay que reencontrar una suerte de estado anterior, con las solas facultades intelectuales o las ambiciones secundarias, la operación no parece ser posible.

Entonces aparece esa desarmante simpleza que nos dice que pese a lo necesario e imperioso del acto creador, debemos rescatar lo que hay de gratuito e innecesario en él y olvidar toda consecuencia. En suma, dejar atrás la opacidad de lo útil e ir tras la transparencia de lo bello. Un sujeto pragmático y productivo, con el ceño adusto, podría confundir este instinto con el de la huida o la búsqueda inocente de un estado preadánico —por lo demás imposible con nuestra imperfecta materia—, pero una vez más estaría equivocado, porque, por el contrario, la creación, la ficción en nuestro caso, es siempre un esfuerzo de inteligibilidad. Es el mismo trabajo creativo, el orientar nuestros sentidos en esa dirección, lo que va volviendo crecientemente complejo el mundo; éste se multiplica, se vuelve encandilante, difuso, un puerto desconocido observado desde mar afuera, y al cual, al aproximarnos, lentamente, vamos relacionando sus partes. Esa visión, claro está, es un espejismo que contiene la vibración de un anhelo. Hay una ansiedad en esa aproximación y en ese descubrimiento, cuando los cuerpos se van haciendo nítidos. Ese es el momento en que esa desesperada búsque-

da de sentido encuentra su sentido y el mundo y las cosas aparecen alumbrados por una luz nueva. Bajo esa luz, descubrimos que el paisaje que se ha organizado tiene el resplandor de lo originario, y contiene a la vez esa profunda extrañeza de la vida que antes nos había sobresaltado.

Es Jung quien habla de la imaginación como participante en la verdad del mundo. La imaginación es la que realiza el proceso. El trabajo se lo dejamos sosegadamente a ella. Imaginar supone alzar la vista, desplazar el espíritu hasta otro lugar, avanzar sin temor hacia lo desconocido, encontrar sin buscar; la escritura es un acto de averiguación. Cuando los sistemas de pensamiento ayudan poco o nada a la comprensión de las cosas, la imaginación y su falta de intencionalidad revelan su transparencia. Se trata siempre de un hallazgo, que nos hace ver al menos cuán lejos nos encontramos, en nuestra torpe vigilia, de la ligereza de la materia de los sueños. La obra literaria intenta producir aquello que Coleridge denomina "willing suspension of disbelief", esa deliberada suspensión de la desconfianza que nos permite aproximarnos a la belleza. Una belleza que, por cierto, pareciera no poseemos *naturalmente*, que se constituye a sí misma en un acto de revelación de un estado de conciencia donde el instrumento toca por sí solo. La constatación, si es que el mecanismo ha operado, es que ella es superior a nuestras fuerzas, a nuestra voluntad. A ella le es indiferente la eventual expectativa de trascendencia del escritor.

Esta asiduidad con la trastienda de la conciencia se va convirtiendo, por medio del trabajo sostenido, en una estética, una manera de formular el mundo que conviene a nuestro espíritu, pero que nunca la vamos a poseer en su totalidad; sólo nos reservamos la capacidad de destruirla. Porque esa estética conseguida huye del artificio, de la intención o la manipulación; es la expresión de una soledad incesante, de esa zona de silencio que no podemos compartir sino a través de esa transferencia, la más tentativa, que es la palabra escrita. En esta enceguecida comunicación del uno con el todo, con *alguien*, pero no con *otro*, tal vez esté una de las pocas oportunidades en que a la soledad le toca triunfar. El vacío de la soledad encuentra una relación directa con la aparición de lo creado, aquello que antes *no existía* pero que buscaba su realidad. Porque aquello que narramos no es un sucedido; más bien, es un hecho más su virtualidad, es decir, los espacios inciertos que no alcanzamos a tocar *durante* la acción. Es la zona de lo no ocurrido; es, en suma, el resto de la realidad, aquello de lo que la realidad no supo hacerse cargo en toda su amplitud y complejidad. Se podría decir que este *resto* es la ficción, donde lo inefable se encarna en la imagen, la contrapartida de la realidad objetiva. El mecanismo opera por abstracción, no por extensión, le son suficientes sólo algunos elementos. Algunas esencias le

son necesarias. Vive con poco, pero tiene más inteligibilidad que la vida, llena de ripios, de ocasiones perdidas. La sustancia es más ligera que la pesada consistencia de las cosas, pero posee una inmanencia que no es atributo de casi ninguno de nuestros actos. La belleza es pura especificidad emboscada en la extrañeza, lejos de lo aparente y de esa especie de la luz eléctrica de la existencia. Veo en la elaboración de esta poética, esta belleza nueva que pedía Poe, un sentido profundo que se comunica con nuestro ser. No se trata sin duda de una mera cuestión estetizante; en palabras de Calvino, esta operación con la ficción "permite contemplar el propio drama y disolverlo en melancolía e ironía". Dado que no tenemos más remedio que escribir desde nosotros, es imperioso despojar de su gravedad esencial a los hechos de la vida. Hay que conjurar a través del espejismo del objeto creado, la inercia del reflujo de muerte de todo lo que está bajo el cielo. En esta suerte de encarnación en otro, se atenúa el dolor; es una forma de contrariar el signo de nuestro propio destino. Por medio de la escritura nos hundimos en las cosas y, a la vez, nos substraemos a ellas. Escribimos desde un punto de fuga; el método de conocimiento es la contemplación. Al hablar de contemplación, quiero decir aquel que se dispone a observar reflexivamente. Hay en esa postura a la vez una participación y una sustracción. Si tenemos la más perfecta disposición para involucrarnos en el torbellino de la vida, también la tenemos para salirnos de él a voluntad. Esta voluntad no es otra que el acto creador que detiene ese implacable desplazamiento de material que nos conduce hacia el abismo; es proponer un infinito en la descorazonante finitud.

Sin embargo, este apetito, este anhelo de un *más allá*, por provisorio que sea, es sólo un punto de partida. A este pequeño y luminoso paraíso no se entra fácilmente. A diferencia del otro, este tiene límites y formas, y exige un alto tributo en belleza. En él, todo es forma, estructura, composición, equilibrio, precisión. Sus leyes no son reveladas y sin embargo las sabemos inexorables. Es preciso descubrirlas, en la seguridad de que están ahí para ser descifradas. Muchas veces, durante el mismo acto de la escritura, he experimentado la sensación de que el texto literario posee una existencia anterior, que estaba en latencia como una suerte de cuerpo vagabundo que no encuentra su propia sombra. Esto supone que cada obra contiene su forma, única, particular, intransferible. Todo el asunto está en encontrarla. Blanchot describe así este proceso: "El momento excepcional en que la posibilidad se vuelve poder, en que el espíritu, ley y forma vacía, rica sólo de indeterminación, se convierte en la certeza de una forma realizada, en ese cuerpo que es la forma y esa hermosa forma que es un hermoso cuerpo. La obra es el espíritu; el espíritu, en la obra, es el pasaje de la suprema

indeterminación a la determinación extrema". Ahora bien, esa forma obtenida es nueva, originaria, por decirlo de algún modo, y se refiere sólo a sí misma. La realidad se da de narices contra su distinta morfología. No cabe en los clasificados casilleros de su anaquel. En verdad no sabe qué hacer con ella, porque la refuta.

Sin duda una de las más interesantes aproximaciones al fenómeno de la realidad en la experiencia literaria es la de James Joyce en el *Ulises*. Se podría decir que hasta Joyce toda la tradición literaria había procedido del mismo modo, aislando el gesto heroico, concentrando las cargas dramáticas, economizando hechos o elipses en el tiempo, desechando la trivialidad y haciendo, en suma, un apretado haz de hechos afortunados la peripecia de la historia. En resumen, toda narración es una síntesis. Pareciera que es así. Sin embargo, en el *Ulises*, Joyce cede a la tentación de una escritura que reconstruya el tejido material de la experiencia cotidiana. El hecho que el *Ulises* se ciña a un día no es mero *tour de force*, es una consecuencia lógica de la óptica joyceana, ya que incluso un día podría ser una duración demasiado prolongada, porque bien podría haber sido una hora, entendiendo que la literatura de Joyce opera por extensión y no por cortes transversales a la línea extensa de una realidad determinada en su simultaneidad. Joyce ya había expresado que "basta un día para expresar una vida entera". Al decir de Jean Paris, "Joyce realiza en la novela la revolución que Rimbaud realizó en la poesía: A la búsqueda de la unidad, sucede la búsqueda de la totalidad. Aquí comienza esa literatura en la que ya no habrá, como en la tradicional, sus tiempos fuertes, sus tiempos débiles, sus compases vibrantes, sino que intentará minuciosamente, desesperadamente, describir la inmensidad de nuestro destierro". Vintila Horia, en su *Historia de la literatura*, afirma rotundamente que Joyce "no creó herederos", lo cual es cierto en la medida que nadie lo podía seguir tan lejos por ese camino, y lo cual es absolutamente falso si se piensa que sin Joyce la narrativa contemporánea no sería lo que es hoy. Se da la paradoja que el camino de Joyce, si bien se nos revela intransitable en toda su longitud porque desemboca justamente en el infinito, quedará siempre ahí para ser recorrido y explorado con la frustración de la experiencia nunca consumada.

Joyce se propone aprehender la realidad en su simultaneidad, en todos sus aspectos, su duración, la multiplicación y la multiplicidad de los gestos, el ruido del mundo y sus interjecciones. De este modo, un hombre sentado en el WC leyendo el diario tiene la misma dimensión dramática que la mujer de ese hombre ejercitándose en la infidelidad unas horas después. Son los meros gestos sordos y sin eco de una existencia que se nos revela en su espesor material y no en su progresivo entrelazamiento psicológico o

dramático. La ruptura de la línea sincrónica del relato, esta expansión hacia los costados, constituye sin duda el rasgo más definido de la obra de Joyce. Cabe preguntarse, y creo que no es inútil hacerlo, el porqué de esta tentación. ¿Alguien podría negar que uno de los fines naturales de la literatura es expandir nuestra experiencia cognitiva con la realidad? Es fácil suscribir este aserto, en el entendido que sabemos que es un objetivo que no puede cumplirse sino a medias, o dicho de otro modo, no puede cumplirse de una forma que no puede ser sino *literaria*. Sin embargo, pese a esta precipitada y derrotada conclusión, esa tentación pareciera no desaparecer nunca del horizonte literario, y al momento de la escritura, el gesto narrado siempre va a ser más si lo rodeamos del infinito universo que lo circunda. En otras palabras, la ambición de Joyce es *natural* a la literatura y *antinatural* en la medida de la imposibilidad de su proyecto. Pese a la proeza de Joyce, su proyecto quedará por fuerza inacabado. De ser fiel a sí mismo y al ideal de su empeño, la sola exposición de un episodio debiera encadenarse sucesivamente y hasta el infinito con los mil aspectos, sujetos y situaciones colaterales y simultáneos a ese episodio y a los episodios contiguos que éste desencadenaría y así hasta el infinito. Sería ése sin duda un momento en que la literatura por fin se emparejaría con la realidad, fundiéndose ambas en una misma cosa.

Sin duda que esto es imposible. Los libros se escriben para dar cuenta de la parcialidad de nuestro universo, de la subjetividad de la vida. Lo otro supondría la existencia de una realidad objetiva, cosa que la literatura se obstina en refutar. Al parecer, no queda más camino que la abstracción, la imagen, la ficción.

"Hemos llegado a un punto de la modernidad en el que es difícil aceptar inocentemente la idea de una obra de ficción", afirmó en una oportunidad Roland Barthes. Pese a que Barthes terminara su carrera con una obra de creación —dejando atrás la teorización literaria—, la frase no es para dejarla pasar. Pareciera que existe una oposición entre modernidad y novela, o que en un mundo pragmático y eficientista, al menos está en crisis la vocación de la ficción, como se ha repetido insistentemente. No me interesa mayormente la crisis, en su sentido más usado; se lee poco o tanto, se vende tanto o cuanto; sus difíciles relaciones con el mundo audiovisual, la televisión en particular. No creo relevante el aspecto cuantitativo de la cuestión. Mientras exista un escritor y un lector, la situación de fondo no va a ser diferente en su esencia que la actual. Cuando pienso en crisis, la veo más en los escritores que en los lectores. Éstos, esencialmente inocentes, leen todo o casi todo, crecientemente con un más bajo perfil crítico, lo que ha permitido de algún modo prolongar la crisis a la que quiero aludir. Me

refiero particularmente al desafío del paisaje del escritor, a la definición de la cultura a la cual refiere su escritura. El mundo se vuelve uniforme y global, indistinto. Con grados de diferencia, las culturas occidentales se van asimilando, o mejor dicho, van crecientemente dejando atrás los elementos diferenciadores. Tradiciones, pequeños ritos de la tribu, intercambios simbólicos reconocibles, han ido desapareciendo para ser reemplazados, al menos en las clases cultivadas, por modelos, valores, ídolos, aspiraciones y compulsiones más o menos semejantes en ciudades tan disímiles como Santiago, Madrid o Chicago. "Fronteras indistintas entre mundos diferentes", en palabras de Calvino. En el mundo desacralizado del liberalismo triunfante, carente de toda mitología, se ha reemplazado el sueño por la ambición, la codicia. En otras palabras, el imaginario de cada cultura parece ser sustituido entusiastamente por la devastadora lógica del consumo. Esto es más cierto en la medida que el desarrollo se hace más evidente. Pareciera que hay una relación directa entre la vivacidad del imaginario de una sociedad y su grado de subdesarrollo. No quiero hablar de color local, de nostalgia ni de ningún tipo de pintoresquismo, explotado hasta la saciedad y superado ya largamente por la generación post *boom.* Estoy pensando en las coordenadas de trabajo con que debe contar el escritor en la actualidad. A medida que nuestros países latinoamericanos entran al desarrollo, su fisonomía va cambiando aceleradamente, las culturas se desmantelan, dejando desesperanzados vacíos llenos de estupor y de un cándido optimismo. La ciudad se cosmopolitiza en su rostro, una nueva cosmética, por lo menos por ahora, hasta que no se convierta en una estética, se impone en el paisaje urbano. El escritor se enfrenta entonces al mundo de lo indiferenciado, lo estratificado, de la disolución de los símbolos, de la globalización y homogeneización de valores y culturas compartidas a fuerza de bajar la vista al horizonte intermedio de lo posible, lo real, lo fáctico.

Cuando hablo de paisaje o de ficción, bien se pueden asimilar a los términos de naturaleza y poesía que utiliza Northop Frye en la siguiente definición: "La civilización no es simplemente una imitación de la naturaleza, es el proceso de humanización completa de las formas de la naturaleza, y eso, bajo el impulso de lo que hemos llamado como deseo [...] El deseo no se limita a su objeto, no se satisface con su conquista —representa la fuerza que empuja a la sociedad de los hombres a moldear su propia forma. En ese sentido, el equivalente del deseo, bajo su aspecto social, es lo que al nivel literal llamamos emoción; dicho de otra forma, es una incitación a expresar lo que estaba informe si el poema no diera la forma liberadora a esta expresión. Del mismo modo, la forma del deseo se encuentra liberada y deviene aparente en la civilización. El trabajo es la causa eficiente de la

civilización, y el rol de la poesía en su aspecto social es el de visualizar, por hipótesis verbales, las formas del deseo y los objetivos de los trabajos".

Creo que en la formulación de este *deseo*, según Frye, se encuentra una cuestión central. El mismo autor habla de la ciudad "como la proyección de los terrores y deseos del hombre contemporáneo". Ciudad y deseo, dos elementos centrales de las tensiones de la actualidad. La ciudad como representación de la naturaleza humanizada en su forma total; el deseo, como el anhelo de forma en medio de lo informe. En ese sentido, los procesos de transformación, que entrañan la disolución de toda forma, ruptura necesaria para su propia expansión, determinan una dinámica inaprensible respecto de la cual la literatura no siempre responde a la misma velocidad. En este panorama, el asedio a la realidad en busca de sus símbolos, se vuelve una actividad desesperada, ardiente. Porque la literatura no confirma nada, su vocación no es constatar, sino desentrañar. Ese deseo del que nos habla Frye, no es sino la necesidad de construir un símbolo sin el cual la misma realidad no puede vivir. El símbolo es siempre búsqueda de lo particular, de la esencia, de aquello que define y diferencia. En esta indiferenciada realidad, en este continuo de espacios y culturas, la literatura se hace tanto más ardua, y más indispensable. Tiendo a ignorar los juicios pesimistas respecto de la actividad narrativa. El mismo Blanchot había predicho hace veinte años la desaparición de la novela. Es cierto que puede aparecer como que el perfil de la literatura dentro del torbellino de la sociedad contemporánea es modesto, o lo que sería peor, banal. Sin embargo, presumo que esta realidad es posible de combinar en sus partes y otorgar silencio al bullicio de la existencia. La dirección de los trabajos de que habla Frye se limita dramáticamente a dos coordenadas que son complementarias e imprescindibles una a otra: producir y consumir. Esta pulsión, que ha reemplazado al deseo, pareciera sólo saciarse en la medida que mayor es la escala, cuando en verdad sólo la enardece. Es ciega, unívoca, perentoria, no posee reverso o no quiere poseerlo. Su indeseado reverso es el símbolo que lo identifica a través de la operación literaria con los niveles de realidad. La literatura, por decirlo así, nos vuelve al reino animal. Están en ella los gestos primarios, los más patéticos instintos. No es diferente, en su generación, a los dibujos rupestres de Lescaux o Altamira. En uno como en otro caso, se produce el acto de la transformación. ¿Por qué dibujar laboriosamente el búfalo en movimiento, con sus patas multiplicadas, si el búfalo, por sí mismo, tiene una existencia más real y convincente? El enigma tal vez esté en fijar el acto del movimiento, pero el hombre Cro-Magnon no vio al búfalo sino en movimiento, es él y su movimiento. Es sólo el deseo de posesión a través de la representación. Ese deseo no es

menos imperioso ahora que antes. Porque la verdad es que no poseemos nada. El mundo parece construirse por sí solo, una arbitraria arquitectura que se erige desde sí misma y que obedece sólo a un mecanismo innombrable. Su desarmante materialidad nos hace creer que se constituye en realidad. Su inercia tiende hacia lo disperso, a escapar de toda posible gramática. El término civilización se vuelve relativo en la medida que las cosas no necesitan de orden ni de proyecto para continuar avanzando hacia un destino que parece inexorable y cuya voluntad no es desconocida. En este paisaje, la descripción parece insuficiente. La novela se vuelve entonces un espejo involuntario donde las nuevas cosmogonías reflejan sus iridiscentes reflejos. En ese sentido, suponer la ficción como un prisma deformante, fantástico a voluntad, es un profundo error. Por el contrario, creo que en ella se concentra el haz de luz de lo verdadero, donde las cosas y las personas, como en una habitación en la cual entra el amanecer, encuentran su volumen, sus contornos y su realidad. □

Martín Hopenhayn: *Después del nihilismo (de Nietzsche a Foucault)* (Santiago: Andrés Bello, 1997)

MARTIN HOPENHAYN: *DESPUES DEL NIHILISMO**

Jorge Panesi

¿Qué hace un crítico literario aquí, en este lugar? Quiero decir: en el lugar de la filosofía. Aquí donde se presenta la filosofía. ¿Podrá la literatura presentar un libro de filosofía, este libro de Martín Hopenhayn? En todo caso, es riesgoso para un crítico literario hablar sobre un libro que se especializa en Nietzsche. Justamente porque la especialización es riesgosa, y porque la crítica también lo es, aunque en sentidos diferentes, con diferentes efectos. No se trata, en mi caso, de reavivar la vieja historia del amo y el esclavo que de tanto en tanto se plantea entre la literatura y la filosofía, sino de sostener esa relación. Un filósofo francés, amante del matema por sobre los versos (Alain Badiou), quiso sentenciar no hace mucho que la edad de los poetas había acabado, que la filosofía a partir de Nietzsche y luego con Deleuze (entre otros) se había esclavizado excesivamente al lenguaje de la poesía. Badiou propondría un retorno al platonismo, al sistema, y a la *ratio:* otra relación que también vuelve, pero más enfáticamente, a reclamar un pacto con la filosofía. Martín Hopenhayn no cree en estos pactos ni los menciona, lo que es un alivio y casi una autorización para que un crítico literario hable de su libro.

No sé si hay tal pacto entre literatura y filosofía, no sé tampoco si son vecinas. Pero estoy seguro de que sobre todo ahora, y frente al amasijo

JORGE PANESI. Crítico literario, ensayista y profesor de literatura en la Universidad de Buenos Aires.

* Texto de presentación del libro de Martín Hopenhayn en Buenos Aires, el 17 de septiembre de 1997.

cultural contemporáneo, pueden ser, como la crítica nietzscheana, intempestivas. Esto es: la facultad de abandonar su tiempo para volver a él con una crítica más radical y capaz de alterar tanto el retrato que el presente tiene de sí, como la sedimentación histórica que constriñe al presente. Martín Hopenhayn practica la crítica intempestiva: su objeto es la cultura contemporánea, porque pertenece a una clase de filósofos que no se amparan ni se enclaustran en la bienaventuranza silenciosa de la "disciplina". Como Nietzsche, quizá el filósofo más expansivo, aquel que ha llevado la filosofía a otros ámbitos, que le ha quitado el peso restrictivo del profesionalismo filosófico y la ha hecho dialogar con la vida (no con la abstracción que ciertas filosofías entienden por "vida", sino con la multiplicidad y la singularidad múltiple de la vida). La literatura y la filosofía son intempestivas porque pueden apartarse de su contexto cultural para luego insertarse en él como una grieta (la palabra "grieta" pertenece a Hopenhayn). Las grietas mueven el terreno, lo expanden, lo vuelven inseguro. Martín Hopenhayn sabe que un momento de la crítica pasa por fisurar el terreno, por desbrozarlo, y que ésta no es una tarea de los filósofos profesionales, sino de aquellos que hacen del pensar un riesgo no domesticable. Por eso, su libro convoca a escritores sin otorgarles el papel secundario de síntoma cultural, o de documento ejemplar, sino por su valor de grietas: Bataille, Artaud, Kafka, Blanchot, Sade, Rimbaud. Continúa en realidad un proceso iniciado por Nietzsche: airear la filosofía, solearla, hasta permearla, en el otro extremo, con el aire denso y confuso del tiempo, con el desgarro sin sutura de la vida.

Así es en Nietzsche y así es en Martín Hopenhayn, que no usa al filósofo que comenta como un objeto académico, ni se abandona, como dice en el Prefacio, a observar impasiblemente desde un palco ese espectáculo llamado "desencanto postmoderno" o postnihilismo contemporáneo. El hilo conductor de su libro es el potencial crítico de una filosofía, su cualidad de "herramienta" agrietadora. Quien ejecuta la operación no lo hace a distancia, desde la contemplación, lo hace sabiendo que el primer efecto desestabilizador caerá sobre el crítico mismo. Para Derrida, Nietzsche es el filósofo que ha escrito con su nombre propio, vale decir, que ha implicado su nombre con el discurso filosófico que lo sostiene; Hopenhayn va más allá: en Nietzsche se filosofa con la biografía, es la propia biografía de Nietzsche, su vida, la que se encuentra entreverada riesgosamente en la crítica. Y aún más: Hopenhayn nos muestra que es el cuerpo de Nietzsche quien filosofa. En esta interpretación, Nietzsche es el filósofo que ha hecho pasar los hilos, los síntomas y la enfermedad de su cultura a través del cuerpo propio. Filosofar desde el cuerpo, o concebir el cuerpo como nudo de relaciones sin

adentro y sin afuera. Este libro repite el gesto, convencido de que es posible reinventarse a sí mismo: para ello, el crítico de la cultura no solamente toma la necesaria distancia, compromete además su biografía y deliberadamente pone el cuerpo. Dice Hopenhayn: "Toda interpretación crítica pareciera incluir una dosis de proyección personal, en la que también se proyecta el conflicto matriz del que uno nunca termina de liberarse".

Es que la fuerza transformadora de la crítica depende de esa implicación, de esa exposición del cuerpo a la enfermedad de la cultura. Como en Nietzsche, que, leído por Martín Hopenhayn, ejecuta una suerte de vaivén entre enfermedad, convalecencia y salud para sobreponerse a los haces que la historia determina en su cuerpo. Según nos mostró Foucault, el poder produce el cuerpo, lo imprime, lo hace inteligible; por lo tanto, la tarea crítica se debilitaría si se entregase a un esquema interpretativo que se desentendiera de él. Sería la caída en el platonismo, siempre dispuesto a fortalecerse en la sociedad tecnocrática, o bien la irrupción del ascetismo, esa enfermedad que acecha a los filósofos.

Pero Nietzsche se había precavido de estas fuerzas reactivas, las había desenmascarado. Platonismo, cristianismo y racionalismo iluminista caen en su interpretación histórica como fantoches que se habían convertido en amos. "Volver al pensamiento de Nietzsche –nos dice Hopenhayn– está muy lejos de ser un ejercicio de exégesis". Desde luego: en primer lugar, porque fue él quien pensó la fuerza del nihilismo (reactiva y también positiva) que atraviesa la modernidad; y en segundo lugar, porque aquí, en este libro, se trata de explorar o experimentar si el pensamiento nietzscheano es también un arma que permita desenmascarar las corrientes dominantes de la cultura *mass*mediática y masificada.

Para Hopenhayn la crítica tiene una dimensión irrenunciablemente experimental. El experimento nietzscheano transforma la filosofía pero también la vida y al propio experimentador. Por lo tanto, en el libro asistimos a una especie de contrapunto entre los tópicos de una filosofía liberadora y su uso en reelaboraciones que atacan los resabios metafísicos aún fijados con fuerza en nuestro propio tiempo. La genealogía sigue poseyendo una fuerza que desestructura las formaciones opresivas contemporáneas. En palabras de Hopenhayn:

> [...] la genealogía nietzscheana desentraña una conexión íntima entre moral, metafísica, racionalismo y voluntad de dominio, y con ello sienta un precedente interpretativo difícil de revertir. Es tal la conexión analógica y causal que Nietzsche establece entre los elementos más duros de nuestra ideología y nuestra sensibilidad que parece imposible seguir evocando la razón contra el mito, la ciencia contra

> la metafísica, la psicología contra la moral y/o la modernidad contra la tradición. La crítica es tanto más eficaz en la medida en que logra mostrar la filiación de elementos que parecían oponerse (p. 55).

Nietzsche ha sido el crítico de la modernidad masificada y ha permitido desenmascarar las conexiones que el revolucionario mantiene con el ideal ascético y la moral del rebaño. Por su parte, a Hopenhayn le interesa rescatar aquellas fuerzas que liberan la subjetividad, que la recrean o la vuelven a inventar. Si la crítica de la subjetividad emprendida por Nietzsche también es irreversible, no se trataría de renunciar a la categoría de sujeto, sino de devolverle su potencial emancipador, elidido en la sociedad comunicacional por la idea de un sujeto representable, cuantificable, predictible y racionalizado. La liberación del deseo puede analizarse así como una de las máscaras de la sociedad tecnocrática y productivista: "la pornografía –dice Hopenhayn– es una reducción de la sexualidad a su versión atlética de alto rendimiento". Frente a este sujeto de la representación hay otras narrativas posibles: por ejemplo, la del artista trágico, la que cuenta Nietzsche en *El origen de la tragedia.* La libertad no estaría en la síntesis hegeliana, sino en la grieta que el sujeto utiliza para acceder a lo inexplorado y producir así su singularidad. Pero la "grieta trágica" es una lucha incesante, feroz y que cobra vidas en la modernidad. No hay garantías en la grieta, sino un proceso incesante de creación y destrucción.

Después del nihilismo distingue dos procesos: el de individualidad, cautivo de una narrativa totalizante y sustancial que fatalmente cae en las identidades, y el de individuación, que siempre supone un triunfo precario frente a la disolución. Este último proceso produce diferencias creadoras y autocreadoras, porque se alimenta del devenir. El sujeto no coincide nunca consigo mismo, sino que se entrega a la inocencia del devenir, del volverse otro y reinventarse cada vez. Se trata de la fuerza que provee la multiplicidad interpretativa, de la proliferación y producción de máscaras insubstanciales, en otras palabras, del perspectivismo nietzscheano. Un proceso del cual Hopenhayn acentúa los riesgos, porque obtiene su fuerza de las ambigüedades que lo acechan. El pensar que pone en marcha la multiplicidad interpretativa lo hace desde la ambigüedad: la pluralidad interpretativa es un exceso, y por lo tanto cuenta con lo ambiguo. Toda jerarquía en la interpretación, al mismo tiempo que elimina la ambigüedad, permite que el sentid se congele, que la identidad se rehaga, que la totalización frene el proceso emancipatorio. Digamos: en el mismo riesgo está la fuerza. Si Dionisio es en este proceso el polo de lo indiferenciado, la fuerza apolínea lo convierte en afirmación autocreadora y surgimiento de la diferencia. Este proceso –su-

giere Hopenhayn– tiene una interpretación débil en la sensibilidad o el cinismo postmoderno; al contrario, la apuesta fuerte consiste en seguir por la vía de la secularización radical y la máxima intransigencia de la crítica, a la que llama "el eterno retorno al sudor de la crítica".

Este sudor de la crítica es el que permite enfrentar tanto los mitos subyacentes de una moral universal como los decorados postmodernos donde la fiesta y la disolución dionisíaca ensayan psicotrópicos o misticismos programables. Dice Hopenhayn: "La postmodernidad parece suave, pero no descansa: sus habitantes escapan de sus propias metamorfosis. No están a la espera de ellas, las anticipan; prefieren serlo todo menos lo que podrían ser". La multiplicidad postmoderna o su proliferación estetizante está sujeta a la racionalidad del mercado, a la *ratio*, y al cálculo mercantil. Tanto aparente frenesí no oculta al crítico nietzscheano la otra cara del impulso postmoderno: se trata de una cautelosa huida de la desmesura o del riesgo que supone una interpretación fuerte.

El perspectivismo no rehúye el fantasma que puede volcarlo hacia la disolución; en cambio el ideal ascético, presente en ciertos grupos contestarios, cobija el movimiento de retiro o huida. Lo que subraya Hopenhayn son todas las formas del riesgo que otorgan fuerza a la individualización a o la autocreación subjetiva. La corrupción, por ejemplo, más que un nido de la muerte o la fuente de negatividad, es un reservorio posible de nuevas perspectivas interpretativas. La aceptación de la corruptibilidad y el gesto que la convierte en proliferación de perspectivas interpretativas forman parte de una actitud afirmativa, una exaltación del devenir. El pliegue postmoderno se muestra en este análisis como una huida del carácter afirmativo de todo lo corruptible: "La idolatría de la lozanía –dice Hopenhayn–, la tersura y la musculatura siguen mostrando, hoy más que nunca, una obsesiva negación de la corruptibilidad intrínseca de la vida".

La singularidad del perspectivismo se engendra en lo múltiple, en la lucha de fuentes interpretativas; la diferencia y la novedad producidas por este exceso en el interpretar son parte de un movimiento de expansión y afirmación del sujeto. Riesgosa y provisoria afirmación, pues a diferencia de aquellas filosofías que reintroducen una jerarquía o una totalidad en la interpretación, el perspectivismo convierte los riesgos en una experiencia emancipatoria. El delirio, por ejemplo tiene su momento afirmativo en la versión de Hopenhayn: es el motor y la consecuencia de las interpretaciones múltiples. Un intento por ir más allá del error y por ensanchar las fronteras del pensamiento. Una cita: "La lucha entre el Logos y la singularidad se da, en última instancia, en la mente del loco [...] "Sólo el expediente de un cierto *quantum* de delirio parece eficaz para sortear la trampa de un pensar catego-

rial y singularizar la filiación entre el pensar y el cuerpo". El mal en esta línea de pensamiento es una fractura que se ejerce sobre la historia, sobre el sistema opresivo o sobre las coerciones que recibe la subjetividad. El mal es una grieta en la consolidación de las creencias y los valores, pero tiene sus propios riesgos: el olvido del potencial crítico del perspectivismo por la fusión autorreferente de los grupos contestarios, o bien la estética recuperable de la transgresión.

La autocreación de la subjetividad como diferencia tiene un potencial emancipador: somos plurales, contingentes y provisorios –nos advierte Hopenhayn cuando introduce en este movimiento de autocreación el eterno retorno nietzscheano. Lo que la voluntad perspectivista busca no es que retorne el contenido de esa afirmación singularizadora, sino la fuerza o la intensidad del momento que la individualiza. La fuerza busca la reiteración de la fuerza como tal. De lo contrario, la perspectiva singular se tornaría proceso de identidad.

La singularización supone un proceso que va desde el *pathos* como afectación permeable de las fuerzas externas, hasta su transformación en voluntad de poder, momento por el cual la voluntad pasa a ser acción productiva que resignifica o reinterpreta el mundo. Otro transcurso riesgoso que no excluye ni el dolor ni la pérdida, por el contrario, la exclusión del *pathos* o del riesgo entrañaría la recaída en la moral de la masa.

El problema del otro, el otro cultural, el otro del multiculturalismo (o, como prefiere llamarlo Hopenhayn, "transculturalismo"), también se deja cernir por la voluntad de poder. La liberación afirmativa de la subjetividad cuenta ahora con una nueva perspectiva que el otro brinda sobre la propia cultura, al mismo tiempo que la enriquece con otras historias. La ilusión de lo propio se desvanece. Nuevo peligro aquí: la posible retracción en la particularidad reaccionaria que frente a la proliferación de diferencias niega al otro para fijarse en una identidad inmutable. Es el fundamentalismo atrincherado. También la racionalización actúa en este juego de fuerzas postmoderno, pero Hopenhayn encuentra que el perspectivismo, si se sitúa en "otra lógica" crítica, rendiría sus frutos en el análisis de la cultura contemporánea.

Y a esto se dedica en los capítulos finales del libro. La parte más personal –nos dice– y por lo tanto la más riesgosa. Como se ve. Hopenhayn insiste en la autonomía y la creación subjetiva, rescatando el concepto de emancipación. El diálogo es con la Escuela de Frankfurt, pero también con un crítico de Nietzsche, con Habermas:

> La pasión por la diversidad invita a establecer un compromiso al que obligan ciertas reglas que puedan reconocerse como base mínima en

la reciprocidad de compromisos. La *razón comunicativa* de Habermas adquiere aquí toda su pertinencia.

Este "compromiso" debería entenderse por el lado del perspectivismo más que por el de la regularidad comunicativa. Compromiso parcial y provisorio a la espera de una nueva perspectiva. De todos modos, Hopenhayn insiste en la "grieta", en la fractura y en la crítica que agujerea las comodidades de la sociedad postmoderna, la sociedad que se regodea en el desencanto.

La crítica nietzscheana es emancipatoria. Y la insistencia en la emancipación subjetiva no es nueva en Hopenhayn: está en uno de sus primeros trabajos. Era un libro dedicado a la literatura, a la literatura de Kafka. La preocupación por la subjetividad emancipada atraviesa todo *¿Por qué Kafka?* (de 1983), tal vez con otros nombres. Esta confianza en el poder intempestivo de la crítica es la que me ha autorizado a comentar su nuevo libro. Creo tener en común con su autor una convicción: la crítica debe ser útil y su utilidad se mide en términos de fuerza. La fuerza reconfiguradora de la crítica, que se halla implícita en la audacia de sus interpretaciones. Hopenhayn me autoriza a comentarlo porque la audacia no respeta fronteras, y menos aún fronteras profesionales.

Su audacia consiste en haber situado otra vez a Nietzsche en una encrucijada. Una tarea vital y riesgosa. □

Martín Hopenhayn: *Después del nihilismo (de Nietzsche a Foucault)* (Santiago: Andrés Bello, 1997)

LA UTOPIA DESPUES DEL NIHILISMO

Christian Retamal

Si bien el nihilismo tiene una larga historia en el campo filosófico, sólo recientemente a empezado a poblar el lenguaje cotidiano. Comienzan a ser frecuentes los textos y ensayos periodísticos en distintos ámbitos que tratan de dar cuenta de él: en las artes, el pensamiento, el desarrollo urbano, la política y la psiquiatría. Esto se debe a que el nihilismo ha dejado sentir sus efectos en una magnitud social creciente, que no es imputable como realidad a ningún sistema político moderno en particular. Más bien los transita a todos, aunque sus expresiones sean diversas en cada uno. Recorre Occidente desde tiempos remotos, aunque parece estallar con toda su fuerza en la modernidad tardía.

La experiencia diaria del nihilismo se vive como una angustia irrefrenable debido a una carencia de sentido. La realidad aparece sin fundamento, incognocible, arbitraria, y la condición humana se percibe preñada de una abismal orfandad respecto de cosmovisiones unitarias que nos expliquen coherentemente el devenir. La nada se asoma tras la realidad, la ausencia de la divinidad articuladora de los fundamentos deja una huella de incertidumbres existenciales difíciles de sobrellevar. El libro de Martín Hopenhayn: *Después del Nihilismo. De Nietzsche a Foucault* (Editorial Andrés Bello), aborda esta densa atmósfera cultural desde la perspectiva de quien no se contenta con hacer la autopsia de los proyectos modernos, sino de quien necesita plantear salidas.

CHRISTIAN RETAMAL. Magister en Filosofía Política y Axiología, Universidad de Chile. Profesor de Filosofía en la Universidad de Chile.

Dentro de estos múltiples proyectos modernos tensionados por la contradicción, la utopía parece encontrar un lugar destacado; más aún cuando ella pretende ser la antípoda de cualquier forma de nihilismo. La utopía está sostenida por la fe, por el deseo, la esperanza y el anhelo. No es un instrumento teórico afianzado racional, específico y delimitado. Esto es lo que permite que tanto los académicos como los marginales, los políticos periféricos y los mesiánicos se reconozcan en tal concepto. Ciertamente la utopía tiene algo de convocatoria religiosa a la salvación, léase esto como fuerza de catarsis o revolucionaria. Logra movilizar e inquietar en tiempos manifiestamente desencantados. Se mantiene, transmite y entiende como un gesto de resistencia, un impulso de rechazo a la realidad tal cual ésta se manifiesta cotidianamente.

Esta persistencia plural del gesto utópico le ha permitido sobrevivir a tanto derrumbe teórico en la modernidad. Ella expresa la sedimentación de los deseos sociales no realizados. De manera paradójica, así como para Hegel el espíritu deviene a través del anónimo sacrificio humano, la utopía parece devenir alimentándose de las esperanzas de aquellos que han conocido el suplicio del sacrificio.

Pero esta evolución de la utopía también está matizada por la modernidad, en la medida en que ella contiene los elementos de su desviación. Aquí es necesario hacer una de aquellas distinciones fundamentales entre el impulso utópico y la formulación propiamente utópica (como la que encontramos en los clásicos del tema: Moro, Campanella, Bacon). Reconocemos en el impulso utópico la persistencia plural; los matices salvíficos, mesiánicos y revolucionarios; la fuerza movilizadora; el gesto de indisposición y resistencia y la sedimentación de deseos sociales no realizados. En la formulación utópica encontramos, en cambio, una especificidad tanto crítica como propositiva, que responde claramente a un contexto histórico particular; encontramos un *corpus* teórico de lo que debe ser un orden social específico y, por tanto, existe un lugar particular y definido desde el cual se elabora tal propuesta. En tal sentido la formulación utópica viene a ser un catalizador de lo que encontramos en el impulso utópico.

Pero ya en la primera encontramos ciertos elementos que abren el potencial de su desviación, elementos que pueden hacer de la utopía, como mundo soñado, una pesadilla. Esta utopía negra (o distopía, para acentuar el carácter de distorsión) surge tanto del desarrollo interno de la formulación utópica como de su mediación con la realidad. Las distopías se alimentan tanto del "inconsciente" propiamente utópico como de aquellos elementos negativos más radicales de nuestro presente. Desde esta base las distopías nos mostrarán mundos invisibles, mundos de la extinción humana

que no pertenecen, como ingenuamente se podría pensar, a una pesimista ciencia-ficción, sino que muy contrariamente subyacen como una posibilidad de evolución concreta del presente.

En efecto, así como los rasgos utópicos son difícilmente visibles, los rasgos distópicos en cambio pueblan nuestra realidad. Ciertamente no han llegado a constituir una sociedad de clausura en sentido estricto, pero no pueden negarse las profundas tendencias que hacia allí se están manifestando. La modernidad misma pareciera ser partícipe de estas tendencias clausuradoras de múltiples modos.

Pero ¿cómo puede describirse una evolución desde la utopía como intento de fundar realidades sólidas hasta la distopía, que pareciera ser la expresión del nihilismo con toda su fuerza de devastación? Hopenhayn hace una distinción pertinente que ayuda mucho a aclarar esta evolución. El iluminismo intenta fundar una lógica utópica basada en el orden, donde la libertad es racionalizada a través de las instituciones políticas. Esto ya era completamente visible en los clásicos utópicos, en quienes encontramos un intento de diseñar la vida en todos los pliegos posibles, y donde la fusión del sujeto particular en el organismo social es una necesidad, tanto de principio como de finalidad. A esto el autor contrapone la utopía-destello del modernismo que encuentra sus arquetipos en Rimbaud, Hofmansthal, Nietzsche y Baudelaire. En ella la libertad es fruto de actos múltiples de emancipación, basados en una experiencia intensiva, que se abre sobre el mundo y sobre sí misma. Como puede verse en el texto de Hopenhayn, la libertad es una irrupción personal donde la utopía se desplaza desde el campo de la transformación del mundo a la transformación de la vida.

Las utopías del orden no sólo son una reacción a las contradicciones históricas de la modernidad, sino también a la intuición de un nihilismo desbordado. Pero su reacción basada en la racionalización clausura el devenir, soslayando así el carácter efímero de toda realidad. La utopía del destello es, por el contrario, la posibilidad siempre fragmentaria, inestable y precaria de autoconstruirse como sujeto. Pero una autoconstrucción que lleva el sello de su necesaria renovación, pues no puede eternizarse. Hopenhayn manifiesta aquí un carácter radical en su implícito rechazo a las formas de organización socia y a la gregariedad como protectora del desarrollo individual. El autor nos remite al irreductible sujeto particular y encuentra allí el fundamento y agente de sus reflexiones.

¿Podría entonces catalogarse a Hopenhayn como un pensador individualista? Ciertamente no. Lo que le preocupa es la ausencia de un sujeto real, ya que la subjetividad aparece múltiplemente fabricada por las instituciones y el desarrollo moderno. Desenredar la trama del nihilismo supone

remontar aquella historia de fabricación de la subjetividad, para reinstalar al ser humano concreto como actor de la aventura de la autopoiesis, habriéndose al salto de la fusión con el "culturalmente-otro".

El concepto eje sobre el cual el autor articula su propuesta es el perspectivismo, el cual es fruto de la secularización radical y dice relación con la capacidad de "hacer evidente la pluralidad de mundo por medio de la pluralidad de miradas", desbordar las propias convicciones para provocar un cambio en la vida, con la intención de poetizar la realidad y abrir el espacio para la autopoiesis. Pero este perspectivismo no quiere llegar a constituir órdenes estables o un nuevo principio fundacional. Más bien goza de su discontinuidad y permanente metamorfosis, porque se sabe atravesado por el devenir.

Nótese que el perspectivismo se ha cruzado aquí con la reivindicación de la singularidad al modo de una apertura al otro. Comprender al otro es un modo de vivir una forma peculiar de praxis, inserta en nuestro modo de ser en el mundo. Por tanto, la permeabilidad y confrontación entre culturas y sensibilidades diversas produce un mestizaje en el cual "el sujeto busca fundir en un mismo acto la exploración antropológica y el vuelo existencial". Las "vibraciones transculturales" nos tocan, nos ponen delante de un sujeto "culturalmente-otro" y el pluralismo deviene perspectivismo. En un contexto de creciente desidentidad, el transitar por otras identidades, ritos, símbolos, experiencias, puede ser una salida frente a la angustia por falta de tierra firme. Se trata de habituarse a la figura del salto entre distintos suelos provisorios de sentido. Devenirse uno mismo en el flujo mayor del devenir.

Ciertamente esto puede construir una utopización del mestizaje. Pero es una utopía que no quiere ser fusión de lo universal con lo particular, o imposición de una cierta ley. Es una utopía de la transitoriedad, del devenir, de la aventura permanente de la autocreación. En el plano de lo social nos encontramos, por tanto, según el autor, con la posibilidad frágil de un neoutopismo de las tribus urbanas que buscan retrotraerse a las lógicas de integración moderna, hacerse irreductibles a la razón moderna, buscando siempre el flujo dinámico de la fusión y la individuación.

Cabe destacar que desde el utopismo, como orden permanente, la eternidad del sufrimiento en la vida cotidiana se ve desplazada por el éxtasis de la felicidad eterna y, por tanto, puede establecerse una continuidad del paradigma universalista. El tiempo perpetuo queda intocado en los proyectos utópicos. Desde la época de Hopenhayn, en cambio, el devenir desmiente por su sola presencia cualquier arquetipo de eternidad. El ser humano es hijo del tiempo y, por tanto, no puede evitar ser consumido por él.

Esto implica que así como no puede pretenderse una universalidad de la razón, tampoco es admisible una universalidad de la memoria. En tal sentido, Hopenhayn, siguiendo a Nietzsche, se sitúa en la reivindicación del olvido como una forma de liberación respecto del pasado, liberación de las culpas generadas por la moral del esclavo y liberación de las deudas eternas ya sea con el prójimo o la divinidad.

El olvido también libera de la síntesis dialéctica y de su coerción sobre el sujeto particular. Aquí el autor recurre al modelo de las transformaciones que Nietzsche planteara (del camello al león y de éste al niño) para mostrarnos que el salto es la figura que mejor expresa la transitoriedad del cambio, ya que la "autocreación no es consecuencia necesaria de nada que le anteceda". Esta liberación de la dialéctica –especialmente en su formulación hegeliana– conlleva también un dejar atrás todas las formas institucionales de registro, de producción de saberes en una memoria que los transforma en poderes que luego se diseminan a través de la sociedad.

Detrás de este olvido se esconde la búsqueda de una inocencia que remueve la experiencia originaria de la invención, del encuentro con el otro, la fascinación por lo nuevo: un rejuvenecimiento de la capacidad de experimentar que salte por sobre el anquilosamiento del saber. He aquí la constatación del quiebre de un supuesto protomoderno, en que la felicidad estaba vinculada al conocimiento. Por el contrario, nada garantiza el logro de la felicidad y menos su permanencia en el tiempo. En Hopenhayn sólo los momentos felices, en su intensidad específica, pueden ser reivindicados y potenciados.

El autor ve, al igual que Nietzsche, una posibilidad insondable de libertad en el nihilismo, ya que al haber caído los universales que escondían y espiaban la "nadificación" de la realidad, también han caído múltiples formas de coerción que impedían al sujeto proyectar su recreación. Es la libertad del huérfano, la posibilidad de autodeterminación en medio de la intemperie.

En tal sentido la formulación utópica, con todas las características antes señaladas, no logra sobreponerse al auge del nihilismo. Pero el impulso utópico parece gozar de buena salud en medio de este caos y, más aún, parece encontrar nuevas energías, aunque tenga que pagar el tributo de su propia transformación para no reeditar la pulsión de poder que está implícita en todo intento universalista. El mejor antídoto que el impulso utópico guarda en esta tarea es contrastarse con el imaginario de la distopía, que durante todo el siglo ha germinado ampliamente en diversas áreas de la cultura, y que muestra las evoluciones posibles de la actual modernidad. La distopía es nihilista, pero en un sentido que preserva las posibilidades de salida y

renovación de lo real, ya que funciona como un mecanismo vigilante que nos informa de los gérmenes de universalización que están presentes en la modernidad en general, así como en las utopías.

¿Serán capaces los nuevos utopistas de cuidarse de no eternizar sus sueños? ¿Podrá el impulso utópico evadir el anquilosamiento y la tentación de institucionalizarse en el poder? Y más radicalmente, ¿será el nihilismo una real posibilidad de desplegar sueños, por efímeros que éstos sean, o será el fin de la posibilidad de todo sueño? Si bien estas preguntas desbordan con creces las capacidades actuales que tenemos para encararlas, el texto de Martín Hopenhayn entrega elementos fundamentales para elaborar nuestras propias respuestas. ¿Qué mayor coherencia puede pedirse? □

SELECCIÓN DE ESCRITOS POLÍTICOS DE DAVID HUME

Tomás A. Chuaqui

INTRODUCCIÓN

Sé filósofo, pero en medio de toda tu filosofía continúa siendo un hombre[1].

David Hume (1711-1776) es comúnmente considerado como un epistemólogo y un filósofo de la naturaleza humana, y en estos ámbitos de la investigación su importancia en la evolución del pensamiento occidental es incuestionable. Su pensamiento político, sin embargo, no ha recibido el mismo grado de atención. Aunque lejos de considerar justificada esta relativa desatención, creo que ella se puede explicar parcialmente porque, en comparación con su obra propiamente filosófica, sus escritos políticos carecen de la espectacularidad escéptica de, por ejemplo, el *Tratado de la naturaleza humana*, aquel mismo que despertó a Kant de su sueño dogmático, tal como Kant nos informa en sus *Prolegómenos*.

En cambio, el tono que Hume adopta en sus ensayos morales, políticos y literarios es más bien pausado y cauto, abogando constantemente por

TOMÁS A. CHUAQUI. B. A. en Ciencia Política y Literatura Comparada, University of California, Berkeley. M.A. y Ph. D. Politics, Princeton University. Profesor Auxiliar de Teoría Política del Instituto de Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile.

[1]David Hume, *Investigación sobre el conocimiento humano* (1980), p. 23.

la moderación. Es necesario dedicarle algún espacio de explicación, entonces, al tono que sus ensayos políticos adoptan, y para este propósito, nada mejor que permitir que el mismo Hume nos aclare su concepción de la escritura de ensayos. Según él, "La parte elegante de la humanidad, la que no está inmersa en la vida animal, sino que se dedica a las operaciones de la mente, puede dividirse en la docta (*learned)* y la conversante (*conversible*)"[2]. La labor de la parte docta de la humanidad está destinada a sondear las abismales profundidades, a escudriñar los recónditos recovecos de la mente. Esta labor requiere soledad y silencio. En cambio, la parte conversante de la humanidad practica la reflexión dialógica sobre los asuntos públicos y el intercambio cortés, ameno y amable de opiniones informadas, aunque no rigurosamente sistematizadas, sobre los deberes de la vida común. Hume concibe sus ensayos como una suerte de puente entre ambos dominios:

> No sé de nada más ventajoso que ensayos tales como éstos con los cuales me esfuerzo por entretener al público. Desde este punto de vista, no puedo sino considerarme como una suerte de representante o embajador desde los dominios de la doctitud a los de la conversación; y consideraré como mi deber constante el promover una buena correspondencia entre estos dos Estados, que tanto dependen el uno del otro. Proveeré inteligencia a los doctos de todo lo que ocurre en sociedad, y me esforzaré por importar a la sociedad todos los bienes que en mi tierra natal encuentre apropiados para su uso y entretenimiento. De la balanza comercial no debemos preocuparnos, ni será difícil preservarla en ambos lados. La materia prima de este comercio será provista principalmente por la conversación y la vida común: sólo la manufactura le corresponde a la doctitud[3].

Esta preocupación por la "manufactura" de la materia prima de la conversación sobre asuntos públicos nos remite a uno de los elementos centrales de la función que Hume les asigna a sus ensayos y, además, dado que su pensamiento político se anida en el género del ensayo, a su concepción de lo político en general.

Para Hume lo político es el ámbito de la opinión, y por ende sus ensayos políticos tienen como objetivo el influir sobre la opinión pública. Lo político y lo moral son para Hume el resultado de convenciones, aunque al mismo tiempo responden a impulsos naturales característicos de los seres humanos. En este sentido, lo que le interesa es encarrilar la composición natural de los seres humanos en buena forma. La política depende de las

---

[2] David Hume, "Of Essay Writing" (1985), p. 533. La pedestre traducción es mía.
[3] David Hume, "Of Essay Writing" (1985), p. 535.

convicciones de las personas, no de estructuras metafísicas derivadas de leyes divinas, o de la naturaleza entendida en forma aristotélica. La naturaleza es objeto de la investigación empírica, sin exceptuar a la naturaleza humana, a través de la observación, la inducción, y la generalización. En principio, todo lo natural es explicable, incluyendo nuevamente a la naturaleza humana. Si la comprensión que tenemos de nosotros mismos es en el presente incompleta, esto se debe sólo a que somos artefactos enormemente complejos, y Hume deja abierta la posibilidad de que nunca seamos capaces de entendernos por completo, puesto que es obvio que somos seres de capacidades limitadas. Lo que deriva de la constitución natural de los seres humanos, entendiendo lo natural en el sentido empírico ya bosquejado, es un lugar de explicación, aunque no necesariamente de justificación, para las acciones humanas: la superstición y lo que Hume llama el "entusiasmo" político responden a impulsos humanamente naturales, pero esto no significa que sean justificables. No son justificables porque sus consecuencias políticas y sociales son nocivas: producen fanatismo e inmoderación, y dificultan la resolución de conflictos al endurecer las posturas presentadas en el ámbito público[4]. Es decir, la naturaleza puede manifestarse en forma perversa, pero es susceptible de corrección.

Esta concepción de lo político tiene relación con la personalidad del Hume histórico, es decir, con el sentido que Hume le dio a su propia vida. Ésta fue principalmente la del investigador, y su ocupación permanente fue siempre la del estudio y la reflexión, aunque esto no significó que se encerrara en el gabinete filosófico, alejado del mundo y de las relaciones interpersonales. Hume nació en 1711, en Escocia, de una familia relativamente acomodada, y a temprana edad decidió dedicar su vida a la práctica y perfeccionamiento de sus indudables talentos literarios y filosóficos. Con este propósito el joven David se trasladó a Francia, donde retirado en Rheims y La Flèche, entre 1734 y 1737, escribió el *Tratado de la naturaleza humana*. El *Tratado* sirve de base a toda su producción intelectual posterior, y aunque, como él mismo dice, originalmente no recibió mayor acogida[5], el intrépido intento de "introducir el método experimental de

[4] Si esta concepción le recuerda al lector el pensamiento de John Rawls, es por una buena razón: Rawls mismo reconoce su deuda con Hume, tanto en *A Theory of Justice* (1971) como en *Political Liberalism* (1993), particularmente, pero no de un modo exclusivo, en lo que se refiere a la posibilidad de gestar una sociedad pluralista razonablemente armoniosa y estable. Véase, por ejemplo, *Political Liberalism* (1993), p. xxv, n. 12.

[5] "Jamás intento literario alguno fue más desgraciado que mi *Tratado de la naturaleza humana.* Ya salió *muerto de las prensas*, sin alcanzar siquiera la distinción de provocar murmullos entre los fanáticos". David Hume, *Autobiografía* (1992), pp. 3-28. La cita es de la p. 9. Cursivas en original.

razonamiento en materias morales"[6] por parte de un joven de apenas veintiséis años se convirtió en una de las fuentes ineludibles de la reflexión filosófica occidental, dejando su marca en los más diversos pensadores y tradiciones desde Kant a Ayer, desde el utilitarismo decimonónico a la filosofía analítica de nuestros días.

La primera colección de sus ensayos apareció en 1741, sólo tres años después del *Tratado*, pero Hume no dejó de revisarlos y reeditarlos durante toda su vida. De hecho, los ensayos morales, políticos y literarios de Hume fueron publicados dieciséis veces durante su vida, y los estaba revisando para una nueva edición cuando murió en 1776. Para Hume, entonces, como para lectores contemporáneos suyos, los ensayos eran de enorme importancia y, a juzgar por su éxito editorial, cumplieron su propósito de mediar entre los doctos y los conversantes.

El interés de Hume por acercarse a sus lectores queda en evidencia, además, por su reformulación de las ideas del *Tratado* en su *Investigación sobre el conocimiento humano*[7] y *Una investigación sobre los principios de la moral*[8], obras aparecidas originalmente en 1748 y 1751. Hume atribuyó el poco éxito del *Tratado* no a la carencia de validez de los argumentos que contiene, sino a la forma de su presentación ("más a la exposición que al contenido"[9]) y, por ende, en los dos textos citados, se esforzó por usar un lenguaje más amistoso para representar sus ideas.

Al mismo tiempo, Hume participó de actividades diplomáticas de relativa importancia, sirviendo como secretario del general St. Clair en la costa de Francia, y luego en Viena y Turín (1746-1748). También fue secretario y *chargé d'affaires* del embajador británico en París, Lord Hertford (1763-1766). En París participó de los elegantes salones de conversación y llegó a ser conocido como "le bon David", haciéndose referencia a su disposición gentil y llevadera. Finalmente, de vuelta en Londres, se ocupó como Subsecretario de Estado para asuntos escoceses entre 1768 y 1769. Pasó sus últimos días en forma tranquila, revisando sus obras, recibiendo a sus numerosas amistades y esperando tranquilamente el día de su muerte, causada por una larga aflicción estomacal[10].

---

[6] Subtítulo de *Tratado de la naturaleza humana* (1992).

[7] David Hume, *Investigación sobre el conocimiento humano* (1980).

[8] Incluida en Hume, *De la moral y otros escritos* (1982).

[9] David Hume, *Autobiografía* (1992), p. 12.

[10] Para una fascinante reflexión sobre la actitud de Hume frente a la muerte, véase el capítulo tres de Michael Ignatieff, *The Needs of Strangers* (1984), pp. 81-103. La mejor biografía general de Hume sigue siendo la de Ernest C. Mossner, *The Life of David Hume* (1954; 1970).

Su participación en la vida política, por tanto, fue siempre más bien indirecta, pero es indudable que esta experiencia le proporcionó una oportunidad para observar el comportamiento político de sus contemporáneos. Es así como Hume combina la especulación filosófica sobre la naturaleza humana con la observación empírica e histórica: recordemos que una de sus más importantes obras es una historia de Inglaterra en seis volúmenes[11], y que sus ensayos políticos hacen repetida referencia a la historia, tanto antigua como reciente, para ejemplificar sus argumentos. Debe consignarse, sin embargo, que para Hume no existe una separación radical entre la observación de lo político y la especulación propiamente filosófica. Más aún, es posible reconocer una temática constante a través de las obras de Hume, que reduce la aparente disparidad entre sus escritos filosóficos y políticos.

Como se ha dicho, Hume es más reconocido como filósofo que como pensador político, principalmente como defensor de un cierto tipo de escepticismo filosófico. Sin embargo, el pensamiento político de Hume debe ser entendido con vistas a su escepticismo filosófico; mas es posible argumentar que la filosofía de Hume tiene motivaciones políticas en el sentido de intentar posibilitar un mundo tolerante, acorde con el epígrafe de Tácito en la más "filosófica" de sus obras, el *Tratado*: "Rara felicidad de una época en que se puede pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa". Hume es, junto con Descartes y Kant, uno de los fundadores de la filosofía moderna, y podemos ver en los tres pensadores una preocupación fundamental por problemas epistemológicos, en particular con respecto al escepticismo epistemológico. Junto con Descartes y Kant, Hume pone la preocupación por lo epistemológico al centro de las preocupaciones filosóficas. Es decir, lo filosófico, desde Descartes, se abocó principalmente a determinar las condiciones de certeza, en lugar de ocuparse de cuestiones relativas al sentido de la existencia, o de la naturaleza de la divinidad.

Sin embargo, para Hume, las investigaciones epistemológicas no se remiten solamente a los gabinetes polvorientos de los filósofos profesionales, sino que se inscriben en un intento por entender la condición humana; no es casualidad que haya desarrollado su epistemología en el contexto de un *Tratado de la naturaleza humana*. En términos más generales, se puede caracterizar casi toda la obra de Hume de la siguiente manera: lo que le interesa es la disparidad entre lo que somos capaces de saber y lo que sentimos es necesario saber. Por ejemplo, los escritos sobre religión se

[11] La edición más reciente de esta obra de Hume es *The History of England, From the Invasion of Julius Ceaser to 1688* (1983).

dedican al conflicto entre el impulso natural hacia la creencia religiosa y la falta de evidencia para esta creencia[12]; los escritos políticos denotan una preocupación constante por las fuentes de la creencia en cuanto a las soluciones preferibles para los problemas prácticos de la vida política y social; y su epistemología misma se dedica no tanto a investigar el sentido de la verdad o del conocimiento, sino más bien a investigar la relación entre la necesidad de creencia a niveles existenciales y prácticos (cotidianos), y la incapacidad de los seres humanos para arribar a la certeza.

Hume concibe la epistemología en general como una manera de entendernos a nosotros mismos. Lo que su epistemología nos lleva a considerar es cómo somos. En el *Tratado* se pregunta cómo nuestras capacidades y limitaciones epistemológicas condicionan lo que somos, es decir, nuestra constitución cognitiva es un componente esencial de nuestra naturaleza. Para poder conocernos, es necesario saber cómo conocemos, y es por esto que la primera parte del *Tratado* se dedica al estudio del entendimiento humano.

No le interesa en este respecto si poseemos (o somos poseídos por) creencias, sino las razones que nos llevan a creer. Hume formula de esta manera la pregunta epistemológica porque está convencido de que filosóficamente es imposible refutar los argumentos escépticos. No puedo detenerme aquí en los argumentos escépticos que Hume considera irrefutables filosóficamente, pero baste decir que rechaza tanto a los sentidos como a la razón como fuentes últimas para sustentar nuestras creencias con algún grado de certeza. Toda proposición de certeza requiere a su vez una proposición justificadora, y la búsqueda de las justificaciones de las justificaciones tiende a disipar la certeza en una regresión eterna, acercando la convicción a la nada. El resultado de la demolición del conocimiento que ha ocasionado Hume lo lleva, hacia el final del libro 1 del *Tratado*, a decir que "no cabe sino elegir entre una razón falsa, o ninguna razón en absoluto"[13]. Esta condición humana produce uno de los pocos momentos de verdadero *angst* existencial en la obra del normalmente equilibrado "*bon* David":

> El examen *intenso* de estas contradicciones e imperfecciones de la razón humana me ha excitado, y ha calentado mi cabeza de tal modo, que estoy dispuesto a rechazar toda creencia y razonamiento, y no puedo considerar ninguna opinión ni siquiera como más probable o verosímil que otra. ¿Dónde estoy, o qué soy? ¿A qué causas debo mi existencia y a qué condición retornaré? ¿Qué favores buscaré y a qué furores debo temer? ¿Qué seres me rodean; sobre cuál

[12] Véase David Hume, *Writings on Religion* (1992).
[13] David Hume, *Tratado de la naturaleza humana* (1992), p. 376.

> tengo influencia, o cuál la tiene sobre mí? Todas estas preguntas me confunden, y comienzo a verme en la condición más deplorable que imaginarse pueda, privado absolutamente del uso de mis miembros y facultades[14].

Lo interesante de la posición de Hume, sin embargo, es que si bien muestra que el escepticismo (total) es filosóficamente irrefutable, cree que es psicológicamente insostenible. Es decir, somos por naturaleza incapaces de convencernos de la verdad del escepticismo. Inmediatamente después del pasaje recién citado Hume dice:

> Pero por fortuna sucede que, aunque la razón sea incapaz de disipar estas nubes, la naturaleza misma se basta para este propósito, y me cura de esa melancolía y de este delirio filosófico, bien relajando mi concentración mental o bien por medio de alguna distracción, una impresión vivaz de mis sentidos, por ejemplo, que me hace olvidar todas estas quimeras. Yo como, juego una partida de chaquete [*backgammon*], charlo y soy feliz con mis amigos; y cuando retorno a estas especulaciones después de tres o cuatro horas de esparcimiento, me parecen tan frías, forzadas y ridículas que no me siento con ganas de profundizar más en ellas[15].

El punto es que la influencia que los argumentos puramente filosóficos tienen sobre nosotros es limitada. Es decir, nuestras creencias y convicciones no son únicamente el resultado de argumentos, por muy racionales que sean. Por naturaleza somos incapaces de llevar una vida sin creencia, sin convicción. Los argumentos escépticos no permiten respuesta y no producen convicción. Su único efecto es producir asombro momentáneo, e irresolución y confusión.

Ni la razón, ni los sentidos, ni los argumentos son el origen de la creencia. Sólo la costumbre y los hábitos nos llevan a tener convicciones. Nuestra naturaleza, que nos impone creencias, se manifiesta en las costumbres y los hábitos de la vida humana, vida que es además esencialmente social: he ahí la importancia de una partida de *backgammon*, o de una charla afable con amigos. Más aún, para Hume no hay una divergencia entre la costumbre y los hábitos, por un lado, y la naturaleza, por el otro: la costumbre y los hábitos son expresiones de nuestra naturaleza. Por lo tanto, la investigación de nuestra naturaleza pasa no sólo por un estudio de nuestra mente, sino también por la investigación histórica, por la investigación de las manifestaciones de nuestra naturaleza a través del desarrollo histórí-

---

[14] David Hume, *Tratado de la naturaleza humana* (1992), p. 377.
[15] David Hume, *Tratado de la naturaleza humana* (1992).

co de las costumbres y los hábitos. Es por esto que los ensayos políticos de Hume hacen referencia constante a la expresión de nuestra naturaleza social en la historia. Es sólo a partir de un razonamiento inductivo, a partir de la observación de patrones de comportamiento repetidos a través de la historia, que se pueden derivar conclusiones —casi siempre sólo tentativas— acerca de lo preferible para la organización política de los pueblos.

En relación con esto es importante recordar que para Hume lo que nos mueve no es tanto la razón sino las pasiones: "La razón es, y sólo debe ser, esclava de las pasiones, y no puede pretender otro oficio que el de servirlas y obedecerlas"[16]. En último caso, los fundamentos de la creencia y de la convicción no son racionales sino pasionales o psicológicos. Esto incluye a los sistemas morales, que son, para Hume, sentimentales y no racionales.

¿Qué consecuencias tiene esta concepción del conocimiento humano para el tipo de investigaciones que se pueden llevar a cabo? ¿Cómo son estas investigaciones? ¿Por qué y para qué investigar si no es posible descubrir verdades? O, preguntado de otra manera, ¿cómo podemos distinguir creencias que merecen convicción de aquellas que no? Hume da dos resoluciones a estas problemáticas. La primera parece frívola, pero no lo es. La justificación de la investigación filosófica de la creencia tiene que ver con el placer que ésta produce. Este criterio es de fundamental importancia para Hume: el placer es un indicador, según él, de aquello que responde a nuestra naturaleza. Aquello que produce placer, por el hecho de producir placer, nos indica que es acorde con nuestra naturaleza. Por lo tanto, investigar las bases de nuestra creencia, en la medida en que esta investigación produce placer, responde a algo inherente en nosotros. Por ejemplo, Hume piensa que las virtudes morales son guías para la vida humana porque producen placer: es decir, según Hume, nadie puede evitar sentir placer ante una acción virtuosa, y nadie puede evitar sentir aversión ante una acción vil.

Segundo, la investigación filosófica tiene valor desde un punto de vista metodológico. La filosofía que él propone es, de manera importante, un método de investigación: el método experimental de razonamiento. Este método permitiría distinguir lo creíble de lo meramente caprichoso, fantástico o imaginario. ¿Cuál es este método? Principalmente es un método empírico de investigación caracterizado por sistematicidad y por el intento de encontrar primeros principios y reglas generales. La ventaja de este método es que, aunque no pueda decirse que arribe a verdades —a certezas incuestionables desde un punto de vista filosófico—, es capaz de producir concepciones que satisfacen las propensiones naturales de todos los seres

[16] David Hume, *Tratado de la naturaleza humana* (1992), p. 561.

humanos. Lo que busca Hume, en otras palabras, no es la verdad última en un sentido estricto, sino principios que producen convicción y que *ameritan* convicción.

De esta manera es posible reconocer que la aparente contradicción entre el escepticismo filosófico de Hume, por un lado, y su intención de descubrir principios últimos con respecto a lo político y lo moral, por el otro, es meramente aparente[17]. La intención de Hume en su trabajo filosófico fue siempre la de descubrir principios últimos de la naturaleza humana. Uno de estos principios es que en realidad no existe fundamento racional para la creencia. En base a este principio Hume intenta extender sus investigaciones a lo moral y a lo político, utilizando el método experimental. Dado que ha descubierto, según él, ciertos principios fundamentales de la naturaleza humana, se encuentra en la privilegiada posición de poder descubrir principios relativos a la actividad humana en otros ámbitos —particularmente en el político y en el moral— que pueden producir convicción general. El supuesto que subyace en este esfuerzo es, claro, que los principios de la naturaleza humana son universales, es decir, que se aplican por igual a todos los seres humanos en todos los contextos históricos, geográficos y culturales.

Los principios políticos, entonces, son derivados del conocimiento empírico de la historia y del presente. Hume no intenta derivar principios fundacionales de la política a partir de un marco puramente conceptual (a diferencia de Hobbes, por ejemplo). Su escepticismo echa por la borda cualquier intento de construir un edificio conceptual de lo político a partir de la teorización puramente abstracta.

En forma relacionada, los principales objetos de la crítica de Hume en sus escritos políticos son dos: la superstición y lo que él llama "entusiasmos" políticos. Nótese que hay una relación muy cercana entre la crítica a estas maneras de derivar concepciones políticas y la concepción filosófica de Hume. La defensa que hace Hume de su método filosófico pretende reemplazar tanto a la superstición como a la abstracción filosófica: en reemplazo propone un método de investigación empírico y metodológicamente sistemático. Desecha, por ende, tanto abstracciones filosófico-políticas derivadas de un método inadecuado (entusiasmos), como principios políticos derivados puramente de la superstición religiosa.

Así, en el ensayo "Sobre la superstición y el entusiasmo", incluido en esta selección, Hume critica lo que él considera fuentes de falsa creencia en cuanto a lo político. Estas fuentes son la abstracción filosófica, que

[17] Véase, por ejemplo, la aparente radical carencia de escepticismo en el ensayo incluido en esta selección, "Que la política puede ser reducida a ciencia".

ignora los componentes reales de la naturaleza humana, y los fanatismos religiosos. El objeto de esta crítica es encontrar una concepción de la libertad que sea moderada. El entusiasmo engendra un amor desmesurado por la libertad, y la superstición una predisposición a la esclavitud. La causa de estos verdaderos peligros es la convicción desmesurada con respecto a principios indemostrados e indemostrables.

Más en general, lo que intenta hacer Hume en varios de sus ensayos políticos es encontrar una concepción de la libertad que sea acorde con su escepticismo moderado, es decir, con el escepticismo que niega la posibilidad de encontrar verdades con certeza absoluta, pero que al mismo tiempo considera la creencia como una necesidad psiocológica ineludible. Esto no significa que Hume reniegue de las convicciones fuertes: lo que pretende es mostrar que la convicción fuerte debiera de ser el resultado de cierto tipo de investigación y no de la abstracción filosófica, característica del entusiasmo, ni del fanatismo religioso.

En último término, Hume está intentando desnudar las fuentes de los fanatismos *políticos* y recomendar una posición moderada en este ámbito. Considera que su método de investigación permite y fomenta esta actitud.

La presuposición de su filosofía política es que la moral y lo político son artefactos, construcciones, no verdades últimas existentes en el orden de la naturaleza. Empíricamente se puede determinar, eso sí, que existen algunas características permanentes de la naturaleza humana que conducen al reconocimiento de ciertas regularidades en la forma de actuar de los seres humanos. Estas regularidades incluyen la emergencia histórica de instituciones políticas y morales reglamentadoras del comportamiento humano. Pero estas instituciones también están al arbitrio de los cambios de opinión, de parecer, de los seres humanos: una de las regularidades de los seres humanos es, precisamente, que somos naturalmente cambiantes y volubles. La ciencia de lo político, por lo tanto, se refiere a la combinación del reconocimento de estas regularidades del comportamiento humano con la investigación de las circunstancias históricas particulares de cada sociedad política.

En este sentido, para muchos, Hume es paradigmático de un pensamiento político conservador[18]. Lo primero que debe ser consignado al respecto es que hasta antes de la Revolución Francesa nadie en el mundo podría haberse reconocido como "conservador": el término no estaba en

[18] Véase, por ejemplo, el muy citado artículo de Sheldon Wolin, "Hume and Conservatism" (1976).

uso, y por lo tanto al referirnos a pensadores anteriores a la Revolución como "conservadores" debemos afinar el concepto, cosa bastante difícil dada la variedad de posturas que se han clasificado como conservadoras en la historia.

Posiblemente podríamos decir, con relativa seguridad, que es común a la mayoría de los llamados conservadores un rechazo a la intromisión de una metafísica racionalista en política. Bajo este prisma, el conservadurismo constituiría, entonces, una tradición de pensamiento —en la medida en que se la puede considerar como una "tradición" razonablemente reconocible— que pone énfasis en los límites de la investigación filosófica de lo político y social. Por ende, la crítica de lo social y lo político se ve limitada. El conservador, por lo general, se opone al intento de derivar principios de lo político a partir de especulaciones filosóficas abstractas, y prefiere acercarse a un entendimiento de lo político y sus posibilidades a partir de los componentes de tradiciones políticas, sociales y culturales históricamente concretas. Es, por decirlo de otra manera, una concepción antiteórica de lo político[19]. Si es que consideramos esto sólo como el aspecto central de la "tradición" conservadora, y aunque es anacrónico decirlo —Hume murió 13 años antes de la Revolución Francesa—, es plausible considerar a Hume como un conservador.

Hemos visto que la filosofía de Hume es una crítica a la filosofía misma. Revierte a la vida común, a un juego de *backgammon*, a la conversación cotidiana, y le asigna una importancia fundamental a la experiencia común de la vida que necesariamente se inscribe en lo tradicional y lo consuetudinario[20].

Incluso, y paradójicamente, la crítica radical que Hume le hace a la religión en relación con lo político forma parte de esta visión conservadora, de esta crítica filosófica: la religión es para Hume una versión de falsa filosofía y de la introducción de principios metafísicos en lo político. Lo que percibió Hume fue el peligro de versiones secularizadas y políticas de lo religioso, es decir, de la intromisión de principios políticos metafísicos y abstractos en la política. En el ensayo "Los partidos en general", Hume intenta mostrar que la causa de los más grandes conflictos en la modernidad son partidos o facciones diferenciados por principios abstractos. En lugar de representar y defender intereses reales, que acarrean diferencias de tipo práctico en la consecución de fines diversos, los partidos basados en

[19] Incluiríamos a pensadores como Edmund Burke y Michael Oakeshott bajo esta somera descripción del ideario conservador.

[20] Para un análisis de este aspecto del pensamiento de Hume, véase Donald W. Livingston, *Hume's Philosophy of Common Life* (1984).

principios abstractos se remiten a dilemas que sólo tienen relevancia en el ámbito de la especulación. Lo absurdo, piensa Hume, de los conflictos basados en estas diferencias a nivel de principios filosóficos o teológicos, es que en realidad estas abstracciones no necesariamente conducen a patrones de comportamiento diferentes entre aquellos que sostienen posiciones teóricamente opuestas: los conflictos son puramente el resultado de diferencias abstractas que no dicen relación con la realidad.

Hume sugiere que los principios metafísicos deberían ser marginados de lo político, o, si esto no es posible, concebirlos como formas de crítica interna y parcial. Es decir, Hume pretende quitarle a la filosofía, y particularmente a la filosofía política, la atribución de autonomía: la filosofía debe ser contextualizada en la vida de las personas, sometiéndola a la experiencia vivencial de los ciudadanos de una comunidad. Nunca es legítimo hacerles una crítica externa, por decirlo así, a las estructuras políticas y sociales, como si la filosofía permitiera concebir autónomamente formas de lo político, de un modo independiente de lo real. En consecuencia, nunca es legítimo hacer una crítica global a un modo de vida o patrón de comportamiento político. Nuestro comportamiento político jamás debería quedar bajo la tutela de principios metafísicos abstractos.

El peligro que Hume ve en la intromisión de la filosofía especulativa en lo político se refiere a que términos usados y reconocidos como positivos en el lenguaje común —como "justicia", "libertad", "igualdad", "razón"— son transformados por la falsa filosofía para significar cosas radicalmente distintas de lo que se entiende por ellos normalmente. Para que estos términos tengan algún sentido, para que tengan mordida, deben estar anclados en alguna tradición, en algún contexto histórico (y por ende lingüístico) real. Si no, estos términos pueden servir para justificar cualquier cosa, haciendo uso, por ejemplo, de las categorías "libertad" o "igualdad" para defender los despotismos más cruentos[21].

Como dice Hume en "De la libertad civil", "el mundo es todavía demasiado joven para establecer en política un número considerable de verdades generales capaces de conservar su valor ante la posteridad. Nuestra experiencia no alcanza ni a tres mil años; de modo que no sólo el arte de razonar es aún imperfecto en esta ciencia, como en todas las demás, sino que nos falta materia suficiente sobre la que ejercitarlo". Bajo estas premi-

[21] Nótese que esta crítica podría aplicarse, y ha sido aplicada, a los más diversos procesos revolucionarios basados en concepciones filosóficas abstractas de lo político, como la Revolución Francesa, el nazismo, el estalinismo, el maoísmo de la revolución cultural, etc. Pero, posiblemente, también podría aplicarse a liberalismos filosóficamente robustos, que postulan la existencia de derechos metafísicos anteriores al gobierno poseídos por los individuos por el hecho de ser personas.

sas, entonces, es entedible que Hume piense que nuestro conocimiento de la política no sea lo suficientemente acabado como para poder descubrir principios unívocos que nos sirvan para predecir los resultados de nuestras tentaciones revolucionarias, dejándonos, en efecto, con poco y nada como para justificar la acción revolucionaria. Por eso, cuando Hume investiga la libertad civil, se remite a condiciones reales, a algo tan real y concreto como la comparación de aspectos comerciales en gobiernos absolutos y populares. Ambos tienen defectos en este sentido y, por implicación, quizá lo mejor es una combinación de ambos sistemas. Claramente, Hume no es un enemigo de la libertad: su ensayo "De la libertad civil" pretende esclarecer el sentido del término "libertad" para evitar los abusos que se han cometido, según él, precisamente en nombre de la libertad.

Lo que Hume propugna constantemente es la moderación en política, y muy principalmente en relación con la libertad. En "De la libertad de prensa", ensayo que abre esta selección, Hume argumenta que los extremos de libertad y de esclavitud se asemejan, y que por ende es recomendable un sistema de gobierno mixto que combine el principio de autoridad de la monarquía con el principio de libertad de la república. La libertad de prensa es defendida porque es el ámbito de libertad en un gobierno mixto, pero la libertad debe ser templada por un principio de autoridad para que no degenere en la esclavización de unos por otros. Nótese además la acérrima defensa de la libertad de expresión en la larga nota al pie de ese ensayo —que originalmente era parte constituyente del texto. Allí es presentada, en términos que prefiguran a John Stuart Mill, como fomentadora de la capacidad de juicio de los ciudadanos con respecto a las opiniones políticas, y por lo tanto no conducente al desorden. El desorden es el resultado de opiniones fanáticas (metafísicas, filosóficas, religiosas) en la esfera política; la derrota del fanatismo depende de la existencia de un pueblo acostumbrado a pensar y expresarse libremente, y a no dejarse llevar por la superstición y el entusiasmo.

Asimismo, siempre se debe mantener en mente que la institución de gobierno es una construcción artificial de los seres humanos en pos de su beneficio, y que es sólo la utilidad de ordenarse políticamente lo que en último término explica y justifica la existencia de la autoridad. El gobierno no es una institución natural, ni el resultado de algún mítico contrato original (ver los ensayos "De los primeros principios de gobierno", "Del origen del gobierno" y "Del contrato original", incluidos en esta selección). Es por esto que la transformación de lo político debe siempre llevarse a cabo con vistas a la utilidad de un cambio, y con vistas a mejoras específicas y particulares. La actividad política no se remite a la consecución de ideales

imaginarios, sino que se reduce al intento de mejorar razonablemente nuestra condición como seres sociales. Dice Hume concluyentemente en "De los primeros principios de gobierno": "Cuidemos y mejoremos nuestro gobierno tradicional, sin fomentar la pasión por tan peligrosas novedades".

En conclusión, algunos podrían decir que Hume es el pensador político del siglo dieciocho cuya obra se acerca más al tenor de nuestros tiempos. Es antiideológico y pragmático. Su concepción de lo político es conservadora en muchos aspectos, pero al mismo tiempo contiene puntas de defensa de una política reformista en lugar de revolucionaria, en cuya formulación juegan un papel preponderante la libertad de expresión y la tolerancia. Posiblemente, prestar a los escritos políticos de Hume la atención que merecen nos ayude a entender el momento político en el que estamos, el momento del supuesto fin de las ideologías y de un prevalente pragmatismo político; entender, esto es, tanto las ventajas como las limitaciones de esta circunstancia. El pragmatismo de Hume está basado en gran parte en una profunda sospecha del cambio político, puesto que piensa que el conocimiento de lo político a partir de la experiencia, de la familiaridad con la historia, produce moderación en las opiniones y, más aún, el reconocimiento de que, en general, no hay cosas en el plano humano que son completamente ventajosas. Todo aquel que promueva el cambio político debe tener en mente el hecho de que todo cambio conlleva tanto buenas como malas conscuencias[22].

* * *

La selección de textos aquí incluida, con ligeras modificaciones, se ha tomado de la traducción de César Armando Gómez (David Hume, *Ensayos políticos*, Editorial Tecnos, 1987). Por razones de espacio me he visto obligado en varias ocasiones a recortar largas discusiones históricas que Hume incluye para ejemplificar su pensamiento. Lo menciono en particular porque se incurre en cierto grado de distorsión de las ideas políticas de Hume si no se reconoce la importancia que él le asigna al sustento histórico de sus ideas políticas. He hecho uso liberal, para las notas aclaratorias, del aparato crítico de dos excelentes ediciones recientes en inglés: David Hume, *Political Essays*, Knud Haakonssen, ed. (Cambridge University Press, 1994); y David Hume, *Essays: Moral, Political, and Literary*, Eugene F. Miller, ed. (Liberty Fund, Inc., 1985).

[22] Las referencias bibliográficas de esta Introducción se encuentran al término de la selección de escritos.

SELECCIÓN*

De la libertad de prensa

Nada puede sorprender tanto a un extranjero como la gran libertad que en este país disfrutamos para comunicar al público cuanto nos plazca y censurar abiertamente las medidas tomadas por el rey o sus ministros. Si la administración resuelve ir a la guerra, se afirma que, a sabiendas o no, confunde los intereses de la nación, y que la paz es, en el estado de cosas actual, infinitamente preferible. Si, por el contrario, los ministros se inclinan a la paz, nuestros escritores políticos respiran guerra y devastación, y presentan la conducta del gobierno como vil y pusilánime. Dado que esta libertad no es concedida por ningún otro gobierno, ni republicano ni monárquico, y carecen de ella tanto Holanda y Venecia como Francia o España, parece natural preguntarse a qué se debe el que sólo Gran Bretaña disfrute de tan especial privilegio.

La razón de que las leyes nos den tal libertad parece ser nuestra forma mixta de gobierno, no del todo monárquica ni enteramente republicana. En mi opinión, es observación cierta en política que las dos formas extremas de gobierno, la libertad y la esclavitud, suelen parecerse, y que si, apartándonos de ellas, ponemos cierta dosis de monarquía en libertad, el gobierno se hace más libre, mientras que si mezclamos alguna libertad con la monarquía el yugo resulta más gravoso e intolerable. En un gobierno como el de Francia, absoluto, y en el que tanto la ley como la costumbre y la religión concurren a tener al pueblo plenamente satisfecho de su condición, el monarca no puede abrigar temor alguno hacia sus súbditos, y por ello puede darles mayores libertades tanto de expresión como de acción. En un gobierno puramente republicano, como el de Holanda, donde no hay magistrado tan eminente como para inspirar temor al Estado, no hay tampoco peligro en confiar a los magistrados amplios poderes; y aunque estas facultades discrecionales son muy ventajosas para la conservación de la paz y el orden, restringen también considerablemente la libertad de acción de los individuos, y hacen que todo ciudadano profese un gran respeto al gobierno. Parece, pues, evidente que las formas extremas de la monarquía absoluta y de la república se asemejan en ciertas circunstancias materiales. En la primera el magistrado no teme al pueblo; en la segunda, el pueblo no teme al magistrado. Esta ausencia de temor engendra confianza y crédito en ambos casos, e introduce cierta libertad en las monarquías y algún poder arbitrario en las repúblicas.

* Como se señaló antes, los textos se han tomado, con la debida autorización, de la traducción de César Armando Gómez (David Hume, *Ensayos políticos*, Editorial Tecnos, 1987).

Para justificar la otra parte de nuestra observación, la que afirma que son las formas templadas de cada tipo de gobierno las que más se diferencian entre sí, y que la mezcla de monarquía y libertad hace el yugo más gravoso, debo recordar la observación de Tácito sobre los romanos del tiempo de los emperadores, de los que dice no podían soportar ni la esclavitud plena ni la plena libertad. *Nec totam servitutem, nec totam libertatem pati possunt* [Tácito (552-120? d. de C.), *Historias*, 1.16.28 (N. del E.)]*;* observación que un celebrado poeta tradujo y aplicó a los ingleses, al describir en vivaz cuadro la política de gobierno de la reina Isabel:

> Et fit aimer son joug à l'Anglois indompté, qui ne peut ni servir, ni vivre en liberté.
>
> VOLTAIRE, *La Henriada*, libro 1.

> [Y les hizo amar su yugo a los ingleses indómitos, quienes no pueden ni servir, ni vivir en libertad. Voltaire (1694-1778. (N. del E.)]

De acuerdo con estas observaciones, hemos de considerar el gobierno romano bajo los emperadores como una mezcla de despotismo y libertad en la que prevalecía el despotismo y el gobierno inglés como una mezcla semejante en la que predomina la libertad. Las consecuencias responden a nuestra observación, y son las que cabe esperar de aquellas formas mixtas de gobierno que engendran vigilancia y recelo mutuos. Muchos de los emperadores romanos fueron los tiranos más horrendos que han infamado la especie humana; y es evidente que su crueldad fue sobre todo fruto de su recelo, y del convencimiento de que los patricios romanos soportaban con impaciencia el dominio de una familia que poco antes no era en nada superior a la propia. En Inglaterra, en cambio, donde prevalece el aspecto republicano del gobierno, aunque con gran dosis de monarquía, ésta se ve obligada, por instinto de conservación, a mantener una constante vigilancia sobre los magistrados, eliminar cualquier tipo de poderes discrecionales y asegurar la vida y la hacienda de todos mediante leyes generales e inflexibles. Sólo puede ser tenido por delito aquello que la ley ha especificado claramente como tal; a nadie le puede ser imputado un delito sino mediante prueba suficiente ante los jueces; y estos jueces deben ser sus conciudadanos, obligados en el propio interés a mantenerse alertas frente a los abusos y violencias de los ministros. De estas causas procede el que haya tanta libertad, e incluso libertinaje, en Gran Bretaña, como antaño esclavitud y tiranía en Roma.

Estos principios explican la gran libertad de la imprenta en nuestro país, superior a la permitida por cualquier otro gobierno. Tememos ser víctimas del poder arbitrario si no tuviésemos buen cuidado de evitar sus progresos y no hubiese un sistema fácil para dar la alarma de un extremo a

otro del reino. El espíritu del pueblo necesita ser alertado con frecuencia para poner coto a las ambiciones de la Corte; y no hay como el temor a esa alerta para prevenir tales ambiciones. A este propósito, nada tan eficaz como la libertad de imprenta, que permite poner todo el saber, el ingenio y el talento de la nación al servicio de la libertad, y anima a todo el mundo a defenderlo. En consecuencia, mientras la parte republicana de nuestro gobierno pueda sostenerse frente a la monárquica, tendrá buen cuidado de mantener la imprenta libre, como elemento importantísimo para su propia defensa*.

* Siendo, pues, la libertad de imprenta tan esencial para la supervivencia de nuestro gobierno mixto, ello basta para decidir la segunda cuestión, la de si esa libertad es beneficiosa o perjudicial, al no haber nada más importante en un estado que la conservación de su gobierno tradicional, especialmente si éste es libre. Pero yo daría un paso más, y afirmaría que esa libertad tiene tan pocos inconvenientes que puede ser proclamada como derecho común de la humanidad, y ha de ser permitida en casi todas las clases de gobierno, excepto el eclesiástico, para el que sería fatal. No hemos de temer de esta libertad las malas consecuencias que tenían las arengas de los demagogos populares de Atenas y los tribunos de Roma. Los libros y panfletos se leen a solas y con el ánimo tranquilo, sin que nos contagien pasiones ajenas ni nos arrebaten la fuerza y energía de la acción; y, aunque pudieran provocar en nosotros un humor de esa especie, no se nos ofrece resolución violenta en la que poder volcarlo de inmediato. En consecuencia, la libertad de imprenta, por mucho que de ella se abuse, mal puede ser causa de tumultos o rebeliones populares; y en cuanto a las murmuraciones o descontentos ocultos de que puede ser ocasión, más vale que se traduzcan en palabras, de modo que lleguen a oídos del magistrado antes de que sea demasiado tarde, y pueda ponerles remedio. Cierto que en los hombres hay siempre mayor propensión a creer lo que se dice contra sus gobiernos que lo contrario; pero esta inclinación es inseparable de ellos tanto si tienen libertad como si no. Un chismorreo puede extenderse tan rápidamente y ser tan pernicioso como un panfleto; y lo será mucho más allí donde los hombres no están acostumbrados a pensar libremente, y a distinguir la verdad de la mentira.

Además, a medida que aumenta la experiencia de la humanidad, se ha visto que el pueblo no es un monstruo tan peligroso como se le ha querido pintar, y que es mejor, por todos los conceptos, guiar a los hombres como a criaturas racionales que conducirles como un rebaño. Antes del ejemplo de las Provincias Unidas, se creía que la tolerancia era incompatible con el buen gobierno y se juzgaba imposible que diversas sectas religiosas pudiesen convivir en paz y armonía, y profesar todas ellas el mismo afecto a su país y a los demás. Inglaterra ha dado una prueba semejante en cuanto a la libertad civil; y aunque esta libertad parece causar hoy cierta efervescencia, todavía no ha producido efectos perniciosos; y es de esperar que los hombres, al estar cada día más habituados a la libre discusión de los asuntos públicos, sean cada vez más capaces de juzgarlos, y estén menos dispuestos a dejarse seducir por falsos rumores y algaradas populares.

Para los amantes de la libertad resulta muy consolador pensar que este privilegio de los británicos es de tal índole que no nos puede ser fácilmente arrebatado, y ha de durar mientras nuestro gobierno continúe siendo en alguna medida libre e independiente. Ninguna clase de libertad suele perderse bruscamente. La esclavitud tiene un rostro tan espantoso para los hombres acostumbrados a ser libres que ha de invadirlos gradualmente, y tiene que recurrir a toda suerte de disfraces para ser admitida. Pero si la libertad de imprenta llegase a perderse, tendría que ser de una vez. Las leyes contra la sedición y el libelo son ya todo lo severas que pueden ser. Para imponer mayores limitaciones, habría que someter cuanto se publica a un *imprimatur*, o dar amplios poderes a la Corte para castigar lo que le disguste. Pero estas concesiones supondrían una violación tan descarada de la libertad que probablemente serían los estertores de un gobierno despótico; y, si llegasen a prosperar, podríamos decir que en nuestro país la libertad había muerto para siempre.

Hemos de conceder, no obstante, que la libertad de imprenta ilimitada, aunque difícil, y acaso imposible de remediar, es uno de los males que aquejan a las normas mixtas de gobierno. (Pp. 3-7.) [Esta oración fue agregada en la edición de 1777 de los ensayos. En las ediciones de 1741 a 1768 este ensayo concluía con los tres párrafos contenidos en la nota anterior. (N. del E.)]

Que la política puede ser reducida a ciencia

Discuten algunos si hay diferencias esenciales entre las varias formas de gobierno, y si no pueden todas ellas llegar a ser buenas o malas según sean bien o mal administradas*. Si admitiésemos que todos los gobiernos son iguales, y que la diferencia está sólo en el carácter y la conducta de los gobernantes, terminarían la mayor parte de las disputas políticas, y el celo por una constitución con preferencia a otra sería considerado mero fanatismo y locura. Pero, aunque amigo de la moderación, no puedo por menos de condenar este modo de pensar, y me apenaría creer que los asuntos humanos están a merced del humor y el carácter de unos pocos.

Cierto que quienes mantienen que la bondad de un gobierno reside en la bondad de la administración pueden citar muchos ejemplos de un mismo gobierno que, en otras manos, ha cambiado súbitamente de bueno o malo al extremo opuesto. Compárese el gobierno francés bajo Enrique III y Enrique IV. Opresión, veleidad y artería en los gobernantes; facciones, sedición, traición, rebelión y deslealtad en los súbditos; tal era el miserable carácter de la primera de esas épocas. Pero cuando el príncipe patriota y heroico que después llegó al trono se hubo afirmado en él, tanto el gobierno como el pueblo y las cosas todas parecieron cambiar por completo; y ello a causa de la diferencia de ambos soberanos en temperamento y conducta**. Ejemplos así podrían multiplicarse, en la historia antigua y en la moderna, en la extranjera y en la propia.

Aquí convendría hacer una distinción. Los gobiernos absolutos dependen grandemente de la administración, y éste es uno de los más graves inconvenientes de tal sistema. Pero un gobierno republicano y libre sería un absurdo si los frenos y controles previstos en la constitución no tuvieran verdadera influencia, y no hiciesen conveniente, incluso para los malvados, mirar por el bien público. Tal es la intención de estas formas de gobierno, y tales sus efectos reales cuando se hallan sabiamente constituidas; mientras

* Dejad que los tontos discutan las formas de gobierno: la mejor administrada es la mejor. (Pope, *Ensayo sobre el hombre*, libro 3).

** La misma diferencia, en sentido contrario, puede advertirse al comparar los reinados de Isabel y Jacobo, al menos en cuanto a los asuntos extranjeros.

que son fuente de todo desorden, y aun de los más negros crímenes, si en su concepción y trazo originales faltan capacidad u honestidad.

Tan grande es la fuerza de las leyes, y de las diversas formas de gobierno, y tan escasa su dependencia del humor y el temperamento de los hombres, que a veces se pueden deducir de ellas consecuencias casi tan generales y ciertas como las de las ciencias matemáticas.

La constitución de la república romana daba el poder legislativo al pueblo, sin conceder la facultad de veto ni al patriciado ni a los cónsules. Este poder ilimitado residía en la colectividad, y no en un cuerpo representativo. En consecuencia, cuando triunfos y conquistas hicieron que el pueblo se multiplicase y extendiese a gran distancia de la capital, las tribus de la ciudad, aunque las más indignas, empezaron a triunfar en los comicios, lo que las llevó a ser mimadas por cuantos buscaban el favor del pueblo. Se vieron así mantenidas en la holganza por la distribución gratuita de grano y los sobornos que recibían de la mayoría de los candidatos; lo que las hizo cada día más licenciosas, y convirtió el Campo de Marte [planicie que se extendía entre el río Tíber y las afueras de Roma, donde se celebraban asambleas del pueblo romano para elegir magistrados; deriva su nombre de un altar dedicado al dios Marte que se encontraba allí (N. del E.)] en escenario de continuos tumultos y sediciones. Esclavos armados se introdujeron entre estos ciudadanos encanallados, y el gobierno entero cayó en la anarquía hasta el punto de que la mayor felicidad a que los romanos podían aspirar era el poder despótico de los césares. Tales son los efectos de la democracia sin un cuerpo representativo.

La nobleza puede poseer el poder legislativo de un estado, o parte de él, de dos maneras: o bien cada noble comparte el poder como miembro de un cuerpo que es su titular, o bien este cuerpo goza de poder por estar compuesto de miembros que tienen cada uno poder y autoridad propios. La aristocracia veneciana es un ejemplo de la primera clase de gobierno; la polaca, de la segunda. En el gobierno de Venecia es el cuerpo nobiliar como tal quien posee el poder, y ningún noble tiene autoridad no recibida de su pertenencia a él. Por el contrario, en el gobierno polaco cada noble, a través de sus feudos, posee autoridad hereditaria sobre un cierto número de vasallos, y el estamento nobiliario no tiene otra autoridad que la procedente de la concurrencia de sus miembros. La diferencia en el funcionamiento y las tendencias de ambas especies de gobierno resulta aparente incluso *a priori.* Una nobleza de tipo veneciano es preferible a otra de tipo polaco, dado lo mucho que varían el humor y la educación de los hombres. La nobleza que posee el poder en común conservará la paz y el orden, tanto en su seno como entre sus súbditos, y ninguno de sus miembros gozará de la

autoridad suficiente para manejar la ley a su capricho. Los nobles mantendrán su autoridad sobre el pueblo, pero sin tiranía ni quebranto para la propiedad privada, porque un gobierno tiránico no conviene a los intereses de todos ellos aunque algunos puedan preferirlo. Habrá una distinción de rango entre la nobleza y el pueblo, pero será la única que exista en el país. La nobleza entera formará un solo cuerpo y todo el pueblo otro, sin esas pugnas y animosidades internas que siembran la ruina y la desolación. Es fácil, pues, ver las desventajas de una nobleza a la polaca.

Un gobierno libre puede constituirse de tal manera que una sola persona, llámese dogo, príncipe o rey, posea gran parte del poder, y sirva de equilibrio o contrapeso adecuado a los demás órganos de la legislatura. Este primer magistrado podrá ser electivo o hereditario; y aunque el primero de estos sistemas puede, a primera vista, parecer el más ventajoso, un examen atento descubre en él mayores inconvenientes que en el segundo, y nacidos además de causas y principios eternos e inmutables. En esa forma de gobierno, la provisión de trono despierta un interés demasiado grande y general para no dividir al pueblo en facciones, lo que le pondrá casi con certeza al borde de guerra civil, la mayor de las calamidades, cada vez que queda vacante. El príncipe elegido puede ser un extranjero o un natural del país. El primero sabrá muy poco del pueblo al que va a gobernar. Receloso de sus nuevos súbditos, será recelado por ellos, y dará toda su confianza a otros extranjeros, que no mirarán sino a enriquecerse del modo más rápido mientras duren el favor y la autoridad de su señor. Por el contrario, un hombre del país llevará al trono sus odios y amistades, y su elevación no dejará de suscitar la envidia de quienes hasta entonces lo consideraron su igual. Esto sin contar con que una corona es una recompensa demasiado alta para que la reciba siempre el mérito, e inducirá a los candidatos a emplear la fuerza, el dinero o la intriga para procurarse los votos de los electores, de modo que la elección no ofrecerá mayores garantías de superiores prendas en el príncipe que si el país se hubiese atenido a la cuna para darse un soberano.

Podemos, pues, tener por axioma universal en política que *un príncipe hereditario, una nobleza sin vasallos y un pueblo que vota a través de sus representantes forman la mejor monarquía, aristocracia y democracia.* Pero, a fin de probar más plenamente que la política admite verdades generales no sujetas al humor o la educación del súbdito o del soberano, no estará de más examinar otros principios de esa ciencia que parecen tener aquel carácter.

Es fácil advertir que, aunque los gobiernos libres han sido comúnmente los más felices para quienes participan de esa libertad, son los más

ruinosos y opresores para sus provincias, y creo que esta observación puede ser admitida como una máxima de la especie a que nos referimos. Cuando un monarca extiende sus dominios mediante la conquista, no tarda en considerar a todos sus súbditos, viejos o nuevos, como iguales, porque, en realidad, lo son para él, salvo unos pocos amigos y favoritos. Por tanto, no hace distinción entre ellos en sus leyes *generales*; y, a la vez, tiene buen cuidado de evitar cualquier acto *particular* de opresión tanto sobre unos como sobre otros. Pero un estado libre hace y hará siempre una marcada distinción hasta que los hombres aprendan a amar a su prójimo como a sí mismos. En semejante gobierno, los conquistadores son a la vez legisladores, y tendrán buen cuidado de preparar las cosas para, mediante restricciones al comercio e impuestos, obtener de sus conquistas ventajas personales al lado de las públicas. En una república, los gobernadores de las provincias tienen también mayores oportunidades de poner a buen recaudo su botín mediante el cohecho o la intriga; y sus conciudadanos, que ven al país enriquecerse con el expolio de los territorios sometidos, tolerarán de mejor grado tales abusos. Esto sin contar con que es precaución necesaria en un estado libre cambiar con frecuencia a los gobernadores, lo que obliga a estos tiranos temporales a ser más expeditos y rapaces, a fin de acumular suficientes riquezas antes de ceder el puesto al sucesor. ¡Qué tiranos tan crueles fueron los romanos mientras duró su imperio sobre el mundo! […] Si pasamos a los tiempos modernos, hallaremos que la afirmación sigue vigente. Las provincias de monarquías absolutas son siempre mejor tratadas que las de los estados libres. […]

Hay una observación de Maquiavelo, referida a las conquistas de Alejandro Magno, que creo puede ser considerada como una de esas verdades políticas que ni el tiempo ni los accidentes logran cambiar. Parecerá extraño, dice aquel político, que conquistas tan rápidas como las de Alejandro pudieran ser poseídas de modo tan pacífico por sus sucesores, y que, durante los disturbios y guerras civiles que tuvieron lugar entre los griegos, los persas no se esforzasen nunca por recobrar su antiguo gobierno independiente [ver Niccolò Machiavelli, *El Príncipe*, Capítulo IV (N. del E.)]. Para explicarnos la causa de hecho tan notable, debemos considerar que un monarca puede gobernar a sus súbditos de dos maneras: puede seguir las máximas de los príncipes orientales y extender su autoridad hasta no dejar diferencia alguna de rango entre sus súbditos que no proceda inmediatamente de él, acabando con los privilegios de cuna, los honores y posesiones hereditarios y, en una palabra, con cualquier ascendiente sobre el pueblo que no sea conferido por él, o bien puede ejercer su poder de modo más suave, como hacen tantos príncipes europeos, y permitir que haya otras fuentes de honor que su favor y benevolencia, tales como el nacimiento, los

títulos, las posesiones, el valor, la integridad, el saber o las grandes acciones. En la primera especie de gobierno el país conquistado no logra nunca sacudirse el yugo, porque no hay entre el pueblo nadie con ascendiente y autoridad suficientes para iniciar la rebeldía; mientras que, en la segunda, el menor revés o desacuerdo de los vencedores animará a los vencidos a tomar las armas, pues tienen jefes capaces de aprestarlos a cualquier empresa y guiarlos en ella.

Tal es el razonamiento de Maquiavelo, que encuentro sólido y concluyente; aunque preferiría que no hubiese mezclado en él cosa tan incierta como el afirmar que las monarquías gobernadas a la manera oriental, aunque más fáciles de conservar una vez sometidas, son las más difíciles de conquistar, porque no puede haber en ella súbditos poderosos cuyo descontento y bandería pueda facilitar las empresas del enemigo. Porque, aparte de que el gobierno tiránico enerva el valor de los hombres y los hace indiferentes a la fortuna de su soberano, la experiencia nos dice que incluso la autoridad temporal y delegada de generales y magistrados, al ser siempre en tales gobiernos tan absoluta en su esfera como la del mismo príncipe, puede, con bárbaros acostumbrados a una ciega sumisión, propiciar las revoluciones más peligrosas y fatales. De modo que, en todos los aspectos, un gobierno suave es preferible y da mayor seguridad tanto al soberano como al súbdito.

No deben, pues, los legisladores confiar el gobierno de un estado al azar, sino elaborar un sistema de leyes que regulen la administración de los asuntos públicos hasta la más lejana posteridad. Los efectos siempre corresponderán a las causas; y en cualquier comunidad, unas leyes sabias son el legado más valioso para las generaciones futuras. En el más insignificante tribunal u oficina, las formas y métodos establecidos para tramitar los asuntos suponen un freno considerable a la natural depravación humana. ¿Por qué no habría de ser lo mismo en los negocios públicos? ¿Podemos atribuir la estabilidad del gobierno veneciano a través de los siglos a otra cosa que a su forma? ¿Y acaso no es fácil señalar los defectos de la constitución fundacional que provocaron los tumultuosos gobiernos de Atenas y Roma y llevaron al fin a la ruina a estas dos famosas repúblicas? La cuestión depende tan poco del temperamento y la educación de las personas que, en una misma república, unos asuntos pueden ser llevados con el mayor acierto y otros de la manera más errónea por los mismos hombres, debido sólo a las diferencias en la forma de las instituciones por las que unos y otros se rigen. […]

Las épocas de más alto espíritu público no siempre sobresalen por las virtudes privadas. Unas buenas leyes pueden dar orden y moderación al

gobierno allí donde hábitos y costumbres han inculcado escasa humanidad y justicia en el temperamento de las gentes. El período más ilustre de la historia romana, desde el punto de vista político, es el de las guerras púnicas, cuando el necesario equilibrio entre la nobleza y el pueblo se lograba mediante las decisiones de los tribunos y no se había perdido aún por la excesiva extensión de las conquistas. Pero, en esa misma época, la horrible práctica del envenenamiento era tan común que, durante parte de su actuación en cierta región de Italia, un pretor castigó con la pena capital por ese crimen a más de tres mil personas, mientras las denuncias de tales hechos seguían lloviendo sobre él. Un ejemplo semejante, o aún peor, lo hallamos en los primeros tiempos de la república; tan depravado era en su vida particular aquel pueblo al que tanto admiramos en su historia. Estoy seguro de que fueron mucho más virtuosos en la época de los triunviratos, cuando despedazaban la patria común y sembraban la muerte y la desolación en la faz de la tierra por el solo capricho de sus tiranos.

Hay en ello motivo suficiente para mantener con el mayor celo en todo estado libre aquellas formas e instituciones que aseguran la libertad, satisfacen al bien público y frenan y castigan la avaricia y la ambición de los particulares. Nada honra tanto a la naturaleza humana como el verla capaz de tan noble pasión, de igual modo que nada puede ser en un hombre mayor indicio de un corazón ruin que el estar falto de ella. El que sólo se ama a sí mismo, sin consideración para la amistad y el deber, merece la más severa repulsa; pero quien, aun siendo capaz de amistad, no tiene espíritu público ni amor a la comunidad, carece de la virtud más esencial .

No es ésta materia en la que necesitemos insistir ahora. En ambos bandos sobran fanáticos que encienden las pasiones de sus seguidores y, so capa de bien público, persiguen intereses y fines partidistas. Por lo que a mí respecta, me sentiré siempre más inclinado a fomentar la moderación que el celo, aunque quizá el modo más seguro de lograr la moderación en los partidos sea aumentar nuestro celo por la cosa pública. Procuremos, por tanto, extraer de la anterior doctrina una lección de moderación para los partidos en que nuestra nación se encuentra hoy dividida, aunque sin permitir que ella sofoque la apasionada diligencia con que todo individuo debe perseguir el bien de su país. (Pp. 8-17).

[…]

De los primeros principios del gobierno

Nada más sorprendente para quienes consideran con mirada filosófica los asuntos humanos que la facilidad con que los muchos son goberna-

dos por los pocos, y la implícita sumisión con que los hombres resignan sus sentimientos y pasiones ante los de sus gobernantes. Si nos preguntamos por qué medios se produce este milagro, hallaremos que, pues la fuerza está siempre del lado de los gobernados, quienes gobiernan no pueden apoyarse sino en la opinión, es, por tanto, el único fundamento del gobierno, y esta máxima alcanza lo mismo a los gobiernos más despóticos y militares que a los más populares y libres. El sultán de Egipto o el emperador de Roma pueden manejar a sus inermes súbditos como a simples brutos, a contrapelo de sus sentimientos e inclinaciones, pero tendrán, al menos, que contar con la adhesión de sus mamelucos o de sus cohortes pretorianas. [Los mamelucos eran miembros del cuerpo militar encargados de la protección del sultán, que se apoderaron del trono de Egipto en 1254 y conformaron la clase regente de tal país hasta el siglo dieciocho. Las cohortes pretorianas fueron el cuerpo de guardaespaldas de los emperadores de Roma. (N. del E.)]

La opinión puede ser de dos clases, según se basa en el interés o en el derecho. Por mi opinión interesada entiendo sobre todo la derivada de las ventajas generales que proporciona el gobierno, unidas al convencimiento de que el imperante es tan beneficioso en este aspecto como cualquier otro que pudiera implantarse sin gran esfuerzo. Cuando esta opinión prevalece entre la mayoría de un estado, o entre quienes tienen la fuerza en sus manos, confiere gran seguridad a cualquier gobierno.

El derecho es de dos clases: derecho al poder y derecho a la propiedad. El ascendiente que aquel primer concepto tiene sobre la humanidad se comprenderá fácilmente observando el afecto que todas las naciones profesan a su gobierno tradicional, e incluso a aquellos nombres que han obtenido la sanción de la antigüedad. Lo que tiene a su favor el peso de los años suele parecer justo y acertado, y por malo que sea nuestro concepto de la especie humana, siempre la veremos prodigar su sangre y sus bienes en el sostenimiento de la justicia pública*. No hay aspecto en el que, a primera vista, la mente humana parezca más contradictoria. Cuando los hombres militan en una facción, son capaces de olvidar, sin vergüenza ni remordimientos, los dictados del honor y la moral para servir a su partido, y, sin embargo, cuando forman bando en torno a un punto de derecho o un principio no hay ocasión en que demuestren mayor empeño y un sentido más decidido de la justicia y la equidad. Una misma disposición social de los humanos provoca esta aparente contradicción.

* Podemos llamar a esta pasión entusiasmo, o darle cualquier otro nombre; pero un político que no tenga en cuenta su influencia en los asuntos humanos probará ser hombre de muy cortos alcances.

Fácilmente se comprende que el derecho de propiedad es importante en todas las cuestiones de gobierno. Un destacado autor ha hecho de la propiedad el fundamento del gobierno y la mayoría de nuestros escritores políticos parecen inclinados a seguirle. Esto es llevar la cuestión demasiado lejos, pero hemos de conceder que las ideas sobre el derecho de la propiedad tienen gran influencia en esta materia.

En consecuencia, todos los gobiernos se basan en estos tres conceptos del interés público, el derecho al poder y el derecho de propiedad, y en ellos se funda también toda autoridad de los pocos sobre los muchos. Hay, sin duda, otros principios que refuerzan éstos, y determinan, limitan o alteran sus efectos, tales como el egoísmo, el temor y el afecto, pero podemos afirmar que por sí solos carecen de influencia y suponen la previa de los ya mencionados. Deben, por tanto, ser considerados como principios secundarios del gobierno.

Porque comenzando con el egoísmo, por el que me refiero a la esperanza de particulares recompensas, distintas de la protección general que recibimos del gobierno, es evidente que antes ha de hallarse establecida, o en vías de serlo, la autoridad del magistrado que suscita aquella esperanza. La perspectiva de recompensa puede aumentar su autoridad sobre ciertas personas, pero nunca ser causa de ella frente al público. Los hombres esperan los favores de sus amigos y conocidos y, por tanto, las esperanzas de un número considerable de personas de un estado no se centrarán nunca en un determinado grupo de hombres si éstos no tienen otro título a la magistratura y carecen de otro ascendiente sobre las opiniones humanas. La misma observación puede extenderse a los otros dos principios, el temor y el afecto. Nadie tendría por qué temer la furia de un tirano si éste no tuviese sobre nadie otra autoridad que la del miedo; puesto que, como individuo, su fuerza corporal no puede ser mucha, y cualquier otro poder que posea ha de basarse en nuestra opinión o en la de otros. Y aunque el afecto a la sabiduría y la virtud de un soberano llega a ser general y ejerce gran influencia, el que lo merece necesita ser reconocido previamente como investido de un carácter público, pues de otro modo tal estimación de nada le servirá ni su virtud tendrá influencia más allá de un pequeño círculo.

Un gobierno puede durar siglos aunque el peso del poder y el de la propiedad no coincida. Esto ocurre principalmente cuando algún estamento o clase del país ha llegado a tener gran parte de la propiedad, pero, por la primitiva constitución del gobierno, no participa en el poder. ¿Con qué derecho podría un individuo de esa clase asumir autoridad en los asuntos

públicos? Dado que los hombres suelen tener gran apego a su gobierno tradicional, no es de esperar que el pueblo favorezca tales usurpaciones. Pero donde la constitución concede algún poder, por pequeño que sea, a una clase de personas que poseen gran parte de la propiedad, es fácil para ellas ir ampliando su autoridad, hasta hacer que el peso del poder coincida con el de la riqueza. Éste ha sido el caso de la Cámara de los Comunes en Inglaterra.

La mayoría de los autores que han tratado del gobierno británico han supuesto que, pues la Cámara Baja representa a todos los comunes de Gran Bretaña, su peso en la balanza es proporcionado a la propiedad y el poder de aquellos a quienes representa. Este principio no ha de ser aceptado como absolutamente cierto, porque, aunque el pueblo está más dispuesto a dar su apoyo a la Cámara de los Comunes que a cualquier otro órgano de la constitución, por ser los miembros de esa Cámara elegidos por ellos para que los representen y sean defensores públicos de su libertad, hay casos en que la Cámara, aun oponiéndose a la Corona, no ha sido seguida por el pueblo, como ocurrió de modo notorio con la Cámara de los Comunes *tory* del reinado de Guillermo [Hume se refiere al conflicto entre Guillermo III y la Cámara de los Comunes entre 1698 y 1701. El sentido popular estaba de lado del rey en este conflicto relativo al fortalecimiento de la seguridad de Europa e Inglaterra frente al ascendente poder de Luis XIV de Francia (N. del E.)]. Muy otro sería el caso si, como sucede con los diputados holandeses, sus miembros estuvieran obligados a recibir instrucciones de sus electores. Si un poder y unas riquezas tan inmensos como los de todos los comunes de Gran Bretaña fuesen puestos en la balanza, es difícil creer que la Corona pudiese influir en tal multitud de personas o contrarrestar el peso de sus propiedades. Cierto que la Corona tiene gran influencia sobre el cuerpo colectivo en las elecciones de diputados, pero si esta influencia, que hoy se ejerce sólo una vez cada siete años, se utilizase para persuadir al pueblo a cada votación, pronto se agotaría, sin que hubiese ingenio, popularidad o rentas capaces de evitarlo. Ello me hace pensar que una alteración en este extremo provocaría un cambio total en nuestro gobierno, y no tardaría en transformarlo en una república, quizá de formas nada inconvenientes. Porque aunque el pueblo, reunido en un solo cuerpo como el de las tribus romanas, sea muy poco apto para el gobierno, cuando se halla disperso en otros menores es más susceptible de razón y orden; la fuerza de las corrientes y oleadas populares se quiebra en mayor medida, y es posible trabajar por el interés público con algún método y constancia. Pero no hace falta proseguir el razonamiento sobre una forma de gobierno que no es probable llegue a existir nunca en Gran Bretaña, y que no parece ser el

ideal de ninguno de nuestros partidos. Cuidemos y mejoremos nuestro gobierno tradicional cuanto sea posible, sin fomentar la pasión por tan peligrosas novedades*. (Pp. 21-25.)

Del origen del gobierno

El hombre, nacido en el seno de una familia, ha de mantener la vida social por necesidad, inclinación natural y hábito. Esa misma criatura, a medida que progresa, se ve impelida a establecer la sociedad política, a fin de administrar justicia, sin la cual no puede haber paz, seguridad ni relaciones mutuas. Debemos, pues, considerar que toda la vasta máquina de nuestro gobierno no tiene en última instancia otro objeto a propósito que administrar justicia o, en otras palabras, servir de soporte a los doce jueces. Reyes y parlamentos, armadas y ejércitos, funcionarios de la Corte y el Tesoro, embajadores, ministros y consejeros privados, todos se hallan subordinados en sus fines a esta parte de la administración. Incluso el clero, en la medida en que su deber lo llama a inculcar la moralidad, puede justamente ser considerado, en lo que hace a este mundo, sin otro objeto útil para su ministerio.

Todos comprenden la necesidad de la justicia para mantener la paz y el orden como comprenden lo necesario de la paz y el orden para el mantenimiento de la sociedad. Y sin embargo, a pesar de una necesidad tan grande y obvia —¡tan frágil o perverso es nuestro natural!— resulta impo-

*Concluiré el tema observando que la actual controversia sobre el *mandato imperativo* es de carácter muy trivial, y nunca podrá ser resuelta en la forma en que la tratan ambos partidos. El *country party* no pretende que un diputado está absolutamente obligado a seguir las instrucciones que se le den, a la manera como un embajador o un general debe seguir sus órdenes, ni que su voto sólo tenga validez en la Cámara en la medida en que es conforme a ellas. A su vez, el *court party* no pretende que la opinión del pueblo carezca de peso sobre los diputados, y mucho menos que éstos deban hacer caso omiso de las opiniones de aquellos a quienes representan y con quienes se hallan más estrechamente ligados. Y si estas opiniones tienen importancia, ¿por qué no han de expresarlas? La cuestión queda así reducida a la importancia que ha de darse a tales instrucciones. Pero es tal la naturaleza del lenguaje que le resulta imposible expresar con claridad esos diferentes grados, de modo que quienes discuten sobre el tema pueden discrepar sólo en las palabras mientras están de acuerdo en las opiniones, o viceversa. Esto aparte, ¿cómo es posible fijar tales grados si se piensa en la variedad de los asuntos que llegan a la Cámara y el distinto carácter de los lugares a los que sus miembros representan? ¿Deben tener las instrucciones de un villorrio el mismo peso que las de Londres, o las que se refieren a un tratado, que afectan a la política extranjera, el mismo que las que lo hacen al impuesto del consumo, que sólo atañen a nuestros asuntos internos? [Las ediciones de los ensayos entre 1741 y 1760 concluyen con este párrafo. Hume se refiere a los frecuentes debates sobre la relación entre el electorado y sus representantes que se dieron en la política inglesa en la primera mitad del siglo dieciocho. (N. del E.)]

sible mantener a los hombres fieles y constantes en la senda de la justicia. Puede haber circunstancias extraordinarias en las que un hombre advierta que su interés gana más mediante el fraude o la rapiña de lo que pierde a causa de la herida que su conducta injusta infiere al cuerpo social, pero con mucho mayor frecuencia es arrastrado a abandonar sus intereses verdaderos, pero lejanos, encandilado por tentaciones presentes, aunque a menudo insustanciales. Es ésta una grande e incurable debilidad de la naturaleza humana.

Los hombres deben tratar de paliar lo que no pueden remediar. Han de instituir ciertas personas que, con el nombre de magistrados, tengan por peculiar oficio señalar los dictados de la equidad, castigar a los transgresores, corregir el fraude y la violencia y obligar a los hombres, mal que les pese, a atender a sus intereses verdaderos y permanentes. En una palabra, la obediencia es un nuevo deber inventado para apuntalar el de la justicia, y los compromisos de la equidad han de ser reforzados por los de la subordinación.

Pero aun así, y considerando las cosas a una luz abstracta, puede pensarse que nada se gana con esta alianza, y que el deber ficticio de la obediencia tiene, por su misma naturaleza, una influencia tan escasa sobre el espíritu humano como el primitivo y natural deber de la justicia. Intereses y tentaciones pueden saltar por encima de ambos; y el hombre inclinado a ser un mal vecino puede ser por los mismos motivos, bien o mal atendidos, un mal ciudadano o un mal súbdito. Esto sin contar con que el propio magistrado puede ser negligente, parcial o injusto en su cometido.

Pero la experiencia prueba que hay gran diferencia entre ambos casos. Hallamos que el orden de la sociedad se mantiene mucho mejor por medio del gobierno, mientras que nuestro deber hacia el magistrado es más estrictamente guardado por los principios de la naturaleza humana que nuestro deber hacia nuestros conciudadanos. El amor al mando es tan fuerte en el corazón del hombre que muchos no sólo sucumben a él, sino que anhelan los peligros, fatigas y desvelos del gobierno; y una vez elevados a esa condición, aunque a menudo por el acicate de sus pasiones personales, suelen encontrar un visible interés en la administración imparcial de la justicia. Las personas que primero alcanzan esta distinción, por consentimiento tácito o expreso del pueblo, han de estar dotadas de altas prendas personales de valor, fuerza, integridad y prudencia, que merezcan respeto y confianza; y una vez establecido el gobierno, son las consideraciones de cuna, rango y condición las que tienen gran influencia sobre los hombres, y refuerzan los decretos del magistrado. El príncipe o jefe clama contra cualquier desorden que perturbe a su sociedad. Conmina a sus partidarios y a

todos los hombres honrados a ayudarle en su correción y enmienda, y aun las personas indiferentes le secundan de buen grado en los deberes de su cargo. Pronto llega a poder recompensar estos servicios; y a medida que progresa la sociedad, nombra subordinados y a menudo una fuerza militar, que tienen interés inmediato y notorio en sostener su autoridad. El hábito no tarda en consolidar lo que otros principios de la naturaleza humana habían imperfectamente creado; y los hombres, hechos a la obediencia, no piensan ya en apartarse del camino seguido por ellos y sus antepasados, y en el que los mantienen tantos motivos apremiantes y palmarios.

Pero aunque este curso de las cosas humanas puede parecer cierto e inevitable, y aunque el apoyo que la sumisión da a la justicia se base en principios evidentes de nuestra naturaleza, no puede esperarse que los hombres sean capaces de descubrirlos de antemano, o de prever sus consecuencias. El gobierno comienza de manera más casual e imperfecta. Es posible que el primer ascendiente de un hombre sobre las multitudes surgiese en un trance de guerra, en el que la superioridad del valor y el ingenio se hace más visible, la unanimidad y el acuerdo son más necesarios y los perniciosos efectos del desorden resultan más patentes. La larga duración de ese estado, común entre tribus salvajes, habituó al pueblo a la sumisión; y si el jefe poseía tanta equidad como prudencia y valor, se convertiría, aun en tiempos de paz, en árbitro de todas las diferencias, y podría ir poco a poco, por una mezcla de fuerza y consentimiento, implantando su autoridad, cuyos innegables beneficios la harían cara al pueblo o al menos a aquellos de sus miembros más pacíficos y benévolos. Si su hijo tenía las mismas buenas cualidades, el gobierno ganaría antes en madurez y perfección; pero seguiría siendo débil hasta que posteriores progresos procuraron al magistrado una renta y le capacitaron para conceder recompensas a los diversos órganos de su administración, y para infligir castigos a los refractarios y desobedientes. Hasta llegar a este período, el ejercicio de su influencia tendría que ser particular, y basado en las peculiares circunstancias de cada caso. Después, la sumisión ya no fue voluntaria para la gran mayoría de la comunidad, sino algo rigurosamente exigido por la autoridad del supremo magistrado.

En todos los gobiernos se da una perpetua lucha intestina, abierta o secreta, entre autoridad y libertad, y en esta competencia ninguna de las dos puede prevalecer de modo absoluto. Todo gobierno ha de hacer necesariamente un gran sacrificio de la libertad; pero la autoridad que limita la libertad no puede nunca, ni quizá debe, en ninguna constitución, llegar a ser total e incontrolable. El sultán es dueño de vidas y haciendas, pero no se le permite gravar con nuevos impuestos a sus súbditos; mientras que un

monarca francés puede imponer tributos a capricho, pero le resultaría peligroso atentar contra la vida y los bienes de sus súbditos. También la religión es en la mayoría de los países un principio intocable; y otros principios o prejuicios resisten con frecuencia a la autoridad del magistrado civil, cuyo poder, basado en la opinión, nunca puede atentar contra otras opiniones no menos arraigadas que la que legitima su mandato. El gobierno que comúnmente recibe el calificativo de libre es aquel que admite el reparto del poder entre diversos órganos, cuya autoridad unida no es menor, y suele ser mayor que la del monarca, pero que, en sus funciones usuales de administración debe obedecer a leyes generales y uniformes, previamente conocidas de los diversos órganos y de todos sus súbditos. En este sentido, debe admitirse que la libertad es la perfección de la sociedad civil; pero que la autoridad ha de ser tenida por esencial para su existencia, y en los debates que tan a menudo se suscitan entre una y otra puede, por esta razón, pretender la primacía. Aunque acaso alguien diga —y no le faltaría razón— que una circunstancia esencial para la existencia de la sociedad civil se mantendrá siempre por sí misma, y no necesita ser guardada con tanto celo como otra que sólo contribuye a su perfección, y que la indolencia de los hombres tiende a descuidar, como su ignorancia a pasarla por alto. (Pp. 26-29.)

De la independencia del parlamento

Los escritores políticos han establecido como máxima que, al elaborar un sistema de gobierno y fijar los diversos contrapesos y cautelas de la constitución, debe suponerse que todo hombre es un bellaco, y no tiene otro fin en sus actos que el interés personal. Mediante este interés hemos de gobernarlo, y con él como instrumento obligatorio, a pesar de su insaciable avaricia y ambición, a contribuir al bien público. Sin esto, dicen, en vano nos enorgulleceremos de las ventajas de una constitución, pues al final resultará que no tenemos otra seguridad para nuestras libertades y haciendas que la buena voluntad de nuestros gobernantes; es decir, ninguna .

Es, por tanto, una acertada máxima *política* la de que todo hombre ha de ser tenido por un bribón, aunque, a la vez, no deja de parecer extraño que pueda ser verdadera en política una máxima que es falsa en la realidad. Para explicárnoslo, podemos considerar que los hombres suelen ser más honrados en su conducta privada que en la pública, y llegarán más lejos por servir a un partido que cuando sólo se trata de su interés personal. El honor es un gran freno para el hombre; pero cuando multitud de personas actúan de consuno este freno desaparece en buena parte, porque cada cual está

seguro de la aprobación de su partido en aquellas acciones que redundan en interés común, y pronto se acostumbra a despreciar las quejas de los adversarios. A lo que podemos añadir que toda asamblea o senado toma sus decisiones con arreglo al voto mayoritario; de modo que basta con que el interés privado influya en la mayoría (como siempre sucederá) para que el senado entero siga los dictados de ese interés particular y actúe como si no hubiese en él un solo miembro con la menor consideración por los intereses y libertades públicos.

Por tanto, cuando se ofrece a nuestra censura y examen un plan de gobierno, real o imaginario, en el que el poder se halla dividido entre diversas asambleas y estamentos, hemos de considerar siempre el interés particular de cada uno de ellos; y si resulta que, a causa de una hábil división del poder, ese interés debe necesariamente coincidir en la práctica con el bien público, podemos afirmar que se trata de un sistema prudente y acertado. Si, por el contrario, el interés privado carece de contrapesos y no se le encamina al bien público, no podremos esperar de ese gobierno más que luchas, desórdenes y tiranía. En esta opinión me asiste tanto la experiencia como la autoridad de todos los filósofos y políticos, antiguos y modernos.

¡Cuál no hubiera sido la sorpresa de hombres como Cicerón o Tácito si alguien les hubiese dicho que en el futuro surgiría un sistema regular de gobierno *mixto*, en el que la autoridad estaría distribuida de tal modo que un estamento social podría, a su antojo, engullir a los demás, y asumir todo el poder de la constitución! Semejante gobierno, hubiesen dicho, no será mixto, porque la ambición de los hombres es tan grande que nunca están satisfechos con el poder que tienen, y si una clase de personas puede usurpar el de las demás, sin duda lo hará, y llegará a poseerlo tan absoluto e incontrolable como le sea posible.

Pero la experiencia nos muestra que hubiesen errado al pensar así, porque éste es hoy el caso de la constitución británica. La parte de poder concedida por nuestra constitución a la Cámara de los Comunes es tan grande que le permite imperar de modo absoluto sobre los demás órganos del gobierno. El poder legislativo del rey es un contrapeso insuficiente; pues, aunque el monarca tiene el derecho de veto en la elaboración de las leyes, en la práctica se le concede tan poca importancia que cuanto es aprobado por ambas cámaras se tiene la seguridad de que encarnará en una ley, y la aprobación real es poco más que un formulismo. El peso principal de la Corona reside en el poder ejecutivo; pero, aparte de que este poder se halla en los gobiernos completamente subordinado al legislativo, su ejercicio requiere un gasto inmenso, y los Comunes han hecho suyo el derecho

exclusivo de conceder créditos. ¡Qué fácil sería, pues, para la Cámara arrebatar a la Corona todos sus poderes, uno tras otro, condicionando cada crédito y eligiendo el momento en que su negativa a concederlo ponga en aprietos al gobierno sin dar por ello ventajas sobre nuestro país a las potencias extranjeras! Si la Cámara de los Comunes dependiese de modo análogo del rey, y ninguno de sus miembros tuviese otros bienes que los procedentes de sus mercedes, ¿no sería el monarca árbitro de sus resoluciones y, por tanto, absoluto? En cuanto a la Cámara de los Lores, constituye un poderoso apoyo para la Corona, dado que sus miembros son, a su vez, sostenidos por ella; pero la experiencia y la razón nos dicen que no tienen fuerza ni autoridad suficientes para mantenerse sin tal apoyo.

¿Cómo se resuelve esta paradoja? ¿Por qué medios es este órgano de nuestra constitución confinado en sus límites, dado que, por esa misma constitución, tendrá tanto poder como desee, y sólo él mismo puede limitarse? ¿Cómo casa esto con nuestra experiencia de la naturaleza humana? Responderé que el interés corporativo se ve aquí restringido por el individual, y que la Cámara de los Comunes no amplía sus poderes porque tal usurpación sería contraria al interés de la mayoría de sus miembros. La Corona tiene tantos cargos a su disposición que, mientras cuente con el apoyo de la parte honesta y desinteresada de la Cámara, dominará siempre sus resoluciones, al menos en la medida suficiente para librar de peligros a la constitución tradicional. Podemos dar a esta influencia el nombre que se nos antoje; calificarla incluso de *corrupción y vasallaje*; pero es en cierto grado y especie inseparable de la propia naturaleza de la constitución, y necesaria para la conservación de nuestro gobierno mixto.

[…]

Las cuestiones que se refieren al justo medio entre dos extremos son difíciles de decidir, tanto porque no es fácil hallar palabras apropiadas para establecer ese medio como porque el bien y el mal, en tales casos, se funden de modo tan gradual uno en el otro que hacen nuestros pareceres dudosos e inciertos. Pero el caso presente ofrece una dificultad peculiar que embarazaría al escrutador más avisado e imparcial. El poder de la Corona se encarna siempre en una persona, rey o ministro; y como ésta puede tener un grado mayor o menor de ambición, capacidad, valor, popularidad o fortuna, el poder, excesivo en unas manos, puede llegar a ser insignificante en otras. En las repúblicas puras, donde la autoridad se halla distribuida entre diversas asambleas o senados, las cautelas y contrapesos actúan de un modo más regular, porque los miembros de esas asambleas pueden suponerse casi iguales en capacidad y virtud, de modo que sólo su número, riqueza o autoridad han de tomarse en consideración. Pero una monarquía

limitada no admite tal estabilidad, ni es posible asignar a la Corona el grado de poder necesario para que, en unas u otras manos, represente un contrapeso apropiado para los demás órganos de la constitución. Es ésta una desventaja inevitable, entre las muchas ventajas que adornan a tal especie de gobierno. (Pp. 30-36.)

Si el gobierno británico se inclina más a la monarquía absoluta o a una república

Parece autorizarnos a albergar un fuerte prejuicio contra la mayoría de las ciencias el hecho de que ningún hombre prudente, por seguro que esté de sus principios, se atreva a profetizar sobre acontecimiento alguno o a predecir las consecuencias remotas de las cosas. Un médico no se aventurará a pronunciarse sobre el estado en que se hallará su paciente dentro de una quincena o de un mes, y aún menos se atreve un político a predecir la situación de los asuntos públicos dentro de algunos años. Harrington [James Harrington (1611-1677), teórico republicano inglés autor de *Commonwealth of Ocean,* cuyas ideas sobre la propiedad como fundamento del poder político tuvieron gran influencia en el siglo dieciocho (N. del E.)] estaba tan seguro de su principio de que *el equilibrio del poder depende del de la propiedad* que se aventuró a afirmar que era imposible que volviese a instaurarse la monarquía en Inglaterra; pero apenas se había publicado su aserto cuando el rey estaba de nuevo en el trono, y ya vemos que la monarquía ha subsistido desde entonces sobre las mismas bases. A pesar de experiencia tan desgraciada, me aventuraré a examinar una importante cuestión, la de *si el gobierno británico se inclina más a la monarquía absoluta o a una república, y en cuál de estas dos clases de gobierno es más probable que venga a dar.* Como no parece haber gran peligro de revolución inmediata en ninguno de ambos sentidos, al menos escaparé a la vergüenza que aguarda a mi temeridad si llego a equivocarme.

Quienes afirman que el equilibrio de nuestro gobierno se inclina hacia la monarquía absoluta pueden apoyar su opinión en varias razones. Que la propiedad tiene gran influencia sobre el poder, no puede negarse; pero, a pesar de ello, la máxima general de que el equilibrio del uno depende del de la otra ha de ser aceptada con ciertas limitaciones. Es evidente que una propiedad mucho menor en una sola mano podría contrapesar otra mayor en varias; no sólo porque es difícil hacer que diversas personas se pongan de acuerdo en unas mismas opiniones y medidas, sino porque una misma masa de propiedad, cuando está unida, engendra una

dependencia mucho mayor que cuando se encuentra dispersa. Cien personas con mil libras de renta anual por cabeza pueden consumir todos sus ingresos sin cambiar la suerte de nadie, salvo la de sus sirvientes y proveedores, que sólo ven en sus beneficios el producto de su trabajo. Pero un hombre que percibe cien mil libras al año puede, con sus liberalidades y artimañas, obligar a muchos, y sobre todo hacerles concebir esperanzas. Por eso observamos que en todos los gobiernos libres cualquier súbdito de una fortuna exorbitante ha despertado siempre recelos, aunque su riqueza no admitiese comparación con la del conjunto del país. La fortuna de Craso, si no recuerdo mal, ascendía sólo a unos dos millones y medio de nuestra moneda; y no obstante sabemos que, sin ser hombre de gran inteligencia, le bastó su riqueza para contrapesar durante toda su vida el poder de Pompeyo, así como el de César, que llegaría a ser dueño del mundo. La riqueza de los Médicis los hizo dueños de Florencia, aunque probablemente no era gran cosa comparada con el conjunto de las propiedades de aquella opulenta república. [Marco Licinio Craso (115-53 a. de C.) fue miembro del primer triunvirato formado en 60 a. de C. Su muerte en 53 a. de C. dejó a Julio César y Pompeyo como los únicos rivales para el poder en Roma. Para la proverbial riqueza de Craso, ver Plutarco, *Vidas Paralelas*, "Vida de Craso". La familia de los Medici acumuló gran riqueza a través del comercio y de la banca, y dominó la política florentina durante largos períodos en los siglos quince y dieciséis. (N. del E.)]

Estas consideraciones pueden hacernos concebir una alta idea del espíritu y el amor a la libertad británicos, puesto que hemos sido capaces de mantener nuestro gobierno libre durante tantos siglos frente a nuestros soberanos, quienes, aparte del poder, la dignidad y la majestad de la Corona, han tenido siempre muchas más propiedades de las que cualquier súbdito haya disfrutado en un país. Pero puede decirse que este espíritu, por grande que sea, no podrá mantenerse frente a las inmensas riquezas que hoy acumula el rey, y que siguen creciendo. Según un cómputo moderado, la Corona dispone de cerca de tres millones de libras al año. La lista civil asciende a cerca de un millón; la recaudación de impuestos a otro, y los empleos en el ejército y la armada, junto con los nombramientos eclesiásticos, a más de otro tanto; suma enorme, y que puede calcularse constituye más de un tercio del conjunto de la renta y el trabajo del reino. Si añadimos a esa gran riqueza el creciente lujo que impera entre nosotros y nuestra facilidad para la corrupción, junto con el gran poder y prerrogativas de la Corona y su mando sobre las fuerzas militares, no habrá nadie que no desespere de conseguir, sin extraordinarios esfuerzos, mantener nuestro gobierno libre bajo condiciones tan desfavorables.

Por otro lado, quienes sostienen que la tendencia del gobierno británico es a una república pueden apoyar sus opiniones en argumentos no menos plausibles. Puede decirse que aunque la inmensa riqueza de la Corona va unida a la dignidad de primer magistrado, y a muchos otros poderes y prerrogativas reales que le confieren aún mayor influencia, en realidad resulta mucho menos peligrosa para la libertad por esa misma causa. Si Inglaterra fuese una república y hubiera algún particular que tuviese una renta de un tercio, o incluso de un décimo de la que hoy tiene la Corona, provocaría con justicia recelo, porque tendría inevitablemente gran autoridad sobre el gobierno, y tal autoridad irregular, no confesada por las leyes, es siempre más peligrosa que otra mucho mayor fundada en ellas. El que posee un poder usurpado no puede poner límites a sus pretensiones. Sus partidarios están autorizados a esperarlo todo a su favor; sus enemigos provocan su ambición a la vez que sus temores, por lo violento de su oposición; y cuando el gobierno entra en fermentación, todos los humores corruptos del país se reúnen de modo natural en torno a él. Por el contrario, una autoridad legal, por grande que sea, tiene siempre ciertos límites, que ponen coto a las esperanzas y pretensiones de quien la posee: las leyes no dejarán de haber provisto remedio contra sus excesos; un magistrado tan eminente tiene mucho que temer, y poco que esperar, de sus usurpaciones, y como su autoridad legítima es sosegadamente acatada, tiene tan pocas tentaciones como oportunidades de extenderla. Por otro lado, ocurre con los fines y proyectos ambiciosos lo que con las sectas en filosofía y religión. Toda nueva secta provoca tal efervescencia, y es combatida y defendida con el ardor que indefectiblemente se extiende más de prisa y multiplica sus partidarios con mayor rapidez que cualquier opinión aceptada de antiguo, y recomendada por la sanción de las leyes y de los siglos. Es tal la naturaleza de la novedad que lo que gusta, gusta doblemente si es nuevo; pero si disgusta lo hace también doblemente por la misma razón. Y en la mayoría de los casos, la violencia de los enemigos es tan favorable para los proyectos ambiciosos como el celo de los partidarios.

Puede decirse, además, que aunque los hombres están en gran medida gobernados por el interés, éste, como todas las cosas humanas, se guía siempre por la *opinión.* Ahora bien: las opiniones han experimentado un cambio súbito y notable en los últimos cincuenta años, debido al progreso de las luces y la libertad. La mayoría de los habitantes de esta isla se han despojado de todo respeto supersticioso hacia el nombre y la autoridad; el clero ha perdido gran parte de su crédito; sus pretensiones y doctrinas han sido puestas en ridículo y la propia religión apenas puede mantenerse en el mundo. El simple nombre de rey merece escaso respeto; y hablar de un rey

como representante de Dios en la tierra o darle cualquiera de aquellos rimbombantes títulos que antes deslumbraban a las gentes, provocaría a risa. Aunque, en épocas tranquilas, la Corona puede, mediante sus grandes rentas, mantener su autoridad por encima de los intereses e influencias de los particulares, si el menor choque o convulsión llegase a destruir esos intereses creados, el poder real, que ya no cuenta con el apoyo de principios y opiniones arraigados, no tardaría en desvanecerse. Si el pueblo se hubiese hallado en esta disposición de ánimo en la época de la Revolución, la monarquía hubiese corrido gran peligro de perderse para siempre en esta isla.

Si tuviese que aventurarme a dar mi opinión entre estos argumentos contrarios, diría que, a menos que sobrevenga alguna conmoción extraordinaria, el poder de la Corona, apoyado en sus grandes rentas, se encuentra en vías de aumentar aunque a la vez reconozco que sus progresos resultan lentos y casi imperceptibles. Las aguas han corrido durante mucho tiempo, y con cierta rapidez, a favor del gobierno popular, y ahora empiezan a derivar hacia la monarquía.

Es bien sabido que todo sistema de gobierno ha de tener un fin, y que la muerte es tan inevitable para un cuerpo político como para un organismo animal. Pero, puesto que hay muertes preferibles a otras, cabe preguntarse si es más deseable para la constitución británica acabar en gobierno popular o en monarquía absoluta. Aquí he de declarar francamente que, aunque la libertad sea preferible a la esclavitud en la inmensa mayoría de los casos, antes preferiría ver en esta isla una monarquía absoluta que una república. Porque, veamos qué clase de república podemos esperar. No se trata de una hermosa república imaginaria, cuyo plan concibe un hombre en su gabinete. Qué duda cabe de que un gobierno popular puede ser pensado como más perfecto que una monarquía absoluta, e incluso que nuestra actual constitución. Pero, ¿qué razón tenemos para esperar que un gobierno semejante vaya a establecerse en Gran Bretaña tras la caída de nuestra monarquía? Si un individuo logra poder bastante para hacer añicos nuestra constitución e implantar otra, será de hecho un monarca absoluto; y hemos tenido ya un ejemplo, suficiente para convencernos de que esa persona nunca renunciará a su poder ni establecerá un gobierno libre. [La referencia es a Oliver Cromwell (1599-1658), quien lideró las fuerzas parlamentarias en la destitución del monarca Carlos I, convirtiéndose en Lord Protector de Inglaterra, Escocia, e Irlanda entre 1653 y 1658. Cuando el parlamento de 1654-1655 quiso limitar los poderes del Protector, Cromwell disolvió el parlamento e instauró un régimen militar. (N. del E.)] Las cosas deben, pues, ser confiadas a su marcha y funcionamiento

naturales, y en consecuencia será la Cámara de los Comunes, de acuerdo con su actual constitución, el único poder legislativo de ese gobierno popular. Los inconvenientes de semejante situación se nos ofrecen a millares. Si la Cámara de los Comunes llega a disolverse por propia decisión, lo que no es de esperar, cada elección sería una verdadera guerra civil. Si, por el contrario, se perpetúa, sufriremos la tiranía de una facción subdividida en otras muchas. Y como un gobierno tan violento no puede durar mucho, al cabo de un sinfín de convulsiones y guerras civiles acabaremos por hallar reposo en la monarquía absoluta, que hubiera sido más feliz para nosotros establecer pacíficamente desde un principio. La monarquía absoluta es, por tanto, la muerte más dulce, la verdadera *euthanasia* de la constitución británica.

De modo que si tenemos razones para desconfiar más de la monarquía porque el peligro es más inminente de su lado, las tenemos también para recelar del gobierno popular porque es amenaza más grave. De todo ello debemos sacar la enseñanza de una mayor moderación en nuestras controversias políticas. (Pp. 37-42).

De los partidos en general

De cuantos hombres se distinguen por hazañas memorables, el lugar de honor corresponde a los legisladores y a los fundadores de estados, que transmiten un sistema de leyes e instituciones dirigidas a asegurar la paz, la felicidad y la libertad de las generaciones futuras. La influencia de las innovaciones útiles en las ciencias y las artes puede, quizá, tener mayor alcance que unas leyes sabias, cuyos efectos son limitados en el tiempo y en el espacio; pero el beneficio de aquéllas no es tan sensible como el de éstas. Las ciencias especulativas pueden, sin duda, perfeccionar el entendimiento, pero este provecho alcanza sólo a los pocos que disponen de tiempo para dedicarse a ellas. En cuanto a las artes prácticas, que aumentan las comodidades y goces de la vida, es bien sabido que éstos no hacen tan feliz al hombre por su abundancia como por la paz y seguridad en que los disfruta, y éstos son bienes que sólo pueden proceder del buen gobierno. Ello sin contar con que la prevalencia de la virtud y las buenas costumbres en un estado, tan necesaria para la felicidad, nunca puede ser obra de los preceptos filosóficos, aun los más excelentes, ni siquiera de las admoniciones de la religión, sino exclusivamente de la educación virtuosa de la juventud, hija de unas leyes e instituciones sabias. Debo, pues, disentir de lord Bacon en este punto, y considerar que la antigüedad fue no poco injusta en la atribución de honores cuando convirtió en dioses a los inven-

tores de las artes útiles, como Ceres, Baco y Esculapio, y no concedió a legisladores como Rómulo y Teseo otra dignidad que la de semidioses o héroes. [Francis Bacon (1561-1626), filósofo y estadista inglés. La referencia es a su obra *The Advancement of Learning* (1605). Ceres, Baco y Esculapio eran, respectivamente, los dioses romanos de la la cosecha, del vino y de la medicina. Rómulo, legendario cofundador de Roma, y Teseo, héroe y rey legendario de Atenas, eran sólo descendientes de los dioses. (N. del E.)]

Si los legisladores y fundadores de estados deben ser honrados y respetados, no menos merecen ser detestados los fundadores de castas y facciones; porque la influencia de estas divisiones se opone directamente a la de las leyes. Las facciones subvierten el gobierno, hacen las leyes impotentes y engendran las más fieras animosidades entre hombres de una misma nación, que se deben ayuda y protección mutua. Y lo que debería hacer más odiosos a los fundadores de partidos es la dificultad para extirpar tan mala hierba una vez que arraiga en un estado. Se propaga de un modo natural durante generaciones, y rara vez concluye sino con total desintegración del gobierno en que fue sembrada. Es, además, planta que crece con mayor profusión en los suelos más ricos, y aunque tampoco los gobiernos absolutos estén libres de ella, ha de confesarse que crece con mayor facilidad y se propaga más de prisa en los gobiernos libres, donde nunca deja de infestar incluso a los legisladores, únicos capaces de erradicarla mediante la firme aplicación de recompensas y castigos .

Las facciones pueden dividirse en personales y reales, es decir, en aquellas fundadas en la amistad o enemistad personales de quienes las componen y aquellas otras basadas en alguna diferencia auténtica de opinión o intereses. La razón de esta distinción es obvia, aunque reconozca que no es frecuente encontrar partidos puros de una u otra clase. Pocas veces se ve a un gobierno dividirse en facciones sin que entre ellas exista una diferencia de opinión real o aparente, trivial o material; y en las facciones basadas en las diferencias más reales y materiales se observa siempre una gran proporción de animosidad o afecto personales. Pero a pesar de esta mezcla, un partido puede ser calificado de personal o real de acuerdo con el principio que en él predomina y ejerce mayor influencia.

Las facciones personales surgen más fácilmente en las repúblicas pequeñas. En ellas, cualquier querella interna se convierte en asunto de estado. El amor, la vanidad, la emulación, así como la ambición y el resentimiento engendran disensiones públicas. […]

Los hombres tienen tal propensión a dividirse en facciones personales que la más leve apariencia de diferencias auténticas las provoca. […]

[…]

Las facciones *reales* pueden obedecer al *interés*, al *principio* o al *afecto*. De todas ellas, las primeras son las más razonables y excusables. Cuando dos órdenes de personas, tales como la nobleza y el pueblo, tienen cada uno su propia autoridad en un sistema de gobierno no equilibrado y conformado con gran tino, obedecen inevitablemente a intereses distintos, y no cabe esperar otra cosa si consideramos el grado de egoísmo de la naturaleza humana. El evitar los partidos exige gran habilidad en el legislador, y muchos filósofos opinan que este secreto, como el del *gran elixir* o el del *movimiento continuo*, puede ocupar nuestros ocios teóricos, pero nunca logrará ser llevado a la práctica. [Por "gran exilir" Hume se refiere a alguna medicina universal que supuestamente podría aliviar cualquier enfermedad. Por "movimiento continuo" Hume se refiere a la idea de una máquina que una vez puesta en movimiento se mantendría en funcionamiento eternamente. (N. del E.)] Cierto que en los gobiernos despóticos a menudo no se advierten facciones, pero no por ello son menos reales o, más bien, digamos que por ello mismo son mucho más ciertas y perniciosas. Los diversos estamentos humanos, nobles y pueblo, soldados y comerciantes, tienen también allí intereses distintos; pero los poderosos oprimen a los débiles con impunidad, por no ser posible la resistencia, y esto es lo que da apariencia de tranquilidad bajo tales gobiernos.

[…]

Los partidos basados en los *principios*, especialmente en los de carácter especulativo y abstracto, sólo han existido en los tiempos modernos, y son quizá el fenómeno más extraordinario e inexplicable surgido hasta ahora en los asuntos humanos. Cuando principios diferentes engendran conductas encontradas, como sucede con los principios políticos, la explicación es más fácil. Quien estima que el verdadero derecho al gobierno pertenece a tal hombre o tal familia difícilmente puede estar de acuerdo con quienes lo atribuyen a otras personas. Cada cual desea lo más justo, con arreglo a su criterio. Pero cuando la diferencia en los principios no acarrea enfrentamientos en la acción, sino que cada cual puede seguir su camino sin estorbar el del prójimo, como sucede en las controversias religiosas, ¿qué locura, qué furia puede engendrar divisiones tan infortunadas y fatales?

Dos hombres que viajan por el camino real, uno hacia oriente, otro hacia poniente, pueden fácilmente cruzarse si el camino es lo bastante holgado; pero cuando sostienen principios religiosos opuestos no es fácil que pasen sin chocar, aunque uno diría que también en este caso el camino es sobradamente ancho, y que ambos pueden seguirlo sin obstáculos. Pero es tal la naturaleza del espíritu humano que ha de enredarse con cada

semejante que se le acerca; y así como se siente maravillosamente confortado por la unanimidad de pareceres, se sorprende y turba al verse contradicho. De aquí la vehemencia con que la mayoría de la gente discute, y de aquí su impaciencia ante cualquier oposición, aun en las materias más especulativas y ajenas.

Este motivo de aspecto tan nimio parece haber sido el origen de todas las guerras y disensiones religiosas. Pero como es un principio universal de la naturaleza humana, sus efectos no se habrían limitado a una edad ni a una secta religiosa de no haber concurrido causas más accidentales que lo agigantan hasta hacerlo capaz de provocar las mayores desgracias y devastaciones. La mayoría de las religiones del mundo antiguo aparecen en épocas ignotas, cuando los hombres eran todavía bárbaros y sin instrucción, y desde el príncipe al campesino estaban dispuestos a recibir, con fe implícita, cuantas leyendas o ficciones piadosas se les ofreciesen. El magistrado abrazaba la religión del pueblo, y al entregarse con todo celo al cuidado de las cosas sagradas adquiría de modo natural autoridad en ellos, y así unía el poder eclesiástico al civil. Pero al haber surgido la religión cristiana cuando en la parte civilizada del mundo se hallaban firmemente implantados principios opuestos a ella, y que despreciaban al pueblo que primero abrazó esa novedad, no es de extrañar que mereciese escasa consideración del poder civil, y que los sacerdotes pudiesen acaparar la autoridad en la nueva secta. Tan mal uso hicieron de este poder, incluso en aquellos primeros tiempos, que las primitivas persecuciones pueden ser, en parte*, atribuidas a la violencia que esos hombres imbuyeron en sus seguidores. Y habiendo continuado estos mismos principios de gobierno clerical una vez convertido el cristianismo en religión oficial, engendraron un espí-

* Digo *en parte* porque es un error vulgar imaginar que los antiguos eran tan grandes amigos de la tolerancia como hoy lo son ingleses y holandeses. Entre los romanos, las leyes contra la superstición externa databan de la época de las Doce Tablas; y los judíos, al igual que los cristianos, fueron a veces castigados por ellas, aunque en general no eran rigurosamente observadas. Apenas conquistada la Galia, se prohibió a los no naturales del país ser iniciados en la religión de los druidas, lo que equivalía a una persecución. Alrededor de un siglo después de la conquista, el emperador Claudio abolió por completo esa superstición mediante leyes penales: lo que hubiese supuesto una cruel persecución si la imitación de las costumbres romanas no hubiese ya apartado a los galos de sus antiguos perjuicios (Suetonio, *In vita Claudii*). Plinio atribuye la abolición de las supersticiones druísticas a Tiberio, probablemente porque este emperador había tomado medidas para restringirlas (Lib. XXX, cap. 1). Éste es un ejemplo de la acostumbrada cautela y moderación de los romanos en tales casos, muy diferente a su modo violento y sanguinario de tratar a los cristianos. Ello nos hace sospechar que aquellas furiosas persecuciones del cristianismo se debieron en alguna medida al imprudente celo y fanatismo de los primeros propagandistas de esta secta; y la historia eclesiástica nos proporciona muchas razones para confirmar tal sospecha.

ritu de persecución que ha sido desde entonces el veneno de la sociedad humana y la fuente de las más inveteradas divisiones en todos los estados. Por ello, tales divisiones pueden ser estimadas en cuanto al pueblo como facciones de principio; pero por parte de los sacerdotes, que son su primer móvil, se trata, sin duda, de facciones de intereses.

Hay otra causa (aparte la autoridad de los sacerdotes y la separación de los poderes eclesiástico y civil) que ha contribuido a hacer de la cristiandad escenario de guerras y divisiones religiosas. Las religiones que surgen en épocas totalmente ignorantes y bárbaras se componen principalmente de cuentos y ficciones tradicionales, que pueden ser diferentes en cada secta sin ser contrarios entre sí; e incluso cuando se contradicen, cada cual se adhiere a la tradición de su secta sin grandes argumentos ni disputas. Pero como en la época de la aparición del cristianismo la filosofía se hallaba ampliamente extendida por el mundo, los maestros de la nueva secta se vieron obligados a elaborar un sistema de opiniones especulativas, a formular con cierta precisión sus artículos de la fe, y a explicarlos, comentarlos, refutarlos y defenderos con todas las sutilezas dialécticas y científicas. De aquí surgió de modo natural la acritud en las disputas cuando la religión cristiana conoció nuevas divisiones y herejías; y esta acritud ayudó a los clérigos en su política de despertar odio y antipatía mutuos entre sus extraviados secuaces. Nunca las sectas filosóficas del mundo antiguo fueron tan celosas como los partidos religiosos; pero, en la época moderna, estos partidos se han mostrado más furiosos y *enragés* que las más crueles facciones nacidas del interés y la ambición.

He mencionado a los partidos hijos del *afecto* como una de las especies de partidos *reales*, junto a los basados en el interés y los principios. Por partidos afectivos entiendo los fundados en la adhesión de las gentes a determinadas familias y personas, por quienes desean verse gobernadas. Estas facciones son a menudo muy violentas, aunque pueda parecer inexplicable que alguien profese una adhesión tan fuerte a personas con las que no le une el menor conocimiento, a las que quizá no vio nunca y de quienes no ha recibido ni puede esperar recibir favor alguno. Sin embargo, es caso que se da a menudo, e incluso en personas de escasa generosidad y que difícilmente se dejan arrastrar por la amistad más allá de su propio interés. Nos inclinamos a sentir la relación con nuestro soberano como algo cercano e íntimo. El esplendor de la majestad y el poder confiere importancia al destino del último de los súbditos; y cuando no es el buen natural de un hombre el que le dicta este interés imaginario, lo hará su mala índole, por despecho y oposición a aquellos cuyas opiniones difieren de la suya. (Pp. 43-50.)

De la superstición y el entusiasmo

Que la corrupción de las mejores cosas engendra las peores ha llegado a ser una máxima, a diario probada, entre otros ejemplos, por los perniciosos efectos de la superstición y el entusiasmo, corrupciones de la verdadera religión.

Estas dos especies de falsa creencia, aunque ambas perniciosas, son de naturaleza muy diferente, e incluso contraria. La mente del hombre se halla sujeta a ciertos rencores y aprensiones injustificados, nacidos de la situación de los asuntos públicos o privados, la mala salud, una disposición sombría y melancólica o la concurrencia de todas estas circunstancias. En tal estado de ánimo, se temen infinitos males desconocidos a cargo de ignorados agentes; y cuando faltan objetos reales de que asustarse, el alma, obrando desde sus perjuicios y siguiendo sus inclinaciones dominantes, los halla imaginarios, y de una fuerza y una maldad sin límites. Como estos enemigos son totalmente invisibles y desconocidos, los métodos de que se echa mano para apaciguarlos son igualmente gratuitos, y consisten en ceremonias, observancias, mortificaciones, sacrificios y presentes, o en cualquier otra práctica, por absurda y vana que sea, que la locura o la bellaquería recomiende a la ceguera y el temor de los crédulos. La debilidad, el miedo y la melancolía, unidos a la ignorancia, son, pues, las verdaderas fuentes de las superstición.

Pero el espíritu humano se halla también sujeto a una no menos injustificable exaltación y presunción, hija de la buena fortuna, la gran riqueza, el orgullo o el talante atrevido y confiado. En semejante estado de ánimo, la fantasía engendra imágenes tan extraordinarias como confusas, que ninguna belleza o goce mundanal puede igualar. Todo lo mortal y perecedero se desvanece como indigno de atención y la imaginación campea a sus anchas en las regiones invisibles o mundo de los espíritus, donde el alma tiene libertad para permitirse cuantas fantasías convengan a su gusto y disposición del momento. Surgen así raptos, transportes y vuelos sorprendentes de la imaginación; y creciendo con ellos la confianza y la presunción, al ser inexplicables y parecer fuera del alcance de nuestras facultades ordinarias, son atribuidos a la inspiración inmediata del Ser Divino, objeto de devoción. En poco tiempo, la persona inspirada llega a verse a sí misma como favorita de la Divinidad, y cuando alcanza este frenesí, que es la cumbre del entusiasmo, sus extravagancias quedan consagradas: la razón humana, e incluso la moralidad, son rechazadas como guías falaces; y el loco fanático se entrega, ciegamente y sin reservas, a los supuestos éxtasis del Espíritu y a la inspiración celestial. La esperanza, el

orgullo, la presunción y la imaginación calenturienta son, pues, junto a la ignorancia, las verdaderas fuentes del entusiasmo .

Estas dos especies de falsa religión nos dan motivo para especular de mil maneras, pero aquí me limitaré a unas cuantas reflexiones acerca de su diferente influencia sobre el gobierno y la sociedad.

La primera es que la superstición favorece el poder clerical, en tanto que el entusiasmo no es menos contrario a él que la sana razón y la filosofía. Como la superstición se basa en el miedo, la tristeza y la depresión del ánimo, hace aparecer al hombre ante sí mismo con colores tan despreciables que se cree indigno de acercarse a la divina presencia, y de modo natural recurre a alguna otra persona cuya santidad de vida, cuando no su impudor y malicia, le hacen suponerla favorecida por la Divinidad. El supersticioso le confía sus devociones; recomienda a su cuidado sus oraciones, peticiones y sacrificios, y por su intercesión espera alcanzar que la deidad encolerizada acepte sus súplicas. Tal es el origen de los sacerdotes, que pueden con justicia ser mirados como engendro de una superstición timorata y abyecta, que, desconfiando de sí mismo, no se atreve a ofrecer a lo alto sus devociones, sino que piensa, en su ignorancia, recomendarse a la Divinidad por medio de los supuestos amigos y servidores de ésta. Como la superstición es ingrediente considerable en casi todas las religiones, aun en las más fanáticas, por ser la filosofía la única enteramente capaz de vencer esos injustificados temores, a ello se debe que encontremos sacerdotes en casi todas las sectas religiosas; pero su autoridad será mayor cuanto mayor sea la dosis de superstición.

De otro lado, observaremos que los estusiastas han estado siempre libres del yugo de los eclesiásticos, y han mostrado gran independencia en su culto, con desprecio de formas, ceremonias y tradiciones. Los cuáqueros, los más insignes entusiastas conocidos, aunque a la vez los más inofensivos, son quizá la única secta que nunca ha admitido sacerdotes. Entre los sectarios ingleses, los independientes son los que más se aproximan a los cuáqueros en fanatismo, y en verse libres de la servidumbre sacerdotal. Les siguen en ambos aspectos, a igual distancia, los presbiterianos. En resumen, vemos que nuestra observación se basa en la experiencia, pero la hallaremos también basada en la razón si consideramos que, al ser el entusiasmo hijo de un orgullo y una confianza presuntuosos, se cree calificado para acercarse a la Divinidad sin ningún mediador humano. Sus arrebatadas devociones son tan fervientes que incluso se imagina acercarse realmente a ella por medio de la contemplación y la conversión interior, lo que le hace descuidar todos aquellos ritos y observancias externas en las que la intervención de los sacerdotes parece tan imprescindible a los ojos del devoto

supersticioso. El fanático se consagra a sí mismo, y confiere a su persona un carácter sagrado muy superior al que formalidades y ceremonias pueden conferir a otros.

Mi segunda reflexión acerca de estas dos especies de falsa religiosidad es que las religiones en que interviene el entusiasmo son, cuando surgen, más furiosas y violentas que las que participan de la superstición, pero no tardan en hacerse más suaves y moderadas. La violencia de esta clase de fe, que la novedad excita y la oposición enardece, puede verse en ejemplos incontables, como los anabaptistas en Alemania, los *camisards* en Francia, los *levellers y* otros fanáticos igualitarios en Inglaterra y los *convenanters* en Escocia [en 1528 los anabaptistas bajo el liderazgo de Thomas Münzer se rebelaron en contra de la autoridad civil e intentaron establecer por la fuerza un gobierno cristiano en Alemania basado en la igualdad absoluta y en una comunidad de bienes. Los *comisards* eran calvinistas franceses quienes se rebelaron en 1703 en contra del revocamiento del Edicto de Nantes que había permitido la práctica pública del protestantismo y el acceso de protestantes al servicio civil. *Levellers* fue el nombre que se le dio a un partido radicalmente igualitario en Inglaterra que se opuso al régimen de Cromwell sobre la base de que no habría roto definitivamente con la aristocracia. *Convenanters* era el nombre de un partido escocés que a mediados del siglo diecisiete defendía una teocracia presbiteriana. En 1662 los *convenanters* se rebelaron en forma violenta y fueron aplastados por el ejército del rey. (N. del E.)]. Al estar basado el entusiasmo en el orgullo y en una osadía presuntuosa, engendra las resoluciones más extremadas; en especial cuando se eleva a alturas capaces de inspirar al extraviado fanático la creencia de ser iluminado por la Divinidad y el desprecio por las comunes reglas de la razón, la moralidad y la prudencia.

Produce así el entusiasmo los más crueles desórdenes en la sociedad humana, pero su furia es como la tempestad, que pronto se agota y deja el aire más sereno. Una vez consumido el primer fuego, los miembros de todas las sectas fanáticas se sumen en el mayor descuido y frialdad en cuestiones de fe, al no haber entre ellos un cuerpo de personas dotadas de suficiente autoridad y a las que interese mantener el espíritu religioso, ni ritos, ceremonias y preceptos que puedan incorporarse a la vida cotidiana y salvar del olvido los principios sagrados. Por el contrario, la superstición va introduciéndose de modo gradual e insensible, y al parecer inofensivo para el pueblo; hasta que el sacerdote, una vez implantada firmemente su autoridad, se convierte en tirano y perturbador de la sociedad humana por sus inacabables disputas, persecuciones y guerras religiosas. ¡Qué suavemente procedió la Iglesia romana para conseguir el poder! Pero ¡en qué funestas

convulsiones sumergió a Europa para mantenerlo! Por el contrario, nuestros sectarios, al principio peligrosos fanáticos, se han convertido en hombres que razonan libremente; y los cuáqueros parecen ir aproximándose al único cuerpo regular de deístas del universo, los *letrados* o discípulos de Confucio en China*.

Mi tercera observación a este propósito es que la superstición es enemiga de la libertad civil y el entusiasmo, su aliado. Como la superstición gime bajo el yugo de los sacerdotes, en tanto que el entusiasmo resulta letal para cualquier poder eclesiástico, lo que afirmamos no necesita mayores explicaciones; ello sin mencionar que el entusiasmo, al ser enfermedad de temperamentos osados y ambiciosos, va naturalmente acompañado de un espíritu de libertad, mientras que la superstición hace a los hombres sumisos y abyectos y los prepara para la esclavitud. La historia inglesa nos enseña que durante las guerras civiles, *independientes* y *deístas,* aunque totalmente opuestos en sus principios religiosos, estaban unidos en los políticos, y eran igualmente partidarios del gobierno popular. Y desde el origen de los *whigs* y los *tories,* los líderes de aquéllos han sido deístas o *latitudinarios* profesos, es decir, amigos de la tolerancia e indiferentes hacia las varias confesiones cristianas, y todos los miembros de sectas teñidas de entusiasmo han cooperado con este partido en defensa de la libertad civil. La semejanza de sus supersticiones unió hace mucho tiempo a los *tories* partidarios de la autoridad de obispos y presbíteros y a los católicos romanos en defensa de las prerrogativas y poderes reales; aunque la experiencia del espíritu tolerante de los *whigs* parece haber reconciliado últimamente a los católicos con este partido.

En Francia, molinistas y jansenistas mantienen mil disputas ininteligibles que no merecen ocupar la atención de nadie con sentido común [este conflicto dentro del catolicismo del siglo diecisiete se refería al libre albedrío y a la predestinación; los jansenistas consideraban la gracia divina, más que las buenas acciones, como la fuente de la salvación externa, mientras que los molinistas pretendían preservar un mayor rol para la voluntad humana (N. del E.)]; pero lo que principalmente distingue a estas dos sectas y merece algún interés es el diferente espíritu que las anima. Los molinistas, guiados por los jesuitas, son amigos de la superstición, observantes rígidos de formas y ceremonias externas y devotos de la autoridad de los clérigos y de la tradición. Los jansenistas, entusiastas, son celosos promotores de la devoción ferviente y la vida interior, poco influidos por la autoridad y, en una palabra, católicos sólo a medias. Las consecuencias

* Los *letrados* chinos no tienen sacerdotes ni iglesia oficial.

casan perfectamente con nuestro anterior razonamiento: los jesuitas son tiranos del pueblo y esclavos de la Corte, en tanto que los jansenistas conservan vivas las escasas cenizas de amor a la libertad que se encuentran en tierra francesa. (Pp. 61-65.)

Del contrato original

Como en nuestra época todo partido necesita un sistema de principios filosóficos o especulativos anejo al político o práctico, hallamos que cada una de las facciones en que esta nación se halla dividida ha levantado un edificio de esa especie, a fin de proteger y respaldar su plan de acción. Siendo el común de los mortales constructores más bien bastos, especialmente en el terreno especulativo, y más aún cuando los mueve el celo partidista, es natural imaginar que su obra ha de ser un tanto informe y presentar señales evidentes del descuido y la prisa con que fue edificada. Uno de los partidos, al referir el gobierno a la Divinidad, trata de hacerlo tan sagrado e inviolable que, por tiránico que llegue a mostrarse, resulte poco menos que sacrílego atreverse a tocarlo en lo más mínimo. El otro, al fundar totalmente el gobierno en el consentimiento del pueblo, supone la existencia de una especie de *contrato original* por el que los súbditos se han reservado tácitamente la facultad de resistir a su soberano siempre que se vean agraviados por la autoridad que para ciertos fines le han confiado de modo voluntario. Tales son los principios especulativos de ambos partidos, y tales también las consecuencias prácticas que de ellos se deducen.

Me aventuraré a afirmar que *ambos sistemas de principios son ciertos, aunque no en el sentido que pretenden sus partidarios,* y que *las dos series de consecuencias prácticas son prudentes, aunque no en los extremos a que cada partido, en su oposición al otro, ha solido tratar de llevarlas.*

Que la Divinidad es el origen último de todo gobierno nunca será negado por quien admira una Providencia y crea que todos los acontecimientos del universo obedecen a un mismo plan encaminado a fines superiores. Dado que a la raza humana le es imposible subsistir, al menos en condiciones que merezcan la pena, sin el amparo de un gobierno, esta institución habrá sido sin duda dispuesta por aquel Ser benéfico que desea el bien para todas sus criaturas, y como se ha dado en todas las épocas y países, podemos concluir aún con mayor certeza que es obra de aquel Ser omnisciente a quien ningún acontecimiento o acción engaña. Pero como no lo creó por intervención directa o milagrosa, sino por su secreta y universal

eficacia, un soberano no puede, propiamente hablando, ser considerado su representante en otro sentido que en el que decimos de cualquier poder o fuerza que de Él se deriva que obra por mandato suyo. Cuanto sucede se halla comprendido en el plan general o intención de la Providencia, y el príncipe más grande y más respetuoso de la ley no tiene a cuenta de ello más derecho a pretender una autoridad sagrada e inviolable que un magistrado inferior, o un usurpador, o incluso un ladrón o un pirata. El mismo Superintendente Divino que, para fines trascendentes, confirió autoridad a un Tiro o un Trajano, dio también poder, con propósitos sin duda no menos sabios, aunque ignorados, a un Borgia o un Angria. [Tito Flavio Vespaciano y Marco Ulpio Trajano fueron emperadores romanos (79-81 y 98-117, respectivamente) afanados por su virtud. Cesare Borgia (1476-1507) es aquél cuyos crueles pero efectivos métodos son aplaudidos por Maquiavelo en el *Príncipe*, cap. 7. Angria fue un afamado pirata de mediados del siglo dieciocho. (N. del E.)] Las mismas causas que hicieron nacer el poder soberano en los estados establecieron en ellos las jurisdicciones menores y todas las diversas autoridades. En consecuencia un guardia actuará por mandato divino lo mismo que un rey, y poseerá un derecho no menos inviolable.

Cuando consideramos cuán parecidos son todos los hombres en lo general, e incluso en sus potencias y facultades mentales, hasta que la educación las cultiva, hemos de conceder que sólo su consentimiento pudo en un principio asociarlos y sujetarlos a una autoridad. Si recorremos el gobierno hasta su primer origen en bosques y desiertos, la fuente de todo poder y jurisdicción resulta ser el pueblo, que voluntariamente, en aras de la paz y el orden, abandonó su libertad nativa y recibió leyes de quien era su igual. Las condiciones bajo las cuales estuvieron los hombres dispuestos a someterse fueron o bien expresas o bien tan claras y obvias que pudo estimarse superfluo expresarlas. Si es esto lo que se quiere significar por *contrato original*, no puede negarse que el gobierno se funda en sus comienzos sobre un contrato, y que los grupos humanos más antiguos y rudos se formaron en su mayoría con arreglo a este principio. En vano se nos pregunta en qué libros o actas está registrada esta carta de nuestras libertades. No fue escrita sobre pergamino, ni siquiera sobre hojas o cortezas de árbol. Fue anterior al uso de la escritura, y a todas las demás artes civilizadas; pero claramente la descubrimos en la naturaleza del hombre, y en la igualdad, o algo que a ella se aproxima, presente en todos los individuos de la especie. El poder que hoy impera, basado en flotas y ejércitos, es claramente político, y se deriva de la autoridad, efecto del gobierno establecido. La fuerza natural de un hombre reside sólo en el vigor de sus miembros y

lo firme de su valor, y nunca bastaría para sujetar a la multitud al mando de uno solo. Sólo el consentimiento y la conciencia de los beneficios resultantes de la paz y el orden pudieron lograr esos efectos.

Pero incluso este consentimiento fue durante mucho tiempo imperfecto y no pudo servir de base a una administración regular. El jefe, que probablemente había adquirido su influencia a través de un estado de guerra permanente, gobernaba más por la persuasión que por el mando; y hasta que le fue dado usar la fuerza para reducir a refractarios y desobedientes apenas pudo decirse que la sociedad hubiese alcanzado un estado de gobierno civil. Es evidente que no hubo formulación expresa de un pacto o acuerdo para la sumisión general, por ser idea que excedía en mucho a la comprensión de los salvajes. Cada acto de autoridad del jefe debe de haber tenido un carácter independiente, y ser exigido por las circunstancias del momento. La evidente utilidad de su intervención hizo que fuese cada día más frecuente, y esta frecuencia determinó en el pueblo una aquiescencia habitual y, si se quiere, voluntaria y, por tanto, precaria.

Pero los filósofos que han abrazado un partido (si cabe tal contradicción) no se contentan con estas concesiones. Afirman no sólo que el gobierno nació del consentimiento o, mejor, de la aquiescencia voluntaria del pueblo, sino que incluso ahora, ya alcanzada la madurez, no tiene otro fundamento. Aseguran que los hombres siguen naciendo iguales y no deben obediencia a príncipe o gobierno alguno, a menos de estar ligados por la obligación y sanción de una promesa. Y como ningún hombre consciente de las ventajas de su libertad originaria se sujetaría a la voluntad de otro sin obtener algo a cambio, esa promesa se entiende siempre como condicional, y no le impone obligación alguna si no encuentra justicia y protección en su soberano. Éste le promete tales beneficios a cambio; y si no cumple, habrá roto las cláusulas del compromiso y liberado con eso al súbdito de toda obligación. Tal es, según estos filósofos, el fundamento de la autoridad en todo gobierno, y tal el derecho de resistencia que todo súbdito posee.

Pero si estos razonadores tendiesen la vista por el mundo, no encontrarían nada que correspondiese en lo más mínimo a sus ideas, o que pueda justificar un sistema tan sutil y filosófico. Por el contrario, en todas partes vemos príncipes que consideran a sus súbditos como una propiedad, y afirman la total independencia de su derecho de soberanía, nacido de la conquista o la sucesión. Igualmente, hallamos por doquier súbditos que reconocen tal derecho a su príncipe y creen haber nacido con la obligación de obedecer a cierto soberano, como con la de respetar y honrar a sus padres. Estas relaciones son tenidas por independientes de nuestro consen-

timiento en Persia como en China, en Francia no menos que en España, e incluso en Holanda e Inglaterra; dondequiera que las doctrinas de que hemos hablado no han sido aún cuidadosamente inculcadas. La obediencia y la sujeción llegan a ser tan familiares que la mayoría de los hombres no indagan su origen o causa, como no se ocupan del principio de gravitación, la resistencia de los cuerpos u otras leyes universales de la naturaleza. Y, si la curiosidad llega a moverlos, tan pronto averiguan que ellos y sus antepasados han estado durante siglos, o desde tiempo inmemorial, sujetos a tal forma de gobierno o a tal dinastía, lo aceptan y reconocen su obligación de fidelidad. Si fuerais a predicar, en la mayoría de las partes del mundo, que las relaciones políticas se basan de modo exclusivo en el consentimiento voluntario o la promesa mutua, el magistrado no tardaría en encerraros como sediciosos por atentar contra la obediencia debida, si antes vuestros propios amigos no os hacían callar como a alguien que delira, por afirmar tales absurdos. Es extraño que un acto de la mente que se supone realizado por todo individuo y después de tener uso de razón, pues de otro modo no sería válido; que este acto, digo, pueda ser tan desconocido de todos que apenas quede rastro o memoria de él en la faz de la tierra.

Pero el pacto que sirve de base al gobierno se dice que es el contrato original y, en consecuencia, podemos suponerlo demasiado remoto para ser conocido por la generación actual. Si se trata del pacto por el que hombres todavía salvajes se asociaron y unieron sus fuerzas por vez primera, reconocemos su existencia; pero al ser tan antiguo, y haber pasado sobre él los mil cambios de gobiernos y príncipes, no podemos pensar que conserve ninguna autoridad. De lo contrario, habremos de afirmar que todo gobierno legítimo y que tiene derecho al acatamiento a sus súbditos fue fundado sobre el consentimiento y por un pacto voluntario. Pero, aparte de que esto supondría que el consentimiento de los padres obliga a los hijos hasta las más remotas generaciones (cosa que un escritor republicano nunca concederá), no está probado por la historia o la experiencia en ninguna época o país.

Casi todos los gobiernos que hoy existen, o de los que queda recuerdo en la historia, fueron originalmente fundados sobre la usurpación o la conquista, cuando no sobre ambas, sin ninguna pretensión de libre consentimiento o sujeción por parte del pueblo. Cuando un hombre astuto y atrevido se ve al frente de un ejército o empresa, con frecuencia le es fácil, unas veces mediante la violencia, otras pretextando falsos derechos, lograr el dominio sobre un pueblo cien veces más numeroso que sus partidarios. No permite que sus enemigos puedan saber con certeza el número o la fuerza de quienes lo apoyan, ni les da tregua para reunirse en un cuerpo que

pueda oponérsele. Puede ocurrir que cuantos son instrumento de su usurpación deseen su caída; pero la ignorancia de las mutuas intenciones los atemoriza, y es la sola causa de la seguridad del usurpador. Por tales artes se han establecido muchos gobiernos, y éste es todo el *contrato original* de que pueden jactarse.

La faz de la tierra está continuamente cambiando, por la transformación de pequeños reinos en grandes imperios y de éstos en aquéllos, la fundación de colonias y la migración de tribus. ¿Acaso se advierte en todos estos acontecimientos algo que no sea fuerza y violencia? ¿Dónde está el acuerdo mutuo o la asociación voluntaria de que tanto se habla?

Aun el modo más suave en que una nación puede recibir a un señor extranjero, como son los casos de matrimonio o testamento, no resulta muy honroso para el pueblo, pues supone disponer de él como de una dote o un legado, según el capricho o el interés de sus gobernantes.

Pero donde no interviene la fuerza hay una elección. ¿En qué consiste este acto tan cacareado? Puede ser la combinación de unos cuantos grandes, que deciden por todos y no admiten oposición, o la furia de una multitud que sigue a un cabecilla sedicioso, quizá no conocido más que de una docena de ellos, y que debe su ascenso a su impudicia, o al capricho momentáneo de sus compañeros.

¿Tienen estas desordenadas elecciones, por otra parte raras, tanta autoridad como para erigirse en el único fundamento legal de todo gobierno y obediencia?

La verdad es que no hay nada tan terrible como la total desaparición del gobierno, que deja en libertad a la multitud, y hace depender la constitución o elección de un nuevo régimen de una gran parte de la población, pues nunca llegarán a intervenir todos. Las personas prudentes desean entonces ver aparecer a un general que, a la cabeza de un ejército fuerte y disciplinado, caiga rápidamente sobre la presa que se le ofrece, y dé al pueblo el señor que es incapaz de elegir por sí mismo; tampoco se corresponden los hechos y la realidad con aquellas ideas filosóficas.

[…]

Es vano decir que todo gobierno se funda, o debe fundarse, en un principio en el consenso popular, en la medida en que lo consientan las exigencias del acontecer humano y favorece además mi pretensión, pues mantengo que la realidad humana nunca admitirá ese consentimiento, y rara vez su apariencia, y que, por el contrario, la conquista o la usurpación —es decir, hablando en planta, la fuerza—, al disolver los antiguos gobiernos, es el origen de casi todos los nuevos que se han establecido en el mundo; y que, en las pocas ocasiones en que puede parecer que ha habido

consenso, es por lo común tan regular, limitado o teñido de fraude o violencia que su autoridad no puede ser mucha.

No es mi intención excluir el consentimiento del pueblo como justa causa del gobierno. Donde se da es sin duda la mejor y más sagrada. Lo que afirmo es que se da muy rara vez, y casi nunca plenamente; y, en consecuencia, hay que admitir también otros fundamentos para el gobierno.

Si todos los hombres profesasen un respeto tan inflexible por la justicia que se abstuvieran por propia voluntad de atender contra los bienes ajenos, hubieran permanecido en absoluta libertad, sin sujeción a ningún magistrado o sociedad política; pero éste es un estado de perfección del que acertadamente se considera incapaz a la naturaleza humana. Del mismo modo, si todos los hombres se hallasen dotados de un entendimiento tan perfecto que conocieran siempre sus verdaderos intereses, no se hubieran nunca avenido a otra forma de gobierno que la fundada en el consentimiento y constituida con la plena participación de todos los miembros de la sociedad; pero tal estado de perfección es igualmente superior a la naturaleza humana. La razón, la historia y la experiencia nos muestran que las sociedades políticas han tenido un origen mucho menos preciso y regular; y si hubiéramos de elegir el momento en que el consentimiento popular es menos tenido en cuenta en la cosa pública, sería precisamente el del establecimiento de un nuevo gobierno. Mientras está vigente una constitución, las inclinaciones del pueblo son consultadas a menudo; pero en época de revoluciones, conquistas o con mociones públicas suele ser la fuerza militar o la astucia política quien decide la controversia.

Cuando se establece un nuevo gobierno, por cualesquiera medios, el pueblo suele estar descontento con él, y obedece más por miedo y necesidad que por un sentimiento de lealtad u obligación moral. El príncipe está alerta y receloso, y debe velar contra cualquier indicio de insurrección. Poco a poco, el tiempo elimina todas estas dificultades y acostumbra a la nación a considerar como sus príncipes legítimos u originarios a aquellos que al principio veían como usurpadores o conquistadores extranjeros. Para fundar esta opinión, no recurren a ninguna idea de consentimiento o promesa voluntaria, que bien saben nadie esperaba ni les pidió. El nuevo régimen fue implantado por la violencia y aceptado por necesitad. La administración que de él nace se sostiene también por la fuerza, y el pueblo la acepta no por haberlo decidido así, sino por verse obligado a ello. No imaginan que su consentimiento dé título a su príncipe, sino que consienten de buen grado porque piensan que la larga posesión le ha conferido un título, con independencia de la elección o inclinación del pueblo.

Si se dijese que por vivir en los dominios de un príncipe, que puede abandonar, todo individuo ha prestado un consentimiento *tácito* a su autoridad y le ha prometido obediencia, puede responderse que tal consentimiento implícito sólo puede darse donde o cuando un hombre imagina que el asunto depende de su elección. Pero cuando cree (como todos cuantos han nacido bajo un gobierno constituido) que por su nacimiento debe acatar a un cierto príncipe o un cierto gobierno, sería absurdo inferir de ello un consentimiento o elección que en este caso no pueden darse.

¿Podemos afirmar en serio que un pobre campesino o artesano es libre de abandonar su país, cuando no conoce la lengua o las costumbres de otros y vive al día con el pequeño salario que gana? Sería como si afirmásemos que, pues sigue en el barco, un hombre consiente libremente en obedecer a su capitán, aunque lo llevaron a bordo mientras dormía y para dejar el navío tendría que saltar al mar y perecer.

¿Y qué ocurre si el príncipe prohíbe a sus súbditos abandonar sus dominios, como sucedía en tiempos de Tiberio, cuando era considerado como un crimen para un patricio romano el haber intentado huir al territorio de los partos a fin de escapar a la tiranía de aquel emperador, o como bajo los antiguos moscovitas, que prohibían viajar bajo pena de muerte? Si un príncipe observase que muchos de sus súbditos querían emigrar a países extranjeros, lo impediría sin duda, con toda razón y justicia, a fin de evitar la despoblación de su reino. ¿Perdería el derecho al acatamiento de sus súbditos por una ley tan sabia y razonable? Y, no obstante, es evidente que no les había dejado libertad de elección.

Cuando un grupo de hombres deja su país natal para ir a poblar una región deshabitada, pueden soñar con recordar su libertad nativa; pero pronto verán que su príncipe sigue alegando derechos sobre ellos y considerándolos súbditos suyos en la nueva colonia. Y en esto no hará sino seguir las ideas comúnmente aceptadas.

El caso más auténtico de un consentimiento *tácito* de esta clase se da cuando un extranjero se establece en un país sabiendo de antemano el príncipe, gobierno y leyes a que ha de someterse; y, no obstante, su lealtad, aunque más voluntaria, es menos esperada y ofrece menor confianza que la de los naturales. Por el contrario, su antiguo príncipe sigue alegando derechos sobre él; y si no castiga al renegado cuando es capturado en la guerra bajo la bandera de su nuevo príncipe, esta clemencia no se basa en la ley local, que en todos los países condena al prisionero, sino en el consentimiento de los príncipes, que convienen en la indulgencia para evitar represalias.

Si las generaciones humanas desapareciesen a la vez para ser sucedidas por otras, como ocurre con los gusanos de seda y las mariposas, la nueva raza, si tuviese suficiente sentido para elegir su gobierno, lo que no pasa entre los hombres, podría voluntariamente, y por general consenso, establecer su propia forma política sin consideración alguna por las leyes o el precedente de sus antepasados. Pero como la sociedad humana se halla en perpetuo fluir, y a cada instante desaparecen hombres del mundo y otros llegan a él, es preciso, a fin de conservar la estabilidad del gobierno, que los jóvenes se conformen con la constitución vigente y sigan los pasos de sus padres. En toda institución humana han de tener lugar innovaciones, y es gran suerte que el genio ilustrado de la época las incline a la razón, la libertad y la justicia; pero ningún individuo tiene derecho a hacer cambios violentos, peligrosos incluso, cuando los emprenden los legisladores. De tales novedades precipitadas hay que esperar siempre mayor mal que bien; y si la historia nos ofrece ejemplos contrarios, no hay que tomarlos por precedente, y sólo deben servir como prueba de que la ciencia política da pocas reglas que no admitan excepciones y que no puedan ser a veces superadas por razones y accidentes. […]

[…]

Al afirmar que todo gobierno legítimo procede del consentimiento del pueblo, hacemos a éste mayor honor del que merece, e incluso del que espera y desea. […]

[…]

Pero si queremos una refutación más formal, o al menos más filosófica, de este principio de un contrato original o consentimiento popular, quizá basten las siguientes observaciones.

Los deberes *morales* pueden dividirse en dos clases. Unos son aquellos a los que los hombres se ven impelidos por un instinto natural o propensión innata que sobre ellos actúa, con independencia de cualquier idea de obligación y de cualquier consideración de utilidad. De esta naturaleza son el amor a los hijos, la gratitud hacia nuestros benefactores o la compasión por los desgraciados. Cuando reflexionamos sobre las ventajas que para la sociedad tienen ciertos instintos humanos, les ofrecemos el justo tributo de aprobación y estima moral; pero la persona sobre la que obran experimenta su poder e influencia con anterioridad a esa reflexión.

A la otra especie de deberes morales pertenecen los que no estriban en ningún instinto natural originario, y se cumplen sólo por un sentido de obligación, al considerar las necesidades de la sociedad humana y la imposibilidad de mantenerla si esos deberes se descuidan. Así es como la justicia, o respeto al bien ajeno, y la fidelidad, u observancia de las promesas,

se hacen obligatorios y adquieren autoridad entre los hombres. Porque, como es notorio que toda persona se ama a sí misma más que a las demás, se ve impulsada por naturaleza a acaparar cuantos bienes pueda, y en esta propensión sólo la refrenan la reflexión y la experiencia, mediante las cuales aprende los efectos perniciosos de esa conducta desordenada y la total disolución de la sociedad que sería su consecuencia. Su inclinación innata, o instinto, es aquí contrapesada y limitada por un juicio u observación posterior.

Con el deber político o civil de la obediencia ocurre exactamente igual que con los naturales de la justicia y la fidelidad. Nuestros instintos primarios nos llevan a concedernos una libertad ilimitada o a tratar de dominar a los demás; y sólo la reflexión hace que sacrifiquemos tan fuertes pasiones al interés de la paz y el orden público. Un mínimo de experiencia y observación basta para mostrarnos que la sociedad no puede sostenerse sin la autoridad de los magistrados, y que esta autoridad no tardará en ser despreciada donde no es rigurosamente obedecida. La observación de estos intereses generales y palmarios es la fuente de toda obediencia cívica, y de la obligación moral que le atribuimos.

¿Qué necesidad hay, pues, de basar el deber de obediencia a los magistrados en el de la fidelidad o respeto a las promesas, y de suponer que es el consentimiento de cada individuo lo que le sujeta al gobierno, cuando resulta que tanto la obediencia cívica como la fidelidad tienen un mismo fundamento, y la humanidad se somete a ambas por causa de los notorios intereses y necesidades de la sociedad humana? Hemos de obedecer a nuestro soberano, se dice, porque así se lo hemos prometido tácitamente. Pero ¿por qué hemos de observar nuestra promesa? Aquí ha de afirmarse que el comercio y trato entre los hombres, que tantas ventajas proporciona, no puede tener seguridad alguna donde las personas no hacen honor a sus compromisos. De igual modo puede decirse que los hombres no podrían vivir en sociedad, o al menos en una sociedad civilizada, sin leyes, magistrados y jueces que impidan los abusos de los fuertes sobre los débiles, de los violentos sobre los justos y equitativos. Y si la obligación de obediencia tiene la misma fuerza y autoridad que la de fidelidad, nada ganamos reduciendo una a la otra. Los intereses y necesidades generales de la sociedad bastan para implantar ambas.

Si se me pregunta por la razón de la obediencia que hemos de prestar al gobierno, me apresuraré a contestar: *Porque de otro modo no podría subsistir la sociedad*; y esta respuesta es clara e inteligible para todos. La vuestra sería: *Porque debemos mantener nuestra palabra.* Pero, aparte de que nadie no educado en un cierto sistema filosófico puede com-

prender o encontrar de su gusto esta respuesta, os veréis en un apuro si os pregunto a mi vez: *¿Por qué hemos de mantener nuestra palabra?*; y no podréis dar otra respuesta que la que habría bastado para explicar de modo inmediato, sin circunloquios, nuestra obligación de obedecer.

Pero *¿a quién debemos obediencia? ¿Quién es nuestro soberano legítimo?* Esta pregunta es a veces difícil de responder y se presta a discusiones interminables. Cuando un pueblo es tan feliz que puede contestar: *Nuestro soberano actual, heredero, por línea directa, de antepasados que nos han gobernado durante siglos*, la respuesta no admite réplica, aun cuando los historiadores, al remontarse hasta el origen de esa dinastía, puedan encontrar, como suele suceder, que su primera autoridad nació de la usurpación y la violencia. Todos admiten que la equidad con el prójimo, el respeto a los bienes ajenos, es una virtud cardinal. Sin embargo, la razón nos dice que no hay propiedad duradera, como la tierra o las casas, que, si se examina cuidadosamente su paso de una mano a otra, no haya tenido en algún momento su origen en el fraude y la injusticia.

Las necesidades de la sociedad humana no permiten tan precisa investigación ni en la vida privada ni en la pública; y no hay virtud o deber mortal que no pueda con facilidad ser desechado si permitimos que una falsa filosofía nos haga tomarlo y escrutarlo mil veces con arreglo a la lógica más quisquillosa.

[…]

[…] La obligación general que nos liga al gobierno se basa en el interés y las necesidades de la sociedad, y es, por tanto, muy fuerte; pero su atribución a este o aquel príncipe o forma de gobierno es con frecuencia más incierta y dudosa. La posesión actual tiene en tales casos considerable autoridad, mayor que en la propiedad privada, debido a los desórdenes que acompañan a las revoluciones y cambios de gobierno.

Sólo añadiremos, antes de concluir, que, aunque en las ciencias especulativas de la metafísica, la filosofía natural o la astronomía el apelar a la opinión general puede ser considerado con justicia poco leal y nada convincente, en cuestiones de moral y crítica no hay realmente otra norma por la que decidir una controversia. Y ninguna prueba más clara de que una teoría de esta clase es errónea que el verla conducir a paradojas que repugnan al sentido común de la humanidad y a la práctica y opinión de todas las naciones y épocas. La doctrina que funda todo gobierno legítimo en un *contrato original* o consentimiento del pueblo es evidentemente de esta especie, y el más famoso de sus partidarios no tiene empacho en afirmar, en su defensa, que la *monarquía absoluta es incongruente con la sociedad*

*civil y, por tanto, no puede ser una forma de gobierno civil**; y que *el poder supremo de un estado no puede despojar a persona alguna, mediante tasas e impuestos, de parte de su propiedad sin su consentimiento o el de sus representantes***. Es fácil ver qué autoridad puede tener un razonamiento moral que lleva a opiniones tan apartadas de la práctica general de la humanidad, con la única salvedad de este reino.

[…]

En estas materias no debemos esperar nuevos descubrimientos. Si apenas ha habido, hasta tiempos muy recientes, quien imaginase que el gobierno se basaba en un pacto es, indudablemente, que no puede, en general, tener tal fundamento.

Entre los antiguos, el delito de rebelión era comúnmente designado como *νεωτεριζειν, novas res moliri* [en griego y latín, "buscar la innovación", particularmente la innovación en lo político (N. del E.)]. (Pp. 97-115.)

De la obediencia pasiva

En el ensayo anterior emprendimos la refutación de los sistemas políticos *especulativos* propuestos en este país, tanto el religioso de un partido como el filosófico del otro. Pasamos ahora a examinar las consecuencias *prácticas* que de ellos extrae cada partido con respecto a la obediencia debida a los soberanos.

Como la obligación de la justicia se basa plenamente en el interés de la sociedad, que exige el mutuo respeto a la propiedad, a fin de conservar la paz entre los hombres, es evidente que, cuando la ejecución de la justicia tiene consecuencias muy perniciosas, esta virtud debe ser dejada en suspenso y dar paso a la utilidad pública, visto lo extraordinario y acuciante del caso. La máxima *fiat justitia ruat coelum,* hágase justicia, aunque se hunda el mundo, es notoriamente falsa, y, al sacrificar el fin a los medios, ofrece una idea descabellada de la subordinación de los diferentes deberes. ¿Qué gobernador de una ciudad tiene escrúpulos en poner fuego a los suburbios cuando facilitan la aproximación del enemigo? ¿Qué general se abstiene de saquear un país neutral cuando las necesidades de la guerra lo exigen y no puede sostener de otro modo a su ejército? Otro tanto sucede con la obediencia cívica; y el sentido común nos enseña que, pues el gobierno sólo nos impone esa obediencia por su utilidad pública, en los casos extraordi-

* Véase Locke, *On government*, cap. VII, párrafo 90.

** Locke, ibíd., cap. XI, párrafos 138, 139, 140.

narios en que su cumplimiento pueda ser causa de pública ruina esa obligación debe ceder ante otras más primarias. *Salus populi suprema lex* [esta frase tiene su origen en Cicerón, *Las Leyes* (N. del T.)], el bien del pueblo es la norma suprema. Esta máxima ha reflejado los sentimientos de la humanidad en todas las épocas, y no hay nadie que al leer las insurrecciones contra Nerón o Felipe II [el famosamente despótico régimen del emperador Nerón fue ocasión de una serie de rebeliones en las provincias del imperio; bajo el reinado de Felipe II de España (1556-1598) asimismo se suscitaron numerosas rebeliones (N. del E.)] se deje ofuscar por las doctrinas de partido hasta el punto de no desear el éxito de tales empresas y no alabar a quienes las llevan a cabo. Incluso nuestro ilustre partido monárquico, con todas sus sublimes teorías, se ve forzado en tales casos a juzgar, sentir y aprobar de conformidad con el resto de los mortales.

Admitida, pues, la resistencia en ocasiones extraordinarias, entre buenos polemistas la cuestión queda limitada al grado de necesidad que puede justificar esa resistencia y hacerla legítima o recomendable. Y aquí he de confesar que siempre me inclinaré por quienes mantienen firmemente el lazo de la obediencia y consideran su infracción como el último recurso para casos desesperados, cuando el pueblo corre un gran riesgo de violencia y tiranía. Porque, aparte de males de una guerra civil como la que generalmente acompaña a la insurrección, la disposición rebelde de un pueblo es una de las principales causas de tiranía en los gobernantes, pues les obliga a tomar muchas medidas violentas a las que no hubiesen recurrido de haber predominado el acatamiento y la obediencia. De este modo, el *tiranicidio* o asesinato, aprobado por antiguas máximas, en vez de infundir temor a tiranos y usurpadores, los hizo cien veces más crueles e inmisericordes; y hoy es con justicia, por esta causa, suprimido por el derecho de gentes y universalmente condenado como método infame y ruin de someter a la justicia a esos perturbadores de la sociedad.

Por otro lado, hemos de considerar que, al ser la obediencia nuestro deber más común en el curso normal de las cosas, es el que principalmente conviene inculcarnos; y nada puede haber tan absurdo como el celo y solicitud en poner de relieve aquellos casos en que la resistencia puede estar permitida. De modo análogo, aunque todo filósofo reconoce en la discusión que puede prescindirse de las normas de justicia en casos de urgente necesidad, ¿qué pensaríamos de un predicador o casuista que dedicase la mayor parte de su esfuerzo a describir tales casos y a ponerlos de relieve con toda la vehemencia de la argumentación y la elocuencia? ¿No valdría más que se emplease en inculcar la doctrina general y no en expo-

ner unas excepciones que probablemente estamos ya más que inclinados a aceptar y ampliar?

Dos razones pueden, no obstante, alegarse en defensa del partido que entre nosotros ha propagado con tanto afán los principios de la resistencia; principios que, reconozcámoslo, son en general perniciosos y destructivos para la sociedad civil. La primera es que sus antagonistas llevan la doctrina de la obediencia a extremos tan extravagantes que no sólo no mencionan jamás las excepciones para casos extraordinarios (cosa, quizá, disculpable), sino que positivamente las excluyen, y hacen así necesario insistir en ellas y defender los derechos de la verdad y la libertad agraviadas. La segunda razón, acaso la mejor, se basa en la naturaleza de la constitución y la forma de gobierno británicas.

Es casi exclusivo de nuestra constitución el instituir un primer magistrado de tal preeminencia y dignidad que, aunque limitado por las leyes, está en cierto modo, en lo que hace a su persona, por encima de ellas, y no puede ser perseguido ni castigado por los agravios o injusticias que cometa. Sólo sus ministros, o los que actúan por mandato suyo, son responsables ante la justicia; y mientras que el príncipe, así asegurado, no teme dar libre curso a las leyes, en realidad se consiguen los mismos efectos mediante el castigo de los culpables de menor rango, y a la vez se evita la guerra civil, en la que infaliblemente desembocaríamos si a cada paso se atacase directamente al soberano. Pero aunque la constitución rinde este saludable homenaje al príncipe, no debe pensarse que con ello ha firmado su sentencia de muerte o decretado la servil sumisión cuando el monarca protege a sus ministros, persevera en la injusticia y usurpa todos los poderes de la comunidad. Las leyes no se refieren expresamente a este caso porque el remedio no está a su alcance dentro del curso normal de las cosas, ni pueden establecer un magistrado con autoridad suficiente para castigar las extralimitaciones del príncipe. Pero como un derecho sin sanción sería un absurdo, el remedio es en este caso el extraordinario de la resistencia, cuando las cosas llegan a tal extremo que sólo mediante ella puede ser defendida la constitución. En consecuencia, la resistencia debe ser más frecuente en el sistema de gobierno británico que en otros más simples en sus órganos y funcionamiento. Donde el rey es soberano absoluto, tiene pocas tentaciones de incurrir en tan gran tiranía que pueda en justicia provocar la rebelión; pero donde se ve limitado, su ambición imprudente puede, sin necesidad de grandes vicios, llevarlo a tan peligrosa situación. Con frecuencia se afirma que éste fue el caso de Carlos I, y si podemos ya decir la verdad, una vez aplacados los odios, lo mismo sucedió con Jacobo II. Ambos fueron inofensivos, aunque no irreprochables, en lo privado, pero al haber confun-

dido la naturaleza de nuestra constitución y haber acaparado el poder legislativo, se hizo necesario oponérseles en cierta vehemencia, e incluso, en el caso del último, privarle formalmente de la autoridad que había empleado con tanta imprudencia e indiscreción. (Pp. 116-119.)

Referencias bibliográficas

Hume. David. *Enquiry Concerning Human Understanding.* En *Enquiries Concerning Human Understanding and Concerning the Principles of Morals*. Oxford University Press, 1992.

——— "Of Essay Writing". En *Essays: Moral, Political, and Literary*, Eugene F. Miller (ed.). Liberty Fund, Inc., Indianapolis, 1985.

——— *Tratado de la Naturaleza Humana*. Editorial Tecnos, 1992.

——— *Autobiografía*. En *Tratado de la naturaleza humana*. Editorial Tecnos, 1992.

——— *Investigación sobre el conocimiento humano*. Alianza Editorial, 1980.

——— *De la moral y otros escritos*. Centro de Estudios Constitucionales, 1982.

——— *The History of England, From the Invasion of Julius Ceaser to 1688*. Liberty Fund, Inc., Indianapolis, 1983.

——— *Writings on Religion*. Antony Flew (ed.). Open Court, 1992.

——— *Political Essays*. Knud Haakonseen (ed.). Cambridge University Press, 1994.

——— *Essays: Moral, Political, and Literary*. Eugene F. Miller (ed.). Liberty Fund Inc., 1985.

Ignatieff, Michael. *The Needs of Strangers*. Penguin Books, 1984.

Livingston, Donald W. *Hume's Philosophy of Common Life*. The University of Chicago Press, 1984.

Mossner, Ernest C. *The Life of David Hume.* Thomas Nelson and Sons, 1954; edición revisada, Oxford University Press, 1970.

Rawls, John. *A Theory of Justice*. Harvard University Press, 1971.

——— *Political Liberalism*. Columbia University Press, 1993.

Wolin, Sheldon. "Hume and Conservatism". En Donald W. Livingston y James T. King (eds.), *Hume, a Re-Evaluation*. Fordham University Press, 1976. □